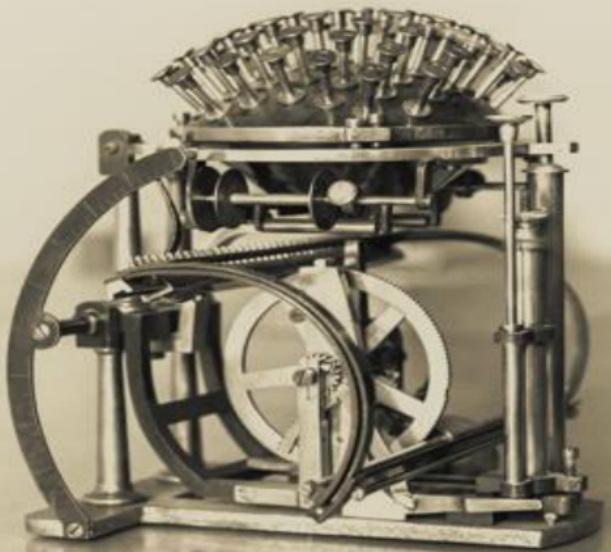
ALFAGUARA

Abelardo Castillo

Diarios
1992-2006



Narrativa Hispánica

Abelardo Castillo

Diarios
1992-2006

Alfagura

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

@megustaleerarg

Penguin Random House Grupo Editorial

Nota

Cuando el 2 de mayo de 2017 Abelardo murió, no para él de manera impensada —sus *Diarios* son testigo de lo mucho que pensó la muerte —, pero sí de manera imprevista y, para mí, brutal, había terminado de revisar las entradas de este segundo volumen hasta la última página. Digo imprevista porque a los ochenta y dos años estaba en plena posesión de su lucidez y de su memoria, daba semanalmente el taller, acababa de ser jurado del premio Borges de la Feria del Libro, y tomaba apuntes para una nueva novela, que había empezado hacía años, *Los ángeles azules*. Aunque el cuerpo central del diario estaba revisado, quedaron, sin embargo, innumerables cuestiones pendientes. La intención de esta nota es dar cuenta de cómo llega este volumen al editor y luego al lector.

Ese verano de 2016/2017 trabajamos juntos en la revisión de este tomo, que Abelardo tenía planeado entregar en abril. Yo le dictaba lo que él había marcado en el impreso, él lo volvía a pensar y resolvía si lo volcaba al texto o no; yo buscaba en la biblioteca los libros que citaba, y luego incorporábamos los datos exactos (fechas, ediciones, traducciones, páginas). Si le dolía la espalda, cambiábamos de lugar: yo pasaba a la máquina, él dictaba desde su sillón Voltaire. La alegría final a la que ahora puedo apelar es la imagen de esos últimos meses, uno junto al otro, frente a la pantalla de su computadora.

Los *Diarios* concluyen, como él lo decidió, en 2006, cuando su escritura no estaba, a sus ojos, "contaminada" con la idea de publicación. Como dijo tantas veces, sus diarios no fueron escritos con la intención de ser publicados. Y aunque la cuestión de si un diario se escribe para uno mismo o para otro es materia de reflexión en varias de sus páginas, yo creo que estos *Diarios* son, esencialmente, un

espejo; un acto privado de autoconocimiento. Y que ahí reside una parte central de su valor. El lugar, además, donde anotaba ideas para cuentos, escenas de teatro o fragmentos de ensayos. Desde mucho tiempo atrás, yo le insistía con la idea de publicarlos; el argumento de más peso fue que les iba a interesar a los escritores jóvenes. Sus alumnos del taller terminaron de convencerlo. Esto fue en 2012; en 2013 preparó el primer volumen.

Este segundo tomo abarca los años de un hombre que entra en la madurez y luego en la vejez, y las reflexiones que esos temas le ocasionan a alguien que no le huía al pensamiento. Son las anotaciones puntuales de cómo, muchas veces, debió sobreponerse al dolor físico para poder escribir. Es el registro de nuestra vida cotidiana y el testimonio de parte de la historia reciente de nuestro país: la crisis del 2001 y los hechos máximos y mínimos por los que atravesamos y que, arrollados por las circunstancias siempre cambiantes de la Argentina, vamos olvidando. Es un diario político, tema que desde siempre lo apasionó, a pesar de que renegó de la política en los últimos diez años. Son las observaciones que un irónico corrosivo lanza sobre algún hecho o sobre sí mismo, y nos hace reír: el humor fue uno de los modos fundamentales que tuvo para comunicarse. Pero, sobre todo, es la conversación consigo mismo de un escritor obsesionado por la sinceridad, por dar cuenta de sus movimientos mentales, de sus miedos y debilidades sin concesiones, acechándose en cada página en busca de algún rastro de mala fe. Pienso que una parte especial de estos *Diarios* está en sus lecturas; las lecturas de un lector apasionado para quien los libros fueron el eje capital de su existencia.

El volumen II continúa cronológicamente el I, pero corresponde al momento en que comenzó a llevar el diario en la computadora. Conservó sin embargo el hábito del cuaderno al lado de la cama, donde, a veces, cuando le daba pereza levantarse, anotaba líneas que después pasaba a la máquina. Siempre confió más en la escritura manuscrita. Todos sus libros, del primero al último, empezaron siendo borradores a mano. Recelaba de la escritura digital: decía que su velocidad tiende a engañarnos, nos da la sensación de que el texto

puede derivar de un tema a otro y que, por mera contigüidad, parece estar bien. En este sentido, su revisión del original consistió en suprimir líneas que sentía innecesarias o sin interés, precisar datos o alguna palabra y cambiar algunos verbos: del pretérito perfecto (tan sampedrino) al simple: del "he leído" al "leí".

Quedó a mi cuidado cumplir en soledad con sus recomendaciones específicas de lectura, algo que yo iba a hacer cuando concluyéramos la revisión del original. Y me quedó la responsabilidad de completar el volumen con todo lo que él decidía y yo iba anotando en mi bitácora del diario: los ensayos, notas y reportajes de "Otras páginas"; las múltiples búsquedas de citas, referencias, datos para las notas al pie, remisiones al primer tomo y detalles de todo tipo que me encomendaba apuntar. Tuve que realizar sola la selección de las fotografías. Llevé adelante estos encargos fiel y amorosamente hasta en sus mínimos detalles, y puedo confesar que hasta el límite emocional de mis fuerzas. Tributo que me resulta insuficiente, nimio, ante la lectura de este diario en el que me encuentro a cada paso y cuya voz escuché y me acompañó a lo largo del último año y medio.

Mi agradecimiento a Josefina Itoiz, nuestra sobrina amada, y a Gabriela Franco, amiga benéfica y editora rigurosa del primer tomo junto a Abelardo y de éste junto a mí en la tarea de completarlo, está infinitamente más allá de lo que las palabras pueden decir. Ellas lo saben. Su apoyo y sostén en los momentos de flaqueza crearon las condiciones para que, juntas, lográramos que este volumen final se publique.

Dejo constancia también aquí de mi agradecimiento especial a Julieta Obedman, por su respaldo, cálido y constante, y al sello Alfaguara.

SYLVIA IPARRAGUIRRE

1992

mayo 27

En San Pedro, probando la computadora. Se me ocurrió la idea de aprender a valerme de este aparato un poco irreal mientras voy escribiendo en él por lo menos una parte de mi diario —que debería llamarse periódico, muy periódico—, y al anotar la fecha me pareció recordar que el 27 de mayo (¿es así?, ¿lo estoy inventando ahora?) era el aniversario de algo que tenía que ver con ella, con Ruth. Yo tenía diecisiete años cuando, en este mismo pueblo, nos conocimos. Era hija de alemanes; y ésa fue mi época de los poetas alemanes. Del Novalis de los *Himnos a la noche*; de Hölderlin —a través de Stefan Zweig—;[1] y, sobre todo, de Rilke: el Rilke de aquel librito traducido por Carlos Astrada, donde leí por primera vez el "Señor, concede a cada cual su propia muerte".[2]

De todo esto hace nada menos que cuarenta años. Los ojos que le atribuyo a Graciela, en *Crónica*,[3] son los de Ruth, aunque debería decir que *en parte* lo son, porque tenían los ojos muy parecidos. Fue algo así como mi gran amor del colegio secundario…

Ese *algo así* exigiría ahora una larga explicación, una explicación que excede demasiado mis ganas reales de seguir escribiendo esta noche.

mayo 28

Tal vez no sea tan mala la idea de obligarme a usar la computadora para seguir con lo que yo llamaba mi cuaderno. Incluso, tal vez siga llamándolo cuaderno. ¿Por qué no?

Una de las ventajas de escribir acá es que es tan sencillo corregir o intercalar algo que se evitan los riesgos de la *excesiva* espontaneidad, espontaneidad que se supone es el mérito de un diario, pero que, al menos en mi caso, nunca me permite decir con exactitud lo que quiero. Otra ventaja es que, pasado un tiempo, no me hará falta descifrar mi letra. Claro que tampoco voy a poder aprovecharme de su ilegibilidad para escribir esos textos a medio pensar (o en clave) que imagino reconstruir algún día y después, al releerlos, nunca sé qué significan.

¿Qué hago sentado como un bonzo ante esta máquina? Me voy a caminar entre los pinos, a mirar las estrellas, a sentir el frío.

Escribo lo anterior, salgo a caminar, vuelvo. Me digo: Televisión en San Pedro, no. Consecuencia, que en el acto encendí el televisor.

Vi, por cable, una cinta sobre el *Apartheid*. *Grito de libertad.* No sé si es una buena película pero me hizo reflexionar sobre unas cuantas cosas. No tienen mucha relación con lo que vi, o la tienen de un modo lateral, como esos pensamientos que se forman debajo de los pensamientos...

mayo 29

San Pedro. Medianoche.

La desconfianza de Poe y de Nietzsche sobre los pensamientos que se tienen *sólo* cuando uno se sienta a escribir.

más tarde

El socialismo autoritario, aun en su forma más atroz, nunca fue tan monstruoso como las brutalidades que inventaron el capitalismo salvaje y el fascismo. El racismo, el genocidio, la injusticia social en

sus manifestaciones más perversas son un modo de *ser* del poder basado en el dinero. La brutalidad del Estado Soviético —dejo fuera de esto a Lenin, cuya dureza tenía, quiero creer, otro sentido— fue una lucha de hombres con poder político contra hombres sin poder político. No de ricos contra pobres. No de blancos contra negros. Hay que ser muy ciego o muy malintencionado para no ver que el problema social —miseria, drogadicción, suicidio, analfabetismo, mortalidad infantil, prostitución—, en los países socialistas, no existía ni en una remota proporción del modo en que existe en los países atrasados y en los mismos países adelantados del sistema capitalista. El socialismo se derrumbó en Rusia porque fracasó como doctrina económica que no permitió *la competencia de la nueva burguesía "socialista" contra la burguesía capitalista de Occidente*, y no porque un pueblo oprimido se haya levantado en armas. El régimen soviético era sin duda injusto y totalitario, y llegó a ser criminal, pero no era el nazismo de Hitler. Del mismo modo que su imperialismo era *esencialmente* distinto del imperialismo inglés o norteamericano. Se entiende que al decir inglés o norteamericano no hago una cuestión de nacionalidades: me refiero a lo económico y a lo racial. Ni siquiera los siniestros campos de trabajo soviéticos tenían el mismo signo que los campos de exterminio de Hitler. No se trata de que fueran menos inhumanos o perversos; sencillamente tenían *otro signo*. La locura del comunismo estalinista se parecía más a la locura de la Inquisición, lo que por supuesto no la mejora, pero establece una sutil diferencia con el nazismo. La Inquisición y el estalinismo fueron *deformaciones* —deformaciones poco menos que demoníacas— del cristianismo y del socialismo; el racismo, la brutalidad, los campos de exterminio de Hitler, no eran deformaciones de nada: eran la esencia del nazismo. La diferencia sólo podría entenderla, de buena fe, un cristiano de buena fe, por decirlo así. Ningún cristiano admitiría que Hitler y el Gran Inquisidor son idénticos, aunque sean igualmente irracionales e inhumanos.

Todo esto es mucho menos ingenuo de lo que parece aquí, escrito; y me gustaría tener voluntad para escribir realmente sobre el tema, algún día.

mayo 30

Esta noche, caminando bajo la luna, entre los pinos, oyendo los ladridos remotos y el murmullo de los pájaros que se acomodan en los árboles sentí que la noche *habla*, en voz baja pero de modo muy elocuente. Y no sólo habla en verso, como creía de chico.

Libertad. Libertad de prensa. Libertad de cultos. Libre empresa. Todos estos estandartes dorados del mundo llamado democrático —lo mismo que la palabra democracia, que de tan útil para cualquier cosa hace ya dos mil quinientos años que no significa nada— son valores del individuo considerado a partir de un cierto estadio de su desarrollo económico e intelectual; son, en rigor, valores del burgués. Valores legítimos, valores que yo, como burgués, no puedo menos que compartir y hasta defender. Pero no son *valores universales*. El burgués de buen corazón defiende, digamos, la libertad de la prensa para informar sobre la miseria, la discriminación racial, etcétera, y cree que con esto defiende un derecho esencial. No. El derecho esencial es el del pobre y el discriminado *a dejar de serlo*.

Estos corazones piadosos luchan, honradamente, para que los diarios y la televisión *muestren* la realidad tal como es. Enhorabuena. Lástima que lo único que les importa es *no* cambiar esa realidad.

junio 10

Mi computadora se llama Ligeia. Lo que no la mejora en nada.

De pronto, escribiendo unos apuntes inconexos para alguna futura nota en el *Clarín*, tuve algo bastante parecido a una revelación.

Me ofrecen escribir *lo que quiera*. ¿Lo que quiera? Conozco muy bien lo que eso supone, lo conozco de memoria. Dije como siempre que sí, que no, que voy a ver, escribí una o dos cosas como para quedar en

paz sin tener que rendirle cuentas después a mi conciencia. Pero, ¿y si me dispusiera a escribir *por lo menos parte* de lo que sí quiero?, ¿y si hiciera de una columna de diario lo que hicieron tipos como Barrett, como Arlt? Tengo 57 años y bastantes más cosas que decir que unos cuantos escritores que conozco. Bastaría escribir una primera serie de notas muy pensadas; conseguir que se hagan módicamente "populares", como para dar pie a las otras... No sé.

Todo esto sólo significa: aceptar *con humildad* que lo que se escribe pueda servir para algo. Estoy harto de hipocresía, de banalidad: estoy harto del circo literario. Sería cuestión de trabajar en esto con la honradez de un escritor religioso como Léon Bloy, de un anarquista como Rafael Barrett. Sobre todo, significa aceptar el privilegio de escribir, desde la responsabilidad y desde la ética.

Tomar en serio la literatura sin tomarse en serio a uno mismo. Usar para algo lo que nunca me costó conseguir.

Las cartas del último Hesse. Qué significan, si no la conciencia que toma un escritor de sus palabras.

junio 11

Todo lo que esta fecha significaba hace más de treinta años...

También un 11 de junio se editó *El otro Judas*. Pero para ese entonces yo ya había dejado de ser yo. Bettina, a fin de cuentas, tuvo razón.

más tarde

Intento leer a Kawabata. Me aburre. Hace tiempo había leído *País de nieve*: me gustó mucho, también *El sonido de la montaña*, pero tengo mucha más afinidad con Akutagawa o con Kenzaburo Oé. También con Mishima: *Confesiones de una máscara* es un hermoso libro. *El pabellón de oro*, lo empecé con verdadero interés, y pienso continuar.

junio 12

Eso que anoté hace unos días en San Pedro, eso de Barrett y Hesse, lo que llamo “revelación”, expresa muy pobremente lo que sentí. No sólo muy pobremente sino muy enfáticamente. Da toda la impresión de ser falso; por otra parte, *es* falso. Lo dejo escrito ahí para castigarme y recordarlo; debí de estar atacado de una especie de locura mesiánica para imaginar que esas palabras apostólicas, escritas en San Pedro, tenían sentido en Buenos Aires.

junio 13

Terminando con desgano *Las maquinarias de la noche.*[4] Lo entrego la semana que viene.

Mis libros cada día me gustan menos. Nunca me gustaron demasiado; pero antes esperaba a que se publicaran para sentirlo. He comenzado a mirar *Los ángeles azules*. Está mal. Si se empieza en ese tono, se corre el riesgo de no remontar nunca hacia la seriedad. Recordar lo que decía Gombrowicz sobre esto.

junio 21

Terminé *Las maquinarias.* Ayer, revisando mi memoria, me encontré con que tengo unos quince cuentos a medio escribir o por escribir. Esto me sacó cierto peso de encima, pero no consiguió darme alegría. La publicación de *Crónica* sigue haciendo estragos en mí; no puedo evitarlo. Como si lo único que tuve en la vida hubiera sido su postergación: el estar escribiéndola. Y ahora está ahí, sobre ese sillón.

Un libro propio, editado, es un puro objeto: una cosa muerta. Una cosa más entre las cosas.

Un hombre mayor compra sin saber por qué un libro en una librería de viejo. El libro tiene páginas subrayadas que lo intrigan o lo inquietan. Son de una persona muy joven. Quisiera saber cómo era el dueño de ese libro. El libro fue suyo.

En una ciudad un hombre busca en la guía de teléfonos el nombre de una mujer que conoció hace años. Lo encuentra. Se da cuenta de que ya no puede leer esos pequeños números...

Las larvas
La planta perversa
La chica de la cartera de rafia

junio 23

Leo otra vez lo que escribí el diez y el once. Creo saber lo que pasa. La computadora me produce, *a priori*, una agobiante sensación de insinceridad. Todo puede ser *modificado* más tarde sin que quede ningún rastro, no como en los cuadernos, donde por otra parte ni siquiera puedo releerme a causa de mi letra. Trato entonces de demostrar probidad diciendo *un poco más* de lo que pienso, para que nadie pueda pensar que me censuro. ¿Pero quién es nadie? Entonces la pregunta es la misma de siempre: ¿para quién escribo este diario? No para mí.

De cualquier modo, en los cuadernos de mi juventud también tachaba, arrancaba páginas, las reescribía y las intercalaba, y lo sigo haciendo. La diferencia es *física*. Las tachaduras de los cuadernos quedan ahí, las páginas arrancadas, las modificaciones me permitían y me permiten recordar el original.

Todo lo que quizá es bueno para escribir ficciones en una máquina de éstas, se vuelve dudoso al escribir un diario.

Intento, hace dos noches, releer las cartas de Artaud. Muy terribles, algunas casi insoportables: aquéllas en que habla de los electroshocks, por ejemplo. Y sin embargo hay algo que no me conmueve en su locura, me pregunto por qué. Lo comparo con Van Gogh o con

Hölderlin y lo siento hostil.

junio 24

Otra vez en San Pedro.

Entre las compensaciones que brinda esta casa hay que contar la salamandra. He tirado tantas cosas al fuego que casi comprendo a los piromaníacos; entre otras, quemé la copia a máquina de *Crónica* —no la copia vieja, que de hecho es el original, a la que le tengo un misterioso apego—, y espero seguir con todo lo que encuentre a mi paso. Mientras escribo esto, la salamandra bufa: bufa de verdad. Hace ruido como un alto horno. No sé qué temperatura hay afuera, pero acá es pleno verano.

junio 30

En Buenos Aires. La idea de que Sylvia tenga que operarse me resulta insoportable. No quiero preocuparla. No tengo miedo de que pase nada, pero igual es algo que no tolero. Dos días enteros durmiendo.

Fuimos a votar. Es fantástico cómo, a la larga, uno termina por aceptar casi con alegría las ficciones de la democracia.

Como más o menos decía Bernard Shaw, la democracia sirve para *probar* que los pueblos tienen el gobierno que se merecen.

Miro a mi gato Agustín dormir sobre un zapato y no puedo evitar la idea de que somos seres completamente absurdos.

julio 2

Anoche, leyendo a Tolstói. Su impresionante idea del arte como juego. El animal juega con sus saltos, y el hombre juega haciendo versos o

música. Lo considera legítimo y hasta hermoso, “porque aumenta las alegrías del hombre”, pero de pronto agrega —y es como ver despertarse a un gigante— que el juego sólo es posible si se ha comido. Mientras todos los hombres no estén alimentados habrá dos artes: el de las clases superiores, que comen, y el otro, imperfecto y brutal, el de los hambrientos. Y sigue, se despereza y sigue. La conclusión es ésta. El arte superior, hoy, sólo es legítimo si vale para todos: mientras no coman todos, el arte sólo se justifica si por lo menos puede darle algo de alegría a todos.

julio 11

Hace unos días murió Daniel Moyano. Siempre sentí un gran cariño por él, un cariño ambiguo. Lo conocí, lo mismo que a Santiago,[5] en aquel viaje a Córdoba del 61, y, sin duda, algunas de las cosas que le atribuyo al jujeño pertenecían a Daniel. Ellos eran muy amigos. Recuerdo una reunión en la facultad de Derecho o de Medicina, en Buenos Aires, años más tarde. Ese día me decepcionó y hasta sentí su agresión. Un imbécil que se creía Lukács había definido peyorativamente sus cuentos como “fantásticos y kafkianos”, y yo intenté defenderlo, diciendo que lo kafkiano o lo fantástico, en un escritor argentino como Moyano, debía leerse con referencia a la realidad de nuestro país. A Daniel no pareció gustarle, o tal vez, ahora, lejos de aquellos días en Córdoba, quien ya no le gustaba era yo. Dijo de inmediato que él no se proponía testimoniar nada, que él escribía ficciones y que estaba alejado de cualquier cosa que pudiera ser tomada como literatura comprometida. En ese tiempo yo ya no era el “chango” un poco demente y autor de ningún libro que él conoció en Córdoba, y venía a ser algo así como un transmisor homeopático del existencialismo ateo en el mundito intelectual porteño. Traté de explicarle que yo tampoco creía en la literatura comprometida en un sentido político trivial, que lo que estaba intentando era, justamente, defender el valor, incluso testimonial, de la llamada literatura fantástica. No me entendió ni tenía ganas de entenderme. Tuve la impresión penosa de que no quería contaminarse conmigo ni con ideas

izquierdistas. Me callé la boca y no intervine más. Después, en los años setenta, él se exilió en España y una de las pocas veces que lo vi parecía haber aceptado el rol de escritor perseguido políticamente por la dictadura. También hizo unas declaraciones un poco absurdas, que me tocaban de cerca, pero a las que no quise contestar.

La última vez que nos encontramos, grandes abrazos. Otra vez gran cariño, me pareció. Se acordaba perfectamente de aquel viaje a Córdoba, de nuestros encuentros, de Santiago y quería realmente saber si terminaría mi novela. Ahora no sé si alcanzó a leerla. Creo que en el fondo me quería un poco. O seguía queriendo al otro, al "chango" del sesenta.

Un muerto más. Piazzolla. Fuimos un poco amigos y compartimos una cierta época delirante en la que parecía no haber más que whisky, música y mujeres. Recuerdo la noche en que cambié radicalmente mi opinión sobre su música. Esa noche habíamos ido con Egle a Gotán. Lo oí (*lo vi*) tocar. Fue una impresión monumental. Desde entonces, lo admiré. No me gustaban sus ideas sobre el mundo en general, si es que ciertas tonterías que declaraba pueden llamarse ideas. Era una combinación inolvidable de talento prodigioso e ideas inservibles.

Me afectó mucho más la muerte de Moyano. Tal vez por la edad. Daniel tenía poco más de sesenta años.

julio 23

Como si la novela siguiera operando de un modo furtivo sobre la realidad. Guerri, el personaje que Lalo tira por la ventana en uno de los capítulos de *Crónica*, está tomado de la realidad: se llama Rafael San Martín y lo conocí a principios de los sesenta en la casa de Nini Gómez o de Lea Lublin. Más o menos por la misma época en que vi por primera vez a Egle Martin y a Lalo Palacios. Recuerdo que me cayó muy mal por más que todo el mundo dijera con entusiasmo que había peleado junto a Fidel Castro en Sierra Maestra. Efectivamente lo llamaban "Guerri", es decir: guerrillero. Nunca pude justificar el

malestar que me causaba. Algo hizo que lo pusiera, jugando un papel más bien indecoroso, en mi novela. De ahí la escena de la ventana, en la fiesta del Cerro.[6]

El caso es que resultó ser realmente un hijo de la chingada, como decía mi amiga mexicana. Es un delincuente común, raptor de un chico. Estos días su cara anda en todos los diarios y en todos los canales de televisión.

septiembre 2

Anoche, conferencia en el teatro San Martín. *Qué es la literatura.* Unas doscientas personas: no deja de ser raro que haya doscientas personas a quienes les interese qué es la literatura. Lo de siempre: mi histrionismo, aplausos. Por lo menos tuvo la virtud de que no me repetí demasiado.

Lo que acabo de escribir es falso. Lo hago por coquetería, para simular lucidez y cinismo. Lo de anoche estuvo bien, ésa es la verdad; dije lo que pensaba y lo dije sin especular demasiado con el efecto que podía causar. Todavía estoy solo en casa. De una manera inexplicable, esto —me refiero al hecho de estar solo— me hizo bien. Pude reflexionar. La vaga sensación de que algo empieza a ser como debe ser, como debería haber sido siempre.

septiembre 3

Estuve hojeando mis diarios de cuando tenía 20 y 30 años. Pasar esos cuadernos en limpio, aparte del supersticioso terror que la idea me causa, sería una buena manera de ponerme a escribir, siquiera sea en el sentido mecánico de la palabra. Vi, al pasar, una anotación increíble. Me preguntaba: ¿terminaré la novela este año? La novela, claro, era *Crónica de un iniciado*, y "este año" era 1965…

Si consigo pasar mis papeles en esta máquina es probable que me acostumbre a ella. No puede ser más malo que saltar del manuscrito a la máquina de escribir. Por lo pronto, no tengo por qué dejar de escribir a mano. Cosa que podría empezar a hacer ahora mismo con

Los ángeles azules.

No tiene nada que ver con lo anterior, pero en alguna parte debería haber unas hojas donde, hace años, anoté unos cuantos apuntes breves. No sé para qué quiero esas hojas, ni siquiera sé si las quiero, pero me gustaría encontrarlas.

Encontrar algo que creo perdido es una de las cosas que más me tranquilizan en este mundo.

septiembre 10

Sylvia está de vuelta en casa. Por fin puedo escribirlo. Todo salió bien. Todo empieza a ser como debe ser. Dormí varios días seguidos. Todavía no me siento real.

Orden en mis cosas, empezando por los libros. Estuve buscando *Las confesiones de un hijo del siglo* de Musset; no consigo encontrarlo. Era una linda edición. Vaya a saber por qué, pero en los últimos tiempos no he hecho más que leer mis libros de adolescencia, casi de niñez. *Melpómene*, *La amada inmóvil, Heinrich von Ofterdingen,* el *Ritusamhara, Residencia en la Tierra, Los cuadernos y las poesías de André Walter*. Hasta me le animé a *El cansancio de Claudio de Alas* (!). También releí los diarios y los cuadernos en octavo de Kafka, y *La náusea*. Casi una síntesis de mis "años de aprendizaje", de mi *Bildungsroman* privado. Sólo me faltaron Poe, Rilke y *El lobo estepario*.

Leyendo *La náusea* tuve la *certeza* —la misma, por otra parte, que tengo cada cuatro o cinco años— de que es una de las grandes novelas del siglo xx.

Una sensación vagamente parecida a la paz.

Encontrar ahora el libro de Musset sería más o menos como ser

eterno. Todo estaría acá, en el presente.

más tarde

Casi dos horas buscando, en el cuarto de arriba, el libro de Musset. Decididamente, no está. Mi última esperanza es San Pedro. En compensación, encontré *Mijail*, de Panait Istrati. Una edición casi destruida. Tendría que hacer una lista de viejos libros que quiero reponer. Me gustaría una habitación con el doble de tamaño de ésta, para hacer una biblioteca donde pudiera tener todos los libros a la vista. O desprenderme de una cantidad de libros innecesarios. Que se volverían necesarios y seguramente imprescindibles al minuto y medio de haberme desprendido de ellos.

septiembre 11

La verdadera significación de *El Aleph*, de Borges: los celos del narrador, que explican el porqué de que niegue rencorosamente haber visto el Aleph.

Borges, en 1983,[7] me negó esta interpretación: no quería saber nada, al principio, de que el tema central del cuento fuera el amor. Después pareció admitirlo con reticencia y desgano, y finalmente con asombro.

Entonces dijo aquello, tan hermoso para mí.

septiembre 12

Es decir, las siete de la mañana del 13. Esta noche, hablando con Claudia Melnick y con un “escritor joven” (las comillas son un exorcismo: simulo no haber llegado aún a la etapa de mi vida en que la palabra joven me resulte natural, aplicada a los otros). Claudia Melnick tiene talento o eso creo; también tiene una hija muy chica a la que debe criar. Bastante típico en las mujeres jóvenes argentinas que escriben. Separación, hijo. A él lo he leído mal, no puedo juzgarlo.

Tiene treinta y tantos años, a esa edad se puede ser joven únicamente en un país atrasado como el nuestro; pero parece un adolescente: una característica de toda esta generación. No se trata del aspecto físico, sino de su relación con la literatura y con el mundo. Hablamos de esas inútiles reuniones literarias que hacen los escritores de Editorial Sudamericana y le pregunté por qué no les daban un sentido, por qué, en vez de aburrirse o discutir, no aprovechaban, por ejemplo, para leerse algo entre ellos. Me preguntó si estaba loco.

En suma, piensa que leer un texto a medio terminar es arriesgarse a que se lo roben; le parece muy natural pensarlo y me confesó que es lo mismo que sienten muchos de ellos. Resulta cómico. No sé si es candor o algo más grave; por lo menos es falta de imaginación. ¿Qué clase de escritor puede tener miedo de que le roben algo esencial? Como si la literatura fueran los temas o las anécdotas, y no lo que cada uno hace con eso.

Hay que imaginar a Tolstói diciendo: "Ando con ganas de escribir la entrada de Napoleón a Rusia", y temiendo que alguien le robe la idea. Le recordé las lecturas que siempre han hecho entre sí los poetas, los novelistas. Daba la impresión de no creer que semejante cosa fuera posible en el mundo real.

No debe ser difícil desorientarse siendo un escritor joven en un país como el nuestro. Están atentos a demasiadas cosas inútiles: el Mercado, su propia juventud que parece obligarlos a actuar de un cierto modo, en un medio que ya no se escandaliza por nada y que, de hecho, no le presta atención a casi nada, y encima la sensación de que el gran arte carece de sentido, la imposibilidad, justificada, de pensar el mundo como *imago*. Quieren que se los "conozca", pero no tienen la menor idea de por qué. Quieren sentirse existir, y creen que el éxito literario sirve para eso. Ni siquiera se avergüenzan de la palabra éxito.

Habría que recordarles aquella broma de Chéjov:

—Debo de haber escrito una obra muy mala, porque todos la aplaudieron.

Broma, dicho sea de paso, hasta por ahí nomás.

Edgar Poe dijo una vez que amaba la fama; simulaba despreciarla, pero la amaba. Puede ser. Una cosa es amar y otra *perseguir*. En nuestro país, Roberto Arlt podría haber dicho algo parecido, si es que no lo dijo. Sin embargo, Arlt no buscaba la fama, no hacía nada por conseguirla. Seguramente, en sus mejores momentos, se sentía una especie de fatalidad. Y en los peores, un fracasado.

Porque también hay otra pasión del mismo orden pero de signo inverso: el miedo al fracaso. Cuando este miedo tiene un origen legítimo, compromete entero a un hombre. Es la existencia misma lo que se pone en juego.

Tema de cuento:

El tema del corrector de estilo, o mejor, eso que los ingleses llaman *editor*. Él sabe que en esos libros que andan por ahí y que todos admiran está su mano, su *editing*. Sabe lo que le deben y lo que él ha hecho por el éxito de los demás. Sabe que, sin embargo, él no podría escribir un libro, aunque fuera imperfecto. Tal vez, es el *editor* de un solo autor, de un cuentista o un novelista.

Como siempre, me reconcilio con Arlt leyendo *Los siete locos*. Es un libro asombroso. En alguna parte debo de haber anotado algo que me pasó hace un tiempo en San Pedro. Había ido solo, por unos cuantos días, y decidí releer de un tirón *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, con la intención de seguir con Sabato, Bioy y otros escritores argentinos. No pude hacerlo; después de leer a Arlt, todos me parecían pasados por lavandina.

septiembre 16

Hay verdades tan evidentes que basta pensarlas para perder las ganas de comunicárselas a nadie.

Escuchando a Ligeti. Antes, a Darius Milhaud y a Schönberg. La música, casi cualquier música, si me gusta, es algo así como un país para mí, un lugar al que vuelvo sin darme cuenta o en el que me despierto de pronto. La palabra despertar, sin embargo, no es exacta.

La música debe escucharse a solas.

septiembre 17

Cansado y disperso. Duermo mal. He aceptado dos trabajos delirantes: un ensayo sobre Horacio Quiroga,[8] para una colección de clásicos contemporáneos que se publica en Francia, y un artículo, que me pide Silvia Hopenhayn, sobre los intelectuales y el poder. Delirantes porque no tengo ganas de hacerlos, no por los temas. Al contrario. Sobre Quiroga, en alguna parte, tenía un esbozo de ensayo que podría retomar, completándolo mucho. Me dieron veinte días, voy a ver. El otro, si me decidiera, podría resultar una especie de editorial de *El Escarabajo de Oro*, veinte o treinta años después.

Seguramente no hay un solo acontecimiento en la vida de un escritor, por mínimo o circunstancial que sea, que no sirva para explicar algún aspecto de su obra. Sin embargo, hay escritores que sólo parecen ser las *palabras* de sus libros y hay otros que son fundamentalmente la leyenda que ellos y nosotros hemos tramado con su vida. Hemingway es la Guerra Española, el whisky, Marlene Dietrich, peces espada y también sus novelas; Goethe o Thomas Mann pudieron haber sido de cualquier manera, nos basta con el *Fausto* o *La montaña mágica*. Malcolm Lowry, sobrio, sería inconcebible: *Under the Volcano*, escrito

por un novelista abstemio, nos resultaría un escándalo prodigioso, una irreverente prueba de habilidad literaria. Escrito por Lowry es exactamente lo que debe ser: una novela infernal. Horacio Quiroga pertenece a este segundo grupo. Quiroga es el suicidio de su padre, la selva misionera, la muerte de su mejor amigo, su fascinación por las mujeres casi niñas y su propio suicidio. También es "El almohadón de plumas", "Una bofetada" o "Los desterrados"; también es, si se quiere, el "Decálogo del perfecto cuentista" —y sobre todo es bastante más que esto: es el fundador de la literatura que fundaría Azuela, es uno de los mayores cuentistas contemporáneos en cualquier idioma—, pero uno tiene la certeza de que su obra no puede prescindir de la vida del hombre que la escribió. No pienso razonar esta convicción. Me limitaré a escribir sobre la vida y la obra de Quiroga, en cualquier orden.

Horacio Quiroga nació en Uruguay, en ... y más o menos hasta los veinte años fue algo así como un dandi, un elegante avatar sudamericano de Edgar Poe, que leía en francés a los poetas decadentes y cortejaba la idea poética de la muerte. No podía saber que estaba cercado por la muerte, que había venido al mundo marcado por la muerte. Su padrastro se pegó un tiro de escopeta en el paladar cuando el muchacho tenía veinte años. La brutalidad de esta escena es casi un lugar común, y tiene la expresiva contundencia de los mejores lugares comunes: el hombre mordió el caño de la escopeta y gatilló con el pie. También en la adolescencia, jugando con un arma, Quiroga mató a su mejor amigo. No es un buen comienzo para la vida de nadie. Uno tiene la sospecha que de este tipo de cosas sólo las arregla la literatura.

Viaje a Europa. Viaje a la Argentina.

Unos cuantos escritores extranjeros encontraron su destino en esta tierra. Hudson, Gombrowicz serían inexplicables sin la Argentina, pensaran de ella lo que quisieran y aunque sus libros no nos ayuden a pensar en nosotros. El Uruguay nos mandó por lo menos a dos, sin los cuales los argentinos nos entenderíamos menos. Florencio Sánchez y

Quiroga. Con Sánchez aprendimos un modo de ser de la pampa gringa para el que no bastaban Martín Fierro, don Segundo o las novelas de Lynch; también nos enseñó un Buenos Aires que no estaba en el tango y el sainete. Quiroga nos enseñó la selva, el deslumbramiento y la abominación de la selva. No quiero decir que la describió —casi no hay descripciones en sus cuentos, Quiroga detestaba el color local— quiero decir que nos la reveló, como Faulkner reveló el sur de los Estados Unidos, como García Márquez nos dio su epifanía de Colombia y Rulfo la de México. Y acá nos encontramos con una de las características esenciales de su obra, que es también una de las características de nuestra mejor literatura. Borges, hablando del *Martín Fierro*, le hace decir a Gibbons que en el *Corán* no hay camellos, con esto quiso señalar que el conocimiento real de un ámbito *no ve* el color local. En el *Martín Fierro* no hay aperos ni pelajes de caballos ni chiripás; sí los hay en el *Fausto* criollo. La única vez que Hernández intenta ser verosímil es cuando describe las tolderías, que naturalmente desconoce. Gibbons tiene razón. Los árabes de Pierre Loti necesitan camellos, no los de Mahoma.

Los malos escritores son como los malos mentirosos: acumulan pruebas de la verdad. Eso es lo que se llama color local.

En la obra de Tolstói y Dostoievski apenas hay troikas, si es que las hay; creo recordar que Dostoievski usó por lo menos una: la que lleva a Mitia al encuentro de Gruchenka. Lo que más aparece es gente, gente que ama y mata y muere y traiciona y se enloquece, y que es fatalmente rusa. Las troikas, los gorros de piel de oso, los samovares, los pone la utilería del lector. Horacio Quiroga escribe la palabra *desierto*, y nosotros leemos *selva*: poblamos esa palabra de araucarias y baobabs. Dice lacónicamente *ruinas*, y nosotros reconstruimos las misiones jesuíticas y volvemos a derrumbarlas en la imaginación para que resulten ruinas. Su economía verbal no sólo es una estética: es una óntica. Las cosas aparecen allí donde no las nombra. El ejemplo acaso más expresivo de esta virtud es la siguiente descripción de una muerte... (Citar el cuento “Una muerte”, escena del cuchillo.) Etcétera.

Borges, que ha dicho tantas verdades sobre literatura, también fue pródigo en disparates. Hablando de Quiroga, se limitó a comentar: *Hizo mal lo que Kipling ya había hecho bien*. Esto equivale a pensar que Quiroga sólo escribió "Anaconda" o los *Cuentos de la selva*, y a olvidar que estos libros eran, por lo menos en intención, libros para niños. Sus cuentos de animales son acaso una mala copia de *The Jungle Book* o del *Jerry de las islas*, de London, pero los grandes cuentos de Quiroga no podrían haber sido escritos ni aun por Kipling. Quiroga era incapaz de inventar un personaje irracional tan querible y heroico como Rikki Tikki, la mangosta, o un perro de la dimensión casi trágica de Colmillo Blanco, pero ni Kipling ni nadie que no fuera Quiroga podría haber escrito una historia como "Los desterrados", "Una bofetada" o "Los mensú". Un error análogo se comete al hablar de la influencia de Poe sobre Quiroga. Si buscamos el terror o la lección del norteamericano en cuentos como.... (citar) sólo vamos a encontrar una especie de Villier rioplatense, percudido por el doble viaje de Estados Unidos a París a Buenos Aires. Si los buscamos en "Los mensú", en "Un peón" —cualquiera que recuerde la bota vacía colgada del árbol sabe a qué me refiero—, incluso en "La gallina degollada", seguramente encontraremos la lección formal de Poe, el terror, y otras cuantas otras cosas que ni el mismo Poe era capaz de inventar. Personajes, por ejemplo.

SOBRE EL CUENTO COMO GÉNERO:

Una de las características genéricas del cuento es que puede prescindir del personaje en el sentido novelístico de la palabra. Varios de los más ejemplares cuentos que se han escrito basan su eficacia en la anécdota. No sabemos quién es Roderick Usher ni cuál era el carácter de Madeleine, ignoramos todo del señor Valdemar, salvo que agoniza y que ha sido hipnotizado, y tampoco nos importa saberlo: algo está sucediendo y algo va a suceder, eso es un cuento. Los mejores cuentos de Lugones, de Cortázar o de Borges, podrían reemplazar el nombre

de sus personajes por iniciales o símbolos matemáticos. Hay que ser Chéjov o hay que ser Maupassant, hay que ser Bret Harte o Melville o Gógol, para inventar historias indelebles vividas por personajes que no se borran de la memoria. Bartebly, Akakiy Akakievich, el tahúr de Poker Flat, los dos viejos de Maupassant que bailan un minué en el Bois de Boulogne, el cochero de Chéjov tienen la misma consistencia que cualquier personaje novelístico de *Guerra y Paz* o *En busca del tiempo perdido*. Quiroga poseyó a veces esta rara virtud de cuentista mayor. El peón brasilero de "Un peón" o el inglés de "Los destiladores..." son tan recordables como cualquier personaje de cualquier gran novela.

septiembre 18

Lo anterior, escrito de un tirón y casi dormido. Tal vez haya empezado el trabajo sobre Quiroga.

Mañana o el sábado viajo a San Pedro. Organizarme un poco allá, arreglar los asuntos pendientes de la casa, y, la semana que viene, dedicarme exclusivamente a descansar. Estoy agotado, y eso impide pensar. No conozco sensación peor que la dificultad para organizar las ideas. Tengo que leer los libros del concurso Mallea y del Rojas, cosa que puedo hacer mientras descanso, incluso hasta mientras duermo. Tengo que hacer el trabajo sobre los intelectuales, lo que me va a exigir cierta lucidez y, sobre todo, lecturas y notas. Lo mismo el de Quiroga, pero acá sólo necesito ganas.

Y sobre todo tengo que hacer el prólogo para San Pedro, para los versos póstumos de Aníbal de Antón. Sería absolutamente inexcusable, por no decir algo peor, que siguiera postergándolo u olvidándome de él. Aníbal tiene un valor simbólico en mi vida. Es un minuto de mi adolescencia, pero un minuto decisivo.

s/f

Escribí la nota sobre los intelectuales. La reduje a unas pocas páginas. Encontré el libro de Musset; no era la edición que yo creía. Anoto estas mínimas cosas por inercia.

Releo lo que empecé a escribir, en una especie de rapto, sobre Quiroga. No está tan mal.

noviembre 26

Dos meses sin anotar nada.

Hace unos días, carta absolutamente incomprensible, estúpida e incoherente de Sabato. No he vuelto a hablar con él desde entonces ni creo que lo haga nunca.

Esta amistad siempre fue irreal y ya no tiene arreglo, Ernesto es quien ya no tiene arreglo. Debo hacer un esfuerzo muy grande para pensar que es un hombre de ochenta años, sobre todo porque este tipo de actitudes las tiene desde los cincuenta. En algún sentido, representa todo lo que desprecio. En otros, en cambio... Sólo que cada vez son menos.

Me ronda desde hace semanas el tema de una novela (!?).[9] Sobre los rollos del Mar Muerto (!?). Escrito así, parece un disparate.

Estoy de buen humor. En septiembre anoté el tema de un cuento. (El del corrector de estilo.) Recuerdo habérselo contado una noche a Daniel Guebel. Ayer, en su último libro, me encuentro con la idea textual, afortunadamente no demasiado desarrollada. Es una interpolación de último momento, tan evidente que, ahora sí, me doy cuenta de lo que quiso decir cuando habló de su miedo al plagio. Ya hace un tiempo, en un artículo de *Clarín*, habló de los mundos paralelos como si ese problema le hubiera importado toda la vida.

Debo decir que no me molesta; lo siento como un homenaje involuntario.

Crónica ganó el premio a la mejor novela del año anterior. Club de los Trece. Eso no la mejora en nada, podrían agregar mis amigos.

diciembre 2

La novela me sigue rondando. Quiero decir, la nueva novela. ¿Novela? ¿Nueva novela? Yo no debería anotar nunca este tipo de cosas.

Escrito a lápiz, en un papel suelto; lo paso acá para no perderlo. Falta el principio:

... no recuerdo qué le contesté pero recuerdo haber sentido vagamente que el hombre, al oírme, se tranquilizó, aunque no tenía la menor idea de por qué esas palabras debían tranquilizarlo. Si hubiera sabido con quién iba a encontrarme en aquel lugar dos o tres días más tarde habría podido sentir que esa pregunta estaba relacionada con el libro. Por el momento, sólo me pareció un pequeño rasgo de hostilidad. Uno no está preparado para que un libro de Salomón Reinach sobre las religiones pueda resultarle sospechoso a un conductor de taxis, por más europeo que sea. Lo curioso es que yo llevaba ese libro fuera del bolso por azar. Lo había comprado una semana atrás... etcétera. Claro que la palabra azar no es una buena explicación para... etcétera. (Acá, Van Hutten y los esenios. Llegada a La Cumbrecita. El puente, los árboles.)[10]

[...]

Por el momento, preparar la nueva edición de *La casa de ceniza* y de

las obras de teatro.

Es curioso que a veces, como ahora, no me preocupe en absoluto si escribo o no. Como si en el fondo supiera que en cualquier momento voy a hacerlo. Finalmente he cortado con los reportajes, las entrevistas, los compromisos imaginarios. Lo único que quiero ahora es ponerme a leer.

Debería utilizar todo el año que viene para pensar y leer y organizarme.

No hay más que dos maneras de vivir decentemente. Como si nos pudiéramos morir dentro de cinco minutos o como si fuéramos eternos.

diciembre 5

Jens Peter Jacobsen, en su novela *María Grubbe*, formula, por primera vez en la literatura, la idea de la "muerte propia": "Yo creo que todo hombre vive su vida propia y muere su muerte propia, esto es lo que creo".

Rilke, que admiraba sin reservas a Jacobsen, la tomó de él.

diciembre 7

Para escribir buenos libros es necesaria una considerable dosis de egoísmo y paranoia. Es necesario pensar algo así como que somos únicos en el mundo y que la literatura lo justifica todo. Claro que también es necesaria una considerable dosis de conciencia culpable por no ser una buena persona. Espero no haberme amansado, indebidamente, en ninguno de los dos sentidos.

diciembre 31

En casa, solos y en paz con Sylvia. Los gatos, Tatiana y Agustín, debajo de la cama a salvo del estruendo.

Otras páginas

Mi socialismo

Ha caído el Muro de Berlín, ha desaparecido la Unión Soviética, el neoliberalismo parece dominar el mundo. Me dicen que las ideologías han muerto, que estamos en el último límite de la historia, que ha llegado el fin de las utopías. Todo esto es muy impresionante pero no me impide ser socialista. El Muro de Berlín no tenía nada que ver con el socialismo, era, por decirlo así, su negación, y me parece muy bien que se haya venido abajo. En cuanto al Estado Soviético, había que tener mucha imaginación, o muy poca, para suponer que fuera una manifestación irrefutable de la justicia social, de la dignidad humana.

Bien mirado, era mucho más difícil decirse socialista con la incómoda evidencia del Muro de Berlín y del Estado Soviético, que ahora, cuando todo ha reingresado al mundo de lo posible, que es como decir el mundo de las esperanzas y los sueños.

Un sueño posible del hombre sobre la Tierra[11]

Para la juventud de mi generación, la Revolución Rusa fue al mismo tiempo un hecho histórico y una leyenda. Salíamos de una niñez poblada de héroes invulnerables y resplandecientes y entramos a una adolescencia donde, desde la Historia, imperfectos hombres de carne y hueso, magnificados a escala de un pueblo entero, novelaban otra épica en la que la generosidad individual se exaltaba a solidaridad colectiva; el coraje solitario a epopeya popular; el amor por la gloria, a la necesidad de justicia. Tuvimos, respecto de nuestros padres, la ventaja de no haber sido contemporáneos de esa revolución. Ellos,

algunos de ellos, creyeron de buena fe que una revolución social era algo así como el reino laico de Dios sobre la Tierra, la segunda fundación del Paraíso, y tal vez por eso no pudieron tolerar que, como toda empresa hecha por hombres reales, fuera contradictoria, imperfecta y a veces atroz. No pesó sobre nosotros ni el exilio de Trotski ni la sombra de Stalin. Cuando empezamos a pensar en términos ideológicos o políticos, el mismo Congreso XX pertenecía a los hechos consumados por la Historia. Más tarde, la revolución cubana o el mutilado sueño chileno, como hoy la experiencia nicaragüense, terminaron por mostrarnos que existen muchos caminos para ir poniendo de pie la ciudad de Utopía. A setenta años de 1917 sabemos algunas cosas. Sabemos que el primer gigantesco paso de este siglo lo dieron aquellos obreros y milicianos del "Petrogrado Rojo", aquellos campesinos que morían al grito de ¡Cambiarlo todo!; sabemos que ninguna revolución posterior hubiera sido posible sin la existencia de una Unión Soviética, como sabemos también que, a causa de sus imperfecciones y sus contradicciones, el socialismo es un sueño a la medida del hombre.

Setenta años es el límite de la vida humana. A escala de los pueblos, setenta años son horas, acaso minutos. Si pensamos que el mundo feudal tardó un milenio en transformarse en el mundo que conocemos, tal vez sea más fácil captar la dimensión que tuvieron aquellos "diez días que conmovieron al mundo". Diez días que fueron, por supuesto, muchos días más que diez días. No empezaron en febrero, ni siquiera en 1905, ni con los "demonios" que se hacían volar al paso de los carros imperiales. La Revolución Rusa fue la culminación, al menos para nuestro siglo, de una larga gesta espiritual que a través de milenios ha venido encarnándose sucesivamente en los esclavos alzados de Espartaco, en los hermanos Macabeos y sus pastores violentos, en los catecúmenos cristianos, en los campesinos medievales, en los burgueses y el pueblo "sin calzones" de las barricadas francesas. Gesta espiritual, repito, porque en ella se manifiesta con todas sus impurezas y brutalidades, el alma verdadera del hombre, su generosidad esencial, su amor por la libertad y su voluntad de justicia. Gesta que no ha terminado, ni siquiera en Rusia,

como lo prueban las transformaciones y rectificaciones que hoy mismo ha puesto en marcha la sociedad soviética. No ha terminado y quizá no termine.

No deja de ser terrible que los hombres debamos celebrar, como victorias del hombre, epopeyas de desesperación y coraje que, a lo largo de la historia de los pueblos, les ha costado la vida o la libertad a millones de semejantes. Tal vez algún día existirá una humanidad que merezca sus mártires al punto de no comprender siquiera el sentido que tuvo esta proto-historia caníbal a la que llamamos Historia. Tal vez alcancemos el estado ético del animal, que mata y lastima con inocencia. O tal vez esta larga redención que empezó en el mundo con el primer hombre humillado, sea nuestra humana condición y estemos condenados a que la lucha no termine. Cualquiera que sea nuestro destino, la Revolución Rusa seguirá significando que, por lo menos alguna vez, el hombre fue un sueño posible sobre la Tierra.

1 Stefan Zweig, *La lucha contra el demonio*. [N. de E.]
2 Rainer Maria Rilke, *Poemas de la pobreza y de la muerte.* [N. de E.]
3 *Crónica de un iniciado,* 1991. [N. de E.]
4 *Las maquinarias de la noche*, 1992. [N. de E.]
5 Sobre quien está basado el personaje homónimo de *Crónica de un iniciado*. [N. de E.]
6 *Crónica de un iniciado*, cuarta parte, cap. V. [N. de E.]
7 Cfr. *Diarios 1954-1991*, p. 512. [N. de E.]
8 “Horacio Quiroga”, en *Desconsideraciones*, 2010. [N. de E.]
9 *El Evangelio según Van Hutten*, 1999. [N. de E.]
10 Cfr. *El Evangelio según Van Hutten*, 1999. [N. de E.]
11 Este texto fue escrito para el 70º aniversario de la Revolución Rusa y publicado en *Novedades de la Unión Soviética*, en 1987. Debió ir en el tomo primero de estos *Diarios*, pero lo encontré posteriormente a su publicación. Preparando este segundo tomo, advierto que en este año, 2017, se cumplen cien años de la revolución socialista. [A.C.]

1993

enero[1]

Un hombre sale de su casa, sube a un taxi, llega a una estación de ómnibus o de trenes: al hacerlo no siente que comience nada, cientos de personas han hecho lo mismo y están en ese mismo lugar, en ese mismo momento, sabe además que este vagón nocturno sólo es la continuación de una serie de hechos, deseos o proyectos que están en algún punto del pasado y que se extienden ante él como una espera o un paisaje de niebla. No puede saber con quién se encontrará y acaso ni siquiera imagina que se encontrará con alguien. Sin embargo, cuando leemos las palabras que describen estos mismos actos en lo alto de una página —*cuando Nilsen tomó el tren esa noche, no podía saber que se encontraría con Van Hutten*— sentimos que allí empieza una historia...

... o todavía mucho antes, en Éfeso o en Patmos, cuando un anciano casi centenario decidió contar lo que recordaba de una historia que ya comenzaba a dividir en dos al mundo y de la que ahora él era el único testigo...

El chofer silencioso e inquietante que oía marchas alemanas en el pasacasetes de su automóvil.

Del viaje, Nilsen decía recordar solamente el esplendor decadente del atardecer y las vueltas de un camino apenas transitable. Recordaba

un diálogo:

—Este camino es muy malo.

—Naturalmente —dijo.

Tenía un marcado acento extranjero y no parecía dispuesto a dar ninguna otra explicación. Pero Nilsen, contra su costumbre, tenía ganas de conversar y sabía que el trayecto hasta el hotel no era nada corto. Cuarenta o cincuenta kilómetros [verificar esto] entre sierras y piedras. Las marchas alemanas, además, lo habían puesto de mal humor.

—Cuánto se tarda en subir.

—Usted quiere conversar —dijo el chofer—. La gente que viaja sola quiere conversar. Pero si me hace hablar a mí va a tener que viajar callado. No soy alemán —dijo de golpe—. Soy húngaro. La última vez que vi a mi mujer estaban tocando marchas como éstas. No debería ser así, pero cuando las escucho me acuerdo de su cara.

—No tiene que explicarme nada —dijo Nilsen.

—Usted subió con un libro en la mano, pero es de las personas que no pueden leer en los autos. Por eso quiere conversar. ¿Qué libro lee?

Nilsen se lo dijo. El hombre disminuyó la marcha y se dio vuelta hacia él.

—A qué vino —preguntó.

enero 25

—No fue Edmund —dijo sorpresivamente el doctor Golo— y además la frase está incompleta. No habrá una docena de personas que tomen en serio las ideas de Van Hutten, pero esa docena es la más eminente de Europa. Usted, señor, está conversando con, por así decirlo, uno de los Doce.

marzo 27

Estos dos últimos meses han sido de los peores que recuerdo. Un estado de desánimo, de malestar, de cansancio físico, de incapacidad casi absoluta de hacer nada, que debe ser eso que la gente llama

“depresión” y que para mí es lo más cercano que conozco a la estupidez total o a la muerte. Mejor lo atribuyo al calor, de lo contrario tendría que ponerme a pensar en serio en el sentido de la vida. Éstas son las primeras líneas de cualquier género que escribo desde enero. No he podido trabajar en la historia de Van Hutten, si es que hay una historia allí, ni tengo el menor interés en hacerlo. Supongo que esto es transitorio.

Los primeros meses del año parecen ser fatales para mí. Las vacaciones, las visitas, los viajes aunque sean mínimos. Sin embargo, no siempre fue así. Hubo una época en que trabajaba fanáticamente en verano, por no decir casi exclusivamente en verano.

Me he puesto a escribir esto sólo porque es el día de mi cumpleaños, como para preservar un ritual. Más o menos lo mismo que suelo hacer la noche de fin de año.

marzo 29

Todo igual. Con el agravante de algunas inútiles discusiones con Sylvia que lo hacen peor.

marzo 31

Félix Grande y Paca en Buenos Aires. Siempre es hermoso y sorprendente encontrarse con ellos: pasan los años y Paca sigue idéntica a sí misma. Su buen humor, que es casi milagroso, es capaz de devolverle la alegría a cualquiera. Con Sylvia, por lo menos, lo consigue de inmediato. También han venido a casa el novelista español Luis Landero y su mujer. No leí todavía el libro de Landero[2] —diecisiete ediciones en España—, pero, por lo que hojeé, parece uno de esos pocos novelistas españoles que puede ser leído en la Argentina sin que se sienta el choque con lo “demasiado” hispánico del vocabulario y de la sintaxis.

El domingo, viaje a San Pedro, aunque no sé si los Landero podrán venir. Lo que sería mejor. Me gustan mucho pero no sé si estoy en condiciones anímicas para rodearme de tanta gente. Con Félix y Paca, en cambio, no siento ningún tipo de presiones ni obligaciones.

Esperando que pase abril para ponerme a trabajar.

abril 6

Madrugada. Presentación, anoche, del libro de Sylvia.[3] Jorge Monteleone leyó un texto realmente muy bueno sobre el libro. Sylvia contenta y emocionada: algo la tomó por sorpresa en ese texto. Supongo que la fascinación candorosa de oír hablar de *sus* personajes y de *su* literatura como ella está acostumbrada a hablar de los libros de los otros. Después vinimos todos acá, y las cosas, si no me equivoco, siguieron resultando bien, aunque mejor ser cauteloso en estos casos. La realidad no suele ser como yo la percibo.

Paca habló horas, contó historias, nos fascinó a todos. Finalmente demostró, al menos parcialmente, por qué es una poeta de verdad.

Leyendo el diario de Cesare Pavese. Me piden que escriba algo sobre esta edición que, según parece, es completa, aunque no creo que agregue demasiado a la anterior, la que yo conocía. No se lo puede culpar a Italo Calvino por haber omitido en aquélla lo que omitió. En cuanto a mi relación con Pavese, nada ha cambiado. Me cuesta mucho simpatizar con él, cosa que en el fondo me molesta. Me gustaría quererlo y conmoverme con su vida. No lo consigo. Sólo me sacude su muerte, la ferocidad desesperada de su decisión definitiva, cuando escribió ese “basta”. Todo lo demás me deja frío. Yo no sé si es por su relación con las mujeres, tan maniáticamente desdichada, o por la opinión que tiene de ellas, opinión que parece ser más bien el origen y no el resultado de su desdicha.

Sin embargo, no sé. Es algo que tiene que ver también con la literatura. En este momento *casi* podría decir de qué se trata, pero no estoy muy seguro de hacerlo con claridad. Tal vez la chica del *café concert* tenía razón y Pavese era un poco *musone*.

De todos modos, me dispongo a releerlo con toda la atención y la buena fe de que soy capaz. Lo malo, creo, es que nunca me gustaron del todo sus novelas, y lo más malo es que tampoco me tomé ningún trabajo para volver a leerlas. En la época en que todos los libros me llamaban a gritos, los de Pavese me dejaban pasar de largo.

abril 7

Mañana a mediodía Félix y Paca se vuelven a España.

Parece que Sabato, esta mañana, hablando con Félix volvió sobre el tema de aquel reportaje de 1978 (!), hace *quince* años, cuando me tomé la libertad de decir lo que pensaba sobre *Abaddón*. Sabato me tiene harto. Esta noche le leí a Félix ese reportaje íntegro;[4] creo que ya no quedan dudas sobre el porqué de nuestro alejamiento y la imposibilidad de cualquier tipo de reconciliación. No es lo que yo dije sobre *Abaddón* lo que lo irrita: soy yo. Y eso desde hace *por lo menos* veintitrés años. Su egoísmo, su megalomanía, su casi locura, se han vuelto intolerables. Cuando quiera reconciliarme espiritualmente con él, leeré algunas de esas páginas suyas que todavía admiro, y a otra cosa. No tengo ningún interés en volver a verlo. No quiero hablar con él, ni, sobre todo, *perdonarle yo* las brutalidades que consciente o inconscientemente dijo en su casa, en presencia de Sylvia, la última vez que nos vimos.

No sé si alguna vez lo escribí: la generosidad, la humanidad y los sentimientos de Sabato son un malentendido, una impostura. Bettina lo supo desde el principio. Carece de bondad real y, hoy, hasta de verdadera inteligencia; si queda algo digno de respetarle, estará en sus libros. El hecho de que tenga más de ochenta años no me conmueve. No chochea: siempre fue así.

Reconocer algo: detestables o no, los tipos como Ernesto son necesarios y, a veces, *si no se los conoce personalmente*, hasta ejemplares.

Basta de este maníaco y sus ridiculeces. Basta de todo lo que me separa de mí mismo.

abril 8

Un crítico que también ha escrito versos, novelas y cuentos. Lástima que además no haya hecho teatro; hubiera conseguido algo único: ser una nulidad en todos los géneros…

abril 19

Sylvia en Junín. Dormí, o por lo menos estuve en la cama, casi dos días seguidos. También leí.

Pasaje a la India, de Forster, es por momentos una de las más hermosas novelas de la literatura inglesa contemporánea. En ocasiones, cuando se leen libros como éste, *Ulises* parece un divertido juego de palabras. No obstante, hay algo levemente molesto, levemente falso, en la India de Forster. La India del imperialista Kipling es más conmovedora que la India de Forster. Tal vez, incluso, más real.

Intento releer *La invitada*. Imposible. Ya me había pasado antes, creo. Y, sin embargo, en mi adolescencia, yo estaba seguro de que esa novela era formidable. Bueno, a Simone de Beauvoir habrá que recordarla por sus ensayos, por sus hermosas obras autobiográficas. Ni *Los mandarines* ni este libro se pueden volver a leer. Ni hablemos de *Cuando predomina lo espiritual*, ya que desde el título viene a ser una

broma pesada, muy pesada.

abril 20

Madrugada del lunes. Escuchando música.

Todo perfecto hasta que oigo por radio Clásica que un grupo de escritores argentinos proyecta... ya no me importa qué cosa. Lo malo de este tipo de noticias es que me distrae. Últimamente le estoy dando demasiada importancia a este género de ridiculeces. Qué razón tenía Guillén.

El único modo de sobrellevar el desencanto que, al parecer, se apodera de ciertos escritores después de cierta edad es olvidarse de todo lo que vieron entre sus contemporáneos y volver a escribir como cuando tenían veinticinco años. El problema es *cómo.* De todos modos, y mal que mal, voy cumpliendo la tarea interior de ascesis y reconcentración que me propuse hace unos meses. Después, leer sobre los rollos del Mar Muerto. No he vuelto a pensar en la novela.

Se debería poder ser cristiano sin creer en Dios. Ser cristiano implica una sola cosa: caridad. Yo carezco de caridad.

Este cuaderno es la prueba.

abril 21

La verdad no está en las palabras que escribimos. La verdad está en la conducta que nos da (o nos quita) el derecho a escribir ciertas palabras.

Apunte sobre Pavese.

[…][5]

mayo 20

Desde la última anotación de abril, hasta ahora, nada de la novela,[6] a la que llamo novela para simular que existe por lo menos en intención, aunque por lo menos en intención existe, o eso quiero creer ahora. No pensarla demasiado. Cuando trato de verla con claridad empiezan las dificultades. En este momento, en cambio, daría la impresión de ser algo que, de algún modo, está en el futuro.

Papá enfermo. Desde hace *un mes*, ahora que lo pienso. Hubo que operarlo. Todo aparentemente iba bien pero algo se complicó a último momento y deberán operarlo nuevamente dentro de unos días. En rigor, no es nada grave. Lo grave es que ya tiene ochenta y cuatro años. No sé para qué lo anoto, no quiero hablar de esto.

Escribí una o dos páginas para el número de *Cuadernos Hispanoamericanos* sobre la dictadura militar, que preparó Sylvia.[7] Irá como introducción a algunos de los editoriales que publiqué en los 70. Parece increíble, pero me dio un trabajo enorme. A eso se llama resistencia psíquica; también, quizá, mala conciencia. Ninguno de nosotros —quiero decir, ninguno de los de mi generación—, nos hayamos ido del país durante la dictadura o nos hayamos quedado, puede hablar con naturalidad de ese período.

Termino también, para publicarlo, un breve ensayo sobre literatura nacional, años hablando de eso y ahora cabe en diez páginas. Nota

sobre la muerte de Pavese, escrita hace (supongo) también un mes. No es nada del otro mundo, pero hoy volví a leerla y, por alguna razón, no me pareció mal.

Y finalmente se dio lo que preveía. Terminada mi experiencia en la "Segunda Sección" del diario *Clarín*. Escribí un texto que, según el nuevo responsable, no se publicará por no coincidir con el "perfil" actual de la sección. Lo estaba esperando. No fue una actitud muy inteligente de mi parte; con menos malhumor podría haber durado un poco más, suponiendo, claro, que a la larga no me hubiera hartado de escribir moralidades de setenta líneas para uso de lectores argentinos de diarios. Me sirvió por lo menos para decirles algo:

—Eso es lo que antes se llamaba censura, ¿cómo lo llaman ahora?, ¿perfil?

También les dije que, lo publicaran o no, debía pagármelo, por una cuestión de principios, porque, si *me piden* un artículo, yo cobro por escribirlo, no por publicarlo, si se publica o no es un problema editorial.

Debe de haber sido la única vez que le reclamo plata a alguien; en realidad, la segunda. Ya lo hice durante la dictadura, en una situación parecida, con otro personaje de ese mismo *perfil*. No deja de ser instructivo ver cómo se sienten culpables y dicen que sí, naturalmente.

En resumen, ahora tengo por fin todo el tiempo para mí. Con algunas ocupaciones nada conflictivas: el taller de literatura, los jueves; una charla sobre Poe, en Rosario, dentro de un mes y medio; un encuentro en Liberarte con los estudiantes, el martes que viene, para hablar sobre el mayo francés y sobre el Cordobazo, en el que me limitaré a leer aquel texto del 68.[8]

Antenoche no hice más que leer a Novalis y a Hölderlin. Anoche, un

ensayo sobre los Evangelios Gnósticos y, sin mucha atención, un poco sobre el Mar Muerto. Que es más o menos lo mismo que voy a hacer ahora.

mayo 23

Madrugada del 24. El tema de la casa abandonada, pero al revés. Una vieja casa que ahora es nueva, decorosa y espantosamente nueva. Un camión en la vereda. El camión dice algo así como Vivero La Flor del Día.

Llueve. Salí a dar una vuelta en el auto. Volví bajo un diluvio.

Me llaman del teatro Rajatabla, de Venezuela. Están en Buenos Aires, quieren hacer *Israfel*. Sería realmente una gran cosa, en muchos sentidos. *Israfel* cumple 30 años; 32 desde su primera versión.

He estado leyendo sobre los rollos del Mar Muerto. No digo que el tema de mi historia sea la verdad, pero le anda cerca. Lo extraño es que no parezco ser el único que últimamente vuelve sobre ese asunto. En general, me pasa. Lo que tal vez no habla demasiado bien de la originalidad de mis ideas. En mi descargo: cuando empecé con esto no había oído hablar de los rollos en veinte años o más.

Tal vez sea como el Descartes de Alejandra.[9] Tendría catorce o quince años. Después de un tiempo de haber oído por primera vez ese nombre en el colegio, me dijo: ¿Qué pasa, Abe, que todo el mundo habla ahora de Descartes?

Sylvia vuelve mañana de Junín. Me contó por teléfono que la presentación de su libro salió muy bien, que no hubo asientos suficientes para tanta gente. Nunca podré explicarle cómo me gusta que las cosas le vayan bien. En un primer momento pensé que debería acompañarla; después sentí que no. Es su libro y ella lo considera casi su primer libro. Hay cosas que deben vivirse desde la más absoluta

individualidad. Claro que al decir esto pienso en mí, en lo que me pasaba a mí, y no sé si soy un buen modelo.

Terminado el párrafo anterior me puse a releer estas anotaciones desde que escribí las primeras con la máquina. Noto algo. Por lo menos, ahora me resulta más natural escribir aquí, especialmente si achico la pantalla. Otras cosas que noto: no hice el prólogo sobre Aníbal de Antón. El año pasado decía que sería inexcusable no hacerlo. Tampoco volví a mirar *Los ángeles azules*. Si consigo adelantar realmente con el relato sobre los rollos, tal vez algún día me decida a terminar de cualquier modo *Los ángeles.* "De cualquier modo" significa: sin pretensiones de que sea una novela. He anotado, para el relato de los rollos, algunas cosas mínimas a mano. Siento la necesidad de encontrarle un nombre decoroso.

Mientras escribo, estoy oyendo la sonata opus 65, de Chopin, para violín y piano. Me gusta mucho esta sonata. No sé por qué siempre sentí que había algo híbrido en las sonatas para violín y piano, incluida la Kreutzer. Sin embargo, ésta me impresiona. Lo mismo me pasa con una de Grieg.

mayo 27

Regla de Oro: Cuando no es posible dormir, levantarse y hacer algo. O cansarse de algún modo.

No leer nunca en la cama. Todo el mundo recomienda lo mismo, pero esto sí que no va conmigo. Gracias a este pecado contra la salud encontré, anoche, un impagable "rasgo circunstancial" de esos que Borges remonta británicamente hasta Defoe o hasta la balada de Maldón. El que yo digo está mucho más atrás en el tiempo, en la *Odisea*: la imprevista y vívida descripción del joven marinero (Elpénor) que, borracho, se fue a dormir al techo del palacio de Circe y que, al ser despertado de golpe por las órdenes de Odiseo, se cae de allá arriba y se rompe el pescuezo. Y *dentro* de esa impensada muerte otro mínimo pormenor ocasional de carácter psicológico: Homero

acota, al pasar, que el muchacho no tenía muchas luces ni era valiente en la batalla.

Nota Bene. Esto solo, tal vez, bastaría para sospechar que el Homero de la *Odisea* no es el mismo Homero de la *Ilíada.*

mayo 28

Cinco de la mañana. Ayer 27, a las tres de la tarde, operaron por segunda vez a papá. Salió del quirófano alrededor de las ocho. Resistió la operación, lo que parece increíble. Lo que voy a escribir ahora es exactamente lo que sentí hace unos minutos, al levantarme de la cama: en este preciso momento papá está luchando con la muerte.

Estoy tranquilo. Sé perfectamente que tal vez no vuelva a verlo nunca más. Pero me sucede algo extraño: es algo parecido a la fe. Como haber delegado en Dios la muerte o la vida de mi padre.

junio 1

Esta mañana, a las once y media, murió papá.

junio

No sé qué fecha es hoy. Quiero escribir cualquier cosa porque no puedo seguir viendo esa anotación sola, ahí arriba. Nadie está preparado para afrontar la muerte de su padre. Días espantosos, en San Pedro. Yo agonicé durante tres noches mientras él dormía y se deslizaba suavemente hacia la muerte. Por lo menos, necesito creer eso. Hablamos, dos veces. La segunda, yo sabía que no lo vería más, que no sería capaz de volver a entrar ahí. La última cosa que hice antes de salir de esa sala fue besarlo en la frente. Ahora pienso que nunca lo había besado en la frente. Si yo puedo pensarlo, tal vez él también lo pensó. No fui al funeral. No sé en qué lugar del cementerio

está enterrado. Tal vez no vuelva escribir nunca una palabra sobre él. No lo hice mientras vivió, no tengo derecho a hacerlo ahora. Fue el hombre que más quise en el mundo. No es cierto: fue el único hombre que quise.

junio

Escribo. Después de días inertes, días y noches como de color ceniza, en los que casi únicamente leí la Biblia y los Evangelios, volví a la novela. No me importa si esto es realmente escribir. En San Pedro descubrí algo. Si un libro puede ser leído mientras se muere tu padre, ahí hay algo más que literatura y palabras. No pude leer el *Zarathustra*, me sonaba grandilocuente y hasta hueco. Ni siquiera se dejaba leer Dostoievski. Pude leer a Platón: leí el *Fedón*, el *Fedro*, incluso pude leer *El banquete*. Todas las otras horas estuvieron llenas del Eclesiastés, de Isaías, de los Evangelios sinópticos. Es curioso, pero el Evangelio de Juan tampoco alcanzaba a sobreponerse a la agonía de papá, como si se hubiera vuelto retórico y falso, como si se notaran demasiado sus imposturas.

Oigo los mínimos maullidos de Tatiana, en el comedor. Está dentro de una caja de cartón y tiene cinco gatos, uno de ellos, idéntico a nuestro gato Agustín. Sylvia duerme.

junio 14

Llueve desde ayer. En algún sentido, llueve desde hace meses.

Ha sido el otoño —y parece que será el invierno— más lluvioso en muchos años. Seguí un poco con la novela. En un momento me entusiasmé, aunque tal vez la palabra sea inadecuada. Ahora empieza la parte más difícil, supongo que empiezan también los cuestionamientos y las dudas. Por ahora, por esta noche, no tengo el menor interés en seguir con esa historia.

Debería sacar apuntes, hacer anotaciones. Toda la ceremonia. Tratar de sentir que es un texto necesario, necesario para mí. No consigo tomármelo en serio, tal vez porque no hay nada ahí para tomar en serio.

junio 26

Doce días sonámbulos, huecos, llenos de angustia y de tristeza. Estoy solo en Buenos Aires. He jugado maniáticamente al ajedrez con la computadora, he configurado maniáticamente la máquina.

junio 27

El otro día compré el *Diario* de Gide. ¿Es realmente un diario?

La crisis de Tolstói, hacia los cuarenta años, cuando descubrió que todo está minado, cercado, trabajado por la muerte. Yo lo descubro a los cincuenta y ocho. Lo sabía, por supuesto. Pero está visto que no es suficiente con saber las cosas.

Leí, en el curso, *Sobre las piedras de Jericó*.[10] Una lectura histriónica y espectacular. Eso me cura. Tal vez debí ser actor.

julio 17

Corrigiendo, una vez más, los cuentos de *Las otras puertas*, para una nueva edición. Detalles, que pude modificar hace años, ya que siempre los tuve claros. Pasé nuevamente en limpio “El marica”, “El candelabro de plata” y “Mis vecinos golpean”.[11] Una sensación extraña. Al principio, como siempre me pasó con este libro, una resistencia vagamente parecida al miedo, vagamente parecida a la repugnancia, que me impedía releer los cuentos. Después, cierta

euforia, no en relación con su calidad, sino con el acto de corregirlos. Euforia que se tradujo en algo que creía casi imposible: rehíce "Historia para un tal Gaido", y estoy seguro de que ahora se ha vuelto legible. No es ni remotamente un gran texto, es un juego, pero antes era eso mismo y estaba escrito por un aprendiz que simulaba hacer literatura. Ahora es un juego honrado, tal vez intrascendente pero literariamente honesto.

Las nuevas alusiones al carnaval y a la colombina me gustan, el final, atenuado, es casi todo lo que se puede hacer con ese final.

Por esa especie de reacción en cadena que me produce siempre volver a un texto viejo, empiezo a escribir la historia de la mujer de otro.[12] La idea es buena.

julio 18

Acabo de hablar por teléfono con una escritora a la que se le ha muerto el padre hace unos meses.

El viernes a la noche, solo, mientras miraba televisión. Lo mismo que me pasó un tiempo después de la muerte de mi abuelo Sierra. Un ataque de angustia, incontrolable, interminable y a destiempo.

Leo a Lampedusa. El cuento de la sirena es un milagro. Lo impresionante es la animalidad de la sirena. Tengo que releer *El Gatopardo*. Leí *Monsieur Teste*. No sé si es gran libro, pero es fascinante. Uno de esos libros que nos sugieren, como si fuera propia, la idea de escribir un libro exactamente igual.

julio 19

Siempre me he preguntado si es legítimo anotar en un diario la opinión que uno tiene de los contemporáneos vivos. No por miedo a

ser injusto, sino por la pena (la palabra no es pena, no en todos los casos, pero no quiero detenerme a elegir las palabras ahora) que podría causarles si algún día lo leyeran. Es como cometer un acto desleal. La impunidad que puede dar lo íntimo de un diario es un poco inmoral. Eso hace tal vez que este cuaderno suela ser tan vago respecto del mundo exterior. Sin embargo, hay unas cuantas cosas que a la larga voy a escribir. Sólo tener mucho cuidado y ser absolutamente sincero y ecuánime.

Con Sylvia, por teléfono. Entusiasmada con el libro que me trajo Elsita de Europa: la traducción completa de todo lo que hasta la fecha se tradujo de los rollos del Mar Muerto.

agosto 10

Como si el tiempo se hubiera puesto a girar al revés. Nuevas pruebas de galera de *Las otras puertas.* Firmo una autorización para que vuelva a montarse *Israfel* en Buenos Aires; proyecto serio, aunque falta saber si es viable. Harán una película sobre "Patrón", todo indica que empezará a filmarse en muy poco tiempo: he visto, incluso, la noticia en algún diario. También hay o hubo una propuesta para filmar "Macabeo"; me lo pidió Teo Koffman.

Todo esto, escrito así, podría dar, además, la impresión de que nado en dinero; la verdad es que no tengo un centavo y que nadie me pagó todavía. Tampoco lo pedí. No puedo superar la sensación de malestar que me causa hablar de dinero, es como si me avergonzara. Tal vez la llame a Balcells, a Barcelona, para que ella se encargue. En el fondo es lo mismo.

La semana pasada, el jueves, una entrevista pública con Susana Rinaldi, en el Teatro La Plaza. Todo, me dijeron, fue muy emotivo. Sin embargo, lo mismo que siempre: sensación de inautenticidad y malestar. Encuentro con Rubén Natale, de los tiempos de *El grillo de papel*; en aquel tiempo él escribía versos. Me dijo: "Pensar que ahora tengo que pagar para verte". No fue una observación molesta, todo lo

contrario. Estaba realmente contento de verme; a Sylvia naturalmente no la conocía. Hablamos de Víctor García Robles.

Libros, nombres, caras de treinta años atrás. Nada termina nunca del todo, y a veces eso está bien.

Sigo con la novela. Llevo escritas unas cien páginas de libro, acaso un poco más, que me suenan a bastante terminadas. Empiezo la segunda parte, la del Qumran. Tengo la sospecha de que ahora empiezan las dificultades serias. También tengo la sospecha de que esto ya lo escribí.

Más del pasado. Noldo[13] viene a la Argentina dentro de una semana, a presentar su último libro, un libro sobre música. Me ha pedido que esté con él, en la presentación. No conozco su libro. Me escribe que me lo envió; yo no lo recibí nunca. Es raro, pero no tengo muchas ganas de ir.

LA CUEVA:

La chica belga dormía en la carpa y Van Hutten, insomne y algo culpable, salió a caminar entre las piedras, etcétera... Saca la linterna del bolsillo de su chaleco, para verificar el estado de las pilas. Oscuridad. La linterna resbala de su mano y rueda por las piedras. Cae en una grieta. Una luz repentina, surgida como del fondo de la tierra: la linterna se ha encendido sola, al caer. La linterna iluminaba una tinaja.

agosto

No sé qué día es. Encuesta algo ridícula en *La Maga* sobre los mejores

escritores argentinos. Me fue misteriosamente bien. Los vivos elegidos fueron Bioy Casares, Sabato. Los muertos: Sarmiento, Arlt, Borges.

Enorme cansancio. Necesito dejar de escribir por un tiempo.

agosto 30

Paradojas del no escribir: me avisan que acaban de darme el premio Esteban Echeverría. Confieso sin pudor que me gusta, por el nombre de Echeverría y por el procedimiento con que se eligen los candidatos. Se fundó hace diez o doce años y el primer ganador fue Borges. También se lo han dado a Denevi, a Olga Orozco, a Bioy, a Molinari, a Molina. La cosa es así: se hace una encuesta nacional, desde La Quiaca a Tierra del Fuego, entre 500 o 600 personas vinculadas con la literatura, la educación, el periodismo. Se elige un grupo de autores y de allí salen los candidatos, que no se postulan ni se enteran de que han sido nominados.

Cómo le hubiera gustado este mes a papá.

agosto 31

Me importa que la gente que *no es* de Buenos Aires tenga buena opinión de mis libros. Los intelectuales de Buenos Aires me enferman. Me enferman sus enredos de corte, sus polémicas sobre nada, sus mentiras y sus libros. Sí, de acuerdo, entre esos intelectuales enfermantes también estoy yo.

Habría que releer, todas las noches, aquel “A la una de la madrugada”, de Baudelaire.[14]

noviembre 21

Corrigiendo *La casa de ceniza*, con un empecinamiento y, de alguna manera, con una pasión, que seguramente no se justifican. Lo escribí cuando tenía veinte años. Es de un barroquismo casi insuperable. Casi intolerable, es la expresión justa. Sin embargo le tengo una especie de cariño.

Cuando escribía este tipo de cosas yo vivía fuera del mundo, en el mejor sentido de estas palabras.

diciembre

La historia de Shruti, la chica hindú que venía al taller. Vino a casa, alrededor de medianoche. Había bebido. Tiene sida. Según dijo, es portadora no enferma. La madre viajó a Bombay y ella está bastante sola, con un novio un poco demente. No da la impresión de mentir. Por otra parte, Sylvia me confirmó la otra parte de su historia. El padre conoció a la madre en la India, tuvieron a Shruti; él se enamoró de otra mujer y se trajo a la chica, que tenía dos años, con su nueva mujer, a Colombia. La madre de Shruti vino desde la India, los buscó y los encontró cuando Shruti tenía seis años; se la llevó con ella. Shruti creía, hasta entonces, que su madre era la otra mujer. La madre de Shruti se pasó la vida sobreprotegiéndola y Shruti haciéndole la vida imposible, sin proponérselo, imagino. El padre, mientras tanto, se desentendió de todo. En el medio, una historia de drogas. Hace cuatro años —ella tiene veintisiete, ahora— un chico le contagió el sida. Es inteligente, linda, tiene talento literario y sentido del humor. Piensa que el mundo es una mierda. Naturalmente, tiene razones, tenga o no razón.

Navidad

Solos con Sylvia, en casa.

diciembre 26

Hace uno o dos meses, fuimos a Montevideo, por el rodaje de *Patrón*. Nos invitó Jorge Rocca, el director. Un viaje muy lindo, por agua. Sylvia, igual que yo, encantada de compartir dos días con Walter Reyno, Leonor Manso y la muy joven Valentina Bassi. Muy talentosos, los tres. Por no hablar de Rocca que tuvo, desde el principio, una idea muy firme y precisa de lo que quería hacer con el cuento. Estoy seguro de que va a ser una película excelente. Yo había estado en Montevideo a los dieciocho años; Sylvia, nunca. Me gusta esa ciudad, me gusta más que Buenos Aires, casi tanto como Córdoba. Aunque no estoy seguro de que la Córdoba actual me guste ya. La Córdoba que me gustaba era la de hace treinta años. Montevideo tiene esa cosa de estar siempre treinta años atrás.

diciembre 27

Me hablan de una revista para hacerme una de esas tradicionales entrevistas telefónicas de fin de año.

Cuando me preguntan qué libros leí últimamente o qué estoy escribiendo, siempre advierto que, hablando en general, ni leo ni escribo. Ni siquiera sé bien qué libros se publicaron en 1993, aunque calculo que fueron demasiados. Los últimos autores extranjeros que me impresionaron —pero me parece que esto ya lo contesté hace tres o cuatro años— son Bernhard y Cheever. Bernhard a pesar de él mismo, ya que es un escritor malhumorado y retórico que se empecina en hacerle las cosas difíciles al lector, un talento intratable, una cruza de Faulkner con Cioran. Lo admiro, lo leo, pero no habría caminado media cuadra para conocerlo. A Cheever, en cambio, me hubiera gustado molestarlo a cada rato. Para entender bien esto hay que

recordar lo que decía Salinger sobre esos escritores a los que uno, después de leerlos, quisiera llamar por teléfono. El mejor libro extranjero que leí este año, por no decir el único, es de Bradbury. Tampoco él es un jovenzuelo pero, por lo menos, está vivo. Bradbury sobrelleva un malentendido. No es un escritor de ciencia ficción, es un escritor a secas. Un *gran* escritor. Desde que yo tenía dieciocho años estoy esperando que la Academia Sueca perciba una verdad tan evidente y, desapolillándose, le dé el Premio Nobel.

El otro día, a raíz de una gripe, releí *Cumbres borrascosas*. La literatura actual parece un poco anémica después de hojear a esta chica. También me hubiera gustado conversar con ella.

diciembre 28

Murió Lalo,[15] ayer a la mañana. Por la noche, el velorio. Encuentro con Alejandra y Bárbara, con Biali y Fernán, con dos de las hijas de Lalo —Mercedes e Isabel—, del primer matrimonio. Con Isabel Socas, con Colautti. Una especie de *revival* al revés.

Creo que Lalo se murió, entre otras cosas, de harto. Por otra parte ya no quedaba nada del mundo que conoció. Su última alegría, si aún era capaz de sentir alegría, debe de haber sido el regreso fugaz de Alejandra a Buenos Aires; y, supongo, la conversación que tuvimos por teléfono hace unos días sobre el libro de cacerías que se proponía escribir. Parece que el 26 se encontró con Colautti en la calle y le dijo que extrañaba a los amigos, que debíamos reunirnos más seguido. Nos reunimos, en realidad.

El extraño comportamiento de la gente ante la muerte. Alejandra, transformó su tristeza en actividad. La Negra, como ajena, con sus músicos y su Mae do Santos... Bárbara sencillamente estaba triste.

diciembre 31

Siete de la mañana. Fin de un año bueno, al menos en lo exterior, pero casi nulo en lo esencial. Sólo escribí, de abril a agosto, unos capítulos del Van Hutten, y un cuento, “La mujer de otro”.

La muerte de papá me idiotizó, literalmente, aunque no creo que se me note demasiado. Sueños frecuentes. La culpa de no haber hecho las cosas mejor con él, o algo muy parecido a eso.

El problema religioso no está resuelto en mí. No se trata de Dios ni del alma. Es una cosa mucho más ambigua e indecible. No creo en Dios ni imagino nada que pueda llamarse alma, sin embargo, siento el cristianismo como un llamado muy antiguo. Tampoco tiene nada que ver con la Iglesia. La Iglesia me parece una aberración y, para decirlo de alguna manera, un pecado mortal. Nada de esto se arregla pensando.

madrugada

El viejo rito. Empezar el año escribiendo. Solos en casa, con Sylvia y los gatos. Me pareció muy bien.

Hoy, es decir anoche, llamó Shruti, para desearnos feliz año nuevo. Parecía estar perfecta. Le dije que ya le había conseguido una entrevista con Estela Calvo, la psicoanalista que viene a mis cursos y quiere conversar con ella. Le pedí que fuera. Me hizo una broma, algo así como que yo era su agente espiritual. También habló con Sylvia. Sylvia se comportó con mucha más naturalidad que yo.

Empiezo a pasar en limpio los diarios del 61 al 70. El cuaderno cuadriculado de tapas negras.[16] Especie de secreto terror.

Otras páginas

La década vacía[17]

"Jamás fuimos tan libres como bajo la ocupación alemana". Estas palabras de Sartre, con las que comienza *La República del Silencio*, no sólo expresaban en los años setenta la paradoja existencial de la libertad, sino que nos ayudaron a vivir bajo la dictadura militar argentina. Sentíamos, al repetirlas, que la resistencia también era posible en nuestro país, ya que lo había sido en Francia durante el más criminal y oprobioso régimen de la historia contemporánea; sentíamos que si otros hombres habían sobrevivido a un ejército invasor, también nosotros podíamos sobrevivir a la ocupación de nuestro propio ejército. Cada gesto de libertad, por mínimo que fuera, cada acto de disconformidad con lo que estaba ocurriendo, era un modo de certificarnos que la dignidad humana estaba de nuestro lado. No eran necesarias actitudes desmesuradas o heroicas. Cualquier cosa podía ser la libertad. Desde desfilar los jueves con las madres de Plaza de Mayo a negarse a mostrarle los documentos en la calle a un policía, desde mencionar el nombre de Haroldo Conti en una conferencia a salir a caminar de noche, solos, por un barrio apartado de Buenos Aires, desde fundar una revista casi secreta a visitar en la cárcel a un amigo detenido, cualquier transgresión a ese orden perverso que se autodenominó "proceso" podía llegar a ser un gesto donde se ponía en acto una idea total de la vida. Insisto, no se trataba de grandes rebeliones, por otra parte imposibles, ni de conductas espectacularmente nobles o ejemplares; se trataba sencillamente de ir viviendo, cada día, como si el poder ya no pudiera tocarnos, convencidos, un poco paranoicamente tal vez, de que el mal era más transitorio que nosotros.

Hubo, por supuesto, rebeldías en las que se ponía en juego algo más

que la libertad de conciencia. La de las madres de Plaza de Mayo fue una de ellas. La de Teatro Abierto, otra. Hubo manifestaciones obreras que, como la de 1982, reclamaron a gritos la abolición de la dictadura y obligaron a los militares a apelar a la visita conciliatoria del Papa o a invadir las Malvinas. Pero sobre todo hubo la vida cotidiana, en la que un acto tan ínfimo como entrar en un cine para ver *Queimada* u oír la marcha peronista cantada en un estadio del Mundial, podían hacernos sentir que no éramos los últimos de los hombres.

Los textos que Félix Grande me ha pedido que publique, dan, quizá, mínima cuenta de que vivir en la Argentina durante esos años no era necesariamente autocondenarse a la vergüenza o al silencio. Hubo, por otra parte, muchos escritores y poetas que hicieron lo mismo. Recuerdo los primeros números de *Posta de Arte y Literatura*, editada en 1977 por Manuel Amigo y Jorge Brega; recuerdo *Nova-Arte*, de Enrique Záttara; *Ulyses*, de Horacio Tarcus; *Contexto*, dirigida por Ariel Bignami. Recuerdo los artículos políticos escritos en *Punto de Vista* por Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano. Recuerdo aquel inolvidable texto de María Elena Walsh, "Argentina, país Jardín de Infantes", publicado en *Clarín*. O el de Marco Denevi: "Argentina, país del silencio". Recuerdo, sobre todo, a un periodista cordobés que vino a entrevistarme hacia 1978 y que no censuró una sola de mis palabras: él y toda su sección perdieron el puesto, mientras yo seguía en mi casa de Buenos Aires, escribiendo una novela, en paz conmigo mismo. En cuanto a estos artículos, los escribí para la revista *El ornitorrinco*, que fundamos en 1977 con Liliana Heker, Sylvia Iparraguirre, Cristina Piña, Irene Gruss, Daniel Freidemberg, Enrique Záttara, Bernando Jobson. Si publicarlos entrañaba algún riesgo, era un riesgo compartido por todos, y ni siquiera estoy seguro de que quisiéramos darnos cuenta.

Entrevista sobre Sabato y Abaddón[18]

Usted, hace tiempo, había empezado un ensayo sobre la obra de Sabato.

Hace *mucho* tiempo. Y no sobre la obra, sino sobre Sabato. Para entender a Sabato hay que tomarlo en totalidad. Un escritor es sus ficciones, sus actos, las sucesivas y a veces antagónicas ideas que defiende. Su relación con las mujeres, con los amigos. Yo creo conocer muy bien la obra de Sabato y, durante mucho tiempo, estuve cerca de él. Eso me...

¿Cerca de sus ideas o de su persona?

De su persona. También de muchas de sus ideas, quizá de las que Sabato, hoy, dice mirar con melancólica ironía. Por eso no me gusta hablar de él, y menos en un reportaje. He de tener unas trescientas páginas de apuntes sobre Sabato. Y no me parece que a ningún hombre, escritor o no, se lo pueda despachar en menos. Sabato es una de las personalidades más complejas, contradictorias y mal juzgadas de nuestra literatura. Con él se equivocan quienes lo detestan y quienes lo admiran. Los que lo critican confunden su carácter, su mal carácter, con sus ideas, con la vida; lo atacan por cuestiones personales. Sabato les molesta. Los que lo defienden parecen hipnotizados por su personalidad o por la fuerza casi paranoica de sus afirmaciones, y acaban dando una versión de Sabato que es la que Sabato imagina de sí mismo. Yo diría que se lo ataca y se lo defiende por miedo. A veces sospecho que el único que sabe, o intuye, cómo es Sabato soy yo. Y Sabato. Sabato, a solas, sabe perfectamente cómo es. Lo que no sabe, claro, es lo que todos ignoramos de nosotros mismos: *por qué* somos así.

Cuando habla de Sabato pone el acento en "las ideas". ¿Ud. piensa que

Sabato es más pensador que novelista, o en todo caso es válida esa distinción?

No sé si es válida: Jobson hace un momento decía que para él Sabato era un pensador. Pero hay escritores que son, fundamentalmente, hombres de pensamiento: Thomas Mann, Dostoievski. Entre nosotros, Arlt. Quizá en Sabato el pensador y el autor de ficciones estén más escindidos: sus personajes, a veces, son excusas para proponer teorías. Cuando esto se nota, hay una ruptura.

Lo que yo sé es que el Sabato que influyó en mí, y acaso en parte de mi generación, fue el hombre de ideas. Sabato no necesitaba de sus ficciones para existir, lo prueba un hecho. En los trece años que pasaron entre *El túnel* y *Héroes y tumbas*, siguió estando en el centro de todas las polémicas. Sin escribir un solo texto de ficción, existía por *Uno y el Universo*, por *Heterodoxia*, por *Hombres y engranajes* o por sus reportajes. En los años sesenta aparece *Sobre héroes* que, en mi opinión, es la gran novela de Sabato. Y allí sí se unen el intelectual y el creador. Hasta entonces, la literatura argentina había dado escasamente grandes novelas. *Adán Buenosayres*, por supuesto, pero nosotros no sabíamos siquiera si Marechal estaba vivo. *La casa*, *El río oscuro*. Las obras de Arlt, de Lynch, de Güiraldes, claro, pero pertenecían como a la prehistoria de nuestras letras. Apareció *Sobre héroes* y fue, sin exagerar, una especie de acontecimiento nacional. Y, para mí, con razón. Yo sigo pensando, pese a lo que digan ciertos críticos actuales, que *Héroes* es la obra mayor de Sabato, que es, en rigor, la culminación y la síntesis del autor de ficciones y del hombre de ideas. Gusten o no esas ideas.

Entonces, para usted, Abaddón no es la gran novela de Sabato.

No. En *Sobre héroes* había personajes reales: seres de ficción, quiero

decir, que uno podía encontrar de golpe en la calle. Y otros que no, pero que estaban sostenidos por la potencia expresiva del libro. ¿Había tendencia al arquetipo, a la maqueta? Se puede objetar la verosimilitud de D'Arcángelo, sin embargo, hay gestos, actitudes de D'Arcángelo que no se olvidan. Yo recuerdo una escena donde D'Arcángelo después de teorizar a su modo sobre el país y sobre el mundo, se da cuenta de que Martín no ha comido y dice algo así como: Yo hablando macanas y el pibe acá picando ingredientes. Ahí está el novelista: el hombre capaz de inventar un ser real y una situación dramática con dos palabras. El propio Quique, puesto para exponer paródicamente teorías que a veces Sabato piensa en serio, era allí un hombre. Sabato, de pronto, lo describe a solas: sin su máscara de cinismo y Martín siente que no tiene derecho a violar esa desnudez. En *Abaddón* el único personaje que Sabato muestra como patético es Sabato. Quique es ya un puro muñeco parlante: ni siquiera ha crecido. Uno supone que en *Sobre héroes* tendría más de cincuenta años; en *Abaddón*, veinte años después, sigue idéntico. Y debería ser horrible: una especie de ancianito haciéndose el chistoso, o siéndolo, pero mostrado de pronto en toda la trágica chochera de su frivolidad. Un novelista no puede perderse algo así.

¿Pero un creador no tiene derecho al anacronismo? A lo mejor Quique es justamente un arquetipo, y por eso no crece.

Martín, en cambio, crece. Ha crecido D'Arcángelo y Sabato lo muestra solo, sin hablar, en uno de los más hermosos momentos de *Abaddón*. Pero lo de Quique sería lo de menos. *Abaddón* tiene, para mí, un problema casi insalvable como novela. Es imposible de ser comprendida sin haber leído *Sobre héroes y tumbas*. *Sobre héroes y tumbas* viene a ser como un mapa de *Abaddón*. Sin *Héroes*, en *Abaddón*, uno no sabe por dónde va ni adónde va.

Entonces todo eso de la novela abierta, de la construcción...

¿...en abismo? La construcción en abismo es una teoría crítica: sirve, cuanto mucho, para describir un libro. El cubismo en pintura, por ejemplo. Muy bien, yo me declaro pintor cubista y, en efecto, soy un pintor cubista. Y qué más. Porque lo que hay que decidir es si mis cuadros son buenos o malos. La construcción de una novela puede ser un abismo o en pocito, del mismo modo hay novelas río y si se quiere novelas charquito o apenas húmedas. Lo que hay que saber es si esa clasificación explica un hecho nuevo, y, sobre todo, un hecho necesario. Y luego si tal obra de ficción, construida así, constituye o no un objeto estético autónomo. De lo contrario, es una pura comodidad clasificatoria. En *Abaddón* los personajes y el autor intercambian sus roles y el propio Sabato aparece como un ser de ficción. Norman Mailer, en *Los ejércitos de la noche*, ya utilizó ese artificio: hay allí un personaje, Norman Mailer, narrado en tercera persona, que es y no es Norman Mailer. Sólo que Mailer se describe sin piedad, se autoacusa. Lo ves borracho, vomitando, diciendo estupideces. No se trata de quién usó primero esa técnica. Si vamos a hablar en serio, el escritor como personaje dentro de su libro aparece por primera vez, que yo sepa, en *El Ramayana*. Ahí Valmiki, el rishi, interroga a un hombre sabio: el autor lo cuenta. Lo abismático es que el autor y por lo tanto el inventor de Valmiki es Valmiki. *El Ramayana* es una epopeya anterior a la *Ilíada*. En *Abaddón*, Sabato da la impresión de justificarse permanentemente. De justificar al personaje Sabato. Una o dos veces parece que va a tocar fondo, uno piensa ahora suelta amarras y de inmediato todo se diluye. Sabato se ve a sí mismo como con piedad (llorando de tristeza), ve que los demás (Bruno, por ejemplo) lo admiran y lo absuelven, ve como la Beba se apiada de su soledad. Mailer se destroza.

La impiedad por sí mismo, entonces, sería la única manera de justificar la inclusión del autor como personaje.

En mi opinión, sí. No hay nadie que, mirado por sí mismo como si fuera otro, no se sienta una perfecta impostura.

Hace un momento hablábamos, con Jobson, de un cierto rol que pareciera asumir Sabato, cierta solemnidad. Como si cumpliera un papel que le han o se ha asignado.

Sí, no sé. Pero como también señaló Jobson, es una actitud más o menos reciente en Sabato. Y de cualquier modo hay que conocerlo mucho para juzgarlo con justicia.

En mi caso, por ejemplo, yo debería decir que es el hombre con quien más me he reído en mi vida. Había que verlo imitando a Borges. Cuando apareció *Héroes* le regalamos un muñequito a cuerda, un cieguito, que tenía bajo el brazo un ejemplar de nuestra revista. Se divertía como si tuviera cinco años. Me acuerdo de que nos hacía la parodia de una de las escenas más espeluznantes de su novela. La mujer de un ciego está prostituyéndose con otro ahí a unos metros, mientras el ciego, que además es paralítico, lo único que puede hacer es mover la lengua. Bueno, aquel horror, mimado por Ernesto que hacía las caras del ciego o movía apenas un dedo y gorgoteaba, era de una comicidad aterradora. El que no escuchó a Sabato explicar cómo se aprende alemán por el método Olendorff, o cómo inventó el antiperro (un perro que muerde al dueño y le hace fiesta a los ladrones), no sabe quién es Sabato. Algún día haceme acordar de que cuente lo de las camas sin piecera o la puerta especial para mosquitos.

Pero volviendo a lo de la solemnidad, eso nos acerca un poco a otra cosa que creo advertir en la literatura de Sabato. Un tono como de amonestación. Como alguien que ilegitima a todo el mundo. Yo pienso que,

en el plano personal, esta postura lleva a que mucha gente se aleje de él o lo interprete mal.

Por si acaso, yo nunca me alejé de Sabato por ese tipo de razones... Pero ya te digo: hay que dividir a Sabato en dos épocas. Hasta *Héroes y tumbas*, y después. El éxito de esa novela le hizo una especie de daño a Sabato. Todas las dudas que tenía Sabato sobre sí mismo, sus problemas con la creación, el sentir que *Héroes* podía ser un fracaso y al mismo tiempo la conciencia de estar escribiendo una gran obra, ese caos fue lo que le permitió escribirla. Y de pronto vino el éxito, descomunal y casi inconcebible para un autor argentino. Marechal me dijo una vez: "Pero cómo puede dolerle a Sabato una crítica negativa cuando, desde *Don Segundo Sombra*, no se ha producido un fenómeno igual en la Argentina". Y a Sabato le afecta cualquier crítica. Sucedió esto. Sabato sintió, con razón, que él tenía razón: era un gran escritor. Y los demás le impusieron ese rol, el escritor nacional, el rival de Borges. Uno acaba siendo lo que los otros se figuran que es, acaba jugando a serlo. Entonces ocurrió algo inesperado. La aparición de Cortázar, *Rayuela*, que rompía todos los esquemas de la novela tradicional (lo que tampoco era cierto), la reivindicación de Marechal como maestro de Cortázar y de Lezama Lima, la resurrección de Borges, porque Borges resucitó; el boom de la novela argentina. En fin, la literatura y hasta el pensamiento nacional, dejaron de pasar por Sabato. Eso lo hizo cerrarse en una especie de caparazón. Durante años, Sabato había sido el modelo de los escritores jóvenes: era el escritor comprometido, que, ante cualquier suceso político, salía al cruce y decía lo que pensaba. Fue el primero que habló, autocriticándose, del problema del peronismo. Y eso le creó enemigos, y lealtades. Después de *Héroes*, que por un lado lo hizo célebre y por el otro odioso, fue como si se hubiese cansado de enemigos. Y se volvió, digamos, relativo: conciliador. Sabato, aunque no lo parezca, es un hombre terriblemente inseguro. Exigió únicamente lealtades. Se olvidó, justamente, de aquel gran dios de los adolescentes: Nietzsche, aquel absoluto que decía: "mi mejor discípulo es el que reniega de

mí". En *Abaddón*, todos los adolescentes que se le acercan parecen retrasados mentales; los que se le oponen, resentidos o canallas. Eso que vos llamás el tono admonitorio no es quizá más que una defensa, un simulacro. Yo, por mi parte, me quedo con el Sabato violento, arbitrario, rodeado de enemigos y amigos reales, no de fantasmas.

Sabato trabaja mucho en sus novelas sobre el tema de las fuerzas ocultas, demoníacas. Y, sin embargo, hay algo muy contenido en el lenguaje. Es decir, como si no se atreviera a trasponer una barrera. La impresión mía es que a través del lenguaje él está controlando toda esa turbulencia interior.

Sabato es un escritor, un autor de novelas: no es un artista. Para él una novela debe ser verdadera, signifique esto lo que signifique. Y yo pienso que una novela es un hecho poético; debe ser bella. La verdad es lo que viene por añadidura. Y es cierto, Sabato no se deja arrastrar por el vértigo de las palabras, por eso el mal, lo demoníaco, parecen temas en él, y no estallidos de locura verbal, como, por ejemplo, en Dostoievski. Yo tengo mi propia versión sobre lo demoníaco. No está ni fuera, ni atrás, ni al costado, ni por debajo o por encima del hombre. Está dentro del hombre. Por eso se manifiesta tanto en ciertos creadores de tipo irracional (Rimbaud, Lautréamont), que parecen hablados por su lenguaje. Sabato es una especie de matemático que se volvió loco. Un poeta es un loco que imagina construir universos matemáticos. Son una locura y una lucidez de signo inverso. No puedo explicarlo bien. ¿Qué me preguntabas?

Todo eso del demonio, de las fuerzas oscuras, la perversidad, ¿no es un poco retomar el mundo de Arlt?

Lo perverso, lo oculto, eso es connatural en Sabato. Son parte de su

mundo. El miedo a lo irracional es lo más racional que le puede ocurrir a un físico-matemático. Con sólo describir el escritorio de Sabato, yo podría probar su terror al caos. Es un escritorio blanco, con cajones pulcros, ficheros, carpetas ordenadísimas donde figuran fecha de nacimiento de personajes, mapitas. Parece un laboratorio o una farmacia. Escribe, además, con una máquina eléctrica. Cómo se concibe que el *Informe* lo haya escrito en los límpidos lagos del sur. Son exorcismos: apelaciones al Bien, a lo racional, al orden. Y quizá por eso, por esa dualidad, le quitó al *Informe* toda su última parte, la realmente demoníaca y excesiva. Si se coteja la primera edición de *Héroes* con la de Sudamericana, se ve qué es lo que tiende a reprimir Sabato. Reprime, justamente, la zona que intenta develar en *Abaddón*. Y que en *Abaddón* suena ilegítima. Lo demoníaco se ha vuelto espiritista: la videncia poética de que hablaba Rimbaud, turcos que te predicen el futuro. No hay amor, no hay sexo. Pero quiero aclarar que el rigor de la prosa de Sabato, en textos como el *Informe*, de ningún modo atenta contra el efecto perverso. Al contrario. Esa formidable locura, redactada como Bertrand Russell redactaría una explicación de la relatividad, esa lógica abrumadora para demostrar una petición de principio paranoica, que los ciegos son una Secta, es quizá uno de los grandes aciertos formales de Sabato. Justamente por eso le hacía falta el excesivo desborde final.

¿Hay una cosmovisión en la obra total de Sabato?

Siempre se tiene una cosmovisión. Lo que pasa con Sabato es que su pensamiento es como fragmentario. Opera en tajadas, como el de un científico, no como el de un filósofo. Esto no es un defecto, es una característica. Lo más deslumbrante del pensamiento nietzscheano es casi aforístico, y nadie puede negar que tenía alguna visión del hombre en el universo. Hay escritores, como Thomas Mann, por ejemplo, que parecen abarcarlo todo. Desde su primer cuento hasta su última novela, Mann va develando una concepción total y coherente

del mundo, no se aparta de ella, puede contradecirse, pero siempre ahondando en un universo, digamos, totalizador. En Sartre, se esté o no de acuerdo con él, no puede negarse esa búsqueda de coherencia que va de *El ser y la nada* a la *Crítica de la razón dialéctica*, pasa por sus cuentos, sus novelas, sus dramas. Le piden un prólogo a las obras de Genet y escribe un volumen filosófico, antropológico y crítico de seiscientas páginas. La virtud de Sabato es inversa. De pronto en tres páginas consigue clarificar ideas que otros no acabarían de mostrar en cien. Y, como siempre ocurre, esa virtud se vuelve contra él y es la que a veces le impide ser congruente en ficciones como *Abaddón*. Más que una obra construida en abismo, más que una novela abierta, *Abaddón* es los jirones de algo, de otra cosa que pudo ser pero que no fue escrita.

¿Para usted, entonces, las ficciones de Sabato no componen una trilogía, un todo?

Yo no veo ningún nexo entre *El túnel* y *Héroes*. Y si lo hay entre esta novela y *Abaddón*, es por desprendimiento. En una trilogía se supone que cada parte es absoluta en sí misma y forma, con el resto, una totalidad mayor. *Abaddón* es a *Sobre héroes* lo que *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo*, de Malcolm Lowry, es a la gran novela de Lowry, *Bajo el volcán*. *Bajo el volcán* es una obra absoluta, terminada, trabajada fanáticamente hasta sus últimas consecuencias durante quince o veinte años. *Oscuro como la tumba* es un bloque como de dos mil páginas, un borrador formidable que Lowry dejó al morir, pero tan caótico, fragmentario e indeciso que había pasajes donde el protagonista, Sigbjorn, aparecía incluso como Malcolm (vaya a saber entonces si en su forma definitiva Lowry no se hubiera decidido por incluirse él mismo y ahí inventaba la famosa construcción en abismo): fue su mujer quien le dio la forma que hoy tiene. Para entender *Oscuro como la tumba*, tal como se publicó, hay que previamente haber leído *Bajo el volcán*, y recordarlo muy bien. Pero ¿cuál es la diferencia de

este libro y *Abaddón*? Lowry se murió. Sabato dejó en vida que *Abaddón* fuera así. Lo fragmentario y confuso de *Abaddón* es, o deliberado, cosa en la que no creo, o de lo contrario manifiesta la imposibilidad o el hartazgo de Sabato para organizar un material abrumador. Y puedo probarlo. No niego que hay allí capítulos formidables, acabados, momentos de gran literatura: el regreso de Bruno a su pueblo, la muerte de su padre, escenas realmente demoníacas como la del cóctel donde se habla de las pesadillas de Dios, y otras conmovedoras como la de la tartamudeante conversación entre Sabato y Marcelo, donde ahí sí Sabato toca fondo, o como la explicación de Carlucho a Nacho sobre qué es el anarquismo y cómo eran los circos de antes, tan hermosa que no consigue derrumbarla ni el apócrifo lenguaje de Carlucho. Lo que digo es que...

Sabato habla de otro elemento. No sólo de trilogía, él explica al Abaddón *como novela de la novela. Como meta-novela.*

Primero, no veo qué necesidad hay de llamarle trilogía a tres novelas escritas en treinta años, dos de las cuales no tienen ningún elemento en común, excepto que en la primera hay un ciego. Segundo, meta-novela o novela de la novela son clasificaciones críticas, descripciones. No sé si es legítimo, y hasta creo que es peligroso, que un creador se pliegue a lo que inventan los críticos para explicar lo que no saben hacer. Una obra de ficción es una obra de ficción, y siempre se lee como el lector quiere. Así se llame nivola, como decía Unamuno. Desde que leí *Tristram Shandy*, que es del siglo XVIII, no creo más en las forma nuevas. Pensá en *Crimen y castigo*, que es casi un modelo de novela absoluta, cerrada. Y ahora yo pido que me cuenten su acción, cronológicamente, tal como la escribió Dostoievski. Se mezcla todo, se abre sola. Toda gran novela se recuerda como se recuerda la vida. Sin contar que al releer un libro, y releer es la única forma de lectura que existe, se lo toma por donde uno quiere. No hay ninguna necesidad de complicar las cosas, la libertad del lector y los mecanismos de la

memoria modernizan *El Quijote* y vuelven clásico al *Ulises*. Yo no niego la libertad de Sabato y no sé si se nota que tengo un gran respeto por su obra. Lo único que digo es que *Abaddón* está por debajo de *Sobre héroes* y que lo que en *Sobre héroes* era caos poético, desorden creador, en *Abaddón* es confusión y descuido. Admitamos que Quique no crece porque un autor es libre de inventar arquetipos. Muy bien. Quique significa la frivolidad, o es Dios Padre bajo la forma de un gordito ingenioso. Pero en la carta que empieza "Querido y remoto muchacho", Sabato habla de Flaubert, se lo imagina mirando el pueblito donde un día ocurrirá *Madame Bovary*. Y, de pronto, lo llama Paul. ¿Paul? ¿Qué Paul? Flaubert se llamaba Gustave. Y esto se repite a la vuelta de la página. Las iniciales que reemplazan al nombre de los personajes, esas M. y esas G. y esas R., o bien son cabalísticas, y arman un nombre secreto (seguramente que sí, ya que hay tantas) o bien son desgano de escribir un nombre completo. Sabato, el personaje, se llama S. y, dos renglones después, Sabato. Un símbolo, una dualidad. No. La dualidad está entre el Sabato personaje que vive transformado en monstruo y el que muere, y hasta hay un tercer Sabato, el que de todos modos escribió el libro y ni anda volando por los campanarios ni está enterrado. Esas iniciales, en la mayoría de los casos, no cuando ocultan a R., que sí es enigmático, son producto de la velocidad con que uno escribe a máquina un borrador. Que Flaubert se llame Paul ya indica que Ernesto ni corrigió las pruebas. Y voy a decir algo que parece una frivolidad, pero, para mí, hasta el uso de los signos de interrogación al final, como en francés o en inglés, es menos un producto de Sabato que de la máquina esa eléctrica que le regalaron. Seguro que no tiene tecla para abrir preguntas. Y algo más serio, en la página 33 Sabato escribe: "Al otro día se levantó como si se hubiera bañado en un transparente río de montaña después de haber chapoteado durante siglos en un pantano plagado de serpientes". Y no me refiero a la metáfora, un poco demasiado colosal como para que el lector pueda cotejarla con su experiencia y entrever de qué modo se despierta Sabato cuando el mundo está en orden, me refiero a cómo termina ese episodio. Sabato se levanta, camina por calles, vuelve a su casa, hojea carpetas, se enfrenta con la

imposibilidad de escribir esa misma noche, y uno lee: “Y cuando horas más tarde volvió a la conciencia ya no era más el hombre que días antes se había levantado con optimismo”. ¿Días antes? ¿Cómo, días antes?, si aquello ocurrió esa misma mañana. Lo que pasó fue lo siguiente, Sabato, el real, tardó dos o tres días en escribir esa secuencia, se olvidó de cómo había empezado y superpuso su tiempo a la realidad temporal de la novela. Por supuesto, sí, también a Sancho, en *El Quijote*, se le muere el burro y Cervantes se distrae y lo hace volver montado. Pero esos anacronismos, vengan de Cervantes, de Sabato o de las célebres dormitadas de Homero, son descuidos. Y no quiero seguir. Yo no quería hablar de Sabato y menos de *Abaddón*.

Espero que se note que he sido esquemático, y hasta de mala fe.

Lo que se nota es que usted critica a Sabato pero como si le doliera. En el fondo, lo defiende.

En el fondo me indigno. Quizá lo único que pasa es que yo le exigía a *Abaddón* más de lo que *Abaddón* puede o quiere dar. A lo mejor cuando yo leí que iba a ser la última de Sabato pensé encontrarme con el gran testamento literario, con el gran legado de un hombre que dice bueno acá estoy, acá me desnudé, si les gusta bien y si no muéranse: es *todo* lo que yo puedo dar. Que el libro fuese informe, críptico o monstruoso, era lo de menos. Debió ser un monstruo irrefutable.

Las palabras, las mujeres y la muerte[19]

Salió de su casa de la calle Lamarmora, tomó un tranvía y alquiló una habitación en el hotel Roma; once días antes había escrito la última página de su diario de suicida. Pidió que la habitación tuviera

teléfono: a esta circunstancia debemos algunos de los datos más incómodos que nos quedan de su muerte. La telefonista del hotel contó que había hecho cuatro o cinco llamadas, sólo a mujeres. Las invitó a comer, a charlar con él. Insistió, sobre todo, con Fernanda Piovano, quien tenía a su marido enfermo. Todas encontraron —o tuvieron realmente— una razonable excusa para negarse. La más expeditiva, quizá la más sincera, fue una chica que trabajaba en un *café concert*. *No,* le dijo. *Tu sei un musone.* Eres un cara larga, un pedante. Y me aburres, agregó. Cesare Pavese se mató esa misma tarde, en esa misma pieza de hotel. En un ejemplar de su libro *Diálogos con Leucó* anotó: "Perdono a todos y a todos pido perdón. No chismorreen demasiado".

Cuando abrieron esa noche la puerta de su cuarto, salió de allí dentro un gato: Pavese o el azar habían repetido una escena literaria, la de Rosseta, la prostituta suicida de *Entre mujeres solas*.

No pueden dejar de sentirse demasiadas cosas frente a semejante muerte: el ánimo de venganza y el odio velado que delatan las llamadas telefónicas —Pavese sabía de antemano que le dirían que no: Pavese entró en aquella habitación dispuesto a suicidarse—, lo decorativo y ambiguo de ese gato, lo molesto del orden en que aparece el verbo perdonar en sus últimas palabras. Tampoco puede dejar de sentirse lo espantoso, lo triste, lo absolutamente desolado que debe ser matarse una tarde de domingo en un cuarto de hotel.

Literatura, odio a las mujeres, incapacidad patológica de vivir. Durante quince años, las anotaciones del diario de Pavese no hablan más que de esto; pero ¿cómo hablar de lo que habla ese diario? "No chismorreen demasiado": esas palabras se adelantan a todo juicio y anulan cualquier cosa que se diga sobre Pavese. Sin embargo, aquí están justamente estas páginas íntimas, que paradójicamente autorizan a meterse con él y a zarandear su cadáver. Todo diario íntimo es una forma del chismorreo, y, si le creemos a Dostoievski, una forma de la mala conciencia.

La única edición que existió hasta hoy de *El oficio de vivir* fue la que Italo Calvino y Natalia Ginzburg publicaron, expurgada, a principios de la década del cincuenta. Pero el diario verdadero no era un texto

secreto: muchos amigos conocían su existencia y el propio Pavese había manifestado el deseo de que *El oficio de vivir*, tal como lo conocemos ahora, se publicara después de su muerte. Esto condiciona la mirada a esos papeles: no son el diario clandestino de Amiel, las caóticas y cifradas anotaciones de Kafka, el candoroso cuaderno adolescente de María Bashkirsev. Son una obra premeditadamente rencorosa y feroz cuya escritura anhela la lectura. Cuando Pavese escribe: "La mujeres mienten, mienten siempre... tienen la mentira en los mismos genitales", o cuando escribe: "A todos les sucede que se encuentran con una puerca; a poquísimos, que conozcan a una mujer amante y decente. De cada cien, noventa y nueve son puercas", sabe que esos textos serán leídos: *quiere* que esos textos sean leídos. Leídos por una mujer en especial (Tina o Fernanda o Natalia o Connie o *la donna della voce rauca*) o por cualquiera de las que lo desdeñaron. O por todas, y por todos.

"Los suicidios son homicidios tímidos", escribió días antes de matarse, y unos años atrás: "Nadie se mata por el amor de *una* mujer". Se mata para matar el universo, pudo agregar. Cesare Pavese quiere ajustar cuentas con las mujeres, con los hombres, con la literatura, con la muerte.

Una de las características más inquietantes de *El oficio de vivir* es sintáctica. La casi totalidad del diario está dirigida a un tú, a una segunda persona que es el propio autor, un Pavese que es siempre otro o que incluso se enmascara en la universalidad del *todos*. No dice: cuando *yo* tenía tres años. Dice: "¿No está ya todo su destino en un niño de tres años que, mientras lo visten, piensa inquieto cómo hará para vestirse cuando sea mayor, él, que no sabe?". No dice: *mis* sueños. Dice: "En los sueños, quien sueña siempre es muy vil y tolera cosas que no toleraría en la vida. Carece absolutamente de sentido moral y social. Es un nudo de instintos". Este desdoblamiento se advierte también en su correspondencia. Una de sus cartas más intensas, desagradables y lúcidas —la que le envía en 1940 a Fernanda Piovano— está íntegramente escrita en tercera persona. No es sólo que Pavese se vea piadosamente a sí mismo: Pavese *es* él mismo y su único apóstol y el peor de sus jueces.

Sus ficciones, en cambio, suelen asumir naturalmente el yo, y entonces tal vez no haga falta ser psicoanalista para sospechar que en el momento en que Pavese sintió que ya no podía *imaginar* sus yo, perdió definitivamente la única identidad con que se reconocía en el mundo, y debió matarse. La penúltima anotación de su diario, sin embargo, está escrita en primera persona. Después de hablar maniáticamente del suicidio durante quince años como si hablara de la muerte de otro o del hombre en general, dice con brusca felicidad: "¿Por qué morir? Nunca he estado tan vivo como ahora, nunca tan adolescente". Dos días después: "Esto da asco. Basta de palabras". Diez días más tarde, alquila una habitación en el hotel Roma, se encierra con un gato y se mata.

"Seamos sinceros", se preguntó en algún clarividente insomnio de esos quince años, "si apareciera ante ti Cesare Pavese y te hablara y tratara de entablar amistad, ¿estás seguro de que no te resultaría odioso? ¿Te fiarías de él? ¿Querrías salir con él en la tarde a conversar?", Pavese le pregunta a Pavese si podría ser amigo de Pavese, pero la pregunta recae con brutalidad sobre nosotros. Es difícil no contestar que no. No, cara larga, no sería tu amigo: la chica del *café concert* tenía razón.

Por fortuna, hay otra pregunta que podemos responder sin culpa.

"Escribes para estar como muerto, para hablar desde fuera del tiempo, para convertirte en un recuerdo. Esto para los demás, ¿y para ti? Ser para ti recuerdos, muchos recuerdos, ¿te basta? ¿Ser *Paesi tuoi*, *Lavorare stanca*, *Il compagno*, los *Dialoghi*...?" Cesare Pavese podía diluirse en sus paisajes, desdoblarse en sus adolescentes, sentir el mundo desde sus prostitutas, pero no podía conocer lo único que le está vedado a un escritor: no podía comprender el sentido de sus propios libros. Yo pienso en *La luna y las fogatas*, en *Entre mujeres solas*, en *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos*, y quiero imaginar que hasta la chica del *café concert* podría contestarle: "Por supuesto, *musone,* con eso solo basta".

1 Notas para el primer capítulo de *El Evangelio según Van Hutten.* [A.C.]
2 Luis Landero, *Juegos de la edad tardía*, 1989. [N. de E.]
3 Sylvia Iparraguirre, *Probables lluvias por la noche*, 1993. [N. de E.]
4 Ver "Otras páginas" de este mismo año [N. de E.]
5 Ver "Otras páginas" de este mismo año. [N. de E.]
6 *El Evangelio según Van Hutten.* [N. de E.]
7 Ver "Otras páginas" de este mismo año. [N. de E.]
8 Cfr. *Diarios 1954-1991*, año 1969, p. 301. [N. de E.]
9 Alejandra Palacios. [A.C.]
10 Ver Abelardo Castillo, *Teatro Completo.* [N. de E.]
11 "El marica", "El candelabro de plata" y "Mis vecinos golpean", *Las otras puertas*, 1961. [N. de E.]
12 Cfr. "La mujer de otro", *El espejo que tiembla*, 2005. [N. de E.]
13 Arnoldo Liberman. [N. de E.]
14 "Descontento de todos y descontento de mí mismo querría rescatarme y enorgullecerme un poco en el silencio y en la soledad de la noche. Almas de los que he amado, almas de los que he cantado, fortifíquenme, sosténganme, alejen de mí la mentira y los efluvios corruptores del mundo; y vos, Señor, Dios mío, acuérdame la gracia de producir algunos hermosos versos, que me prueben a mí mismo que no soy el último de los hombres, que no soy inferior a aquellos a quienes desprecio." [Fragmento de "A la una de la madrugada", traducido por A.C., N. de E.]
15 Eduardo Palacios Costa. [N. de E.]
16 Cfr. *Diarios 1954-1991*, pp. 190 y ss. [N. de E.]
17 "La cultura argentina, de la dictadura a la democracia", *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nº 517-519, julio/septiembre, Madrid, 1993, Sylvia Iparraguirre Ed.
18 *Revista de Petroquímica General Mosconi*, 1978. [N. de E.]
19 Este texto fue publicado en *Ser escritor*, 2007. [N. de E.]

1994

enero 5

Pasando en limpio los diarios, en cualquier orden pero con absoluta probidad. Es curioso. Tengo la sensación de que no es lícito cambiar nada, sin embargo no siempre esas anotaciones (tampoco éstas, cuando las lea dentro de unos años) expresan la verdad. Sin contar las exageraciones, las vanidades, los giros patéticos y autocomplacientes. Sorpresas. En 1963 ya decía haber terminado el borrador de la novela, lo que no puede ser más que una expresión de deseos o una falsedad. En 1961 hablaba de un cuento, "Graciela", que es esa primera página escrita en Córdoba, en octubre, y que prácticamente no modifiqué nunca: la primera página de *Crónica.* Poco después, en el 62, hablo de "Los elixires del Diablo" y después digo estar escribiendo un relato largo, una novela corta que, ya a principios del 63, se llamaba definitivamente *Crónica de un iniciado.* El primer monólogo de Esteban Espósito o algo que entonces era el proyecto de ese monólogo parecía tenerlo muy claro, al menos en su ubicación, ya ese año. La muerte de Santiago, desde el principio, aunque el episodio de Las Máquinas que Cantan aparece como proyecto de un cuento del 62. Yo creí que era más tardío. Lo que sí recuerdo es que el primer boceto del segundo monólogo, el del ómnibus (lo que yo llamaba El Pacto) no fue escrito antes del 65: era una versión muy precaria. Me acuerdo de que Briante criticó ese primer texto, con muy buen criterio, pidiéndome que le diera más dimensión.

Me decido a pasar en limpio, lo más honradamente posible, todo ese

caos. Están también los cuadernos anteriores, los del servicio militar, y los que llegan al 61, antes de mi ruptura con Bettina. Las páginas en que hablo de Bettina son tan sinceras que parecen falsas.

El dolor espiritual es retórico, esto lo descubrí hace muchos años. En algunos lugares se nota la imposibilidad real de expresar lo que siento.

Primera cuestión de conciencia, como dice Nietzsche hablando de otra cosa. Qué sentido tiene pasar en limpio un diario íntimo. No se lo hace para uno mismo: se lo hace pensando en un lector. Es bastante inescrupuloso, si se lo mira bien. Pero entonces, ¿tengo o no el derecho de corregirlo como si fuera un libro más? Sí y no. Sólo corregir cuando el texto puede dar una idea falsa de lo que, positivamente y sin ninguna duda, yo *sé* qué quise decir.

enero

Como esto que estoy haciendo no tiene nada que ver con el acto real de escribir, sino que es más bien teclear y recordar, establezco mi propósito número dos millones: dedicarle a los cuadernos dos o tres horas por día y nada más. Anoche Sylvia me siguió dictando *Salomé*. Ya es algo. Supongo que este mes la termino. Después, o mientras tanto, un cuento. Cualquiera de los cuentos pendientes. *El Evangelio según Van Hutten*, ¿existe?

Mañana o pasado saco esta computadora del escritorio. Necesito volver a escribir a mano, tal vez, incluso, a máquina. La computadora sirve para pasar en limpio, para ordenar. Y para jugar al ajedrez, sobre todo. He jugado partidas terroríficas (e inútiles) con la máquina.

enero 9

Anoche releí algunas páginas de *Crónica*. La intolerable sensación de malestar que me causa a veces... Como si el verdadero libro hubiera sido estropeado por mí. Lo que me han alabado a veces, el sentido del humor, es lo que termino detestando en él. Cómo me gustaría estar equivocado, cómo me gustaría haber escrito una gran novela. La comparo con la primera parte de *El que tiene sed* [1] y me parece anémica.

Tal vez, o sin tal vez, me influyeron ciertas críticas. Demasiadas, demasiado banales. No sólo las desfavorables, que, en algún caso, tendrían bastante sentido *ya que el libro las permite*, sino también las otras, las laudatorias.

Sylvia lee y me cuenta el último libro de Truman Capote, todavía no traducido al castellano.[2] Tal vez no sea el fracaso que algunos dijeron, tal vez sea de una escandalosa sinceridad. Habla sin piedad de la Garbo, de Cocteau, de casi todo el mundo, vivo o muerto, y en algún lugar dice más o menos: tal vez un día cambie los nombres y haga con esto una novela. Es un rasgo de perversidad, una especie de broma patibularia. Me parece que nunca pensó en una novela: ese libro inconcluso, escrito de ese modo, era lo único que ahora podía hacer. Era un hombre deshecho.

enero 16

Con temor y prevención leo otros fragmentos de *Crónica*; me llevo una sorpresa. Tuve la suerte de caer en unas cuantas páginas que me parecieron excelentes. Esto me pone de buen humor.

enero 17

En San Pedro. Federico Moretti, anoche, refiriéndose a D. L., dijo la

siguiente frase: *“Es bilingüe: habla castellano y boludeces”*.

enero 18

Horas enteras frente a la computadora, como si me drogara. También puse en marcha el Once Ligero. Cargar la batería, desarmar y limpiar la bomba de nafta, esas cosas. Anoche, por disciplina, releí algo de Platón. El *Protágoras* es un diálogo misterioso: tiene todo el aspecto de ser una broma colosal; a veces, incluso, parece un disparate. La contradicción final de Sócrates es una especie de locura.

Me acuesto a leer.

También en estos días, leo una inexplicable frase nada menos que de Thomas Mann. Es el comienzo del capítulo IV de *La muerte en Venecia*. Dice: “Un día y otro día, el dios de ardientes mejillas recorría con su cuadriga generadora del cálido estío los espacios del cielo, y su dorada cabellera flotaba en el viento huracanado que venía del Este”. Lo que significa que había sol fuerte y soplaba el siroco. Lo formidable es que está escrito en serio, no es una de esas casi invisibles ironías de Mann. Tengo dos versiones castellanas de esa frase; a cual más ridícula, y el hecho de que no se pueda mejorar me hace presentir que en alemán debe ser igual de horrible.

marzo 8

En San Pedro. Éstas son las primeras palabras de cualquier género que escribo en los últimos dos meses. El 3 el grupo Rajatabla estrenó *Israfel* en Venezuela. Anotar esto es un puro acto ritual, algo así como una ceremonia encantatoria. Me voy a la cama; intentaré leer.

marzo 20

Las reapariciones de mi madre son de catástrofe. Su perversidad y su

demencia no tienen límite. Lo que ha hecho con tía Lilia no tiene perdón, y, si lo tiene, si por lo menos tiene alguna explicación, no es un perdón o una explicación que yo pueda darle.

No estoy muy seguro, pero me parece que es la primera vez que hablo de mi madre en estos cuadernos. He tratado de olvidarme de que existía y en algún sentido lo conseguí. Olvidarme de ella es, desde hace cincuenta años, la conducta más piadosa. Lo malo es que de tanto en tanto reaparece, como ahora, con su carga inconcebible de locura, de maldad. Cuando lo pienso en frío, siento lástima por ella; una persona así no debe de poder casi vivir cuando se pone de este modo. Su solución, entonces, es no dejar vivir. Tía estaba bastante bien con las monjas, ellas por lo menos la querían. Mi madre les hizo a esas pobres mujeres la vida imposible, hasta que consiguió lo único que buscaba: casi destruir a tía, de tal modo que yo debiera ir a San Nicolás y llevármela. Menos mal que a veces hay cierta justicia, que nace como por milagro de la maldad. Tía ahora está en un lugar mucho mejor, en una especie de casa quinta muy hermosa, con cuidados médicos y, como acaso siempre quiso, en San Pedro.

Cuando la fui a buscar a San Nicolás estaba muy mal. Yo hubiera preferido no volver a verla nunca. Me reconoció, pero desde tan lejos que era como si estuviéramos en dos regiones incomunicables de la existencia. Sonrió. El viaje a San Pedro fue un viaje espantoso, en medio de una tormenta que parecía desatada a propósito.

Hablo en primera persona por costumbre. La realidad es que sin la intervención de Sylvia no sé qué habría hecho. Nos acompañó Cristina Rego: por una sola cosa como ésta, una persona debería poder salvar su alma.

No odio a mi madre: me da miedo. Es un sentimiento que no tiene nada que ver con nuestra historia.

Otra de mis cuentas pendientes conmigo mismo, ser justo con mi madre. Ser justo quiere decir: horrorizarme de ella.

marzo 22

Leyendo a Berdiaev. Entre muchos énfasis y afirmaciones disparatadas, destellos y anticipaciones asombrosos. Escribir algún día un ensayo de ese tipo, sólo que antes necesito aclarar mis propias dudas sobre el sentimiento de la religiosidad en el hombre contemporáneo. Sigo leyendo, cada día con mayor malestar, a Nietzsche.

a) El Renacimiento como apoteosis y como agonía de lo humano. Su contradicción esencial. El Renacimiento como pináculo y como decadencia.

b) Iluminismo y modernidad. El hombre laico. El hombre laico como Fatalidad y, al mismo tiempo, como mutilación.

En el momento en que Dios empieza a ser imposible el hombre se vuelve *humanamente* inconcebible. ¿Cómo armonizar la imposibilidad de Dios con la esencia metafísica del hombre? Degradación de la religiosidad: los fanatismos, los cultos demoníacos, la Inquisición, el poder político de la Iglesia. Y hoy: las sectas grotescas, la estupidez del clero, sus pactos políticos.

c) Capitalismo y socialismo: dos formas antagónicas del mismo fenómeno. La razón, el progreso científico y técnico, el positivismo, engendraron a los dos. La irreligiosidad del capitalismo como esencia. La irreligiosidad del socialismo como error.

Tanto el capitalismo como el socialismo son laicos, contrarios al

espíritu, al arte. Esto, en el capitalismo es *conditio sine qua non*; en el socialismo es una desdichada estupidez.

marzo 23

La respuesta de Rodin a Rilke. Debería llevarla colgada delante de mí, como el burro a la zanahoria.[3]

junio 15

Estoy cada día más molesto —la palabra es desconsolado— con la frivolidad de lo que antes se llamaba la intelectualidad argentina. Es un circo escandaloso. Lo anoto sencillamente para dejar constancia y para retomar el cuaderno.

Sobre Realidad y Simulacro: considerar el tema desde la perspectiva de la ficción literaria. A la inversa de los *mass media*, que simulan para ocultar, la literatura simula para develar lo real. No finge ser real; una novela es de hecho un artificio, un simulacro. Un noticiario, en cambio, aparenta ser lo real, y deforma adrede la realidad. La guerra del Golfo, por ejemplo.

agosto 19

Hace cosa de dos meses tuve una experiencia horrible. Un accidente, físicamente estúpido pero, espiritualmente, aterrador. Tuve un desvanecimiento —una vulgar lipotimia, parece que fue, no había comido en todo el día, había dormido mal— y caí de cara sobre la calle. Era la una de la mañana. Cuando me desperté no recordaba absolutamente nada, salvo mi nombre, mi edad y que ya había escrito *Crónica*. Era como si entre mi último recuerdo y ese momento hubieran pasado años. Ésta era precisamente la sensación. No sabía dónde estaba ni por qué. La cara me chorreaba sangre. Cuando pude

pensar, pensé en Sylvia y tuve miedo de que ya no estuviera conmigo. Sentí: me volví loco. En algún momento lo escribiré con más detalle; ahora lo anoto para seguir adelante con este cuaderno. Es curioso que nunca pueda escribir largamente sobre ciertas cosas que para mí son decisivas y que deje pasar el tiempo antes de decidirme siquiera a anotarlas.

Revisando, hace unos días, las pruebas de *La casa de ceniza.* Conseguí corregir algunas cosas que me molestaban, y, como digo en el posfacio, atenuar otras. El libro sale en octubre. Con la publicación de *La casa* se podría decir que, por fin, quedan publicadas en versión definitiva todas las ficciones que escribí hasta hoy. Muy poco alentador, sobre todo cuando pienso que no tengo nada entre manos. Nada, por lo menos, que pueda sentir como un proyecto real.

No he vuelto a tocar la historia de Van Hutten, no sé siquiera si ahí hay una historia.

Perdí, misteriosamente, todas las críticas sobre *Crónica de un iniciado*. Me las piden desde Barcelona; sólo por eso me doy cuenta. Era un montón bastante evidente, y desapareció, como si se evaporara. Supongo que lo tiré a la basura, en alguna limpieza maniática de papeles. En fin, bastante simbólico. Mi relación con ese libro es para el psicoanálisis freudiano.

agosto 20

Hoy me llamó Ricardo Piglia. Va a dar mis cuentos como bibliografía alternativa en la Facultad, en su seminario sobre Julio Cortázar. Una cortesía inesperada. Los escritores son gente sorprendente.

agosto 24

Reaparición de Graciela. La real.

Hoy, a eso de las tres de la tarde, llamó a casa. Sylvia me contó después la conversación, en realidad el monólogo de ella, de Graciela, un poco delirante y en más de un sentido espantoso. Tuvo un accidente, hace años. Usa muletas, le dijo. No había leído la novela, acababa de llegar de Italia y se iba esa misma tarde para Córdoba. En algún momento le dijo que le gustaría verme. Después se arrepintió y dijo no. "Yo era muy linda", le dijo.

No recuerdo su cara. En el grabador del teléfono quedó su voz, parte del mensaje que pensaba dejar antes de que Sylvia la atendiera. Una voz oscura, realmente. Pero imposible de vincular con nada, una voz con acento italiano, vagamente demencial. Como la voz de una de esas señoras extranjeras, especialistas en literatura, que a veces llaman.

Ninguna resonancia en mí, ningún recuerdo.

Miento. Muchos recuerdos; ninguna resonancia.

El Mandala.

agosto 25

A la noche, en un café casi desierto, en el que estábamos reunidos con Rabanal, Cristina, su mujer, Cristina Piña y Marcela Sola, un muchacho desconocido que bebía solo en la barra me preguntó de sopetón: "¿Por qué le puso *Israfel* a su obra sobre Poe?".

Consuelos que depara la profesión, diría más o menos Malcolm Lowry.

septiembre

Nueva llamada de Graciela, desde Córdoba. Me pide que le envíe la novela y otros libros. *Mi* novela, dice. Lo hago. Sigo sin reconocer su voz, no hay, debajo de esta voz con acento italiano, nada que tenga que ver conmigo. Si hacía falta un hecho que pusiera la novela a cien

mil años luz de mi vida, acaba de suceder. Unos días después, el sábado, vuelve a llamar. Deja un mensaje en el contestador: ya llegó a la parte de Las Malvinas. Llamo yo a Córdoba. Me reprocha que haya alterado el nombre de la abuela, se llamaba Úrsula. Me reprocha que haya cambiado su edad en la historia del faro, pero no dice nada del faro, que es inventado por mí. Le explico por qué necesitaba que allí Graciela tuviera catorce años, tiene que ver con la historia del pelo, con la casi desnudez de mi personaje, no de ella, en la escena del Pabellón de Caza, cuando se supone que Patricio la ha mirado. Lo que más le gustó es lo mismo que le gusta a Sylvia, el capítulo de los terrones de azúcar. Dice que se va a morir, que tiene un cáncer, todavía invisible, en la cara. Creo que dijo palatino, es decir, algo que tiene que ver con el paladar y la nariz. Por alguna razón, sólo le creo a medias; pero acaso esa razón sea una defensa mía. Sin embargo, hay cosas en las que miente. A Sylvia le habló de muletas, a mí me dijo que no estaba dispuesta a vivir soportando, cada tanto, una crisis que la obligara a usar un bastón. El accidente con el automóvil fue en una sola pierna. En medio de esto, bastante locura, rasgos prodigiosos de memoria, sentido del humor, alusiones a Nabokov. Recuerda que yo le conté la historia de la golondrina y la hoja de amaranto. Esto último es cierto, pero lo recuerda mal. Lo sé porque esa historia la inventé y la escribí yo. No le gusta la parte histórica de la novela, le hace pensar, dice, en el Lavalle de Sabato. No me defiendo porque, en algún sentido, tiene razón: yo intercalé la historia del abuelo Laureano como una suerte de discusión velada con la de Lavalle. Me pide, finalmente, que le consiga el número de Simón Blech, el músico. Tampoco le pregunté por qué me elige a mí para eso, teniendo en cuenta que Blech, que fue o es director de orquesta del Colón, también fue algo así como su marido. Si no me equivoco, ya que es un poco difícil seguir todo lo que dice, ella debería volver dentro de dos o tres días a Génova. Pero quiere quedarse más tiempo, viajar al sur o a Chile, para ver la nieve. No tiene dinero para cambiar el pasaje. Me lo pide. Lo tengo y podría mandárselo, pero no voy a hacerlo. Hay un millón de razones para que no lo haga. No todas, quiero creer, son mezquinas.

Tal vez no otra novela, pero ahora podría escribir un cuento de terror.

Insólita llamada de Bernardo Neustadt. Me llama para darme explicaciones de su opinión sobre el disparatado proyecto de Jorge Asís para preservar el idioma. Yo pensé que iba a pedírmelas por lo que declaré en *La Nación*. Lo que yo declaré fue: *Desconozco el proyecto, pero he oído que el periodista Neustadt y el presidente Menem lo desaprueban, por lo tanto no tengo más remedio que estar de acuerdo con Asís*. Habló mal de Favaloro ("cobra treinta mil dólares por operación y se hace el apóstol"), de Sabato ("tiene tres libros escritos y se lo considera un gran escritor"), de Grondona ("fue presidente del Banco no sé qué, fue golpista"). Me contó sus propias desdichas con la prensa. Yo estaba un poco azorado. Supongo que quiere blanquear su imagen ante un "intelectual", al que, por uno de esos misteriosos motivos que en general pertenecen a la historia de los malentendidos nacionales, respeta. Lo que sigue de esto será más o menos así: mañana o pasado me invita a su programa.

s/f

Consigo el número de Simón Blech. Hablo a Córdoba, ella no está. Se lo dejo a la telefonista del hotel, no sin hacérselo repetir.

septiembre 19

Viaje a Junín con Sylvia. Junín es un lugar que me gusta. Tal vez porque no conozco a nadie. Solo, en casa de E. Reviso la biblioteca. Lo bueno de las bibliotecas ajenas es que tienen esos libros que uno nunca compraría. Leo, en una noche y un día, tres o cuatro. Uno de ellos me resulta algo así como una revelación. *Intelectuales* de Paul Johnson. El libro debería llamarse *contra* los intelectuales o, mejor, contra los intelectuales de izquierda. Tolstói, Marx, Sartre, Shelley,

Brecht, Bertrand Russell, Lilian Hellmann, Hemingway, no se salva nadie. Curiosamente, siento que con Brecht tiene, quizá, un poco de razón, tal vez también con Hellmann. En algún sentido, tiene razón siempre, sólo que sus argumentos serían válidos para demoler a casi cualquier persona más o menos normal, intelectual o no. No le gusta que un gran hombre sea mentiroso, algo avaro, borracho, mujeriego. En la mayoría de los casos, se ve a la legua el resentimiento, la maldad, el conservadorismo cavernícola, la falsa moral puritana. Sin embargo, me fue útil. Como si en el fondo me recordara: cuidado, el pensamiento es una forma de vivir, no de pensar.

He aprendido más cosas en esta clase de libro nefasto que en mis maestros resplandecientes.

Si Tolstói sobrevive, en mí, a críticas como ésta, es porque sus contradicciones, por desorbitadas que parezcan, no tienen esencialmente la menor importancia. No ya para juzgar su obra, que de hecho está por encima de cualquier discusión moral, sino para comprender *al hombre* Tolstói. Uno tiene la sospecha de que, sin esas contradicciones, no hubiera habido lo que entendemos por Tolstói. Lo mismo vale para Sartre; lo mismo, quizá, para Russell.

Brecht, en cambio, no sobrevive (en mí) a sus contradicciones, por más que *Galileo* siga siendo una de las piezas más extraordinarias que he leído. Brecht siempre me resultó humanamente un poco antipático. Recuerdo mi malestar cuando, hace años, publicamos en *El Escarabajo de Oro* su declaración ante el Tribunal McCarthy.

Eso sí, me gustaría ver al señor Paul Johnson juzgado por un hijo de su madre como el señor Paul Johnson.

Respecto de lo que profeticé más arriba sobre Bernardo Neustadt, ¡en efecto!: a los dos días me hizo llamar para su programa de televisión. Dije que no.

Leí también *El oro de Moscú*, intrascendente y amontonado. *Montoneros, la soberbia armada*, una estupidez. Todo lo que dice es cierto, pero archisabido, ya desde los años en que tipos como el autor jugaban a montoneros. Qué ralea. La expresión exacta es: qué gente de mierda.

Debería ponerme a escribir mi ensayo sobre el siglo sin Dios. Hoy se me ocurrió que su título podría ser *El milenio sin Dios*, y comenzar con aquello del Argumento Ontológico, con el que, efectivamente, empieza para mí el hombre laico.

Otro de los libros que leí en Junín, *El gran fracaso*, es muy digno de atención para entender la caída del socialismo.

octubre 19

Enfermedad del padre de Sylvia, ahora, de la madre. Sylvia viajó a Junín y desde hace una semana estoy solo en casa. Dormí un promedio de quince horas por día, el resto del tiempo, poniendo orden en mis papeles. Que ya no son siempre manuscritos, sino textos a máquina.

La última llamada de Graciela se produjo hará unos quince días. Quedó grabada en el contestador. Quería aquella carta o texto suyo de Las Malvinas, para ver no sé qué. Yo me iba a San Pedro y le pedí a Sylvia que le mandara una fotocopia del original corregido a mano por mí, es decir, de la carta de ella que yo reescribí para el monólogo de Graciela en *Crónica*. Después, no supe nada más. Siento que esta vez sí, Graciela desapareció para siempre. La Graciela real es ahora imaginaria, por no decir imposible. La única que existe es la del libro.

octubre 20

Supongo que debería ponerme a escribir. No tengo ganas. Tampoco tengo demasiadas ideas. Van Hutten no parece exigir nada. Tal vez

debería pensar en otras cosas.

Hace unos días que duermo mal. Lo que ahora me desveló fue una relectura de uno de esos libros que amo desde la adolescencia. De adolescente, yo me identificaba con ese personaje y con ese amor exclusivamente espiritual que siente el personaje. De pronto me pregunté mientras lo leía: ¿Yo fui de verdad un adolescente así? No es posible, porque mi relación con el sexo no tenía nada de platónica ni de religiosa… Y sin embargo la respuesta es sí. Fui ese adolescente.

Qué gran escritor sería si pudiera, ahora, explicar una contradicción como ésta. Qué *buen* escritor sería si tan sólo tuviera voluntad para intentar explicarla.

octubre

Como necesito olvidarme de esto, lo anoto acá. Este año, a causa de una iniciativa más bien improvisada y delirante de Miguel Loreti y Edna Pozzi, se formó una comisión para proponer mi obra a un premio que se da en México o en Venezuela. *Yo no lo sabía.* El caso es que (mucho después me enteré) apoyaron esa nominación la Academia de Letras, la Universidad de Córdoba, la Universidad de La Plata, no sé qué otras instituciones, una cantidad sorprendente de escritores, entre ellos el propio Bioy Casares…

Recordar siempre a Oscar Wilde: *Nada de lo que ocurre actualmente tiene la menor importancia.*

noviembre 21 o 22

En San Pedro. Dos y media de la mañana. Anotando esto para no

volverme a Buenos Aires sin haber escrito algo, aunque, anoche, hice una o dos correcciones a VH, también rituales. La cosa es más o menos así: vamos a comprar una casa en Buenos Aires. Es, por fin, una casa grande; y es *muy hermosa*. Todavía no lo puedo creer. El miércoles, pasado mañana, firmamos el boleto. Mi primo Patín me ha dado treinta mil dólares. El resto son ahorros y la entrega del departamento. Por alguna razón, lo escribo con cautela, casi con miedo.

Cuando mi primo me dio los treinta mil dólares, le dije: "Mirá que no voy a poder devolvértelos nunca". "¿Y quién te dijo que tenés que devolvérmelos?", me contestó.

diciembre 22

Preparativos para la mudanza. Solos, con Sylvia y los gatos. Hablamos de nuestra nueva casa. Todavía nos cuesta creerlo. Sylvia está radiante. Yo también.

diciembre 31

Lo que voy a anotar es un acto de locura. Pienso en la fecha y, compulsivamente, lo llamo a Sabato por teléfono. No le reconocí la voz. Le pregunto cómo anda y me dice: "Cómo quiere que ande, Abelardo". No simula, no se hace el mártir. Hace nueve años que Matilde está hemipléjica y ya no reconoce a nadie. Le digo, sin pensar lo que digo, que con Sylvia podemos pasar a verla cualquier tarde de éstas. Me lo agradece y después dice: "Para qué, ella no se va a dar cuenta que son ustedes". Y después: "Usted no se imagina lo que es esto". Le respondo que cómo no voy a imaginarlo y de inmediato siento que no debí decir nada, que no debí quedarme con la última palabra. Qué cosa tan rara mi relación con este hombre que quizá me detesta y al que yo ya no quiero. Consigo, casi desesperadamente, no articular una estupidez del tipo feliz año nuevo.

“Gracias por su recuerdo, me dice”, tan apurado por cortar como yo.

Otras páginas

Nunca digas nunca más[4]

La situación es más o menos ésta: en pleno centro de Buenos Aires, a dos o tres cuadras de la Seccional Séptima, frente a un patrullero de la policía, alguien puede estacionar un vehículo cargado de explosivos o acaso entrar en un edificio custodiado por sus propios guardias y por la Policía Federal, dejar su carga, irse, y hacer volar media manzana a las diez de la mañana. Las preguntas, el dolor, los muertos, el fervor de los chicos y chicas que trabajaron entre los escombros durante todo el día, la abnegación de la policía y los bomberos y los médicos, no hacen olvidar que esto sucedió en Buenos Aires, en uno de los barrios más populosos de la ciudad, a plena luz del sol. No sé si esto alcanza a contestar la pregunta que ayer, durante todo el día, se hacía todo el mundo. La pregunta era: ¿por qué el terrorismo eligió nuestro país para un atentado así? La respuesta surge de los hechos: *porque nuestro país era un lugar posible.* ¿O no es el mismo lugar donde hace dos años, y de la misma manera, alguien hizo volar una embajada matando treinta personas?

Tal vez el lector advierta que todavía no he dicho AMIA ni he dicho judíos ni he dicho Embajada de Israel. Muy bien, es deliberado. Porque hacer de esto una nueva matanza de judíos, una guerra de árabes contra israelíes o una represalia del fundamentalismo islámico contra los judíos y árabes que quieren la paz en el Medio Oriente, es alejarnos del problema y seguir pensando que las muertes, la violencia criminal, el odio, no nos atañen. Lo que pasó ayer es un problema argentino. Lo que pasó ayer no se explica porque la comunidad judía de Buenos Aires sea la más numerosa de Latinoamérica o porque nuestro país haya entrado en los conflictos del Primer Mundo o porque las fuerzas satánicas del Caos atenten contra la democracia.

Pasó porque la muerte, la violencia, el odio, tienen un lugar posible y hasta hoy impune en nuestra patria. Mirando toda la tarde la televisión descubrí unas cuantas cosas. Por ejemplo: que algunos políticos y periodistas parecían estar menos preocupados por la muerte de esos hombres y mujeres que por criticar o defender al gobierno. Uno de ellos atribuyó el atentado a que, por culpa de la oposición, no existiera la Secretaría de Seguridad Nacional propuesta por el oficialismo. Otro, de la oposición, utilizó los pedidos de alcohol y gasas que hacían los chicos de AMIA y Defensa Civil para recordar que la administración de Menem le debe no sé cuántos millones a los hospitales. Otro evocó con épico patetismo la Marcha Federal. Otro nos excusó a todos diciendo que, en ciudades más protegidas y civilizadas que la nuestra, la ETA y el IRA también vuelan aeropuertos y supermercados y que así anda el mundo. El Presidente, por fin, aprovechó la ocasión para decir que los culpables de este crimen eran el terrorismo fundamentalista y también los que hablan del Argentinazo, escriben consignas en las paredes o amenazan tomar edificios públicos. Por supuesto, ni uno solo dejó de expresar su congoja, su horror, casi ninguno olvidó citar aquella frase de Bertolt Brecht acerca de que, en un caso así, todos somos judíos. Mientras tanto, se hicieron las dos las mañana, los bomberos y la policía y las chicas y chicos de la AMIA y Defensa Civil continuaron buscando gente o pedazos de gente entre las losas y las mamposterías, los médicos siguieron suturando y operando, yo me vine a escribir esta nota, y algunos estadistas se fueron a sus casas a dormir un rato para enfrentar lúcidos el panfleto político de mañana. Los canales de televisión, por su parte, seguían con sus respectivos programas, sólo que desde las nueve de la noche. Creo que medio país oyó cuando el director de uno de esos canales contestó la llamada de una señora supuestamente inquieta por el teleteatro de las nueve y le dijo que no se alarmara, que ya mismo pasábamos a otra cosa. En otro canal pusieron una serie cómica.

Yo ignoro quiénes son los culpables de este crimen, cómo podría haberse evitado e, incluso, si se podría haber evitado. Sé que su nombre es genocidio y que sucedió en nuestro país porque era posible.

Y sobre todo sé lo que escribí al principio. En Buenos Aires, a cuatro cuadras de mi casa, frente a un patrullero de la policía, alguien puede estacionar un vehículo cargado de explosivos, irse, y hacer volar media manzana con sus chicos y sus mujeres y sus hombres y sus viejos, a las diez de mañana.

Fordham, 1994[5]

El sueño (si es que fue un sueño) requiere una explicación previa y algo prosaica. No sé inglés ni me gusta viajar. Por alguna razón, sin embargo, anoche yo estaba en Fordham, que hoy es un barrio arbolado de los suburbios de Nueva York y que en el siglo pasado fue algo así como un pueblo, un arrabal brumoso donde estuvo la casa de Edgar Poe.

Llegué a ese lugar de una manera algo abrupta pero muy natural, al menos bajo las leyes que, anoche, regían el universo entre las araucarias y los pinos de mi casa de San Pedro. Cuando vi venir a Poe caminando hacia mí, supe de inmediato que era él, sin necesidad de reconocer su hermosa cara entre las sombras. Hablamos. La primera parte de nuestra conversación sucedió en castellano y luego fue derivando imperceptiblemente al inglés. Era el inglés de los sueños, no el de la gramática. Poe me hablaba, cortés y suavemente, sin que yo lo entendiera, y de tanto en tanto yo mismo intercalaba alguna observación cuyo significado me resultaba incomprensible pero parecía ser perfectamente clara para él, que me escuchaba con serena cortesía. En una o dos ocasiones, mientras caminábamos, bajó la cabeza y miró con gravedad el suelo, y yo pude notar que meditaba mis palabras. Cosa que me produjo una sensación doblemente ambigua. Por un lado, sentí casi con orgullo que también a mí me habría gustado comprender el sentido de mis atinadas observaciones; por el otro, temí que Poe notara en cualquier momento la impostura

de mi inglés y descubriera que, en realidad, yo no estaba diciendo nada.

Llegamos a un pequeño puente de madera, que no cruzamos. Estábamos en un límite impreciso entre las afueras de Fordham y el parque de San Pedro, pues me pareció ver, por encima de los árboles, la alta lucecita colorada de la antena del telesistema que está a espaldas de mi casa. Cuando Poe se detuvo, comprendí con un poco de tristeza que nuestro encuentro estaba a punto de terminar. Vi, sobre una pequeña loma, del otro lado del puente, una casa de madera de dos plantas que me recordó un dibujo a pluma en un libro de Hervey Allen.

Ésa es la casa donde escribió El cuervo, *pensé, tal vez Virginia Clemm todavía esté allí.*

Tuve, durante un segundo, la tentación de seguir adelante, cruzar con él y forzarlo de algún modo a que me invitara a visitar la casa, pero de inmediato comprendí que mi inglés simulado no iba a ser capaz de sostener mucho tiempo más la situación.

Sé que ya en este momento yo había empezado a oír los versos.

Recuerdo con claridad haber pensado que Poe estaba murmurando, tal vez un poco obviamente, el poema asociado por mí con esa casa de madera. Me volví sonriendo hacia él para demostrarle que reconocía las palabras cuando, de pronto, tuve la certeza de que aquello no era *El cuervo*. Ni *El cuervo* ni *Ulalume* ni *Silencio* ni *La ciudad en el mar* ni cualquier otro de los poemas que yo conocía de memoria en español y que, en rigor, son casi las únicas palabras cuyo sonido me siento capaz de reconocer en inglés. Entonces me di cuenta de que toda nuestra conversación anterior había girado alrededor de un solo asunto: los versos ideales, los versos del poema nunca escrito, esos versos inalcanzables que todo poeta siente que él *pudo* haber compuesto y que, por alguna razón secreta, Dios no permite que se escriban nunca. Supe (primero con incredulidad, después con agradecimiento, súbitamente con terror) que Poe me estaba recitando a mí esos versos, escandiéndolos, casi cantándolos en la noche, como una música indescifrable que yo nunca podría recobrar.

Cuando todo terminó, Poe sólo hizo una rápida inclinación, me dio

la espalda y cruzó el puente hacia su casa. Desde allá, sin volver la cabeza, me saludó vagamente con la mano.

1 *El que tiene sed*, 1985. [N. de E.]
2 *Answered Prayers.* [N. de E.]
3 Rainer Maria Rilke, en *Cartas a Rodin*, le pregunta al escultor: "¿Cómo hay que vivir?". La respuesta de Rodin fue: "Trabajando". [A.C.]
4 Publicado en el diario *Clarín*, al día siguiente del atentado a la AMIA. [N. de E.]
5 Este texto, con el título de "Fordham, 1994", pasó a formar parte del libro *El espejo que tiembla*, 2005. [N. de E.]

1995

enero 1

Primero de año, las tres de la mañana. En nuestra nueva casa de la calle Hipólito Yrigoyen. Solo con los gatos y rodeado por cien cajas con libros. Sylvia en Junín, con los padres. Lo único que enturbia esta especie de felicidad (la de habernos mudado, por fin, a una casa grande y muy hermosa) es la enfermedad del padre de Sylvia. Me hubiera gustado pasar esta fiesta como en Navidad. Nosotros dos y los gatos en la casa nueva. No sé si dije antes que ahora tengo dos gatos. Uno, Agustín. La otra, Tatiana. Tatiana es totalmente negra.

Suele costarme aceptar los cambios; sin embargo, lo primero que hice en esta casa fue ponerme a escribir. Nada importante. En realidad una estupidez, una nota para *Clarín*; pero por lo menos lo hice. Supongo que en un mes todo va a normalizarse.

Hoy, en casa de B., hablé de la novela. Le llamo novela, ahora, a *El Evangelio según Van Hutten*.

No olvidar cuál era la idea original: el porqué de que VH se haya negado, en los años sesenta, a hacer público ese documento.

enero 5

Leí, finalmente, un libro de Cambaceres. Un libro muy malo. A veces sospecho que la mayor parte de lo que entendemos por literatura argentina es obra de escritores pésimos.

enero 7

Poco menos que embrutecido de cansancio. Escribo esto casi sin ver las letras. Entre tanto libro que anda por el suelo o en cajas, doy, por azar, con un prólogo que escribí para un libro ajeno en 1972. La sensación, de ninguna manera agradable, de que hoy sería incapaz de escribir con esa soltura.

enero 14

Días en San Pedro. Sobre todo, noches y madrugadas. Pinos, sus siluetas; altas estrellas. Por el parque anda una iguana.

Leo con malestar la "autobiografía" de Marlon Brando, escrita en colaboración con no sé quién, uno de esos periodistas norteamericanos que se especializan en este tipo de libros. Un Brando muy inferior a Brando. Y en el mismo momento en que estaba por preguntarme cómo puede ser que ciertos tipos cuenten intrascendencias sobre sí mismos, me pongo a pensar que a esto que estoy escribiendo yo le llamo mi diario íntimo...

enero 27

Muerte absurda de Miguel Briante. Me llaman por teléfono de un diario. Dicto sin convicción unas líneas, de las que ya estoy arrepentido: me molesta que algún lector pueda suponer que fueron escritas: *mal* escritas. Más me molesta que me moleste. Quiero decir: me molesta estar pensando en un problema estilístico, cuando de lo que se trata es de la muerte de alguien a quien conocía desde hace treinta años.

Nunca pude ser amigo de Miguel, ni siquiera en la época remota en que, supongo, él me tenía algún cariño. Hubo, sin embargo, un tiempo en que estuvimos muy cerca. Me regaló un gato. Lo llamamos

Napoleón. Después él eligió vivir en un mundo que me es enteramente ajeno.

Pero esto es injusto: nunca lo conocí de veras. No se tiene derecho a hablar de nadie cuando no se sabe cómo era.

Hace un momento me llamó Piglia. Me dijo algo asombroso y conmovedor: “Para que no te enteres por los diarios”.

marzo 1

Por alguna razón que ignoro, casi todos los libros de filosofía que he leído los leí siempre en verano. Hace un momento (deben de ser las dos o las tres de la mañana) estaba leyendo a Nietzsche. Lo vengo leyendo este año desde hace más o menos un mes. Leer quiere decir releer. Leo a Nietzsche desde la adolescencia, y, ordenadamente (“con el lápiz en la mano”, como decía Thomas Mann) desde hace veinticinco o treinta años. Hace más o menos diez descubrí que, aparte de admiración, Nietzsche me producía cierta furia, un gran malestar y rechazo; incluso, a veces, desdén, por razones que en general me resultan muy claras pero que no tengo tiempo ni ganas de analizar esta noche. He releído en estos días, en San Pedro, *El ocaso*, la segunda parte de *La voluntad de poder*, *El Anticristo*, y hoy, ya en Buenos Aires, *El caso Wagner* y *Nietzsche contra Wagner* más o menos en ese estado de ánimo, y comenzaba con *Ecce Homo* cuando me levanté de la cama para anotar esto. *Ecce Homo* es un libro prodigioso: una mezcla casi inconcebible de clarividencia y locura. Todos estos días he pensado que debería escribir sobre la locura de Nietzsche, o, mejor, sobre lo que yo llamo los escritos de la locura.

marzo 5

Apunte sobre Nietzsche.[1]

marzo 7

Llueve. Oír la lluvia, leyendo, en la casa nueva, es una sensación hermosa. Me duelen mucho los ojos.

marzo 9

Demasiados reportajes y entrevistas. Desde hace un año no escribo nada (lo exacto sería decir desde hace dos años) y tengo la impresión de que, justamente ahora, todo el mundo quiere entrevistarme como escritor. Claro que eso de que todo el mundo...

Sigo leyendo filosofía, con un poco menos de entusiasmo. A veces me basta clarificar mis ideas para que se me vayan del todo las ganas de escribirlas.

Las ideas metafísicas de Schopenhauer, si se le puede llamar metafísica a su *metáfora* de la voluntad, me aburren. No le creo, y, para decir la verdad, no consigo entenderlo del todo. Rellenar de voluntad el hueco de la *cosa en sí* me parece caprichoso y delirante. Casi que me quedo con la *cosa en sí*.

Habría que ver si la fascinación que a ciertas personas les producen ciertos libros, *El ser y el tiempo* de Heidegger, por ejemplo, no está en proporción directa con el esfuerzo que les cuesta entenderlos.

Es la fascinación que producen los problemas de ajedrez, las charadas. El placer está en comprenderlos, no en la verdad que nos descubren. Sólo con Kant no me ha pasado esto: su escritura es enrevesada y laberíntica, pero lo que dice esa escritura es casi siempre una revelación. También lo he sentido a los veinte años leyendo *El ser y la nada*. En cuanto a Schopenhauer, lo que leo con verdadero placer es la *Eudemonología*. Claro que ahí no está, en sentido estricto, el filósofo, sino el hombre que sencillamente piensa asistemáticamente sobre las cosas. Sospecho que lo mismo le pasó a Nietzsche: su problema fue que lo que pensaba Schopenhauer sobre las cosas terminó enojándolo.

Es bastante sorprendente que un hombre dedique su vida a tratar de definir el ser, el fenómeno, la nada, la cosa en sí.

La fascinación que ejercen los presocráticos puede explicarse así: uno siente que, después de ellos, la filosofía se ha limitado a comentarlos.

Cuando un filósofo comienza a ponerse interesante puede apostarse que se ha salido de su campo, es decir, ha dejado de ser filósofo y se ha vuelto psicólogo o moralista o político. O escritor o poeta.

marzo 14

Mi nuevo escritorio está más o menos arreglado, lo que significa que en cualquier momento ya no voy a tener ninguna excusa. Hasta ahora sólo me he limitado a corregir las obras de teatro para la edición de Emecé.

Organizar los papeles con los que estaba trabajando antes de mudarme a esta casa, y, de una vez, volver a escribir a mano. Para esto necesito los cuadernos. También seguir pasando los apuntes del 57 al 61, las páginas sueltas, etcétera. El otro día encontré una página de 1957: ahí dice que estoy escribiendo un Judas y que se me acaba de ocurrir la idea de *Sobre las piedras de Jericó*. Según otro apunte, esa obra estaba terminada en el 61.

Entre el año pasado y lo que va de éste. Un cuento: “La mujer de otro”. Un texto breve, improvisado en San Pedro, en este mismo cuaderno, “Fordham”. Un poema de cinco o seis líneas, “El orante”. Y darle fin a *Salomé*, cosa que me llevó dos o tres días.

Anoche, Kant. Siempre la misma impresión: es uno de los pocos filósofos que realmente piensa.

Sylvia terminó la novela. La terminó hoy, es decir ayer. Esta vez, si no me equivoco, es su final definitivo. Mañana comienzo a leerla. Esto me tiene mucho más contento y tranquilo de lo que puedo expresarle a ella.

marzo 17

Me levanto de la cama sólo para escribir algo en este cuaderno. Escribir en el sentido físico. O litúrgico. No tengo nada que decir, o lo que tengo que decir no puede ser escrito. No en pocas palabras. Nada en especial, o tal vez sí. Algo como aquello de Don Birman: "El barómetro de mi temperamento".[2] Pero sin alcohol.

Demasiada gente. Bárbara, la hija menor de Egle, trae a su novio de veintiún años para que me lea sus poemas. Hago todo lo que puedo por ser ecuánime y gentil. El chico no sólo escribe, también pinta. No sé qué pinta pero siento que, por mal que lo haga, debería seguir pintando y olvidarse para siempre de escribir. Los poemas de Rosaura García, en cambio, inesperadamente intensos: verdaderos. No importa que tal vez no siga escribiendo, pero esos poemas existen, se instalan en la realidad como un objeto inquietante. Rosaura es asombrosa.

Visita de Irene, la chica norteamericana que nos toma de consejeros espirituales a Sylvia y a mí. Una especie de encanto, pero mortal.

Salgo de todo esto dedicándole unas cuantas horas a un cuento de Fernanda. En general, esa familia García Curten —Fernando, Susana, las dos hermanas— es una especie de *Gestalt* de otro planeta. Lucio Donantuoni me trae su libro de cuentos para que lo lea. Juego al ajedrez con la computadora. Entre paréntesis, debería decidirme a sacar el programa de ajedrez de esta máquina. Me drogo con el ajedrez. Juego inútiles partidas que no me interesan en absoluto y sólo

consiguen cansarme.

Una idea como para Van Hutten: *Todos los caminos conducen a Roma. Pero cuál a Dios. No los que conducen a Roma*.

Debiera escribirle a Lagrange, chica o señora francesa que quería traducir *El que tiene sed*. Estoy en deuda con ella. Cree que yo le di la novela a esa arrolladora joven Gougnon, lo que es falso. Resultado: ninguna traducción. De esto hace por lo menos cinco años. ¿Por qué no me importan estas cosas? O mejor: ¿es cierto, por ejemplo, que no me importa ser traducido? Supongo que *no es* cierto. Pero querría que todo sucediera sin mi intervención, por arte de magia.

No sé si alguna vez ya escribí en este cuaderno lo que me pasó con Leopoldo Marechal cuando le mostré la versión checa de *Israfel*. Me dijo con absoluta sinceridad: "Qué lindo debe ser estar traducido...". Yo tenía poco más de treinta años y él, sesenta y seis. Todavía siento vergüenza por haberle mostrado ese libro.

También debería preocuparme por saber si *El que tiene sed* apareció en España. ¿Me importa o no me importa?

marzo 17, a la mañana

No pude dormir nada, cosa que últimamente me está pasando con demasiada frecuencia. Tengo que encontrar algún tipo de disciplina, de rigor. Sylvia dice que me ve cansado. No estoy cansado, estoy disperso y sin ánimo de trabajar. Cuando estoy cansado en serio no tengo ninguna dificultad para dormir. Necesito encontrar algunos papeles que tenía a mano en la casa de la calle Pueyrredón y que se han volatilizado en la mudanza. Ayer me pareció ver unos borradores de *Los ángeles azules*.

Gide anota en su diario, hacia los sesenta años: “Creo que fumaría menos si me preocupara menos por fumar menos”.

Yo tal vez debería preocuparme más, para ver si después consigo preocuparme menos.

marzo 21, madrugada

Cuatro días en San Pedro, solo. Casi paso mi aniversario de casamiento allá. En realidad, fue ayer.

Salí de San Pedro para Buenos Aires a las dos y media de la mañana. Una tormenta imponente. Relámpagos que iluminaban todo el cielo. Por momentos, la lluvia era tan fuerte que no se veía más allá de la trompa del coche. Por fin, de vuelta en casa: anoto esto con una especie de agradecimiento.

No me gusta pensar que debo manejar con tormenta. Sin embargo, una vez que estoy allí… Una sensación extraña.

marzo 29

El 27 no festejé mi cumpleaños: no había nada que festejar. Salí a comer con Sylvia; después miramos juntos los originales de su novela.[3] Es un hermoso libro. No es que lo crea: estoy seguro de eso. La metáfora del Parque se impone sin la menor violencia. Los personajes también son hermosos. Carlino, la cantante y Lisa, tienen rasgos inolvidables. Lo absurdo adquiere una comicidad genuina, nada frecuente en la literatura escrita por mujeres. Me gustaría que ese libro les gustara a los demás tanto como me gusta a mí.

más tarde

La existencia amenazada. Estos días no he podido sacarme de la cabeza esta fórmula. Lo que diferencia el ser del hombre del ser de cualquier otra realidad es su conciencia de ser una existencia siempre amenazada. ¿Su libertad? De acuerdo. También como libertad amenazada. Heidegger. Qué es su famoso ser para la muerte sino una pura amenaza de la existencia.

Tendría, dicho sea de paso, que escribir algo sobre Heidegger y el nazismo. En mi juventud, me negaba a creerlo; pero, desde hace veinte años, es ya un hecho irrefutable que Heidegger era nazi. No se trata sólo de su lección inaugural. He leído una carta suya, de la época del rectorado, que es bastante infame. Y otra, no recuerdo de qué fecha, donde se despide con el célebre Heil Hitler. Renunció a su rectorado, es cierto, pero fue afiliado al partido nazi y pagó puntualmente sus cuotas hasta 1945. Y esa sinuosa carta a Marcuse, por favor, aunque allí hay una o dos verdades que, quizá, de algún modo lo exculpan. Pero, si soy sincero, lo que más me irritó es una conferencia sobre el problema de la vivienda, donde lleva las cosas hasta la esfera metafísica: el centro de la cuestión, para él, no es que falten casas para los desposeídos, o sí lo es, pero no le parece tan grave como... el ser del habitar. O dicho casi exactamente con sus palabras: “Más allá de las guerras, más allá del crecimiento de la población y de la situación del obrero, la verdadera crisis de la habitación reside en que los mortales están siempre a la busca del ser de la habitación y en que necesitan ante todo aprender a habitar”. *De Construir, habitar, pensar* (1955). Por favor otra vez.

Su oscuridad para tratar ciertos problemas, o para eludirlos, y su claridad panfletaria cuando había que esparcir las órdenes del Partido entre sus estudiantes, es otro buen punto.

marzo 30

Tengo, de pronto, la impresión de que la historia de Van Hutten se aleja de mí, si es que alguna vez estuvo cerca. Miedo a

desinteresarme, como me pasó con *Los ángeles azules*.

abril 3

No sé cómo sucedió, pero el primero de abril me encontró trabajando. Me puse a pasar en limpio las páginas sueltas del 54; ahora voy por el cuaderno del 56, el del servicio militar. Es un esfuerzo considerable, a causa de mi letra, a causa de las anotaciones en clave que ya no entiendo, y sobre todo a causa de la vergüenza que me producen ciertos énfasis, ciertas estupideces, ciertas autocomplacencias. Lo único irrefutable que hay en esos diarios es el amor adolescente que sentí por Bettina, lástima que la mitad de todo eso tendrá que desaparecer, para hacerle realmente justicia. Intento no modificar ni falsear nada de lo que puede tener todavía algún sentido. No corrijo. He dejado, por ejemplo —en un apunte del 54, creo— el verbo estribar, en su acepción de consistir. "Todo estriba en..." Yo escribía rostro, en vez de cara; descender, en vez de bajar. Sólo hago cortes de lo demasiado circunstancial o de lo inentendible.

El problema es que algunos de esos apuntes fueron escritos para ser completados más tarde, escritos en trenes, en bares, al dorso de volantes, medio dormido, y muchas veces no recuerdo qué me proponía.

Parece que antes de los diecinueve años ya había leído *El Cid* de Corneille, eso me sorprendió.

Ahora recuerdo haberle leído a Bettina (en los primeros cuadernos todavía aparece como Beatriz, y sobre todo como "ella") la *Odisea* por teléfono, en dos o tres sesiones, mientras tía Lilia estaba en Córdoba. Me salteé la telemaquiada y algún que otro detalle, para abreviar un poco. La *Divina Comedia* la empecé a leer mucho antes, cuando iba a tercer año: la robé de la biblioteca del Colegio Nacional de San Pedro. No recuerdo ahora si robé los tres tomos (colección Estrada, traducción de Mitre) o sólo el *Infierno*. Entre los papeles encontré una página de aquello que iba a llamarse las Cartas a Maryna. Creo que, al principio, Maryna *no* era Bettina, aunque después lo fue, sino quizá Ana María Pizzi, a la que conocí antes, en unos carnavales en San

Pedro. No sé si a Ana María la conocí en carnaval: lo que recuerdo es su vestido, blanco, mojado, pegado al cuerpo. Era prima de Milo y de Cristina Rego. De noche, tocaba al piano *El vals del recuerdo*, del Príncipe Kalender, sabiendo que yo andaba por ahí. Sí, me parece que hay cosas que no justifica ni la extremada juventud.

De cualquier modo, gracias a uno de esos apuntes anoche volví a leer *La vita nuova*. Buscaba la grafía exacta del verso con que comienza el soneto dedicado a la dama aquella parecida a Beatriz (a la de Dante, a Beatrice): *Viderò gli occhi miei*... Como era natural, volví a leer casi todo el libro. Supongo que ya anoté alguna vez que *La vita nuova* es una especie de novela; que, incluso, para leerla como se debe, es necesario leerla como novela.

abril 4

Omnia vincit amor. Ésa era, nada menos, la divisa. Una medallita de oro, partida en dos, de la que cada uno tenía su mitad. En esa época yo quería escribir un libro como *Los cuadernos y las poesías de André Walter*, de André Gide.

El amor en presente no se puede escribir. Lo digo por Sylvia, aunque debería decir *para* Sylvia. Por otra parte, da miedo...

Siempre descubro lo mismo: lo que realmente se vive es indecible. Sólo en la adolescencia uno se atreve, por brutalidad, por falta de pudor, a pronunciar ciertas palabras.

Otra cosa que a veces descubro: mis cuadernos me llevan a recordar detrás de las palabras ciertos hechos que omití. Y los que omití son, por lo general, los recuerdos verdaderos. Hay, sin embargo, una página donde escribí exactamente lo que hoy recuerdo. Me pareció terrible.

abril 6

Un problema: al pasar en limpio esas páginas no puedo dejar de sentir que algún día se publicarán. Pero yo no las escribí para ser publicadas, sino para mí, para saber y hasta para poder sentir qué me pasaba. No bien pienso en algo como la publicación, ese malestar se desliza hacia este cuaderno, el que escribo ahora, y me quita toda naturalidad. Me hace sentir como observado por alguien que también soy yo y que está parado detrás de mí. O peor, me hace sentir póstumo.

VH sigue en el mismo lugar, capítulo 3 de la segunda parte (*La palabra aramea rabunní...*, etcétera), y me temo que va seguir allí toda la vida.

El cuento de la hermana.[4] El otro día escribí una página.

Un escritor hábil escribe lo que quiere: un gran escritor escribe lo que debe.

Muy lindo. Pero leo en Gide: *El talento hace lo quiere. El genio hace lo que puede.* La frase, creo que dice Gide, es de Degas. (Verificarlo.)

abril 7

Esta mañana me desperté después de un sueño entre espantoso y cómico. Se lo conté a Sylvia, pero no voy a escribirlo. Es producto de estar pasando en limpio esos papeles.

No todo era malo en el sueño. Hubo una especie de intermedio (incrustado en el sueño real) en el que Sylvia y yo visitábamos a Nietzsche en el manicomio. Nietzsche hacía ejercicios gimnásticos perfectamente demenciales, algo cómicos, y, en el fondo, amenazantes: una especie de molinete desganado pero ostentoso con los brazos. Sylvia había querido llevarle flores, sin que yo lo supiera. Nietzsche lo adivinó casi de inmediato. Hablaba una jerga extraordinaria, algo arrollador y fulgurante y no del todo sin sentido.

Como un alcohólico astuto que, de alguna manera, sabe perfectamente qué significa lo que dice. Yo, más tarde, contaba todo eso en una reunión donde había un director de teatro y le decía que iba a escribir un drama... Como idea no es nada mala. Una obra de teatro con Nietzsche de personaje, pero no el Nietzsche de sus libros o el Nietzsche biográfico, sino el secreto, el de la locura. Una especie de Nietzsche cruzado con Jacobo Fijman. En ese fraude rarísimo, *Mi hermana y yo*, hay material de sobra como para pensar en algo así.

Hesse tiene aquel cuento sobre Hölderlin. También hay unas notas de alguien en uno de los libros de poemas de Hölderlin.

abril 8

Viene un escritor sueco a casa; ayer la entrevistó a Sylvia. Prepara una antología de cuentistas argentinos o sudamericanos para su país. No conocía *Las panteras y el templo*, y, por no buscar la última edición, le doy la del 74, de la que me queda un solo ejemplar, y por supuesto en este momento lo siento como una pérdida irreparable.

abril 14

Parece que me esperaban en la Feria del Libro, se supone que daba una charla titulada: *Hablemos de teatro*.

Ninguna culpa.

Sigo pasando en limpio los cuadernos, en cualquier orden, porque de esta manera me resulto más inesperado. Terminé con el fatídico de las tapas negras (noviembre 61 a diciembre del 69[5]), sólo me faltan pasar esas páginas que, al final, escribí sobre Lelia, y algunas hojas sueltas que andarán o no por ahí. Casi me gusta hacer esto. He recordado infinidad de cosas, que no son precisamente las que están escritas.

Hacia el 62 yo empecé a tomar fuerte, y, alrededor del 66, de un modo suicida. En todo ese diario no hay más que una alusión al alcohol, al principio. ¿No me daba cuenta o no quería darme cuenta? Lo que sí puedo descubrir es cuáles son los apuntes que escribí estando borracho (dos de Rosario, uno muy breve que habla de Lía Elena) o saliendo de alguna borrachera.

No hay casi datos sobre la realidad política, supongo que porque sobre eso escribía en la revista. Encuentro un nombre que no me dice nada: Delia Inés. ¿Quién era Delia Inés?

abril 16

Hoy, caminando con Sylvia por nuestro nuevo barrio. Pasamos frente a un café en ruinas, cerrado. Café de los Angelitos. Ahí se hicieron las primeras reuniones del *El grillo de papel*. "Voy a tener que anotarlo", le dije en broma; pero lo estoy anotando. Ella me dijo que debía ser raro esto de pasar los cuadernos viejos mientras agregaba cosas del presente en los actuales. *Es* raro. Como una novela confusa tipo *Crónica*.

Me va a pasar como a Tristram Shandy. No voy a llegar nunca a mi propio presente, tanto anotar el pasado.

Los diarios famosos que uno lee dicen: hoy comimos con los Mann, vino a visitarme Einstein, Chaplin parecía de pésimo humor, la guerra ya es inevitable. Lo que yo más digo es que no puedo escribir. Cosa que, efectivamente, me pasa ahora mismo.

abril 18

Dormí todo el día. Desde la madrugada hasta más o menos la medianoche, es decir unas dieciséis o diecisiete horas seguidas. Ahora

son las cuatro de la mañana y sigo tan cansado como si no me hubiera acostado.

Hace como un mes, tal vez menos, recibí unos contratos de Balcells para autorizar la edición popular (popular es una palabra, y no exactamente la palabra justa) de *Crónica de un iniciado*. Demoré hasta hoy la respuesta que de hecho consistía en firmar tres hojas. Mi excusa es ésta: yo creía, por lo que me dijo Juan, que el contrato era por *El que tiene sed* y no quería firmar eso hasta averiguarlo. Cosa que no hice. Resultado: firmo igual y lo mando mañana a España, que es lo mismo que pude hacer el primer día.

No lo mando a España: Sylvia, mañana, lo lleva por mí para despacharlo por correo.

No me muevo. Estoy pasando por uno de mis períodos de planta. Pasar en limpio esos cuadernos es la única manera que encuentro de conectarme con...

Imposible seguir esta frase sin mentir. Pasar esos cuadernos es conectarme sólo conmigo; pero lo hago con la ilusión de que tiene sentido. Si no me estoy mintiendo, voy a dedicar *todo el tiempo que quiera* a hacer sólo eso.

Sylvia me dice que en la Biblioteca Nacional sólo están las ediciones más viejas de algunos de mis libros. Me preocupa. Querría que nadie volviera a leer la primera edición de *Las otras puertas.*

Lo único que justifica un Diario —en el sentido estrictamente personal — es la inmediatez, que exige una escritura rápida y casi automática, pero, cuando somos muy jóvenes, la dificultad de encontrar las palabras adecuadas es muy grande. Ponemos cualquiera, mentimos por inhabilidad, por énfasis, por pobreza, y al leerlos cuando pasan los años no creemos que las cosas hayan sido realmente así. Por fin uno aprende medianamente a escribir y encuentra las palabras con alguna rapidez, pero ya dejó hace mucho de ser una persona interesante.

Otro problema es el siguiente. Uno anota sus decisiones secretas en

un diario (debo terminar tal cosa, hacer tal otra), pero muy raramente vuelve a leerlas. De ahí que, como tampoco las realiza, no cambie nada y repita siempre los mismos propósitos.

También pasa aquello que más o menos decía Poe en *Marginalia*: Si se quiere fatalmente *olvidar* algo, hay que anotarlo.

abril 20

Hoy, es decir ayer, murió Arturo Frondizi. Veo por televisión los homenajes militares que le rinden como ex presidente de la República. Cureñas. Trompetas. Los mismos militares que lo sacaron a patadas de la Casa Rosada, en el 62. Bueno, no los mismos, aunque no sé: no veo mucha diferencia entre unas fuerzas armadas y otras en la Argentina, si se exceptúa la época de Belgrano y San Martín.

¿Puedo agregar que no escribo esto como homenaje a ese hombre, Frondizi, quien siempre me resultó intragable? Es un muerto, de acuerdo. Pero la muerte no mejoró nunca a nadie.

abril 22

Firmo a desgano unos ejemplares en la Feria del Libro. Me había prometido no ir. Lo único bueno fue que conseguí las *Odas y fragmentos* de Píndaro y los bucólicos.

Ernesto también firmaba. Era conmovedor ver toda esa larga fila de adolescentes con sus libros en la mano y él ahí, cada vez más viejo, más chiquito, pero de algún modo tan patéticamente vivo. En momentos así qué poca importancia tienen nuestros desacuerdos, y hasta su vanidad, sus actos incomprensibles y ridículos. Matilde está fuera del mundo hace años. Unos meses atrás, Jorge, su hijo mayor, se mató en un accidente. Y ahí está Sabato, con ochenta y tantos años,

firmando libros y hablando con los chicos, aferrándose a la vida como sea.

abril 29

Permito que me hagan una entrevista que no me gusta. Espero equivocarme, pero me siento vagamente usado. ¿O me estoy tomando en serio? ¿O es una forma de paranoia? Nunca pido el número de teléfono a la gente que viene a entrevistarme, nunca les digo que quiero ver la transcripción. Mi ángel bueno me susurra al oído: Jodete.

Veo en el cuaderno de 1958 una lacónica anotación de apariencia inocente y casual que es, en realidad, uno de esos memoranda crípticos (y culpables) que escribía sólo para mí. El 18 de febrero de ese año anoté: "Por la tarde fui a Olavarría. No sucedió nada memorable".[6] O sea: *no vi a alguien que quería ver.* Se llamaba Ami. La había conocido durante el servicio militar. En realidad no se llamaba Ami: eran sus iniciales. El inextricable barullo de noviembre de 1956 está referido a ella. Tampoco, por lo visto, pasó por ahí "la chica de pelo negro que iba con la madre" (noviembre 18 de 1956), a la que también conocí en esos días. Le decían Zuny. Las dos vivían más o menos a una cuadra de ese café. Todo lo cual arroja alguna luz por decirlo así, sobre mis patéticas teorías acerca de la fidelidad, etc., de esos años. De cualquier manera, a ninguna de las dos le sucedió nada irreparable, no conmigo, pese a que Zuny solía levantarse en camisón a medianoche mientras su madre dormía, y esperarme, descalza, en el zaguán de su casa. Como el último ómnibus al cuartel ya había salido, yo debía caminar después cinco o seis kilómetros, en plena madrugada, para volver al regimiento. Zuny es también la chica vestida de azul, y, tal vez, la del encuentro sorpresivo al dar vuelta una esquina. También, la ardilla. Quiero escribir, con unos cuarenta años de tardanza, que a Zuny le tenía muchísimo cariño. Me conmovía —todavía me conmueve— lo del camisón a medianoche y lo de

esperarme descalza. Hay que ver el frío que hacía en Olavarría cuando mi servicio militar.

mayo 10

Sylvia me llama desde Junín; acaba de morir el padre. Una enfermedad impiadosa con un final casi feliz. Pudo haber sido una agonía terrible, pero, por fortuna, sucedió de la mejor manera para él. Claro que esto no consuela a Sylvia ni a nadie. Salgo ahora para allá.

Quería escribir esto: cuando Sylvia me contó cómo había sido todo yo le dije: Gracias a Dios. Lo *estaba diciendo* cuando supe, con estupor, que exactamente sentía eso. No era una expresión estúpida, no era un consuelo para ella. Le estaba agradeciendo a Dios. Ella lo repitió.

No es fácil ser ateo. Tal vez ni siquiera sea del todo posible.

mayo 13

De regreso en Buenos Aires. Sylvia no vuelve hasta la semana que viene. Todo parece ir bien, pero me preocupa su tristeza. Es como si no tuviera armas para defenderse de la realidad. Estos días lo he pensado mucho: ¿qué pasaría si se quedara sola?

Me libero de ciertas ideas escribiendo un cuento. Me tomó por sorpresa, anoche, y lo terminé en unas horas. No es un mal cuento, me parece. Se trata de la historia de la hermana que asesina al hermano para poder seguir esperándolo. ¿Cuánto tiempo hacía que no escribía un cuento?

mayo 25

Creo que el hecho de que Sylvia pueda, por primera vez, preocuparse

por la casa nueva, le hará bien. Cortinas, colgar cuadros, ordenar libros. Casi no había tenido oportunidad de darse cuenta de que ésta era, ahora, nuestra casa.

El cuento se llama “La que espera”; a ella le gustó mucho. La alegró que yo hubiera vuelto a escribir cuentos. Es increíble la cantidad de amigos que la llamó por teléfono a Junín, es increíble el cariño que despierta. Salvo que no tiene nada de increíble. Lo increíble sería lo contrario.

mayo 28

Sigo, de a ratos, pasando en limpio los cuadernos manuscritos. Estoy engripado, lo que me pone neurótico. Hacía dos o tres años que no me pasaba. Había conseguido, gracias a la vitamina C, saltearme este rito otoñal que me vuelve imbécil y malhumorado. Estos últimos tiempos dejé de tomarlas y además no previ que esta casa exige un tipo de calefacción que no sé cómo resolver. Escribo estas banalidades como una especie de autocastigo.

Leí la *Historia de Cristo*, de Giovanni Papini. Resulta asombroso que este libro haya podido tener la difusión que tuvo en su tiempo, aun considerando el hecho de que la conversión de Papini al catolicismo fue, para muchos, escandalosa. Es un libro trivial, un manual católico en prosa iracunda que no agrega nada al Jesús de mi catecismo de cuarto grado. Leo también *La idea de Jesús en los Evangelios*, de Santayana. Más o menos lo mismo, descontando, claro, la hospitalidad verbal y la capacidad filosófica de Santayana. Como sea, sigo quedándome con el Jesús de Renan, tan desdeñado por ateos y católicos. Y, por supuesto, sigo quedándome con el Jesús de los Evangelios, el más ambiguo, humano, violento, inexplicable y querible de todos.

En cuanto a Papini, hay algo en él que me molesta. *Dante vivo* me parece un libro bastante notable, y, en un grado mucho menor, también su *San Agustín*. *El Diablo* es más bien pueril, pero debo reconocer que en su hora me gustó bastante. Sus cuentos, algunos espléndidos, me parecen enfáticos. O ahora los recuerdo así. Es raro

que Borges los apreciara tanto, son tan diferentes. En resumen, Papini me resulta vociferante. Léon Bloy es un energúmeno, pero nos arrastra con él: Papini en cambio me parece un italiano gritón. Temo ser injusto, a causa de mi gripe. Me voy a la cama con *El libro negro* y los *Retratos*.

Anoche o anteanoche estuve leyendo la *Teodicea*, de Leibniz. No es un pensador para leer con gripe. Cuando aparecieron los corpúsculos, con sus almas encapsuladas desde Adán, me quedé dormido como para siempre.

Lo bueno de no tener del todo organizados los libros es que aparecen cosas que, de otro modo, no hubiera mirado nunca. *El testamento de Lenin*, que escribió Trotski. Cita el testamento, pero no lo reproduce: eso no me convence.

mayo 29

Definitivamente, Papini, en estos días, no es para mí. *El libro negro* es una estupidez casi perfecta, del principio al fin.

La gripe no amaina. Esta noche, además, tengo fiebre.

mayo 30

No quiero ser injusto. *Figuras humanas* (los *Retratos*) es un buen libro. Lo que me molesta y me harta en Papini es su catolicismo terrorista.

Para ser católico dogmático hay que ser Léon Bloy: hay que escribir como Léon Bloy; aquella propuesta delirantemente cómica, por ejemplo: *Obligación, para todos los franceses, de asistir a misa todos los domingos y comulgar cuatro veces al año, bajo pena de muerte.*

junio

Creo que, por fin, estoy empezando a hacer lo que esperaba hacer este año; es decir, nada y leer. Excepto la corrección de pruebas de las obras de teatro, una charla que di el otro día en Junín sobre la llamada posmodernidad y un homenaje a Marechal, que al parecer comparto con María Angélica Bosco y con Sabato (si él acepta, cosa de la que no estoy tan seguro como los que lo organizan), lo demás es mirar el techo. Intento convencer a Sylvia de que esto —nada, y a solas— es lo mejor que podemos hacer. Ella ya terminó la novela y, si nada cambia, Emecé la publicaría este año. Suficiente y casi perfecto. Tal vez hasta consiga desentenderme del Concurso Planeta, donde acepté ser jurado, por conformarlo a Juan Forn.

Contesto que no a unas cuantas proposiciones; y, si consigo que esto se haga un hábito —yo tengo más bien el hábito del "sí" o del: "en principio sí", y al final termino aceptando—, tal vez empiece a pasarla bien.

La charla en Junín me asombró a mí mismo. Cuando me hablaron les propuse, sin pensar, un título absurdo: *El escritor argentino y la posmodernidad*, sin tener la menor idea de lo que eso podía significar. No preparé nada, y, hasta cinco minutos antes de hablar, apenas sospechaba lo que iba a decir. Repentinamente las ideas se organizaron solas, como si hubiera hablado de eso toda la vida.

El libro de entrevistas que María Fasce quiere escribir conmigo no lo veo muy claro. Mucho me temo que pueda resultar una inutilidad. Ella me estima y tal vez me admira un poco, pero, justamente por eso, tiene tendencia a grabar *todas* las estupideces que digo. Le importan demasiado los problemas literarios de entrecasa, supongo que porque escribe ficciones y busca respuestas que le importan personalmente; pero ese tipo de temas deja afuera al lector real. Como además tiene sólo veinticuatro años, desconoce casi totalmente cierto tipo de problemas ideológicos, políticos y, a la larga, estéticos, que son los únicos que justificarían un libro así.

Cierto que lo único importante de una entrevista son las respuestas, como decía Oscar Wilde, pero esto aspira a ser un libro entero.

junio 28

En San Pedro.

Termino de leer por segunda o tercera vez *La vida de Jesús*, de Renan. Es increíble la mala opinión que, entre católicos y ateos, se tiene de este libro. Léon Bloy y Papini lo detestaban, Nietzsche también; en el *Anticristo* trata a Renan de payaso. Incluso los marxistas alemanes lo denigraban, sospecho que por cuestiones nacionales más que ideológicas. Yo sigo pensando que es el mejor libro que se ha escrito sobre la persona hipotética de Jesús. Es conjetural, y hasta novelesco, pero de qué otro modo se puede tratar ese tema. La cantidad de fuentes en que se apoya es, por lo demás, asombrosa, y da siempre la impresión de hablar *de buena fe*. Cosa que no se puede decir de casi ningún otro autor que haya escrito sobre Jesús. Comparado con las estupideces católicas de Papini, es no sólo una obra de arte sino un libro *cristiano*.

En cuanto a Nietzsche, lo que odiaba de este libro es justamente su valor: la seguridad de Renan de que la revolución socialista tiene una raíz cristiana. Creo que tampoco le perdonaba el haber desacralizado, antes que él, al cristianismo.

Si algún día escribiera sobre este tema (algún día: a los sesenta años sigo hablando como si fuera inmortal) empezaría así: Las únicas fuentes legítimas para referirse a Jesús son los Evangelios, por no decir que son las *únicas fuentes de cualquier tipo*. Se cree en ellos como verdad revelada o no se cree. Si se cree, no hace falta escribir nada. Jesús era hijo de Dios, hacía milagros y resucitó de entre los muertos. Si no se cree, se tiene el derecho de leerlos como testimonios míticos de la vida de un hombre real.

Ni siquiera hace falta negar la buena fe de los evangelistas cuando hablan de los milagros: para ellos, como para Moisés o para Josué,

aquello era perfectamente posible, y hasta necesario. Del mismo modo que Homero hablaba realmente de dioses —no hacía metáforas o simbolizaba—, ellos y su tiempo creían en esa realidad. La vivían. No sería raro que Jesús mismo se sintiera sobrenatural, como Buda, como Mahoma.

Creo que bastaría escribir sobre una sola semana de su vida, la última, para aclarar unas cuantas cosas: el día en que se celebró la Pascua, que coincide con el calendario esenio, no con el judío tradicional; el problema de Judas; la polémica velada, y no tan velada, entre Juan y los sinópticos.

Son más de las seis de la mañana. Quiero dormir.

julio 1

Retomo, a saltos, la copia de los diarios manuscritos. Voy por el año 1979, aunque he dejado lagunas para descifrar después, o porque me aburro. También falta eso que llamo páginas sueltas, anotadas en cualquier parte.

Miro, al pasar, la última anotación de 1969.[7] Habla de ciertas cartas a M.I., muy bellamente escritas. Digo que "más tarde" pagué bastante caro esa literatura, al sentirme inhibido para escribir otras cartas. Me refiero, naturalmente, a cartas que luego le escribí a Sylvia. Lo raro es que diga "más tarde", como si hubiera pasado mucho tiempo, cuando, en rigor, las cartas a Sylvia no podían tener más de un mes. Esto me hace pensar que *la sinceridad* de esa anotación es absoluta: ya hablaba ahí de todo lo anterior a octubre del 69 como mi pasado, lo sentía como mi pasado.

En el 77, el 11 de junio, la larga anotación sobre Brand. No me explico por qué nunca terminé esa obra, que tenía tan clara. Cualquiera de estos días, la exhumo y me pongo a terminarla.

Encuentro el borrador de la carta que hace tres años le escribí a Sabato, y que Sylvia me pidió que no le enviara. No la envié.

julio 27

Tengo la incómoda impresión de haber perdido alguna cosa (una realmente la perdí, era una corrección de *Los ángeles azules*). Se estrenó *Patrón*, la película de Rocca sobre mi cuento, y dentro de unos días sale la edición del teatro completo. La película es muy buena.

Días en blanco.

agosto

En agosto, hace casi exactamente dos años, escribí en este cuaderno que tenía unas cien páginas del Van Hutten y que empezaba la parte del Qumran, la más difícil. Un año después no había vuelto a escribir una palabra. En todo el año siguiente, hasta estos días, apenas si lo toqué. La muerte de papá tuvo mucho que ver con eso, aunque, si no me equivoco, un poco después conseguí escribir algo. El caso es que ahora voy por el capítulo tres de la segunda parte. No es mucho pero, de un modo personal y más bien furtivo, es bastante promisorio. Estaba empantanado en este lugar de la historia. Como si hubiera tomado un desvío equivocado, que me alejaba del proyecto original. Me gustaría animarme a escribir que salí de allí, que tengo confianza, otra vez, en terminarla. Mi dificultad para escribir, mi incapacidad de escribir, es casi ejemplar, podría levantarle el ánimo a cualquier escritor joven que se siente fracasado.

Leo mucho sobre el tema. Eso, por lo menos, no dejé de hacerlo nunca.

Hoy compré una *Historia de la Iglesia*. No sé para qué puede servirme pero es un buen dato. Anoche, por primera vez en mi vida, leí con atención las *Epístolas* de Pablo. No me gusta como persona, nunca me gustó, por aquello de San Esteban y por su conversión demasiado vehemente. Los conversos categóricos siempre me resultaron sospechosos, vayan al cristianismo o vengan de él, se hagan

comunistas o se conviertan en anticomunistas. Pero, si he de ser franco, la violencia de ciertas epístolas es fascinante. Era un energúmeno, un vanidoso, tal vez un hipócrita y hasta un psicópata, pero tiene la fuerza de una tempestad. La naturalidad, la franqueza, con que reconoce sus artimañas políticas impresiona. Pablo no era un espíritu religioso, era un agitador político, un militante que buscaba adeptos. No cuesta nada creer que, sin él, no existiría la Iglesia. Lutero debió ser de esa estirpe. Otro que me gustaría conocer bien es Savonarola.

No hay nada más parecido a la ortodoxia católica que la ortodoxia comunista. Cuando oí esto por primera vez, me pareció, aunque fuera la primera vez, un lugar común. Una de esas estupideces superficiales que se transmiten de sobremesa en sobremesa sin que nadie piense qué significan. Sin embargo, es absolutamente cierto. También es absolutamente natural.

agosto 18

Me mandan los primeros ejemplares del *Teatro completo*. Con esto, quedan publicadas todas las ficciones que terminé en treinta y cinco años. Dos novelas largas, una corta, cuatro libros de cuentos, los seis dramas de este libro. Empezar de nuevo, a los sesenta años. Debería estar desesperado pero me siento tranquilo y, por lo menos en este momento, casi en paz. Lo que queda ahora duerme o hiberna en los cajones y, sobre todo, en algún lugar impreciso del porvenir. Los versos, tal vez un drama, algunos cuentos, el Van Hutten, este diario. También, quizá, *Los ángeles azules*. No cuento los artículos y ensayos ya escritos porque nunca pensé en ellos con seriedad.

Mencionar con tanta naturalidad *Los ángeles azules* se parece bastante a una mentira autopiadosa. En este momento estoy tan lejos de esa historia que incluso me disgusta pensar en ella. El viejo Van Hutten, en cambio, parece ir bien, ya está a punto de excavar Jericó. El narrador, irremediablemente va a acostarse con Christiane. Terminé los capítulos tercero y cuarto de la segunda parte, empiezo el quinto.

Erratas en el libro de teatro. En la dedicatoria, Sylvia aparece con

“i” latina, pese a que la última recomendación que les hice fue esa íntima “y” griega. En el prólogo, donde Marechal se refiere al *splendor veri* de los platónicos, aparece *esplendor vivo*. Uno de esos disparates que, de todos modos, organizan una especie de sentido misterioso, y en el que, por supuesto, nadie va a reparar.

Las pruebas de galera y de página eran tan calamitosas que no me detuve a revisar el prólogo. El peor es un error mío, en *Salomé*. El disquete con la obra fue tipeado y revisado muchas veces por mí, y ahora me encuentro con que las últimas, absolutas, palabras de Yojanaán (“El hombre que yo fui no te habría amado”) se han convertido en: “En el hombre que yo fui no te *habrá* amado”. Espero que el lector se deje llevar por el sentido y lea *habría*, o se dé cuenta de que, en ese sitio, el verbo “habrá” es imposible. Me molesta porque es el final de la escena, casi diría el único parlamento que justifica esa escena. Si no recuerdo mal, una de las primeras que escribí cuando imaginé la pieza.

Espero que en *Israfel* y *El otro Judas* no haya ninguna sorpresa. No las tipeé yo, e *Israfel*, por razones de hastío, no creo haberlo revisado minuciosamente.

Las erratas con que aparecen mis libros de Emecé son desconsoladoras. Lo formidable es que los lectores nunca se enteran.

Para Van Hutten. No olvidar lo que le conté, inventándolo en ese momento, a Sylvia. Un diálogo final entre Hannah y el narrador. Ella es quien lo expulsa de La Cumbrecita. Ha descubierto lo que pasa entre él y Christiane. Recordar la frase:

—Pero usted no es Van Hutten.

agosto 25

Cansancio. Me duele la cabeza. La lectura de las novelas del Premio

Planeta 1995 me supera. A mí y a todos los jurados.

Un premio de cuarenta mil dólares enloquece a la gente, sobre todo si se trata de escritores, sobre todo si se trata de escritores argentinos. Tal vez este cuaderno sea un buen lugar para poner las cosas en claro y escribir, sin tapujos, lo que opino. Desde antes que recibiéramos las novelas se empezó a correr la voz de que ganaría Rodolfo Rabanal. Cosa que, en buena medida, le está quitando a Rodolfo todas las posibilidades de ganar realmente, ya que nadie quiere prestarse a un manejo. Esa novela llegó al jurado impresa a dos páginas, como si fueran pruebas de página, casi lista para la imprenta. Rabanal podrá no tener la culpa, pero es mucho descaro. Lo malo es que, en un sentido estricto, ese libro, aunque defectuoso, podría aspirar honradamente a cualquier premio. Las primeras cincuenta u ochenta páginas son, para mí, las mejores de todo lo que leí hasta ahora. Pero con sólo ochenta páginas no se sostiene una novela de doscientas. Otro libro con idénticas posibilidades, pero muy conflictivo para mí, por razones de amistad, es el de Vicente Battista. Tengo que estar muy seguro para poder defenderlo: se supone que es mi amigo desde hace treinta años y nadie va a creer que lo hago de buena fe. El problema literario de esta novela son sus tics calcados de la novela policial y, por lo mismo, finalmente inexpresivos. El tercero en discordia, Marcelo Caruso, si lo pienso a fondo, tiene muy buenas posibilidades. O las tiene esta noche, sin haber leído con cuidado esta nueva versión que mandó a concurso. La novela no está tan bien escrita como la de Rabanal —cuando Rabanal escribe bien—, ni tiene la soltura ni el interés de la de Vicente, cuando Vicente acierta; pero tiene más fuerza que las otras dos, personajes más recordables (el narrador; Brhul) y, aunque a veces lo siento algo solemne —no hay un solo rasgo de humor—, es un libro muy premiable.

Vicente, por otra parte, sigue haciendo ese tipo de apropiación que siempre me molestó un poco, aunque, conociéndolo, resulta divertido y hasta brillante. Cita una idea sobre los suizos, sin nombrar al autor, y luego hace una observación desdeñosa sobre ese mismo autor —

también sin nombrarlo, más o menos como yo estoy haciendo ahora —, y todos en paz con lo que el psicoanálisis existencial llamaría mala fe. El autor es Sabato, digámoslo de una vez. Sé que si la novela se publica lo va a quitar a mi pedido. Pero el hecho es que el libro llegó así, éste es el libro que yo debo juzgar, y eso lo perjudica. Lo mismo hace con Camus, lo mismo con Chandler. Incluso lo hace conmigo (sin el desdén, naturalmente, en estos últimos tres casos). La alusión a las "Máquinas que Cantan"[8] es, sin embargo, un rasgo de absoluta buena fe: la dejó en el original por probidad, sin importarle lo que el jurado podía pensar, sabiendo perfectamente que eso no lo beneficiaba en nada. Si la novela gana finalmente el concurso, cosa muy probable, le tengo que pedir que también quite eso. Y en el fondo lo lamento, porque soy el único que conoce su intención.

He leído unas doce o trece novelas, las preseleccionadas, pero no pienso leer menos de treinta. Mucha mediocridad, mucha tontería, mucha irresponsabilidad. Una buena narración de Gloria Pampillo. Una llamativa aunque inútil novela fantástica de Feiling. Una interesante historia de Miguel Loreti. Edgardo González Amer, por apurado, desperdició su tema, es una lástima porque su libro está entre los premiables. Todo lo demás, muy por debajo. Si hay algo mejor, no me ha llegado o lo está leyendo otro. De cualquier modo, mandé pedir veinte libros más. Prerrogativas de la edad: me nombraron presidente del jurado, de modo que exigí la lista completa de obras recibidas e hice que mandaran a casa todos los libros que, figurando en esa lista, *no* fueron evaluados por el misterioso consejo de preselección. Necesito estar seguro de que obro de buena fe.

Insisto: muy cansado. De muy mal humor. Muy desconforme por infinitas razones conmigo mismo. Debería estar en el Qumran con Van Hutten.

Me voy a la cama a releer mis candidatos.

agosto 26

Noldo en Buenos Aires. Llama por teléfono. Nos vemos el martes. Me siento lejos de él, me siento lejos de casi todo.

agosto 30

El premio casi con seguridad lo ganará Battista. Tiene los votos de Dal Masetto y de Feinmann. Y yo, aunque no pueda votarlo, voy a apoyar su libro a mi manera.

septiembre 1

Bahía Blanca. Una ciudad que se ha vuelto espantosa. Conferencia, en la Feria del Libro, para hablar de este absurdo, la posmodernidad. Los que preguntan, lamentable y desdichada gente que escribe, preocupados por cómo se hace para publicar, es decir para ser conocidos. Es patético, en el sentido lato de la palabra, es triste y desalentador.

Después, esto. El secretario de cultura (creo), un peronista cándido, me cuenta que al año pasado le muestra a deshoras el museo a Vicente Zito Lema. Zito, sorprendido y agradecido, le dice: “A esta hora han abierto cárceles para mí. Nunca un museo”. Dios mío. ¿Cárceles? ¿Qué cárceles? ¿Cuántas cárceles? ¿Cómo se puede ser tan heroico?

septiembre 2

De vuelta en Buenos Aires, agradecido de estar en casa. En Bahía, todo muy chato, aburrido y triste. Lo mejor, el hotel. Una suite muy agradable para Sylvia y para mí. Sylvia también dio una charla, al parecer muy buena: yo asistí al final. Seguí leyendo en el hotel las novelas del concurso.

Me siento a escribir esto por pura indolencia.

Lo anterior lo escribí hace unas horas. Estuvimos comiendo en casa de Juan y Flora, todo muy divertido.

septiembre 14

Battista ganó finalmente el Premio Planeta. La alegría que tenían Ximena y Carla, sus hijas, la alegría que por lo visto tenía casi todo el mundo, justifica el trabajo que me tomé.

Me cuentan esto: lo invitan a Sabato a la fiesta del Premio, donde tenía que hablar yo como presidente del jurado. Sabato se niega porque, según dice, no puede asistir a una reunión donde está Castillo, quien ha declarado que "discute" con él. La cosa es así: en la revista *La Maga* hicieron un homenaje a Ernesto y yo declaré, con infinito pudor, tomando infinitas precauciones, que mi relación con él era difícil y que a veces, como todos los escritores, no estábamos de acuerdo en ciertos temas. No lo toleró. Yo creo que está loco, además de senil.

Durante años, por consideración a Matilde, le perdoné y soporté mezquindades y estupideces. Ahora tiene ochenta y cuatro años y es muy tarde, aunque sería el único momento justificable porque Matilde ya está como fuera del mundo y no podría enterarse ni sentirse lastimada.

Esto me recuerda ahora que Mercedes Güiraldes, Malenita o alguien de Emecé le envió a Sabato —con la mejor intención pero sin consultarme a mí— una tarjeta de prensa por la presentación de *Las maquinarias de la noche*. Como invitación, era absurda, por supuesto, teniendo en cuenta que Sabato ya tenía entonces 81 años. Pero más absurda fue su respuesta. Sabato me escribió *a mí*, como si yo fuera responsable de ese impreso, diciéndome que no asistiría porque, si lo veían ahí, la gente podía pensar que él aceptaba mis opiniones sobre *Abaddón*, etcétera, etcétera. Yo no entendía de qué me estaba hablando. Se refería también a una injusticia que cometió con Korn y se ponía como ejemplo de humildad, me pedía, textualmente, *un acto de contrición*.

Lo que no quise terminar hace tres años cuando no le mandé aquella carta por pedido de Sylvia, lo que no me atreví a terminar hace cinco o seis o diez, acaba de terminar, para mí, en este preciso momento.

septiembre 27 o 28

Un buen día.

Me llega de España una edición de *El que tiene sed.* Muy agradable a la vista, bastante cuidada por lo que hojeé. Irina me trae a casa un diario ruso donde se publica "Volvedor".[9]

Termino de corregir... un capítulo de *Crónica de un iniciado.*

Empecé a corregir la edición de *Crónica*. El capítulo entre Esteban y Cantilo sobre el peronismo era insufrible, pedante, irreal, hecho puramente de palabras. Sylvia ya me lo había dicho, y tiene razón. Como resultaba imposible sacarlo del libro —porque precisamente en ese capítulo se habla de los soldaditos de Cantilo, porque sin ese capítulo hubiera sido inexplicable el diálogo de la noche entre Cantilo y Esteban junto al olmo— lo atenué todo lo que pude; sigue sin gustarme demasiado pero, por lo menos, no me molesta tanto. Hago pasar en limpio, desde el libro editado, todos los capítulos que no tengo en la computadora. Debí haber hecho todo esto antes de autorizar la edición que está por salir en la colección popular.

Aniversario de *El grillo de papel*. Hace treinta y seis años.

octubre 23

No seguí con la corrección, no seguí con Van Hutten ni seguí pasando en limpio los diarios. Me pongo a escribir esto a las tres de la madrugada y me parece recordar que mañana lunes, a eso del mediodía, debo dar una charla sobre teatro en SOMI,[10] para la que no

he preparado nada. Esto me quita todas las ganas de seguir escribiendo. Tengo la fuerte sospecha, tengo la casi certeza de que mañana no voy a ir a dar esa charla, lo cual me hará quedar muy mal con mis amigos dramaturgos, nunca demasiado bien dispuestos conmigo.

Pregunta: ¿Qué sentido tiene anotar estas mínimas cuestiones? Respuesta: Ninguno. Salvo, quizá, el puramente simbólico.

Me voy a la cama.

siete de la mañana

La charla no era para hoy, sino para el jueves. Eso me pone de buen humor.

Volví a levantarme, a las seis, después de dormir dos horas. La lectura de Kenzaburo Oé me levantó el ánimo. Ese japonés tiene algo que me gusta. Gracias a Dios lo conozco desde mucho antes que le dieran el Premio Nobel, desde los años setenta (*Un asunto personal*). Siempre sentí una gran afinidad con este hombre, que tiene exactamente mi edad. Recuerdo que la primera vez que lo hojeé, sin saber quién era, adiviné de inmediato que se trataba de un escritor de mi generación. Tal vez sea cierto nomás que los argentinos somos medio japoneses.

Empieza a hacer calor. No es imposible que, en cualquier momento, me ponga a escribir.

Días de cierta hipocondría. Una cita de Marguerite Yourcenar, en su libro sobre Mishima, relativiza adecuadamente lo que, para decirlo de algún modo, podría llamar mi terror patológico a la muerte:

Morid con el pensamiento cada mañana y ya no temerás morir.

Es del *Hagakure*, un tratado japonés del siglo XVIII.

octubre 28

El miércoles (hoy es madrugada del sábado) debí hacerme una operación en la boca, en la encía. Un implante de hueso. Muy cruento, muy doloroso y, al menos para mí, muy humillante. Uno se puede sentir todo lo joven que quiera, pero lo malo de envejecer es *ser* viejo. Dentro de seis años seré un escritor del siglo pasado, un escritor del siglo XX. Esto, si llego, claro. Me siento mucho mejor de lo que estas palabras aparentan: sigo anotando cosas dramáticas por coquetería. Me pasó algo bastante hermoso. Conseguí, después de cuarenta años de desearlas, las *Obras completas* de Balzac. Nunca las había podido comprar por su precio, y el otro día, en la Feria de Pacífico, las vi, en la colección Aguilar. Pregunté cuánto valían, sin mucha esperanza, y el dueño del quiosco me dijo: Hagamos un canje. Yo: ¿Un canje? Él: Usted es Abelardo Castillo, ¿no?; se las cambio por libros suyos.

Resultado: ayer le llevé dos o tres libros de cada una de mis ediciones, unos quince libros, en total, y él me dio a Balzac. Seis tomos encuadernados en cuero, en papel biblia.

Desde la adolescencia ando buscando ciertos libros, que finalmente caen en mis manos de la manera más inesperada. Tal vez es verdad que uno encuentra sólo lo que busca, tal vez es cierta la frase de Bioy Casares sobre los deseos y las mujeres que (ay, dice Bioy) finalmente se consiguen.

Un pequeño problema de esto, aparte de la edad en que se consiguen las obras de Balzac (leer lo que me falta de *La comedia humana* es una empresa casi para el resto de mis días), es que siempre jugué con la idea de que cuando hallara el último libro que andaba buscando me iba a morir, algo así, precisamente, como *La Peau de Chagrin*. Título que escribo en francés porque la traducción correcta de

chagrin es onagro, no zapa; parece que la palabra zapa fue inducida en España por el dibujo que Balzac copia de *Tristram Shandy*, que, al imprimirse en otra posición, tomó la forma de una víbora. *Chagrin* quiere decir onagro, asno, y además Balzac lo utiliza adrede en su otra acepción de pena, de dolor. Cosa tal vez que le puede decir Van Hutten a mi personaje cuando mencione ese libro.

En fin, *La comedia humana* en mi casa nueva, junto a mi cama, y en mi cama Sylvia, y cerca de la cama nuestros gatos Tatiana y Agustín.

No está tan mal, si no fuera por ciertos achaques y otros detalles que pienso superar en unos minutos.

Fuera de ponerme a escribir y leer a Balzac, mi proyecto inmediato es acabar con los ruidos. Hice hacer una ventana de doble vidrio, blindada, para el dormitorio, y, si es necesario, voy a aislar la casa entera.

Quiero enamorarme de esta casa, quiero quererla. Sin los ruidos, a los que no estaba acostumbrado en el departamento de la calle Pueyrredón, sería casi perfecta. Tengo de vecino a un joven que toca la batería. En los árboles de la calle todas las mañanas, antes del amanecer canta un pájaro absolutamente auroral y sonoro. La señora que limpia los patios interiores llena con estrépito los baldes bajo la ventana de nuestro dormitorio.

También, un perro, muy encarnizado.

Si conseguí superar el alcoholismo, ¿qué puede hacerme esto?

Otros libros que ahora tengo: la Enciclopedia Espasa, en veintinueve

tomos, que consiguió Sylvia. Las *Obras completas* de Flavio Josefo.

No hay duda: la discutida mención de Josefo respecto de Jesús es una interpolación fraudulenta. Tal vez, no todo el párrafo es interpolado, aunque éste *no todo* es una manera de expresar un misterioso deseo. Hay ahí un corte en la narración, un evidente desorden. Si se aceptara que es un desorden estilístico, podría, podándolo adecuadamente, admitirse que algo sobre Jesús había allí, pero es dudoso.

Sin embargo, menciona también a Juan Bautista, y eso *es* auténtico.

¿Era el Bautista para los judíos un personaje más visible que Jesús?

octubre 29

Domingo. Después de dormir unas tres o cuatro horas me levanté a las ocho y media de la mañana, por razones de antibiótico, y descubrí, como una o dos veces cada diez años, que la mañana es una buena y agradable porción del día. Salí a caminar por el barrio a eso de las diez. No había gente en la calle, ni colectivos, lo que me reconcilió con la vida. En Balvanera, los domingos, hay negocios abiertos, incluso la ferretería. O por lo menos, hoy prodigiosamente los había. Compré el diario, que venía con un librito de San Juan de la Cruz. Compré bacalao a la vizcaína, compré anchoas españolas y sardinas picantes, nada de lo cual puedo comer dado el estado de mi boca. Mañana a alguna hora vienen a colocar las ventanas antirruido, cosa que también me pone optimista.

Anoche vino Battista; se quedó como hasta las tres y media de la mañana.

Como yo apenas puedo hablar, no tuve más remedio que escuchar que él y Sylvia conversaran, experiencia también llena de novedades. El premio le ha hecho bien, está asentado y tranquilo, se lo ve más sólido.

La alegría de la gente causa alegría.

Balzac. Ver toda esa obra junta es un espectáculo impresionante. Ha escrito mucha pavada, pero qué vitalidad, mi Dios. Hasta hoy yo había leído *La piel de zapa* (lo primero de él que leí, a los quince años, más o menos), *Eugenia Grandet*, *Papá Goriot*, *César Birotteau* (una novela extraordinaria), *La obra maestra desconocida*, algunos cuentos (no los dolátricos, que tampoco pienso leer, me bastó con hojearlos), el prólogo a *La comedia humana*, *La búsqueda de lo absoluto*, la primera parte de *Las ilusiones perdidas*, que espero leer completa en estos días, y alguna otra cosa. Estoy leyendo *Ferragus*, cuya descripción de las calles de París es memorable. Balzac es un jodido querible, un monstruo de megalomanía y simpatía y falta de escrúpulos. Se hace querer, como seguramente se hizo querer por todos sus contemporáneos. Su relación con las mujeres es otro espectáculo aparte, por no hablar de su relación con el dinero, con la Academia Francesa, con la nobleza, con los viajes. Leyendo su vida se tiene la impresión de que es uno de los pocos escritores que, de verdad, tuvieron biografía.

diciembre 4

Un mes perdido.

Nada que anotar, salvo esto. Corregí, por fin, en las pruebas para la edición chilena, un error de *El que tiene sed.* En la primera edición atribuí a Maupertuis las últimas palabras de De Lagny; en las dos ediciones españolas, a Lagrange.

Releo la *Ilíada*. Hace algunos años creía tener bastante claro cuáles eran los cantos que no podían pertenecer al original de Homero, si es que existió algo a lo que pueda llamarse el original de Homero. No, naturalmente, el catálogo de las naves. No las rapsodias novena y décima, o por lo menos no una de ellas. La tercera, aunque del mejor tono homérico, es inexplicable. De hecho Príamo no puede

preguntarle a Helena quiénes son los griegos que ve desde las murallas, no se lo puede preguntar a diez años de haber empezado la guerra. Lo mismo pasa con el asombro de los ancianos de Troya cuando comprueban su belleza, la de Helena, y dicen que semejante mujer justifica una guerra. Hace diez años que está con ellos, ¿no la vieron nunca antes? Otra cosa rara es la punta de hierro de la flecha que hiere a Menelao durante la tregua. ¿O es que las puntas de las flechas, por alguna razón, podían ser de hierro mientras las espadas eran de bronce? ¿O algo de esto fue intercalado mucho después, cuando el hierro era para los poetas el metal tradicional de las armas?

Un chiste judío, que tal vez viene al caso. Un judío le pregunta a otro qué le parece peor, si la ignorancia o la indiferencia. El otro piensa un momento y contesta lentamente:

—No sé ni me importa.

diciembre 12

Desde hace un tiempo, la sensación molesta de que mis libros no le interesan demasiado a nadie, de que, a los sesenta años, no he conseguido "mi lugar en el mundo". Esta última frase va entre comillas porque es la de Yank, en *El mono velludo*; pero la verdad es que la pensé sin ninguna comilla. Todo esto requeriría un análisis, una sinceridad, que no estoy dispuesto a encarar, por lo menos no esta noche. La cosa es más o menos así: imposibilidad de ponerme a trabajar seriamente en nada, falta de convicción, falta de deseos. Desorden, aturdimiento. Espero que sea transitorio, espero no estar demasiado viejo para darme el lujo de decir: espero.

¿El libro de entrevistas, tal vez? Definitivamente *no* a todas las referencias *personales* sobre mis cuentos. Hablarlo con María Fasce.

diciembre 19

Viajamos a San Pedro, volvimos anoche a la una de la madrugada. No puedo dormir. Hojeo la *Historia de la Iglesia* y, como en sueños, me levanto a corregir una o dos líneas de Van Hutten.

Este capítulo quinto de la segunda parte es, me parece ahora, una introducción al final. Después de esto, contar el interrumpido encuentro con Christiane y unirlo al texto del evangelio que dice haber encontrado el arqueólogo. Explicaciones, despedida, punto.

diciembre 25

Nochebuena. Hace un momento dieron las 12. Sylvia en Junín con la madre, yo solo en casa. Acabamos de hablar por teléfono. Pitos, cohetes, etcétera. Más o menos como en “El candelabro de plata”, y mi estado de ánimo, hasta hace un rato, también más o menos como en “El candelabro de plata”.

diciembre 31

Medianoche. Con Sylvia, en casa. Los gatos debajo de la cama, aterrorizados por las explosiones. Me pongo a escribir esto para creer en mi propia ceremonia. Como los salvajes mantenían y custodiaban el fuego, un poco por ritual, un poco por necesidad de sobrevivencia.

Según la gente, uno de los peores años de la Argentina. También lo decimos todos los años.

Otras páginas

Apunte sobre Nietzsche

Entre los primeros escritos de Nietzsche hay algunos asombrosos por su serenidad y erudición. Los filológicos, por ejemplo. No me refiero a *Homero y la filología clásica*, que me parece una especie de apunte para salir del paso, sino a los póstumos, más o menos de esa misma época, en los que también habla de Homero y de la cultura de los griegos. *La filosofía en la época trágica* es de una concisión y una claridad sorprendentes, su modelo son quizá los *Fragmentos*, de Schopenhauer. El comienzo, de hecho, es notable: cuando explica por qué la idea de Tales sobre el agua como origen no es una mera ingenuidad. Es en estos apuntes donde Nietzsche escribía de verdad como filósofo. Más tarde, a partir de *Humano, demasiado humano*, se transformó en pensador, en moralista, o, para decirlo de un modo que a él le hubiera gustado, en antimoralista, lo que en el fondo es exactamente lo mismo. Con los años, Nietzsche comenzó a hacer con sus ideas lo mismo que reprobaba en David Strauss: no condescendió a aportar pruebas de ninguna especie. Afirmaba o negaba. Su pensamiento se volvió literario, poético. De ahí que el *Zarathustra* sea sin lugar a dudas su gran libro: su libro definitivo. Cuando se escribe un texto poético como ése no es posible ni necesario probar nada. Contra la opinión despectiva de Borges, yo siempre he sentido que el *Zarathustra* es una de las grandes obras *poéticas* de la humanidad, un poema, en cierto modo, comparable a obras como la *Divina Comedia*. No sé cómo se leerá Nietzsche en alemán, pero el *Zarathustra*, traducido, es monumental como poesía. Creo que André Gide decía que en alemán era ilegible, al menos para él, pero no me resulta un juicio demasiado decisivo: habría que ver cómo era el alemán de Gide; habría que ver también cómo era Gide cuando lo leyó. Problemas a repensar: su ruptura con Wagner. Los argumentos de Nietzsche para explicar esa ruptura no me convencen. Primero dice que fue porque comprendió el

incurable romanticismo de Wagner, después por su cristianismo, después (o al mismo tiempo) por su concesión al Imperio, finalmente por su antisemitismo. Son *demasiadas* razones, y algunas de ellas no podían dejar de presentársele cuando lo veneraba. Un dato curioso, más que curioso esencial, es que muy raramente habla de la música de Wagner en tanto música. Lo que impugna es, en rigor, la ideología de los libretos de sus óperas o su actitud humana. Esto es muy frecuente en él. Cuando critica a Kant lo hace por sus opiniones sobre la Revolución Francesa, por lo que llama su moral cristiana, por sus relaciones con la Universidad. Critica sus conductas, no su filosofía. Muchas veces he tenido la sospecha (también la he tenido con Marx) de que ni siquiera lo leyó bien. Su Kant es la idea que se hizo de Kant leyendo a Schopenhauer: cuando Nietzsche comenzó a alejarse de Schopenhauer, rompió con Kant. En algún lugar dice que nunca criticó a las personas, sino a las ideas que representaban: esto podría aclarar algunos momentos de su obra, si no fuera que, muchas veces, da exactamente la impresión contraria.

Jaspers dice en su libro que decidió omitir las contradicciones de Nietzsche y la crítica a ciertas ideas erróneas porque el volumen de ese apartado hubiera sido abrumador. Es absolutamente cierto. Con las contradicciones y superficialidades estentóreas de Nietzsche se podría escribir un tratado de mil páginas. La pregunta es ésta: ¿lo que queda, después de desechar toda esa escoria, vale o no la pena? Mi respuesta es sí.

Sólo que entonces habría que escribir un libro de dos mil, para explicar esto en las otras mil.

Estoy cansado y tengo sueño, pero ya que me senté... Una de las cosas que no tiene sentido hacer es juzgar a Nietzsche como filósofo; no del modo en que lo juzga Heidegger. Hacer del pensamiento de Nietzsche una Ontología es por lo menos un abuso. Nietzsche y el problema del ser son incompatibles. Él no pensaba nada del ser, no le importaba. Excepto algunos párrafos de *La filosofía en la época trágica* y esas dos o tres páginas de sus últimos años sobre “cómo el mundo real devino

mundo aparente", nunca se tomó el trabajo de pensar el ser. Cosa, dicho sea de paso, que no me parece nada mal. Es más: cuando Nietzsche define el ser, etimológicamente, lo hace remitiéndolo al griego "respirar", y termina haciendo una broma en latín. Cuando habla de la *cosa en sí* de Kant —o de lo que él supone que significa la *cosa en sí*, suposición que comparte con demasiada gente, por desdicha — se limita a reírse del asunto. En cuanto a Dios, vale decir el Ser absoluto, la absoluta cosa en sí, dice metafóricamente que ha muerto, y a otra cosa. Para juzgar a Nietzsche hay que situarse, exactamente, en las antípodas de Heidegger, hay que situarse en el lugar que Nietzsche mismo eligió para pensar: en el terreno de la psicología, de la moral, de la religión e, incluso, de la gran política. También del arte. Él mismo ha dicho que los pensadores que más influyeron en su modo de ver el mundo fueron Schopenhauer y Montaigne. De Schopenhauer, lo que leía con pasión eran los *Parerga*, libro que tenía permanentemente a mano cuando lo movilizaron, lo dice en una carta a Rhode, si no me equivoco; y sus citas de *El mundo como voluntad y representación*, en su mayoría, son las que se refieren a los presocráticos, no a la filosofía o la metafísica de Schopenhauer propiamente dichas. En lo que respecta a Montaigne, no hace falta descubrir que no era un filósofo, aunque haya sido uno de los más agudos pensadores franceses. (Recordar de paso la opinión que tenía Pascal sobre Montaigne, al que consideraba demasiado literato, demasiado frívolo y demasiado francés.) Las lecturas de Nietzsche eran en realidad las de un escritor: admiraba a Dostoievski, a Stendhal. Los grandes temas de Nietzsche, el superhombre, el espíritu de la tierra, la crítica al cristianismo, podrán ser filosóficos pero difícilmente puedan calificarse de ontológicos. E incluso esos temas nunca están propuestos *desde* la filosofía, son alusiones deslumbrantes, metáforas, embriones de pensamientos. ¿Qué es, por ejemplo, el superhombre? Nunca lo dijo y, que yo sepa, nadie lo entendió. Cuando Nietzsche es diáfano —la moral de los señores y la moral de los esclavos, el cristianismo, el socialismo, lo apolíneo y lo dionisíaco— piensa como ideólogo político, como moralista de una nueva moral o como artista. En el resto de su obra, como psicólogo. Su teoría del

eterno retorno no puede tomarse filosóficamente ni científicamente en serio, aunque, en otros sentidos, es seguramente fundamental.

Para el eterno retorno y para otras cuantas de sus ideas: tener en cuenta la época. Blanqui y el mismo Engels llegaron a una conclusión análoga. El eterno retorno estaba en su tiempo, era, como la muerte de Dios y el descrédito del cristianismo, algo así como el "diálogo de la época". Todo esto lo estoy escribiendo más bien dormido y sin elegir las palabras, de modo que pretendo ser ni muy equitativo ni muy fundamentado, pero necesito dejarlo escrito, porque si no va a seguir rondándome. Mañana sigo, si sigo.

Leí hasta el amanecer los *Fragmentos para una historia de la filosofía*, de Schopenhauer. Sin ninguna duda influyeron en el Nietzsche de *La filosofía en la época trágica.* Hay, incluso, un pensamiento idéntico acerca de la filosofía de los profesores opuesta a la de los filósofos.

Nietzsche critica la sumisión de Kant a la universidad, oponiéndola a la actitud de Schopenhauer. No repara o no quiere reparar en un hecho: Schopenhauer intentó ser un profesor a la manera de Hegel, pero fracasó. Sus clases estaban vacías porque los estudiantes iban, masivamente, a las de Hegel. El aislamiento posterior de Schopenhauer y su resentimiento contra Hegel no son ajenos a este hecho. Lo mismo, o por lo menos algo parecido, sucedió con el propio Nietzsche: más que romper con la universidad fue rechazado, después de *El origen de la tragedia*, por sus colegas filólogos. Tener en cuenta, de todas maneras, lo que dice en sus escritos de la última época, cuando pide que en *Schopenhauer como educador (Inactuales, III)* se reemplace el nombre de Schopenhauer por el suyo. Quiero decir: tal vez Nietzsche era efectivamente consciente de los motivos que hicieron de Schopenhauer un solitario, pero se reservaba para sí mismo la soledad como destino, como elección. Claro que el problema de los escritos últimos es que interpretan el pasado. ¿Cómo saber si son veraces? No hay más que dos caminos: se les cree o no.

Busco los *Parerga*. Los tenía en alguna parte. Quiero ver si están traducidas del griego las citas de los Fragmentos. En temporadas como ésta, añoro el griego, el latín, el alemán, los idiomas en general. No me basta el consuelo de Goethe, si es que era Goethe, sobre que el conocimiento de los idiomas nos llena la cabeza de palabras, no de ideas. O tal vez esto no lo dijo Goethe, sino precisamente Nietzsche.

Nota Bene. La megalomanía de Schopenhauer cuando habla de su propia filosofía. Supongo que este tono también influyó en Nietzsche. De paso, si la megalomanía de los últimos escritos de Nietzsche bastara para dudar de su cordura, como he pensado muchas veces, también podría pensarse que Schopenhauer no andaba muy bien de la cabeza. Sin embargo, creo ver una diferencia: la de Nietzsche inquieta, asusta. La autoestima de Schopenhauer parece una rabieta infantil al lado de cosas como "a veces pienso que tengo el porvenir de la humanidad en mis manos", etcétera.

1 Ver "Otras páginas" de este mismo año. [N. de E.]
2 Personaje alcohólico de *The Lost Week-end*, de Charles Jackson. Hay traducción castellana como *Días sin huella*. [N. de E.]
3 Sylvia Iparraguirre, *El Parque*, 1996. [N. de E.]
4 "La que espera", *El espejo que tiembla*, 2005. [N. de E.]
5 Cfr. *Diarios 1954-1991*, pp. 190-300. [N. de E.]
6 Cfr. *Diarios 1954-1991*, p. 134. [N. de E.]
7 Cfr. *Diarios 1954-1991*, p. 298. [N. de E.]
8 Cfr. *Crónica de un iniciado*, "Santiago o las Máquinas que Cantan". [N. de E.]
9 "Volvedor", *Las otras puertas*, 1961. [N. de E.]
10 Fundación Carlos Somigliana. [N. de E.]

1996

enero 17

San Pedro. Llegamos ayer, en realidad anteayer. Tengo que buscar, en algún rincón de mi voluntad, las ganas de escribir. Todo lo que he hecho, en este último tiempo, es una nota —nada memorable, pese a la opinión de Sylvia— sobre el "lugar" (el ningún lugar) que ocupan la literatura y el escritor en los noventa.

Necesito ponerme a terminar la historia de Van Hutten, salga como salga.

febrero 22

Leo y ordeno la biblioteca. Estoy fichando los libros que tengo acá y en San Pedro. La idea, según propalo, es hacer un poco de orden para ponerme de lleno a trabajar. No estoy nada seguro de que sea cierto, pero, a la larga, me deja sin coartadas, lo que significa no tener más remedio que escribir o inventar alguna teoría sobre la inacción.

Muy cansado. Tuve una infección en la boca que me duró como diez días y me obligó a tomar antibióticos. Un dolor increíble que intenté paliar leyendo *La cultura del dolor*, un libro espeluznante. No era, quizá, el mejor método para pasarla bien.

febrero

Leo al pasar, en la primera anotación de diciembre, que había corregido, en *El que tiene sed*, el error sobre la muerte de Maupertuis,

que luego le atribuyo a Lagrange, y que en realidad es de De Lagny. Ahora recuerdo que una de las chicas de la editorial Andrés Bello, la que viajó a Chile, me habló para decirme que la corrección había llegado tarde. Esto me molesta bastante. También me molesta no recordar dónde leí eso, sobre todo porque hace un mes lo sabía.

Y ahora también lo sé, menos mal. Fue en la revista *Más Allá*, hace cuarenta y tres años. Lo publicamos, además, en *El Escarabajo de Oro*; y por si fuera poco lo tengo anotado entre las fichas.

Me voy a la cama con la *Divina Comedia*. Hace un mes que no leo otra cosa.

marzo 3

Clasificar mis libros; voy por el mil quinientos; calculo que acá en el escritorio habrá dos mil, más los que anoté en San Pedro (unos setecientos, hasta ahora) hace algunas semanas. Contando los del escritorio de Sylvia y el resto, serán, en total, algo más de cinco mil, bastante menos de los que creía. Sigo sin encontrar algunos. (Una vida de Shelley, que perdí hace mucho y que evidentemente no está acá, uno en francés sobre la influencia de Poe en la poesía francesa, que sin embargo está fichado entre los que empecé a clasificar en Pueyrredón, hace años.) No sé qué significa hacer esto, que me cansa y me aburre, pero siento que necesito hacerlo, un modo de palparme, un simulacro de orden.

Hoy agregué dos o tres líneas a VH. Es curioso, pero me pareció, al menos en ese momento, que se desanudaba algo.

marzo 5

Esto de ordenar los libros depara sorpresas. Hojeo un ensayo de

Portantiero, escrito en 1961, pedante y adivinatorio, del que ya no se sostiene una palabra. Casi no hay libro político de aquellos años que, en 1996, no parezca una fantasía inocente de Julio Verne. Otra sorpresa, ésta en San Pedro, fue la lectura de *La Bolsa*, de Martel. Es una novela dudosa, un folletín, pero se lee mucho mejor que casi toda la literatura argentina actual. Lo increíble, aparte de su antisemitismo, es que Martel tuviera alrededor de veinte años cuando la escribió: esto solo casi la justifica.

Otra puede ser Lugones, si se leen algunos versos con inocencia. No el *Lunario*, claro, que es un disparate intragable.

Casi tengo ganas de volver a mirar *Historia de una pasión argentina*, de Mallea. Si uno consigue digerir la introducción, aquella ridiculez donde compara a la Argentina con una mujer, y los énfasis patéticos de argentino desesperado por el destino de la patria, hay algo (o me parece ahora, en el recuerdo, que hay algo) esencialmente verdadero en la descripción del intelectual argentino nacido fuera de Buenos Aires.

El pesimismo de Cioran me harta. No le creo una palabra.

Unamuno sobre los escritores españoles de su tiempo: los pocos que leen, apenas leen otra cosa que literatura. La cita no es exacta, el sentido sí. La ventaja de aquellos escritores argentinos oficiales que tanto desdeñábamos cuando empecé a escribir es que no sólo leían literatura. Espero que ésa sea también mi ventaja, sin llegar a ser oficial...

¿Por qué miento? Todo escritor en serio, piense como piense, acaba siendo un escritor oficial. El propio Arlt ya es la literatura oficial. Basta morirse para dejar de ser maldito. Mejor me voy a leer a Mallea.

marzo 12

Dos días en San Pedro. Lo que me obligó a cortar con el capítulo del cuaderno de Christiane,[1] que, por lo menos en intención, parecía ir bien encaminado. Lo mejor de este viaje fue volver y encontrarme con que Sylvia tiene, por fin, las pruebas de *El Parque.*

marzo 13

Le leo a Sylvia el capítulo del cuaderno de Christiane. En realidad lo lee ella. Por alguna razón, una pequeña prueba que quería pasar.

marzo 15

Encuentro este apunte del 94:

LA LIBRETA NEGRA

Christiane ha aprendido a leer con una versión manuscrita por Van Hutten, en una pequeña libreta de tapas negras de hule, del Evangelio original de Juan. El texto es la epístola que VH dice haber encontrado en el Qumran y está dirigida a los hermanos dispersos del desierto, es decir, a los esenios posteriores a la guerra judía con Roma. Es, de hecho, el texto más antiguo que hasta hoy existe, y carece de los agregados, enmiendas y supresiones de los sinópticos. Difiere, sustancialmente, del cuarto evangelio que conocemos como de Juan. Es mucho más breve. Incluye el Sermón del Monte, en una versión que se parece más a la de Marcos que a la de Mateo. Difiere de Mateo en la Bienaventuranza que habla de los pobres. No dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, dice sencillamente los pobres, como Lucas. No atribuye la traición a Judas, sino a un pacto entre Judas y Jesús. Conserva (como el griego) los significativos datos horarios y cronológicos que delatan a un testigo presencial. Que su autor es el mismo Juan sobre el que se redactó en Éfeso el evangelio griego que lleva su nombre, parecería estar probado por ese hecho y por otras dos

circunstancias: 1) Comienza del mismo modo, vale decir, con la introducción: En el principio era la Palabra, y la palabra era con Dios, etcétera; 2) Están allí todas las alusiones a la Luz y a las Tinieblas que han hecho pensar siempre en su origen esenio; 3) No nombra nunca a los hijos de Zebedeo, vale decir a Santiago y al propio Juan, lo que parece razonable en un evangelio escrito por uno de ellos.

Christiane se lo trae al narrador una noche, al hotel de La Cumbrecita, como prueba de confianza o algo así. Es la noche que el narrador se acuesta con ella.

marzo 16

Otras historias: Shapira. Se lo acusó de falsificar textos. Debió suicidarse. John Allegro, sin embargo, dice que nunca se probó esta falsificación. El hallazgo de los manuscritos del siglo ocho. La historia del perro.

La despedida: Encuentro final de Hannah con el narrador. Le dice que conoce su historia con Christiane, es decir que sabe que él se acuesta con la chica. Lo amenaza: le pregunta qué cree que opinaría Van Hutten si lo supiera. Literalmente, lo expulsa de La Cumbrecita. El narrador se defiende. A fin de cuentas, dice, la diferencia de edad entre él y Christiane es casi la misma que entre Hannah y Van Hutten cuando se conocieron en Jerusalem.

—Es cierto —admite Hannah, y agrega con un desprecio tenue y definitivo—, pero usted no es Van Hutten.

Datos e interpolaciones:

Hoy estas cosas son conocidas hasta por los profesores y literatos; en 1947 resultaban, cuanto menos, alarmantes. Negaban la absoluta

originalidad del cristianismo, y ya se sabe que toda religión aspira a ser no sólo la única verdadera sino a haber sido creada *ex nihilo*.

Para el narrador: No estoy escribiendo una novela ni será la única vez que deba referirme a estas cuestiones. Declaro, ante todo, que ignoro el idioma alemán. No tengo más remedio que evocar mi lectura de la dudosa y tardía edición española que publicó la editorial Insurrexit, de Montevideo, a principios de los años sesenta.

Esa tarde, mientras analizaba una posición de ajedrez en mi cuarto, recordé con perfecta certeza que Stanilaus Van Hutten había muerto a mediados de 1975. Lo que, al parecer, no le había impedido firmar un libro publicado en 1976. Dos días más tarde dejé una flor sobre su tumba, en el alto cementerio de la cumbre. Unos minutos después, lo tenía a mi lado, agradeciéndome el gesto.

Ya he dicho al comienzo que Van Hutten me contó una historia, lo que sencillamente significa que, en efecto, estaba vivo y que lo encontré en La Cumbrecita. La historia era increíble y acaso demencial, pero era su historia, no la mía, y yo sólo participé de ella como un oyente incrédulo y distante.

Para el comienzo de la segunda parte:

El sudamericano alto y curtido por el sol que llegó a Jerusalem, en abril de 1946, acababa de cumplir cuarenta y cinco años, venía de Nag Hammadi, en Egipto, y tenía un propósito muy claro: encontrar lo que buscaba. Leyendo a los ... años, en Montevideo, un libro sobre las excavaciones de Schliemann descubrió no sólo su destino, sino lo que él llamaría el secreto de la arqueología: sólo se encuentra lo que se busca. Es probable que la inmensa mayoría de los arqueólogos no

haga en su vida un solo hallazgo que merezca la más mínima vitrina en un museo, la más modesta placa de metal con su nombre, pero es seguro que no hay un solo cacharro, una sola máscara, una sola punta de flecha que no respondan a una obsesión previa, a una voluntad anterior a la primera palada de tierra. Encontrar algo es haberlo puesto antes allí con la voluntad *[con la imaginación]*, etcétera.

Lo que VH busca, cerca de Jericó, es lo que efectivamente se halló más tarde, en 1947, es decir, los textos esenios. Buscaba una prueba de la existencia de la Secta, la cual, de acuerdo con los testimonios de Filón, de Josefo, etcétera, había vivido al norte de Masada, cerca de los acantilados. Su primer hallazgo fue efectivamente un rollo de la Regla de la Comunidad, probablemente idéntico al que se encontraría más tarde, o uno de La lucha de los hijos de la Luz... Esto confirma su hipótesis de que el cristianismo tuvo contactos con la secta.

Sobre Christiane:

Lo único que se me ocurrió contestar sonó un poco lamentable:

—Podría ser su padre.

—Pero no lo es. Y en cuanto a eso, yo podría ser el padre de mi mujer. Que Hannah tenga ahora sesenta años no significa que siempre los haya tenido. Ni yo ochenta. Si algún día comete la estupidez de enamorarse de una mujer mucho más joven que usted, prepárese a vivir mucho, cosa que ella también envejezca a su lado. Hay un poema de Tu Fu, sobre eso.

marzo 21

Hoy cumplimos veinte años de casados. Casi veintiséis, desde que nos conocemos. No estoy nada seguro de que sea por mérito mío.

Encuentro el libro sobre Poe de que hablaba el 3.

marzo 24

Veinte años del golpe militar. Hace unos días, vienen de *Clarín* a casa y me hacen una entrevista que dura horas. Se suponía que eso, o algo de eso, debía publicarse hoy. No se publicó. Creo adivinar las razones: no me hice el escritor mártir; repetí lo mismo que he venido diciendo todos estos años, que esa dictadura *no fue* un atentado a la cultura, sino un genocidio. Su objetivo era político, no cultural. Pero, claro, el periodismo y algunos literatos quieren imaginar que la prensa, las letras y las artes fueron las víctimas principales. Necesitan sentirse mártires, la mitad de ellos para pagarle a sus conciencias. Publican una ridícula "lista negra" en la que figuran, a lo sumo, unos cincuenta intelectuales, y creen que eso es un testimonio escalofriante de la represión. Por supuesto, yo estoy entre los valerosos perseguidos. Les agradezco la cortesía, pero por favor. Ni siquiera se dan cuenta de que si ésos éramos *todos*, los varios miles que se fueron del país después *y antes* del golpe militar, podrían, en buena lógica, haberse quedado.

Hoy habrá manifestaciones. Me parece muy bien. Lástima que, mientras tanto, la CGT levanta un paro de protesta que iba a hacer mañana contra la política económica del gobierno y que, dentro de una semana, no se volverá a hablar más del asunto.

No sé qué grupo me pidió, en nombre de una editorial, un testimonio escrito sobre la dictadura. La intención: sacar este domingo algo así como un folleto colectivo. No habían hablado ni con Sabato ni con Bioy ni con Viñas ni con Soriano ni con Piglia ni con Dalmiro ni con Blaisten ni con Dal Masetto ni, que yo sepa, con nadie. Sólo pudieron nombrarme a Liliana y a Galeano. Era tan tristemente evidente que lo único que les importaba era publicar ellos mismos alguna cosa. Conozco a algunos de los más entusiastas: en esa época andaban paseando por Latinoamérica o Europa. O tenían cinco años de edad. O estaban debajo de la cama. En suma, que me negué.

Me parece que lo que les dije no les gustó. Les dije que lo que tenía que escribir de la dictadura lo escribí durante la dictadura. Había dormido mal y estaba de mal humor. También les dije que un testimonio de esa naturaleza no se prepara *en los últimos tres días*. Debieron empezar hace mucho, ¿o nadie pensó, hace un año, hace seis meses, que en marzo se cumplían los famosos veinte años? Debieron comprometer a todos los escritores conocidos —empezando por Sabato y Bioy, propuestos para el Nobel— y hacer un libro verdaderamente testimonial como el que coordinó Sylvia para España o, incluso, publicar de una vez en la Argentina *ese mismo libro*. Cosa que por supuesto le fue ofrecida hace mucho a *la misma* editorial que piensa sacar ahora este otro mamarracho, pero, claro, aquella vez, económicamente, etcétera.

Cada día siento con más intensidad la ridiculez, la vaciedad y la mala fe de cierta gente. De hecho hay tipos bien intencionados y sinceros, como esa pareja que me entrevistó la semana pasada en la radio, pero el resto no sabe qué hacer de su vida o tiene la cabeza en el culo y, cuando intenta pensar, no se da cuenta de que está sentado sobre ella.

Paulo majora canaris,[2] digámoslo así. Hace un rato terminé de fichar los libros de mi escritorio. Mil novecientos veintitantos. Tal vez pasen los dos mil, cuando anote los que, supongo, me salteé. Por lo menos ahora sé los que tengo acá, a la mano, y el lugar donde están. Falta la biblioteca de Sylvia y los que andan dispersos por la casa y en San Pedro. Lo mío, lo que yo necesitaba, ya casi está. Me tenía un poco desesperado esto de recordar un libro y no saber dónde buscarlo.

Escribí unas páginas del cuento “La calle Victoria”. Creo lo terminaré cuando quiera. Más o menos la misma sensación con Van Hutten.

Sabato propuesto para el Premio Nobel. Bioy Casares, también. Me hablan de un programa de televisión para que opine sobre el tema. Digo que no voy. Me piden que lo haga por teléfono. Les digo exactamente lo que pienso: desde hace treinta años estoy esperando que le den el Nobel a Ray Bradbury.

marzo 25

La marcha estuvo realmente muy bien. Calculo unas setenta mil personas. Fuimos con Sylvia hasta el teatro Liceo, que era el lugar de reunión, y allá nos encontramos con Liliana. Intelectuales en esa esquina: veinte. Lo mejor, como siempre en estos casos, la gente de teatro. Después de tantos años me encontré con Onofre Lovero. Como cuando era joven, iba aferrado al palo de un cartelón. Me conmovió. También me encontré con Pepe Ovalle: creo que acaba de vender su departamento para mantener la escuela de actores. Ya una vez hizo algo así para montar *El otro Judas*. Estaba el Chango Farías Gómez, con la nena: la nena llevaba una pancarta a su medida, hecha con dos palitos.

Vi el folleto "testimonial"... Exactamente lo que imaginaba, incluso peor.

marzo 26

Lo que me hace falta ahora es cierto tipo de espacio. Si es necesario, elimino de mi escritorio algunos libros que no me importen y hago lugar para las grabaciones de música, que también reduciré a un número razonable. Desde que nos mudamos, ya hace un año y tres meses, casi no he oído música porque no sé dónde están los casetes.

Este escritorio (me refiero al cuarto) es más grande que el que tenía en Pueyrredón pero caben, misteriosamente, menos cosas. El adverbio es pura retórica, no tiene nada de misterioso. El balcón que da a la calle le quita una pared, eso es todo.

No sé si lo anoté antes: he ganado parcialmente la guerra contra los ruidos, gracias a los vidrios dobles. De cualquier manera, Pueyrredón

era más silencioso. También más feo, eso sí. También más chico y tenebroso y lleno de recuerdos horrendos.

Quienes realmente disfrutan las virtudes de esta casa, aparte de Sylvia, son los gatos. Eso, supongo, significa algo mucho más importante y positivo de lo que alcanzo a percibir. Increíble lo que me cuesta habituarme a los lugares, salvo que sean hoteles de algún pueblo que no conozco y esté solo.

El año pasado iba bastante bien copiando los diarios en la computadora. Tengo que seguir *también* con eso.

Me traen (ayer) un ejemplar de *El que tiene sed*, la edición chilena para Club del Libro, y las pruebas finales de tapa de la edición para librerías. Graciela Equiza, de la editorial Andrés Bello, me dice unas cuantas cosas agradables acerca del libro. Tengo ganas de creerle y, naturalmente, le creo. Lo que me dice es más o menos así: la editorial envía a los suscriptores chilenos una lista de autores que quieran leer y, sobre eso, hacen la edición para Club. La novela figura entre las elegidas. Lo bueno de esto es que no son lectores tradicionales de Club, sino, en cierta medida, empleados de pocos recursos. Les sale menos de tres dólares por mes. El cincuenta por ciento de esos lectores son varones, cosa bastante extraña en estos casos. Lo que no me explica, ni se explica ella misma, es que hayan elegido a un autor argentino, al que razonablemente, en ese nivel, no deberían conocer. Le hago un chiste. Le digo que por el tema: los chilenos son todos borrachos.

La tapa de la edición para librerías lleva una reproducción de Bacon, un hombre enroscado en una silla, como el del cuadro pintado por Fiksler.

marzo 27

Madrugada. Hoy cumplo 61 años.

marzo 30

Después de muchos años, decidí hacer una fiesta de cumpleaños. Fue el 29. Se lo dije a Sylvia el miércoles, y ella organizó todo, con la alegría que le causan estas cosas cuando no son para ella. Es curioso. No le gusta festejar su cumpleaños sino el mío. Muchos regalos. Todos parecían contentos de estar en casa. Andrés Waismann y Edgardo González Amer me regalaron un óleo de Waismann que siempre me gustó mucho. Debo preguntarle el título. Estaban los dos juanes, Forn y Martini, Vlady Kociancich, Liliana y Ernesto no pudieron venir porque se iban ese mismo día a no sé dónde. En total, unas treinta personas, que siento la tentación de enumerar por lealtad con mis afectos, pero no quiero transformar esto en una noticia de sociales.

Juan Forn estaba un poco loco. La llegada de Flora, su ex mujer, con un poderoso capitán de las finanzas —un árabe, de traje, con demasiado bigote— lo trastornó. Conseguí que se reconciliara con Vicente, o al menos eso simularon.

marzo 31

Juan vino a casa a preguntar si, la noche de la fiesta, había cometido algún desatino irreparable. Le dijimos que no. Cuando uno piensa que tiene treinta y seis años no lo puede creer. El caso es que Juan, Sylvia y yo, nos comimos parte de lo que sobró del cumpleaños y hablamos disparates hasta las dos o las tres de la mañana.

abril 1

Anoche, en la cama, mientras Sylvia dormía, me puse a leer *Et nunc manet in te.* Es algo muy impresionante, tal vez sea lo más sincero y patético de Gide, o lo que produce la mayor sensación de sinceridad y desgarramiento. Lo mismo que aquel fragmento de su *Diario* sobre las

manos de Emmanuelle (Magdalena), al que está vinculado. Lo que cuenta sobre el viaje en tren con Magdalena y los chiquilines que lo perturbaron tanto (y que tal vez, aunque esto no dice, se burlaban de él y lo sentían un lamentable viejo pederasta) es de una tristeza y una bajeza aterradoras. Lo que Magdalena le dijo después me puso los pelos de punta. Ser capaz de escribir algo como esto me reivindica a André Gide para el resto de mi vida.

Pienso en lo que sentí a los dieciséis o diecisiete años cuando leí *Los cuadernos* o, más tarde, con *La puerta estrecha*, en la idea que me había hecho de Emmanuelle, pienso en cómo terminó, y se arma en mi cabeza una suerte de nuevo cuaderno de André Walter atroz. Lo extraño es que, pese a su final, el amor de Gide por Emmanuelle permanece intacto y que los *Cuadernos* sigue siendo en mi corazón un libro intocable.

Hojeo el libro de Bryce Echenique, el peruano, según mi antiguo método que consiste en dejar correr los ojos sobre las páginas hasta que se produzca el contacto con algo que me obligue a detenerme y leer realmente. Esto se produce hacia el final, en el cuento "Tiempo y contratiempo". Me gustó de veras. Bajo su aparente desorden y en gran medida gracias a ese desorden, se articula una historia que (accidente de la chica, muletas) me dejó helado. Aparte de la misteriosa vinculación con Graciela, lo que me gusta de ese relato es el casi transparente detalle de la calculadora, momento en que uno siente que nada de lo que se nos cuenta sucedió: no hubo llamado por teléfono, no hubo viaje a Milán. Tiene un vago parentesco con "El puente sobre el río del búho", con "El milagro secreto", con "El hijo". Así pude resolver yo —lo habría hecho, de no tardar tanto en escribir mis cuentos— la historia del tipo que, en el hotel de Córdoba, no ve los números de teléfono que busca en la guía.

Eso me animó a seguir hojeando el libro hacia atrás. Se produjo otro contacto, pero menor, en el cuento del escritor que dialoga con el psiquiatra sobre las pesadillas. Sólo que acá el artificio es un poco arbitrario y yo diría demasiado fácil. Lo que pasa con Echenique es

que su prosa —casi estoy por escribir su puntuación— no es siempre la adecuada para contar este tipo de historias; le falta *ambigüedad*, eso que hacía que los cuentos de Cortázar o de Henry James se deslizaran hacia lo fantástico en pleno día.

Me doy cuenta: no tengo ningún derecho a juzgar un libro de casi quinientas páginas por dos textos leídos al azar.

abril 2

Leo en Gide, al pasar, que un personaje le reprocha a otro, a una mujer, el que actúe como si el bien fuera a triunfar siempre sobre el mal... Hay muchas mujeres así. Una vive en mi casa.

abril 3

Diez de la noche. Dormí veintiuna horas casi seguidas, desde la una de la tarde de ayer hasta las diez de la mañana de hoy. Con algún intervalo en el que leí. Estoy más cansado que antes. Sospecho lo que va a pasar ahora. Me acuesto, leo un poco, me duermo y a las cuatro o cinco de la mañana me despierto otra vez. O no me acuesto y comienzo a despertarme para siempre a la madrugada.

Un nuevo cielorraso ha caído sobre mí. Esta tarde, mientras miraba televisión, se desmoronó sobre mi cabeza medio techo.

Era el más bonito de los cielorrasos de la casa. Me aseguran que va a quedar igual.

Leo el libro sobre Borges de María Esther Vázquez. Me gusta mucho. Lo menos importante es su guerra personal con María Kodama, que, según todo el mundo supone, es lo más importante. La llamo por teléfono y se lo digo.

Moho francés, le llama Sylvia a ciertas confesiones de André Gide. Sin

que afecte para nada la impresión que me causó *Et nunc manet in te*, creo que un poco de razón tiene. (¿Sin que afecte para nada...?) Y también moho "católico", aunque Gide venga de una especie de protestantismo. De pronto tengo la idea de que Bettina tenía una idea parecida sobre este tipo de confesiones patéticas, y también Lelia, lo que acaso prueba que las mujeres son implacablemente razonables a la hora de juzgar las confesiones demasiado estupendas.

Convertir la confesión en sacramento fue uno de los inventos más astutos de la Iglesia. Comparado con esto, las famosas autocríticas del Partido Comunista y el psicoanálisis son juegos infantiles. Por supuesto, se necesita el dolor de los pecados, el propósito de enmienda, pero esto es mera retórica. El dolor de los pecados va implícito en la necesidad de confesarlos, si la confesión es medianamente sincera. En cuanto a la palabra "propósito", no me conforma. La enmienda, no el *propósito*, debería ser la *conditio sine qua non* del perdón. Todavía mejor, el perdón debería quedar en suspenso o ser condicional. A la primera recaída, de cabeza al Infierno. Pongamos que a la primera no, pero nada de setenta veces siete, nada de repeticiones monótonas. ¿Que entonces no se salvaría nadie? Justamente.

diez de la mañana

Despierto desde las cuatro y media.

abril (?)

EL FARO

Me escriben de una editorial española: se ha encontrado un cuento de Poe, inconcluso, y me proponen —no sólo a mí, naturalmente— que lo complete. Por alguna misteriosa razón la idea no me fascina y hasta

temo que ese cuento sea un fraude.[3] Les contesto, sin embargo, condicionando mi participación a la lectura del cuento y a que, después de esa lectura, sienta que es posible terminarlo decorosamente. Unos días después (milagros del fax) me llega un sobre inmenso con el texto traducido, una fotocopia del original y el nombre de los escritores latinoamericanos y españoles que participarán.

Los latinoamericanos seríamos García Márquez, Vázquez Rial y yo; los españoles resultan, a primera vista, menos estupendos. Son unos cuantos, son casi demasiados, pero yo sólo conozco de nombre a dos, lo que seguramente tiene más que ver con mi ignorancia que con ellos, aunque un español contemporáneo cuentista...

La letra de la fotocopia del original es, casi sin ninguna duda, de Poe. Tengo fotografías del manuscrito de "El cuervo" y de "Annabel Lee" y coinciden totalmente. El texto no se presenta tan bien. Son cuatro páginas que, de hecho, no permiten imaginar nada, o, mucho peor, que permiten imaginar demasiadas cosas. Ocurre en un faro, no se sabe bien si en el norte o en el sur, aunque la única referencia geográfica es una alusión a la altura de las olas en el estrecho de Magallanes. Una balandra (que ahora debe estar llegando a las tierras del norte, del norte del faro, unos 300 kilómetros mar arriba, lo que de hecho me hace pensar que nunca llegará a destino y, por lo tanto, que nunca volverá) ha dejado al protagonista en el faro, solo, con un gran perro de nombre Neptuno. Es el farero, una especie de intelectual solitario que ha elegido voluntariamente ese trabajo. Antes hubo otro cuidador, antes otros tres: de ninguno de ellos se dice por qué abandonaron el lugar. El faro es considerable: más de cincuenta metros desde la base al fanal. Es, o aparenta, ser sólido. Aparenta, porque la última palabra del manuscrito es yeso. El protagonista tiene la idea, un poco disparatada, de que la base es o está recubierta de yeso. Que esta palabra —*yeso*—, tan poco razonable tratándose de un faro, sea la última del manuscrito, me da que pensar. Tengo la incómoda impresión, pese a la letra, de que se trata de un fraude: algo ideado para suscitar el interés, no del lector, sino de un escritor puesto a darle algún final a ese fragmento.

Mi cuento podría ser ése, sea el texto de Poe o no: la demostración, en todo poeniana, de que el manuscrito *no puede ser* de Poe. El protagonista, una especie de avatar de Dupin: un viejo profesor mío (¿el padre Lapidus?, ¿el padre Rodius?) a quien le muestro el texto y me prueba, contra toda lógica —*justamente porque la letra es idéntica* a la de Poe, eso para empezar—, que Poe no pudo haber escrito esas páginas. Me habla del nombre del perro, me señala la ausencia de correcciones o vacilaciones, en un manuscrito que es un borrador, un primer boceto. Me hace fijar, por fin, en dos o tres letras, que se repiten siempre idénticas. Nadie escribe *siempre* con el mismo trazo una misma letra. ¿Quién sí lo haría?: un fraudulento.

junio 3

Mis cuadernos. Como leer los borradores de una novela ajena que se va armando de cualquier modo. Los apuntes de un mismo mes, hasta de un mismo día, saltan de un cuaderno a otro, incluso se repiten con variantes: supongo que se debe a que iba escribiendo también en hojas sueltas —escribía al dorso de volantes de propaganda, de fichas del servicio militar o de la oficina— y más tarde los copiaba o completaba en el cuaderno que tenía más a mano. Si a esto le agrego el "método" con que ahora los paso en limpio (o sea: retomándolos en cualquier parte, según mi estado de ánimo actual o mi curiosidad por saber qué pensaba o hacía en determinado año), el caos me produce, casi exactamente, la sensación de estar organizando un texto de ficción del tipo de *Crónica*, de donde deduzco que la escritura de esa novela es mi modo normal de trabajo.

Intento no modificar nada, salvo palabras repetidas o tiempos verbales incoherentes. Dejo a desgano los pretéritos perfectos, conservo, no sin malestar, los "rostros", los "ambos", las autocomplacencias. Páginas enteras, que avergüenzan a este señor de sesenta y un años, parecían ser la autenticidad del joven poeta de veinte que las escribió.

Observo una vez más que la sinceridad extrema de la adolescencia es retórica, enfática, suntuosa, y que por eso suena a falso. Siento una vaga alegría: quiero pensar que si un adolescente que escribe leyera esos apuntes, tal vez le servirían para algo. O sólo estoy contagiándome de mi "trascendentalismo" de hace cuarenta años.

Noto, con asombro, que a Bettina la llamaba casi permanentemente Beatriz, o Ella, tal vez porque en esos años era todavía Beti y yo no me atrevía a escribir semejante palabra —y mucho menos, Betty—, tal vez, como digo por ahí, por el puro placer de escribir Beatriz, un hermoso nombre.

En el 57 digo que me he pasado una semana transcribiendo los cuentos a máquina, y, unos días después, me lamento de no tener máquina de escribir.

Pero no hay contradicción. Esa máquina me la prestó mi "tío" S.M. nacionalista, de la guardia personal de Perón, uno de los jefes de Coordinación Federal, amigo del Patricio Kelly, fascista de los años cuarenta —tío de quien podría escribir muchas cosas, no todas abominables, por ejemplo que le debo la vida, y un día de éstos voy a hacerlo—, o me la prestaba, los fines de semana, una tía (¿Cora?) de Villa Urquiza, a cuya casa me trasladaba con mis manuscritos, acompañando a tía Lilia.

De ahí la importancia que tuvo para mí el Servicio Militar: fue el lugar donde por primera vez tuve a mi disposición, todos los días, una máquina de escribir.

Mi primera máquina, una Hermes Baby, portátil, fue precisamente la que era de S.M. Me la vendió, no me la regaló. E hizo muy bien: le dijo a tía que si yo quería tener una máquina debía hacer algo por ella. Se la pagué a plazos. Yo hice lo mismo, con esa misma máquina, con un escritor amigo. Le tendría que preguntar qué hizo él con esa Hermes.

Apareció la tercera edición de *Crónica* en una colección de las llamadas populares. La letra es tan ínfima que consiguieron hacerla caber en menos de 250 páginas, algo así como la mitad de su tamaño.

No vi ninguna prueba, porque se mandó a imprimir en España. No tuve oportunidad de modificar nada. Misteriosamente, apenas me preocupa, pero no la hojeo por terror a las erratas.

Sobre los pretéritos perfectos. No son puro amaneramiento o ecos de traducciones del francés. El pretérito perfecto era usual en el San Pedro de mi adolescencia: "He ido al río", "hoy lo he visto a tu padre". En casa del abuelo Claudio todo el mundo hablaba así. Lo mismo pasaba y aún pasa con los "luego".

junio 4

Máximo Soto me llama para que le dicte, no sé para qué diario, *cuatro o cinco líneas* (sic) sobre Borges. La pregunta es: qué nos dejó Borges, a diez años de su muerte. Le digo lo que pienso: "Sobre todo nos dejó a María Kodama, su viuda".

Después más o menos le dicto:

La obra esencial de Borges estaba terminada hacia 1970. *El informe de Brodie*, es, para mí, su último gran libro. Borges, a diez años de su muerte, sigue siendo el mismo escritor secreto que escribió sus mejores libros hace medio siglo: el Borges de *Ficciones*, de *El Aleph*, de *Otras inquisiciones*. Rilke decía que la fama es la suma de malentendidos que se acumulan sobre un hombre: si Borges pudiera ver lo que está pasando con su memoria diría sonriendo:

—Caramba, me parece que eso es verdad, ¿no?

Lo miro escrito: no me gusta. La palabra "secreto" expresa lo que pienso, pero no se entiende el sentido que le doy. Toda la opinión, además, parece reticente.

Lo malo no es que a uno le pidan *cuatro o cinco* líneas sobre Borges,

lo malo es que yo, a esta altura de mi vida, cometa la irresponsabilidad de aceptar.

junio 6

Un libro repelente: *Manual del perfecto idiota latinoamericano*. Prólogo de Vargas Llosa. Hinde Pomeraniec me llama de *Clarín* para que, en cuarenta o cincuenta líneas (vamos progresando), diga algo sobre él. Lo que pienso de inmediato es esto: ese Manual no es un libro, es un síntoma. Un síntoma de nuestro fin de siglo. Ya leí demasiados panfletos como éste en los últimos tiempos. La tesis de todos ellos es: basta de socialismo, basta de izquierdas, somos por fin burgueses liberales, el capitalismo, con todos sus errores, es el único reino de lo posible, hablemos de otra cosa y dejémonos de joder con los que sufren.

Odian a Fidel Castro porque Cuba sobrevive, no porque es comunista. Odian al Che muerto, odian la Teología de la Liberación —odian por lo tanto al cristianismo real, y el precursor profético de este odio fue el clarividente Nietzsche— porque quieren que desaparezca de las cabezas de la gente hasta el último vestigio de *socialismo posible*. Cayó el Muro de Berlín, desapareció la URSS, no existe un enemigo político, pero siguen aterrados por el comunismo. Si alguien les propusiera un comunismo capaz de resolver, sin dictadura, con libertad, democráticamente, el problema de los pueblos *tampoco* lo aceptarían. Por supuesto: dirían que eso no es comunismo y que por lo tanto la posibilidad no existe.

Necesitan *psicológicamente* que el mundo sea como es *ahora*. Creo que ni siquiera saben por qué: por la misma razón, quizá, que nadie se puede imaginar a sí mismo como no siendo o como siendo otro, por una especie de cobardía de la imaginación. Camus decía que si la verdad estuviera en la derecha, él la iría a buscar a la derecha. Había que tener mucho coraje intelectual para escribir eso cuando lo escribió. Estos imbéciles no se atreverían a invertir ni con el pensamiento esos términos. Si se convencieran de que la verdad está en la izquierda, seguirían en la derecha. No les importa la verdad, ni

quieren ningún tipo de justicia: quieren demostrar que el capitalismo es bueno, no a pesar de sus injusticias, sino precisamente por ellas. Y lo dicen. Lo dicen casi exactamente con estas palabras.

Este libro llega en realidad con treinta años de retraso. Está escrito contra todo lo que se creía posible en los sesenta, contra todo aquello en lo que hoy nadie cree. ¿Cuál es su objeto hoy? ¿Con quién polemizan estos anacrónicos? No polemizan con nadie y su objeto es decir exactamente lo que la mayoría quiere oír. Hoy la mayoría es *el mercado*. Los pobres, los sometidos, los analfabetos, son una mayoría meramente cuantitativa, un vasto número negativo sin poder, y no leen libros. Ni estos libros ni los otros. Nunca los leyeron. Hubo un tiempo sin embargo en que las cosas estaban menos claras. La pequeña burguesía y la burguesía jugaban a la revolución social, leían a Sartre, a Fanon, a Marcuse, incluso a Marx, y escritores como los autores de este Manual —incluso uno de estos mismos autores— escribían, siempre desde el poder, libros de izquierda que también decían exactamente lo que el lector quería oír.

Naturalmente no tengo cómo escribir esto en cuarenta o cincuenta líneas, su mera fundamentación exigiría cientos de páginas.

junio 7

Los cuadernos. Espero que no sea morboso el secreto placer que siento al descifrar esos apuntes generalmente insensatos. Lo que me gusta es recordar lo que nunca anoté, lo que evitaba decir, lo que realmente me pasaba. Mi próximo paso, copiar las poesías que sobrevivieron. Quizá, a la larga, hasta me ponga a escribir la novela de Van Hutten.

Pensé o he pensado que en algún lugar podría copiar lo que anotaba en los márgenes de ciertos libros. Los *Marginalia*, de Poe, nacieron así.

Siento esto: estoy haciendo algo que secretamente siempre soñé hacer: poner en orden lo que llamaba “mis papeles”. Escribo nuevamente para mí, por el placer de escribir.

junio 8

Lo que redacto para *Clarín* empieza así:

Se puede tener talento, lo que se dice un gran talento, y ser un imbécil moral. La frase es de Unamuno y, si no fuera que eso del gran talento resulta desmedido, se podría aplicar a los autores del *Manual del perfecto idiota latinoamericano*. En suma, que, como uno ya lo sospechaba, ni siquiera hace falta inteligencia para ser moralmente idiota.

Y termina así:

En los años sesenta se acuñó un giro que servía para describir al intelectual de izquierda: Idiota Útil. Ya es hora de pensar si la caída del Muro no ha creado, por fin, un Hombre Nuevo de derecha: el Idiota Inútil.

[...]

Yo aconsejo con fervor leer este libro miserable. Es una experiencia ontológica. Uno puede saber quién es, o si todavía es algo, con sólo hojear diez páginas.

junio 11

Siempre tuve la manía de escribir un mismo cuaderno por los dos lados. (Un día me enteré con estupor y felicidad que Malcolm Lowry hacía lo mismo.) Es decir, desde la primera hoja en adelante y, en algún momento, dando vuelta el cuaderno, empezando por la última. ¿Las razones, aparte de la locura? Cuando hace años decidí separar de

los diarios los textos de ficción, a veces, mientras escribía un cuento, sentía la necesidad de recordar algo personal o de hacer una especie de nota o de salto, referidos a ese mismo texto, y daba vuelta el cuaderno y empezaba por atrás. En uno de los cuadernos de *El que tiene sed*, hay, empezando por el final, unos apuntes de febrero del 84 sobre la muerte de Cortázar (los encontré hoy) y luego siguen fragmentos de la novela; y, empezando de adelante, otra parte de *El que tiene sed*. En algunos casos es imposible saber cuál es el principio real del cuaderno, porque, en los cuadernos cuadriculados de tapas negras, la tapa y contratapa son idénticas y las hojas no tienen ningún margen que ayude a decidir.

Me parece que son estos detalles los que me impiden aburrirme de lo que estoy haciendo.

Esta madrugada escribí un soneto.

junio 13

Insomne, salgo a caminar por Balvanera a las cinco de la mañana. Compro el diario. Lo que escribí sobre Vargas Llosa —por lo menos en el *Clarín* de hoy—, no se publicó. Lo que me parece bien: todo el suplemento está dedicado a Borges y hubiera desentonado. Si no sale el jueves que viene, ya no me va a parecer tan bien.

Vargas Llosa, en el fondo, es desdichado. Quiso ser Sartre y no pudo. Quiso ser Cortázar o García Márquez y no pudo. Quiso ser presidente del Perú y no pudo. Quiere desde hace años ganar el Premio Nobel y no se lo dan.

Esto último sí, tal vez lo consiga; la Academia Sueca no está fuera del mundo contemporáneo y cualquier día se vuelve liberal.

Liberal: otra de las palabras que cambió su sentido hasta quedar de cabeza. En un tiempo, para los conservadores, significaba casi anarquista. Para los católicos, ateo. Para los marxistas era la filosofía del capitalismo. Hoy significa: conservador en el poder.

junio 14

¿Poe habrá leído a Schopenhauer? Anoche o anteanoche, hojeando *El mundo como voluntad y representación*, lo pensé. O más exactamente: lo volví a sentir. Esa misteriosa Voluntad, reemplazando a la cosa en sí kantiana, me recuerda a Poe, al tono de *Eureka.* Lo justo sería invertir los términos, claro. Sólo que lo que en Poe, por ser poeta, me suena legítimo, en Schopenhauer lo encuentro más bien traído de los pelos. Como si intentara erigir un sistema filosófico a partir de una metáfora. Por lo demás, bastante de eso hay en Platón, y sobre en todo en Spinoza y Nicolás de Cusa.

Schopenhauer fue tal vez el hombre que mejor y más apasionadamente entendió a Kant. La paradoja es que la inversa no se cumpliría. Dudo mucho que Kant hubiera comprendido a Schopenhauer. Ni siquiera habría entendido lo que Schopenhauer entendió de él.

Una de las virtudes de Schopenhauer, cuando no se pone paranoico y habla a gritos de sí mismo, es su estilo literario. No hace falta conocer alemán para darse cuenta. Lo he leído en traducción de Unamuno, de Bergua, de no sé qué señores del siglo pasado: su prosa es invariablemente seductora y rotunda. Hay una mínima nota al pie, en el primer libro de *El mundo…*, que me parece ejemplar. Está hablando de la sustancia, hace una llamada y dice: “Sustancia es lo mismo que materia”. Hasta luego, sigamos con lo importante. Viniendo de un alemán, es asombroso. O aquello otro de los sueños, que son como recorrer al azar un libro que leemos en orden durante la

vigilia.

diez de la mañana

En estos días se cumplen diez años de la muerte de Borges. No se habla más que de él: durante todo este año no se hablará más que de él. Tiene sus compensaciones. Oigo por la radio lo siguiente:

Un periodista, en algún aeropuerto, le pide a Borges que defina a la Mujer. Borges le pregunta qué edad tiene. El periodista le contesta que treinta y dos años. Borges le dice:

—Si a los treinta y dos años todavía no sabe qué es la mujer, lo que yo le diga no le va a servir de ninguna ayuda. Vaya y averigüe.

Otra, ésta mucho más conocida: en la Sociedad de Escritores alguien sostuvo que era necesario hacer algo por los escritores jóvenes.

—Sí —dijo Borges—. Disuadirlos.

junio 15

Tal vez para ser un pensador de verdad, un filósofo, sea condición necesaria ser un poco dogmático, un poco impermeable a las verdades ajenas.

Los sistemas filosóficos, y no sólo los sistemas, también el pensamiento no sistemático, son en el fondo una organización sintáctica. Cada vez que leo un “por lo tanto”, un “en consecuencia”, empiezo a desconfiar.

Lo más impresionante que se ha hecho en este sentido es la *Ética* de Spinoza.

Intentando oír en mi moderno aparato las viejas cintas que grabé hace tantos años. Ruidos horribles al poner el audio en modo “tape”. Lo atribuyo al motor de algún vecino maldito. Consulto con un

electricista quien me dice: Imposible. Vuelvo a casa y, al modo tradicional, le pego con toda mi alma un golpe al ingenio electrónico de origen japonés. Santo remedio.

Oyendo ahora la *Sinfonía en re menor*, de César Frank.

junio 16

Sigo con los cuadernos. Encuentro unos apuntes sobre mi "ensayo", el que iba a llamarse *El siglo sin Dios*. El otro día encontré un poema, "Verleniana".

Cuando un hombre se decide a poner por escrito lo que piensa, ya ha olvidado cómo se formó su verdad. (Ideas ajenas, azares, necesidad irracional de contradecir a alguien que detesta, conveniencia, interpretación errónea de un fenómeno.) Esto es grave. Pero mucho más grave es que esa verdad *ya se formó*, es decir, que al escribir sobre ella ya no busca nada, no piensa nada, sencillamente intenta probar lo que cree de antemano que es verdad. ¿Habrá más de dos o tres casos en el que un pensador, a medida que escribe, reniegue de esa verdad inicial y termine negándola, o mejor: reconociendo que la niega? Con Wittgenstein sucedió algo así. A Michelet le ocurrió, dicen, cuando escribió *La bruja*.

La ventaja del novelista es que no tiene por qué no contradecirse, y hasta hace un mérito de esa incoherencia.

Tal vez por eso algunos de mis personajes creen tan taxativamente en Dios. Van Hutten, por ejemplo, tiene una forma de fe que me causa admiración. Con un poco de suerte, yo podría haber creído, fanáticamente, como él.

Como quien dice: *Parturient montes*. Ahora tengo mucho sueño como para explicar con franqueza por qué, tan inesperadamente, el párrafo anterior parió ese *ridiculus mus*.

junio 18

La explicación es sencilla: de pronto me di cuenta de que hace años, cuando estaba trabajando de verdad en algún texto de ficción, éste se introducía en mis apuntes. Pensé: No me pasa con Van Hutten. Entonces lo introduje a la fuerza. Para mi tranquilidad, descubro que, sin necesidad de forzarlo, ya lo había hecho, este mismo año.

No he dejado de escribir a mano. Eso me consuela. Encuentro, justamente, un "auténtico" apunte sobre Van Hutten donde me recuerdo a mí mismo las razones por las que el arqueólogo nunca dio a conocer el Evangelio (o la Epístola, esto no está decidido todavía) que dice haber hallado en el Qumran. Lo encuentro y, por lo visto, también lo pierdo.

No me senté para escribir sobre Van Hutten. Me senté para escribir sobre Costantini. Entre tanto papel, encontré varios recortes de diarios y revistas —lástima haber tirado montones, al mudarme— que me pusieron de muy mal humor. Especialmente un recorte de 1984, de Costantini. Cuando volvió al país, después de su exilio, publicó un insulto contra *El ornitorrinco* —contra mí, porque atribuye a un editorial de la revista algo que yo no escribí— que me recordó de qué modo lo detesté antes de su muerte, es decir, hasta el día en que fui a su casa y lo vi en esa cama. Me bastó, hoy, leer ese papelito infame para arrepentirme del cariño que alguna vez le tuve. De pronto recuerdo que esas injurias fueron dos. También recuerdo que una noche del 84 salí a buscarlo por Corrientes con el propósito, en absoluto intelectual ni cristiano, de darle (o darnos) una paliza bien a la sampedrina.

En fin, ahora está muerto. Lo quise mucho. Me quería mucho. Lo malo es que mis peores sentimientos no mejoran en nada con eso.

Otros recortes que encuentro: las declaraciones de Borges, Sabato, Ratti y el Padre Castellani después de su almuerzo con Videla, en 1976. El reportaje que le hizo la revista *La Opinión* a Daniel Moyano, en el mismo número que a mí, cuando Daniel se fue a España, antes

de jugar al perseguido político. Una selección de frases de Borges que dan vergüenza. Una nota de Martha Lynch sobre la entrevista de Videla y el rey de España. Por favor. Me levanté a las ocho de la mañana, una buena manera de empezar el día. Eso me pasa por madrugar.

junio 22

Clarín publica en su edición de ayer, sin cambiar una coma, el texto sobre Vargas Llosa. Innumerables llamadas por teléfono para testimoniarme su acuerdo y hasta su agradecimiento.

junio 23

La nota sobre *El Evangelio según Van Hutten*, de la que hablaba el otro día, dice lacónicamente:

Recordar el *nudo* real de la historia. El hecho de que Van Hutten no se atrevió a mostrar nunca ese Evangelio por miedo al cambio social, a perder su mundo. Eso es FUNDAMENTAL o no existe libro.

Breve, no humorístico, bien escrito. No "canchero".

La última línea se refiere a todo el libro. Coincido plenamente con ese brutal "no canchero".

Supongo que lo anoté muy poco después de comenzar la novela, por lo de "breve". Hoy preferiría que no fuera demasiado breve. Anoche, mirando el capítulo quinto de la segunda parte intercalé un "acorde" (lo demoníaco, un posible encuentro de VH con el diablo en persona, en Jerusalem) que me gustaría desarrollar.

El azar no existe, dice Léon Bloy, *el azar es la Providencia de los imbéciles*. Van Hutten piensa lo mismo, y hasta puede decirlo con las mismas palabras.

junio 26

Acabo de hacer un macro (ALT + F) que pone fecha y hora. Con esto se terminan, de acá en adelante, los "sin fecha" de los cuadernos y los "hoy" escritos a la madrugada, que siempre significan "ayer". También podría agregar el nombre del día, pero me parece demasiada perfección.

Quiere decir entonces que anteanoche, o sea el lunes 24, fuimos a ver *Esperando a Godot*. Estaba muerto de sueño, pero la obra, la dirección y la actuación del elenco me despertaron por completo. El texto de Beckett, si no me equivoco mucho, es uno de los pocos ejemplos de "tragedia", en el sentido griego, que dio nuestro siglo. Uno se ríe como para defenderse de la muerte, y esto me lleva a pensar: ¿Qué pasaría con los espectadores de la época trágica? ¿Verían esas obras con la misma aristotélica seriedad que les atribuimos nosotros? Digamos que a Sófocles sí, ¿y a Eurípides? Cuando Electra hace la broma, porque es realmente una broma, de que no pretenderán que haya reconocido a su hermano por la huella del pie, ¿no había, por lo menos, alguna sonrisita griega entre las gradas?

La actuación del *Godot*, memorable. Todos están muy bien. Patricio Contreras es un gran actor, esto ya lo sabía, pero Alicia Berdaxagar, en papel de "basura": el milagroso disparate de hacerlo representar por una mujer es de Leonor Manso, y me pareció monumental. El monólogo es uno de los momentos más formidables de la obra; y, hecho por Alicia, fue uno de los grandes momentos de la escena argentina. No conozco un solo actor hombre que pudiera haberlo hecho mejor, salvo quizá, en un gran día, Miguel Ángel Solá.

Después de más de veinte años, en el teatro, me encontré con Renata

Schussheim. Recuerdo cuando cumplió quince o dieciséis años. Lo amaba a Lautaro Murúa, lo amaba a Carlos Alonso. Un poco, me amaba a mí. Era una adolescente tan adolescente que parecía inventada, y su talento para el dibujo, con aquellos rizos, era poco menos que ultrajante. La noche de ese cumpleaños me enseñó el juego de Pasar la Aduana. Yo ya tenía como treinta años. ¿Cómo fui a parar a esa casa?

julio 18

Hoy, finalmente, quemé el cuaderno de Bettina. En él encontré esta hoja escrita a máquina (hacia 1965 o 1966) que copio acá fragmentariamente, también antes de destruirla.

Un cuaderno de Bettina

La conocí el 11 de junio de 1954; ella aún no tenía catorce años y medio, yo pasaba en algunos meses de los diecinueve. Hacia 1955, año en que yo viajaba frecuentemente a Jeppener, a visitar a unos primos, en cuya casa viví incluso algún tiempo, de modo que aquel primer año de noviazgo sólo estuvo compuesto por unos cuantos meses. En 1956, hasta febrero de 1957, hice el servicio militar en Olavarría. De ese entonces, las cartas, escritas una o más por día e interrumpidas por algunos de aquellos encuentros delirantes y atroces, en una chacra de Sierras Bayas o en Buenos Aires, en las fugacísimas tardes de un franco cuyo lapso completo (17 horas, alguna vez) incluía las 14 horas de ida y vuelta al cuartel. En 1957 entré a trabajar en Iggam, de donde me despidieron en 1958. Durante los siete años que estuvimos juntos, hasta agosto de 1961, toda nuestra historia se alimentó, en mí, de aquellos tres o cuatro años iniciales y todo mi recuerdo, aun hoy, a once años de haberla conocido vuelvo una y otra vez a esa novela personal mía entre los diecinueve y veintitrés años. Decir que *para mí* fue una historia hermosa no expresa lo que siento: fue, mirando desde hoy, el único tiempo dichoso y patético y pleno de mi adolescencia. Ella habrá vuelto a amar más profundamente, pero quiero creer que nadie —ni siquiera ella, cuya capacidad de amar fue siempre manifiestamente superior a la mía— podrá volver a sentir algo, como sea que se llame, de una manera tan desesperada, estúpida, maravillosa y tremenda como la que sentí yo en aquellos días.

El cuaderno que ahora, antes de destruirlo, leo por segunda vez[4] es probablemente de 1957. Hay también una anotación a lápiz, mía, ampulosa, idiota, pueril, falsamente literaria y tan de mala fe, que debería transcribir, si tuviera el coraje literario suficiente.

En el resto del cuaderno, que alguna vez me dio definitivamente, hay anotada una pequeña escena de *Israfel*, el plan de *Sobre las piedras de Jericó*, apuntes de una obra de teatro que nunca terminé y el final

del cuento “Volvedor”, fechado en San Pedro en 1960…

[…]

Es un cuaderno escolar, de tapas marrones. Ella pensó llevar un Diario en él: sólo escribió unas cuantas páginas que abarcan siete meses…

Las páginas están escritas con letra infantil, muy inclinada hacia la derecha, clarísima y más bien chica. Sólo dos anotaciones parecen distintas: la del 28 de[5]

EL CUADERNO

[…][6]

julio 19

Anoche le leí a Sylvia todo lo anterior. Lo oyó con una especie de asombro conmovido —por lo menos anoche, sabrá Dios cómo lo recordará mañana o un día de éstos— que no soy capaz de describir sin hacer literatura de mermelada. Creo que se sentía cómplice de la Beatriz que escribió ese cuaderno. Ni que hablar de las fechas 21 y 22, que me hacen quedar tan cómicamente mal o de ese “quería que yo le diera una solución pero ya la tenía él…”, etcétera. Después hablamos mucho tiempo de su propia adolescencia, de la mía, de nosotros, y, finalmente, terminé casi convencido de algo que a veces sospecho: algunas mujeres, a cualquier edad, son infinitamente superiores a los varones estupendos de mi especie.

julio 20

Me escribe Fernando García Curten desde San Pedro. Murió Rodolfo Constantín, mi profesor de Literatura del colegio secundario. No quise leer la carta.

Desde hace unos días tengo sueños caóticos que más bien debería llamar pesadillas. Soñé varias veces con papá. Soñé que lo mataba. Soñé que bebía a escondidas, con el agravante de que anoche, al cruzar por mi cabeza cierta imagen, me llevó un buen rato decidir que pertenecía a un sueño. Por supuesto, provienen de estar pasando estos cuadernos. En algún sentido, están terminados, y ese *algún sentido* quiere decir más de lo que tengo ganas de escribir esta noche.

Creo haber pasado en limpio, por fin, los únicos poemas publicables de *La fiesta secreta*,[7] y, con una naturalidad que me asombra, haber tirado, sin mirarlos, todos los demás. Me falta encontrar "Tiempo de verano",[8] el de la muerte de Mario de Lellis y algún otro. Lo único que en este sentido me preocupa es que Noldo Liberman, hace años, me pidió unos originales para llevárselos a España y yo cometí la idiotez de dárselos. Eran horrendos, y no en el sentido de los ángeles de Rilke: eran sólo horrendos. Podría sobornarlo con éstos: mandarle éstos a cambio de aquéllos. ¿Pero si un día decido destruirlos?

Escribí "Noche de Epifanía",[9] un cuento tal vez innecesario, pero, para mí, terapéutico. Lo hice para divertirme, para recordar que todavía sé divertirme.

julio 21

Del Van Hutten, nada. No pienso tocarlo hasta terminar con esta asignatura pendiente.

Es una especie de manía furiosa. Por ejemplo: siempre digo que estuve en el Don Bosco a los 10 años. ¿Fue así? Siempre digo que vine de San Pedro a los 17. Tiene que haber sido después.

Claro que también podría preguntarme: ¿y qué importancia tiene?

La importancia es metafísica, es el *yo*. No es meramente un problema de identidad en el sentido psicoanalítico, es un problema existencial, óntico, que no tiene relación con el pasado, sino con el futuro. Lo que ahora se "es" se explica por el pasado, pero lo que puedo hacer con lo que soy, exige, al menos para mí, empezar desde cero sin preocuparme más por el pasado, aunque sabiendo que está ahí, como un cimiento.

No está muy claro; es decir: no me importa si está o no claro. Está muy claro para mí.

Hace treinta años, cuando me mudé al departamento de Pueyrredón, me prometí hacer lo que estoy haciendo ahora. Ordenar, tirar, seleccionar sin piedad. Siempre, asombrosamente, termino haciendo todo lo que prometo, pero treinta años es demasiado tardar. Quiero decir, ahora, para mí, es demasiado tardar.

julio 22

Juan Forn y Flora comieron en casa. Volvieron a juntarse a seis años de su divorcio y parecen estar, auténticamente, en el mejor de los mundos. Generan a su alrededor una extraña alegría, como si todos hubieran estado esperando esto.

No dar consejos. No importa que al darlos me parezcan buenos. Ni siquiera importa que, efectivamente, sean buenos. El que aconseja se pone inconscientemente como modelo. Wilde decía que el yo está prohibido en literatura. Es fuera de la literatura donde está prohibido.

Sé escuchar pero no sé oír. Esto quiere decir que, a veces, entiendo con demasiada rapidez lo que se me quiere decir, *escucho* al otro con absoluta atención, pero eso mismo me impide dejarlo hablar.

Voto de pobreza, podría. Voto de castidad, podría. Pero, ¿voto de silencio?

La soledad no implica el esfuerzo del silencio. Estando solo yo no hablo ni siquiera con los gatos, y, mucho menos, conmigo mismo. El verdadero callarse se pone a prueba en presencia del otro.

julio 23

Deuda con Lugones. Cada día siento más profunda y culpablemente que, excepción hecha del *Lunario* o algunas otras estupideces, Lugones fue, por una distancia enorme, el mayor poeta argentino, quizá el mayor poeta hispanoamericano de su tiempo. Sí, también Darío, por supuesto; pero sólo en lo verbal. Hay un tono, una cuerda, que Darío *no alcanza* a tocar casi nunca.

julio 29

El viernes, hoy es lunes, mi definitivo (?) arreglo de la boca. Después de un tratamiento que duró años. Una serie de implantes, ya en su sitio, que podría llamar perfectos. Podría, si me acostumbrara a hablar normalmente. Mi propósito de guardar silencio se verá, al menos mecánicamente, alterado por la necesidad de, aunque sea, hablar solo o leer en voz alta, como ejercicio.

Si resulta, Élida, mi artesanal dentista (tiene una manía de perfección y un sentido del tiempo, o más bien de la eternidad, que la transforman casi en mi alma gemela), quiere seguir con algunos detalles, que me ahorro detallar. Lo peor de esto es la lentitud. Lo mejor, lo de siempre: Sylvia y su optimismo. Dice que he recuperado mi cara. Me miro al espejo y, naturalmente, le creo.

En otros rubros, estoy terminando con los papeles. Como escribió Poe: *Lo digo con naturalidad, pero lo digo*. Salvo un poema ("Reuter"), que recuerdo casi entero de memoria, todo *casi* en orden.

No hay más poemas, adiós. No hay más poemas que los de *La fiesta secreta*, de los que no me enorgullezco, pero —como diría un poco solemnemente Borges— *que no me deshonran*…

Sigo encontrando carpetas, apuntes, hojas sueltas, páginas de diario, abortos de cuentos. Tiro a mansalva, con alegría autodestructiva. Conservo cosas, naturalmente. Hoy, por ejemplo, encontré una página ilegible de *El artefacto*, escrita a lápiz, casi borrada por los años, y una carta a máquina, bastante notable, de hace treinta y cinco años. Ayer, el boceto de un poema a Pilatos, que reescribí y decidí no archivar (en términos de computación). Dejó de existir.

Ahora que lo pienso, debe haber en algún lugar, si ya no lo tiré antes, aquello del 16 de junio de 1955, que recuerdo como no tan malo, y cartas de Aníbal. Tal vez, en San Pedro.

Este año es para mí, para eso, hasta el último día. Este propósito no excluye del todo a Van Hutten.

agosto 22

Un mes haciendo cosas vagamente inútiles.

Salió *El fin de la historia*, la novela de Liliana. Me ha hecho reflexionar demasiado sobre demasiadas cosas desagradables como para escribirlas acá. La escritura es brillante y el hecho de que Liliana haya podido, finalmente, terminar ese libro casi imposible debería ser suficiente para mí. Pero el sólo pensar que la protagonista y el Escualo existieron en realidad y fueron exactamente así me saca de quicio. Mi malestar no es estético…

Un gran libro, en innumerables sentidos; pero en otro sentido, una pared entre el mundo espiritual de Liliana y el mío.

Supongo que en el fondo eso está bien: cada uno carga con su alma.

Sigue habiendo, dentro de mí, un cristiano catecúmeno que no se deja

de joder.

Pero la sensación muy difícil de explicar también es ésta: como si mágica y retrospectivamente se hubiera contaminado a *El Escarabajo de Oro* de montonerismo. Nosotros (o tal vez debo decir yo), yo no creí nunca en esa revolución de opereta, ni en *esa* violencia.

agosto 23

Cuando la izquierda peronista niega, contra la derecha, que en nuestro país haya habido una guerra, olvida que la palabra "guerra" la instaló en los setenta la propia izquierda peronista. Hablaron de guerra por no hablar de *revolución socialista*, para que no se los acusara de comunistas o marxistas y porque, en el fondo —en el fondo y en la superficie— odiaban y temían al socialismo marxista. Ni siquiera querían que se los confundiera con el ERP. Los militares, que son mucho menos imbéciles de lo que uno quiere creer, aceptaron de inmediato la palabra "guerra" y la usaron para exterminar a los que guerreaban y a los que no. Fue Montoneros quien les dio la excusa de la guerra. Montoneros, con sus consignas militares, con sus jerarquías militares, con su fascinación por los uniformes, las armas y la muerte.

Flota en el aire. Los viejos veteranos, como mi amigo D., están a punto de perder el miedo, gracias a la ficción de la democracia y al repliegue militar, y los jóvenes de clase media, que no vivieron el Terror, anhelan modelos heroicos o por lo menos un poco de movimiento. Todo esto favorecido por el hecho tranquilizador de que ahora nadie teme ser acusado de comunista, ya que el comunismo internacional no existe y Cuba parece agonizar.

Un hombre solo es un hombre fuerte, decía Ibsen. Una pareja sola es indestructible, pienso esta noche.

agosto 25

Madrugada, dos y media. Creciente necesidad de soledad y aislamiento.

septiembre 9

En San Pedro, con Sylvia. Llegamos ayer. Uno de esos días de invierno, primaverales, luminosos hasta casi la ceguera, con un cielo transparente de esos que sólo se dan acá. Anoche, sin embargo, hacía un frío terrible, y, como suele ocurrir en San Pedro, esta noche también lo hará. Hice algunos planes para acondicionar esta casa definitivamente, de modo que escribir acá no sea tan incómodo. Aprender a vivir en cierta armonía con las cosas materiales me ha llevado una buena parte de la vida. En este preciso momento, estoy escribiendo en una silla que me destroza la espalda.

Una de las ventajas de San Pedro es que en la biblioteca hay algunos libros que no tengo en Buenos Aires. Anoche hojeé otra vez el *Diario* de Pepys. ¿Qué es lo que tiene ese diario, mal escrito, lleno de banalidades y detalles insignificantes, que lo hace tan encantador? Supongo que justamente eso. Pepys no se proponía nada, salvo anotar lo que comía, a quien veía, qué chismes acerca de la reina o el rey daban vuelta por Londres, qué pasaba con sus pelucas, con sus capas, con su dinero, con las clases de baile de su mujer. Lo más asombroso es que haya sido escrito *en absoluto secreto*, en clave, con una taquigrafía a medias inventada por él, para anotar cosas como que acaba de comer una ternera excelente o se ha comprado un traje.

En alguna parte, una anotación fantástica. Dice que acaba de quemar una novela escrita años antes, que la leyó el día anterior y le pareció *buena.* ¿Por qué la quemó? Los ingleses se jactan de tener dos libros únicos: éste y el de Boswell sobre el doctor Johnson. Son, esencialmente, dos libros extraordinarios de personas casi estúpidas. El de Boswell, la verdad sea dicha, nunca me impresionó demasiado:

éste sí.

Leí *El americano impasible*, de Graham Greene. Nada del otro mundo, pero legible a la manera policial. Una trampa demasiado evidente y un poco indigna de Greene: el narrador *sabe*, desde que empieza la novela, que tal vez haya ocasionado la muerte del americano. Incluso, tiene más de una razón para sentir esa muerte como un vago asesinato. Narra, sin embargo, como si él también ignorase la historia.

Fawler se parece un poco a los desencantados protagonistas éticos de Raymond Chandler. Greene es más literato, menos "policial": de todas maneras, el cinismo y el sarcasmo de Marlowe funcionan mucho mejor. Lo raro es que uno siente remotamente que Greene es mejor escritor, aun en libros menores como éste.

septiembre 10

De vuelta en Buenos Aires. En San Pedro anoté dos o tres cosas mínimas para VH. Tengo que ponerme a terminarla. Si no me diera vergüenza diría que el cansancio (el haber estado pasando en limpio los cuadernos) me lo impide.

Tal vez el viaje a La Cumbrecita, a fin de mes, consiga despertarme.

Desde hace cuánto, estos sueños lamentables. Si esto fuera realmente un Diario, debería anotarlos y explicar su origen, y reflexionar largamente sobre su sentido.

septiembre 21

Sábado. Anoche, Battista nos leyó los dos primeros capítulos de una nueva novela. Todavía no entiendo muy bien sus propósitos, y no sé si él mismo los tiene claros, de todas maneras le admiro la capacidad de sentarse a escribir.

Este fin de semana nos vamos con Sylvia a La Cumbrecita. Lo malo es que antes debo dar una conferencia en Córdoba.

septiembre 24

Me dicen que Dubatti ha escrito un artículo catastrófico sobre literatura argentina. No lo he leído ni pienso hacerlo. Por lo que entendí, sostiene que a partir de la muerte de Borges y Cortázar sólo nos queda una literatura menor. No salva a nadie, ni siquiera a Bioy Casares o a Sabato, entre los que de alguna manera me incluye, si entendí bien. Juan Martini le ha dicho a Liliana Heker que alguien debería contestarle. No veo la razón. Tal vez el artículo no sea gran cosa pero dice algo *parecido* a la verdad. En el fondo no hace sino repetir lo que vengo sosteniendo *hace años*, y no me asombraría nada que lo haya tomado prestado de mí.

Debo sobreponerme a este estado de indiferencia. Me pesa la frente. Como si la tuviera rellena de plomo.

Intento leer, en edición bilingüe, a Mallarmé y a Valéry. No siento *tanta* admiración por Mallarmé. Demasiado "azur", y, en sus primeros poemas, demasiado Baudelaire. Casi estoy tentando de decir que Paul Valéry, al menos en *El cementerio marino*, es más apasionado..., lo que es mucho decir y tal vez exigiría una explicación que está más allá de mi voluntad. Leo los ensayos sobre la novela, de Forster: decepción absoluta. Menos mal que escribió *Paso a la India*.

septiembre 29

En Córdoba. Sylvia llegó en avión, yo en ómnibus. Salí de Buenos Aires unas siete horas antes que ella y llegamos al hotel al mismo tiempo. Leve (y efímero) sobresalto en el hotel. Pregunto si ella ya había llegado, cosa que debería haber sucedido, según mis cálculos, y me dicen que no. No tengo tiempo de alarmarme porque, en ese

mismo instante, uno de los empleados dice: “Ahí viene”. La veo bajar de un taxi. ¿Cómo supo ese hombre que era ella? Ella irradia, a veces, una especie de magia. Lo tomo como un excelente augurio. Esto fue ayer. Comimos a la noche con Patín Castillo y Beatriz: ellos exultantes. Hoy las charlas. Mañana a La Cumbrecita.

Recorrer Córdoba sin pensar en *Crónica de un iniciado*, qué experiencia.

Gelman, ayer, leía poemas en el Teatro Real. Muy cansado para ir, pero llego a saludarlo cuando termina. Creo que se quedó estupefacto. Yo no le resulto agradable y no sabe disimularlo. Supongo que imagina que somos enemigos por la mera razón de que yo nunca me afilié al Partido Comunista ni me expulsaron de él ni me hice montonero ni me exilié. Si a pesar de todo eso me hubieran matado, me querría. Pero, claro, entonces no hubiera podido ir a saludarlo.

Remota alegría interior, algo así como un buen humor irreductible.

octubre 3

En La Cumbrecita, después de la charla en Córdoba.

Estamos acá desde el lunes. Ayer subimos al cementerio de la cumbre, que no está a 600 metros, como decía yo en el libro, sino a 1.600 sobre el nivel del mar —y a unos 100 desde La Cumbrecita—. Elegimos el peor camino, el escarpado, entre los matorrales: estuve a punto de abandonar, muerto de cansancio, recostado al pie de un árbol, cuando sólo faltaban unos pocos metros.

La forja. Los esenios tenían una forja y una suerte de alto horno. *Id est*: forjaban espadas.

En el capítulo anterior al cuaderno de Christiane debe ir una larga descripción del monasterio del Qumran entendido como fortaleza y tal vez una más o menos larga justificación teórica.

Es raro que ni Sylvia ni yo hayamos tomado nota, en ninguna parte, del año en que vinimos por primera vez a La Cumbrecita. Pero más raro es que los dos hayamos tenido el falso recuerdo de dos viajes, cuando, en realidad, fue sólo uno.

Recordar: la sensación de extrañeza, de peligro.

octubre 14

En uno de los cuadernos que llevé a Córdoba tomé algunas notas del viaje que hicimos a principios de mes a La Cumbrecita. Fue una hermosa semana, sobre todo para Sylvia y para Van Hutten. De haber llegado antes, habríamos visto nevar. En Córdoba, en la ciudad, no pensé en *Crónica.* Durante mi charla en Teatro Real, me hablaron varias veces de ella, también en un reportaje para *La Voz del Interior*, una chica, dicho sea de paso, que parecía haberla leído con fervor y que luego, en el diario, la describió como monumental. En mí, ninguna resonancia afectiva, más bien la sensación de incomodidad que me produce cuando alguien menciona un cuento muy viejo. Ni siquiera se me ocurrió que se cumplían treinta y cinco años de aquel viaje: lo pienso ahora, en Buenos Aires, al reparar en la fecha. Esto no es desapego sino liberación. Tiene que ver con Van Hutten, creo. No quería ni quiero distraerme de Van Hutten.

Tal vez no estoy escribiendo ningún libro extraordinario, pero lo estoy escribiendo. Lo descubrí en La Cumbrecita. La sensación en la Cascada: exactamente como la describe el narrador.

octubre 15

Me dieron, para mi desdicha, un premio compartido con Sabato.[10] Me alegro porque el premio se otorga sin optar a él, y me alegro por Marco Denevi, que también lo comparte: yo leí *Rosaura a las diez* cuando ni siquiera imaginaba que algún día escribiría en prosa. Lo que *no* me alegra es compartirlo con Ernesto. Preferiría mil veces que se lo hubieran dado a él solo; sé que esto va a crear un problema. Sabato está tan paranoico que lo va a tomar como un insulto. Un doble insulto, también por Denevi. Si lo ofendió compartir un premio con Bioy Casares, ¿qué le puede parecer esto? Lo último que dijo de mí, a María Esther Giglio, es realmente delirante. Según él, yo rondaba su casa; él, dice, me sacó de la oscuridad... Hace unos días esto me enfureció, a tal punto que le escribí una de esas cartas que nunca mando. Carta que tuvo la mágica virtud de apaciguarme. En ella le recuerdo que, cuando nos conocimos, yo ya había escrito *El otro Judas, Las otras puertas* e *Israfel.*

Nadie da un paso en el extranjero, decía Sartre, sin acercarse o alejarse de París. Hoy, en la presentación de *Danza de los torturados*, de Edgardo González Amer, recordé esa frase.

No dar un paso sin acercarme a mí mismo. No dar un paso que me aleje de mi propio centro.

Todo este tiempo dejé de pasar en limpio los viejos cuadernos, por ascetismo. Me había saturado de mí mismo. Uno de estos días seguiré con lo que falta, que no puede ser mucho. Eso y Van Hutten y el ensayo sobre el fin del milenio. En Córdoba, al preparar las notas para la charla sobre la posmodernidad, se organizaron solas algunas ideas dispersas.

Nota Bene a la última anotación del mes pasado. En Córdoba le hacen un reportaje a Juan Gelman, donde habla de la importancia que tiene hoy la memoria del Che. Cita, elogiosamente, el libro envenenado de Régis Debray.[11] Espero, lo espero de verdad, que sea una transcripción incorrecta. Sin embargo, en otros reportajes posteriores, no lo corrigió.

octubre 26

Consigo desembarazarme de un viaje a Chile, lo que ya es algo. Lo que tengo que hacer ahora es mandar una carta a España para decirles que no pienso escribir ningún cuento sobre el cuento inconcluso de Poe que me enviaron hace unos meses.

Me preocupa que María Fasce conserve las caóticas desgrabaciones originales de las entrevistas que me hizo para el libro de entrevistas. Transcribió todo, incluso sus pensamientos mientras yo hablaba de cualquier estupidez, y lo malo es que, cuando no entendió algo, puso lo que imagina que dije. No corrigió nada. Están llenas de repeticiones, de banalidades, de nombres propios mal escritos, de comas puestas en cualquier parte. Corregir y ordenar todo eso va a ser un trabajo gigantesco, y ni aun así estoy muy convencido de que sirva para algo.

La culpa es mía. La idea de ese libro se la sugerí yo. Sin ofenderla, trato de convencerla ahora de que tenemos para un año de trabajo.

noviembre 4

Sigo sintiéndome mal. Otra vez la garganta; creo que no me curé del todo.

Estuve corrigiendo el libro “oral”.[12] Me parece que hay algunas cosas recuperables. El problema sigue siendo la frivolidad.

Beatriz Aronovich me manda la transcripción de la conferencia que di en Córdoba sobre la posmodernidad. Es bastante buena, pero también bastante larga. Tres días dedicado sólo a corregirla, no tanto por perfeccionismo, sino por inconvenientes cibernéticos. La desgrabaron en no sé qué sistema y, al convertirla, tuve que borrar todos los códigos, lo cual me obligó a restablecer las cursivas, las tabulaciones, *etc.* Cuando ya tenía el texto definitivo, medio dormido, se me plantó la máquina (dos veces) y perdí casi todo lo que había hecho. Me consuelo pensando que si lo hubiera hecho con la máquina de escribir mecánica todavía estaría en eso.

noviembre 11

En San Pedro. Hojeo, en *La Nación*, en casa de Fernando, un artículo de Eloy Martínez. "El canon argentino", subproducto de "El canon latinoamericano" de Harold Bloom, en versión Blancanieves y los siete enanitos. No existo. Claro que tampoco Marechal ni Sabato, lo que en cierto modo me pone en buena compañía. Si dijera que estoy por encima de este tipo de banalidades, mentiría. Lo que me molesta no es el artículo, al fin y al cabo cualquiera tiene derecho a pensar lo que se le antoja. Lo que me molesta es no haber acabado de pisar San Pedro cuando Fernando ya me estaba dando la noticia. Sin eso, no habría visto el diario. También me molesta prever las llamadas telefónicas en Buenos Aires. ¿Por qué será que las noticias agradables no cunden con la misma velocidad?

Anoto estas estupideces por pura inercia, para no abandonar el cuaderno, para hacer de cuenta que me pasan cosas.

noviembre 17

Evidentemente, por civilizados que sean, los editores no se entenderán nunca con los escritores. La culpa es compartida, supongo. Fastidiosa conversación en Emecé sobre el ofrecimiento que me hizo Alfaguara para publicar los cuentos completos en un volumen, aunque, de hecho, el contrato me autoriza a hacerlo donde y como quiera.

Cuando hace dos años le dije a B. que no estaba conforme con el contrato sin fecha de *El que tiene sed* y que ya era tiempo de una nueva edición, se excusó diciendo que todavía quedaban algunos ejemplares, etcétera. Le propuse comprar yo mismo ese excedente, y nunca me contestó. Bastó que otra editorial me propusiera publicar el libro para que se le ocurriera reeditarlo. Cosa, por supuesto, a la que cordialmente no accedí. Ahora lo mismo. Le informo, por pura cortesía, que el contrato Balcells me permite publicar los cuentos y que Alfaguara piensa hacerlo, y casi me plantea una cuestión de lealtad con la editorial. Su solución es que espere *dos o tres años* y que, si se trata de una cuestión de dinero, hagamos esa cosa a la que llaman un "paquete", que incluiría los libros inéditos y *Crónica*, etcétera. Me aburren. El contrato de *Crónica de un iniciado* venció hace dos meses, y ni se enteraron. Todo se reduce para los editores a una "cuestión de dinero", a "paquetes". Le explico a B. que no es una cuestión de dinero: es que en esa colección de Alfaguara están los cuentos completos de Cortázar, de Onetti, y que me parece muy interesante publicar ahí. También le digo que si tenía interés en hacer él esta edición alguien debió proponérmela, no esperar a que otra editorial me lo ofreciera: todo en muy buenos términos, todo sin enojarme. Un día de éstos recupero mi famoso mal carácter y mando a todo el mundo al carajo.

noviembre 23

Se avecina fin de año y no he seguido con los cuadernos ni con la novela. Viajes, conferencias, contratos, ahora me proponen un libro de testimonios, que al menos hasta hace un rato me parecía interesante. El otro día una mesa redonda con Ricardo Piglia y Guillermo Saccomanno, bastante decorosa. La semana que viene viajo a Uruguay.

diciembre 10

La sensación, tal vez justificada, de estar viviendo en un país irreal. Desde hace uno o dos meses no se habla más que de un sórdido asunto

de drogas. Puterío e histeria colectiva, llevado por la televisión y los diarios hasta el nivel de acontecimiento nacional. Jueces que inventan pruebas para condenar a sujetos que, probablemente, merecen estar presos. Testigos falsos, policías más o menos autorizados a cometer delitos, al mejor estilo USA. Resultado: todo legalmente nulo, con lo cual nadie irá a la cárcel ni, por supuesto, podrá ser juzgado por el mismo delito. Si lo hubieran planeado, no les habría salido mejor.

diciembre 24

Estuve trabajando, creo que un poco de más, en el libro de ensayos y en el de entrevistas, sin la menor alegría pero con una especie de furia. El libro de María, contra todo lo que temía, es posible y hasta quizá resulte interesante.

diciembre 25

Navidad. Nuestro segundo año en esta casa, y nuestra tercera Navidad. Afuera, una competencia irracional de cohetes, bombas de estruendo, petardos. Tatiana y Agustín, debajo de la cama.

diciembre 27

Leo los ensayos de Stevenson sobre literatura. Son muy pobres, para no decir lamentables. Su opinión sobre Poe parece la de una maestra de sexto grado que tiene miedo de que sus alumnos se echen moralmente a perder si lo leen. Lo raro, si es raro, es que estas opiniones han influido a Borges.

Un malhumor creciente, que no puedo manejar. Me afecta cualquier cosa, como a una prima donna. Desde hace más o menos un mes tengo la impresión paranoica de que no puedo estar de acuerdo con nadie, en nada.

diciembre 31

Me levanto a las siete de la mañana. Formidable malestar. Ninguna razón, salvo el hecho de haber recibido ayer en casa a un tipo insoportable que, a fuerza de preguntas estúpidas, me dejó cargado como una batería y me impidió dormir. Dos horas de conversación con cierta gente bastan para descentrarme durante dos días.

Repentinamente quiero que este año se termine de una vez.

una de la mañana

Todo mejor. Solos en casa, con Sylvia y nuestros gatos. Llamadas de amigos y llamadas a amigos.

Otras páginas

El escritor argentino y la posmodernidad[13]

Posmodernismo y posmodernidad

Nietzsche se preguntaba en el siglo pasado "¿Qué es el hombre moderno?", y se respondió: "Todo lo desorientado, todo lo que está completamente desorientado, eso es el hombre moderno". El Dostoievski de *Memorias del subsuelo* empieza ese libro notable y terrible —fundador de lo que yo llamaría toda una corriente de la literatura contemporánea— con las siguientes palabras: "Soy un hombre enfermo. Soy malo". ¿Dostoievski nos habla de sí mismo?, ¿de su protagonista? Como todo escritor, está por supuesto hablando de su protagonista e incluso de sí mismo, pero sobre todo nos habla de la condición del hombre moderno, y lo expresa, con palabras muy claras, hacia el final del prólogo. Habla del hombre del siglo xix como de un hombre a medias, un hombre incumplido. Ese libro desesperado era para León Chestov algo así como la verdadera *Crítica de la razón pura* de nuestro tiempo; un alzamiento en contra de aquellas claras ilusiones que nos legó el Iluminismo y que hoy se han puesto en cuestión con la llamada posmodernidad. He citado a Dostoievski, y podría agregar, entre cien más, a Edgar Poe: hay un texto de Poe, *Eureka*, que tiene evidentes paralelismos de tono con las *Memorias del subsuelo* —no soy yo el primero en notarlo— y que es también un cuestionamiento violentísimo a casi todo lo que el hombre moderno creyó que podía conseguir a través de la razón y de la ciencia. Cito a estos escritores porque mi tema es el escritor en la posmodernidad, y porque el concepto de posmodernidad —me refiero al *concepto*, no a la palabra— no es en absoluto un concepto de las últimas semanas o de los últimos años. Ya fue previsto por poetas del siglo pasado, y a veces largamente razonado por pensadores de nuestro propio siglo —como

Nikolái Berdiaev, Martin Buber o Max Scheler—, muy anteriores a los llamados filósofos de la posmodernidad.

Pero, antes de seguir, quiero despejar un equívoco.

Se tiene como sinónimos *posmodernidad* y *posmodernismo*. En ese sentido se habla mucho, se "charla" mucho, diría Heidegger, del "posmodernismo", sin tener en cuenta que posmodernismo, si es algo, es a lo sumo una teoría estética nacida no hace demasiados años, vinculada a la arquitectura, que de allí pasó a la danza, luego al teatro; que aparece en los Estados Unidos y se desplaza a Europa, y que muy difícilmente pueda dar cuenta de los fenómenos literarios y filosóficos de nuestro tiempo. Sin embargo, se sigue hablando de arte posmodernista, de literatura posmodernista, e incluso de filosofía posmodernista.

Yo no voy a referirme al posmodernismo, sino a la *posmodernidad*.

Qué es la posmodernidad

En sentido estricto, la posmodernidad es sencillamente una edad histórica que viene después de la modernidad. O de otro modo: *es algo que sucede en la historia*. Pero no como "ismo" o como mera teoría estética, sino como fenómeno en algún sentido universal —aunque muchos otros sentidos no, y eso lo debatiremos esta noche—, un fenómeno, en suma, que no podremos entender si eludimos la palabra "historia", por más que ciertos filósofos llamados posmodernos traten de sacar esta palabra de la cuestión.

¿Cómo se nos define esa posmodernidad?

El mundo posmoderno estaría marcado por la aceleración de los avances tecnológicos y por la aparición de los medios de comunicación masivos; entendería el consumo como criterio básico de la economía, y desplazaría el saber o —para decirlo con palabras de uno de sus teóricos— vería como condición posmoderna del saber todo aquel conocimiento que puede ser trasladado a la informática. De acuerdo con esto, la ciencia ha llegado a un límite último; ya no es una buscadora de la verdad —algo comunitario, algo que vale para todos los hombres—, sino sencillamente una organizadora de aquellos

conocimientos que sirven a la técnica y, por lo tanto, está ligada al interés de las grandes corporaciones. El saber posmoderno apelaría a ciertas corrientes filosóficas —básicamente a algunas teorías de Nietzsche, de Heidegger, de Wittgenstein— en concurrencia con diversas disciplinas científicas con las que articularía un nuevo saber pragmático. En lo cultural sería además otras dos cosas: una polémica con los teóricos del estado post-industrial —Aron, Turaine, Bell, etc.— y, en un nivel más profundo, la negación de aquellos paradigmas del Iluminismo que hicieron de la razón, del progreso incesante y de la ciencia, los postulados del hombre moderno: aquella concepción renacentista de la libertad, la llamaría yo, que hoy parece haber llegado catastróficamente a su límite, pero que fue una lucha contra la superstición, contra la magia, contra el orden medieval, y con la que todavía el hombre del siglo XIX pensaba poner de pie las grandes doctrinas, las grandes causas de paz y justicia social, eso que hoy llaman "los grandes relatos" —grandes "relatos" casi en el sentido en que denominamos relato a la ficción, vale decir, fábulas—.

Pero esta condición del hombre posmoderno, que se nos aparece o se nos describe como universal, ¿es realmente universal? ¿Existen estos pasajes históricos de una época a otra época como universales?

El Renacimiento

Pensemos en el Renacimiento, que es el ámbito donde se origina el hombre moderno. El Renacimiento fue un fenómeno histórico y, sobre todo, un fenómeno histórico centroeuropeo. No se puede entender el Renacimiento como un mero movimiento estético, como la recuperación de los valores artísticos de la Antigüedad; fue un vasto y complejo acontecimiento histórico que abarcó *también* las disciplinas estéticas, y que instaló una nueva concepción del hombre en ruptura con el hombre medieval. Pero este Renacimiento, ¿ocurrió para todo el mundo? No: ni siquiera ocurrió para todos los países europeos. Cuando hablamos del Renacimiento estamos pensando, casi estrictamente, en el Renacimiento alemán y en el Renacimiento italiano. ¿Podemos hablar de un Renacimiento ruso?, ¿podemos

hablar de un Renacimiento español? Los pueblos europeos periféricos no conocieron ningún "renacer" porque no pasaron por el proceso histórico del Renacimiento. Y en cuanto a nosotros mismos, a los americanos, ¿qué tenemos que ver, como americanos, con el mundo renacentista? Sin duda, los viajes de la conquista, lo que se llama el "descubrimiento" de América —descubrimiento por parte de Europa, pues para los mayas y los aztecas y los incas y los araucanos esta tierra ya estaba descubierta hacía muchos miles de años—, sí, son un fenómeno renacentista en el sentido europeo, pero ¿qué tuvieron que ver con nuestras culturas, salvo, en algunos casos, en su destrucción?

La pregunta sería: esta posmodernidad de que hoy nos hablan Europa central y los Estados Unidos, ¿tiene que ver con el hombre argentino, con el hombre latinoamericano?

Y bien, aunque parezca un contrasentido, creo que sí. Esta vez sí tiene que ver con nosotros.

A diferencia del Iluminismo y de la modernidad que fueron, por decirlo de algún modo, vastos fenómenos parciales, hoy todos estamos pasando por un tiempo posmoderno. Somos también "pos modernos" por aquellos datos o rasgos de la posmodernidad a los que yo llamaría *sus rasgos negativos*.

Nuestro siglo

Si un hombre del Renacimiento, si un Leonardo o un Piero della Francesca resucitara hoy, podría creer que los grandes sueños renacentistas se han cumplido en nuestro siglo. Los viajes interplanetarios, la informática, las comunicaciones que nos permiten estar al tanto de un hecho casi en el mismo momento en que ocurre en otro continente, el avance de las ciencias físico-matemáticas, los espectaculares descubrimiento de la biología y de la medicina, dan la impresión de ser la culminación —y de alguna manera lo son— de aquellos sueños del hombre libre renacentista que luchaba contra el oscurantismo y contra la falsa religiosidad —y digo *falsa* religiosidad porque creo que luchar contra el sentimiento religioso es uno de los peligros de nuestro tiempo—, de aquel hombre moderno que quería

instaurar la paz y la justicia social en el mundo. Tal vez, si Leonardo resucitara (y estuviera muy poco tiempo en nuestro planeta) podría pensar que el Renacimiento, en efecto, ha llegado en el siglo xx a su culminación. Pero nuestro siglo, ¿es sólo eso? Nuestro siglo es, también, el siglo de las dos guerras mundiales, el siglo del Holocausto, y no me refiero sólo al holocausto judío: al holocausto del hombre en general. Al holocausto armenio, al holocausto gitano, a los sesenta o setenta millones de muertos de la Segunda Guerra, al millón y medio de muertos de la Guerra Española, a Vietnam, a nuestros treinta mil desaparecidos, a lo que está ocurriendo en este mismo momento en Bosnia y en Chechenia y en Ruanda y en los países más atrasados del mundo, a nuestros "chicos de la calle" y a todos los hombres y mujeres que mueren antes de cumplir el destino que les otorga la naturaleza, que es, si creemos en las palabras bíblicas, el de vivir por lo menos hasta los setenta años. No ha habido siglo más asesino que el nuestro. Hemos matado muchos más hombres en el siglo xx que todas las guerras y pestes anteriores de la Historia. Eso es también nuestro mundo contemporáneo y ésta es, también, la posmodernidad.

Esos rasgos que llamé "negativos" son los que nos afectan a todos. Y además hay otros.

Una guerra actual sería realmente una guerra de exterminio total. Hasta hoy se habló casi metafóricamente de guerras mundiales: lo eran sólo de nombre, no fueron guerras planetarias. La Segunda Guerra no nos afectó a los latinoamericanos; la Primera, fue un conflicto europeo. Si hoy ocurriese una guerra mundial, y en esa guerra fueran empleadas las armas genocidas que poseen las grandes potencias, sería, con toda probabilidad, el final para toda la especie: nadie podría dejar de estar comprometido *con los efectos* esa guerra, aunque no participara en ella. Cierto tipo de epidemias que en su tiempo se entendieron como castigos divinos o como pestes universales, no eran más que fenómenos muy localizados. Una enfermedad como el sida, en cambio, *es* universal. Lo tengamos o no, no hay nadie que esté exento del sida; sea homosexual o no, sea drogadicto o no. La falta probable de alimentos en nuestro planeta en los próximos cincuenta años; la tala irracional de los bosques; la

contaminación de los ríos y los mares; el agujero de ozono sobre la Antártida: cualquiera de esos fenómenos sería suficiente para acabar por sí mismo con nuestro mundo. ¿Qué pasa, entonces, cuando sentimos que estamos viviendo una época donde esas amenazas están reunidas y pueden estallar, en conjunto o individualmente, en cualquier momento?

No soy un escritor milenarista ni apocalíptico. No soy un profesional de la catástrofe. Sencillamente estoy describiendo los hechos tal como son para cualquiera.

Digo que *en este* sentido, la posmodernidad nos abarca a todos. En el otro, no, sin duda. ¿Qué es, para Ruanda, la informática? ¿Qué es, para Chechenia, la interdisciplina de las ciencias? ¿Qué es, para Latinoamérica, el acceso al Primer Mundo? Un sueño, una utopía, o tal vez la esperanza de llegar algún día a la modernidad, en la que de hecho la mayoría de los países del planeta todavía no ha entrado. Son los fenómenos negativos que describen el mundo contemporáneo los que sí nos afectan a todos.

Luego les voy a decir por qué *no creo* que el hombre total esté al borde de la catástrofe y casi sin pasaje de retorno; ahora quiero describir cuál es el ámbito filosófico y metafísico, la realidad espiritual que rodea esta realidad material en la que vivimos.

La Amplissima Domus

Los místicos del Renacimiento inventaron una hermosa metáfora para definir el universo. Lo llamaban la *Amplissima Domus*, la gran casa. La gran casa del hombre. El hombre, viviendo en esa casa, tenía lo que ellos también llamaban una *imago mundi*: una imagen del mundo. Para el hombre renacentista, el universo, por complejo que se hubiera vuelto, era todavía dibujable, por decirlo así. Seguían siendo concebibles los astros y sus desplazamientos por el cielo. Ya no era el cielo de Copérnico, pero incluso era un cielo mucho más claro que el de Copérnico: era más sencillo. Tres leyes le bastaban a Kepler para cifrar el universo. Se podía saber en qué casa vivíamos y, de alguna manera, se la podía dibujar. Habitábamos una casa comprensible.

El hombre contemporáneo, por sabio, por científico e, incluso, por "universal" que sea, no tiene ninguna idea de cómo es el universo. No puede saber cuánto va a durar ni por qué es. Ignora qué casa está habitando. Esto lo hace vivir en una sensación de orfandad muy grande que ya describió Martin Buber (*¿Qué es el hombre?*) al hablar de la crisis espiritual que se produce cuando se escinde, cuando se rompe la alianza entre el hombre y el universo. No es necesario creer en Dios —yo creo no creer— para sentir la verdad religiosa de esta frase de Buber. Se ha rescindido, se ha quebrantado el pacto con el universo o con Dios. Ya no sabemos en qué casa vivimos, no sabemos en qué mundo habitamos y ni siquiera sabemos para qué sirve la vida.

Si cuando yo tenía quince años se le hubiera preguntado a cualquier muchacho de mi generación: ¿cómo va a ser el mundo en el siglo XXI?, creo que habría tenido una respuesta. Podían ser respuestas arbitrarias, pueriles, respuestas de ciencia ficción; pero habrían sido respuestas. Para algunos, el mundo iba a ser como lo describían Ray Bradbury o Wells; para otros, ya habría llegado, por fin, la hora de las hermosas teorías socialistas. No importa si eran ideas disparatadas o pueriles, importa que era posible pensar el futuro y situarse imaginariamente en él. Pero cuando yo tenía quince años vivíamos en 1950, es decir, faltaba medio siglo para el año 2000. Si hoy se le pregunta a un chico cualquiera, a un hombre cualquiera, cómo va a ser el mundo dentro de cincuenta años, no sólo no tiene una idea clara de cómo va a ser ese mundo, sino que ni siquiera lo puede pensar. Y yo diría que a las nuevas generaciones casi no les interesa pensarlo. Esto crea una sensación ahistórica de falta de proyecto, que es lo que también define a la posmodernidad. El hombre posmoderno no sabe lo que va a ocurrir, no le interesa lo que va a ocurrir y ni siquiera puede pensar en lo que va a ocurrir. Esta sensación de inseguridad hace que pasen a primer plano teorías individualistas y personalistas, no en el sentido en que le daba Mounier al personalismo (me refiero al filósofo cristiano francés que fue quien estableció tal vez antes que Sartre la noción del compromiso y que entendía "persona" no como individuo aislado sino como singularidad social dentro de una comunidad) sino en el lato sentido de egoísmo. Tal estado de cosas ha llevado a la

moral del “carpe diem”: a sentir que el presente es lo único que tiene el hombre.

Esta famosa apelación del “carpe diem”, es, como todo el mundo sabe, un verso de Horacio que viene recorriendo la historia desde hace dos mil años. Todos los hombres hemos sentido alguna vez que ese “cortar la flor del día” era la verdad esencial de nuestra condición. El *vivamus, mea Lesbia*, de Catulo, las palabras de Hamlet en la tumba de Yorick, el soneto de Ronsard a Elena, son otras tantas formas del “carpe diem”. De hecho, siendo objetivos, ¿qué tenemos que no sea el presente? Estamos ahora y aquí, y eso es todo. No es ningún descubrimiento formidable, sino la descripción más trivial de lo que se llama “vivir”.

Sin embargo, cuando esta verdad baladí se traslada a una teoría general del “no proyecto”, del “no futuro”, empieza a transformarse en algo así como en la filosofía del “qué me importa”. No importa qué es mundo ni a qué hemos venido al mundo: se ha borrado la *imago mundi*, el dibujo del mundo en el sentido científico y en el sentido metafísico.

La mansión en escombros

Pero bien, y ahora retomo la pregunta que dejé pendiente: ¿qué es, en este caos, lo que aún permite no ser pesimista?

Creo que justamente *a causa* del momento catastrófico y —para algunos escritores como Sabato— casi apocalíptico que estamos pasando; justamente por esos rasgos negativos universales que tiene la posmodernidad, se puede reconstruir aquello que los antiguos llamaban la *Amplissima Domus*. Hay una fuerza espiritual que se manifiesta únicamente en momentos críticos, muy misteriosa, que les ha hecho pensar a algunos filósofos, tal vez con candor, pero al menos con motivos, que el hombre es esencialmente bueno. Yo no sé si es esencialmente bueno o esencialmente malo; pero sé que esa fuerza espiritual existe. Elijo un ejemplo deliberadamente trivial. Podemos detestar a nuestro vecino, o desdeñarlo, o no saludarlo, vivir en una casa de departamentos donde no conocemos el nombre de nadie. Si se

incendia esa casa, nos vamos a encontrar con que estamos salvando al chico de ese hombre que no nos interesaba. O hasta su televisor. O su ropa. Cuando un barco se hunde son las mujeres y los niños, no importa *quiénes* sean, los que se salvan primero. Porque hay una noción, muy por encima de la moral, que es la noción de la ética, que piensa y privilegia antes a la especie que al individuo. En una sociedad en catástrofe, en una ciudad acosada por un terremoto, si hay un edificio que se incendia o se derrumba se tiende a ayudar y a colaborar con el otro, y se acepta con naturalidad que el otro colabore con nosotros. Si el hombre no fuera esencialmente un ser comunitario, eso de ninguna manera ocurriría. Hay ciudades enteras atentas a lo que puede suceder con un chico que está debajo de las piedras de un derrumbe. Pasa a cada momento. Pasó cuando la bomba en la AMIA. Todos estábamos pendientes: "¿habrá todavía alguien?, ¿se salvará?, ¿se oyó que alguien respiraba?". En esos instantes límites y dramáticos es donde se restablece el sentimiento de lo comunitario de la especie. Si entendemos el mundo actual como una casa que se derrumba o como un barco que se hunde —como tendremos que entenderlo dentro de no muchos años—, sin duda vamos a restablecer, desde sus escombros, la *Amplissima Domus* del hombre renacentista. Vamos a darnos cuenta: ésta es nuestra casa, es la única casa que tenemos y esta casa se viene al suelo. Hay que apuntalarla de alguna manera.

Las teorías ecológicas, todo el sentimiento solidario que hoy se tiene respecto de la naturaleza y de las especies animales, parte del descubrimiento de ese principio elemental. Yo diría, también, que todas las teorías emancipadoras de nuestro tiempo tienen que ver con eso.

La inclusión de la mujer en el mundo contemporáneo como portadora de soluciones, nos habla de lo mismo. La mujer es la que está más cerca de la naturaleza. Mi generación se crió desdeñando a la mujer y desdeñando a la naturaleza. Para los grandes pensadores que nos formaron, hombres ilustres y generosos que parecían tener un conocimiento total del mundo, la naturaleza siempre fue lo negativo, lo "otro", lo antihumano. La naturaleza, en tanto opuesta a la voluntad creadora del hombre, era reaccionaria. Thomas Mann y

Sartre la sentían estúpida. Para Freud, acaso ni siquiera existía: existía el hombre interior, el inconsciente. La mujer nos ha puesto otra vez del lado de la naturaleza. Son las mujeres las que hablan con las plantas, las que las riegan, las que nos enseñaron a cuidar a los animales, las que tienen una relación casi corporal con el mundo. Atender a esas teorías larvales es, también, atender a la perduración de nuestro planeta.

En cuanto a qué significan las comunicaciones aceleradas, las computadoras, el estar conectado con Internet, los microprocesadores y los chips —los rasgos llamémosles positivos de la era posindustrial en los países desarrollados—, me da la impresión de que eso, en Latinoamérica, será un tema de discusión que nos llegará con algún retraso. Latinoamérica no ha llegado a la modernidad y tal vez tenga que saltar Edad Moderna para acceder al porvenir. Latinoamérica es todavía un territorio bárbaro. Pero, al mismo tiempo, es el territorio de la utopía y de los sueños.

Otro de los tópicos de los teóricos de la posmodernidad es el fin de la utopía y la muerte de las ideologías. Parecen no haber pensado que el discurso teórico de la posmodernidad no es más que una ideología. No es más que eso que Lyotard llamaría "un relato" —aunque dudo que Lyotard quiera llamar relato a lo que nos dice de la posmodernidad— con la diferencia de que no es un gran relato, como el relato heroico de las emancipaciones sociales, es un relatito, análogo al que ha articulado siempre el Poder cuando ha establecido, como leyes universales, como Absoluto, el pensamiento de una clase o de una casta que detenta ese poder. Lo hizo, a su manera, Hegel, cuando puso al Estado prusiano en la cúspide de su filosofía; lo hacen los teóricos norteamericanos y europeos cuando dicen que se acabaron las utopías. ¿Qué nos quieren decir? Que se acabaron las utopías comunitarias. "El fin de las ideologías", ¿de qué ideologías? De las ideologías de la emancipación y la libertad. "El fin de la historia". ¿De qué historia? De la historia socialista. ¿Qué nos están diciendo, en suma?: Dejemos las cosas como están, así están bien, tenemos el poder, tenemos nuestro auto y nuestro televisor, entramos en Internet, ya nos peleamos bastante los unos con los otros para conseguir un

lugar en la fiesta del milenio. ¿Y los pobres de mundo...? Bueno, qué se le va a hacer; los pobres son una calamidad que habrá que soportar hasta que se extingan lentamente. El Poder no acepta decir lo que piensa. Y lo que piensa es que el mundo estaría mucho mejor si, de una vez por todas, los pobres, los pobres ya innecesarios, desaparecieran bruscamente. Cuando alguno se decida a articular esa idea, no tengan duda de que volverán las grandes represiones, los nuevos holocaustos y los crímenes masivos, como ha pasado tantas veces en la historia.

¿Cuál es entonces, todavía, la función de un escritor en este mundo?

Primero, mostrar el problema; parece muy poca cosa, pero, como decía De Quincey, ver un problema quizá no es menos que encontrar su solución. Segundo, no abdicar de su condición de intelectual. O en otras palabras: volver a ser con naturalidad lo que se llamaba, en alguna época, un intelectual "comprometido".

Después hablaremos sobre qué entiendo por compromiso intelectual pese a negar el compromiso en la literatura.[14]

El intelectual

La palabra "intelectual" nació marcada por el desdén. Nació en Francia, cuando el famoso Manifiesto de 1898, y es la palabra que utilizó Clemenceau, el director del periódico *La Aurora*, para llamar a esa protesta: *Manifiesto de los Intelectuales*. Maurice Barrès, algo así como un fascista *avant la lettre*, contestó a ese escrito diciendo que no había nada peor que estas pandillas de semi-intelectuales, aristócratas del pensamiento, pobres infelices que sentirán vergüenza de pensar como simples franceses. O de otro modo: los intelectuales son unos idiotas que no saben lo que es la realidad y opinan acerca de la realidad. Como aquel manifiesto estaba masivamente firmado por escritores —Émile Zola, Anatole France y Marcel Proust— que hoy son nombres paradigmáticos de la literatura francesa, se ha sentido desde entonces que el intelectual es, esencialmente, el escritor.

Esto es más o menos cierto, lo que significa que también es más o menos falso. No solamente el escritor es un intelectual. Un profesor

también es un intelectual, un periodista, un maestro, un abogado o un psicoanalista también son intelectuales. Y si definimos como intelectual a aquel hombre que para realizar su tarea utiliza la inteligencia, casi diríamos que la cantidad de intelectuales que hay en el mundo es mucho mayor de lo que se cree. Un plomero, para manejar una terraja, no sólo tiene que emplear su fuerza, sino hacer ciertas precisas operaciones mentales: tiene que trabajar con la cabeza. A la inversa, un gran ajedrecista —el ejemplo es de Sartre, si no me equivoco— prácticamente no hace más que pensar; sin embargo, ¿se le puede llamar intelectual? Pensar, entonces, es condición necesaria pero no suficiente para designar a un intelectual. Hay hombres que piensan todo el día y no son intelectuales. Pero un profesor, un maestro, un psicoanalista, piensan y además son intelectuales. ¿Qué es, entonces, un intelectual? ¿Se define sólo por lo que hace? Se define más o menos por lo que hace. No es una clase social ni aparece constituido por su oficio; es algo así como una casta. Una casta intermedia que está entre el hombre común y lo que llamamos "Estado", vale decir, entre el hombre medio y el Poder. Pero no hay que confundir Poder o Estado con gobierno. Digo Estado en el sentido que Gramsci le daba a la palabra. Hoy, en la Argentina, nuestro Estado es tanto el Presidente de la República y sus ministros, como ciertas dinastías nacionales o corporaciones extranjeras, como, para decirlo en dos palabras, todos los que tienen el dinero y detentan el poder real. Debajo de eso, una capa de profesores, médicos, psicoanalistas, escritores, periodistas, son la casta intelectual y son, casi por definición, quienes están destinados a traspasar las ideas del Poder al hombre medio, y hacerle creer (a veces) que esas ideas son la Idea Absoluta de una sociedad definitiva, ya para siempre acabada, quizá perfecta y sin posibilidad de cambio. Éste es el intelectual tradicional, el intelectual utilizado por el Poder y que, de alguna manera, también pertenece al Poder.

Pero hay otra clase de intelectual, el intelectual de Gramsci, el intelectual definido y puesto en acto por Sartre, el intelectual representado por un pensador posmoderno como Jürgen Habermas. Un intelectual que se establece como tal no por su aceptación de las

normas morales y políticas del Poder, sino por su oposición a esas normas.

Ése es el concepto de intelectual que todavía podemos recuperar y, yo diría, debemos recuperar, y para eso basta tomar conciencia de diversos *problemas* éticos que aparecen dados en la realidad como si fueran fatalidades absolutas.

Cuando un psicoanalista cura —o se supone que cura— a un enfermo, ¿qué está haciendo realmente? Está devolviendo ese hombre a la sociedad que lo enfermó, hombre que, si fue enfermado por esa sociedad, volverá a ser un enfermo o en el mejor de los casos un neurótico amansado. El psicoanalista tiene la obligación —esto no es una idea mía, ya lo vieron en el sesenta Cooper y Laing y tantos otros — de pensar ese problema para ver si la terapia es todo lo que puede hacer como intelectual, o si hay algo más que la terapia. Cuando un abogado establece determinados parámetros de justicia, debería pensar si es meramente un acusador profesional o un defensor a cualquier precio de aquel que lo ha comprado para que lo defienda, o es realmente alguien que está formulando los principios éticos de la justicia. Y un escritor es un hombre que, por lo menos, tiene que empezar a pensar para qué sirven las palabras, aquello que Edgar Poe llamaba "el poder de las palabras", el poder transformador y movilizador de las palabras. Poder que se ha manifestado en todos los tiempos, porque, para dar un solo ejemplo intachablemente burgués, la Revolución Francesa no se hizo sólo con las armas o con la gente que salió a la calle: fueron los poetas, los escritores, los enciclopedistas, quienes la formularon primero. Del mismo modo que nuestras revoluciones americanas contaron siempre con sus hombres de letras y sus artistas, incluso con sus curas, que también solían ser poetas y pensadores, para transformar la sociedad. Si no tomamos en cuenta para qué sirven las palabras, en vez de probar "el poder de las palabras" nuestras palabras van a seguir siendo sencillamente *las palabras del poder*.

Hoy se nos quiere hacer creer que los escritores deben limitarse a imaginar ficciones y los poetas a escribir poemas y, sobre todo, a pensar en el problema del mercado. Se quiere crear una generación de

escritores para quienes el mercado es algo así como la “ley moral”. Yo creo que aquellos escritores que somos un poco de museo, los viejos escritores de la vieja generación del sesenta, que nunca renegamos de escribir poemas, novelas o cuentos, tal vez tenemos algún derecho a establecer para qué sirven todavía las palabras.

Para terminar, para que empiecen ustedes a hacerme las preguntas, me limito a repetir una respuesta que ya di hace un tiempo acerca de este problema.[15]

La pregunta era cuál es el lugar del escritor en el mundo contemporáneo, o en el mundo posmoderno. Yo dije que la pregunta sería más fácil de responder —y la respuesta, más desalentadora—, si nos preguntáramos por el lugar del arte en general. Si lugar significa influencia o importancia práctica, el arte no ocupa ningún lugar. En los años sesenta, o hasta los años sesenta, podía hablarse de la misión del escritor, de su destino, de su compromiso histórico. Se hablaba de la literatura como arma, como herramienta o como modo del conocimiento. Como una especie de artefacto estético, en suma, destinado —aunque fuera a largo plazo— a influir sobre la gente o a cambiar el mundo. No importa que estas ideas fueran falsas, no importa que con una novela no se pueda cambiar el mundo. Lo que importa es que eran ideas que podían pensarse y, sobre todo, que al escritor le permitían escribir. Hacer poemas, hacer novelas, siempre fue un oficio secretamente vergonzante. El problema del escritor actual es que ya no se pregunta para qué sirve la literatura; y no se lo pregunta por miedo a la respuesta. Siendo escritor, uno no puede reflexionar acerca del sentido general de la literatura, sin caer en cuál es el sentido particular de *mi* literatura.

El escritor tradicional resolvía el problema imaginando que, por lo menos, era un ser necesario. Una especie de trabajador marginal o de filósofo marginal, pero, a fin de cuentas, necesario. Hoy sospecha que esta coartada es falsa, y, con simulada humildad, se vuelve pragmático: se ve a sí mismo como un puro objeto de la economía de mercado. Un libro (piensa) es algo que se vende, por lo tanto, su autor es un productor de bienes de consumo. La finalidad de una novela no es perdurar, ni testimoniar el mundo, ni siquiera ser leída: la finalidad

de una novela es ser vendida. Los editores y los suplementos culturales nos han acostumbrado a eso. No hay listas de mejores libros. Nadie hace una lista de mejores libros. Se les llama *best sellers*, que quiere decir "mejor vendidos" o "más vendidos". No hay ni siquiera una categoría de valor. ¿Más vendidos? Si algún día a alguien se le ocurriera hacer una competición un poco heterogénea, y pusiera en el mismo rango, televisores, marihuana, computadoras y novelas, sin duda, desaparecerían los libros de esas listas de *best sellers*. En un país donde las obras de ficción, y no hablemos de la poesía, no venden más de dos o tres mil ejemplares, y esto cuando son una especie de acontecimiento nacional, es difícil, siendo escritor, sentir que todavía se ocupa algún lugar. ¿Quién tiene la culpa de esto? Confieso que no sé. Y confieso que el aspecto editorial del problema no me importa demasiado.

Estamos atravesando por lo que yo llamaría una crisis universal del sentido. La religión, la ciencia, el arte, ya no dan respuestas a nadie. El final de la historia, el fin de las ideologías, la muerte de las utopías, quieren decir, sencillamente, que no le vemos sentido al mundo. La pregunta, entonces, sería: ¿qué sentido tiene la literatura en un mundo sin sentido? No hay más que dos respuestas. La primera: ningún sentido. La segunda, es precisamente la que hoy no parece estar de moda. El sentido de la literatura, como el sentido del arte, es imaginarle un sentido al mundo y, por lo tanto, al escritor o al artista que hacen esa literatura o ese arte. En esto, el escritor actual, el escritor del siglo pasado o de los años sesenta, el escritor de la época de Dante, son exactamente la misma cosa. El escritor de ficciones escribe para establecer un sentido nuevo del mundo; como decía Unamuno, "para devolvérselo en orden a Dios". Para hacer con los fragmentos de ese mundo despedazado una "otra" cosa que, en la esfera de la estética, se llama el objeto poético, y en la obra de pensamiento se seguirá llamando ideología, política, ética.

Dije hace un momento que el arte no ocupa ningún lugar. Ésta también me parece una buena respuesta, una respuesta metafórica y, por lo tanto, literaria. Todos sabemos que utopía significa precisamente eso: no lugar, ningún lugar.

Un escritor no es sólo un señor que publica libros y firma contratos y aparece en la televisión. Un escritor es un hombre que establece su lugar en la utopía.

1 Personaje de *El Evangelio según Van Hutten.* [N. de E.]

2 "Paulo mejora el canario": broma de los pupilos del colegio Don Bosco, a partir de "*Paulo majora canamus*" ("cantemos sobre cosas más elevadas"), de la Égloga IV de Virgilio. [N. de E.]

3 Se trata de *El faro.* Dos páginas de un supuesto cuento inconcluso que Poe habría dejado al morir. Se publicó en Estados Unidos hacia 1944. [A.C.]

4 La primera fue en 1958. La última, hoy, antes de decidirme a destruirlo realmente. [A.C.]

5 La anotación a máquina termina aquí, en el final de la línea. Si existió otra página, falta. Las anotaciones del cuaderno que parecen diferentes son las del 28 de septiembre, y la última, escrita a lápiz. [A.C.]

6 Cuando en 1958 escribí lo anterior, pensaba, entre otras cosas, transcribir todo el cuaderno. No voy a hacerlo. Me basta con recordarlo. [A.C.]

7 Libro de poemas inédito. [N. de E.]

8 Poema del libro citado. [N. de E.]

9 "Noche de Epifanía", *El espejo que tiembla*, 2005. [N. de E.]

10 Premio de Honor de la Provincia de Buenos Aires. [N. de E.]

11 Régis Debray, *La guerrilla del Che*, 1974. [N. de E.]

12 Cfr. *El oficio de mentir*, 1996. [N. de E.]

13 Conferencia en la Feria del Libro, Córdoba. Transcripción magnetofónica.

14 El problema del compromiso se discutió en las conversaciones posteriores. Esquemáticamente resumido es así: la poesía y la literatura de ficción, como objetos estéticos, no necesitan ser "comprometidas"; es el escritor o el poeta, como intelectual, quien compromete sus opiniones o sus actos.

15 Lo que sigue, fue, inicialmente, publicado en el diario *Página/12*, de Buenos Aires. Con leves variantes, figura en el libro *Ser escritor*. [A.C.]

1997

enero 1

Salgo a caminar con Sylvia por Balvanera, a las diez de la mañana. Buenos Aires, vacía, es una ciudad acogedora y casi humana. Compro el Almanaque Mundial para ver qué ocurrió en el mundo en el nebuloso año que pasó. Suelo hacer esto desde mi adolescencia, y, si no me engaño, tengo en la biblioteca el de 1957. Le compro a Sylvia un ramo de flores de cuatro pesos, que el florista le rebaja a tres, y siento que es una buena manera de empezar el año.

enero 2

Me despierto a las seis de la mañana, después de haberme acostado, anoche, a las diez y media. Esto, que para otros puede ser un horario razonable, para mí es desastroso, y significa que andaré flotando, como inflado de imbecilidad, durante casi todo el día.

El mes pasado se enfermó nuestra gata Tatiana. Primero desapareció, según ese estoico concepto de la existencia propio de los gatos, que los lleva a esconderse cuando se enferman o se sienten morir. Creímos que se había caído por la ventana del dormitorio, al interior del edificio principal, o por el balcón, a la calle. Sylvia salió a buscarla por el vecindario. Yo terminé trepado al techo de la casa, lugar que abarca algo más de un cuarto de manzana. Tuve la casi certeza de que no aparecería más, y de pronto ahí estaba, dentro de nuestra propia

casa, junto a Agustín. Había estado oculta sabe Dios dónde, toda una mañana.

La curamos, o eso creo, con la ayuda de María Laura, inyecciones, *etc.* A la hora de las inyecciones debía sujetarla yo. Lo conmovedor es que se dejaba sujetar, cosa rarísima en un animal tan arisco. Mucho más conmovedor es que ahora sigue mansa y duerme cerca de mí, como si me hubiera perdido el miedo, o por lo menos la desconfianza que antes me tenía.

Si algún día existe un futuro lector de esta anotación y piensa que en un mundo como el que nos tocó vivir es un poco exagerado, un poco burgués, un poco injusto preocuparse tanto por un gato, le respondo de antemano: Váyase a la puta que lo parió, querido amigo.

enero 6

San Pedro. Antes de salir de Buenos Aires me llega un número de la *Revista de Occidente*, en la que publicaron "La mujer de otro". Recordé —no sin una tenue y festiva animosidad— que durante años, mientras sacábamos *El grillo de papel* y *El Escarabajo de Oro*, les enviábamos un ejemplar y nunca nos contestaron, ni siquiera para acusar recibo. En este mundo todo da la impresión de suceder con treinta años de retraso.

Llegamos el viernes, hoy es lunes. Sylvia debió viajar ayer para Buenos Aires. Estoy solo en la casa de San Pedro. Ni siquiera leí. Lo digo sin el menor remordimiento.

Anoche, en casa de Fernando, frente a Susana y Rosaura, desplegué todo el abanico de mis dotes histriónicas. Estaba tan divertido que hasta yo me divertí. Tal vez he desperdiciado una de mis posibilidades secretas: la de cómico.

enero 20

En Buenos Aires. Osvaldo Soriano está muy enfermo. Lo que exactamente me dicen es que se muere. No es fácil creerlo. Mempo Giardinelli viene a casa y se lo comento, se perturba tanto que me

arrepiento de haber hablado.

enero 29

Me zumba el oído izquierdo. Como si lloviera, muy lejos, dentro de mi cabeza.

Me pasó algo rarísimo. Desapareció de la máquina lo que escribí en los últimos días. Buscándolo, miré los archivos de otros cuadernos, por si había ido a parar a enero de algún año. Lo primero que leí, al pasar, fue la anotación del 27 de enero de 1995.

enero 30

Ayer, a las seis de la tarde, murió Soriano. Es absurdo: hasta *la hora* de su muerte es absurda. Murió a la hora en que solía levantarse de dormir. Todos, hasta los que no éramos sus amigos íntimos, estamos atónitos y consternados. Tenía cincuenta y cuatro años. Era uno de los escritores más queridos de nuestra generación, y, seguramente, el más leído. Le gustaban los gatos, le gustaba la noche, era provinciano: esos tres datos hacen que me sienta un poco más solo en Buenos Aires.

Lo vi muy pocas veces en mi vida. Él recordaba la primera. Una reunión de *El Escarabajo de Oro*, en el bar Canadian de San Juan y Boedo, donde, según decía, le destrozamos un cuento espantoso y hasta alguien le aconsejó (él asegura que fui yo) que lo tirara sin remordimientos a la basura. Yo no consigo recordar esa reunión, ni su cara de aquella época, y estoy seguro de que no estuve nunca en esa mesa de café. Una vez me dedicó algo, donde más o menos decía "aunque a Castillo no le gusten mis cuentos", lo que prueba su generosidad y su exageración, ya que, en todo caso, no me había gustado uno solo. Siempre lo quise en secreto, y hace muy poco, la última vez que lo vi, me enteré de que él también me estimaba. Sylvia y yo nos encontramos con él hace unos pocos meses y estaba más sano que un pirata. Nos habló de Tandil, de París, de la casa de Alejandro Dumas. Parecía fascinado por la popularidad de Dumas; contaba que una vez, después del teatro, una multitud lo siguió a su casa y, como

Dumas tenía que escribir, se los sacó de encima invitando a todos a cenar en no sé qué restaurante, a su cuenta. En las conversaciones entre escritores tendemos a teorizar sobre Joyce, sobre Mallarmé, sobre los adjetivos de Borges: él habla de Dumas. Le hubiera gustado ser Dumas.

Me habló de un viaje desde Tandil, para venir a ver *Israfel*, de los editoriales de *El Escarabajo*, no mencionó la historia del cuento.

Lo que siempre admiré en él es su capacidad de trabajo. Es uno de los pocos escritores argentinos que escribe. Desde *Triste, solitario y final* no dejó de escribir, novelas, cuentos, notas periodísticas. Juan Forn me contó hace dos noches que tenía proyectada o a medio escribir o ya escrita una nueva novela que, contada por el gordo, parecía extraordinaria. Esa noche, en casa de Juan, sonaba a cada momento el teléfono. Saccomanno para saber qué pasaba. Dal Masetto para decir que se dejaran de joder, que era una exageración, que Osvaldo iba camino de ponerse bien. De la redacción del diario para pedirle a Juan que fuera preparando una nota necrológica...

Liliana, que una vez le criticó sin piedad una novela, estaba desolada cuando la llamé. Sylvia hoy andaba como aturdida de tristeza por la casa. Vlady Kociancich me llamó por teléfono para preguntarme si iba a ir al velorio; tenía miedo de que no hubiera escritores ahí, de sentirse sola. Dijo algo conmovedor, dijo que era como si nos hubieran borrado la imagen de alguien en una fotografía de familia.

No voy al velorio. No voy a ir a *ningún* velorio; no fui al de De Lellis ni al de Marechal ni al de Costantini ni al de Briante, ni siquiera fui al velorio de mi padre. No sé bien qué quiso decir Jesús con aquello de dejar que los muertos entierren a los muertos, pero, al menos en eso, sigo siendo cristiano.

Escribo todo esto embrutecido por el diazepán a causa de un zumbido en el oído que no me deja ni pensar. Juego unas partidas de ajedrez con la computadora. Vuelvo al cuaderno, releo lo que escribí y me doy cuenta de que hablo de Soriano en presente.

Me enteré de su muerte por Paola, quien quizá no lo había visto

nunca y ni sé si había leído sus libros. Es raro el modo de existir que tienen ciertos escritores. Están ahí, todo el mundo siente que es bueno que estén ahí, los conozcan o no, los quieran o no.

once de la mañana

Dormí una o dos horas y volví a levantarme, lúcido como un pescado. Sylvia sale de casa para ir a la sociedad esa de periodistas, sin saber muy bien la dirección, y ya no puedo dormirme.

Todo el día de ayer, desde las seis de la tarde, no ha hecho más que sonar el teléfono. *Clarín*, *La Nación*, *Página*, Radio del Plata, Radio Continental, *Noticias*, qué sé yo. Se me ha roto el contestador automático y no tengo más remedio que atender yo. ¿Cómo creen que uno puede escribir "antes del cierre" algo medianamente decoroso sobre un escritor que acaba de morir? Sólo contesto al dictado las ineludibles, una porque Claudio Zeiger me asegura que incluirá la palabra "dictado", otra porque Jorge Aulicino, que a fin de cuentas es poeta, me asegura que se encargará de los puntos y las comas.

Sylvia trajo los diarios de la mañana y volvió a salir. El dibujo de *Página* es mucho mejor que cualquiera de las notas publicadas. El gordo de espaldas, yéndose, como el Chaplin al final de la película, con las manos en los bolsillos, y yéndose junto a él, con un mínimo puntito blanco en el culo, un conmovedor gato negro que milagrosamente remite a Poe.

enero 31

Escribo estas palabras como un acto de magia encantatoria. Para terminar, por adelantado, con este mes que había empezado tan bien con mi ramo de flores de tres pesos.

febrero 4

El domingo, hace dos días, un cólico renal que me dura desde las siete

de la mañana hasta las tres de la tarde. Vomito de dolor. La última vez que tuve uno de éstos, fue cuando el terremoto de Caucete, hace como quince años. El primero, al poco tiempo de abandonar la bebida, cosa, según el médico, que pudo ser su origen (?). Este mes empezó, por lo tanto, de la peor manera posible. No tiene más remedio que mejorar.

febrero 5

La última anotación del mes pasado era realmente un exorcismo. Estaba esperando los resultados de los análisis y de las radiografías que me ordenó el encantador doctor Larguía, quien resultó ser mi lector. Todo tan formidablemente en orden que parece mentira. Presión: 13; 7. No colesterol. No nada. Ni siquiera artritis en el cuello. Toda esta belleza no impidió —tal vez estimuló— el cólico renal, que me dejó hecho un trapo.

En cuanto al zumbido, me dijo que más bien me desentienda, que me haga hacer masajes y no mezquine diazepán.

febrero 16

Desde hace unos diez días, estamos en San Pedro. Días puramente materiales. Visitas al médico, arreglos de la casa, en Buenos Aires y acá, gasto quizá excesivo de dinero, una carta a un periódico, *El imparcial* de San Pedro, en defensa de tres perros. Como no tengo nada mejor que hacer, paso a copiarla.

VIDA DE PERROS

He leído las dos notas sobre los perros del Club Los Andes, que publicó este periódico. Con la primera, la de la señora Laura Mac Nally, estoy, y no sólo yo, plenamente de acuerdo. Sobre la segunda, quiero puntualizar algunas cosas, no sin antes señalar que no estoy polemizando con el señor M. ni tengo nada contra él. Mi tema son sencillamente esos tres perros.

El señor M. señala que los derechos de las personas terminan donde

empiezan los de los demás, lo que me parece un lugar común algo escolar pero es una irrebatible definición de las libertades civiles. Sólo que acá no estamos hablando de Instrucción Cívica sino de tres perros. Que yo sepa, esos tres perros no han coartado los "derechos" de ningún integrante del consorcio, al que desde hace quince años pertenezco. Sencillamente son tres animales, perfectamente mansos, guardianes y simpáticos. Ladran a veces, eso sí. Pero lo raro sería que tocaran el violín. También ladraron el día que alguien quiso robar la casa al señor M.

El autor de la nota señala que existe, a la entrada de Los Andes, un cartel que puntualiza "la prohibición de tener o permanecer perros en el Club Los Andes" (sic). El inesperado deslizamiento semántico del verbo "tener" al verbo "permanecer" le permite dictaminar que esos perros —que viven en el Club desde hace años, y que por lo tanto permanecen en él— deberían irse. Para empezar, el cartel sólo dice que está prohibido *entrar* con animales, porque si tomáramos medidas con todos los animales que *permanecen* en el club, deberíamos expulsar a las lombrices, los bichos colorados, los jejenes, los sapos, algún socio y otras especies que de hecho permanecen dentro del predio. El cartel está dirigido a los socios, no a esos perros, que no entraron con ningún socio, sino, repito, que estaban en este Club desde bastante antes que muchos de nosotros.

Esos perros, dos hembras y un macho, están sanos, vacunados y alimentados. Las perras han sido esterilizadas por el doctor Daniel Pointis, y mi mujer se encarga de pagar la comida que les trae la persona que cuida mi casa. También les dan de comer y los protegen la señora Mac Nally y las familias Lafert y Piccagli, entre otros, por no hablar de casi todos los chicos que vienen los domingos y que suelen preguntar por Olivia, la Negra y Bartolo, con infinito más cariño que por algún expectable integrante del Consorcio. La nota asegura que estos animales —me refiero a los perros— "destruyen la parquización con el consabido perjuicio económico", emiten "ruidos molestos en las horas de sueño" (léase: ladran), se pelean con los gatos y ocasionan muchos otros problemas "con los que no quiero convivir". *No quiero*, dice la nota. No responderé que semejante argumento vale tanto como

el inverso —la señora Mac Nally y otros cuantos integrantes del Consorcio *sí quieren*—, porque haríamos de este asunto una cómica cuestión de querendones. Sólo señalaré que yo no he visto un solo perro en el mundo capaz de "destruir" una parquización, aunque reconozco su irrefrenable tendencia a correr gatos. Gracias a Dios, casi nunca los alcanzan.

Suele argumentarse también que estas fieras revuelven los tachos de basura y rompen las bolsas de residuos. Basta mirar la barriga de esos rechonchos animales para darse cuenta de que es imposible. Hambre no tienen. Sospecho lo siguiente: 1) o bien algún ser humano depreda esos tachos y bolsas, para inculpar al trío; 2) o bien los responsables son otros perros ilícitos que, de noche, entran por los sectores no alambrados del Club. Lo primero no tiene solución, ya que la especie humana es inmune a la decencia. Lo segundo se arreglaría, en unos días, alambrando lo que falta del perímetro o alzando el nivel de los tachos.

Con un tono inelegante y altivo, el señor M. le pregunta a la señora Mac Nally cuáles son sus antecedentes, o para ser exacto: dice que le agradaría tener referencias sobre la posición que ocupa ella dentro del Club.

No entiendo qué tiene que ver esa pregunta con los tres perros, pero, dado que la señora Mac Nally no puede ponerse en la molesta situación de enumerar sus propios méritos, paso a responder yo. La señora Laura Mac Nally es una persona intachable, sensible y educada, ama a los animales y pertenece a una de las familias más antiguas y queridas de San Pedro. Es, por otra parte, la esposa de un integrante de la Honorable Comisión Directiva de Los Andes.

Como temo que, al ponerme de su parte, y de los perros, alguien tenga la pésima ocurrencia de preguntarme a mí por mis antecedentes, se los adelanto para ahorrarme una futura respuesta.

En cuanto al Club: he sido uno de sus más antiguos asociados desde que Los Andes funcionaba en una pequeña habitación frente a la Plaza Belgrano, hace algo así como cuarenta y cinco años. Fui campeón de ajedrez de esta institución y formé, con el profesor Jorge Figueroa y mis amigos César Farabollini y Aldo López, el mejor equipo de tenis

de mesa de San Pedro y quizá de la Provincia. Gané, jugando en representación del Club, diversas copas en ambas disciplinas. La réplica de uno de los trofeos de ajedrez está en mi casa y puede ser admirada, o lustrada, por quien desee tomar contacto con el pasado.

Pero por si acaso, es decir, por si los antecedentes que se requieren para defender a tres perros son de otro tipo, puedo informar a quien intente enviar esos animales a Bromatología, que también soy Primer Premio Internacional de la UNESCO, Premio Nacional de Literatura Esteban Echeverría, Primer Premio Municipal de Novela de la Ciudad de Buenos Aires, Premio de Honor de la Provincia de Buenos Aires, compartido con Ernesto Sabato y Marco Denevi, Consejero de Presidencia de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, y Premio Konex de platino, entregado por el doctor Menem, Presidente de la República. Esto último puede no honrarme, según se mire la cosa, pero de alguna manera, sumado a todo lo demás, honra quizá a San Pedro, al Club, a los integrantes del Consorcio y hasta a los tres perros.

Lo que seguramente no me deshonra es lo siguiente: la escritora Sylvia Iparraguirre, mi mujer, pertenece a Greenpeace y a la Asociación para la Defensa de los Derechos del Animal, como tampoco me deshonra el haber sido declarado Ciudadano Ilustre de San Pedro.

Si alguien espera que ahora pregunte yo por algún antecedente ajeno, se equivoca. No me importan los antecedentes de nadie, ni siquiera los míos. Me importa la vida de esos tres perros.

A.C.

En suma, que me divertí bastante escribiéndola. El M. de la carta es el mismo ambiguo personaje sospechado de vender la camioneta donde se transportó la bomba que hizo volar la AMIA, en 1994, y que mató a ochenta y cinco personas; de ahí, mi énfasis en la cuestión de los

“antecedentes”. Nunca se le comprobó nada, pero no deja de ser un tipo algo siniestro. Lo formidable del asunto es que resultó tener una casa en este mismo club, o sea, que es literalmente mi vecino. Si este cuaderno fuera de verdad un diario, o por lo menos un diario interesante, debería haber anotado en su momento cómo me enteré de quién era.

Ahí va. Una mañana llegué a San Pedro y la señora Ana María, que viene a abrir la casa dos o tres veces por semana y a regar las plantas y las flores de Sylvia —y a darle de comer a los perros y a los gatos, creo que sobre todo a eso—, me dijo, demudada, que la fotografía del prófugo, que mostraban a cada rato por televisión, era la misma fotografía que estaba sobre la chimenea de otra casa que ella limpiaba, a unos cincuenta metros de la nuestra. Se lo había dicho a su marido y él no le creyó. Yo tampoco lo creí. Le aconsejé que no se metiera en una cuestión tan delicada. Parecía demasiado cinematográfico que una mujer tan despistada reconociera de ese modo a un tipo buscado por toda la policía del país. Unos días más tarde, en Buenos Aires, me entero de que se lo habían llevado preso de este mismo club. La verdad total es que no se le comprobó ninguna relación directa con el caso, pero, según me han dicho (mi informante es la señora Ana María), presta dinero a interés y ya se ha quedado con la casa de por lo menos un pobre hombre, que no pudo pagarle.

Lo que más me gusta de todo esto es haber podido usar, para defender a tres perros, mis premios de ajedrez, de ping pong y el nombre de Menem, al que detesto.

San Pedro es raro. Llego a San Pedro y me agarra por las orejas, me vuelve sampedrino, me enloquece un poco.

más tarde

Ayer me zumbó el oído todo el día. Lo atribuyo a estar demasiado tiempo en la computadora. O a la ausencia de Sylvia. Esto lo había dicho, en las anotaciones que perdí el mes pasado. Cuando Sylvia no

está, soy propenso a sentirme mal. También había dicho en esas anotaciones, lo recordé ayer, que Gide, en algún lugar de su diario, había escrito: “envejezco rápidamente”, y me preguntaba qué edad tendría al escribirlo.

febrero 18

La carta dio resultados imprevistos. En un negocio, le regalan a Sylvia alimento para perros. Comentarios del tipo: “Así se hace”, “Vamos Abelardo todavía”.

Releo *Demian*. Un libro hermoso y maligno que leí muy tarde y que no está en mi biblioteca de Buenos Aires.

Siento otra vez que toda la inquietante descripción del mundo de Sinclair opuesto al sórdido mundo de “los otros” ha influido sobre el Gombrowicz de *La virginidad*. Lo mismo me pasa con el robo de las monedas y *Las palabras*, de Sartre. En realidad, lo mismo no. La influencia sobre *La virginidad* es innegable, y sólo la disimula el tono paródico de Gombrowicz. La analogía con las monedas de Sartre es de otro tipo. Lo que Hesse tal vez inventa le pasó de verdad a Sartre.

febrero 19

Zumbido remotísimo, aunque hartante. Tengo la sospecha de que siempre lo tuve, sólo que ahora estoy predispuesto a prestarle atención. En *El que tiene sed*, Esteban ya dice que a veces le zumban los oídos, y ese capítulo fue escrito hacia 1984. Claro que también dice que eso debe significar algo.

Determinación inapelable: hacer de cuenta que no existe, convivir con él. Cuando hago cosas, lo olvido completamente.

En las páginas del mes pasado que desaparecieron, había anotado algo sensato. *No convertir este cuaderno en uno de esos lóbregos diarios que parecen partes médicos*. Nada de zumbidos, nada de malestares.

más tarde

Mi nota sobre los perros sigue teniendo repercusiones y adhesiones imprevistas. Lo que no conseguí con una docena de libros, lo conseguí gracias a la Negra, Olivia y Bartolo. Un buen diario íntimo debería incluir fotografías. Mis gatos tendrían que ilustrar estas páginas, lo mismo esos tres perros. Si tuviera ganas de escribir intentaría, por lo menos, la descripción del indescriptible Bartolo. Resumiendo, es casi idéntico al perro que encuentra Esteban en "El cruce del Aqueronte". Cabeza de perro de policía y altura de perro salchicha, sin ninguna clase de cola. Lo prodigioso es que tiene paladar negro, vaya a saberse qué restos de qué prosapia. También lo llaman el chato, también Bonsai. Olivia es algo así como un galgo barcino, y está un poco loca. Gran sensibilidad femenina. Tiene actitudes de animal al que han castigado de cachorro, y me temo que el autor de esa hazaña sea el portero del Club, viejo resentido, exactamente ese tipo de flaco que inspiraba desconfianza al Julio César de Shakespeare, que no ha olvidado su pasado de gendarme y a quien los tres perros odian y temen. La Negra, la más noble y antigua del trío, es el verdadero jefe de la manada. Tiene una altura respetable y, furiosa, puede llegar a ser impresionante. Siguen a Sylvia por todas partes y, cuando aparecemos nosotros por San Pedro, aunque hayamos estado un año sin venir, no se mueven de esta casa.

Sus adversarios humanos los llaman los perros de los Castillo, con el fin de conseguir que los echen, cosa que, Dios mediante, les resultará imposible.

El clima de San Pedro es desconcertante. Ahora, por ejemplo, hace frío y hay viento. Esta madrugada pareció que iba a desatarse un huracán, llovió más o menos cinco minutos y al rato se veían las estrellas.

marzo 14

Pequeño revuelo en el circo literario de Buenos Aires. La razón: que

no le hayan dado el Primer Premio Nacional de Novela a *Crónica de un iniciado*. Lo compensa el hecho de que el de Poesía lo ganó Juan Gelman. He recibido (más bien las recibió Sylvia, porque yo estaba en San Pedro) decenas de llamadas acongojadas, furibundas, vindicatorias. Puedo escribir, creo que con absoluta sinceridad, que no me afectó, lo que es extraño porque justamente este premio me hubiera gustado. Se lo dieron a María Esther de Miguel, por una novela histórica sobre la amante de Rosas, que no he leído. De cualquier modo, me dieron el segundo, lo que equivale a nueve mil pesos, exactamente en el momento en que los necesitábamos. El tercer premio lo ganó Marcos Aguinis, quien declaró que se sentía honrado pero que su libro, no (*La gesta del marrano*), pues no era un puesto digno de la trascendencia nacional e internacional que había tenido esa novela. Mi madre, qué cachivache de gente.

Este primer Premio Nacional de prosa tiene su historia. No lo ganó Arlt, no lo ganó *Sobre héroes y tumbas*, de Sabato, no lo ganó *La casa* de Mujica Lainez, no lo ganó Cortázar, no se lo dieron a Borges cuando le correspondía, aunque no tuvieron más remedio que dárselo años después, si no recuerdo mal. De modo que estoy en buena compañía, lástima que, mirado así, también estoy en compañía de Marcos Aguinis.

Es raro. De casi todos los premios anteriores, me desentendí, o me tomaron por sorpresa, incluso me pasó con el de *Gaceta Literaria*, que fue el único que influyó sobre mí. Pero el Nacional quería ganarlo y solía pensar en él. Supongo que la palabra "nacional" tenía que ver con el asunto. O tal vez porque se trataba de *Crónica*, a la que todavía necesito darle una justificación exterior que no consigo encontrar en mí. Esto parece contradecir lo que digo más arriba sobre que, sinceramente, no me afectó. No sé explicarlo bien, pero la cosa es más o menos así: yo sabía de antemano que no lo ganaría. O mejor, creyendo que *merecía* ganarlo, estaba secretamente seguro de que eso no iba a pasar. Cuando Sylvia me llamó a San Pedro para decirme, atónita, que lo había ganado María Esther no se me ocurrió pensar que me hubieran dado ni siquiera el segundo, o cualquier otro, es más, no recordaba que existieran otros. De modo que lo que para mis

amigos fue una especie de desastre o de injusticia, a mí me sorprendió casi agradablemente.

marzo 15

Nueve de la mañana. Esperando que Sylvia se despierte para irnos a San Pedro. Ayer firmé contrato por los cuentos completos[1] y me dieron el prólogo de Morello Frosch que irá en el libro. Es, creo, austeramente bueno. Me habría gustado que hiciera un poco más de hincapié en los temas fantásticos.

Caos, polvo. Están pintando la casa.

abril 15

Terminado el libro de pequeños ensayos, exactamente a fin de mes.[2] Canibalicé sin piedad algunos trabajos que pertenecían a otros libros futuros. Pero, en general, es un libro decoroso.

Esta vez me olvidé de anotar mi cumpleaños e incluso puedo decir que me olvidé de mi cumpleaños.

Termino el libro de entrevistas con María Fasce y me pongo a terminar la novela.

abril

“Tengo terminada una tragedia”, dice en alguna parte Racine, “sólo me falta escribir los versos.” Casi exactamente lo mismo le escribió O’Neill a León Mirlás, su traductor argentino. Estuve buscando el libro de Mirlás (*El teatro de O’Neill*) donde cita esas palabras y no lo encuentro. En San Pedro no está, o me parece que no está. Esto me recordó que debo terminar las famosas fichas de la biblioteca que, con

tanto furor, empecé hace un tiempo. Cada tanto, me acuerdo de un viejo libro que no aparece.

abril

Sobre los libros que nos forman. (Ver cuaderno Campeón.)

mayo (?)

Con la computadora rota desde hace casi una semana, me obligo a escribir a mano. Que es, por otra parte, lo que ya debería estar haciendo desde hace años.

Desde enero (supongo que lo anoté) tengo un zumbido en los oídos, que viene y se va sin lógica aparente, y que me tiene harto.

La sensación de sostener, con piolines muy delgados, toda una estructura frágil y peligrosa.

Me doy cuenta de que no soy nada claro, pero acá no me propongo la claridad, sino la *expresión*. Quiero escribir, como para curarme de algo, que no es precisamente el zumbido.

Leo en estos días el *Diario* de Cheever, escritor al que admiro. Su *Diario* me causa rechazo, no por la bisexualidad de Cheever sino por la autosatisfacción que le produce contar ciertas escenas: supongo que en el fondo hay en esas páginas una tentativa de autovejación, pero demasiado yanqui, demasiado física, demasiado orgánica. La traducción española no colabora con la sutileza que uno esperaría de la prosa de Cheever. El problema, quizá mío, seguramente mío, es que no entiendo la homosexualidad masculina, y si algún día alguien lee esto que lo interprete como le guste, pero que repare en la palabra *entiendo*. Dos cuerpos de hombre haciendo el amor me parecen antiestéticos. Cuando estos cuerpos, como en algunas páginas el de Cheever, ya han pasado de cierta edad, me resultan casi imposibles de concebir. Lo que me molesta, reparo, son ciertos homosexuales

militantes, y digo sólo *ciertos* porque otros, varones o mujeres, me parecen irreprochables. La homosexualidad de la que hablo es la que yo llamaría *cultural*, aprendida, casi elitista, y pertenece a una esfera intelectual (no digo moral, nada de lo que digo tiene que ver con la moral) que mi cabeza rechaza instintivamente.

Me quedo con Gide, con Forster, con Genet.

Cuando pase en limpio esta anotación manuscrita tendré que agregar algunas cosas que aclaren bien lo que quiero decir.

Esto también es significativo. La necesidad de aclaraciones, al hablar de este tema. ¿Por qué? Para no parecer antediluviano, para no caer en el racismo del sexo.

mayo

El cansancio —esta vez la palabra exacta es quizá agotamiento— me impide llevar este cuaderno día por día. La ventaja de escribir directamente en la computadora es que no debo copiar, repetir las mismas palabras, ni descifrarme, trabajo que siempre me paraliza de sólo pensarlo. La desventaja es que, en la máquina, soy menos sincero.

mayo 21

De lo acumulado en este tiempo:

1) El país, al borde de un estallido semejante (pero más grave) que el que obligó a Alfonsín a renunciar. Rutas cortadas por obreros literalmente muertos de hambre. Maestros y profesores que ayunan en la Plaza de Mayo. Represiones, hasta ahora sabiamente controladas por el miedo a la indignación general, etcétera. El fracaso del modelo económico, que es, dicho sin vueltas, el fracaso del neoliberalismo, es tan evidente que no parece haber ningún modo de solucionarlo. Los

otros modelos —la izquierda, la que sobrevive, los radicales que, como siempre, sólo son discursivos y tan incapaces de gobernar como el actual gobierno— resultan igualmente anacrónicos. ¿Qué nos queda? ¿A dónde vamos? A lo peor. Signifique esto lo que signifique.

2) En lo personal. Mi madre, cada día peor. Sylvia arregló una solución intermedia, que paguemos una mujer para acompañarla, porque a la que tenía la volvió casi loca. Este pago, más lo de tía Lilia en San Pedro, hace más de quinientos pesos (dólares) por mes. Temor senil: un día de éstos puedo quedarme sin plata. Los gastos de la casa —de la máquina, ahora; del teléfono— exceden lo, para mí, razonable. Por ejemplo: me obliga a seguir dando cursos de literatura, que *ya no quiero* dar; la obligan a Sylvia a ir al Instituto, donde *ya no quiere* seguir. (Esto, si pasa al Diario, va a avergonzarme cuando lo vea en clara letra de máquina: pero lo voy a dejar.)

junio 11

Salvo parte de este diario, anotado, a mano, en un cuaderno, no he escrito absolutamente nada. Una de las razones o una de las excusas es que se rompió el disco rígido de la computadora, junto con la placa madre y el controlador. Una especie de reacción atómica en cadena que pudo ser un desastre, de no haber tenido una copia de todos los textos. En ese disco estaban este diario, los poemas, las correcciones a *Crónica*, los ensayos, la nueva novela, los cuentos corregidos para la edición de Alfaguara, el libro de entrevistas con María Fasce. No perdí nada. Tengo copias de todo en disquetes, en la otra máquina y en la de San Pedro. Para perder realmente algo debería sobrevenir un desastre informático de tipo universal. El caso es que le hice poner dos discos rígidos a esta máquina, y me pasé días enteros copiando programas y configurando la computadora en un estado cercano a la imbecilidad.

Hace unos días apareció el libro *Ser escritor*. Vale la pena aclarar que el título no es mío; es de la colección. Se trata de escritos más o menos

breves sobre literatura. Algunos son amplificaciones o entradas textuales de mi diario. La edición de Perfil no es de aspecto memorable.

Mañana montan *Israfel* en Córdoba. No voy a ir, no al estreno. Recién me estoy recuperando de una etapa de cansancio y aturdimiento que no tengo ningún interés en prolongar.

julio 20

Martes. Viaje de ida y vuelta a Córdoba para ver *Israfel.* La puesta de Brambilla es muy buena, muy espectacular en el mejor sentido de la palabra. La más imaginativa de todas las que he visto hasta hoy. La actuación no siempre me conformó. Creo que se han tomado algunas libertades innecesarias con el texto, como si, en los momentos más comprometidos, hubieran optado por el camino más fácil: cortar o sobreactuar. De todos modos, excelente. Lo bueno que tuvo este viaje es que Sylvia pudo ver una de las mejores versiones de la pieza. El público, atrapado desde el principio. Bravos, y demás. El autor que saluda desde la platea, un poco cansado.

Demasiadas entrevistas. Demasiada gente ávida de respuestas que no tengo o que ya no me interesa repetir. Llegamos allá a las siete de la mañana del sábado y, desde el mediodía hasta el domingo a la noche, en que nos fuimos, no hice otra cosa que responder preguntas. No tuvimos tiempo de salir a caminar solos por Córdoba. Esta noche, de vuelta en Buenos Aires, me desperté de golpe recordando dos fragmentos que suprimí de *Crónica de un iniciado.* El de Esteban niño, la escena aquella en una esquina de pueblo donde la chica (Ruth, en el mundo real) miente que se la llevarán sus padres, y después se ríe de él, y el diálogo entre Esteban y Graciela sobre Beatriz (*como si te regalaran la Luna y descubrieras que lo único que te importaba de la Luna son los paseos acá abajo, a la luz de la Luna…*, y a continuación la metáfora de la historia de piratas). ¿Dónde estarán? ¿Estarán?

Tengo que ponerme a escribir cualquier cosa.

agosto 4

Corrijo las últimas galeras de los cuentos completos. Volver sobre “La madre de Ernesto” o “El candelabro de plata” es una experiencia que no tiene nada que ver con la literatura. Una especie de viaje en el tiempo, como esas pesadillas donde yo soy como ahora pero los demás no, donde los hechos suceden, yuxtapuestos, ahora mismo y hace cuarenta años. Reescribí “Hernán”, aunque dudo de que algún lector se dé cuenta. En “La madre de Ernesto” estaba dos veces el verbo escuchar en lugares donde debía utilizarse oír (los pasos por la escalera, el ruido de una canilla), cosa que sabía perfectamente cuando lo escribí, sólo que entonces tenía la coquetería juvenil de escribir “mal”. Finalmente corregí el “Entonces fue que lo dijo”. En la versión anterior ya lo había cambiado por “Entonces fue cuando lo dijo”, que es lo correcto pero que ahí suena demasiado temporal, además, no sé por qué, feo, y súbitamente me di cuenta de que bastaba con escribir: “Entonces lo dijo”. Treinta y cinco años para advertir eso.

“Also sprach el Señor Núñez” me pareció un cuento bueno, sobre todo considerando que debía de tener 23 años cuando lo escribí. Todavía, si no me equivoco, trabajaba en IGGAM.

Me hablan desde Córdoba. Les ha ido tan bien con la puesta de *Israfel* que la siguen representando en agosto. La noticia me gustó, era una lástima que, por cuestiones meramente administrativas, debieran bajar tan pronto una puesta tan buena como la de Brambilla.

Dormir. Dormir mucho. Necesito dormir mucho. Después de entregar

estas pruebas, ningún compromiso. Terminar el libro con María Fasce, ese castigo de Dios, me refiero al libro, no a María, aunque también un poco me refiero a María; su capacidad de trabajo me agota a mí.

Sylvia compró una biblioteca y, como no sabíamos dónde ponerla, la planté en el dormitorio. Gran decisión. Llevé ahí una cantidad de libros que, desde hacía años, me adeudaba leer o releer.

agosto 10

No entiendo la razón de algunas opiniones literarias de Borges. Leo *Los tres impostores*, de Arthur Manchen, libro que él juzga una obra maestra. Lo leo con infinito esfuerzo y casi por probidad. Me parece tedioso e insignificante. La truculencia del final está en el límite de la tontería: es inexplicable que esto le gustara a Borges. Me pasa lo mismo con *La piedra lunar*, con la diferencia de que, al menos por ahora, no intento seguir su lectura. Bastaba que un autor escribiera en inglés para que Borges creyera que sus libros eran estupendos. Una explicación que le encuentro es que debió de leerlos en lengua original, cuando era muy chico. El placer infantil que causa descifrar un idioma extranjero se superpone con los años al recuerdo del libro, lo perfecciona en la memoria. Me parece que esto ya lo dije en otra parte, y lo que sigue también: el mal que nos han hecho algunas opiniones literarias de Borges es casi tan grande como el bien que nos hicieron sus propios libros. No le gustaba García Lorca, no le gustaba Goethe, no le gustaba Neruda, decía que Quiroga había hecho mal lo que Kipling había hecho bien. Los personajes de Conrad le parecían más recordables que los de Dostoievski. Nunca cita a Chéjov ni a Tolstói. Desdeñaba *Gargantúa y Pantagruel.* Le apasionaba, en cambio, *El hombre invisible*, de Wells; y hasta *La isla del doctor Moreau.*

agosto 20

Ningún compromiso, dice por ahí arriba, y acepté tres, de los que no puedo renunciar a ninguno. Una conferencia en el Museo de Bellas Artes, sobre la posmodernidad; la presentación de *Ser escritor*, en La Plata, ciudad a la que, después de aquel "homenaje" irrisorio en la Universidad, me había jurado no volver; y, por si fuera poco —y también en La Plata— una mesa redonda con Luisa Valenzuela. Todo esto entre el primero de septiembre y el veintiséis. Debo de estar loco.

Hoy, hablando en general, no fue un buen día. Por razones que no quiero escribir, le pegué un cachetazo al audio en mi mejor estilo sesentista, con lo que conseguí dos cosas: mejorarle un poco el sonido y probarme que no necesito tomar alcohol para ser el mismo demente de mierda de siempre. Ahora estoy tan cansado que ni siquiera tengo fuerzas para irme a la cama.

Estoy oyendo *La grande*, de Schubert. Su poderío machacón siempre me gustó. Tal vez, Bruckner le debe bastante.

Tengo una mala impresión de mi diario. O no me pasan cosas, o no puedo escribirlas. Hace años dejé de ser patético e interesante para mí mismo.

agosto 25

Sencillamente, para no irme a dormir sin anotar algo. La única ventaja de este estado crepuscular: apoyo la cabeza en la almohada y me quedo dormido instantáneamente.

Ayer o anteayer entregué a Emecé el libro de entrevistas. La irritación que terminó causándome *El oficio de mentir* es, probablemente, injusta y exagerada. Pero no puedo evitarlo. Hay algo apócrifo que se trasladó a las conversaciones con María, y el responsable, en definitiva, soy yo.

Falta, todavía, una última entrevista. No tengo nada más que contestar, no me interesa contestarle una sola palabra más a nadie.

Leo unas cien páginas de la *Fenomenología del espíritu*. Me aplastan.

agosto 26

Dormí hasta las cinco de la tarde, pero no conseguí que desapareciera la abulia.

agosto 28

Intento poner un poco de orden espiritual. Empiezo, como siempre, por lo exterior. O sea, que pierdo el tiempo de una manera pasmosa y llego a la madrugada casi al borde del sonambulismo. Me cuesta encontrar las palabras, no sólo ahora, durante el día. Una distracción brumosa que linda con la idiotez, pero que los demás parecen no advertir. Hago únicamente tareas mecánicas, como jugar al ajedrez (muy mal) o configurar (un poco mejor) una computadora. Ninguna de estas cosas tiene el menor sentido, pero, por alguna razón que no puedo explicar, sé que son los únicos caminos para salir de este pantano.

A los compromisos de que hablaba el otro día se suma, ahora, la presentación de un libro de entrevistas a Cortázar.[3] ¿Lo acepté sencillamente *por conveniencia*?, ¿porque lo edita la misma editorial donde se publican mis cuentos completos? No sé qué voy a decidir mañana, pero, si me convenzo de que esto que acabo de escribir es cierto, no lo presento.

Hace unas noches, leyendo a Voltaire. La invencible sensación, que tuve también en mi adolescencia, de que su inteligencia era aguda pero frívola. Tal vez porque sus ideas, hoy, son casi lugares comunes.

Supongo que en su tiempo debieron resultar inesperadas y escandalosas. Sin embargo, no me pasa esto con Diderot, y eran contemporáneos absolutos. *Jacques le fataliste* o *La religiosa* hubieran sido imposibles en Voltaire.

En fin, no todo está tan mal: hoy escuché música casi todo el día. En este momento, la sonata para piano de Schumann, si no me equivoco. Me voy a dormir.

agosto 29

Seis y media, amanece. Esta noche estuve mirando el Van Hutten. Tal vez no esté nada mal, aunque la primera impresión fue desconsoladora. Empecé a leerla por los últimos capítulos de la primera parte y los datos puramente informativos me abrumaron. Después fui al principio y sentí que, leída en orden, adquiere cierto sentido novelístico. Lo alarmante es que las primeras páginas de ese libro ya tengan casi cinco años, cuando, en rigor, casi la mitad de lo que llevo escrito fue hecho en unos meses. ¿Hasta cuándo voy a dilatar las cosas sin necesidad? ¿Por qué lo hago? ¿Es realmente lentitud, y entonces está bien, o pura incapacidad de continuar lo que empiezo?

En el punto en que estoy, este libro debería estar listo en uno o dos meses. Claro que la pregunta es: ¿y después?

Lo que me falta debe ser escrito a mano.

agosto 30

Madrugada del sábado. Después de la charla en Bellas Artes, empiezo con la novela.

Ninguna otra noticia sobre *Israfel.* Sé que inauguran la Feria del

Libro de Córdoba con ella, pero no tuvieron la cortesía de informármelo. Pero, sinceramente, no me molesta: yo vivo haciendo, es decir, dejando de hacer, cosas como ésa. Por otra parte, tanto Raúl Brambilla como la gente del elenco son grandes personas, y es un hecho que se alegraron mucho cuando fui a Córdoba. Los que sí me irritan son las "autoridades culturales" que conocí en mi último viaje, mi madre, qué colección...

Me inviten o no, me gustaría ir. Quiero decir que ahora, en este momento, imagino que me gustaría. Quizá averigüe cuándo es la Feria y se lo proponga a Sylvia. Necesito, por otra parte, una copia del mapa de Córdoba. El que se publicó en *Crónica* salió con un error, las dos veces. El cuadrado mágico está mal delimitado. Para la segunda edición pedí que lo corrigieran, me aseguraron que iban a hacerlo y, naturalmente, salió tal cual. En la próxima debo corregir *también* eso.

He pensado hablar con Esteves,[4] quien me pareció una persona excelente, y proponerle esa nueva edición.

agosto 31

Cumpleaños de Battista, reunión en su casa. El incivil maestro de ceremonia Mario Goloboff, que da clases de literatura en la Universidad de La Plata, dijo algo que vale también para la Universidad de Buenos Aires, y, por lo que sé, para todo el ambiente universitario argentino. Para las ponencias universitarias, hoy no existen en la Argentina más que tres o cuatro escritores. Piglia, Saer, Aira. Son los mismos nombres que leía esta tarde en una revista cultural. Si dijera que la ausencia de mi nombre *no* me molesta, mentiría. Pero también mentiría si dijera que me molesta. Sólo que todo esto debería ser muy bien explicado.

Llueve. Hay algo indescriptiblemente agradable, no en la lluvia, en

poder escribir que llueve.

septiembre 1

Terminada la conferencia en Bellas Artes. Todo bastante bien, salvo el esfuerzo desproporcionado que me costó, y dos o tres intervenciones absurdas, en una de las cuales, misteriosamente, se terminó hablando de la divinidad de Jesús y de la existencia del alma.

Por fortuna, no leí. Improvisé y era como oír hablar a otro. La gente —mucha gente, muchos jóvenes, gracias a Dios— parecía magnetizada, cosa que, lo sé desde hace tiempo, tiene más que ver con el tono de mi voz y con mis dotes histriónicas que con lo que digo.

septiembre 7

Muerte de la Madre Teresa de Calcuta y de Diana de Inglaterra. Ver por televisión los noticieros y comparar los funerales de esas dos mujeres es una verdadera experiencia “posmoderna”.

No me senté para escribir sobre eso. La verdad es que acabo, bruscamente, de tener algo así como una revelación ética que no tiene nada que ver con lo anterior, sino conmigo mismo, revelación cuyo origen me callo porque me obligaría a explicar justamente ese tipo de cosas que siempre me prohibí anotar en estos cuadernos, pero que, si fuera sincero y pudiera escribirlas tal como son, agregarían un interesante capítulo a la psicología de la intensidad. Resumámoslo así, sólo para tener un día la posibilidad de reconstruirlo: Tengo sesenta y dos años y no me resigno a envejecer decentemente.

Solo en casa. Escuchando el concierto para la mano izquierda de

Ravel.

Con la cabeza súbitamente despejada, lúcido, en un grado casi insoportable, con el sentimiento, que solía acosarme cuando era adolescente, de estar desperdiciando mi inteligencia. Por supuesto que vuelvo a escribir en clave, pero éste es mi diario, lo escribo como se me antoja y para mí. Cuando el otro día dije tener la impresión de que este cuaderno ya no sirve para nada, que hace años he dejado de ser patético e interesante para mí mismo, no pensaba en mí mismo. Pensaba en lectores, si es que no pensaba en lectoras. No hay una sola de estas páginas que, en lo esencial, no sea clave de algo, *para mí*. Por eso justamente nunca creí necesario contar nada. Los hechos, lo que andaba debajo de las palabras, son mi vida, y mi vida es novelesca —antes escribí "aleccionadora", y lo borré— únicamente para mí.

Las ideas fijas, como algunas mujeres, se instalan lentamente en la conciencia. Se deja, por desidia, que se vayan apoderando de uno. "Uno", "se": Heidegger tiene su parrafito sobre este modo de hablar. Pero a las ideas fijas no se las puede expulsar gradualmente. Hay que arrancarlas, como a una muela. Tengo una gran experiencia en muelas y mujeres arrancadas.

Los muertos viven en nuestros sueños. Hace meses que quiero escribir eso. Suelo pensarlo en la cama, después de soñar con papá o con alguien como Bernardo, y, durante el día, lo olvido.

Tres y veinticuatro.

septiembre 15

Leo el libro de entrevistas que Omar Prego Gadea, escritor uruguayo de quien no conozco nada, le hizo a Cortázar en París entre el 82 y el 83. Me gusta la posición de Prego, me molestan bastante ciertas opiniones de Cortázar un poco tilingas. Confunde toda la Argentina

con su familia.

Demasiado regodeo en su sensibilidad transgresora, cuando evoca la adolescencia; cierta cursilería de clase media para defenestrar la cursilería de la clase media, harta autocomplacencia para juzgar su obra.

Lo que sí hay, en sus mejores momentos, es un gran dolor, como si presintiera la muerte. No debo olvidar, debo tener presente todo el tiempo que grabó estas charlas casi inmediatamente después de la muerte de Carol Dunlop.

septiembre 17 [5]

Excepción hecha de este libro, apenas conozco la obra de Omar Prego Gadea, y lo único que puede consolarme de esta ignorancia es que a él le pase lo mismo con la mía. Latinoamérica sigue siendo el lugar de los desencuentros, pero también de los encuentros misteriosos. Secretamente, hay algo que nos une desde hace muchos años con Omar Prego Gadea, y esta noche es más que suficiente. Lo que nos une es el tema de este libro. Lo que nos une es un dibujo, una figura —una constelación diría tal vez Cortázar—, un mínimo ajedrez en una de cuyas casillas está, precisamente, Julio Cortázar.

[...]

Oscar Wilde decía que lo único importante de las entrevistas son las respuestas. Como siempre, tenía razón en general; en este caso particular, no la tendría. Cortázar no habría podido hablar o "escribir a cuatro manos" con Omar Prego Gadea, sin las preguntas, las observaciones, los corteses silencios de Omar Prego Gadea.

Más adelante le preguntaré a Omar —a quien desde ahora llamaremos Omar, para ir confraternizando— si Cortázar corrigió estos textos, si son transcripciones del grabador, si están reescritos sobre apuntes. Lo que ahora me interesa es explicarme lo que me impresionó de *La fascinación de las palabras.*

Primero: no hay una sola página en la que Omar intente hablar de sí

mismo. Ya se sabe que las entrevistas, como las biografías, como las críticas literarias, suelen ser excusas para que un autor, simulando hablar de otro, nos aseste su propia idea del universo o nos muestre la belleza de su propia alma, su astucia, su sensibilidad, sus lecturas. Nada de esto pasa aquí. El centro es Julio Cortázar y su interlocutor no se aparta un segundo de ese centro. Desaparece, cortés y amablemente, detrás de las palabras, y, si el libro no viniera impreso en dos tipos de letra, uno podría seguir su lectura de un tirón, como se lee un texto único.

Segundo, derivado de lo anterior: Omar conoce la obra de Cortázar casi tan bien, y a veces un poco mejor, que el propio Cortázar. Consigue hacerle decir cosas como "es la primera vez que lo digo", o "no había pensado en eso", o suscitar una rotunda negativa que, misteriosamente, se convierte en una aceptación, como si Cortázar hubiera descubierto al hablar lo que él mismo pensaba sobre el asunto, que era precisamente lo que acaba de negar.

Hacia el comienzo del libro, Omar le pregunta a Cortázar sobre su relación con el lector. Cortázar afirma que, en realidad, él no piensa demasiado en el lector. Hacia el final, sin que nadie se lo pregunte, descubre que sí piensa en el lector, y hasta se arrepiente de haber pensado demasiado en él, lo que le impidió acceder a ciertas zonas de lo "indecible", que le provocan una ligera culpa. Omar intenta hacerlo hablar de *La filosofía de la composición*, de Poe, que Cortázar conocía más que bien, dado que la tradujo al español. Cortázar se resiste a que sus cuentos sean meros aparatos de relojería, habla de los sueños, de no saber dónde lo lleva la imaginación, en fin, miente un poco, y termina confesando que no hay un solo final de sus mejores cuentos donde no haya pensado las palabras, los ritmos, las comas, para producir eso que Edgar Poe llamaba efecto y que Horacio Quiroga perfeccionó, en el mismo sentido que Cortázar, cuando declaró que el final de un cuento no es sólo el último suceso de un relato sino las palabras y la sintaxis con que ese suceso está dicho.

Lo demás, no necesita ser explicado, ni mucho menos presentado por mí.

Uno encuentra en este libro el Cortázar reticente, tímido, reacio a

las afirmaciones taxativas, que quizá ya adivinaba en Oliveira. Encuentra *Rayuela* y sus claves. Encuentra al hombre comprometido que tal vez no creía en la literatura comprometida pero que escribió *Libro de Manuel* o *Apocalipsis en Solentiname*. Encuentra al muchacho tardío que, hacia los cincuenta años, llegó al socialismo a través del asombro. Puede reconstruir la ambigua relación de Cortázar, casi de hostilidad, con la Argentina, a la que vincula permanentemente con su familia cursi de clase media, con sus autoritarios señores o tíos que golpeaban la mesa afirmando "esto lo digo yo", sin darse cuenta de que estupidez y autoritarismo no son sólo patrimonio nacional. Lo ve, alto y desprotegido, escribiendo palabras cabalísticas en la pared, orgulloso de haber compuesto sonetos a los nueve años.

Lo ve, supersticioso y aterrado por lo desconocido, en uno de los más inquietantes momentos del libro. Lo ve, melancólico hasta el patetismo pero defendiendo el sentido del humor como si se agarrara del último arbolito en un precipicio.

Julio Cortázar habló, o escribió a cuatro manos, estas páginas después de la muerte de Carol Dunlop, custodiado otra vez por la sombra protectora y sigilosa de Aurora Bernárdez, sabiendo, o presintiendo, que él mismo ya estaba un poco lejos. Si no estuviéramos hablando de él, yo diría que estas conversaciones son su testamento, pero sé que la palabra le parecería espantosa, con el agravante...

[Citas de J.C. sobre la solemnidad, etcétera.]

Yo aconsejo, ya que estamos hablando del autor de *Rayuela*, leer *La fascinación de las palabras* de la siguiente manera:

Saltearse el prólogo, saltearse las entrevistas, pasar directamente al capítulo final ("Las palabras del silencio"), comenzar sólo entonces a leer las entrevistas —si no es demasiado pedir empezando por la última, que será releída al final— y, por fin, entonces sí, leer el prólogo de Omar Prego Gadea, que es una página conmovedora, quizá una de las más hermosas del libro, como escrita a media voz, sobre el último día de Cortázar.

[Citar Sartre: a un libro se entra por cualquier parte, terminar.]

septiembre 18

Después de combatir, como Jacob con el Ángel, durante toda la noche, hasta el día, con ciertas opiniones de Cortázar, anulo por fin mi jodido espíritu crítico, escribo de un tirón lo anterior —que de ninguna manera me conforma—, lo imprimo tal como está e, improvisando en los vacíos, lo leo anoche en la presentación de Prego, quien me resulta de verdad un hombre agradable, leal, agradecido de haber sido amigo de Cortázar.

Conozco a Enrique Estrázulas, quien me parece un tipo muy divertido. Imita el modo de hablar de Borges con una perfección asombrosa. Cuenta una irresistible anécdota de Onetti y Rulfo, los dos borrachos en un congreso literario, en Alemania. Con esta presentación, casi termino los compromisos delirantes que, sin darme cuenta, dejé acumular sobre mí. Mañana, en La Plata, el penúltimo. La semana que viene, mesa redonda, también en La Plata, y basta.

Hablé con Esteves, el director de Alfaguara, por *Crónica*. La idea muy bien recibida, casi, digamos, entusiasta.

septiembre 19, cinco de la mañana

Inútil discusión con Sylvia, que me toma por sorpresa y, literalmente, me hace pedazos. Mañana se me pasa, pero hoy querría vivir solo.

Tantos años y tanto esfuerzo para lograr un cierto equilibrio...

En fin, una de esas frases que nunca sabré cómo terminan.

más tarde

Hoy va a ser un mal día. Salvo que haga un paréntesis, encierre todo en uno de esos inviolables cajones a los que apelaba en mi juventud, y adelante.

"Yo" somos muchos, pero sobre todo dos o tres, esenciales.

Cualquiera de ellos me reemplaza muy bien en estos casos, tan bien, a veces, que se cree a sí mismo mi verdadero yo.

septiembre 20

Anoté lo anterior para que no fuera un mal día, y no lo fue. La charla en La Plata a propósito de *Ser escritor* no me costó ningún trabajo y, en términos generales, fue buena. Al terminar, comida en casa de los Marelli, una familia que siempre me sorprende por su generosidad y su bondad reales. Uno de los hijos, Sergio, me presentó, leyendo algo que yo escribí en el 77 en *El ornitorrinco* sobre lo que se llamó la guerra del Beagle y poniendo mucho énfasis en la fecha. Mirado desde hoy, en efecto, parece imposible que entonces se pudieran decir ciertas cosas. El hijo mayor, que estaba en Canadá, adelantó su viaje dos días para estar presente a la noche y hacer un asado.

Termino de reconciliarme con Cortázar (como siempre) gracias a una anécdota que me cuentan Marelli padre y su mujer. Viajaron hace unos años a París y lo primero que hicieron, esa misma tarde, fue visitar la casa de Cortázar. Los atendió una persona que vivía allí y que no tenía la menor idea de quién había sido. Desconforme, Marelli le dice a su esposa que van a volver el día siguiente por la mañana. Consiguen hablar con una señora portuguesa, la mujer que limpiaba la casa. Ella sí lo conocía:

—Un hombre muy bueno, muy gentil. Y además —les dijo con asombro— debía de ser muy famoso porque recibía cartas de todas partes.

Ella fue quien les dijo a los Marelli que Cortázar estaba enterrado en el cementerio de Montparnasse. Fueron a dejarle unas flores, todo esto al llegar. Marelli le dijo entonces a su mujer:

—Ahora sí, ahora podemos visitar París y hacer lo que queramos.

Esta familia, incluidas las mujeres de los hijos, tiene una capacidad de admiración y de afecto tan grande que me hace sentir un monstruo de frialdad. Resultado, que, aunque muertos de cansancio, nos quedamos en su casa hasta las dos de la madrugada. Incluso comí, cosa que nunca puedo hacer en este tipo de reuniones.

septiembre 25

Hace unos días conseguí en una librería de viejo el *Diario íntimo* de Otto Weininger —más bien, su agenda: una serie de apuntes que abarcan unas pocas páginas—, me impresionó el prólogo, de (?)[6], que fue su amigo. La declaración de Weininger sobre las razones que, mucho antes de *Sexo y carácter*, lo hacían pensar en el suicidio, es aterradora.

Más tarde, hojeo *Sexo y carácter*, un poco por homenajearlo, y me encuentro con esta declaración, que casi me borra la admiración que siempre me causó su precocidad. Dice de Richard Wagner: "El hombre más grande, después de Cristo". Semejante idiotez no puede justificarse ni siquiera por la edad que tenía cuando la escribió. Por supuesto, no es la única afirmación disparatada de Weininger, pero las otras tienen la justificación de ser *ideas*, equivocadas o demenciales, pero ideas. Esto es un énfasis de la especie más ridícula.

septiembre 27

Bien, terminado. De la mesa redonda en La Plata. Un *enfant révolté* a destiempo, sobre el final, hizo una serie de preguntas pseudorrevolucionarias, con el propósito de llamar la atención y de hacerse el héroe ideológico con veinte años de retraso, lo que me permitió contestarle en el mejor estilo años sesenta. Hablé con tanta convicción y violencia que era como si un ángel me dictara. La gente estaba petrificada. Aplaudieron como si fuera un mitín político. Después me rodearon, me pidieron disculpas en nombre del imbécil, y sentí, quizá por primera vez en mi vida, el cariño de los desconocidos, o algo muy parecido al cariño y quizá al agradecimiento.

octubre 17

Ayer a la tarde me trajeron los primeros ejemplares de *Cuentos completos*. Hacen un libro razonablemente impresionante. Cuatrocientas sesenta páginas bastante grandes, en letra más bien

chica, aunque perfectamente legible. La edición está muy cuidada. Me dieron ganas de ponerme a escribir un cuento, pero la cosa no pasó de ahí. Sensaciones contradictorias, aunque muy apagadas y remotas. Trato de imaginar qué habría sentido, hace treinta y cinco años, pensando en la posibilidad de un libro como éste. No consigo emocionarme, más bien todo lo contrario. Tengo la sospecha de que en esa época, en mi imaginación, este libro habría tenido quizá el doble de tamaño.

noviembre 5

Seis de la mañana. La reunión anual del Premio Planeta. Estas fiestas, bamboleantes entre el *show* y el circo, me dejan de cama. Con el agravante de que ni siquiera puedo comer en ellas. Lo único rescatable es que el premio lo ganó Ricardo Piglia. Debo reconocer que a pesar de los entretelones un poco dudosos de este concurso, me dio alegría que lo ganara Piglia, cosa que no le pasaba a todo el mundo. Lo mejor de la noche fue encontrarme con Roa Bastos. Hacía treinta años que no nos veíamos. Tiene ochenta y tantos años, pero está igual que en los sesenta. Ha vuelto a vivir en Paraguay. Nos contó que da talleres literarios para chicos entre siete y once años. Con más tiempo —lo que sólo quiere decir más ganas— cuento la historia de la mano.[7]

Toda la última mitad del mes anterior, más estos días, más lo que todavía falta de noviembre, entrevistas por la edición de los *Cuentos completos*. O lo que es lo mismo, que el propósito ascético de enclaustrarme viene con obstáculos. Sólo me consuela el hecho de que esto quiero hacerlo. Terminé el cuento de la calle Victoria.

Leo, por lo menos también leo. Quiero decir que leo en relación con Van Hutten.

noviembre 7

Explicar bien el problema del cuarto Evangelio. Es evidente que los dichos de Jesús y ciertas reflexiones son agregados al original de Juan. No hace falta ser un erudito en temas bíblicos para notarlo. Hay por lo menos dos juanes: el que vivió de cerca ciertos acontecimientos (sea el Apóstol o el Anciano) y el Juan que redactó en griego lo que conocemos como Evangelio de Juan.

El problema es hablar de esto en una novela sin que el tedio aplaste al lector.

noviembre 21

El premio Planeta resultó un escándalo. Desde hace dos semanas, no se habla más que de esto. Ricardo no debió intervenir: ya había firmado hace meses contrato por esa novela con la editorial y, por si fuera poco, la noticia se había publicado en el suplemento de *Página/12*. La revista *trespuntos* acaba de publicar, en la tapa, una caricatura de Piglia, con un dólar quemado en la mano (el libro se llama nada menos que *Plata quemada*), dólar que a su vez, en el dibujo, lo incendia a él. El título dice “La novela del fraude”. Una de las cosas que más me molestan es que hasta yo, que no suelo caracterizarme por mi ingenuidad en estos casos, creí en el premio de buena fe. Basta leer ciertas declaraciones y la mala conciencia con que todos se defienden para darse cuenta de que esto es una porquería del principio al fin. Lo siento por Ricardo, lo siento de verdad. Me hice la promesa de no hablar de este asunto, pero no consigo callarme. No estoy nada seguro de que yo mismo esté actuando con honestidad. En el premio del 95 yo era presidente del jurado y conseguí que no se le diera el primer premio a una novela candidata de W. o de la editorial, y esto me hace sentir *demasiado* intachable. Difícil saber si cuando opino sobre esto no estoy, en el fondo, haciéndome el escritor impoluto.

Una cosa, al menos, no he hecho: declaraciones a los diarios. No pienso hacerlas a menos que alguien cometa el error de obligarme a abrir la boca.

noviembre 28

Creo que era Gide el que decía que en un Diario no hay por qué anotar siempre cosas importantes. Espero que sea cierto, de lo contrario hace años que debí tirar éste a la basura. Me he vuelto cotidiano. Plomeros, premios literarios, ventanas contra el ruido.

diciembre 6

Los estoicos y el existencialismo. No podemos cambiar las circunstancias adversas, decía Séneca, pero podemos darles otro sentido, y esto hace a nuestra libertad. Lo leí en alguna parte, al pasar. La cita no es exacta, pero las palabras de Séneca significaban exactamente lo que escribí y ahí estaba la palabra libertad.

diciembre 18

Entregado el libro de entrevistas que hicimos con María Fasce. Se va a llamar definitivamente *El oficio de mentir*. Es una lástima porque era un título que me reservaba para un eventual (demasiado eventual, si soy sincero) libro de memorias. Más que reservármelo, jugaba con la idea de que sería un buen título para un libro de memorias.

En el prólogo a la edición, hay un párrafo de María donde se da a entender que el título es de ella. La culpa es mía, no de ella: ese párrafo se lo sugerí yo.

diciembre 19

Hace unos días hice una copia de lo que llevo escrito de la novela para dársela a leer a Sylvia. Eso me obligó a leerla yo mismo. Tal vez esté por decir un disparate, pero creo que este mismo año la termino. Tengo muy claro lo que falta.

1) Capítulo final, que debería ser escrito de inmediato, antes de completar los otros, para cerrarla; 2) capítulo explicativo sobre lo que

significa el cuaderno de Christiane, vale decir, el evangelio. Este texto debe ser casi ensayístico, como el segundo de la primera parte, sin temer al tono expositivo o didáctico: justamente allí debe residir su fuerza; 3) último encuentro con Van Hutten y encuentro con Hannah, que expulsa al narrador de La Cumbrecita: éstos puedo incluso escribirlos o bocetarlos muy pronto, aunque el capítulo expositivo sea anterior en el libro: esto me ayudará a sentir la novela definitivamente cerrada como acción; y 4) si me animo, el encuentro con el monje sirio (el demonio de Van Hutten), que debería ir inmediatamente después de "A Jerusalén se entra por el Este".

El capítulo final empieza varios años después de lo escrito hasta ahora. En Buenos Aires. Él ha vuelto a La Cumbrecita, no encontró a nadie, salvo a Vladslac.

Casita del tiempo, etcétera. Vladslac ya ha matado a su hombre. Mejor no anoto nada ahora porque lo tengo muy claro en el sentido nebuloso de la palabra.

Hoy o mañana viajamos a San Pedro. Sensación de absoluta libertad, aunque, por qué no decirlo una vez más, cansado.

Hoy miré por casualidad una foto mía, de hace quince o veinte años, y una actual. Todavía no me repongo de la impresión.

diciembre 31

Pasamos la Navidad, solos y tranquilos, en compañía de los gatos. Los alarman, sobre todo a Tatiana, los petardos y las bombas de estruendo. Esto me ha hecho pensar de un modo un poco oblicuo en el estado de terror en que deben vivir los animales durante las guerras, digo un poco oblicuo porque lo razonable hubiera sido pensar en lo

que le pasa a la gente en esos casos, sobre todo a los chicos. Desde hace unos días la madre de Sylvia está en casa, o sea que esta noche pasaremos el fin de año con ella. Tal vez mañana o pasado me vaya solo a San Pedro y luego vuelva a Buenos Aires para que ellas se queden unos días allá. Espero poder escribir sin muchas interrupciones. En los últimos meses mi nombre ha aparecido con peligrosa frecuencia, elogiosamente (sobre todo esa titulada "El maestro", en *trespuntos*) en diarios y revistas, cosa que siempre acarrea molestias y genera, digamos, una equivalente corriente adversa que no tarda demasiado en presentarse.

Leí, por primera vez, *La mansa*, de Dostoievski. Un evidente parentesco de tono con *Memorias del subsuelo*, sin su ferocidad, aunque no deja de ser una obra inquietante. Estaba muerto de sueño y, sin embargo, la leí de un tirón. Me parece que Dostoievski equivocó el punto de vista en este relato. La fuerza que tiene la primera persona en *Memorias* se diluye acá: debió ingeniarse para contarla en tercera, esto hubiera hecho mucho más creíble —tal vez más querible, o por lo menos más verosímil— la figura del protagonista masculino. Memorable la escena en que ella se acerca para matarlo, creyéndolo dormido. Impresionante el detalle de que él abra los ojos y la mire. También hojeé, anoche, una biografía de Tolstói, escrita sobre la base de sus diarios y de los de Sofía.[8] Pareja un poco aterradora. Esto sí que parece una novela de Dostoievski.

Madrugada. Sylvia me regaló esta noche los tres tomos de las *Obras escogidas* de Tolstói.

Este año, mirado con benevolencia, fue un buen año. Dos libros publicados, algún nuevo cuento escrito ("La calle Victoria", "Noche de Epifanía"), escribí algo de la novela y resolví ciertos problemas del libro de entrevistas que estuvo a punto de agotarme. Pero estoy contento de que el año haya terminado.

En fin, llueve. Ha llovido toda la primavera y lloverá todo el verano.

Le llaman a esto la Corriente del Niño, algo que tiene que ver con los vientos alisios y que se repite, al parecer, una vez cada siete años.

Todo lo que pienso hacer en el 98 es trabajar a mi modo en la novela, leer y descansar. A mi modo quiere decir: si tengo ganas, y sin proponerme terminarla. Lecturas y tomar apuntes. Dormir todo el tiempo que se me antoje.

Otras páginas

La historia detrás de las historias[9]

—Me gustaría que hablara de la historia real que hay detrás de sus ficciones. Cuénteme cómo surgió "Los ritos".

—La primera versión de "Los ritos" debe ser del 62 o del 63. Yo estaba escribiendo un editorial para *El Escarabajo de Oro*, hacía un calor terrible y no tenía ninguna gana de estar en Buenos Aires; entonces, al margen del papel en el que estaba escribiendo, anoté: "Lo que me hace falta es sol". Y sentí que ése era el comienzo de un cuento. La historia se me había ocurrido en la casa de una amiga. Ella tenía muñequitos en una repisa, como un "zoológico de cristal", y cuando yo iba a su casa se los organizaba en parejas, pero en parejas insensatas, un elefante encima de una geisha, por ejemplo. Un día sentí: qué tema para un cuento, pero invirtiéndolo. Una chica que ordena, en parejas, las figulinas a un hombre. Ellos se separan, pasa el tiempo, él entra un día en su departamento y encuentra las figulinas ordenadas como lo hacía ella, una especie de mensaje secreto, y sabe que aquello es una despedida definitiva, que ya no volverá a verla nunca.

Ese cuento empezaba: "Lo que me hacía falta era sol", pero en el segundo párrafo el personaje dice, de golpe, que acaba de vender las figulinas... Momento en que me quedé sin mi cuento, sin el cuento original, y ahí empecé a trabajar en el aire. Había perdido el centro de la historia: los muñequitos de la repisa. En el otro cuento la anécdota era muy clara, pero ahora habían desaparecido las figulinas: ¡mi propio personaje las había vendido! Por supuesto, podía tachar eso, sólo que no tenía ningún interés en cambiar una frase que, ahora,

sentía como esencial para el narrador. Pero, ¿quién era el narrador? La solución me la dio un adverbio. Me parecía muy opaco eso de "Lo que me hacía falta era sol"; sentí que ahí, entre "sol" y "lo que me hacía falta", debía haber algo, y apareció la palabra *abyectamente*. "Lo que abyectamente me hacía falta era sol". Allí encontré el nuevo cuento. Es decir, quien lo está contando es un intelectual, un cínico. No es lo mismo alguien a quien el sol, abyectamente, le hace falta, que alguien a quien le hace falta naturalmente. A veces se trata de encontrar una palabra que te revele cómo es ese personaje. Si este hombre dice: "Lo que abyectamente me hacía falta era sol", qué problema va a tener en vender las figulinas, en empeñar la máquina de escribir, en olvidarse de la chica, en fin, que el cuento literalmente estaba escrito. No sé si está muy claro.

—Es decir que primero encontró el lenguaje, luego el personaje, y después siguió la historia.

—Si no recuerdo mal —lo escribí hace más de treinta años—, diría que encontré una palabra. Pensé: cómo le hace falta sol a ese tipo, y la palabra saltó sola... Un adverbio desagradable, puesto, además, en un lugar medio anómalo. Porque el cuento no dice "lo que me hacía falta abyectamente era sol", sino *lo que abyectamente me hacía falta*, que es una construcción alambicada, un poco perversa. Si a alguien le hace falta sol y lo siente como una abyección, y encima lo escribe al revés, ¿cómo es? ... Decidido esto, sigamos la historia. ¿Qué le puede pasar?, y bueno, tendrá otra historia de amor y encontrará, en otra mujer, una especie de Virginia secreta y, cuando descubra esto, se irá a escribir un cuento llamado "Los ritos".

—Hay una relación entre "Carpe diem", "La fornicación es un pájaro lúgubre" y "Los ritos", en ese sentido.

—Es muy probable... Lo raro sería que no hubiera ninguna relación, ¿no? Los tres están escritos por la misma persona.

—"La fornicación es un pájaro lúgubre" está dedicado a Henry Miller. Sin embargo creo que ahí usted entabla una discusión tácita con Miller. La anécdota podría haber sido tomada por Miller —la "iniciación" de una adolescente junto con el descubrimiento de la dimensión del acto sexual por parte del narrador—; pero el tratamiento del tema, desde el lenguaje hasta la conclusión que puede desprenderse del cuento, se oponen a Miller.

—Sí, es un homenaje a Henry Miller junto con una discusión personal sobre el sentido del sexo.

Una mañana me llamaron de un diario para decirme que había muerto Miller y pedirme unas líneas. Hablando más tarde con Bernardo Jobson, él me dijo: "Hoy no tendrían que cobrar en los hoteles alojamientos; si yo tuviera uno, dejo entrar gratis a todo el mundo, mirá qué tema para un cuento...". Como ese cuento lo había imaginado Jobson, pensé en una situación análoga: ¿qué puede hacer en un hotel el amante de una chica algo frígida el día en que muere Henry Miller?

A partir de eso, lo que intenté, justamente, fue evitar parecerme a Miller. Uno de los problemas que se le plantean al escritor argentino cuando tiene que hablar del sexo es que no encuentra palabras para nombrar los genitales. Son muy obscenas o son muy duras. O son científicas o son grotescas. Me propuse no escribir ninguna palabra referida al sexo, explícitamente. Sí alusiones de carácter metafórico, incluso escandalosas, que corren por cuenta del lector.

Me divertí mucho escribiéndolo. La escena de Bender en el colegio de las monjitas o el diálogo telefónico con la hermana Sofía, me hacen reír. Me gusta esa especie de pudor que tiene Bender, está hablando por teléfono con la hermana Sofía totalmente desnudo porque acaba

de bañarse, se siente reluciente como un pepino, y se tapa el ombligo con el diario.

Castillo se ríe como si estuviera solo, en otra habitación.

—Usted menciona el origen anecdótico de ese cuento, pero ¿cómo percibe qué historia es un cuento?

—No sé.

—Lo que quiero decir es esto. En "El candelabro de plata" o en "El hermano mayor", por ejemplo. Hay como una voluntad de esconder la historia principal, la "gran historia" —el hermano mayor descubriendo a su novia con el padre en el dormitorio— y contar la otra historia, superficial, por llamarla de algún modo, bajo la que se esconde la principal.

—Una de las historias —la historia patética, digamos— es la del hermano mayor cuando descubre al padre acostado con su propia novia. Sobre todo porque después el padre le dirá "es una buena chica, se parece a tu madre": una historia lo suficientemente pesada como para cometer parricidio o escribir un buen cuento. Pero a mí me gusta mucho ese padre. El protagonista recóndito de ese cuento es el padre: un padre que se está muriendo de dolor y les toca el trasero a las enfermeras y dice "ese culo no se hizo en un solo día". Frase que le robé a mi abuelo, dicho sea al pasar. Yo no puedo dejar de sentir —hablo literariamente, ¿no?— cierto cariño por ese padre. Pero si me detenía en ese personaje o en el hermano mayor, no pasaba a primer plano lo que quería contar, que era la relación entre los dos hermanos.

El único modo de contar todo era dar la impresión de que no estaba contando nada, que estaba hablando de otra cosa...

Me parece que estoy inventando. Cuando yo escribí el cuento se me presentó la historia completa como un diálogo entre dos hermanos el día que muere el padre.

—"Dar la impresión de no contar nada o contar otra cosa." Eso es lo que pasa también en los mejores cuentos de Carver. Hay una historia concreta y aparentemente trivial, y otra subterránea (que, en cierto modo, encierra el sentido de la primera), y hay una tercera historia que se insinúa, y que corre por cuenta del lector.

—Justamente. Eso es lo que dice Poe cuando habla de la *sugestión* subterránea o de la corriente subterránea de sentido. En cuanto a la tercera historia, es algo más que la tercera. Es esa "otra" historia que, en número casi infinito, lee cada lector.

—Una vez que tiene la anécdota del cuento, ¿cómo trabaja, y cómo corrige?, ¿hace planes?

—El plan de un cuento y el cuento son la misma cosa. Un cuentista no puede escribir sin saber de antemano toda la historia, ya que el cuento, a diferencia de la novela, se concibe circularmente desde el final. Mis primeros borradores son orales, después escribo a mano (generalmente con lápiz, en el peor tipo de papel que encuentro), más tarde a máquina y ahí empiezan las tachaduras, las notas al margen, las llamadas. Leo mis borradores a quien puedo y cuantas veces puedo, en estas lecturas voy modificando el texto, no la historia. La historia está en mí, completa, antes de que empiece a hablar de ella.

—Cuando a usted se le ocurre esa historia, ¿se le ocurre también el modo como va a contarla?

—No necesariamente. Lo primero que se me ocurre (lo primero que sé, habría que decir) es el desenlace, es decir, una situación, un último suceso que de alguna manera supone todo lo que aconteció hasta ahí. Ese momento es lo que se llama "el final" del cuento. Lo que no significa que al cuentista se le ocurra sólo el final, sino que lo que llamamos final presupone todo el cuento y es, además, *el sentido* del cuento.

—Se ha hablado de las "variaciones" que significan algunos de sus cuentos con respecto a un tema propio o ajeno. Hay un cuento suyo, "Mis vecinos golpean", que siempre me recordó a "Casa tomada", de Cortázar.

—"Mis vecinos golpean" es un relato muy viejo, anterior a los primeros cuentos de *Las otras puertas.* En realidad tiene otro antecedente, Dino Buzzati, uno de los mejores cuentistas contemporáneos. Borges lo incluyó en su *Biblioteca personal*, aunque, un poco inesperadamente, como novelista.

—El mismo Cortázar lo menciona en "Notas sobre lo gótico en el Río de la Plata"...

—¿Ah, sí?, no sabía, pero no me sorprende. El mundo de Buzzati es algo así como el mundo kafkiano organizado nuevamente, y tiene, por su parte, un antecedente en la propia literatura italiana: los cuentos de

Pirandello, ¿no? No sé si alguien ha notado que hay mucho parecido entre ciertas situaciones que plantea Pirandello en sus cuentos y la literatura de Kafka.

—Finalmente, no tiene mucha importancia.

—Supongo que no. La literatura es una tradición y una herencia. Está llena de préstamos e intercambios. Hay homenajes a otros escritores, influencias, parodias, discusiones secretas. Ni el Espíritu Santo pretendía ser original: tomó prestado el Diluvio Universal de la gesta de Gilgamesh... También hay plagios, claro, pero entonces ya no estamos hablando de literatura. Yo nunca creí que el sentido de la literatura y el arte sea su originalidad. Creo más bien en aquello que decía Kierkegaard: la originalidad nace de la angustia. Lo que no es una frase célebre o un patetismo: significa que el hecho de estar en el mundo como un ser singular produce, en ciertos hombres, una reacción antagónica con la realidad, un modo personal de ver *las mismas* cosas. Ésa es nuestra única originalidad.

—Me parece que tal vez gracias a una inclinación hacia el realismo, mucho más marcada en su caso, no se nota en sus cuentos, aun en los fantásticos, esa construcción mental, algo forzada a veces, que se adivina detrás de algunos cuentos de Borges o de Cortázar. Me refiero a ideas previas, muy fuertes, como la de la doble realidad, el otro yo posible...

—No sé en Borges, pero tal vez suceda eso en Cortázar, aunque sólo en sus últimos cuentos. No en el gran Cortázar de *Bestiario*, de *Final del juego* y de *Las armas secretas*. Cortázar fue uno de los grandes cuentistas que dio nuestro idioma; lo que sí es cierto es que en el último Cortázar se nota a veces la necesidad retórica de seguir siendo

Cortázar. Creo que, en los últimos tiempos, le pesó demasiado el saber que ya era Cortázar y que esperaban algo de él...

Pero vos hablás del realismo de mis cuentos. La verdad es que yo empecé escribiendo cuentos fantásticos. Mi idea del cuento era el cuento fantástico de Poe, de Maupassant, de Borges, de Buzzati. Pero como parecía que lo fantástico no iba con nuestra generación —no olvides que empecé a publicar en los años 60—, escribí cuentos realistas. Escribía cuentos realistas para impresionar a Humberto Costantini mientras iba acumulando cuentos fantásticos, para uso personal, en los cajones. Un día descubrí que hay una manera realista de contar un cuento fantástico. "Carpe diem", por ejemplo, está contado con datos de la realidad muy concretos, como si el narrador no tuviera mucha idea de que está contando una historia de fantasmas.

—Y últimamente se inclina por el minimalismo...

—No, qué me importa el minimalismo. Como diría Carver: "Yo no sabía que era minimalista; lo que yo quiero es escribir como Chéjov".

Supongo que hay cuentos míos como "Una estufa para Matías Goldoni" o "Capítulo para Laucha" que caben dentro del esquema minimalista. Sólo que están escritos hace treinta años. Cuando escribí "Capítulo para Laucha" anoté en un cuaderno el apunte de un cuento, un día me puse a pasarlo en limpio para escribirlo definitivamente y, mientras lo estaba pasando, sentí: Pero esto no es el apunte de un cuento, esto es el cuento. Había anotado, por ejemplo: "El patio, la parra". "La pileta, la escalinata." Mi intención era describir más tarde esos lugares. Lo dejé tal cual.

—Me dijo hace un tiempo que usted no sabía describir, y yo le dije que, sin embargo, describía. Dígame cómo hace para no describir, cuando

describe.

—Yo soy ciego para los detalles. Mi memoria es textual, recuerdo conversaciones enteras o partidas de ajedrez que jugué hace veinte años, pero nunca sabré, digamos, si estuve hablando o jugando con un tuerto. Una divertida discusión permanente con Sylvia es que nunca veo la realidad como es. Ella: "Ponete el traje azul". Yo: "¿Qué traje azul?, yo no tengo ningún traje azul". Después de quince años de vivir en Pueyrredón y Lavalle, un día le pregunté: "¿Qué calle es esa que se ve por la ventana?". "Es Lavalle", me dijo, "vos no te preocupes...".

Una vez tenía problemas para describir a la mujer de un cuento.[10] Entonces la describí al revés, es decir, por la negativa. Digo ahí que sus ojos no eran ni de este color ni de aquél, y que, vistos de frente, no tenían nada extraordinario, pero que vistos de perfil, en cambio, eran asombrosos. En realidad, un artificio para no decir cómo son; que el lector imagine los ojos que quiera. Más tarde, ella se descalza y él le ve el pie, y yo digo que no hay en todo el arte gótico un modelo para describir el pie desnudo que se me reveló esa noche. Eso, más que una descripción, es una alusión privada y humorística a Poe. Dice Poe en "Ligeia" que no hay modelos en la antigüedad clásica para describir los ojos de Ligeia. Y yo me dije, qué bien hacer esto, pero en broma, atribuírselo a un pie.

—Eso despierta en algunos lectores una especie de vanidad ingenua: "esto lo escribió tal escritor", "sé de dónde sacó esta cita". ¿Piensa en complacer esa vanidad del lector, o se trata de una autocomplacencia personal?

—Son como pequeños mensajes para nadie. Yo no me tomo el trabajo de señalárselos al lector, pero a veces confío en que haya *un* lector que sonría conmigo.

Por ejemplo, en uno de mis cuentos el protagonista está hablando por teléfono y le dice a la chica “suculenta como una panadería”[11]... “Suculenta como una panadería” es un verso de Neruda. Yo lo puse sin comillas, me dije: a lo mejor alguien se da cuenta. Y además era un chiste formidable, porque, realmente, es tan difícil que alguien piense: esto remite a Neruda. Claro, si decís “en tus ojos ardían las llamas del crepúsculo”, es Neruda; pero “suculenta como una panadería”... En “Crear una pequeña flor es trabajo de siglos” está la historia del tomate, irse a otra realidad buscando la flor de Coleridge y volver de allá con un tomate; es una alusión a la literatura inglesa, y al tango *Fangal*, de Discépolo. “Si al menos me engrupiera de que la he salvao”, piensa el protagonista: es un verso de *Fangal*.

—*O el vestido verde de Laura, en ese mismo cuento.*

—Bueno, eso es de la *Divina Comedia*. Beatriz, en el Paraíso terrenal, cuando viene a buscar a Dante, está vestida de verde... La literatura es asombrosa, Beatriz vestida de verde, en el Paraíso.

Con ese cuento me pasó algo raro. Estaba casi escrito, la historia armada hasta el desenlace con casi todas sus palabras, todo, sabía que el protagonista debía cometer un último acto innoble para justificar las cuatro o cinco líneas finales, las que describen cómo él, desde la cama, ve irse a Laura, incluso las líneas finales estaban escritas. Lo que necesitaba era *ese acto*, pero no se me ocurría cuál podía ser. Nunca me siento a escribir un cuento sin saber exactamente cómo va a terminar, pero en éste, como el sentido de la historia estaba cerrado, pensé que, en algún momento, se me iba a revelar qué había sucedido. Imaginé cosas horrendas, directas, escandalosas: todas resultaban falsas. La solución me la dio una mujer. Le dije: “Tengo un problema con este cuento, es la primera vez que me pasa esto, él le tiene que hacer una porquería y no sé cuál”. Ella me mira y me dice: “No le hagas hacer nada extraordinario: que ella le toque la mano, en la cama, y que él retire *apenas* la mano”. Un hombre normal no puede

imaginar una cosa semejante, porque ese gesto mínimo incluye una sensación interna de la mujer. Ningún hombre puede saber lo que eso exactamente significa, algo tan sutil como que ella le toma la mano y él, simplemente, la retira, eso es terrible. En fin, que ahí encontré el final del cuento y que ese final no lo imaginé yo.

—Borges contaba que el final de "La intrusa" se lo dio la madre, le dijo: "Vos escribí que están conversando sobre cualquier cosa, y, como al pasar, un hermano le dice al otro que hoy mató a esa mujer, y se terminó".

—La madre de Borges daba un poco de miedo, qué querés que te diga.

También me gusta citar mal. Isidoro Blaisten suele hacerlo con mucho humor. En algún lugar habla de Schubert, que, según dice, de cara a la pared, se volvió loco oyendo un "la". En realidad el que oía el "la" y enloqueció fue Schumann. Ese disparate es justamente lo humorístico. En "Réquiem para Marcial Palma" yo digo que un viejo medio loco juraba haber peleado toda una noche con el ánima de un inglés "como Moisés con el ángel". El que luchó la noche entera con el ángel no fue Moisés, fue Jacob. Alguien me lo señaló como un error. Tenía razón, pero no se dio cuenta de que mi personaje no anda muy fuerte en temas bíblicos.

—Sus últimos cuentos, como "La mujer de otro", revelan una estructura interna que se asemeja, en cierto sentido, a la estructura del relato policial, es decir, el lector se constituye en una especie de detective que recibe una serie de "pistas" que le permiten rearmar ese relato que usted ha dejado inconcluso, justamente con ese objetivo.

—Para mí, ésa es la estructura del relato breve. En el cuento muy

breve, el lector debe organizar por sí mismo lo que no está dicho. En "La mujer de otro" yo no quería de ninguna manera hacer un cuento psicológico, no podía ni debía contar la psicología del narrador —aunque el cuento esté escrito en primera persona—, ni la psicología —imposible de averiguar— del marido, y mucho menos la de la chica, que era, precisamente, el "misterio" que el amante venía a buscar a esa casa. El cuento policial, me parece a mí, opera exactamente al revés. Intenta sorprender al lector; las pistas revelan pero, al mismo tiempo, ocultan la verdad, y, cuando el cuento termina, todo queda muy claro y sólo admite una lectura. "La mujer del otro" es deliberadamente ambiguo. Ni los personajes ni el lector —ni siquiera el autor— saben qué sucedió, cómo era ella, si ha muerto o sencillamente se ha ido. El cuento policial es un juego que plantea y resuelve un enigma. Este otro tipo de cuento, simplemente lo plantea.

—El conjunto de todos sus cuentos lleva por título Los mundos reales. ¿Por qué el plural?

—El título iba a ser *El mundo que conocimos*, pero "el mundo que conocimos" habla directamente de la realidad. Sylvia me dijo: "Tenés que ponerle *Los mundos reales*".

Yo no creo que haya un solo mundo real. Ésta es nuestra realidad, estamos acá, vos estás grabando y tomando apuntes, yo estoy hablando, estamos vivos y más o menos manejándonos con cierta lucidez diurna, pero vos soñás, vos tenés dudas, deseos inconfesados, momentos secretos de irracionalidad y de locura, ése es también tu mundo real, tal vez más real que éste. No existe un único mundo real. Limitar al hombre a los hechos visibles es quitarle toda su parte onírica, demencial, disparatada, la de los deseos y las pesadillas. Bernardo Jobson me preguntó una vez: "¿Por qué mi portero va a ser más real que un sueño?". Pero, claro, la inversa, creer que el mundo de los sueños, el mundo freudiano, es el único verdadero porque es el mundo de lo "profundo", también es una ingenuidad. Está el mundo

del comer, está el mundo del divertirse, de rascarse la oreja, de no hacer nada, ¿no? La verdad es que un portero, bien mirado, es casi tan real como cualquier sueño.

1 Cfr. *Cuentos completos*, 1997. [N. de E.]
2 *Ser escritor.* [N. de E.]
3 Cfr. Omar Prego Gadea, *La fascinación de las palabras*, 1997. [N. de E.]
4 Fernando Esteves, director editorial de Alfaguara Argentina entre 1997 y 2007. [N. de E.]
5 Apuntes para la presentación del libro de Omar Prego Gadea. [N. de E.]
6 En el libro sólo figuran las iniciales del autor del prólogo: F. R. [A.C.]
7 Roa Bastos estaba en el interior del Paraguay supervisando talleres de alfabetización. En el grupo de los más chicos, los de siete y ocho años, les pidió que dibujaran en el cuaderno una herramienta de trabajo. Uno de ellos apoyó la mano sobre la hoja, pasó el lápiz por todo el contorno y se lo entregó. [A.C.]
8 William L. Shirer, *Amor y odio.* [N. de E.]
9 Abelardo Castillo y María Fasce, *El oficio de mentir*, 1998. [N. de E.]
10 “Muchacha de otra parte”, en *Las maquinarias de la noche.* [N. de E.]
11 “Vivir es fácil, el pez está saltando”, en *Las panteras y el templo.* [N. de E.]

marzo 3

En los últimos dos o tres meses, sólo poner en orden la casa y las computadoras, lo que ocupó todo mi tiempo. Hice aislar la pared del dormitorio que da a mi vecino, y, al parecer, dio resultado. O bien el buen hombre de la guillotina no trabajó este mes (o se mudó) y eso terminó con los ruidos. El caso es que finalmente consigo dormir a la hora que se me antoja, lo que no deja de ser la mejor terapia, en mi caso.

Este mes sale la segunda edición de *Ser escritor* y, en unos cuantos días más, *El oficio de mentir*, el libro de las entrevistas que me hizo María Fasce.

Decidido a apartarme de una vez por todas y *para siempre* del circo literario y, en algún lugar remoto de mi voluntad, a terminar el Van Hutten.

marzo 20

Siete de la mañana. Aunque suelo festejarlo el 21, hoy es el verdadero aniversario de mi casamiento. Es raro que Sylvia no se haya acordado anoche. No tan raro, le han pasado cosas bastante extraordinarias en estos últimos días. *La tierra del fuego* fue finalista del premio Alfaguara, y pudo (debió) haberlo ganado. La novela se va a publicar en el Cono Sur, en España —Pérez-Reverte se ofreció a presentarla allá

— y casi seguramente también en México. Me parece que Sylvia todavía no lo puede creer. A mí no me asombró. Creo, objetivamente y sin ningún pudor, que es un gran libro. Como en el caso de *El Parque*, ella no tiene mucha conciencia de lo que ha hecho. Tal vez ésa sea su mayor virtud.

marzo 27

Cuatro de la mañana. Hoy cumplo sesenta y tres años.

marzo 28

Más o menos desde el momento en que anoté la frase anterior, hasta las diez de la noche, no hice casi otra cosa que estar en la cama. Me habré dormido a mediodía. Intenté durante horas que me gustaran los poemas de Marechal del primer tomo de las *Obras completas*, que debo presentar el mes que viene en la Feria del Libro. No lo conseguí. Me parecen fríos, a veces innecesarios. Es la misma penosa impresión que tuve la primera vez que leí sus versos, y lo lamento tanto. Lo siento como una culpa. No puedo comprender cómo un hombre que tuvo una idea tan alta de la poesía ha escrito esas líneas tan frecuentemente retóricas. Para peor, el prólogo de Barcia —personaje bastante discutido, por lo que me han dicho— es insoportable. Toda esta gente se ha propuesto hacer de Marechal un poeta *católico*. No tendría nada de malo que lo hubiera sido, pero cuando yo lo conocí no sólo no era católico: era anticatólico. Cristiano, sí, a su manera un poco gnóstica, un poco teosófica, pero de ningún modo católico. Lo malo, para mi recuerdo de Marechal, es que incluso sus poemas religiosos son helados. En los didácticos, mejor ni pensar. Cuando acepté presentar estas *Obras completas* me sentía contento, hasta halagado; ahora siento un malestar enorme.

Muchos llamados telefónicos para felicitarme por mi cumpleaños.

Hasta llamó Nilda, la mujer de papá, y, también desde San Pedro, Ana María, la señora que nos cuida la casa. Fax de Fernanda, desde México. Liliana, Juan, Flora, Patín, Paula, la gente de los talleres, Elsa, los sobrinos de Sylvia. Mariana Fiskler, desde España. Qué sé yo. Es el año, creo, que más gente ha llamado. Yo dormía.

La ventaja de haberle puesto un lector de CD a la máquina es que puedo escribir estas líneas al mismo tiempo que oigo a Corelli. La desventaja fue que perdí dos semanas enteras en conseguir que la computadora funcionara más o menos como debe. Y no porque tuviera ganas de hacerlo, sino porque mis especialistas en computación saben menos que yo. Si hubiera puesto, en la novela, la cuarta parte del esfuerzo mental que puse en hacer que esta máquina se comportara con dignidad de máquina, ya habría terminado de escribirla. De todos modos, escucho a Corelli.

Cosa que antes también podía hacer, naturalmente, desde el audio.

Ya aparecieron los dos libros de que hablo por allá arriba. No están nada mal.

Hacer de una vez por todas lo siguiente:

1) Seguir pasando los cuadernos manuscritos.
2) Contestarle a esa chica traductora rumana.
3) Escribirle a Gonzalo Garcés.
4) Mandar los libros a cierta gente, a muy poca.

marzo 30

Puse la fecha, me distraje releyendo lo anterior y olvidé por completo

qué quería anotar. Lo que significa, sospecho, que no debía de ser tan importante. Salvo que se tratara del hombre de la guillotina (guillotina cartones para hacer cajas). La verdad es que se había tomado unas vacaciones. De todas maneras, excepción hecha de un golpe que se oye un poco antes de las nueve de la mañana, los demás ruidos desaparecieron.

abril 2

Lo exterior en orden. Lo demás, esta especie de agotamiento físico. Me duelen los ojos, no consigo dormir bien, como si viviera sobresaltado. Creo que Sylvia tiene razón. Mi desprecio por el cuerpo es irracional, y lo peor es que me afecta intelectualmente, aunque yo lo niegue jugando a la lucidez. Si los demás supieran el esfuerzo físico que me cuesta, a veces, ser "inteligente". Anoche, durante el curso, tuve un lapsus peor que freudiano. Dije comunista queriendo decir peronista. Escrito, no parece muy trascendente, pero lo fue. No por el contenido político de la cosa —que para mí no lo tuvo, aunque tal vez sí para los demás— sino por el *abandono* que significa agarrarse a cualquier palabra, por pura desidia, por puro desinterés.

abril 21

La presentación de las *Obras completas*[1] de Marechal se anticipa complicada. El último poema del primer libro ("Mis dos Marías") no es de Leopoldo Marechal, es de Elbia Marechal. Y además es bueno. Una nota al pie dice que ese soneto fue dictado (?) a su hija María de los Ángeles por Leopoldo, lo que me suena un poco novelesco... Teniendo en cuenta los entretelones de la pequeña guerra (la palabra tal vez no es guerra, pero tampoco es pequeña) entre las hijas y Elbia, la segunda mujer de Marechal —a la que él siempre consideró su única mujer, dicho sea de paso, y además lo dejó escrito—, todo viene bastante turbio. Por si fuera poco me entero de que la edición anterior de *El banquete de Severo Arcángelo* apareció con la dedicatoria cambiada. Marechal dedicó esa novela "a Elbia Rosbaco de Marechal",

pero, seguramente a pedido de las hijas, en la edición de Planeta salió: “a Elbia Rosbaco”. Esto ya se está pareciendo a esa mezquindad inexplicable que se ha hecho con alguna dedicatoria de Borges.

Lo anoto un poco a la pasada, a manera de apunte, más bien para no olvidarme de escribir. Más adelante tendré que volver sobre esto.

El otro día en San Pedro tuve la necesidad de ponerme a escribir a mano. No sé por qué no lo hice. Era justo el momento ideal. Dejé pasar el impulso y ya no volví a recuperarlo.

Son las dos y media de la mañana. Definitivamente, mi hora es la noche.

abril 25

Anoche, presentación de las *Obras completas* de Marechal. Convencer a la hija mayor de Marechal de que *ella misma* debía decir que el poema era de Elbia —y convencer antes a Elbia de que en la hija no había habido mala intención cuando publicó ese poema— destruyó mi paciencia, mis energías y, por alguna oblicua razón que no tengo ganas de analizar ahora, casi mi cariño por Leopoldo Marechal. Desde esa presentación, hará unas seis o siete horas, no hice más que intentar distraerme con el ajedrez. Mañana o pasado trataré de poner por escrito lo que me pasa aunque lo más probable es que para mañana o pasado haya dejado de interesarme. Siento un desgano peligrosamente parecido al desdén por todo esto. La palabra que pensé escribir no era desdén, era repugnancia.

No, no es la verdad la que gobierna al mundo, sino la ilusión. Lo escribió Kierkegaard, no sé por qué, de golpe, lo recuerdo ahora.[2]

Cristianos, se dicen. Por favor. Viven hablando de Dios y de Jesús y se cagan en el Evangelio. Con estas mismas palabras brutales, se lo dije esta tarde a una de esas cristianas mujeres. Tienen tanta caridad como los Borgia.

Sí, por supuesto, que precisamente yo hable de caridad es un poco siniestro, mejor me voy a dormir.

más tarde

Tres de la tarde. Me levanto, descompuesto del estómago. Pero tal vez sería adornar mi sensibilidad atribuirlo a lo de anoche.

abril 30

Cosas buenas: la novela de Sylvia. Efectivamente, se publicará en Argentina, en Chile y en México. Ya firmó los contratos. Ya cobró su pequeño cheque. Me alegra su alegría.

mayo 3

Después de la última anotación del mes pasado, horas y horas hablando por teléfono con Elbia Marechal. El resumen de lo que ahora siento es así: soy un ingenuo, o un perfecto imbécil, o en muy buena parte de esta historia tiene razón Elbia. No agrego una palabra más sobre este asunto.

Hace unos días, encuentro con Antonio Skármeta. Me hizo una larga entrevista para su programa de la TV chilena. Parecía casi conmovido y hasta un poco intimidado. Lo curioso es que siempre lo consideré un escritor latinoamericano mucho más conocido que lo que nunca llegaré a ser yo. Más tarde, Juan Forn me contó que *El que tiene sed* había significado para algunos escritores chilenos no sé qué cosa estrafalaria y, de hecho, desproporcionada. Claro que Juan no es

confiable: es un imaginador nato de lo agradable. Tiene memoria decorativa. Ese mismo día, unas horas antes, volví a verlo a Carlos Fuentes, después de más o menos treinta y ocho años de aquella noche rabelesiana con él y Dalmiro Sáenz en que nos emborrachamos en la Boca. O al menos yo me emborraché. Fuentes se ha transformado en una especie de señorón. Un señorón mejicano, lo que no es poco decir. Parece un embajador. Estuvo amable. Se acordaba de esa noche.

mayo 4

Ser escritor y *El oficio de mentir* han creado un malentendido que, espero, sea fugaz. Me llaman por teléfono y me escriben como si yo fuera poseedor de algún secreto sobre el "arte de escribir". Esto es una prueba de la superficialidad con que hasta hoy se han pensado ciertos temas en nuestro desvencijado país literario. Siempre me asombró la importancia que en los sesenta se le dio a *El escritor y sus fantasmas*, de Sabato, y hace unos años a *Crítica y ficción*, de Ricardo, y ahora pasa algo así con estos desganados libros míos. Es muy raro que cierta gente crea de buena fe que es posible aprender algo sobre literatura leyendo este tipo de cosas. Por ejemplo: yo me opuse hasta último momento a publicar las respuestas sobre el origen de mis cuentos, María insistió en incluirlas, y ahora resulta que ese capítulo es el que más entusiasma a los lectores.

Si alguien quiere saber algo sobre el acto *moral* de escribir debería leer ese formidable e injusto panfleto de Tolstói, *Qué es el arte*, y también el último tomo de *En busca del tiempo perdido* de Proust, donde dicho sea de paso se lee algo parecido a esto: cuando un escritor empieza a hablar de su literatura está terminado como escritor.

La manía de citar de memoria me hace llevar ciertas sorpresas. Suelo atribuir a Anatole France la anécdota del pintor de los árboles y del

chico. No es de France. No tengo la menor idea de quién es.

En marzo anoté cuatro o cinco cosas que debía hacer. Dos, por lo menos, no hice: ni mandé los libros ni seguí copiando los cuadernos manuscritos. Por lo menos le escribí a Gonzalo y a Alina, la chica traductora rumana. Es a ella, especialmente, a quien debo mandarle los libros. Parece encantadora y, dice, está traduciendo mis novelas desde una fotocopia. Me mandó un regalo, para Pascua. Una cuchara rumana de madera labrada y un huevo, también de madera.

Hablando de regalos. El otro día, en la Feria del Libro, se me acercaron dos chicos muy jóvenes. Uno traía un tomate en el bolsillo. Me lo regaló por aquello que dice el protagonista de "Crear una pequeña flor…"

más tarde

Van Hutten: Veo al pasar un apunte de diciembre donde parece que tenía muy claro lo que hay que hacer con esa novela. Tenerlo en cuenta.

mayo 7

Leyendo *Los senderos de la montaña*, me encuentro con una frase casi textual de Maeterlinck que utilicé en *Crónica de un iniciado* (cap. 19 de la primera parte). No la recordaba en absoluto, aunque sí era consciente de que al describir el nacimiento de Esteban desde el feto repetía a mi manera las teorías de Janowski que Maeterlinck reproduce en el artículo "Macro y microcosmos". La primera versión de ese capítulo es tan vieja (lo escribí antes de 1963) que había olvidado por completo su condición de borrador. Lo anoto acá para no olvidarlo y ver más tarde de qué modo puedo solucionar esto, si es

necesario. En cuanto a la teoría del Karma, la tomé del mismo libro, sólo que en este caso hago mención —un poco ladeada, si he de ser sincero— al "librito de Tor". Estoy casi seguro de que en alguna versión decía más honradamente: "librito de Maeterlinck, editado por Tor".

mayo 12

Sobre lo anterior: afortunadamente la frase no es tan textual. No es nada textual. Lo que atruena es la palabra heteróclito, usada por Maeterlinck o por el traductor.

Esta tarde, le dije a Sylvia con demasiada naturalidad: "De todos modos, una vez que termine con Van Hutten, no creo que vaya a escribir demasiadas cosas". ¿Qué me pasa?

Desde hace un tiempo me oigo coquetear con la idea de no escribir. ¿*Es* un coqueteo?

No, no es ningún coqueteo: es la casi certeza de que las buenas ideas y los grandes propósitos se quedaron para siempre en el pasado. Este diario es la mejor prueba. Lo escribo a desgano, sin convicción.

mayo 14

Los muertos siguen *viviendo* en nuestros sueños: esto lo sentí hace un tiempo y creo que lo anoté para explicar más tarde qué significa realmente. No es una expresión poética; la fuerza que tienen ciertos muertos cuando los soñamos es algo que nunca se siente en la realidad.

Anoche volví a soñar con papá. Fue tan vívido, tan hermoso. Nos habían invitado a comer en algún lugar y yo lo miraba con admiración y no podía dejar de sentir lo joven que parecía. Eso me ponía orgulloso. Pensaba que todos, en esa comida, iban a decírselo. Yo quería ir a esa comida sólo para que lo admiraran. Dios mío, nunca

sentí algo así mientras vivió.

Las veces que habré buscado cualquier excusa para no estar con él. O, para decir toda la verdad: las veces que haría lo mismo si viviera.

mayo 27

Dos y media de la mañana. Esta tarde tenemos que hablar con Yuyo Noé y Pino Solanas, en el Centro Cultural Ricardo Rojas, sobre el Mayo Francés. Treinta años después y, si no me equivoco, con la presencia de alguien de la Embajada de Francia, parece una broma de mal gusto. Lo único que puedo hacer es arruinar un poco esa fiesta melancólica: voy a hablar del Cordobazo. Ni siquiera voy a hablar; voy a leer el editorial aquel que escribí hace treinta años. Espero que haya algún mínimo debate y que las conclusiones surjan solas.

Cuando no tengo nada que hacer —que es la mayor parte del tiempo—, debería anotar cualquier cosa en este diario. Siempre me pongo a escribir en él a último momento, es decir, cuando ya estoy tan cansado que lo único que quiero es irme a la cama. Si no ocurre nada inesperado, lo único que me queda por hacer es cortarme la cabeza o encerrarme en este escritorio y hacer algo por mí mismo.

Lo que iba a escribir ahí donde dice “hacer algo por mí mismo” es: terminar el Van Hutten. Pero se trata de algo más que terminar ese libro. Tengo que buscar los cuentos a medio escribir, ordenar los papeles, preparar los ensayos que pensaba publicar y hacerme un proyecto que abarque por lo menos todo este año y el siguiente. Siento que estoy en el umbral de una época de trabajo, y, salvo que me muera, esta vez no voy a dejarla pasar.

Volví a escuchar música. Tiré a la basura una cantidad de cosas

inútiles. Recuperé varias cartas de Cortázar. Anotado así, no significa nada. Pero sé que son buenos signos, por ahora me basta con eso.

La verdad es que yo era un escritor en serio cuando nadie me consideraba escritor, cuando nadie *me molestaba* poniéndome en el lugar de escritor. Sobre todo lo era cuando yo mismo no me sentía perteneciendo a la literatura.

más tarde

En *La Nación*, sobre el Mayo Francés. Cita de Cohn-Bendit. Esto solo es suficiente para tener una idea de lo que significa hoy para el *establishment* aquella sublevación estudiantil. Hay además una gran fotografía. Una chica de minifalda leyendo *Le Monde* y una burguesa tipo gallineta, observándola, mientras hojea *Le Figaro*. Parece que todo se redujo a una cuestión de liberación... sexual. Se olvidan por supuesto de los 100.000 obreros franceses en huelga, de que eran los años de Vietnam, de cómo esa subversión, que nunca fue una revolución ni pretendió serlo, se expandió por toda Europa y Latinoamérica.

Tal vez, en el Rojas, empiece hablando de esta fotografía.

mayo 28

Seis de la tarde. Bueno, parece que al menos esta vez terminé haciendo lo que me proponía. El acto en sí me pareció melancólico y deprimente. Mucha gente en la sala, bastantes estudiantes, pero todo muy fin de siglo. Solanas hizo un "buen" discurso político, sólo que se notaba el destiempo, como si hablara de Historia Antigua, de la rebelión de Espartaco. No estoy muy convencido de que la mitad de los que estaban allí comprendieran de qué se trataba aquel famoso "fervor de los sesenta", aquella famosa pasión. Lo de Yuyo Noé empezó caótico, pero, en el diálogo, terminó bastante bien. El representante de la Embajada de Francia: un perfecto francés y un idiota perfecto. A su pésimo español se le sumaba su frivolidad. Apoyó su evocación —a la que él llamó análisis histórico: parece ser

especialista en el tema del Mayo Francés y su relación con América... —, apoyó su evocación en Régis Debray, lo que es muy típico. Como debí cerrar las intervenciones —él las abrió—, señalé la paradoja de que precisamente un representante del gobierno francés estuviera en esa mesa. Cosa que no le gustó. Mostré la fotografía de *La Nación*, la contrapuse a la tapa de *El Escarabajo* en aquellos días y, después de dejar en claro lo que este acto significaba (es decir, nada) leí el editorial sobre el Cordobazo. Aplausos. Un poquito de emotividad. Todos de vuelta a casa. Yo con la misma sensación de malentendido de siempre.

Al terminar, un chico, Hernán Isnardi, que dirige una revista, me hizo un reportaje que duró tres horas. Terminé a eso de las tres de la mañana.

Vaga idea de un cuento. La mujer que reaparece, sin cambiar, a lo largo de la vida de un hombre.[3] Pensando en esto, me dormí. Antes recordé aquel otro del regreso al hogar.

mayo 30

No anoté antes que terminé, una vez más, los Karamazov. Mi teoría sobre Alioscha se sostiene perfectamente. Es imposible que Dostoievski no haya pensado, aunque sea una vez, que Alioscha pudo y hasta debió ser el verdadero asesino material de su padre. Quizá un día desarrolle esta idea, que me persigue hace años. Quizá, un día. Si estas apelaciones al futuro no me están prohibidas.

junio 9

Casi una semana entera en cama. Algo parecido a una gripe que se desató de golpe, con cuarenta o más grados de fiebre y unos temblores como en mis mejores épocas alcohólicas. Como este tipo de temblor cercano a la convulsión, y que me deja destrozado, no pertenece sólo a

aquellos tiempos dorados, me temo que yo le atribuía al alcohol más virtudes de las que en realidad tuvo.

Estaba tan helado, desde los pies a la cara, que casi no sentía el cuerpo. Después de eso, la fiebre. Sylvia me ponía un pañuelo mojado en agua helada en la frente. Esto duró unas tres horas y hacia la mañana me quedé dormido. Dormí literalmente tres días seguidos. El resto de la semana lo pasé sin comer, por consejo del médico, viviendo a compota y agua.

Ventajas de estar enfermo. Leí a Cadalso, tipo de humor sorprendente. Leí a Moebius (*Inferioridad mental de la mujer*), que, aunque disparatado, hoy resulta más escandaloso que *Las 120 jornadas de Sodoma*. Leí a Blanchot, precisamente el libro dedicado a Sade y Lautréamont.

Una observación que resulta invisible a todos los exaltados intérpretes del "divino" (?) marqués. Sade no es en absoluto un escritor del mal: quiero decir que su lenguaje no lo es. A cada paso uno lee expresiones como "terribles crímenes", etcétera, que de hecho están calificando los actos de los protagonistas con el mismo lenguaje de la Moral. Un verdadero perverso, no vería nada de terrible (como ve la marquesa o la condesa de no sé quién) en hacer el amor y asesinar acto seguido a sus amantes. Su teoría del "montón" (asesinatos numerosos serían el equivalente pragmático de una infinita agonía por tortura, difícil de ocasionar) no es ni remotamente perverso y suena infantil, ni bien se la compara con los campos de concentración o con los procedimientos de los militares y la policía nacional durante la dictadura.

Los libros de Sade están llenos de ese tipo de adjetivación que llamé moral. Los personajes "libertinos" (la palabra misma es tomada de la Moral francesa) quieren ser malos, canallas, perversos. El mal verdadero no quiere ser nada: es así.

Ya había cerrado el cuaderno (debí escribir: ya había salido del programa, lo que suena lamentable) cuando recordé lo único importante de esta semana febril. En esos tres días y noches delirantes de mínimos despertares y entresueños rarísimos, inventé de punta a punta una historia que probablemente escriba en cualquier momento. Por ahora se llama “Milena en los sesenta” o “La semana de Milena”. Sólo anoto el tema; tengo hasta los diálogos de casi todo el texto mental: ella y él, en los sesenta. La historia, que ya ha empezado antes, se inicia en el cuento el día que ella cumple dieciocho años. Esto es necesario por la escena en la comisaría. (“Los derechos adquiridos no se pierden.”) Hasta ese momento todo ha sido normal, pero ese día hay un quiebre, una ruptura, o un rotura en un engranaje del tiempo. Ese mismo día dejan de verse. (No olvidar que ella se ha acostado con otro: él la vio salir del hotel, beso fugaz, escena de las flores en el tacho de basura), e incluso la abofeteó en plena calle o en La Paz. Pasan diez años, digamos, y vuelve a encontrarla. Él ya tiene cuarenta y cinco años: ella sigue en sus diecisiete. Ella no crece: él sí. Este segundo encuentro es absolutamente natural. Queda claro que ella no está muerta. Sencillamente vive en otra secuencia de la realidad. Ella no parece darse cuenta de que el tiempo pasa para él. Él le pregunta qué es esa marca que ella tiene en la cara. Ella lo mira y le dice con toda sencillez que qué esperaba, después del tortazo (la palabra debería ser ésta) que él le dio uno o dos día atrás. (Lo de los dos días se me acaba de ocurrir ahora, y le agrega cierto dramatismo porque la semana se acorta en un día.) Él comprende que ese ayer o anteayer es real para ella, como los diez años son reales para él. Todo, durante el día, sigue normal. Dejan de verse por años. Lo mismo. Él cincuenta: ella dieciocho. Él puede incluso preguntarle si ella no se da cuenta de lo que a él le pasa. Ella probablemente se da cuenta de una manera distraída y difusa. Él advierte que cada encuentro es un día siguiente en la vida de ella. También advierte (porque ahora, por alguna razón, ya sabe que sólo tienen esa semana) que si está dos o tres día seguidos con ella, esa semana única se acorta. Último encuentro. Él, mi edad. Les queda un día, aparte de ése. Si se van a la cama esa noche ya no hay más Milena. Si lo postergan, tal vez, una

vez más, algún día, si no es demasiado tarde....

El problema de la vejez, etcétera. No es una mala historia. Es más: me parece muy buena.

Y para que todo resulte casi perfecto, en este mismo momento estoy escuchando por la radio: “Por la vuelta”.

“Después, qué importa del después...”

junio 18

Jueves, después del curso. Cansado, pero bien. En estos últimos días, apuntes para la novela. Tengo ganas de escribir, pero, por decirlo de un modo directo, me falta qué. Necesito “iluminar” (lo que Sylvia llama iluminar) los capítulos ya escritos. Pequeñas descripciones, gestos, etcétera. Pero sobre todo amplificaciones de carácter intelectual. Cuando los personajes exponen deben hacerlo en serio, como en Thomas Mann o, mejor dicho, sin miedo, sin reticencia. Si un personaje debe hablar una página o diez, que hable. Si el narrador piensa, debe sentírselo pensar. Mi manía de la síntesis —suponiendo que sea una manía, una elección, y no mera indigencia— ha terminado por hacerme escribir a medias. Una novela o un relato no son un cuento. Todo lo que es primordial a la hora de escribir cuentos esqueletiza a una novela.

Acabo de recibir un fax de Barcelona, a propósito de una idea (que ella juzga estupenda) de Carina Pons. Estoy asombrado, por no decir alarmado y hasta un poco injuriado.

julio 14

La carta a que me refería en la última anotación de junio es una propuesta para presentar *El Evangelio según Van Hutten* al premio de

este año. Es decir, hacer casi la misma idiotez —por no llamarla otra cosa— que se hizo con Piglia el año pasado. La propuesta era terminar mi libro de cualquier manera, corregirlo luego y, naturalmente, ganar casi con toda seguridad el premio. Mi respuesta:

Buenos Aires, junio 29 de 1998

Querida Carina: tengo listas las prometidas 150 primeras páginas de la novela, que te mandaré mañana mismo por correo especial. Deberían llegarte en tres días.

En cuando a tu idea "alocada" sobre el premio es, efectivamente, alocada. No puedo —ni quiero— enviar a ese concurso un libro que está siendo negociado por ustedes justamente con alguien que es, en los hechos, el jurado principal del premio. Por decirlo con suavidad, no me parece nada bien.

Un procedimiento semejante causó un buen escándalo, el año pasado. Pero, aun sin ese antecedente, nunca enviaría a un premio en tales condiciones. Sé que tu propuesta es de absoluta buena fe, y, en algún sentido, te la agradezco —en el sentido de que te veo preocupada por mis libros—, pero no es ésta mi manera de entender la literatura. Tal vez te suene demasiado antiguo, demasiado "años sesenta", pero el caso es que, aunque bien conservado y atlético, soy un escritor muy antiguo, y de hecho pertenezco a los años sesenta.

No hablemos más del asunto. Mi idea, por otra parte, si me voy de Emecé o no hay propuesta mejor de Alfaguara España, es publicar todos mis libros en Seix Barral. Sea como fuere, agradezco tus ideas alocadas y podés (puedes) seguir haciéndomelas llegar a medida que "aloquezcas". Un gran abrazo.

Por fin retomé la novela y ahora sé que voy a terminarla. Escribí tres capítulos nuevos, el de la tormenta (segundo de la segunda parte), la confesión final de Van Hutten en la cascada, con el que prácticamente termina el libro, y anoche mismo el octavo (último encuentro con el doctor Golo) también de la segunda parte. Octavo capítulo que

acabará, creo, por ser el noveno, ya que estoy bastante decidido a intercalar en alguna parte la escena demoníaca entre Van Hutten y el monje sirio. También intercalé unas cuantas precisiones necesarias, en distintos lugares. En suma, que desde hace unos veinte días me he puesto escribir a mi viejo ritmo natural, que es: en cualquier momento, empezando por cualquier parte, y todo el tiempo que sea necesario. El libro está organizado del principio al fin y, por primera vez en muchos años, es como cuando entraba y salía de *Crónica*.

Por supuesto, la palabra cansancio se impone una vez más, pero éste es el cansancio bueno, la fatiga física de algo que, con un poco de buena voluntad, podría llamarse creación. Más adelante vendrán las verdaderas entradas y salidas, las pequeñas iluminaciones.

El capítulo de la tormenta, que leí con gran éxito en mi curso, lo hice gracias a Sylvia. Describime por favor de cualquier modo una tormenta en La Cumbrecita, le pedí, sin preocuparte por lo que salga, yo hago lo demás. Eso rompió mi haraganería. Mientras corregía y amplificaba el texto, dándole un sentido que lo articulara con el resto, me di cuenta de que había empezado a escribir.

Trabajé casi una semana entera en esas páginas. Lo mismo me pasó hace unos años con el cementerio.

Lo más complicado, ahora, son los datos concretos sobre los rollos, organizarlos y distribuirlos de modo que resulten naturales, novelísticos, no informativos. Me falta, en el capítulo ocho, la conversación final con Hannah.

julio 31

Escribí el encuentro con el padre Servando (que resultó ser un monje

español) en la iglesia del Santo Sepulcro. No estoy muy conforme con el principio, que había pensado de otra manera y que ahora me suena inexpresivo y forzado. No sé. Tengo que calibrar muy bien estos capítulos finales.

agosto 17

En términos generales, terminé la novela hace unos quince días, desde entonces, puliendo. Por el momento sólo me duelen la espalda y los riñones. El capítulo del padre Servando, aunque bien corregido ese principio que me molestaba, todavía es precario como descripción de la iglesia del Santo Sepulcro. Escribí los capítulos diez y once de la segunda parte (encuentro con Hannah y última conversación en la cascada) y sólo me falta el epílogo. El problema es que las únicas descripciones del Santo Sepulcro en que me puedo basar son la de Hans Einlen (*El misterio bíblico*) y la de Liliana, que el año pasado estuvo en Jerusalén y visitó la iglesia, pero, naturalmente, con cincuenta años de diferencia con la que vio Van Hutten.

Hace dos o tres meses que no miro televisión ni leo los diarios ni salgo a la calle. Me acuesto a cualquier hora y a veces me levanto cuando ya es de noche. Esta vez sí que podría repetir aquello de Léon Bloy: *Cuando quiero enterarme de las últimas noticias, leo a San Pablo.*

Tengo una idea más o menos vaga de que vivo en el mundo. No me jacto de eso, sencillamente lo anoto.

agosto 25

Alina Rosca, la chica rumana que se ha propuesto traducir *Crónica* y *El que tiene sed*, está en la Argentina. Me llama sorpresivamente desde Córdoba para decirme que antes de verme quería conocer la ciudad de Esteban y Graciela. Le digo que no va a encontrar nada de eso allá. Según ella, había muchísimo sol. Me dice que la va a recorrer a la noche.

agosto 27

Salió por fin la novela de Sylvia: *La tierra del fuego*. Se presiente una coincidencia general sobre que es un hermoso libro. Yo estoy seguro de eso.

Dentro de unas horas nos vamos a Mendoza, donde tengo que dar una especie de charla libre sobre las preguntas que me hagan. Estuve corrigiendo *Crónica*, que, si se arreglan ciertos detalles del contrato con Seix Barral, debería aparecer en marzo. El Van Hutten sería el próximo de la serie y se publicaría simultáneamente acá y en España. La idea de Sabanes es publicar todos mis libros en el término de dos años. Anoto todo esto a gran velocidad y sin ninguna emoción. Me duele la cabeza. Me sobrepasó el agotamiento de todos estos días en los que no hecho otra cosa que escribir. Viajo a Mendoza a desgano. Espero poder dormir en el ómnibus, son más de doce horas de viaje.

septiembre 5

Me duele el culo, por lo menos en esto me parezco a Dostoievski. Desde mi viaje a Mendoza, catorce horas sentado, tengo lo que se llama un ataque de hemorroides y un humor patibulario. No es una confesión patética digna de esos diarios de escritores que leía en mi adolescencia, pero es la pura verdad. Acá debería intercalar una larga disquisición sobre las humillaciones del cuerpo y las injurias de la edad, sólo que no tengo el malhumor suficiente. Todo esto tiene que ver también con el tiempo que pasé clavado a esta silla terminando la novela. A esto se resume, cuando uno anda por los sesenta y tres años, la vida de artista.

Mientras tanto, quizá como necesario anticlímax, escucho la versión de Brendel del cuarto concierto para piano de Beethoven. Tengo la sospecha de que este concierto es superior al más famoso, *Emperador*, y quizá el mejor de los cinco.

Corrigiendo lo que puedo de *Crónica*. Ninguna respuesta concreta de

Balcells, que ya me tiene un poco harto con sus demoras. Lo que ha propuesto Seix Barral es la reedición en Argentina de todos mis libros en el término de dos años y la edición, aquí y en España, de *El Evangelio según Van Hutten.* No estoy muy conforme con que sea sólo esa novela la que se publique allá, sobre todo porque la contratan sin conocerla cuando lo razonable sería que se publicaran *Crónica* o *El que tiene sed*, o que por lo menos hablaran de una selección de cuentos.

septiembre 11

Una especie de fama ha caído sobre nuestra casa. La novela de Sylvia se traduce al alemán y muy probablemente al italiano. La invitaron para presentarla en la Feria del Libro de Uruguay y debe viajar a Córdoba y a Tierra del Fuego. Esto de los viajes en avión no me gusta nada, pero a ella no sólo no le preocupan sino que le encantan. Está radiante e incrédula, pero, gracias a Dios, lo toma con distante naturalidad. Lo mejor que tiene todo esto es que *La tierra del fuego* realmente se lo merece. Me siento orgulloso, satisfecho y tan radiante como ella.

Sigo, un poco a desgano, la corrección de *Crónica.* Debo entregar ese libro a fines de octubre, lo que, juzgado desde mis ritmos, no me da demasiado tiempo.

No sé si dije en alguna parte que le cambié el comienzo. Ahora empieza: Graciela Oribe, te llamabas. Es raro, a tantos años de distancia. Entre otras cosas, corregí completamente uno de los capítulos en que Esteban habla con Cantilo, y, hasta donde puedo, lo releo como si fuera un libro ajeno. No siempre es una experiencia agradable.

Nuestra gata Tatiana vuelve a estar enferma. Un problema en los dientes, como la otra vez. Me horroriza el dolor callado de los animales. Ayer debieron ponerle una inyección, mientras yo la sujetaba y le hablaba.

septiembre 23

En los últimos doce días, acometido nuevamente de un ataque de insensatez, me dispuse a instalar yo mismo una de las máquinas que los técnicos no conseguían hacer andar. Es la minicomputadora que en Pueyrredón usaba sobre el escritorio y que, cuando nos mudamos a esta casa, no anduvo más. Le agregué un *cooler* conectado a la fuente de energía, le quité una barra que impedía la refrigeración (todo esto con destornilladores y pinzas, a la manera de mis arreglos al Once Ligero), hice que le cambiaran la placa madre por una que no necesita enfriar el microprocesador, y el hecho es que ahora funciona perfectamente: estoy escribiendo esto con ella. Lo anoto para ir aligerando la mano, porque, desde mañana, me pongo a trabajar en la novela.

El libro de Sylvia parece haber nacido bajo la mejor de las estrellas. Mañana viaja a Mendoza (estuvo en Uruguay, en Córdoba) y el lunes lo presenta acá, en Clásica y Moderna. Le hacen entrevistas todo el tiempo y el teléfono suena casi exclusivamente para ella. Esto me produce una especie de paz y de alegría que no sé explicar.

En cuanto a mí, carta de Barcelona para decirme que el contrato está "casi" aceptado. Sólo que debo entregar *El Evangelio*… antes de lo previsto, para que lo lean en Seix Barral de España. Espero que las comillas del adverbio, ahí arriba, no se justifiquen. Cosa, dicho sea con una mano sobre el corazón, que apenas me importa. Lo que pasa con la novela de Sylvia me parece suficiente. Tatiana, además, restablecida.

Sólo querría tener la tranquilidad necesaria como para ordenar los papeles y dedicarme, todo el año que viene, a escribir cuentos y a ver si me entusiasmo con aquel proyecto de *Los ángeles azules*.

Lo que más me molestaría, si se confirma el contrato con Seix Barral, es que, según Sabanes, yo debería viajar por lo menos a España. Me resisto a eso. Veré cómo lo soluciono. Acabo de recordar que me invitaron oficialmente de Cuba.

septiembre 30

Sobre Judas. Para agregar a algún capítulo anterior de *El Evangelio según Van Hutten.*

"Los Evangelios son tan unánimes en acusarlo, y en acusarlo casi con las mismas palabras, que bastan para sentir que allí intervino una mano ajena. Judas, uno de doce, el traidor. La pregunta es: traidor para conseguir qué. Sabe cuánto valía un burro en la época de Jesús: treinta monedas. Judas era el tesorero de los doce y vende a Jesús por el precio de un burro. Judas era uno de los discípulos preferidos de Jesús. Para darse cuenta de esto sólo hay que leer los Evangelios. Pedro, Juan y Santiago, y Judas, son los cuatro que están siempre cerca de Él. En la cena de Pascua los lugares junto a Jesús suponen un orden jerárquico, un orden de preferencias. Juan está a su lado, reclinado contra su pecho, Pedro ahí nomás, ya que le dice a Juan que le pregunte quien será el traidor, y Judas, ¿dónde? No más lejos que el largo de un brazo, ya que el que moje el pan en mi plato, ése me traicionará, y Judas, que por lo visto era idiota, o sordo, va y estira su brazo y moja el pan. Todos oyen que Jesús dice: *Lo que tienes que hacer, hazlo pronto*. Todos oyen que agrega: *Ay, aunque más te valiera no haber nacido.* Pero como por lo visto la imbecilidad cundió en la mesa, nadie se da cuenta de nada. ¿Cómo se compagina todo esto? De ningún modo, porque no hay nada que compaginar. Todo es una tontería, una impostura. Hubo un pacto entre Judas y Jesús, un pacto en el que seguramente había más de un apóstol comprometido. Judas el sicario, sin discusión, y Simón el Zelote, casi seguramente. Porque ese pacto no fue hecho para que se cumplieran las escrituras, o sólo para eso, sino, sobre todo, para que Jesús fuera entregado durante la Pascua judía. ¿Sabe por qué? Porque si es cierto que Jesús predicaba en el desierto de Judea, yo, que estuve allí, le puedo jurar que no se debe de haber cruzado con más de diez o quince judíos. Era necesario que se lo llevara, en Pascua, al Templo. Porque en la Pascua todos los judíos se reúnen en el atrio, y ése era el momento exacto, y el montón justo, como para que un caudillo diera una arenga contra Roma. Por qué fracasó, si era el Hijo de Dios. Cómo voy a saber eso. O Dios

quería que fracasara por alguna razón que ignoro, o, como dice Lutero, Dios actúa a veces como un loco."

Esto puede cerrar el capítulo 8; pero *antes de* la pregunta sobre Judas.

—¿Usted cree realmente eso que está diciendo? —pregunté.
—Lo que yo creo no tiene ninguna importancia —dijo el doctor Golo —. Palabra más, palabra menos, eso es lo que cree Van Hutten.

octubre 26

Hasta hoy, este último mes fue uno de los mejores y una de las épocas más alegres que hemos pasado con Sylvia. El éxito de su novela (se traduce al alemán y, nada menos que en Einaudi, al italiano, y hay grandes posibilidades de que se publique en holandés y en francés y portugués), el contrato que finalmente se cerró con Seix Barral por *El Evangelio*… y por el resto de mis libros, nos hizo vivir en una especie de domingo perpetuo.

s/f

Datos:

Última cena: en casa de María, madre de Marcos, donde hoy está el convento de San Marcos (Eisler). Ver Lucas 22:10,12. Casa de Nicodemo. Vaso en el que bebió Jesús y conservó José de Arimatea.

"Todo el mundo, sea judío, inglés o jordano". Dicho por Hannah.

Ojo con la mención al Sinaí.

"...con un filtro anaranjado" (no "con rayos infrarrojos").
La novela ocurre en 1983. De modo que si VH nació en 1901 tiene 82 años. Modificar edad de Christiane cuando la recogen en Tel Aviv.

diciembre 31

Un muy buen año para Sylvia y para mí. En casa, solos y en calma, con Tatiana y Agustín acosados por el estruendo insensato de cada año.

La otra casa de Mujica Lainez[4]

—*¿Clasificaría* La casa *como una novela de literatura fantástica?*

—No. Aunque Mujica Lainez es un excelente escritor de literatura fantástica, yo diría que *La casa* es una novela realista que incorpora elementos fantásticos. Si el solo hecho de que en una obra aparezcan fantasmas la convierte en literatura fantástica, también tendríamos que poner en esa categoría al teatro de Shakespeare.

—*No me refería tanto a los fantasmas sino al hecho de que una casa hable.*

—Se trata de un recurso puramente literario, de un punto de vista narrativo. Thomas Mann, por ejemplo, en *El elegido*, imagina un narrador al que llama "el espíritu de la leyenda". En *Pedro Páramo*, todos, incluso el narrador, están muertos, y eso no hace de *Pedro Páramo* una novela fantástica.

—¿La casa *es una novela esotérica?*

—Sobre eso podríamos encontrar más elementos, si bien aparecen ridiculizados. A los personajes les da lo mismo mencionar a Poe que a Madame Blavatsky. Lo esotérico, de todos modos, forma parte de una constante en la literatura argentina que va desde Arlt a Marechal, empezando por Lugones. De la misma manera, existe el vínculo con la política. Es muy fácil leer *La casa* como una novela antiperonista, escrita por un señor de clase alta. Y yo creo que, objetivamente, eso es falso.

—*¿Cuál es, a su criterio, el concepto del arte y la literatura que se plantea en* La casa*?*

—Mujica Lainez no propone ninguna visión canónica del arte. En *La casa* no encontraremos ningún canon manifiesto sobre el Arte; quizá porque los gustos de los habitantes de la casa son la negación de lo que el mismo Mujica Lainez consideraba como arte.

—*Los listados de libros y objetos de arte aparecen reiteradamente en* La

casa*, como una modalidad retórica fríamente planificada. ¿No es el mismo gesto, por oposición, al que hace Borges al enumerar o citar sus libros favoritos?*

—¿Por oposición? Por oposición se puede probar cualquier cosa. Es como decir que un homosexual es un heterosexual reprimido o que Marx se hizo comunista porque en el fondo era un burgués reaccionario. No. Borges lo hace deliberadamente, con la intención manifiesta de canonizar. Lo que muestra Mujica Lainez es una clase que se supone a sí misma como muy argentina y culta, pero que ya no tiene consistencia como tal. Lo argentino, por ejemplo. Lo "argentino" en *La casa* de Mujica Lainez no está en la casa ni en esos personajes, sino en el autor: quiero decir que pasa por su lenguaje. Lo que me parece muy bien. En ese libro, todo el mundo habla de "vos", cuando todos nuestros escritores, desde *Amalia*, habían hecho hablar a las clases altas o cultas usando el "tú". Pero, ¿cómo juzga realmente la casa a su propio mundo? Veamos este párrafo de las últimas páginas; cuando Zulema, la última dueña ya ha muerto y la casa se ha destruido. "Yo experimenté un enorme alivio —dice la casa— aunque me di cuenta de que era demasiado tarde. Después de Zulema moría yo. Ni siquiera gocé el placer del desquite. ¿Acaso me devolvía lo perdido? Lo perdido... *Lo perdido... si hubiera sido posible que me lo devolvieran, ¿valdría la pena recuperarlo?*" Esto lo escribe, palabra por palabra, Mujica Lainez. Podría haber terminado el párrafo en *desquite*. ¿Por qué agrega lo que sigue? Allí aparece su mundo "canónico", en esa última pregunta. Todo lo que significa *lo perdido*, ¿valía la pena recuperarlo? La respuesta es no.

—En el discurso inaugural en la Academia Argentina de Letras, Mujica Lainez hizo una larga enumeración de parientes directos y amigos de sus parientes que establecen una suerte de extensa genealogía literaria: de Florencio Varela a Miguel Cané, pasando por Ascasubi, del Campo, Mármol, Echeverría y "los proscriptos que en Montevideo salvaban a la patria". ¿Quiso legitimar su ingreso a la Academia recordando que forma parte de un linaje argentino?

—Seguramente. Pero ése es más bien un linaje *literario.* Claro que eso de reivindicar algún tipo de linaje es, sobre todo, una

característica de cierta clase de argentino. Acá todos vivimos desesperados por tener pasado, aunque sea turbio. Siempre queremos descender de alguien. En realidad descender es bajar. Nuestros antepasados no querían descender de nadie. Querían ser, que es una cosa bien distinta. Martínez Estrada se asombraba de que José Hernández no firmara Hernández Pueyrredón, cuando él mismo firmaba con dos apellidos, quizá el mero Martínez le parecía demasiado poco, o muy hispánico en el mal sentido de la palabra. José Hernández no tenía interés en descender de nadie.

—Tal vez porque Hernández tenía la certeza de estar fundando algo con su propio nombre y apellido. ¿Comparte Mujica Lainez esa ambición?

—Lo mismo que Borges o que Arlt. Lo mismo que todos los grandes escritores argentinos. Tampoco Sarmiento se pone el apellido de la madre. Son los descendientes de *alguien* los que después se han yuxtapuesto apellidos. Y no precisamente por querer emparentarse con escritores o artistas. Antes estaban por un lado los Alvear y por el otro los Anchorena. Después pasan a ser Alvear Anchorena o Anchorena Alvear. En realidad estaban fundando linajes y dinastías.

—La voluntad de inscribirse en una tradición patricia es muy fuerte en los escritores argentinos de la primera mitad del siglo XX. Sólo Borges parece superarlo y proyectarse a una tradición literaria universal.

—De todas maneras, también él maneja modestamente una tradición patricia. Ahí están su coronel Borges, su coronel Suárez.

—¿Por qué elige Mujica Lainez el punto de vista de una casa para narrar su novela?

—Ahí hay un doble juego de transgresiones. Una es elegir el femenino para narrar: “Soy vieja, revieja”. Así empieza *La casa*. Se sabe que Mujica Lainez era homosexual —cosa que por lo demás nunca ocultó, y hasta se jactaba de serlo—, de modo que el uso del femenino es una especie de chiste. No podía ignorar el malestar y el pequeño sobresalto que causan esas tres palabras: “Soy vieja, revieja”. La segunda transgresión es elegir un objeto de la realidad, una casa, que es muy significativo para su clase. La casa que nos cuenta la historia es una especie de casa simbólica que representa a una cantidad de casas de Buenos Aires, y una manera de ser aristócrata

que el propio Mujica Lainez revela en pocas páginas.

—¿Qué edad tenía cuando la publicó?

—Alrededor de cuarenta años. Mujica Lainez pertenece a la misma generación que Sabato, Cortázar y Bioy Casares. La casa de la novela nace, es construida, en 1885, y su historia termina en el treinta y pico. Que Mujica Lainez decida que la voz de la casa empiece a narrar a los 68 años, en el momento de su demolición, no deja de ser otra broma. Dante, a quien Mujica Lainez cita mucho, se refería a las cuatro lecturas: la lectura literal, la lectura moral, la lectura anagógica y la lectura simbólica, que él denominaba alegórica. *La casa* fue leída siempre de una manera literal. La fecha en que fue escrita (entre febrero y agosto de 1953) contribuyó a que se la considerara una denostación del peronismo y del ascenso de las clases populares "los que se convierten en dueños de la casa son una puta, un malevo y dos mucamas"; pero lo que no se advirtió suficientemente es que la edad de la casa permite abarcar un ciclo que va desde finales de los 80 del siglo XIX hasta avanzados los 30 del siglo XX. Las dos grandes crisis. La casa deja de ser la casa aristocrática, por llamarla así, durante la década infame. Ahí empieza su decadencia: en 1934, después de la revolución de Uriburu. El último dueño real de la casa se la cede a Rosa, mucama que es amante de Efraín desde hace doce años. Intencionalmente, la casa aristocrática termina en la década del 30. Pero como Mujica Lainez publicó la novela en el año 1954, siempre se hizo una lectura antiperonista; aunque en realidad el libro se refiere muy claramente a la caída del patriciado argentino después de la crisis del 30.

—Sin embargo, son los obreros los que tiran abajo el aristocrático techo del comedor. La demolición comienza en el capítulo 3. Dos obreros encienden un fuego con restos de vigas. ¿No alude esa escena al famoso mito del asado peronista hecho con el parquet de las casas de los ricos?

—No era un mito. Era relativamente frecuente, y bastante razonable, que cuando se demolían casas los obreros hicieran el fuego del asado con las maderas. No iban a quemar mármol. Y es muy probable que todavía lo sigan haciendo. No entraban en las casas *para* romper vandálicamente el parquet. Si nosotros dos fuéramos obreros

de la construcción y tuviéramos que hacer un asado, también haríamos el fuego con madera. Por supuesto que después se hizo un mito negativo; como el de las patas en la fuente de Plaza de Mayo. Pero Mujica Lainez dice también que a la casa le reconforta la demolición. La casa se *alegra* cuando llegan los obreros. Incluso, ellos la elogian, por primera vez en muchos años. Al encontrar un cuadro roto, uno de los obreros dice, más o menos: "¿Sabés que está lindo? Me lo voy a llevar para casa. Le pongo un marquito y se lo llevo a la patrona". Es un rasgo de irónica generosidad por parte de Mujica Lainez hacer que un obrero joven aprecie la belleza de la misma manera que los dueños. Es el otro obrero, el mayor, quien le dice que lo tire. Sea esto intencionado o no, constituye el rasgo profundo de lo que yo llamo transmisión de una ideología.

—*¿De qué ideología?*

—He señalado muchas veces que en *La casa* se da algo parecido a lo que sucede con las novelas de Balzac. Balzac declaró: "Yo escribo a la luz de dos verdades eternas, la religión y la monarquía". Sin embargo, toda *La comedia humana* constituye la crítica más feroz al catolicismo y a la monarquía. Lúcidamente, Balzac —que incluso se cambia el apellido, Barkza, y se adjunta un "de" para pasar por aristócrata— nos describe la Francia monárquica que se transformará en la República. Es imposible concebir el personaje de Rastignac antes de la Revolución Francesa. Aun abominando de ese cambio, Balzac anticipa y casi lo celebra. Y lo mismo sucede en muchas obras de Mujica Lainez. Lo que yo llamaría un compromiso inconsciente que lo ubica en la posición correcta. Walter Benjamin sostuvo que el arte no puede más que decir la verdad. No es que se lo proponga, como creen algunos. No importa de qué lado estaba Goya cuando pintaba los fusilamientos. Pero cuando uno mira esos cuadros se identifica con los fusilados. Allí es donde se nota la verdad de Mujica Lainez, al margen de lo que opinara de la realidad social. En la página siguiente dice que hasta cierto punto la *reconfortó* que esos dos obreros comieran ahí y hablaran de la guerra, de una guerra, *de su guerra*, mientras caía la lluvia; la reconfortó oír el ruido familiar de los cubiertos porque gracias ellos "el comedor seguía siendo eso, el comedor, a pesar de

que lo han despojado del cielo raso y sus pintadas figuras, de la *boiserie*, del parquet que combinaba los hexágonos con los rombos y a pesar de que en lugar de chimenea hay una boca embadurnada de hollín...”

—*¿Qué tiene eso de reconfortante?*

—¡Que *su* comedor sigue siendo un comedor! Páginas más adelante dice que una casa no existe si no se habita, una casa deshabitada es una contradicción. El hombre puede habitar en un páramo, puede habitar en la intemperie, y eso forma parte de las leyes naturales. En cambio, una casa deshabitada es contranatura. Es decir que el simple hecho de que su comedor vuelva a ser utilizado como comedor la reconforta, aunque los que coman allí sean ahora dos obreros. ¡Además, uno de ellos acaba de descubrir la belleza de un objeto ritual para la alta burguesía argentina!

—*Los dos obreros, ¿no anticipan a las dos mucamas que aparecen en el capítulo siguiente?*

—Claro. Pero antes de que ellos aparezcan ya hay muchos indicios del lugar donde ética y estéticamente se pone Mujica Lainez.

—*¿Llamaría a esos indicios “tolerancia de clase”?*

—No. Los llamaría con lo que Benjamin denomina la posición de la verdad en la obra de arte. Yo no sé si Mujica Lainez era tolerante o no. No me interesa lo que pensaba Mujica Lainez de la verdad. Me interesa la verdad que me dice su libro.

—*Esa narradora tan rara que es la casa, que no es del todo omnisciente, ni testigo...*

—La casa se enoja con la grosería de los sucesivos dueños que se van degradando junto con ella. La casa es crítica, quiero insistir en esto. Me refiero al *sentido* de la obra literaria. A mí no me preocupa lo que declara Balzac mientras escribe *La comedia humana.* Lo que me importa es lo que *escribe* Balzac cuando escribe *La comedia humana*. No me interesa lo que se dice de Rudyard Kipling, sahib, cantor del Imperio, etcétera. Me interesa lo que *él* dice cuando escribe, por ejemplo, *El milagro de Purun Bhagat*, un cuento de *El libro de las tierras vírgenes* donde un visir del reino educado en Inglaterra se despoja de sus títulos y se va a vivir entre los animales y muere por salvar una

aldea india.

—Me llaman la atención sus citas. En cuanto a La casa*, no es un libro cuyas referencias literarias sean importantes.*

—Las alusiones literarias de la casa son bastante cómicas. Y la biblioteca es de segundo orden.

—Están la Historia de la humanidad*, de Lorente*; *hay 10 tomos encuadernados en rojo de la* Historia de Roma; *el* Larousse...

—Al mismo tiempo hace hincapié muy sutilmente en las encuadernaciones: pasta española, cuerina roja...

—Sin embargo, la casa dice que cuando el dueño habla con ese fondo parece que viniera "de lo hondo del tiempo".

—Porque cada vez que empieza un discurso se remite a Licurgo o a los emperadores romanos. Eso hay que leerlo tal como está escrito. Sobre todo al final, cuando la casa hace una mezcla muy cómica de libros de autores de cuarta categoría casi desconocidos. Es lo que en general leía esa clase, leían banalidades. Y Mujica Lainez lo sabía bien. La casa habla de sus limitaciones culturales y aristocráticas desde el principio: en realidad ella es "vieja" para nosotros; porque en Europa una casa con menos de doscientos años no existe como antigua.

—¿Mujica Lainez trabajó su novela con ironía o con obsesión de zoólogo?

—Con cierta objetividad del zoólogo y hasta de entomólogo; pero con una ironía feroz. La ironía se nota en todos los niveles: cuando habla del sexo de los habitantes, cuando describe a los cuatro hijos de la primera familia, dos lindos y dos feos... Además, ¿cómo empieza la decadencia de la casa? Con un pecado. Paco, que después va a parar al manicomio, mata al "más lindo" de los chicos, tirándolo por el balcón.

—A Tristán. Su fantasma queda circulando eternamente por la casa junto a un caballero misterioso.

—Sí, ese caballero antiguo que lo acompaña es realmente muy misterioso. Uno puede darle la significación que quiera.

—¿Una relación homosexual eterna, tal vez?

—Tal vez. La alusión a la homosexualidad es muy directa en la novela. Cuando en una de las fiestas el italiano saca a bailar a una señorita de la casa, el boxeador le da una tremenda bofetada y

después le acaricia la cara diciéndole que lamenta haberlo lastimado. La relación homosexual es evidente. Incluso hay una gobernanta que se encierra en su cuarto para besar la fotografía de otra gobernanta. La casa los contiene a todos; y sabe lo que algunos ignoran.

—*¿Puede ver más de una cosa al mismo tiempo? Por momentos, esta especie de diosa romana se disculpa de no haber podido prestar atención a determinada cosa, porque estaba escuchando tal otra en otro sector.*

—Parece haber ciertas cosas que ignora. Por ejemplo, nunca entiende del todo los motivos de su existencia o qué o quién la mantiene económicamente. Su psicología, por llamarla de alguna manera, es la del hijo del fundador. No tiene la menor idea de cómo llega el dinero. Habla de unos campos y de cierta enfermedad de las vacas; pero como es una casa de Buenos Aires dice no conocer el campo ni la llanura.

—*¿Se trata de un uso del punto de vista a la manera de Henry James? La casa no se entera de lo que no puede ver ni escuchar...*

—Hasta que hacia el final uno advierte que la casa sabe mucho más de lo que nos ha contado. Entonces aparecen algunas referencias vergonzantes... Además la memoria le está fallando; porque es vieja y la están demoliendo.

—*¿En qué lugar de la casa podría ubicarse la memoria?*

—No sé. No puedo hablar de la casa como si fuera un ser humano. Yo me estoy refiriendo a un artificio narrativo de Mujica Lainez; que además de este libro escribió otros veinte, y era lo suficientemente hábil para saber qué estaba haciendo. Él inventó, como narrador de la novela, un personaje que casi no tiene antecedentes en la literatura. Quizá uno de esos precursores sea *El elegido* de Thomas Mann, donde la historia es narrada por "el espíritu de la leyenda", recurso en apariencia ingenuo que alcanza, sin embargo, una gran eficacia poética. Convengamos en que se trata de un recurso o convención sumamente difícil de utilizar sin caer en el ridículo. Es lo que sucede en el primer capítulo de *La Bolsa* de Julián Martel, donde se describe Buenos Aires desde el punto de vista del viento que recorre sus calles. Uno se pregunta: ¿cuándo terminará esta idiotez? Me refiero a ese capítulo inicial de *La Bolsa*, no a la novela entera, que me parece un

libro notable.

—¿La casa *es un libro neoclásico? Neoclásico con relación al panteísmo de los romanos, que tenían dioses para todas las cosas. Hasta para las escobas.*

—*La casa* es un libro totalmente contemporáneo y argentino. Más que rasgos neoclásicos, Mujica Lainez tiene un trasfondo naturalista que se nota en sus descripciones. Aunque sus recursos son muy originales. No específicamente en *La casa*, pero sí en *Bomarzo*, hay descripciones hechas todas en plural. Por ejemplo: las jarcias se mecían, los marineros hacían tal cosa, las lavanderas tal otra, los perros corrían con una pata entablillada... Uno se pregunta: ¿todos lo hacían?, ¿al mismo tiempo? Uno de los rasgos del naturalismo es generalizar.

—*Mencioné el neoclasicismo en relación con los valores. No hay Dios alguno en esa casa; y ella sólo cree en sí misma. ¿Porque es ella misma una diosa?*

—No. Porque es un símbolo. Los que cuentan su historia son los tapices; o bien el techo italiano por el que ella manifiesta una curiosa simpatía, pese a reivindicar a cada rato su ascendencia hispánica. Todos estos objetos testimonian sobre el gusto de la alta burguesía argentina, que era muy cachivache y que lo sigue siendo. Las aristocracias americanas (tanto la de Estados Unidos como las del resto de América) se constituyeron como "aristocracias del dinero". O de lo caro. Así es que la casa está llena de cosas carísimas, que no son necesariamente obras de arte. Más aún, creo que la ausencia de grandes obras es manifiestamente deliberada: no hay un Rodin, no hay un Corot, no hay un Degas... Siempre son pintores o escultores de segundo orden. Los dueños de la casa invitan a príncipes europeos que en las suyas tienen cuadros de Tiziano; pero aquí no aparecen los tizianos, sino los príncipes que los tienen. Todo eso es intencionado. Incluso la cantidad de objetos, que es abrumadora. De allí que la descripción se vuelva por momentos verdaderamente barroca.

—*Entonces es tiempo de releer* La casa *y corregir las interpretaciones que se hicieron en el momento de su publicación.*

—Sí, a la revisión de la lectura ideológica antiperonista, habría que

agregar la del libro tomado como catálogo en clave de los códigos y gustos de la clase alta argentina. Mujica Lainez no vuelca para nada sus conocimientos de arte en la novela. Por el contrario, describe una casa de clase alta, típicamente argentina. Por ejemplo: el abuelo era rosista y usaba una divisa punzó que trucan en su fotografía con una flor rara y más grande de lo que corresponde, porque estaba mal visto descender de rosistas. Ese abuelo representaba a La Mazorca, y no se correspondía con una familia unitaria de clase alta. Para justificar esa flor desmesurada, inventan que el abuelo era un donjuán que tuvo algo que ver con Manuelita Rosas, con lo cual (dice con mucho humor Mujica Lainez) la divisa punzó que se pretendía ocultar reaparece con más fuerza. O cuando la casa ya pertenece a Rosa y a Zulema (las mucamas), y ellas buscan los documentos que avalan el pasado hispánico. Mujica Lainez se regodea describiendo genealogías que inventan una aristocracia apócrifa. Y lo hace de manera muy poco inocente. No como un escritor de Boedo (Arlt no lo hubiera podido hacer sencillamente porque desconocía los códigos de clase), sino como Lampedusa en *El Gatopardo* o Proust al describir la aristocracia y la alta burguesía francesas. En *La casa* hay dos capítulos terribles. Uno es el del cumpleaños de Rosa, una especie de kermés en el infierno, y el otro, que es el que quiero recordar porque para mí es como una cifra del sentido de la novela. Hacia el final del libro, la casa dice: “deberé narrarlo porque no podría acarrearlo conmigo más allá de la muerte. Parecía pueril, insignificante, pero no lo fue. Si se analiza bien se advertirá que no lo fue”. Mujica Lainez está indicando al lector que no se trata de ninguna puerilidad: “Era el tono de un tipo de crueldad irreflexiva, maquinal, una crueldad que no se propone ser cruel... Tantas cosas debería contar. Mi vida está hecha de detalles, de minucias... Fue algo que ocurrió hace mucho tiempo, hace más de cuarenta años”. Una noche, los antiguos dueños dan una comida. Gustavo y María Luisa agasajan al príncipe Marco Baldini, y hay catorce invitados. Ese mismo día, alguien ha llamado para excusarse. Entonces invitan al preceptor de los chicos, y el pobre tipo siente una alegría casi abyecta, busca un frac que por supuesto huele a naftalina, lo rocía con agua de Colonia, salta de contento, está encantado, y

finalmente se da cuenta —el lector se da cuenta— de que no lo han invitado por cortesía o por generosidad, sino porque eran trece a la mesa. Es como si Mujica Lainez nos dijera (y lo dice) sin la menor ingenuidad: Somos capaces de hacer cualquier cosa, estamos llenos de supersticiones pueriles y podemos destrozar la vida de una persona para que no haya trece a la mesa.

—¿No representan los pisapapeles que colecciona Paco (algunos de mal gusto) un mundo en miniatura, como el que los lectores vamos siguiendo habitación por habitación?

—Sí. Algunos de mal gusto, como el cuarto japonés que la casa detesta por sus mamarrachos, por sus cachivaches. Pero la historia no está contada habitación por habitación. Está contada con cierto desorden, según va y viene la memoria. La casa se va acordando de las cosas al ritmo de una viejita algo esclerótica, y creo que eso también es deliberado. Además, la destrucción de la casa es consecuencia de un pecado muy anterior a que las mucamas se adueñen de ella. El primer crimen lo cometen los dueños legítimos. Después los malevos cometen otro, con la colaboración de uno de los objetos de la casa. Ella dice que no lo vio, pero entre los tapices se comenta que una estatua movió la mano para que la víctima cayera rodando por las escaleras.

—Al margen de Bomarzo*, ¿cree que* La casa *tiene también algo que ver con la ópera y sus tensiones musicales?*

—Puede ser. Mujica Lainez es en general muy operístico, en la novela se cita continuamente *La Traviata*. Pero la única mención de una obra *literaria* importante es la *Divina Comedia*, y sólo porque un malevo llamado Leandro cita indirectamente a Dante. El resto de las obras citadas son de segundo orden. Y al final esto se transforma en un potaje formidable, cuando Leandro canta tangos que deslizan una metáfora irónica de la propia casa: *No me han dejado ni el pucho en la oreja de aquel pasado malevo y feroz*. Por lo demás, la prostituta Dolly lleva libros que hacen que la casa recupere su interés por la lectura. Pero en general, en esta novela, los libros sólo cumplen la función de objetos que se suman a otros objetos.

—¿Uno de los méritos de este libro radicaría —a su criterio— en la renuncia del autor a explicitar sus gustos personales, tentación que los

autores argentinos no soslayan demasiado?

—Como novelista de *La casa*, Mujica Lainez no se deja ganar por su propia cultura, que era mucho más vasta que la de todos sus personajes.

—*¿Los objetos de la casa son sensuales?*

—Sobre todo los italianos. Están totalmente erotizados. Les encantan las malas acciones.

—*Pero son voyeuristas.*

—Lógico. Son objetos.

—*¿Por qué hay tantos fantasmas?*

—No sé. Pero acaso ésas sean las partes más bellas del libro. Está ese fantasma muy misterioso que acompaña a Tristán; el Caballero, anterior a la construcción de la casa. Y Tristán, que a medida que la casa se va destruyendo se vuelve cada vez menos visible, como ciertos espíritus en Swedenborg. Pero no todos se convierten en fantasmas... Lo que sí sé, con seguridad, es que *La casa* desarrolla una metáfora de la caída y degradación del patriciado argentino como ningún otro libro lo hizo antes. Insisto en que es una de las novelas más inquietantes, más testimoniales y si la palabra estuviera de moda, más subversivas de la literatura argentina.

1 Leopoldo Marechal, *Obras completas*, Editorial Perfil. [N. de E.]

2 Søren Kierkegaard: *Mi punto de vista.* [N. de E.]

3 "El tiempo de Milena", *El espejo que tiembla*, 2005. [N. de E.]

4 Entrevista de Alejandro Margulis. *Los libros de los argentinos*, 1998. [N. de E.]

1999

enero 8

En noviembre y diciembre no hice más que corregir la novela, entregarla y esperar. Cansado y disperso. Quieren que viaje a España para la presentación del libro, pero a mí la idea sencillamente me descentra. No encuentro razón para moverme de mi casa, y menos si esa razón está vinculada a la publicación de un libro. Nunca le vi la cara a casi ningún escritor de los que leí y admiré: no veo por qué alguien tendría que vérmela a mí. Parece que hoy está de moda que los escritores viajen y hagan la propaganda de sus propios libros, con lo cual, para decirlo tal como lo siento, se transforman en algo así como empleados privilegiados de las editoriales.

Lo único que me gustaría hacer este año es ordenar viejos papeles y ver si puedo hacer algo decoroso con ellos.

enero 10

Seis de la mañana. Escribiendo en mi máquina nueva. No es que ya la considere *mi* máquina, pero, para ahorrarme explicaciones innecesarias, digamos que es así.

Ayer, conversando casi toda la tarde con Alberto Díaz, de Seix Barral. Quedamos en que, si no hay más remedio, el viaje a España será en barco, con lo que espero complicar suficientemente las cosas, ya que eso implica cambio de fecha para la edición española, más dinero que

gastar (ellos) y otras razonables incomodidades de esas que me vuelven irresistiblemente simpático con los editores. Por el momento consideramos algunas posibles tapas para el libro. Me gusta una que propuso Sabanes. Se decidió que la publicación en Buenos Aires será en abril y quedó bastante claro lo de la edición en México. Díaz es buena persona y creo que me tiene cierto aprecio. Por lo menos, Sabanes y él se tomaron el trabajo de leer mi libro.

enero 12

Bueno, parece que definitivamente adoptaré esta máquina. Tiene las dimensiones exactas para estar sobre el escritorio, es de color oscuro y, después de unos maniáticos ajustes personales que me llevaron quince días, funciona todo lo perfectamente que pueden funcionar las computadoras, que, por principio, siempre andan más o menos mal.

Para adaptarme a ella hice lo que hago siempre. Retomé este cuaderno y hojeé los apuntes de hace cuarenta años. La misma idea de tantas veces: yo era una persona interesante sólo en la adolescencia. No importa. Supongo que todavía se puede hacer algo con mi inminente vejez.

enero 13

Un sueño extraordinario. Con Sylvia de protagonista. Ella, en el sueño, desnuda a mi lado, en la cama. Yo quería estar con ella pero, por timidez, no me atrevía a tocarla. Me desperté, con Sylvia desnuda a mi lado en la realidad y una erección tipo viga de riel. No me atreví a tocarla.

enero 29

Tengo, desde hace una semana, las pruebas del libro. Debería entregarlas mañana (es decir hoy), pero voy a postergarlo hasta el lunes. Les di a leer la novela a unas cuantas personas. Como era de

esperar, las observaciones más sensatas y meditadas son las de Sylvia y Liliana, aunque Juan tuvo un acierto admirable al proponerme un corte en la última charla del narrador con el doctor Golo.

Todos coinciden en que es un libro "apasionante", pero qué otra cosa van a decirme.

Para saber la verdad sobre lo que uno ha escrito, debería dárselo a leer a sus peores enemigos.

Comprobación apabullante: mientras menos ha leído cierta gente, más segura parece estar de sus opiniones literarias y estilísticas. El caso de esta chica es sintomático, sólo que el adjetivo debió ser *exasperante*.

No puedo encontrar mi *Tao Te King*.

más tarde

Solo en Buenos Aires. Sylvia y la madre, que hasta hoy estuvo en casa, viajaron a San Pedro y de ahí van a Junín. No sé si ya dije que la madre de Sylvia es una de las personas más discretas y sorprendentes que he conocido. Tiene casi 85 años y una vitalidad y una alegría invulnerables. Como dicen sus nietos: La abuela es la única mujer que puede hablar de fútbol, porque es la única que entiende la ley del *off side*. Conoce a los jugadores mejor que yo, lo que no sería muy extraordinario si no fuera que también está al tanto de la política nacional, el escándalo de Clinton, la corrupción de los jueces. Lo raro es que no repite lo que dicen en los diarios o la televisión, sino que saca sus propias conclusiones, de una sensatez aplastante. Supongo que es su relación con los jóvenes lo que la mantiene así: el mayor de los nietos, Juan Pablo, tiene sesenta años menos que ella, y todos se la disputan. Es una lástima que yo sea un tipo tan poco expresivo, pero igual creo que ella se da cuenta de que le tengo un gran cariño. Lo mismo me pasaba, por otras razones, con el padre de Sylvia. No deja

de ser curioso que un sujeto como yo se lleve bien con sus suegros.

Familiaridades aparte, hoy me clavo de cabeza en la corrección definitiva de las pruebas. También, empiezo a buscar los cuadernos perdidos de *Los ángeles* y de los cuentos a medio empezar.

marzo 22

Abro por casualidad el último tomo de las *Obras completas* de Marechal y me encuentro con el texto que él escribió en 1968 sobre mi teatro. Sentí que era muy hermoso estar ahí, entre sus obras.

Ayer y anteayer celebramos con Sylvia nuestro aniversario, que en general dura tres días. Nos casamos la noche de un veinte de marzo, yo lo festejo el veintiuno, pero en el Registro Civil de San Pedro estamos anotados el veintidós. El casamiento se realizó el veinte en la casa de Pedro Suñer, y en ese entonces (no sé ahora) estaba prohibido sacar los libros fuera del Registro Civil, cosa que Oliveri, el juez, hizo de todos modos. Como no podía figurar como fecha un sábado o un domingo nos anotó como casados el lunes. Este año los tres días coincidieron exactamente con aquéllos.

abril 30

En los primeros días de abril apareció el *Van Hutten* y ya me hablan de la segunda edición. Todo el mes transcurrió como un largo día caótico de reportajes en los diarios, entrevistas por televisión y por radio, presentaciones, de tal modo que literalmente tengo la cabeza vacía y me duele todo el cuerpo. No sé qué pasa con este libro. Si esto es el éxito, se parece mucho a la gripe.

Lo mejor de todo esto es que coincide milagrosamente con el éxito (éste sí, real) de *La tierra del fuego*, la novela de Sylvia. Los jurados de la Feria del Libro la votaron como *la mejor obra* publicada en 1998, en cualquier género. Si se piensa que en el 98 aparecieron las memorias de Sabato y los premios Planeta, Clarín y La Nación, creo que tiene derecho a sentirse contenta.

Si no fuera porque Agustín está enfermo, la casa sería una fiesta. No está enfermo: la verdad es que está viejo. Ha cumplido 15 años. Tal vez demasiado para un gato. María Esther Vázquez, sin embargo, supongo que para consolarme, me dijo que el gato de Raymond Chandler vivió 20.

mayo 10

Cuatro de la mañana. Hace un rato murió Agustín.

mayo 12

Se necesitaría ser una persona mucho mejor que yo, más sincera, más honrada, menos pendiente de la idea ridícula de que estas palabras pueden ser leídas algún día, para poder escribir lo que siento, lo que sentí todo este tiempo, cuando acepté que ese gato se moría.

Sí, en este mismo momento están bombardeando Kosovo, en este mismo momento mueren miles de personas y de chicos. Pero lo personal y el mundo son dos realidades inconmensurables. También la gente se moría cuando hablaba alegremente de mi libro o del de Sylvia, también se mueren chicos, y se mueren de hambre, mientras yo almuerzo. El hecho es que ese gato se me murió a mí, y no me dolió menos que cuando murió mi padre.

Siempre la misma historia, la del triste hijo de puta al que le dolía una muela cuando estaban crucificando a Jesús. Ése era Jesús, de acuerdo, pero ésta era su muela.

siete y media

Mañana me pongo a buscar los manuscritos de *Los ángeles azules.*

Algo cambió bruscamente dentro de mí. Los malentendidos que provocó mi libro, al que elogian por lo que NO es, y la lenta y digna y en algún sentido hermosa agonía de un gato, me hicieron acordar de cómo soy.

Por lo menos, le he vuelto a perder el miedo al énfasis, lo que tal vez esté lejos de ser un mérito.

mayo 14

La tierra del fuego fue elegida como la mejor novela escrita por una mujer, en los últimos tres años. Va a representar a la Argentina en el concurso Sor Juana Inés de la Cruz, en México. Como si un ángel benéfico se hubiera puesto de nuestra parte.

Y también:

Mañana, es decir hoy, sale la segunda edición de *El Evangelio según Van Hutten*. Tan inesperado que no me dio tiempo a corregir la errata (el error, ya que es un descuido mío) de la página 205 donde le hago decir a Van Hutten lo del Papa Pío y la "primera" guerra.

No busqué los apuntes que me había prometido. Hice, no obstante, algo vagamente similar. Le conté a Paola por teléfono la historia. La siento todavía muy lejos de mí, pero tal vez posible. Por lo menos solucioné (en la cabeza) el problema del tono. Si la escribo, empezará en el segundo párrafo. Tal vez sólo conserve, del primero, la frase inicial: "No estoy muy seguro de que esta historia resulte edificante, pero la escribo igual", y acá una reflexión de tipo genérico. Después de esto, entrar de lleno en: "Yo tenía cincuenta años y no era la mejor época de mi vida", etcétera.

Todo esto, tal vez, no es más que un acto encantatorio, un juego para simular que pienso seriamente en escribirla, pero, en fin, es algo más que nada.

Lo que llamo manuscritos y apuntes no son más de diez páginas. Sin embargo, había ahí algo que, por lo menos ahora, me parece

imprescindible: un diálogo entre la prostituta y el narrador.

Creo que no lo busco por miedo de haberlo perdido.

Hoy, en casa, alguien dijo a la pasada: el 8 de marzo murió Bioy Casares. Ayer pensaba que no había anotado una sola palabra sobre Bioy, ni siquiera recordaba el mes de su muerte. Veo que en marzo ni siquiera me acordé de mi cumpleaños. Una especie de legítima defensa.

Me voy a la cama. Son más de las tres y a las ocho menos cuarto de la mañana pasan a buscarme para no sé qué entrevista en la televisión o en la radio. Debí de estar loco cuando la acepté.

mayo 19

Cinco de la mañana. Esperando a Sylvia, que debe llegar de Junín de un momento a otro. Muy cansado.

El domingo salió una crítica muy elogiosa en *La Nación*, sobre el *Van Hutten*. Es de Susana Silvestre.

Sigue sorprendiéndome cómo, cada cual, al hablar de un libro ajeno termina hablando de sí mismo.

mayo 24

Me levanté para escribir esto: es como si, solapadamente, a causa de la

muerte de Agustín, una presencia ominosa e invisible hubiera entrado en la casa. Hace muchos años, en este mismo diario o tal vez en alguno de los cuadernos que perdí, anoté que sentía algo parecido. Fue cuando murió el hermano mayor de papá. Ciertas muertes nos recuerdan que somos mortales, pero no necesariamente se trata, puedo verlo ahora, de las muertes humanas.

mayo 26

Encontré el cuaderno donde había anotado algunas páginas muy provisorias de *Los ángeles*. No me animo a leerlas. Veo que también había allí una o dos notas sobre el VH.

Tengo que salir de esta apatía. Sólo me siento bien cuando estoy en la cama.

Me prometí empezar a escribir cualquier cosa a principios de mes.

He estado hojeando, porque no se le puede llamar leer, *Libertad y servidumbre*, de Berdiaev. Entre una cantidad de ideas religiosas que no comparto, ni quizá entiendo del todo, observaciones que me ayudan a pensar.

junio 8

Desde la última anotación hice por fin algunas cosas. Empecé un cuento (“El tiempo de Milena”) que tal vez, o sin tal vez, no tenga todavía el tono adecuado pero cuyo tema es potencialmente bueno. Corregí las pruebas para la *Antología personal* que va a publicar Desde la Gente, y donde incluyo poemas. De paso, agregué una mínima mención al lamentable Osvaldo Bayer,[1] quien, en una entrevista publicada en esa misma colección, citó insidiosamente unas demenciales líneas de Costantini sobre la polémica de *El ornitorrinco* con Cortázar.

Segunda edición del *Van Hutten,* a mediados o a fines de mayo. Todo

tan apresurado que no pude corregir los errores ni se modificó la contratapa, que es muy mala. Me han dicho que lo harán en la próxima, si hay próxima. Salió la nueva edición de *Las otras puertas* y, como las erratas me persiguen, dejaron en la solapa los tres últimos renglones de la solapa del Van Hutten. O sea que se lee: "Con esta apasionante novela...", etcétera. En algún lugar de "El marica" falta un "que"; no quise mirar más y por ahora es todo lo que vi. Menos mal que a último momento había advertido un error que el libro venía arrastrando desde la edición de Emecé: en el cuento "Also sprach el señor Núñez", donde yo escribí "La unanimidad, mujer, y sólo ella...", en Emecé me habían puesto "la humanidad", y eso pasó a la edición de los *Cuentos completos*, de Alfaguara. Está corregido.

Como sea, esta edición me gusta. En la tapa hay un Berni.

junio 12

Sylvia viajó a Tierra del Fuego. Me habló por teléfono anoche, todo bien. Estaba tan contenta que me conmovió. Ushuaia es una suerte de santuario para ella. Hoy viaja a no sé qué isla o cabo por el acto de la devolución de tierras a los onas. Tan rubia y de aspecto tan europeo y lo vive como si fuera descendiente de indios.

Leo *Antes del fin*, de Ernesto. De tanto en tanto, sobre todo al principio, páginas muy desgarradoras y sin duda sinceras. Cuando habla de Matilde, cuando habla de la muerte de Jorge. Pero de pronto se instala en su propia fábula, en esa especie de plaza donde hay en el centro una estatua de él mismo. Cita a veces de memoria, y tan mal, que consigue hacer dudar seriamente de la claridad de sus recuerdos personales. Llega a decir que en su juventud no viajó a Moscú porque allá... lo iban a matar; la idea de que la dialéctica puede aplicarse a las leyes del espíritu pero no a la naturaleza "pudo costarle la vida". Por favor, para quiénes lo escribe. Según él, además, esta concepción suya de la dialéctica es anterior a la de Sartre, como si Sartre hubiera sido el primero que discutió ese aspecto del marxismo y sin contar que

Sartre no hablaba de las leyes del espíritu, a la Hegel, sino de la Historia y desde su apoyo crítico al marxismo.

Pero esto no es lo desagradable, sino su imponente narcisismo. Héroe de la desdicha, de la pobreza, del dolor. Se ve a sí mismo con tanta autocomplacencia que me causa tristeza. Todos los lugares en que vivió de joven eran "cuartuchos", "piezuchas". Acepta un premio no sé dónde para no defraudar a *ese pobre país* castigado, que lo recibe *como a un santo*, *como a un rey*: son sus propias palabras. Matilde, cuando se conocieron, lo miraba *como si fuera un dios*...

Eso no quita que más de una vez aparezca, como un milagro, el mejor Sabato. Por otra parte, libros que me han conmovido en mi juventud estaban escritos así. La única diferencia, quizá, es que no tuve la ambigua desgracia de conocer personalmente a sus autores.

Todos, en mayor o menor grado, mentimos cuando hablamos de nosotros mismos. ¿O yo no lo hago a cada momento? Escribimos nuestros recuerdos del mismo modo que nos miramos al espejo, buscando el ángulo más favorable.

más tarde

No me va mejor leyéndome a mí mismo. Estoy corrigiendo las pruebas de *Las palabras y los días*. No aguanto lo que escribí sobre los adolescentes y Hesse: es una verdad, pero es una verdad tan mal dicha, que estoy tentado de no publicarla. Sólo que ya quité otras notas y, si sigo así, el libro va a quedar reducido a casi nada.

Lo malo de publicar en un libro lo que antes se ha publicado en un diario o en una revista es que resulta casi imposible borrar ese tono accidental, de cosa innecesaria, que tiene siempre lo que fue escrito pensando en el lector.

Después hablo de narcisismos: el "yo" de esas notas aturde.

Lo mejor que hay en todo el libro es lo que escribí sobre Unamuno.

Otro problema: al escribir, a largos intervalos, cierto tipo de notas, uno no tiene en cuenta que repite las entonaciones, los tics. Cuando

las ve juntas aparecen como defectos y hasta como insistentes frivolidades.

junio 13

Esperando que llame Sylvia. Sale de allá a la siete de la tarde. Dormí mal, si le puedo llamar dormir. Me acosté a las ocho de la mañana y me desperté a mediodía.

Una de mis alumnas me dice sin pestañear que la octava parte de *Ana Karénina* está de más. Caramba. Lo único que justifica opiniones como ésta es la juventud. Sí, cualquier otro escritor podría haber terminado el libro con la muerte de Ana, que es uno de los momentos más terribles de la literatura. Tolstói *no* podía. Necesitaba oponer a ese suicido las "razones" por las que Levin no se mata. La pequeña escena con el cochero es memorable. El párrafo final de la novela sólo podía escribirlo Tolstói.

Cuando uno es atrapado por sorpresa por Tolstói, puede llegar a sentir que todos los demás escritores son una especie de broma.

Ana Karénina le parecía a Tolstói un libro frustrado y frívolo. Con la misma naturalidad, un día le comentó a Gorki: "Sin falsa modestia, *Guerra y Paz* es como la *Ilíada*".

junio 19

El miércoles fui a Rosario. Llegué (o mejor, estuve allá) en un estado que admite sólo una palabra: calamitoso. Definitivamente, los viajes, casi cualquier tipo de viaje, me descentran y me agotan al punto que ya es para preocuparse. Bajé del ómnibus y a la radio, me tiré una o

dos horas en la cama y me despertaron para un programa de TV. A la noche, después de la charla en el teatro, otra entrevista por radio con un ex comunista que recordaba con melancolía los tiempos de *Discusión Crítica*, un tipo a su modo encantador, pero que me exigió un esfuerzo de simpatía por encima de lo que soy capaz de dar en estos casos. Durante la comida, en la que estaba Angélica Gorodischer, apenas podía controlar un tic en el lado izquierdo de la cara, supongo que producto del cansancio, y casi no entendía lo que se hablaba a mi alrededor. Sólo quería volver a Buenos Aires. Menos mal que Sylvia sobrellevó todo el peso de la parte social. En suma, lo que se llama haberse vuelto viejo o misántropo, o las dos cosas. Sólo pensar que el mes que viene debo ir a Tucumán me termina de enfermar del todo.

Empecé a escribir esto por inercia. Recupero a medias el ánimo. Le voy a proponer a Sylvia que salgamos a dar una vuelta por el barrio.

julio 3

Sólo lo siguiente: una invencible sensación de tristeza.

No vivimos lo suficientemente aislados. He dejado que el mundo que más detesto se meta en mi casa. He contado hasta cuarenta llamados de teléfono por día.

Yo no soy éste ni quiero ser éste.

Lo único que quiero es estar bien mañana, que es el cumpleaños de Sylvia. La madre viene a Buenos Aires y no tengo ganas de que nadie se sienta incómodo por mi culpa.

Después del viaje a Tucumán, la semana que viene, se termina definitivamente toda esta locura, todo este movimiento innecesario.

Y sin embargo, en otro sentido, todo va tan bien. La novela de Sylvia fue pasando todas las preselecciones del premio Rómulo Gallegos y, hasta ayer, estaba entre las seis finalistas. Tal como se

manejan estas cosas —relaciones, amistades, compromisos editoriales — no hay casi ninguna posibilidad de que lo gane, pero, a esta altura, eso ya es lo de menos. Basta con la alegría sincera de los que la quieren y les gusta que le esté pasando todo esto.

julio 14

Finalmente, en Tucumán. Salimos a las ocho de la noche de ayer (lunes) y llegamos hoy a las dos de la tarde. Dieciocho horas de viaje, bajo una especie de tempestad que, según nos enteramos al bajar, estuvo a punto de ser catastrófica. Dos choques en la ruta; uno de los cuales casi nos tuvo por protagonistas. En plena tormenta, se le desprendió el acoplado a un camión que iba delante de nuestro ómnibus, volcó y comenzó a desplazarse por la autopista. El chofer de nuestro ómnibus alcanzó a desviarse a la cuneta y consiguió pasar, como se dice, milagrosamente.

A las nueve de la noche, Sylvia tuvo un diálogo público con David Lagmanovich. Yo aproveché para dormir, hasta la hora de la cena —con David, su mujer, dos profesores de la Universidad de Bahía y otro señor, agradablemente bien intencionado—, en la que pude comprobar una vez más que para mí se terminaron (si alguna vez fueron posibles) las reuniones sociales. Resultado: son las ocho de la mañana del 14 y no he podido dormir. A mediodía pasan a buscarnos (Sylvia afortunadamente duerme) para almorzar no sé dónde. Esta noche, mi conferencia sobre la posmodernidad en el anfiteatro. Mañana volvemos a Buenos Aires, y no me agarran más. Menos mal que me enteré a tiempo de ciertos detalles políticos algo siniestros y decidí no firmar libros en la Feria. David me dice que está organizada por la gente del general Bussi —el genocida de la dictadura, todavía a cargo de la gobernación de Tucumán, aunque perdió las elecciones—, de lo que se deduce que mis nuevos editores están en la Luna, ni más ni menos que los otros.

La recobrada experiencia de escribir a mano.

Pensar que, hace muchos años, me gustaban los hoteles. ¿No oía los ruidos que, a partir de las siete de la mañana, proliferan en estos lugares infernales? Tal vez se trataba de que viajaba solo y llegaba a la cama demolido y generalmente borracho y, naturalmente, con treinta años menos sobre mi cuerpo. Ascensores, cerraduras que giran, puertas que golpean, pasos, voces. Mi vecino de cuarto pone su televisor a un volumen que me obliga a llamar a la conserjería. Estuve a punto de ir a golpearle la puerta yo mismo, pero pensé en Sylvia, en el escándalo. No era la mejor manera de empezar el día.

Lo curioso es que no estoy de mal humor. Claro que me espera el almuerzo y luego toda la tarde por delante hasta la hora de la universidad.

Mientras tanto, intento leer a Durrell: *Monsieur*. Gonzalo Garcés me dijo que en su versión francesa del *Quinteto* figura como primer volumen (cronológicamente, si lo escribió en el 74, debería ser así), pero en la española es el cuarto. En el fondo, da lo mismo. Con momentos deslumbrantes, todo ese *Quinteto* es un caos.

septiembre 11

Encuentro, tirando papeles, una hojita manuscrita que ha sobrevivido a los años y las limpiezas como ésta. Supongo que cuando la redacté estaba pensando en algo que, al menos en ese momento, tenía algún sentido. Dice: “Napoleón no es ‘europeo’ del mismo modo que San Martín o Bolívar son hispanoamericanos. Goethe o Rabelais no lo son del mismo modo que son hispanoamericanos Sarmiento, Martí, Darío. Entre nosotros, aun entre los argentinos, existe un sentimiento

nacional hispanoamericano, por decirlo así, no del todo consciente, larval, pero que a veces (claro que muy pocas) nos hace pensar en una sola patria".

noviembre 12

Para anotar todo lo que pasó en estos meses, necesitaría un libro entero...

Lo resumo, en lo que atañe a Sylvia. Viajó a Europa. En España, en el País Vasco, la recibieron como a una princesa: su descendencia directa de José María de Iparraguirre, el poeta, el autor del himno vasco, la transformó en algo así como en la hija pródiga. Estuvo en Madrid, en Barcelona, en París y en Frankfurt. Su novela, en Alemania, se agotó en un mes. Yo, mientras tanto, viví en una zona de la realidad que no cabe en este diario. De paso, estuve enfermo, y aterrado por sus viajes en avión.

Cuando Sylvia volvió, otra felicidad parcial. Le anunciaron que *La tierra del fuego* había ganado por unanimidad el premio Sor Juana Inés de la Cruz a la mejor novela latinoamericana escrita por una mujer en los últimos tres años. Único problema, el mío. Debe viajar a Guadalajara a fin de mes.

Me escribió un diario de ese viaje a Europa. Tal vez lo pase a este cuaderno.

Encuentro con Sabato. Cuando en la fiesta de Planeta, hace unos días, me dieron el premio a la trayectoria —el mismo que le dieron a él el año pasado—, subió inesperadamente a abrazarme. "Fue muy lindo volver a verte", me dijo. Después me preguntó la edad. Sesenta y cuatro, Ernesto. "Lo que pasa", dijo, "es que para mí siempre seguís

siendo un chico". Fue como si se disculpara para sí mismo de cosas que sólo él sabe. Quizá después lo cuente mejor. Porque la historia empezó un poco antes, cuando, al llegar, nos acercamos con Sylvia a saludarlo. A ella la trató con cariño; a mí, con evidente hostilidad y malestar. Cuando, un poco después, subí al escenario y agradecí el premio que me daban, dije que quería y que *debía* decir algo: que dentro de esa gran fiesta de fin de siglo, sucedía también una pequeña fiesta mía, privada, verlo tan entero a Sabato recibiendo premios (al libro más leído) y llegando con todos nosotros al milenio. Supongo que eso lo conmovió, sobre todo por aquello de su saludo hostil. No se lo esperaba, y yo tampoco me lo esperaba: lo dije mientras pensaba soy un perfecto imbécil. Después, *sólo después* de que yo hablara, sucedió lo que conté al principio. Sólo entonces decidió reconocerme y subió al escenario.

En fin, sustancialmente no cambió nada, mañana o pasado vuelve a detestarme, pero precisaba contármelo a mí mismo.

Vuelvo a leer, maniáticamente, a Kafka y a Rilke.

No sería nada raro que Kafka sea el más extraordinario escritor de este siglo. No sería nada raro que los *Cuadernos de Malte*, de Rilke, sea uno de los libros más hermosos que se han escrito en nuestro tiempo.

Descubrir a ciertos seres como Paola es una de esas alegrías que compensan muchas cosas, sobre todo el tener que dar talleres literarios.

noviembre 13

Me invitan a posar en "la tapa del siglo", de la revista *Gente*. Entre los escritores, también Sabato y Andrés Rivera. Los tres presidentes democráticos: Alfonsín, Menem, De la Rúa. Y Maradona, naturalmente. No voy a ir. Pero lo inexplicable, lo absolutamente

incoherente es que en algún momento llegué a pensar que, si Andrés y yo lo tomábamos en broma, era posible estar ahí. ¿Cómo sería conversar con Maradona? Y de pronto, anoche, dando una charla en la Sociedad de Arquitectos, "me oí" citar a Rilke: La fama (Rilke decía la gloria, pero en ese lugar semejante palabra era un disparate) es la suma de malentendidos que se acumulan sobre un hombre; y aquello de los cuadernos de Malte: Y si pasa el tiempo y tu nombre empieza a circular entre la gente, cámbiate el nombre...

Hay palabras y hay verdades. Uno es presa de sus verdades, Camus tenía razón. O de lo contrario es un cerdo.

Esta madrugada, leyendo a Kierkegaard. Algo de *La repetición*, donde habla del recuerdo y la memoria, que me gustaría haber leído mientras escribía *Crónica*, me hizo saltar de la cama y ponerme a escribir. Pasé, desde una hoja manuscrita, el apunte de julio y anoté todo lo anterior.

diciembre 1

Sylvia, desde hace una semana, en México. Otra vez aviones, etcétera. Hablamos por teléfono diariamente. Ayer descubrieron una placa con el título *La tierra del fuego* y su nombre al pie de la estatua a Sor Juana. Tan conmovida, me dijo, que lloró. Hoy le dan el premio en Guadalajara. Mañana a la noche está de vuelta en Buenos Aires.

Como siempre, atolondrada y aventada, se quedó sin dinero o no llevó lo necesario, el caso es que debo llamar yo a su hotel (que por supuesto es otro distinto del que me dejó como paradero) o me llama ella con pago revertido. El otro día me habló desde la Feria de Guadalajara, la comunicación se cortó varias veces, yo me oía a mí mismo con eco y, por supuesto, casi no nos entendimos una palabra. Paradójicamente, eso es un buen síntoma: nada la cambia.

Reencuentro epistolar con Noldo. Finalmente, para algo servirá el correo electrónico. Me soluciona el problema de salir a la calle para enviar las cartas que escribo.

Me manda un hermoso y sincero trabajo sobre el *Deutsches Requiem* de Brahms. Leo ahí una anotación que Schumann hizo en una libreta al día siguiente al que Brahms lo visitara por primera vez: "He conocido a un genio". ¿Cuánta gente es capaz de escribir algo semejante de un desconocido que lo visita? Cuánta gente, quiero decir, dedicada al arte o a la literatura.

La trompeta de Miles Davis. Una cosa bastante impresionante ciertos momentos de su versión de *Porgy and Bess*.

En fin, sólo yo sé qué significa lo que acabo de escribir. Si es que lo sé.

Y anotar esto: esta mañana, a eso de las ocho, me desperté, me levanté, abrí una de las ventanas y salí al balcón. Tuve la certeza física de que el día era hermoso. Uno de esos hermosos días de verano sin calor en Buenos Aires, la calle vacía, el sosiego de los árboles, el brillo de las cosas.

Han hecho otra de las cien mil encuestas milenaristas sobre los diez, en este caso escritores, más grandes del siglo XX. Resultado: Kafka y Borges. El chauvinismo argentino es cómico o patético. Borges puesto por encima de Marcel Proust, de Thomas Mann, de Joyce, de Faulkner, de Sartre, de Rilke...

Es cierto que yo también puse en mi lista a Borges, pero en un recatado lugar y pensando secretamente que exageraba pero que no nombrarlo iba a parecer una mezquindad... Con lo que conseguí combinar el chauvinismo argentino con algo parecido a la cobardía intelectual privada.

Es más bien difícil ser ateo, decía Gide. Pudo decir lo mismo de la

autenticidad.

Los muertos pueden hacer algunas cosas por nosotros. Una de ellas, recordarnos que somos mortales.

diciembre 22

Me piden un texto sobre Jesús y la literatura, para *La Nación*. Lo escribí ayer, semidormido. No puedo decir que de un tirón porque tardé unas cinco horas, sin embargo, en algún sentido, fue de un tirón. Estaba seguro de que, pese a ser inofensivo, iba a producirles algún malestar, y no me equivoqué. Me llaman para hablar de la virginidad de María, de que, pese a lo que yo digo, Lucas menciona la palabra pesebre, etcétera. Mi texto dice:

EL HIJO DE LA PALABRA

[…][2]

Me habla Francisco Olivera, de *La Nación*, para decirme (con razón) que la madre de María se llamaba Ana. Cosa que naturalmente corrijo de inmediato, ese tipo de cosas me pasa por escribir dormido y creer que, incluso en sueños, mi memoria es infalible. Después viene lo de la virginidad, lo del pesebre, lo de si Marcos el evangelista era el mismo apóstol Marcos. Le explico que la supuesta virginidad de María nos llega de una traducción griega, errónea, de la palabra hebrea *almah* (muchacha) que pertenece a la Biblia hebrea y que el cristianismo tomó como una profecía. Le digo que el pesebre no era un pesebre. Creo que me cree a medias. Termino mandándole al diario el siguiente mensaje:

Querido amigo Olivera: para evitarme problemas teológicos o cartas de lector, donde dice “su virginidad” poneme por favor: “su virginidad perpetua”, y donde dice “pesebre”, corregilo por: “los animales del pesebre”.

Aclarado lo cual, unas precisiones para tu tranquilidad: cuando Lucas (escritor tardío y de lengua griega) habla de la virginidad de María agrega que José “no la conoció HASTA que dio a luz”, o sea que después sí la conoció. Que Jesús tuvo hermanos carnales (Santiago el de la Epístola fue uno) es un dato evangélico confirmado hace siglos. El Evangelio de Juan, de paso, dice textualmente que Jesús nació “conforme a la carne”.

El pesebre, también en Lucas, no era exactamente lo que hoy entendemos por un pesebre sino un lugar, DENTRO de un ámbito o sala (ésa y no “posada” sería la exacta palabra griega: *katalyma*), en el que se guardaba el pasto para los animales y fue allí donde se supone que María acostó a su hijo. En ninguna parte se habla de la vaca y el burro. Esto no sólo lo digo yo, lo dice el padre Roland de Vaux, la más alta autoridad evangélica de la Iglesia Católica: el director de École Biblique de Jerusalén (el dato figura precisamente en la Biblia de Jerusalén).

La idea tradicional del pesebre es de Francisco de Asís, quien la llevó a Europa después de su viaje a Palestina (siglo XIII): vio que así se celebraba la Navidad en Belén.

En cuanto a Marcos, no se conoce ningún evangelio arameo del apóstol Marcos, sino una versión griega, de Juan Marcos, contemporáneo de Pablo, escrita (se cree) sobre ese original perdido.

De hecho, no pretendo demostrar nada a nadie. Sencillamente no quiero que imagines que estoy inventando un evangelio a mi medida.

No te hago perder más tiempo. Gracias por señalarme lo de Ana: esa confusión pudo invalidar todo lo demás.

Creo que corregido mi texto como te pido, puedo enfrentar incluso al tribunal de la Santa Inquisición. Un abrazo.

En fin, lo copio porque esa mínima nota sobre Jesús es *lo único* que he hecho en los últimos tiempos. Le encuentro una sola virtud: no la aproveché para citar *El Evangelio según Van Hutten*, como solemos hacer los escritores con nuestro último libro cada vez que se presenta la oportunidad.

Formidable la ignorancia que tienen los católicos sobre su propia religión. Se parece a lo que les pasaba a los marxistas del sesenta con Marx. Quién sabe, tal vez algún día me decida a escribir un pequeño libelo panfletario sobre esto.

Navidad

Sylvia en Junín, visitando a su madre. De tanto en tanto, converso con Tatiana para explicarle que los petardos y las bombas de estruendo no son contra ella.

Ha nacido el Redentor... Da toda la impresión de que lo están recibiendo a balazos.

diciembre 31

Fin de año, fin de siglo, fin de milenio. Ninguna estrella llamada Ajenjo, ningún cataclismo. Dentro de mí, ninguna emoción.

Solos en casa, con Sylvia y nuestra gata Tatiana. De no ser por ellas, habría sido un día más.

Otras páginas

El hijo de la Palabra

Jesús y la pintura, Jesús y la escultura, Jesús y la música, resultan, supongo, conjunciones aceptables para el creyente. El Jesús niño de *La Virgen de las rocas* o los crucificados de Grünewald, *El Mesías* de Haendel o la *Piedad* de Miguel Ángel, no parecen atenuar la idea de su divinidad, sino más bien exaltarla. Misteriosamente, la sensación se modifica, se vuelve un poco hereje, cuando pensamos a Jesús desde la literatura. Sin embargo, en un sentido estricto, Jesús es esencialmente una figura literaria, un hombre o un hijo de Dios que ha llegado hasta nosotros exclusivamente por el poder de las palabras. Se crea o no en la inspiración de los textos evangélicos, es un hecho que estos cuatro libros son precisamente eso, *libros*, y aun cuando se los considere sagrados no por eso dejan de pertenecer al lenguaje de la escritura. Es posible concebir a Dios sin nombrarlo, y, si obedecemos a la Biblia, lo mejor es no nombrarlo: no se puede concebir a Jesús sin llamarlo de algún modo y sin contar una historia. Todavía más: casi todo lo que el hombre de fe admite como verdad religiosa, está fuera del Canon, nos ha llegado a través de los libros apócrifos y de la tradición gnóstica: pertenece, por decirlo así, a la blasfemia o a la poesía. El nombre de los padres de María (Joaquín y Ana), su virginidad, el nombre del soldado romano que atravesó a Jesús con una lanza (Longinos), el pesebre, los nombres de los tres magos o reyes que vinieron a adorarlo desde Oriente, el color de la piel de uno de esos reyes, los nombres de los dos ladrones que lo acompañaban en el Gólgota (Gestas y Dimas) no figuran en uno solo de los cuatro evangelios que la Iglesia, desde hace mil seiscientos años, acepta como inspirados. Marcos, Lucas y Mateo apenas nos cuentan los tres últimos años de la vida de Jesús; Juan, el único que quizá vio la cara de aquel hombre, y habló con él, y oyó su voz, apenas nos relata una semana.

Que esto no le impide a nadie creer en el Jesús histórico (a mí no

me lo impide), o que para el creyente (yo no soy) el misterio que rodea su figura sea quizá la prueba de su divinidad, está fuera de discusión. No niego una idea religiosa que excede mi inteligencia y mi fe, ni me hace falta aceptarla para sentir la verdad laica que hay en la historia de ese judío crucificado que, según las palabras del Evangelio, vino a exaltar al pobre, a humillar al poderoso y al soberbio, a poner fuego en el mundo, y que *por eso* fue crucificado. Sólo digo, casi con temor, que más allá de las novelas, las obras teatrales, los versos y los supuestos libros históricos que se han escrito sobre él, Jesús es esencialmente un personaje poético, el más formidable, real y perenne que han creado las palabras de los hombres. No hay más que un vocablo para significar el acto de escribir y la revelación divina: escritura. No hay más que una palabra para designar estos símbolos que ahora escribo y aquella fuerza abismal (el Logos) que, según la Escritura, ya era en el principio de las cosas y que, según Juan, se encarnó en un judío de Galilea: la palabra Palabra.

Visto así, no tiene nada de asombroso que el hombre en quien quizá se cifran todos los enigmas no haya escrito nunca, o sólo haya escrito, en el polvo, unas letras inimaginables que dispersó el viento, como si les hubiera legado a algunos poetas el mandato de volver a escribirlas a su modo.

Respuesta a Osvaldo Bayer[3]

Hace poco, en esta misma colección, Osvaldo Bayer reprodujo unas palabras lamentables de Humberto Costantini, que me atañen, y a las que se me ha dicho que yo podía contestar en algún lugar de estas páginas. No voy a hacerlo. Discutir con Bayer y con un amigo muerto no me parece antológico, por personal que sea este libro. Sólo le pido al lector de buena fe que repare en la fecha del texto “La lógica de los imbéciles”.[4]

Eso, y algunas otras cosas, además de polemizar con Julio Cortázar, era lo que hacíamos en la revista *El ornitorrinco*, acá en la Argentina, durante los peores años de la dictadura.

Los caminos de Hemingway[5]

El estruendo reiterativo y un poco provinciano de los homenajes a Borges, que comenzaron más o menos al día siguiente de su muerte y que culminan con su centenario, nos ha hecho olvidar que 1899 fue un año particularmente luminoso para la literatura. No sólo Borges: Nabokov y Gombrowicz nacieron ese año. También —y más de un lector podría corregir: sobre todo—, nació Ernest Hemingway. En un país que ha dado a John Steinbeck, a Henry Miller, a John Dos Passos, a Scott Fitzgerald, a Thomas Wolfe; en un país donde han escrito versos T. S. Eliot, Robert Frost, Carl Sandburg, Emily Dickinson —por no hablar de los poetas y narradores de la generación *Beat* aún vivos —, en un país, en suma, que ha producido la mejor (y la peor, si pensamos en los *best sellers*) literatura contemporánea, Ernest Hemingway sólo parece deponer ante William Faulkner la condición emblemática del gran escritor norteamericano de su siglo.

La obra de un escritor siempre forma parte de su vida, como sus amores, como sus canallerías, como sus ideas políticas y sus sueños, pero la inversa no necesariamente se cumple. Hay vidas indiferentes o misteriosas (la de Goethe, la de Kafka) que podríamos ignorar, o que ignoramos, sin sentir que nos falte nada: ahí están los libros que las reemplazan. El monumental y quizá insensato esfuerzo de Sartre por explicarnos a Flaubert, no modifica nuestra lectura de *Madame Bovary*, y ni siquiera nos enseña nada que ya no supiéramos sobre Flaubert: sólo nos explica a Sartre. La vida de Hemingway, en cambio, es de tal manera sustantiva para nuestra imagen de este hombre que casi nos olvidamos de que fue un escritor; un escritor, además, que apenas hizo

otra cosa que escribir y pensar en la literatura. Cazador, corresponsal de guerra, amante de Marlene Dietrich, alcohólico, pendenciero de taberna, pescador de aguas profundas, armó a su alrededor la imagen del americano bárbaro que diseminó en sus libros y que los periodistas y los fotógrafos ayudaron a perfeccionar. El teniente Hemingway a quien le extraen del cuerpo más de doscientas esquirlas de granada, el héroe que gana la medalla de plata al valor y la Cruz al Mérito, el combatiente por la República Española, el soldado de Normandía o el que se adelanta a las columnas del general Leclerc y por poco libera a París él solo, fueron o no fueron Hemingway, pero ese personaje construyó su biografía y casi sepulta su literatura. Edmund Wilson, que admiraba su obra, llegó a decir que precisamente ese Hemingway, el hombre público, es el tipo peor inventado por Hemingway. Tal vez sea cierto. Uno tiene la impresión de que Hemingway no guerreaba ni pescaba ni cazaba por necesidad vital, por brutalidad o por diversión: hacía estas cosas para escribir sobre ellas. Si Roberto Arlt escribió para aprender a vivir feliz, Ernest Hemingway vivió como un desdichado para aprender a escribir. En París, en la década del 20, lee *El jugador* de Dostoievski. Poco tiempo después, lo vemos asistiendo al hipódromo todos los días y apostando su dinero y el ajeno a los caballos. ¿Vive? ¿Se ha transformado, como Dostoievski, en un jugador compulsivo? No es para tanto, pero, eso sí, termina escribiendo dos o tres cuentos sobre el tema. Mike Ward, por otra parte, le explicará una noche que hay un método más barato de apasionarse por el juego: las carreras de bicicletas. “El ciclismo resultó una cosa nueva y muy divertida y como no sabía nada de aquello la novedad me fascinó”, escribe Hemingway, “pero no tomamos enseguida la afición. Vino más tarde, y finalmente ocupó un puesto importante en nuestra vida”. Cuando llega ese momento crucial, dice por fin: “Tengo que escribir sobre el extraño mundo de las carreras de seis días y las maravillas de las carreras por caminos de alta montaña. Mike tenía razón, uno no necesita apostar” (*París era una fiesta*). Hemingway boxeaba, se enorgullecía de ser un peso pesado natural, es decir: un varón poderoso, no meramente un gordo. Nunca sabremos si este peso completo era capaz de subir seriamente a un ring, donde uno

se siente más desnudo y desprotegido que detrás de una ametralladora o una Springfield. Con un entrenamiento basado más que nada en whisky, lecturas y mujeres, puede dudarse de que se mantuviera muy despierto en esa profesión. De cualquier modo, ahí está "Cincuenta de a mil", y sobre todo está lo que sí pudo hacer con sus conocimientos boxísticos. Le cambió a Ezra Pound lecciones de pugilato por lecciones de literatura. "Él me enseña a escribir; yo a boxear." Qué dúo de atletas, piensa uno. Escribir, aprender a escribir. Dejar una prosa incorruptible. Esto ya se articula mejor con el muchacho tímido y grandote, que empezó escribiendo versos y siguió escribiéndolos hasta su muerte, que visitaba en París la librería de Sylvia Beach y quería saber a qué hora pasaba Joyce por allí o que, como cualquier chico que va a un taller literario, se dejaba maltratar por Gertrude Stein, su imperiosa maestra lesbiana. Escribir, aprender a escribir: a cualquier costo y aun antes de saber qué. Éste es el Hemingway que tenazmente urdirá una poética que acabó influyendo sobre Camus, sobre Malraux, sobre Steinbeck y que puede cifrarse en su metáfora del témpano: "La dignidad del desplazamiento de un témpano se debe a que sólo una octava parte de él aparece en la superficie". Él quiere *una prosa* así.

Su otra obsesión, la muerte, completa y articula todas sus otras máscaras y nos da por fin al gran escritor.

Al principio, en Hemingway, la muerte no es todavía la muerte: es el frío acto de matar y el puro riesgo de ser muerto. "La matanza limpia y de manera que proporcione orgullo y placer estéticos siempre ha constituido uno de los mayores goces de la humanidad" (*Muerte en la tarde*). Está hablando del toreo, de acuerdo, pero el giro "placer estético", referido al acto genérico de matar, no parece muy feliz en un escritor que ha visto de cerca la estupidez de la guerra y que admira al Tolstói de *Guerra y Paz*. Menos mal que agrega: "Una vez que se acepta la regla de la muerte: no matarás, se convierte en un mandamiento que se obedece fácil y naturalmente...". Sin embargo, "cuando un hombre se halla aún en rebelión contra la muerte, siente placer en arrogarse uno de los atributos divinos: el de quitar la vida". Hemingway le llama regla de la muerte a lo que debió llamar regla de la vida, pero por lo menos sabe que existe, aunque él no haya llegado

al punto de aceptarla como mandamiento. Está, todavía, demasiado preocupado por conseguir que sus palabras se desplacen como témpanos. Hijo de la nación más poderosa de la Tierra, un día, por fin, descubrió por qué quería escribir así: "Un país, a la larga, se gasta y el viento se lleva el polvo de la erosión, la gente se muere y nadie tuvo importancia, excepto aquellos que ejercieron las artes. Mil años vuelven insignificante la economía, pero una obra de arte perdura eternamente" (*Las verdes colinas de África*). Cuando encontró esta verdad trivial, que apenas es una ilusión, las otras verdades vinieron por añadidura. Uno de los diálogos de *Por quién doblan las campanas* refuta todo lo que hasta entonces creyó de la muerte. Anselmo le ha dicho a Jordan que, aunque aún deba seguir matando, está en contra de toda muerte y que, si sobrevive, intentará vivir de tal modo que se haga perdonar. Perdonar por quién, quiere saber Jordan. Qué sé yo por quién, responde el español, que no cree en Dios. Jordan le pregunta entonces si él mismo se perdonaría, y Hemingway escribe: "Creo que sí, dijo Anselmo. Ya que lo planteas francamente de esta forma, supongo que así debe ser. Pero con Dios o sin Él, creo que es pecado matar".

Después de *Por quién doblan las campanas*, Hemingway sólo escribirá otro gran libro, tal vez el mejor de todos. Su protagonista es un pescador, pero ya no es un deportista, un aventurero o un escritor que busca verdades literarias. Es un viejo que pesca para vivir, no para matar, y que un día, sin saber cómo, se encuentra con el milagro de su gran pez. Hemingway ya ha descubierto que las campanas doblan a muerto por todos los hombres: ahora va a descubrir que la vida, cualquier vida, puede tener la misma religiosa belleza y dignidad. "Me estás matando, pez —pensó el viejo—. Pero tienes derecho. Hermano, jamás en mi vida he visto cosa más grande, ni más hermosa, ni más tranquila ni más noble que tú. Vamos, ven a matarme. No me importa quién mate a quién."

Hemingway no volvió a publicar. Viajó al África, se estrelló dos veces con su avión y todos los diarios del mundo publicaron las necrológicas que tenían escritas desde hacía años. Como Mark Twain, Hemingway se divirtió bastante por lo apresurado de la noticia y, en

julio de 1961, cuando nadie lo esperaba, se disparó un balazo de escopeta en el paladar.

"El mundo mata a quienes no se doblegan", había escrito en *Adiós a las armas*. "Mata con imparcialidad a los muy buenos y a los muy suaves y a los muy valientes. Si no perteneces a ninguna de estas categorías puedes estar seguro de que también te matará, sólo que no tendrá ningún apuro en hacerlo." ¿Cómo evitar esto siendo escritor? ¿Cómo evitar que el mundo se salga con la suya?

En rigor, no hay más que dos caminos: matándose uno mismo o escribiendo libros perdurables. Ernest Hemingway eligió los dos.

1 Cfr. "Otras páginas" de este mismo año. [N. de E.]

2 Ver "Otras páginas", de este mismo año. [N. de E.]

3 Abelardo Castillo, *Antología personal*, Desde la Gente, 1999.

4 "La lógica de los imbéciles", editorial de *El ornitorrinco*, número 4, octubre/noviembre de 1978, sobre la guerra del Beagle.

5 "Los caminos de Hemingway", en *Desconsideraciones*, 2010. [N. de E.]

2000

enero 1

Bueno, ya soy un escritor del siglo pasado; mal que mal llegué vivo al año 2000. Después, si recupero el humor, las ganas, el sentido del sentido de las cosas, tal vez haga el incompleto y mentiroso balance que suelo (o solía) hacer para estas fechas.

Sólo esto: me están comiendo el alma la desolación y la tristeza. Ni una palabra más.

enero 3

O tal vez sólo se trate del calor. Quizá la frase argentina sobre los locos de verano se me pueda aplicar con absoluta justicia. Ciertas locuras son hereditarias. Mi madre, por ejemplo, era una típica loca de verano.

El resumen vendrá después. Si bien, en resumen, el resumen es más o menos así: empecé un cuento, hace meses, que no tengo por ahora el menor interés en terminar.

Esta madrugada leí una idea de Jaspers que debería ir como acápite de este cuaderno del 2000. Dice más o menos

la vida es una tarea a realizar aunque, en sí misma,
sea irrealizable.

Si mi voluntad me ayuda, este año seguiré sin hacer nada. Pero será una nada en otro sentido, una nada personal, activa y hacia adentro. Esto seguramente no está muy claro, sobre todo si se asocia a la palabra voluntad, pero no lo escribo para nadie ni me hace falta que lo entienda nadie. Reducido a sus términos más triviales significa que no acepto más conferencias, charlas, visitas, viajes, alumnos, salvo aquellos que me sirvan espiritualmente a mí, que me den un sentido a mí. Tal vez ese sentido, alguna vez, no sea tan espiritual: ganar un poco de dinero cuando me haga falta, por ejemplo. Pero esto último, y después de pensarlo muy bien, reducido a dosis homeopáticas.

No aceptar que nadie más se meta en mi vida, en mi soledad interior. Esto mismo, con estas u otras palabras, vengo escribiéndolo desde los veinte años: ya es tiempo de ponerlo en práctica.

enero 6

Él da una vuelta por parque Lezica. Ningún árbol que parezca un ángel. Ninguna muchacha de otra parte. Era previsible.

enero 7

Lo primero que hago es terminar de pasar aquí los cuadernos manuscritos[1] que dejé a medio terminar cuando, hace unos años, me dio aquel furioso ataque de orden que culminó en los hechos con la escritura del Van Hutten. Tal vez me ayude con el proyecto de *Los ángeles azules*. Eso es, en parte, lo que más arriba llamo no hacer nada. El problema es la falta de interés. Para escribir es necesario estar convencido de que nuestra literatura es *la* literatura, y hace un rato más bien largo que eso ya no me pasa. Por ahora son ráfagas, como hilachas de algo que se me aparece generalmente antes de dormir. Anoche o anteanoche pensaba en la mínima teoría de que el espacio opera como el tiempo, del doctor Golo, desarrollada hasta las últimas

consecuencias por Gulko, el búlgaro. De pronto sentí que, en términos psicológicos, es absolutamente verdadera. Por ejemplo: un hombre se enamora de una mujer y rompe con ella. Pasa un mes, pasa un año, pero si esa mujer vive a veinte cuadras de su casa, o en la misma ciudad, seguirá estando presente como si hubiera pasado un día. Si la mujer viaja a Europa, a la semana ya se ha situado en un lugar tan distante que es como el olvido. Por eso la gente tiene propensión a viajar para huir de sus problemas.

¿Qué sentido tendría esto, si el espacio no operara como el tiempo? De hecho, un problema mío de hace una semana o un mes sigue estando separado de mí por ese tiempo, pero si, digamos, me fui a vivir a Bulgaria (o de allá vengo, como Gulko) el tiempo se contamina de distancia, se hace espacial.

Me temo que Thomas Mann, en *La montaña mágica*, ya trató el problema. Me temo que casi todos los problemas que me quitan el sueño ya los trataron Thomas Mann, Sartre o Rilke. Lo siento mucho. Sólo espero que a ellos les haya pasado lo mismo con otros.

Una prueba sería el lenguaje. Decimos que ha pasado determinado "espacio de tiempo", lo que en términos estrictos es un disparate y, sin embargo, nos resulta perfectamente claro. La inversa, en cambio, decir que ha pasado un cierto "tiempo de espacio" es sencillamente una idea de manicomio.

Los antiguos, y no sólo los antiguos, han sostenido la idea de que la noción del tiempo era una mera medida del movimiento, que ocurre en el espacio. Por supuesto, las refutaciones filosóficas de esta concepción son innumerables, pero, en el fondo, siempre me han parecido verbales.

La inmovilidad absoluta exige un espacio donde las cosas sean inmóviles. Se me dice: también un tiempo. No veo ni siento este tiempo. Supongamos el universo tal y como es. De pronto se detiene: las constelaciones y los átomos y la conciencia humana se detienen.

“Transcurre” lo que llamamos un segundo, un día, un siglo, un ciclo brahmánico, y todo retoma su movimiento interrumpido. ¿Qué tiempo pasó? Ni siquiera se trata de preguntarse para quién pasó, lo que en último término supondría a Dios, sino, sencillamente, qué tiempo pasó. Ningún tiempo. Entre la palabra que acabo de escribir y la que estoy escribiendo pueden haber transcurrido siglos: si no existe un Dios que lleve la cuenta o disponga de un buen reloj a escala divina, esa palabra (siglos) carece absolutamente de sentido.

Sé perfectamente que cualquier estudiante de filosofía puede cuestionar esto, lo que no puede hacer es convencerme.

Sin ninguna conciencia, se dirá, tampoco existe el espacio. El problema es que, para mí, sí existe. La única conciencia de que tengo conciencia es la mía, y precisamente es en la mía donde, haciendo abstracción de ella, no concibo el tiempo y sigue intacto el espacio.

Por supuesto, era niño y soy un rotundo señor de sesenta y cuatro años. Envejecí, me voy a morir. Tengo recuerdos. Todo eso parece hablarme a gritos del tiempo. Pero sólo *parece*: sólo veo movimiento. Cosas que son en el espacio. La misma muerte se asocia sólo con la inmovilidad. Ese hombre no se mueve, su corazón no late, su cerebro está quieto como piedra: se ha muerto. Lo que llamamos tiempo no se ha detenido, sin embargo. Sobre ese muerto caerá la noción de los días y los años. Pero sólo para que podamos hablar de él, para entendernos de alguna manera.

Sí, a mí también me gustaría saber cómo, de *Los ángeles azules*, he venido a parar acá.

enero 9

“Los hombres no lloran”. Las mujeres maquilladas tampoco.

enero 10

Hoy debe ser el cumpleaños de Bettina. Con lo que todas mis especulaciones sobre el tiempo se relativizan en gran medida. Hoy, casi no puedo escribirlo, Bettina cumple sesenta años.

Anteanoche, una pesadilla de la que sólo recuerdo el final. Casi ahogado, siento una angustia que me hace salir de mi garganta un sonido entrecortado y ronco, una especie de brama agónica. En el sueño veo a Sylvia, casi a horcajadas sobre mí, que me mira inquieta. Me despierto: Sylvia, en efecto, está allí, preocupada y vigilante. Le digo que no se preocupe, que fue un sueño. Ella se tranquiliza y vuelve a dormirse. Yo también, después de unos minutos. Hoy se lo comento. Me dice que eso nunca ocurrió. Mi despertar y el diálogo con ella fueron parte de la pesadilla. Sin embargo, yo sé que durante un momento estuve perfectamente despierto, porque la vi dormir de espaldas a mí, en la posición en que, después de hablar con ella, la había visto dormirse en el sueño.

enero 21

La noche del eclipse, en San Pedro.

Técnicamente comenzó a las once y tres minutos del jueves, pero sólo empezó a observarse hacia medianoche. Coincidió con un apagón general de todas las luces de San Pedro que duró alrededor de una hora. Desde el parque, con un largavista, se puede ver perfectamente la zona de oscuridad que completa el círculo de la luna, de un color más bien violeta.

enero 26

Mirando la noche de San Pedro por una de las ventanas de casa. Las tres palmeras del parque mueven suavemente sus pequeñas cabezas,

como si el viento les encrespara la melena. Una noche casi inescrupulosamente hermosa.

Seguimos en San Pedro. Vemos con Sylvia *Pasaron las grullas*, la cinta rusa de 1957. Creo que me conmovió mucho más esta noche que cuando la vi por primera vez. Eso debió de ser en el 59, y no recuerdo que entonces me emocionara. Sin embargo, recordaba perfectamente *una* escena, la del hospital, cuando el padre de Boris habla de las mujeres que no esperan a los que han ido a combatir. Hay algo en común entre el cine ruso y el italiano: no le tiene miedo al melodrama, y, cuando les sale bien, son avasallantes. Me gusta haber podido compartir con Sylvia esta película, aunque haya sido con cuarenta y cinco años de retraso. Ella, por supuesto, lloró casi todo el tiempo.

febrero 4

La famosa erudición de Borges. Ciertos errores de Borges hacen dudar, a veces, de su seriedad, o por lo menos de la mítica infalibilidad de su memoria. En el prólogo a *La metamorfosis*, libro que figura como traducido por él del alemán, cosa que dicho sea al pasar nunca hizo (me lo confesó él mismo una noche en la casa de Ester de Izaguirre), dice sorprendentemente que Josef K. no logra enfrentarse con el invisible tribunal que debe juzgarlo y que éste "sin juicio previo lo manda degollar". En el mismo párrafo, hablando de *El castillo*, escribe que K. "es un agrimensor llamado a un castillo, que no logra jamás penetrar en él y que muere sin ser reconocido por las autoridades...". De hecho, Josef K. no es degollado sino muerto de una cuchillada en el corazón. En defensa de Borges, puede aceptarse que el tribunal lo mandara, en efecto, degollar, cosa que en la novela no sucede por ineficacia de los verdugos. En cuanto al K. de *El castillo* no muere de ninguna manera, no al menos en la novela que dejó Kafka. Fue Max Brod quien creyó recordar que *en los planes* de Kafka figuraba la muerte de K.; pero ni siquiera esto es muy seguro.

Ya comenté en *Las palabras y los días* la confusión sobre las palabras que atribuye Borges al César de Shakespeare, palabras que son de Quevedo, no de Shakespeare, y podría agregar dos errores nada mínimos de *Siete noches*. Allí, refiriéndose a Dante, confunde Venecia con Florencia, y dice que el descenso al Infierno de la *Eneida* de Virgilio sucede en el libro once, cuando todo el mundo sabe que está en el exacto centro del poema, en el canto sexto.

Merecería un parrafito el modo en que cita la frase de Horacio Quiroga (la del viento frío que viene del río), pero acá, además de mala memoria, me parece que es mala fe.

Hay que reconocer, eso sí, que muchas veces mejora los originales. La cita equivocada de De Quincey, que yo usé en dos oportunidades en versión Borges, es infinitamente superior a la original del inglés.

Que a veces ni siquiera leía los libros que prologaba lo prueba la introducción a los relatos de Chesterton,[2] donde asegura que el mejor cuento de ese volumen es, precisamente, uno que no aparece publicado: “Los tres jinetes del Apocalipsis”. También puede perdonarse. Él eligió una antología y le publicaron otra.

El mismo error sobre el degüello, en Camus.

marzo 4

Sólo por escribir algo. Mi facilidad para perder el tiempo es, con toda probabilidad, un modo del genio.

Consigo hacer cosas inútiles con una intensidad, una perseverancia, un fanatismo que, puestos en la dirección correcta, deben ser los que producen obras como *En busca del tiempo perdido.*

Leyendo a Goethe. El libro de Emil Ludwig.

marzo 9

El problema de la libertad en los griegos.

marzo 10

Sí, a veces se nos concede lo que deseamos. Pero de una manera levemente distinta de lo que queríamos, de una manera sutilmente perversa. Esto es quizá lo demoníaco.

marzo 11

Hace unos días empecé, por lo menos simbólicamente, a pasar las correcciones definitivas de *Crónica* para la edición de Seix Barral. Dudo del orden de algunos capítulos, pero me parece que van a quedar como en el original. Definitivamente, la novela empezará: *Graciela Oribe, te llamabas*. Tengo que ver, entre otras cosas, la entrada al parque de la quinta de Verónica (III parte). El capítulo sobre el peronismo ya está, es decir: no puedo hacer nada más con él. Quitarlo es imposible; sólo mitigar lo que en ese entonces imaginaba como humor.

Preveo que en los próximos días, hasta que entregue por última vez el libro, voy a trabajar de manera maníaca. Si resulta así, cuando termine con esto voy a seguir sin tregua, gracias a ese impulso. Entre una cosa y otra tal vez escriba un pequeño trabajo sobre Sartre, que Juan Forn me pidió para publicar en *Radar*.

marzo 16

Desde el viernes anterior, un cólico renal que es quizá el más fuerte de todos los que he tenido hasta hoy, salvo el primero.

Incluso, más fuerte, ya que en el dolor del primero tuvo seguramente mucho que ver la sorpresa. Hoy creí que se me había pasado, pero en este preciso momento siento otra vez que el dolor está

ahí, creciendo lentamente, en la cintura, del lado izquierdo. Todos los demás, excepto uno, fueron, si no me equivoco, del lado derecho. No lo anoto por probidad científica o por una parodia del *nulla dies*... sino sencillamente para sentir que estoy haciendo algo antes de que el dolor se vuelva insoportable. También, para reírme de los propósitos optimistas que dejé estampados la semana pasada, ahí arriba.

Un camión, en la calle, hace ruido. Me duele el ruido.

marzo 18

Sábado. Vuelvo a escribir a mano, en la cama. Desde hace *diez días*, ese cólico renal que, además de deshecho, me tiene harto, pero que por lo menos me ha servido para dos cosas: para leer, en las treguas del dolor, algunos libros; y para recordarme que se puede escribir a mano, con lápiz. Pude igualmente corregir algunas páginas de la nueva edición de *Crónica*, aunque no sé con qué resultado y, si esto no mejora, no voy a saberlo hasta tener las pruebas del libro. Hoy estuve en el Instituto de no-sé-qué-cosa con un joven urólogo que nos había leído a Sylvia y a mí y que por medio de gráficos me explicaba con elocuencia qué es un cálculo renal mientras yo lo único que quería era tirarme de cabeza por la ventana, a causa del dolor. Me recetó unos calmantes muy fuertes, que son los que en este momento me permiten estrenar este cuaderno. Cuando pueda debo hacerme uno de esos incómodos análisis —si la palabra incómodos no es demasiado delicada para expresar lo que yo recuerdo de esa experiencia, hace años— que comienzan con una inyección lenta y monumental de algo que tiene la consistencia aproximada de la gelatina.

Lo peor es la irritación que todo esto me produce, me refiero a los picos del dolor. Debo contenerme para no romper algo. O no es lo peor. Lo peor es que Sylvia tiene que aguantarme, lo que le cuesta a veces un gran esfuerzo, porque su tendencia a contradecirme, aunque me duelan los riñones, cuando digo disparates, sigue latiendo allá en el fondo de su serenidad. Habiendo tantas etnias, me vine a casar con una vasca.

marzo 27

Cumplo 65 años. Parece que estoy mejor que hace unos días pero prefiero ser cauteloso.

Juego una partida de ajedrez con la computadora, yo con blancas. Elige una defensa francesa. Le gano en menos de 27 jugadas, con el ataque Keres. Como hoy es 27, lo tomo como un buen augurio. La partida fue así: 1.P4R, P3R; 2. P4D, P4D; 3. C3AD, A5C; 4.A2D, C3AR; 5.P5R, AXC; 6.PXA, C5R; 7.D4C, P3CR; 8.A3D, CXA, 8.RXC, 0C0 (este enroque tiene un aspecto suicida, por más que lo juegue una computadora con un supuesto programa de nivel maestro internacional); 9.P4TR, P3AR; 10.P5T, P4CR; 11.P6T, PXP; 12.PXP, TXP jaque; 14.C2D, T2A 15.T5T, R1T; 16. TXP, C3A (contra C2D que parece un poco mejor, sigue la misma jugada blanca.) 17.T1A!, y hagan lo que hagan, las negras deben perder.

mayo 22

Encuentro la página que sigue en la máquina. La escribió Sylvia. Es de mayo de 1998. Le pedí que me contara en cualquier orden lo que ella veía de una tormenta en La Cumbrecita, y, de un tirón, en unos minutos, escribió esto. Yo necesitaba intercalar una descripción anterior de la naturaleza que hiciera *pendant* con el capítulo, ya escrito, del soliloquio en la cascada. Sobre ese apunte de Sylvia, redactado por ella sin casi pensar, armé la tormenta de la segunda parte. Como me han dicho que esa tormenta es de lo mejor que escribí en el *Van Hutten*, creo que debo dejar constancia de que, en rigor, apenas me pertenece.

Tormenta en La Cumbrecita

Las dos de la tarde. El mediodía pesado, caluroso, completamente

quieto, lo lleva a la biblioteca desierta. Estaba hojeando X cuando la claridad del día bajó como las luces de una escena hasta hacérsele incomprensibles las líneas. Un trueno apagado, remoto, rodó interminablemente por la ladera de las sierras. Un perro ladró detrás del hotel. Pájaros invisibles refugiados en la arboleda del parque gorjearon desesperadamente. Segundos después, todo volvió al silencio. La galería del frente del hotel. Un viento frío se colaba escaleras arriba. En el segundo piso estaban cerrando apresuradamente las ventanas. Había oscurecido todavía más y el paisaje y los árboles tomaron un tono gris, opaco; hacia el oeste, quedaba una ranura alargada de luz que hacía ver la cadena de montañas, más allá del horizonte inmediato, de un violeta casi negro. En segundos, no quedó cielo por ver. En su lugar, un techo encapotado de nubes densas color plomo cubrió el valle de La Cumbrecita. Entre los árboles del camino del frente se alcanza a ver la pequeña curva del río que serpentea más abajo como plata líquida. El trueno siguiente hizo temblar las paredes, los vidrios. Vibró el suelo bajo la suela de los zapatos. El perro, encogido y gimiendo, entró por la puerta de servicio. Las líneas de las crestas lejanas se borraron, el cielo bajó todavía más sobre ellas y pronto se desplomaría sobre nosotros. Frente al hotel pasaron dos mujeres. El vestido blanco de una de ellas. Casi corrían cuesta arriba, sosteniéndose las polleras que se embolsaban como globos. El viento había empezado a soplar, discontinuo, desde un lado y luego desde otro. Todo otra vez se calmó como si la tormenta jugara con la insignificancia del hotel, imponente o al menos respetable en un día soleado. Un viento frío arremetió otra vez, levantó remolinos de hojas y polvo y sacudió sin piedad las flores de los canteros; se hizo casi completamente de noche, el río no se vio más, la hondonada pareció una masa oscura, como si el valle se cerrara sobre sí mismo. El viento arreció y se hizo vendaval; bajaba de las cimas, silbando en las laderas y en los cañadones, acelerándose entre las paredes de roca viva, enroscándose en el embudo de la cascada. Se desplomó el agua torrencial sobre techos, árboles y criaturas. Dentro del hotel, una mujer gritó algo incomprensible y otra voz femenina le contestó, supongo que en el primer piso. Se

encendieron las luces. Pobres los que anduvieran por los senderos de la sierra. Pensé en el cementerio. El agua barrería las tumbas y la hiedra y ningún nombre grabado en la piedra importaría ya nada, la lluvia producía un anonimato universal que incluía a vivos y muertos. En pocos minutos, a la caída de la lluvia, más serena, se sumó el rodar de los infinitos torrentes, pequeños y grandes, que bajaban veloces, persiguiéndose en el declive hacia el fondo del valle, hacia el río que ensanchaba su caudal borrando árboles y piedras, anegando cuevas y madrigueras, arrastrando raíces, desfigurando todo. La calle frente al hotel era otro río; la tierra, mansa y engañosa, había sido barrida por el agua y, a la luz de la lámpara de la calle que bailaba enloquecida pendiente del cable, aparecían destellos de la piedra elemental. Las luces parpadearon y se apagaron; quedamos sumidos en la noche en el centro del vendaval. Adentro, corridas, voces que no alcancé a entender; seguramente buscando los interruptores del equipo de emergencia. El viento y el agua mandaron sobre el mundo; en alguna parte, una ventana reventó contra las paredes. Las luces volvieron a encenderse, alcanzando débilmente la explanada frente a la entrada del hotel y los canteros anegados...

Hay otra anotación del 2 de diciembre del 92. Debe de ser uno de los primeros apuntes que escribí para el Van Hu-tten. El narrador todavía se llamaba Nielsen; y Van Hutten, Houtten o Houten, como el personaje de Quiroga:

—Fuera de temporada —decía [o escribió] Nielsen—, el hotel parecía agregar a sus muchas virtudes de refugio alpino de tarjeta postal, el recogimiento de la soledad y el silencio.

El hotel estaba casi desierto. Nielsen lo descubrió la misma noche de su llegada. A la hora de la cena, al bajar de su cuarto, no se cruzó con

nadie. En el comedor, iluminado por circulares lámparas de fierro, no había más de diez personas, aisladas silenciosamente en tres mesas muy distantes entre sí. Dos grupos de aspecto soñoliento, ningún chico, una alta mujer sola que llegó retrasada y comió de espaldas al resto de las mesas, Nielsen mismo: eso era todo. La capacidad de observación de Nielsen no era su fuerte. No solía recordar las caras ni la forma real de los objetos. Su memoria e incluso la memoria de sus impresiones eran imaginativas, sin embargo, al repasar más tarde los hechos, creería recordar que esa mujer lo impresionó de inmediato y, hacia el fin de la comida, la fijeza inquisitiva de sus ojos que lo miraban desde un espejo. Era una mujer bastante mayor que debió haber sido muy hermosa a la manera flamenca, como salida de un cuadro de Van Eyck, aunque esto seguramente es una observación posterior a esa primera noche.

mayo 23

Hay otra página anterior donde hablo de "el esplendor decadente del atardecer";[3] en qué estaría pensando cuando escribí eso. Lo raro es que no está tan mal, sólo que tiene tanto que ver con la novela como un moño en un pescado. Un poco más y soy capaz de escribir: el esplendor parnasiano del atardecer. Más raro todavía es que ahora siento el impulso irrefrenable de usar ese decadente esplendor en algún otro lugar.

En el mismo cuaderno, hay una anotación fechada también el 2 de diciembre de 1992 ("...No recuerdo qué le contesté pero recuerdo haber sentido vagamente que el hombre, al oírme, se tranquilizó..."), que es la continuación del viaje en taxi pero ya está escrita en primera persona.

Encuentro la primera versión del capítulo siete. Después, por lo visto, lo desdoblé para que pudiera intervenir el doctor Golo, menos mal. En esta versión VH tendía a lo insoportable. Lo escribí entre julio y agosto del 93, y es lo único que hice, hasta mucho tiempo más tarde, después de la muerte de papá. Tengo la sospecha de que la muerte de papá colaboró en la humanización de Van Hutten y del libro entero: el

final del último encuentro con Van Hutten, hace, justamente, referencia a su muerte.

Esto que sigue me lo escribió Sylvia, en el 93, cinco días después de la muerte de papá, como para darme impulso a continuar con el libro.

El cementerio de La Cumbrecita

Está en la cima trunca de un cerro bajo, de unos cien metros. El camino es en espiral. De golpe, a la vuelta de una curva, se encuentra la explanada que no es totalmente plana sino que tiene rocas y es escarpada. Hacia el frente hay un grupo bastante denso de árboles, álamos y cipreses, el piso tiene un colchón de hojas, a pesar de que es verano. Por detrás de ese bosquecito cae el barranco hacia una de las vueltas del río. Por delante de la fila de árboles hay bancos de piedra, como si los que se sientan allí esperaran de frente a los que llegan. A la derecha, siguiendo la última curva del camino, está la entrada del cementerio. No parece un cementerio; más bien un pequeño parque abandonado con la entrada de verjas de hierro. Tampoco un parque importante. Podría ser la entrada de una vieja casa: los pilares de los costados sostienen una verja que en el centro tiene una puerta. Aunque pases, tampoco hay sensación de camposanto; más bien a un jardín romántico, lleno de hojas de robles y enredaderas silvestres que trepan por todos lados; campanillas azules y otra enredadera de una flor chiquita y blanca. No se ve bien dónde termina el espacio del cementerio y dónde empieza o sigue el cerro. Ya adentro y siguiendo el camino, se bajan unos escalones de piedra. Todo el terreno es irregular, como si se hubieran respetado las alturas diferentes o las rocas. Uno empieza a descubrir las tumbas como por casualidad; no hay un orden. Algunas parecen escondidas contra el muro de la derecha, semitapadas por hojas y por las mismas enredaderas; otras se

enfrentan en un espacio reducido, otras siguen una especie de línea que se corta en otra serie de tres o cuatro escalones que ahora suben. Tiene el aspecto de un lugar abandonado pero no tétrico. Debe ser triste a la caída del sol. Ahora es mediodía, el sol quema, y el lugar entero tiene un encanto increíble; uno quisiera sentarse en esos bancos y quedarse allí mirando los pajaritos y escuchando lejos, en algún lugar, la caída del agua. Misteriosamente no dan ganas de hablar, uno se deja caer naturalmente en el silencio. La sensación la dan las palabras jardín o vergel; todo el camino hasta allí está bordeado por espinillos y esos árboles polvorientos y sufridos mientras que, en la cima, detrás de la verja y a su alrededor es como si el verde estallara, el verde oscuro, las campanillas y la hiedra en armonía perfecta con los cipreses de atrás. Hay pájaros pero lo que más se oye es un gran silencio, acompañado sin cesar por el viento en los árboles.

más tarde

En fin, algo así como poner un poco de orden.

junio 1

Aniversario de la muerte de papá. Bueno, ahí está lo que significaba todo lo que anoté estos últimos días. Curioso, para emplear cualquier palabra, porque a decir verdad yo pensaba que era en julio. Cuando escribí que la descripción del cementerio de La Cumbrecita era de unos días después sentí que no podía haber sido tan inmediata. No lo era. Había pasado más de un mes.

Es formidable el modo en que opera la mente. Hace dos días volví a leer *El banquete* de Platón, convencido de que tenía razones actuales para hacerlo. El mismo diálogo, acabo de ver, que leí aquellos días en San Pedro, posteriores a la muerte de papá. Quiere decir, quizá, que no siempre me pasa lo que yo creo que me pasa.

La semana anterior decidí, abruptamente, que hoy no daba el curso. Ni hoy ni todo este mes.

Digo que “decidí”. No es cierto: hay algo que decide y actúa por mí. A veces acierta y a veces no. Digamos que esta vez acertó.

La creciente sensación de que este año no es bueno para mí, acaso esté potenciada por el hecho de que una gran parte del anterior fue hermosa.

junio 6

Me da miedo lo que la gente llama felicidad: siento que después se paga. Como si hubiera elegido para mi uso personal el revés del lugar común sobre que no hay mal que por bien no venga, aunque, mirado más de cerca y sin necesidad de invertirlo, ya es bastante ambiguo y puede significar exactamente lo contrario de lo que se cree.

junio 7

Cómo es posible que se sigan acumulando papeles. Volví a tirar, una vez más, una bolsa completa de hojas, cartas, cuadernos, libros inútiles. Como si crecieran en los cajones. Como una especie de plaga. Tienen vida: se reproducen.

Encontré el Brand, encontré el apunte abortado de una obra que hace unos cuarenta años pensé hacer con *El rey Bohusch.* Ahora necesito saber dónde están los borradores de los dos cuentos que no incluí en *El que tiene sed*, que son, precisamente, lo que andaba buscando.

junio (?)

Leo. Salté de Unamuno y san Agustín a Duhamel, y, para mi propia

sorpresa, de ahí a la impresionante biografía de Hitler escrita por Alan Bullock y a la *Ilíada*. Llevo releídas, en orden perfecto, las ocho primeras rapsodias; en este momento, Fénix, Ayax y Odiseo están tratando de convencer a Aquiles de que se una a la guerra. Descubro hace unos días algo que ahora estoy casi seguro de haber anotado en alguna parte, en uno de esos cuadernos tal vez. En la *Odisea*, Ulises es alto; en la *Ilíada*, no, si nos atenemos a la versión que da Helena cuando le describe, desde las murallas, los héroes griegos a Príamo. Este solo detalle podría hacer dudar, entre otros muchos, de que el Homero de la *Ilíada* sea la misma persona que el Homero de la *Odisea*.

Escuchando a Anton Webern. Pienso, más que al oír a Schönberg, en el Adrian Leverkhun de Thomas Mann, pienso en el límite final de la música, en su disolución.

Lo bueno de los dioses de Homero es que son imperfectos. Matan pero no resucitan a nadie. Lo que más hacen es disfrazarse, enamorarse de los humanos y crear problemas. Conocen el futuro, pero a veces parcialmente o de manera dudosa, y por otra parte también los muertos conocen el destino, a veces mejor que ellos: Calipso manda a Odiseo al infierno para que consulte a Tiresias, ¿no podría haberle ahorrado el viaje y vaticinárselo ella, que es diosa? Bien mirado, en la *Odisea* no hay destino absoluto. A Odiseo le dicen que si no toca las vacas del Sol e impide que sus hombres lo hagan, le va a ser más fácil volver a Ítaca, lo que significa que si actúa de otro modo la responsabilidad es de él. De entrada nomás, en el primer canto, los dioses se quejan de que los hombres les atribuyan todas las calamidades cuando en justicia son los hombres quienes se crean sus propias desdichas. Más bien lo que saben es lo que puede ocurrir en todos los casos posibles.

Lo cual, ahora que lo pienso, es un prodigioso rasgo de omnisciencia y deja en pie el libre albedrío que atormentó más tarde a los cristianos...

Quién sabe. Debajo de ciertos puntos suspensivos hay, en mi Diario, otro diario, quizá más interesante que éste.

junio 25

Encuentro los borradores de los cuentos de que hablo más arriba y mi edición perdida de *Bajo el volcán.* Esto último, sobre todo, me parece una señal favorable.

Si es necesario, tampoco voy a dar taller en julio, y si pudiera no lo daría nunca. Esto del taller me tiene más preocupado de lo que debería. Creo que estoy poniendo los problemas en el lugar equivocado.

agosto 1

Tolstói: “No hagáis el mal, y el mal no existirá”.

Ciertas cosas pueden decirse de muchas maneras, pero a veces un hombre encuentra la única que hace de ellas una verdad irrefutable.

agosto 17

Cinco de la mañana. Ayer, a mediodía, después de escribir toda la madrugada, terminé “El tiempo de Milena”. Me levanté a medianoche y estuve corrigiéndolo hasta hace unos minutos. No sé si el cuento es bueno o es malo; y es lo que menos me importa, por lo menos en este momento. Es la primera cosa nueva que escribo en más de un año.

El puente sobre las vías. La luna sobre el puente.

agosto 18

El recuerdo magnifica y transfigura. Quizá porque la primera vez uno no puede fijarse en los detalles, en las fealdades mínimas, o instintivamente las desecha, y toma el conjunto como determinante. Los huecos, los espacios vacíos, se completan más tarde al recordar. Uno agrega entonces detalles imaginarios que armonizan con esa vaga totalidad —las lámparas de hierro que yo agregué al comedor del hotel de La Cumbrecita, el gong, la amplitud de los lugares...

agosto 29

La inmortalidad del cuerpo sería, casi seguramente, una pesadilla pavorosa. Claro que el tener que morirnos tampoco es una buena perspectiva.

En un sentido estructural, dice más o menos Max Frisch en *Homo faber*, el cuerpo humano está bastante bien hecho: el problema es el material con que está construido.

agosto 30

Hay un plomero en casa. Hubo que destapar la pileta de la cocina y, como suele ocurrir, empezó a caer agua en un cuartito de los vecinos de abajo. Nada grave, lo de ellos se solucionó en diez minutos, pero armaron un escándalo. No son mala gente: son la peor gente que puede concebirse. Mezquinos, miserables, al acecho de cualquier mínima ventaja material. Pertenecen exactamente al tipo de pequeño burgués artero que pintaba tan bien Roberto Arlt. Por supuesto, les aseguré que yo me hacía cargo de todo, por supuesto casi pretenden que les remodele la casa entera.

La falta de pudor y de dignidad de ciertos seres me resulta incomprensible. Creo que me produce algo parecido al miedo. ¿Saben cómo son? ¿Pueden verse? Lo peor de todo es que, para solucionarles el problema a ellos, decidí levantar completamente el piso de un baño y parte del de mi cocina para realizar una conexión que inventamos con el plomero. El hombre, al pasar, me dijo: ¡Qué gente aprovechada, podrían tener un poco más de ética! (sic). Tengo, en suma, un plomero moralista y, por lo que hablamos, con bastante sentido del humor. Sólo eso, tal vez, vale levantar dos pisos.

En fin, la impresión de estar viviendo provisoriamente en una ciudad bombardeada.

Kierkegaard, en su Diario, repara en que los organismos superiores se corrompen de un modo más repugnante que los inferiores. Nota que las plantas, al morir, despiden un olor casi agradable, mientras que los animales y el hombre apestan. Según él, la putrefacción del cuerpo femenino es menos agresiva que la del varón. Y se pregunta: ¿será esto una prueba de la inferioridad de la mujer? Dejando a salvo la veneración que siento por Kierkegaard, me parece que es llevar las cosas un poco lejos.

septiembre 5

Se publicó hace unas semanas la correspondencia de Cortázar. Ahí me entero de que el buen amigo Arnoldo Liberman, en 1963, le escribió a Cortázar una carta bochornosa donde, entre otras idioteces, le decía que había renunciado a *El Escarabajo de Oro* a causa de la crítica que Liliana había hecho de *Rayuela* en nuestra revista. Cortázar se lo cuenta a Porrúa, con inocultable satisfacción, para ilustrarle los "escándalos" que ya estaba provocando su novela. Todo eso es falso, por parte de uno, e infantil por parte del otro.

Noldo me manda ahora un mensaje electrónico típico de él, preguntándome a qué se debe mi silencio de los últimos tiempos. ¿Silencio vago o primordial?, es el título. Sin ninguna alegría, le

contesto lo que sigue:

"Noldo: mi silencio, por decirlo así, es más bien primordial, y enseguida te lo explico. Antes te recuerdo que el último e-mail fue mío, cuando recibí tu libro: allí te decía que lo estaba leyendo, recordaba que tu relación con la música viene de lejos, etcétera. Quizá no lo recibiste, pero, como no me fue reenviado por el *server*, di por hecho que te llegó.

Después de eso, y acá empieza lo primordial, me mandaron de Alfaguara el libro de las cartas de Cortázar. Allí, Cortázar hace referencia a una carta tuya donde le decías que tu alejamiento de *El Escarabajo* se debió a la crítica que Liliana hizo de *Rayuela.* Por favor, Noldo. Si hoy creyeras eso, te lo admitiría; han pasado treinta y siete años y he oído que ciertas memorias ceden con la edad. Pero esa carta se la escribiste a Cortázar en 1963. Vos ya habías renunciado a *El Escarabajo*, por razones estrictamente personales (recuerdo de memoria tu renuncia, me la dirigiste a mí, tengo la fecha en mi diario, existe incluso un editorial de la revista, de abril del 63, donde te despedimos con toda la emotiva retórica de esos años) y lo hiciste mucho tiempo antes. No sólo antes de que Liliana escribiera esa nota (octubre de 1963) sino antes de que apareciera *Rayuela* (junio de 1963). ¿Qué sentido tenía, excepto la mala fe, escribirle esa carta a Cortázar? Pero además: vos eras director de la revista conmigo. ¿Quién puede creer (salvo el pavote de Cortázar, sensible a las morisquetas laudatorias) que ibas a renunciar por algo que no aprobabas? Bastaba con decir: esto no va, y era suficiente. Liliana tenía entonces 19 años: ¿cuál era su poder dentro de la revista? Pero, de hecho, éste no es el punto. El punto, el que hace a mi silencio primordial y, podés creerlo, definitivo, es que vos te fuiste mucho *antes* de la aparición de *Rayuela*, es decir que ni siquiera podía existir un proyecto de crítica, ni siquiera un comentario oral. Nadie, Noldo, puede opinar nada sobre un libro que todavía no existe.

Liliana, al leer esa estupidez, no te escribió porque su sentido del humor es irreductible. Yo lo hago, por última vez, porque no me gusta

que insulten mis buenos recuerdos y mi inteligencia.

Me quedo con el Noldo de *El grillo de papel.* Con ése, de tanto en tanto, me entendía.

Abelardo.”

Le mostré el texto a Sylvia y lo envié. Historia terminada. Después de todo, aunque me duela reconocerlo, esa amistad dejó existir cuando desapareció *El grillo de papel*, y yo lo sabía.

Liliana, que siempre juzgó a Noldo con mucha más dureza o lucidez que yo, me recordó hace un rato, por teléfono, otras cuantas pequeñas porquerías de mi amigo del alma, algunas, lo admito, bastante cómicas.

septiembre 21

Como primavera, un desastre. Llueve desde hace días. Me duele la espalda. De todas maneras, buen humor.

Leo en Borges, una vez más, su exposición de las paradojas eleáticas y sus numerosas refutaciones. Es fascinante comprobar cómo Borges seducía a sus lectores con lo obvio: la virtud es de su prosa, no de sus razones. De paso: indistintamente le atribuye a Russell y a Cantor la teoría de los conjuntos infinitos (tan infinita es la cantidad de números en general como la de números pares, como la de impares, etcétera). Cuando habla de Zenón, su autor es Russell, cuando habla del eterno retorno de Nietzsche, ya es Cantor.

Pero lo que quería escribir no es esto, sino que, desde la adolescencia, siempre me pareció inexplicable que los matemáticos y los filósofos se empeñaran en refutar a Zenón con tantos argumentos filosóficos o matemáticos. Las paradojas de Zenón no pertenecen a la matemática ni a la filosofía: pertenecen a la literatura.

Pongámoslo así. Zenón niega, o más bien, simula sonriendo que

niega, el movimiento, porque según él una flecha, para alcanzar el blanco, debió pasar antes por la mitad del trayecto, y antes por la mitad de esa mitad, y así hasta el infinito, o lo que es lo mismo: esa flecha rebobinada nunca llega al punto en que partió, por lo tanto nunca "empieza" a salir. En rigor, lo que hace Zenón es obligarnos, retóricamente, a imaginar el movimiento de la flecha hacia adelante y hacia atrás al mismo tiempo. Pero la verdad es que la mejor refutación de la paradoja de Zenón es la misma paradoja.

Zenón toma en realidad una flecha que ya alcanzó el blanco y nos dice que esto no pudo suceder porque, para que haya sucedido, esa flecha debió pasar antes por tal punto del trayecto, y antes por tal otro, y antes etcétera. Bastaba con responderle: "En efecto, Zenón, eso fue precisamente lo que ocurrió y justamente por eso la flecha llegó al blanco, este tipo de cosas sucede a cada momento".

Claro que si pensamos el movimiento de la misma flecha hacia atrás, nunca llegamos matemáticamente al punto de partida. Lo que tampoco niega el movimiento de la flecha, sino su posibilidad de alcanzar un punto situado, ahora, repentinamente, en el infinito. Es lo mismo que decir: si colocamos un blanco en el infinito, una flecha, por infinitamente que se mueva, nunca llegará a él.

En un caso, el blanco estaba en un lugar preciso del espacio. Por eso lo alcanzó. En el otro, fingiendo hacer retroceder la flecha, Zenón la hizo moverse infinitamente hacia el infinito.

Pero entonces, dirá alguien: esa flecha partió del infinito. Cuando partió, no; cuando partió, lo hizo desde un punto preciso y recorrió un preciso trayecto. Cuando Zenón la obligó a retroceder, nos engañó e hizo retroceder ese punto hacia lo inalcanzable.

Pero ni aun así la flecha dejó de moverse nunca. Más bien todo lo contrario. Desde Zenón de Elea esa pobre flecha se mueve hacia adelante y hacia atrás todo el tiempo.

La carrera de Aquiles y la tortuga. Aquiles le concede a la tortuga una determinada ventaja y Zenón da por iniciada la carrera. Cuando Aquiles llega al punto en que estaba la tortuga, ella avanzó,

proporcionalmente, una determinada distancia. Por lo tanto, sigue delante de Aquiles. Y si las cosas continúan ocurriendo así, seguirá delante cualesquiera que sean la distancia y la duración de la carrera. ¿Cómo no advertir que esta competición es verbal? En el espacio real, ni Aquiles ni la tortuga llegan a ningún punto: *pasan* por allí. Cuando Aquiles pasa por el primer punto en que estaba la tortuga lo hace a tal velocidad que el pobre animalito, decepcionado, abandona el atletismo sin llegar al segundo punto y se dedica, sedentariamente, a la filosofía eleática.

Pero, yo también lo sé: pese a cualquier refutación, las paradojas eleáticas, misteriosamente, siguen allí, intocadas y bellamente desdeñosas de la razón. Eso, precisamente, es lo que prueba que pertenecen a la literatura.

octubre 10

Ayer, el cumpleaños de papá.

Conferencia en Córdoba, la semana pasada. Unas trescientas personas. Estaba allá cuando me entero de la renuncia de Chacho Álvarez a la vicepresidencia de la República. De la Rúa actuó como un loco. Como si hubiera hecho un golpe de Estado contra sí mismo. Honestamente hablando, tampoco Álvarez estuvo muy brillante. Debió esperar un poco y amenazar al presidente con su renuncia si no modificaba las cosas. Daría la impresión de que este tipo de ridiculeces políticas sólo puede ocurrir en nuestro país.

noviembre 4

Anoche fue el estreno de *La cuarta pared*, un espectáculo teatral basado en dos cuentos míos (“Las panteras y el templo” y “La cuarta

pared"). Me gustó mucho, sobre todo la segunda parte, es decir "La cuarta pared" propiamente dicha. La directora, Mónica Viñao, hizo las cosas con mucha seriedad e imaginación. La actriz, Vanesa Cardella, tiene un encanto formidable. El actor, sentado, lee las acotaciones del cuento y la chica actúa el monólogo de Adelaida. Un acierto es que las acciones descritas por el actor no siempre correspondan a lo que el público ve. El actor, Jorge Rod, es el mismo que dramatiza el primer cuento. El teatro, más bien de cámara, con mesas, resulta muy simpático. Lástima los ruidos de la calle. Sobre todo afectan al primer texto. Le propuse a Rod que los incorpore al monólogo. Supongo que me entendió.

Otro grupo joven, pero mucho menos profesional, ha montado una versión de *Sobre las piedras de Jericó*. No fui a verla, pero presencié parte de un ensayo más bien espantoso. Cuando me hablaron para pedirme permiso ya la tenían a medio montar. ¿Cómo negarme? Sólo tuve tiempo de hacer dos o tres sugerencias, que, espero, les hayan servido para algo. Son muy jóvenes y, por supuesto, han elegido una obra demasiado complicada. En algún sentido los justifico. La juventud debe hacer este tipo de locuras. Lástima que la obra sea mía.

Por lo visto, estoy pasando por un momento teatral: la temporada que viene, en el Cervantes, se monta *Israfel*. O eso espero. Tal vez no debería adelantarme a los hechos, pero, por muchas razones, me gustaría que el proyecto se cumpliera. La dirige Raúl Brambilla, el mismo director que la hizo en Rajatabla, en Venezuela, y en la Comedia de Córdoba. Tiene mucho talento. La puesta que yo vi en Córdoba me pareció notable.

diciembre 31

Nada.

Este año no hice nada, y no creo que me justifique el hecho de que me había prometido no hacer nada, ya que ese proyecto (de algún modo hay que nombrar las cosas) tenía más bien que ver con los reportajes y

las conferencias y los viajes.

Bien, desde hace dos días tengo un nuevo gato. Demetrio.

Lo trajo Sylvia contra mi voluntad, lo que ocasionó un breve ataque neurótico de mi parte. Debe de tener dos meses, es amarillo o quizá barcino. Me había dispuesto a detestarlo pero, naturalmente, no lo conseguí. Como Tatiana no lo adopta, debí dormir dos noches con él, lo cual ha producido entre nosotros, entre Demetrio y yo, una especie de corriente de amor irrefrenable. El problema ahora es Tatiana. Lo mira de lejos, le bufa, y cuando el tipo se le acerca da toda la impresión de que está dispuesta a almorzárselo. Esa gata tiene, sin duda, un carácter mucho menos endeble que yo. En suma, algo así como una nueva razón para vivir: lograr que Tatiana deponga su hostilidad.

Salvo sentarme regularmente a escribir, he conseguido cosas más difíciles en mi vida.

Cabe agregar que Demetrio es un homenaje criollo a Dimitri Karamázov. De modo que Sylvia lo llama Mitia, y, en cuanto nos descuidemos, Miti.

Releo a Neruda, desde hace una semana. Anoche también a Vallejo. Por momentos son de una grandeza inexplicable y terrible. Siento, no sé por qué, que quizá Vallejo era una persona más buena, lo que por supuesto no es un juicio poético, y de todas maneras no sé nada acerca de su vida.

Sólo escribí un cuento, el de Milena.

fin de año

Solos y tranquilos con Sylvia, Tatiana y el joven y alocado Demetrio.

Afuera, el incomprensible estruendo de rigor.

1 Me refiero a los *Diarios* de 1954 a 1991. [A.C.]

2 Cfr. Chesterton, *La cruz azul y otros cuentos*, Jorge Luis Borges, Biblioteca Personal, 1985. [N. de E.]

3 Ver año 1993, enero. [N. de E.]

2001

enero 2

Hoy, a las cinco de la mañana, murió tía Lilia. Estaba más allá del mundo desde hace mucho tiempo. Murió en una casa de ancianos, en San Pedro, a los 88 años. Siempre quiso morir en San Pedro, y desde joven siempre jugó, un poco perversamente, con la idea de que cuando fuera vieja se iría a un geriátrico, a una horrible casa de ésas. De chico, fue la persona que más quise en el mundo, incluido quizá mi padre, y ella también me quiso probablemente más que a nadie. Ahora no siento nada. Tal vez sólo un alivio un poco miserable. Las contadas veces que la vi en los últimos años no podía mirarla a la cara. Ella no merecía esa vejez. Sylvia era la que se encargaba de todo, y ahora mismo lo está haciendo. Viajó a San Pedro para arreglar los trámites del velorio y el entierro. No sé dónde está enterrado papá y tampoco quiero saber dónde estará ella. No es una conducta que me enorgullezca, y lo anoto precisamente por eso. En mi corazón lo siento como lo que realmente es. Comodidad, desapego, miedo de la realidad.

Con tía se ha muerto el último vínculo que me unía a mi familia.

enero 4

Nunca le dediqué un libro, eso también lo pensé. Y al mismo tiempo pensé qué significaba haberlo pensado. Qué virtudes extraordinarias

me imagino que tienen mis libros. Qué se habría modificado con eso. Sin embargo, tal vez a ella le habría gustado, simulando, naturalmente, que no le importaba. Así más o menos fue nuestra relación, desde que dejé de ser chico.

enero 5

No hago más que dormir. Estoy despierto unas pocas horas y vuelvo a la cama. El calor en Buenos Aires es innoble. Imbeciliza.

Me levanto a las seis y miro televisión. Hay un reclamo a los Estados Unidos por no sé qué tipo de armas empleadas en sus intervenciones en Medio Oriente. Se teme que puedan provocar cáncer. Se sabe de algunos soldados que han muerto de leucemia. Declaración de los norteamericanos: "Nuestras armas no afectan a la salud".

Son muy extraños los caminos por los que puedo recuperar, al menos en parte, el sentido del humor.

Cuando murió, tía Lilia no tenía nada que le perteneciera. Ni un collar de fantasía, ni una cadenita. Nada. Ni una fotografía, ni el más mínimo objeto de ninguna clase. Ella misma se desprendió de todo, hace mucho.

Releo los diez primeros capítulos de *Guerra y Paz*. Tolstói, creo, nunca volvió a tener la alegría, la sonrisa, que uno advierte en esas primeras páginas. Sin embargo me parece que las escribió en un mal período de su vida, no sé, y por el momento no tengo ganas de cotejar fechas. No recordaba que, a los trece años, Natasha era casi fea. Pero se nota que Tolstói la quería, habla de la gracia que tienen las chicas a esa edad, cuando ya casi han dejado de ser niñas y todavía no son mujeres. El beso entre las plantas. Es muy hermoso. Esto, habiendo leído ya el

libro, hace todavía más insoportable la transformación de Natasha en las últimas páginas de la novela. Tolstói, acá, ya se había vuelto amargo e implacable.

Tengo la sospecha de que Proust le debe mucho a esa fiesta del principio. Sólo que su sentido de la observación, incluso en el aspecto frívolo y malicioso, no es superior al de Tolstói.

enero 9

Groussac decía, y Borges lo repite, que no se explicaba cómo podemos despertarnos cuerdos después de haber estado, durante la noche, en ese mundo de locura que son los sueños. La verdad de lo que pasa debe plantarse al revés, aunque, claro, se vuelve trivial. Nos despertamos cuerdos porque soñamos.

enero 19

Sylvia viaja a Cuba mañana a la noche. Es jurado del Premio Casa de las Américas e invitada especial de la Feria del Libro de La Habana, por la publicación cubana de *La tierra del fuego*. Este viaje únicamente tiene sentido porque se trata de Cuba. Por suerte dos de sus sobrinos van a estar con ella, aunque salen para la isla recién el martes.

Anoche hubo una pequeña reunión en casa. Todo muy bien, me pareció. El gato Demetrio, gran protagonista.

enero 21

Cuatro y media de la madrugada. Acabo de llegar de Ezeiza. El avión de Sylvia sale para Cuba a las 5:10. No me gusta esperar la salida de los aviones en el aeropuerto, y creo que Sylvia también prefiere que me vuelva enseguida. O por lo menos me ha hecho creer que lo prefiere, pensando más en mí que en ella. Dentro de un momento va a llamarme por teléfono. Me he puesto a escribir esto para que pase el tiempo. Detesto los aeropuertos, los viajes, las despedidas, detesto

sobre todo mi incapacidad de estar a la altura de las circunstancias en estos casos. Es como si me galvanizara. Como si los sentimientos quedaran acorralados en algún lugar inaccesible.

febrero 11

Repentina sensación de un cierto orden. Escuchando el *concerto grosso* de Geminiani sobre *La Follia* de Corelli.

Miro las pruebas para la reedición de *La casa de ceniza.* Con todas sus exageraciones e ingenuidades, que en este caso vienen a ser la misma cosa, hoy, es decir esta mañana, tiendo a pensar que ese libro no está tan mal. Lo que estaba muy mal era ese postfacio pedante que publiqué en Emecé: casi era mejor el original. Lo reduje a la mitad.

El problema con Cuba. El gobierno amenaza romper relaciones con Cuba, a causa de unas declaraciones de Fidel Castro sobre nuestra actitud servil hacia los Estados Unidos. Por supuesto, una excusa perfecta para votar en contra de Cuba en la próxima reunión de Ginebra. Lo molesto es que el análisis de Castro sobre nuestra dependencia económica es exacto, pero al tratar al gobierno de "lamebotas" de Norteamérica (lo que también es exacto, pero instala un innecesario problema de cancillería), se ha puesto de antemano en una situación falsa. El mismo análisis, sin esas palabras, hubiera sido irrefutable.

Como en los 60, habrá que simular que los intelectuales tenemos algún peso en la Historia, y salirle al paso a las almas bellas indignadas con Castro. En suma, hay que redactar un manifiesto a favor de Cuba, y por lo visto tendré que hacerlo yo. Me siento incómodo. La única forma de decir exactamente TODO lo que pienso de este asunto, sería tener una revista como *El Escarabajo*, y hablar por mí mismo.

Más tarde, tal vez, explique mejor esto.

febrero 12

Hecho el pequeño manifiesto. Intencionalmente educado y breve, como para que lo pueda firmar cualquiera. Ante mi asombro, las adhesiones llegan a montones. Debo reconocer, de paso, que la idea de hacer algo partió de Sylvia.

De la revista *trespuntos* me piden una nota sobre este asunto. La escribo, la publican.

febrero 26

Ocho de la mañana. Breve viaje a Mar del Plata y Pinamar. Dos conferencias, sentí el afecto de la gente.

Las adhesiones para la declaración sobre Cuba, más de cuatrocientas, se entregaron a los diarios el 17, pero siguen llegando.

Sartre, en *Qué es la literatura*, dice que el hombre es el medio por el cual se manifiesta el ser. Esto está mal expresado. El medio por el cual el ser se manifiesta... ¿a quién? No hay más que una respuesta: al hombre. Pero entonces no hay "medio a través del cual". Sencillamente el ser, sea lo que sea, se manifiesta al hombre. Por supuesto, Sartre lo sabe: lo extraño es que lo haya formulado así.

marzo 21

En San Pedro desde hace una semana. Días y noches como de hace mucho tiempo. Releo las doscientas primeras páginas de *Demonios* y vuelvo a reparar (no soy el único, Borges también lo notó) en lo raro de su tono inicial. Empieza como una farsa o una parodia, parece, incluso, haber sido escrita con alegría y malicia. No hay nada que haga esperar, de pronto, un capítulo como el de la conversación de

Chatov con Stavroguin, sobre Dios, ni la confesión, ni mucho menos el desenlace. La primera aparición de María, la renga, es prodigiosa: uno se asombra de que Dostoievski fuera capaz de crear personajes tan extraordinariamente delicados. Como sea, sigo pensando que no es una gran novela a la altura de los Karamázov, de *El idiota* o de *Crimen y castigo*. Acá en San Pedro encuentro también las *Memorias de la casa muerta*. Me gustaría tener tiempo para pegarle una leída "sampedrina"; puedo hacerlo en Buenos Aires, por supuesto, pero allá es distinto. Acá tengo la edición de Sopena, que fue en la que la leí por primera vez. En esa misma edición encuentro *La taberna*, de Zola. Leo de nuevo los dos primeros capítulos: la pelea de Gervasia con la otra lavandera es memorable. Exagerada y memorable. Voy al final. La muerte del marido de Gervasia sigue siendo terrible, pero mucho más terrible es ella, imitando su delirio, sus temblores y sus saltos por un vaso de vino o una moneda. Ni hablar de aquello que le hacen comer. Y acá me gustaría saber algo: qué escribió realmente Zola. Espero que no haya dicho *qué cosa* inmunda le hicieron comer, porque el efecto fenomenal se produce justamente porque no está dicho. Si no es así, habrá que agradecerle a la gazmoñería editorial un hallazgo literario que equivale a una lección.

Sin teléfono ni diarios ni televisor, de modo que recién anteayer, al decidirme a conectar el audio para escuchar música, me entero por la radio del caos en que está la Argentina. Renuncia del ministro de Economía, cuyas demenciales propuestas de ajuste provocaron un paro general. Toma de colegios y universidades, marchas y protestas en todo el país. Reaparición vergonzosa de Cavallo en reemplazo del ministro de Economía López Murphy (quien duró exactamente trece días en el cargo), reemplazo que no sirvió para detener la reacción de la CGT y de los estudiantes, más bien la agravó. Renuncia o desplazamiento de casi toda la parte supuestamente "progresista" del gabinete. En fin, un panorama típico de los argentinos. Parece que hasta en el *New York Times* se han dado cuenta de que De la Rúa es un imbécil perfecto: atribuyen la reaparición de Cavallo a la incapacidad de De la Rúa para gobernar el país.

Anoche, en uno de los comités de Cavallo estalló un petardo tira-

panfletos; esta mañana, en otro, una bomba un poco más real.

Todavía tenemos presidente porque, sin vicepresidente (o aun con él, pues Chacho Álvarez no habría podido gobernar diez minutos), no hay nadie con quien reemplazarlo y porque los militares no pueden intervenir, y mucho menos en estos días, cuando se cumplen 25 años del golpe de Videla. Es una triste paradoja, pero lo único que en un momento como éste podría unir a los argentinos es un intento de golpe militar: obligaría a todo el mundo a defender la democracia.

No sé cómo se las va a ingeniar este hombre para seguir gobernando, pero de hecho no va a ser con el apoyo de la gente.

Variando, como decía Roberto Arlt. He vuelto a leer *Los lanzallamas*. Imperfecto y caótico, ese libro es un imán. Comparados con Arlt, todos los otros escritores argentinos, excepto Sarmiento, parecen señoritas de pensionado.

abril 7

Sábado. Anoche murió nuestra gata Tatiana. Estaba enferma desde hacía unas semanas. O quizá era más vieja de lo que pensábamos. Nunca supimos realmente su edad. Yo estaba seguro de que debía ser mucho más chica que Agustín, y hasta llegué a sospechar que era su hija. Pasó de la vida plena a la muerte con esa declinación repentina, con ese súbito derrumbe que parece ser patrimonio de los gatos. No comía, se negaba a comer desde hacía más de una semana, se escondía y se pasaba horas, inmóvil, apenas tomaba agua y volvía a su lugar. Le hicieron análisis, tomografías. Le dieron inyecciones. Todo inútil. Esta vez, recordando la agonía de Agustín, me adelanté a los acontecimientos y le pedí a la veterinaria que la durmiera sin violentarla y le inyectara luego alguna cosa para matarla. Espero haber tomado una decisión justa, aunque siempre me quedará la duda. La veterinaria estaba de acuerdo conmigo, pero eso no me sirve de mucho.

Sí, por supuesto. Pienso en los seres humanos pobres que no tienen

ni siquiera la chance de las tomografías y los análisis y me siento un canalla, como si pusiera siempre los sentimientos en el lugar inadecuado. Me importa un carajo. Hace unos años, la vez que desapareció un día completo y yo me desesperé, sentí algo parecido a lo que quisiera escribir ahora, pero es suficiente.

El 27 del mes pasado cumplí 66 años. No me olvidé de anotarlo, sencillamente no quise hacerlo. Lástima no vivir 600 años más, para poder llegar al número de La Bestia. En esos días empecé a escribir un cuento. “La Cosa”.[1]

Tal vez lo termine.

Mi problema con la muerte es personal. Sencillamente debo escribirlo así: la odio.

abril 20

Digo y hago cosas que lastiman un momento y que a mí me lastiman por años.

A veces me presto, por cansancio, por apatía o por estupidez, a ser juzgado del peor modo posible.

Pero para hablar de ciertos temas habría que ser Pavese y escribir un diario en tercera persona.

abril 24

Martes. Me gustaría poder escribir aquello de febrero: “repentina

sensación de cierto orden", aunque, si soy franco, no puedo recordar a qué me refería. Lo que voy a hacer es crearme voluntariamente esa sensación repentina. Primero, buscar los papeles de *Los ángeles...* y ver si es cierto que se puede hacer algo con eso. Después, o mientras tanto, terminar el cuento de que hablo más arriba.

mayo 12

Leyendo a Somerset Maugham, *El filo de la navaja*. Bastante mejor de lo que imaginaba. Estuve por leerla en mi adolescencia y nunca pude pasar de las primeras páginas. Superada la casi infranqueable barrera de la traducción española, espantosa para un oído argentino —y quizá también para un buen oído español—, y haciendo abstracción de algunas ostentaciones demasiado evidentes de "buen gusto" inglés, lo que llevo leído no es tan insoportable como creía. El personaje de Darrel, por lo menos hasta ahora, es interesante y creíble, es, incluso, simpático. Tiene tendencia a sonreír demasiado, eso sí. La conversación con Isabel, en París, es algo civilizada para una pareja que está a punto de separarse. Tal vez porque son anglosajones. Todo en ese tono atenuado, por no llamarlo menor, que le gustaba a Bioy y acaso también a Borges. Sensación curiosa. Esa novela, para ser intensa, debería haber sido escrita por un norteamericano, sólo que ningún norteamericano hubiera podido escribirla.

mayo 26

Miedo y paranoia. Sylvia viaja el lunes a la Feria del Libro de Chicago.

Hojeando estos diarios. Por lo visto muchas veces me he sentido mal, pero sabiendo más o menos por qué. Lo que me asombra es que durante los años de la dictadura, sobre todo al principio, me diera cuenta de que todo ese desánimo, esas partidas de ajedrez, ese sentimiento de inutilidad y fracaso, eran en buena parte una

consecuencia de lo que estábamos viviendo. Sé que en algún lugar tengo, o debería tener, otras anotaciones de esa época, incluso recortes periodísticos que iba guardando como para acordarme después. Por un lado no quería hacerme el valeroso o el lúcido anotando secretamente en mi cuaderno cosas que no podían ser publicadas en la revista, y de ahí esas hojas paralelas que ahora no encuentro o que de pronto aparecen en cualquier lugar. Por otro lado, algo que leí anoche y que expresaba una verdad: no quería que el terror se metiera en mi diario. El otro día, en San Pedro, encontré alguna de esas páginas y recortes. Uno es la lista completa de los libros prohibidos por la dictadura. Apuntes míos. Unos periódicos bolivianos anteriores, que me mandaron cuando la muerte del Che. Tan mezclados o disimulados entre papeles sin importancia que estuve a punto de quemarlos. Pienso que en la mudanza de tía, cuando se fue de la calle Maza, pudieron perderse muchos. Otros cuando hace unos años nos vinimos a vivir a esta casa: en esos días, de puro contento, tiré tantas cosas sin mirar, que casi pierdo la carta de Rodolfo Walsh y sus últimos papeles. Que algo de esto pasó es casi seguro porque tampoco encontré nunca unos poemas y por lo menos un cuaderno que estaba seguro de tener.

Leyendo los diarios juveniles de Rilke, los de la época de Lou Salomé.

Palimpsesto.

mayo 31

La penosa y cómica impresión de que todo se degrada un poco de más. En los sesenta discutíamos todo el día sobre literatura comprometida. Tal vez éramos enfáticos, pero por lo menos buscábamos algo. Leo ahora, como elogio, en el anuncio de una novela que acaba de publicarse: “Detrás de este libro se encuentra una denuncia de los abusos y la inmoralidad de las grandes empresas farmacéuticas”.

junio 1

Haciendo tiempo.

Herbert Read: “el poeta exige un tipo de sociedad en que el recogimiento, el retiro, sea un derecho natural. Exige la posibilidad de meterse entre la muchedumbre y salir de ella con la misma facilidad con que entra y sale de su casa (…) en consecuencia, el poeta se ve obligado por razones poéticas a exigir que se transforme el mundo”.[2]

Esta cita me persigue; la usé en un artículo y ahora la encuentro en una ficha. No sería raro que incluso ya la haya anotado en algún lugar de este cuaderno. Lo curioso es que no la comparto del todo. Quiero decir: no me parece que ese aristocrático meterse entre la muchedumbre y salir de ella tenga mucho sentido. Entiendo lo de la soledad y el retiro y sobre todo lo de cambiar el mundo por razones poéticas. Pero “exigírselo” a quién. El verbo debería ser otro. Querer, por ejemplo. O luchar para.

junio 12

La semana pasada, mientras Sylvia estaba en Estados Unidos, un cólico renal. Lo anoto para saber, con exactitud, cada cuánto tiempo me sobreviene esta peste.

Volvemos de la librería El Ateneo. Charla con el público. Una señora, al final, se acerca y me dice: “Quiero felicitarlo porque usted no sólo es un gran escritor: es un señor”. Yo creo que la gente está muy loca.

Suelo afirmar desde hace treinta años que León Chestov, en *Revelaciones de la muerte*, dice que Tolstói y Dostoievski son como dos grandes árboles de la misma especie, sólo que uno tiene las raíces ocultas, muy hundidas en la tierra (Tolstói) y el otro las tiene al aire.

Dos de mis alumnos leen el libro de Chestov y no encuentran esa idea en ninguna parte. Lo releo, tampoco la encuentro. Supongo entonces que debe estar en *La filosofía de la tragedia*. No aparece. ¿Lo inventé?

Con ciertas ideas me pasa a veces lo que me pasaba de chico, cuando, al volver del colegio, le atribuía a Mario Burman palabras o actos míos, sólo para hacer reír a mi madre. Tenía miedo de que no me aprobara o se enojara conmigo si me confesaba su autor, sabiendo, sin embargo, que en el fondo no estaban nada mal. Que a ella le gustaran, aunque los creyera de Mario, era sentir secretamente que me aprobaba a mí.

O tal vez tengo una memoria imperfecta, decorativa. O tal vez leí eso en alguna otra parte, mientras leía también los ensayos de Chestov y mezclé dos lecturas.

Qué raro que, a los 66 años, recuerde de golpe que a veces necesitaba que mi madre me quisiera. Yo entonces tenía seis. Espero no estar envejeciendo hacia el patetismo.

junio 13

Desde hace una semana, Menem y el general Balza, presos por venta de armas a Croacia durante el gobierno anterior. A Menem lo acusan de asociación ilícita y por falsedad ideológica de unos decretos. Todo tan mal hecho que parece adrede. Un decreto presidencial puede ser cualquier cosa menos un acto de falsedad ideológica, y acusar de asociación ilícita durante su ejercicio a un ex presidente, sin decir con quiénes, cuándo y cómo se asoció, es poco más que una broma de Día de los Inocentes. En el fondo, le hacen un favor descomunal. Casi como para sospechar que ése es el objetivo. Menem, si esto es todo lo que tienen contra él, sale libre en cualquier momento. Sin ninguna necesidad de ser abogado, hasta me atrevería a defenderlo yo. Nuestro querido país es un cachivache, tenía razón Espósito. Mientras tanto siguen las huelgas, los cortes de ruta, los cientos de miles de desocupados. Los mismos moralistas políticos que aullaban contra las privatizaciones, quieren, ahora, privatizar el Teatro Colón. Qué nos falta vender. La Sociedad Colombófila. Me voy a leer a Mark Twain.

junio 27

Siete de la mañana. El domingo, Sabato cumplió noventa años. Grandes homenajes. Me llamaron de *La Nación* y dije, exactamente, lo que pienso: que *Uno y el Universo*, *Hombres y engranajes* y *Sobre héroes y tumbas* fueron decisivos para muchos de nuestra generación. Recordé que el Che admiraba *Uno y el Universo*. Recordé lo que significó *Sobre héroes* en los sesenta. No hablé de libros como las memorias. Dije con neutralidad que su obra había terminado hacia 1974, cuando publicó *Abaddón* (sin mencionar mi opinión sobre esa novela) y que, literariamente hablando, había que juzgarlo autor de una obra tan cerrada como las de Borges, Marechal o Cortázar. Ernesto es tan orgulloso que es capaz de ponerse a escribir una novela sólo para contradecirme. ¿Y por qué no? Knut Hamsun hizo algo así exactamente a los noventa.

Esa tarde, después de dudar bastante, llamé de golpe a Santos Lugares pero pedí que no me dieran con él, que sólo le dijeran de mi parte que Sylvia y yo le mandábamos un gran abrazo. Mi conciencia, ¿en paz?

Dentro de un rato salgo para San Pedro, sin dormir. Me hacen un reportaje para la TV. Quieren visitar mi escuela de la primaria, el Colegio Nacional, la Biblioteca. Me pidieron entrevistar también a algún amigo de la infancia. Sólo se me ocurrió dar el nombre de Benito Aldazábal que, efectivamente, es el único amigo que me queda de esos remotos años, y a Fernando García Curten, más bien para que filmen sus esculturas y se ponga contento. Fernando me conoció mucho más tarde, pero otros viejos amigos no me quedan. O han muerto o se han borrado de mi vida. En un momento pensé en Milo, que hacia los trece años fue mi único amigo de verdad —aquellas lecturas de Amado Nervo, por ejemplo, la vez que inventó el heterónimo con el que yo firmaría mis libros—, pero ya está tan lejos de mí. Benito, en mi adolescencia, estaba menos cercano, y, sin embargo, algo verdadero creció imperceptiblemente entre nosotros. Siempre me alegró verlo, y a él, quizá, le sucede lo mismo.

Pienso en las horas que quedan hasta la tarde. Espero que la falta de

sueño no me haga pasar un día muy malo. Nos volvemos esta misma noche.

En estos días escribí repentinamente un cuento. “La Cosa”. Un cuento raro. Quizá no es malo, pero me gustaría saber qué significa. Tengo, además, un título provisorio para mi próximo libro de relatos. Alude a esta casa. Pero debo pensarlo.

junio 28

Lo de San Pedro salió bien, y, si les creo a las chicas y los muchachos que filmaron, hasta muy bien. Estuvimos en la esquina de lo que fue la casa de mis abuelos. Hoy sólo quedan parte de la ochava y dos paredes derruidas que dan, una, a la calle Ruiz Moreno; la otra, a Almafuerte. En esa ochava estaba la ventana enrejada del dormitorio de la abuela. Lo que era el portón de entrada de la cochera, es ahora otra casa. Estaba la puertita del tío Abel, aquella misteriosa puerta para él solo, que daba a su cuarto y por donde, que yo sepa, no entró nunca otra persona de la casa. Después fuimos al club de ajedrez, donde me encontré con Coder. Harto de melancolía aproveché para jugar una partida rápida con él, y la filmaron. Después de las primeras jugadas ni Coder ni yo nos acordamos más de las cámaras (parece que incluso filmaron desde la vereda, por la ventana: yo no los vi), y, cosa rara, jugamos una partida excelente. Terminé ganando un final de peones al mejor estilo clásico. Fuimos al Náutico. Yo estaba muy cansado y me parece que hablé de más: la chica me preguntó inesperadamente por mi madre y me sorprendió. Me acordé de sus ojos y hablé de ellos, dije que eran muy hermosos, lo que es cierto. Sólo que los describí como azules, y en realidad los recuerdo entre celestes y grises. Me las arreglé para hablar inmediatamente de papá: por nerviosidad, que al parecer nadie notó. Ni se me ocurrió mencionar a tía. Finalmente, fuimos a casa de Fernando. Las esculturas y los cuadros los impresionaron mucho: yo sabía que iba a pasar eso. Cuando lo entrevistaron a él, no quise quedarme, para

dejarlo tranquilo y no obligarlo a devolver elogios. Pero no sé, no sé si fue del todo así: también era consciente, en ese mismo momento, de que mi ausencia pesaba tanto o más que mi presencia. Irme de ahí o quedarme daba lo mismo. Sobre todo, creo, salí al patio por puro cansancio.

A las ocho de la noche, estábamos de vuelta en Buenos Aires. Llegué agotado pero vagamente contento. Tampoco anoche dormí mucho. No sé qué hago levantado a esta hora.

julio 13

Dentro de unos minutos salgo para el Teatro Cervantes. Hoy, después de 35 años, se vuelve a montar *Israfel* en Buenos Aires. Ya se había hecho en el 77, pero de un modo un poco casual y, en algún sentido, casi clandestino. Esta noche, no sé por qué, se parece mucho a aquella de 1966. Acabo de hablar con Sylvia y con Vicente Battista, que ya están en el teatro. Hay un gentío, parece. La puesta de Brambilla, la misma de Córdoba, es realmente soberbia. Estoy nervioso y medio enfermo de los nervios. Voy a vestirme. Por una especie de cábala, quiero llegar tarde.

julio 31

Me he tomado algún tiempo, como para estar seguro. *Israfel* vuelve a ser un éxito. Sin actores ni actrices "estrellas", sin propaganda, por falta de dinero, sin casi promoción de ningún tipo —salvo las reseñas y los reportajes que me hicieron—, sólo con el "boca a boca", la gente empezó a ir por su cuenta. Les gusta a los jóvenes, e incluso a los muy jóvenes. Esto para mí es suficiente.

Sólo me gustaría, en otros sentidos que no voy a ahondar acá, sentirme mejor. Pero en fin, esto, esta tristeza agazapada detrás de todo lo bueno que me pasa, ya es constitucional en mí. Se llama melancolía. O sencillamente locura.

También me gustaría, *sobre todo* me gustaría que esta puesta la hubiera podido ver mi padre.

agosto 12

Hace dos o tres días, una llamada anónima muy extraña. Por la voz, y hasta por la ingenuidad de las palabras con que me insulta, se trata de una chica muy joven, muy candorosa. Dejó dicho: "Sos un cerdo asqueroso del infierno. Sos un (acá una pequeña pausa) buen escritor, y una persona mediocre".

Qué le puedo haber hecho. A ella, nada: no tengo relaciones de ningún tipo con nadie joven que no sea del taller. Esta chica está lastimada por algo muy reciente. Ya que no puedo haberla herido a ella, qué le puedo haberle hecho, recientemente, a alguien vinculado con una chica muy joven. ¿Algo que escribí? ¿Algo que dije públicamente? Ninguna de las dos cosas es posible. Sólo se publicaron unas entrevistas sobre la pieza y el texto de *La Nación*. La entrevista filmada en San Pedro es de una cortesía con el mundo en general casi evangélica. Las otras, lo mismo. *Israfel* no puede haberle producido a nadie un efecto tan paradójico... Que es una persona joven, muy joven, y que es buena, lo delatan no sólo su voz, un poco ceceosa, especialmente en el primer "sos", sino las palabras. Diecisiete, cuanto mucho, veinte años. Una mujer algo mayor, o de esa misma edad, incluso, sin ser mala, más cercana de los códigos verbales de su generación, una chica normal resentida conmigo o una mujer resentida, me habrían dicho sencillamente: "Sos un cerdo asqueroso de mierda, serás un escritor bueno pero, como persona, sos un hijo de puta". Y esto suponiendo que se hubiera resignado a admitir que, pese a todo, le parecía un buen escritor. Esta chica: 1) tiene un cierto género de relación con la literatura, 2) no me ha visto nunca, 3) no sabe ofender, 4) es pudorosa de las palabras, 5) está bastante sola en el mundo, o de lo contrario su lenguaje sería otro, el de sus amigas o amigos.

Las dos únicas cosas que se me ocurren son: se equivocó de número, poco probable ya que sabía que estaba hablando con un escritor y sería demasiada casualidad haber acertado, sin querer, conmigo; o estaba leyendo un libro mío que la hirió. Si es esto último, acababa de leer el capítulo de *Crónica de un iniciado* sobre las mujeres. Por eso se

le coló la palabra “infierno”. Si es así, es una chica sensible y encantadora, pero que se siente fea. Si pudiera ponerse del lado de la belleza, ese capítulo no la ofendería. Podría pensar que soy un imbécil, pero no estaría lastimada personalmente.

Resultado: quizá ofendí a una chica buena, inocente, solitaria y que es o se cree fea. Si tengo razón, lo que debió hacer es llamarme por teléfono y decirme nomás que soy un hijo de puta.

Lo que nunca vas a saber, chica, es que desde hace unos días siento por vos un cariño inmenso.

agosto 13

Leo lo anterior. Parece un disparate: no es un disparate. Si yo fuera una persona mejor de lo que soy sacaría del libro ese capítulo. No por el llamado, sino porque nunca previ esa única posibilidad de herir a alguien y porque aun admitiendo que el llamado no tenga nada que ver con lo que yo creo, sé que ese capítulo, que me gusta, que a su modo dice la verdad, que no pienso sacar del libro y que sólo puede ser entendido si se lo refiere al diálogo posterior entre Esteban y Graciela sobre la fealdad, el tiempo, etc., está efectivamente dictado por el Mal.

Difícil bajar ahora, o remontarse, a lo cotidiano: esta noche viene a casa todo el grupo que está haciendo *Israfel* en el Cervantes. Se festeja el mes del estreno. No estoy muy seguro de estar a la altura de las circunstancias.

Pensar. Pensar bien. Sobre todo, no perder nunca de vista que el otro existe y que no siempre lo tenemos al alcance de los ojos. Hay un otro detrás del otro. Desde las primeras páginas de este diario, y también desde aquel de la adolescencia, el que perdí, vengo repitiéndome que soy un histrión, un payaso, un tipo capaz de hacer cualquier cosa sólo por deslumbrar.

Si ser idéntico a uno mismo fuera necesariamente un mérito, podría sentirme orgulloso de no haber cambiado mi peor parte en cincuenta años.

agosto 15

Mediodía. La reunión del 13, sosegadamente bien. Hasta hubo una torta que decía: *Israfel*. Sólo al principio, yo un poco descolocado. Anoche, otra reunión, menos populosa. Vino a casa el escritor mexicano Guillermo Samperio. Hace años me había escrito unas cartas. Excelente persona, me pareció. Sincera y cálida. Me trajo la vieja edición cubana de *Las otras puertas* para que se la firmara. Quise regalarle los cuentos completos, como para corregir esa lectura, pero él mismo los había comprado: por lo visto había comprado todos los libros míos que pudo. Me gustaría que me guste lo que él escribe. Lo trajo Cristina Piña, a quien me alegró volver a ver. También estuvieron Enrique Foffani y Julita, que acaban de volver de Alemania. Menos yo, todo el mundo va y viene por el mundo, y además le gusta. El humor de Enrique siempre me pone de buen humor.

Claudio Cinti, el veneciano, también pasó por casa en estos días. Yo no pude verlo esta vez. Le dijo a Sylvia que nuestros libros salen allá en septiembre y octubre.

He creado el mito del escritor inmóvil. Resultado: vienen a visitarme a mí.

agosto 25

Dentro de un rato salimos para Junín. Hasta hace un momento tenía un malhumor difuso, demasiado parecido a la tristeza, y de pronto llegó una carta de Cristina Piña, en la que, con su habitual exaltación y generosidad, me habla del Van Hutten. Esto me devuelve cierta

alegría. Supongo que a todos los escritores les pasa lo mismo, pero es inquietante constatar la fragilidad de nuestro "sentimiento trágico" de la existencia. Basta una carta, basta un elogio, para sentir que todo vuelve a estar bien. Me hace dudar seriamente de la sinceridad de mis emociones.

El 25 de agosto de hace cuarenta años, Bettina me dejó en el cajón de las cartas, en casa de tía, aquel libro de despedida. Un día, tendré que contar qué pasó exactamente con ese libro. De golpe me acuerdo, además, de que el 25 de agosto siempre fue, desde mi adolescencia, una suerte de fecha luctuosa para mí. En San Pedro, mucho antes de Bettina, yo había escrito un poema patético y sin duda muy malo que empezaba con esa fecha. "Veinticinco de agosto y era el año..." Sólo recuerdo ese endecasílabo y el que le seguía.

Pero mejor releo la carta de Cristina, no sea que se me disipe otra vez esta dudosa sensación goethiana. *La vida, a pesar de todo, puede ser bella*, decía Goethe. Bien mirado, la malignidad de ese *a pesar de todo* es siniestra.

agosto 28

De vuelta en Buenos Aires. Tormenta de Santa Rosa. Está visto que nunca me daré el gusto casi infantil de ganar el único premio literario que me hubiera gustado ganar. Hoy me entero de que ya venció la fecha para el Premio Nacional al que debí mandar el Van Hutten. Lo anoto porque me molesta y porque es ridículo que me moleste.

septiembre 11

A eso de las diez de la mañana me habla Paola, que ya está de vuelta en Buenos Aires, para preguntarme con voz de terror si estoy viendo la TV. Le digo que, por supuesto, no. Lo primero que pienso, por una especie de reflejo condicionado nacional, es que cayó el gobierno. Me cuenta el atentado terrorista talibanés a las Torres Gemelas de Manhattan y al Pentágono. Vale decir, los dos símbolos del poder norteamericano, el económico y el militar. Si esto es así, le digo sin

pensar, podríamos estar en los umbrales de una guerra porque, sea quien sea el responsable, los Estados Unidos, en represalia, van a atacar Afganistán. Sin darme cuenta, la aterrorizo del todo.

Miro la televisión. El espectáculo es pavoroso y poco menos que hipnótico. Un avión de pasajeros secuestrado por terroristas suicidas se estrelló contra una de las torres, que literalmente se partió en dos. Ese avión, el primero, no fue tomado por las cámaras. El segundo sí, quince o veinte minutos después. Se ve perfectamente cómo enfila hacia la otra torre, a no más de ciento cincuenta metros de altura, choca contra ella y, estallando como un misil, la atraviesa casi de lado a lado. La segunda torre se desploma antes. Lo que quedaba de la primera, todavía en pie, termina derrumbándose como si fuera hojaldre. El fuego, el humo, mezclado con una nube gigantesca de polvo, hacen recordar las imágenes del bombardeo a Hiroshima.

Claro que esas torres no eran meramente emblemáticas del poder económico de Estados Unidos: en esas torres trabajaban o acudían a la zona alrededor de cincuenta mil personas por día y por allí pasan, diariamente, alrededor de ciento cuarenta mil. Se habla de diez mil muertos y desaparecidos. Del Pentágono, todavía no he visto imágenes.

Nadie que no esté loco puede negar que este atentado es un crimen a escala colosal. Pero nadie que lo piense dos minutos puede creer que fue una operación "militar" ideada por el gobierno de Afganistán, o por un hombre solo, Bin Laden. Afganistán es uno de los países más pobres del planeta y un ataque irracional de ese tipo equivale a su autodestrucción.

No sé, nadie sabe, si estamos en el umbral de una guerra mundial, pero sin duda estamos en el umbral de la primera guerra del siglo XXI.

Lo que puede pasar de ahora en adelante es imposible de prever. Casi imposible de imaginar.

septiembre 13

Todo el día con Sylvia mirando las noticias y escuchando declaraciones inenarrables. Todo el día, en todo el mundo, la gente ha

hecho lo mismo que nosotros. Por una vez, al menos, puedo escribir que afortunadamente ya no existe la Unión Soviética. Si esto hubiera ocurrido hace unos años, habría terminado fatalmente en un enfrentamiento entre la URSS y los Estados Unidos.

Le vaticino a Sylvia lo que va a pasar: Estados Unidos va a pedir a Afganistán la cabeza de Osama bin Laden, el multimillonario ideólogo de los talibanes y el supuesto responsable del atentado. Si Afganistán no lo entrega (o sencillamente no lo encuentra) Estados Unidos ataca a todos los afganos en masa.

septiembre 14

La guerra está declarada, aunque nadie sepa todavía cuál es el enemigo real, y la cosa es incluso más grave de lo que yo pensaba. Afganistán, naturalmente, condena sin restricciones el terrorismo. Todo el mundo, incluida Cuba, incluido Pakistán, incluida por supuesto Rusia, apoya a los Estados Unidos. Los militares norteamericanos, sin embargo, se preparan masivamente para atacar Afganistán no sólo con misiles y aviones sino por mar y por tierra, es decir, a invadirlo con tropas, lo que significa que pasarán por territorio de Pakistán, que de enemigo se transformó en amigo, por terror a un bombardeo atómico. Pero no sólo están decididos a atacar Afganistán sino, ya lo dijeron, a *cualquier país* que apoye o proteja a terroristas. Esta amenaza es tan ambigua, y tan global, que incluye al mundo entero, y por supuesto, a la larga, a aquellos países del mundo que Estados Unidos querría borrar del mapa. Cuba, por ejemplo.

Hasta ahora, nadie parece recordar que los fundamentalistas talibanes fueron utilizados por los propios norteamericanos, hace años, para luchar contra el comunismo soviético.

septiembre 15

Por razones que quizá no tienen mucho que ver con la crisis mundial, estuve despierto 31 horas. Por razones que seguramente sí tienen que ver, he leído maniáticamente, de un tirón, dos libros que, en otro

momento, apenas habría hojeado. Uno, insoportable, de Stephen King, *Mientras escribo*, especie de recetario para infradotados sobre el arte de producir estupideces literarias. El otro, de Bioy Casares. Su diario,[3] o algo así como una especie de diario, hecho con apuntes ocasionales y algunas páginas que están fechadas. Es lamentable, casi diría que es triste, y no le hace ningún favor a su memoria. Él era mucho más querible que este libro por momentos desconsolador.

Los muertos y desaparecidos son alrededor de 6000. El dolor y el estupor norteamericanos se justifican. La histeria y la demencia, no. Sobre todo porque son inducidas, fomentadas. País embanderado. Himno cada diez minutos por todas las radios. Represalias racistas internas. Más del ochenta por ciento de la población de acuerdo con la matanza de cualquier "enemigo", sin juicio previo. Es la lucha del Bien contra el Mal, lo dijo el propio presidente norteamericano. O sea: fundamentalismo contra fundamentalismo, guerra santa contra guerra santa. Fotografías de los Clinton y los Bush en misa, con la mano sobre el corazón.

Del otro lado: un llamamiento de los talibanes a todos los musulmanes del mundo, para seguir matando, en el nombre de Alá.

septiembre 16

Lo que le vaticiné a Sylvia el primer día se cumplió. Ultimátum de EE.UU. a Afganistán. Le dan tres días para entregar a Bin Laden. Por supuesto, nadie sabe dónde está. Él mismo ha declarado lo que era previsible: no es responsable directo de este atentado, y de hecho difícilmente puede serlo. Un hombre solo, por multimillonario, loco y fundamentalista que sea, no puede organizar, con semejante precisión, una operación de este tipo. Los propios ingleses ya lo habían adelantado. Es asombroso que nadie hable de la necesaria cooperación interna de paramilitares yanquis.

Falta ahora que se cumpla la segunda parte: la criminal represalia norteamericana.

septiembre 18

Entre esta noche y mañana a la noche debería cumplirse el tercer día.

Sigo con el diario de Bioy. Lo menos recordable de él está en este libro: su frivolidad, sus tilinguerías de señorito a destiempo, su jactancia en relación con las mujeres y, lo que es peor, la pobreza esencial de sus ideas y sus lecturas. No lo digo por resentimiento, ya que, aunque habla con desconsideración de casi todo el mundo, a mí vagamente me trata bien: aparezco como admirado por dos de sus amigas inteligentes y "amplias" junto con Rulfo y Onetti. También se salva Cortázar. También, quizá, Beatriz Guido. Pero lo que dice de Arlt, de Marechal, de Horacio Quiroga, de Sabato, de Olga Orozco, de Gombrowicz, de Martínez Estrada —y como al pasar de Lowry, de Lorca, de Dylan Thomas— da pena. No es un giro: me da pena. Hay alguna anécdota graciosa (las últimas palabras de Claudel, cierta doble brutalidad que se intercambiaron Mujica Lainez y Silvina Bullrich, uno o dos sueños delirantes —el del partido de tenis con Marguerite Yourcenar—, la carrera con Cortázar) y, hacia el final, se nota un leve cambio de actitud espiritual, sólo que para descubrirlo hace falta demasiada buena voluntad. Lo que se publica del *Diario* empieza hacia 1976. Ninguna alusión a la dictadura militar, salvo una frase que dice más o menos "en estos tiempos de esperanza". En el 82, ninguna alusión a las Malvinas. ¿En qué mundo vivió?

Injusto, incluso, con Silvina Ocampo. Lo más rescatable, humanamente hablando: cierta dolorida y contradictoria lealtad por sí mismo y un evidente cariño por Vlady, que es, acaso, una de las amigas inteligentes de que habla en el párrafo sobre Rulfo.

Qué lástima. Me imagino leyendo un libro así a los veinte años: qué decepción, qué enojo.

Menos mal que lo conocí personalmente. Lo malo es que lo que siempre sentí como su gentileza, como su cortesía, a la luz de algunas páginas del diario tiende a transformarse en otra cosa.

De paso, los obreros que están trabajando en casa todavía no terminan. ¿Dije antes que había obreros trabajando en casa? Por supuesto, podría fijarme si lo dije, pero no quiero. Intento que el acto de escribir este cuaderno en la máquina se parezca a escribir a mano. Lo bueno que tenía escribir a mano era que, al no entender mi propia letra, todo sonaba (y acaso era) mucho más espontáneo.

septiembre 20

Los afganos le han pedido a Bin Laden, hasta hoy huésped de honor de Afganistán, que abandone el país, si es que está ahí. Intentan, con esto, poder seguir negociando con Estados Unidos y evitar una invasión. Los norteamericanos contestaron que no hay posibilidad de negociaciones. Traducido: quieren, necesitan la guerra. Necesitan estar como sea en Medio Oriente y, a larga, seguramente controlar o invadir también a Irak.

Bush le ha puesto nombre a la futura invasión. Grotescamente el operativo se llama Justicia Infinita. Sin atenuantes: los propios norteamericanos aceptan, por no decir promueven, la Guerra Santa. Nadie parece haber notado que la Justicia Infinita es un atributo teológico que sólo le cabría a Dios. No se trata ya de que Estados Unidos sea el Bien: ahora es además una manifestación de la Divinidad. No les falta más que agregar: “Mía es la venganza”.

septiembre 24

Noticias muy contradictorias. Por lo menos le cambiaron el nombre a la guerra. Ahora se llama Libertad Duradera...

noviembre 5

Veo que en octubre no anoté nada, lo que suele ocurrir sólo cuando

estoy escribiendo o cuando me pasan las cosas que deberían figurar en este cuaderno y que me resisto a verbalizar. Con lo cual este diario, como diario íntimo, sigue siendo una impostura. Mi vida sucede en los silencios, en los huecos.

La palabra pertenece al tiempo; el silencio, a la eternidad. ¿No decía algo así Carlyle? No sé por qué lo recuerdo ahora.

Fuera de mí, sólo la guerra. De la que tampoco tengo muchas ganas de hablar. Todo sucedió casi exactamente como había previsto: los norteamericanos, a quienes ahora llaman "los aliados", comenzaron a bombardear Afganistán a principios de octubre. Primero fueron los alrededores de Kabul y otras ciudades, después las ciudades. Civiles muertos, hospitales destruidos, "lamentables errores" de guerra, lo mismo de siempre. Lo único que han conseguido, por ahora, es fortalecer la unidad árabe y, aunque lentamente, hacer que sus propios socios empiecen a preocuparse. Se viene el Ramadán y no piensan, o ya no pueden, detenerse. Al principio dijeron que harían una tregua para respetar el mes sagrado: de pronto han decidido que no. Caravanas de refugiados afganos que intentan pasar a Pakistán, caravanas de pakistaníes armados que pasan inversamente la frontera para unirse a Bin Laden. De cualquier manera, la caída del poder talibán es inexorable, sobre todo porque, aunque lo ataque Estados Unidos, es un régimen social infame e indefendible, que no tiene nada que ver con el Islam, y los propios musulmanes lo saben o lo sienten. Las noticias siguen minuciosamente filtradas.

Más o menos simultáneo al primer ataque, un brote de ántrax en Estados Unidos. Los yanquis, histéricamente, comenzaron a hablar de guerra bacteriológica. Los únicos países que pueden manejar con ese grado de sofisticación técnica las esporas, han dicho, son la Unión Soviética (que ya no existe), Irak (al que quieren invadir y esto les serviría de excusa) y, por supuesto, ellos mismos. Hoy deben admitir que la bacteria proviene *de su propio país*, lo que era evidente desde el primer momento.

noviembre 24

Tres de la madrugada. Una infección en el oído derecho y unas gotas curativas que me puse en el otro me dejaron casi sordo dos o tres días. En una ciudad como Buenos Aires, por no hablar del mundo en general, la sordera puede ser una bendición. Cuando volví, semicurado, del otorrinolaringólogo, esta opinión se atenuó: en este momento estoy oyendo música. Los sordos deben pasarlo muy mal. Ser sordo y además Beethoven ha de haber sido un infierno.

Lo que ahora siento es algo parecido al agradecimiento.

Bueno, tal vez debería dedicarme al análisis político de la realidad. Lo que profeticé hace meses sobre Menem se cumplió punto por punto. Fue absuelto de todos los cargos y ya comenzó, con estruendo, su campaña electoral. Si todo esto hubiera sido una estrategia para favorecerlo, no le habría salido mejor.

Tengo que perder esta apatía y ponerme a escribir el cuento del desterrado. Ése o cualquier otro; perder el tiempo de esta manera ya tiene un vago aire a suicidio.

Por el momento, apenas me consuela, pero tan remotamente que más bien parece una excusa de mi vanidad, la última edición del Van Hutten en una colección popular de muchísimos ejemplares. Lo que no veo es por qué digo que me consuela: allí también han publicado a varios escritores muertos.

noviembre 25

Hace dos o tres días vino Alejandra a casa. Alejandra Palacios. Llegó de Estados Unidos hace dos semanas. Su hija, Luna, tiene seis años y es idéntica a ella cuando tenía esa edad. El más chico tiene un año y medio y es irresistible. Le di un autito mío para que jugara y,

naturalmente, se lo llevó. Era un autito rojo, del tamaño de una nuez. Cómo puede ser que ahora extrañe ese juguete ínfimo y sienta que, en algún sentido, fui despojado.

Ale va a cumplir cuarenta años. No parece mayor de treinta, y a mí me resulta igual a cuando tenía diecisiete. Pero va a cumplir cuarenta años.

noviembre 30

Despierto toda la noche hasta pasado el mediodía, insomnio que aproveché, entre otras cosas, para leer *El beso de la mujer araña*, que realmente me impresionó mucho. Le sobran unas cuantas páginas (las extemporáneas notas al pie sobre psicoanálisis, quizá el capítulo final) pero es uno de los libros más intensos y extraños y conmovedores que escribió un tipo de mi generación. El personaje del marica es inolvidable. Y Puig consigue sostener toda la historia sólo con el diálogo: no hay una sola descripción ni otra forma narrativa. Al principio abruma y parece artificial, pero a la larga consigue imponerse por su propio peso. Para mi gusto, Molinita cuenta demasiadas películas, de modo que me salteé varias y fui derecho a la historia. Creo que este libro, de haber sido sólo un relato breve, de no intentar tener el volumen de una "novela", habría sido perfecto. Algo rarísimo. El último capítulo (personaje que muere y delira y viaja en el sueño) tiene un tono muy parecido al "Viaje al País Olvidado", de *El que tiene sed*, y, por supuesto, ni yo había leído nunca este libro de Puig ni, mucho menos, Puig pudo leerme a mí, porque *El beso de la mujer araña* se publicó, creo que en Brasil, nueve años antes de que saliera el mío. En suma, un libro infinitamente mejor que una cantidad de idioteces nacionales (y extranjeras) que hoy pasan por ser literatura. Puig tenía cosas en serio para decir, y las decía. Un maricón muy viril, por expresarlo así. Los críticos aéreos y los escritores *new age* suelen deslumbrarse con sus artificios y su homosexualidad, sin darse cuenta de que su fuerte, al menos en este libro, es la emoción, *la bondad* y el compromiso político.

Comparado con esta ficción, el libro autobiográfico del cubano

Reynaldo Arenas es una mera chanchada resentida.

diciembre 1

Murió George Harrison. Por alguna razón, esta noticia me dolió más que la de la muerte de Lennon, y creo saber cuál es la razón. Como sentir, casi por un detalle tangencial, por algo que quizá podría llamar mínimo, que aquel mundo que conocí en mi juventud se termina para siempre. Cuando mataron a Lennon fue eso, el asesinato de un ser excepcional e irreemplazable, pero esa muerte era algo que le llegaba de afuera. Éste murió de sí mismo, en un sanatorio, murió de una enfermedad horrible pero como puede morir, cerca de los sesenta años, cualquier tipo que ya ha vivido lo suyo. Mientras yo veía por televisión a Paul McCartney, ya casi viejo, hablando de Harrison y de su sentido del humor mientras estuvo lúcido hasta hace unos días, sentí una tristeza inmensa, y sentí lo de siempre: en ciertos momentos como éste uno se entristece por uno mismo.

El otro día, en Plaza del Carmen, donde vamos a comer a veces, después del taller. Un nene que se acerca a nuestra mesa mientras yo hablo de no sé qué con Maximiliano Tomas. Pienso que viene a vender flores o a pedir una moneda y no le presto atención. Mientras hablo, veo que Marina le envuelve unos tostados y se los da. Recién cuando el chico se iba me di cuenta de que eso no era mendicidad o juego: era hambre.

diciembre 6

Una prueba más, si hacía falta alguna, de la incapacidad del capitalismo neoliberal para resolver los problemas que él mismo propone. Estalló, por fin, la crisis económica argentina y ha vuelto medio loco a todo el país. Se acabó el dinero. Nadie puede retirar más de 250 pesos por semana de los bancos, suponiendo que tenga caja de

ahorros. Las cuentas corrientes, siempre suponiendo que uno las tenga, claro, sólo sirven para librar cheques y para depositar, no para cobrar dinero. Los llamados plazos fijos están, prácticamente, congelados: sólo se los puede transferir a cuentas, en las que se quedarán todo el tiempo que dure la restricción de los 250 pesos semanales. Como mi adelanto de derechos por todos mis libros, que publica Seix Barral, están en uno de esos plazos fijos, la perspectiva en casa no es de las mejores. Ni siquiera permiten que la gente saque íntegramente sus sueldos, si exceden los mil pesos. Ha llegado la era de la tarjeta electrónica. Mil pesos parece mucho, o al menos suficiente si se piensa que equivale a mil dólares, pero en la Argentina no le alcanza a ninguna familia de clase media, donde la famosa "canasta familiar" supera bastante esa cifra. En cuanto a los pobres, nunca soñaron con sacar mil dólares de ninguna parte, como tampoco soñaron con tener cuentas corrientes, cajas de ahorro o tarjetas de ninguna clase. La pobre gente que hasta hoy cobraba necesariamente en pesos, en billetes, no sabe qué hacer de su vida. Asombra el clima de mansedumbre, de fatalismo en las colas de los bancos. El aspecto general de la gente en un banco es el de esas vacas en los andariveles del matadero o de los mercados.

Por supuesto, yo, mal que me pese, he tenido que hacer trámites bancarios que apenas entiendo, y formo parte del ganado.

La guerra contra el Talibán se supone terminada. Nadie sabe hasta ahora dónde está Bin Laden, pero "los aliados" controlan militarmente Afganistán y preparan un nuevo gobierno. Mientras tanto, Israel bombardea la Franja de Gaza y hay quienes piden la cabeza de Arafat porque no puede manejar a los terroristas palestinos. Lo peor de todo es que la lucha contra el terrorismo ya es una excusa para la guerra. Sharon es objetivamente un fascista, por judío que sea, y su sueño es terminar no sólo con el terrorismo, sino con el pueblo palestino. No parece que esa historia tampoco vaya a acabar nunca.

Lo único que uno puede hacer en un tiempo así, siendo escritor, es olvidar un rato el mundo real y ponerse a escribir ficciones. Lo que no se sabe es quién leerá nuestros libros, si se publican y alguien puede comprarlos, en los días que se avecinan.

diciembre 18

Sylvia presentó hoy la última novela de Paula Pérez Alonso. Una buena novela: un avance en profundidad sobre su libro anterior. Me quedé apenas un rato porque me dolía la espalda. Encuentro con Saccomanno, quien ha ganado el Premio Nacional. Con sonriente seriedad me agradeció que yo no hubiera enviado el Van Hutten, que —no me mentía al decirlo— era, según él, el candidato natural para el premio, sobre todo después de lo que pasó con *Crónica* hace unos años. Yo también le dije la verdad: no lo mandé sólo porque creí que el plazo vencía mucho más tarde. Me gusta que lo haya ganado Saccomanno. Se lo merece tanto como cualquiera y mucho más que unos cuantos. Esther Cross ganó el tercero. Estaban radiantes. Lo malo es que, por más buena voluntad que ponga, no puedo dejar de pensar que este premio hubiera solucionado para mí un posible problema económico.

Siempre me resistí a anotar en este cuaderno ciertas preocupaciones, pero esto quiero escribirlo para sacármelo de encima. Se habla de que quitarán todos los subsidios a los premios municipales. Sylvia y yo, hasta hoy, contamos con ese subsidio, que en mi caso es mi único "sueldo" fijo. Si ese dinero desaparece, vamos a estar más o menos como cuando yo tenía treinta y cinco años, con el agravante de que hoy no los tengo y que, no por gusto, gastamos diez veces más.

Por supuesto, si me comparo con un jubilado o con Nilda, que sólo cuenta con su trabajo de tres días a la semana en casa, si me comparo con los argentinos que en este mismo momento están pidiendo comida en los supermercados, el problema casi deja de existir...

Pero no sé por qué no creo en mis propias palabras: son algo así como un rasgo de mala fe. Una manera, oblicua, de sentirme generoso

y lúcido.

También sería bueno confesar que, tal vez por una especie de inconsciencia optimista, que forma parte de una de las más secretas características que heredé de papá, no estoy *tan* preocupado.

Releo *Carlota en Weimar*, de Thomas Mann. Lo termino y vuelvo a empezarlo. Eso me lleva de paso a Goethe, al *Werther*, a la selección de textos que hizo Emil Ludwig. Sé que todo esto tiene misteriosamente que ver con esta plaga de la economía argentina y con el hecho de haber orinado un poco de sangre después de mi dolor de espalda. Escrito acá parece más dramático de lo que acaso es. Ya me había pasado: mis últimos cólicos renales se manifestaron de ese modo. Los médicos no parecen darle mucha importancia, me dicen que tome mucha agua, pero la verdad es que mear sangre, psicológicamente al menos, es algo conflictivo para el varón. Recordar lo que dice Hesse en *El lobo estepario* sobre los achaques indecisos y fluctuantes de la edad. En mi caso, la lastimadura de la córnea, los riñones, el nervio ciático. Usar esto para *Los ángeles azules*.

La puerta de salida siempre está abierta, también lo dice Hesse. Me voy a la cama; sigo con Mann y Goethe. Después de esto viene seguramente el *Dhammapada*, me conozco. Mañana a la mañana, es decir dentro de unas horas, debería hacer un nuevo trámite bancario. Sospecho que no ocurrirá.

diciembre 25

Y no ocurrió, por motivos distintos de los que pensaba. El 20 estalló la Argentina. La gente, hambrienta, asaltó los supermercados y se alzó prácticamente el país entero. El imbécil de De la Rúa, en vez de renunciar, dejó pasar las horas y finalmente, a la noche, declaró el estado de sitio: unos minutos después de su lamentable discurso de

zombie, la clase media de Buenos Aires salió espontáneamente a la calle e invadió Plaza de Mayo, la plaza del Congreso, los alrededores de la estatua del Cid, pidiendo su renuncia, la del ministro de Economía, gritando contra Menem, contra Duhalde, contra todos los políticos, tuvieran o no que ver con el gobierno. Cavallo ya había renunciado a la tarde, y si De la Rúa, en vez de aferrarse a un poder imposible, hubiera hecho lo mismo, acaso nos habríamos ahorrado los muertos y el vandalismo final. Al principio, la manifestación de protesta fue una especie de fiesta pacífica, un acto de desobediencia festiva. Una ficción muy del tipo clase media. Gente que golpeaba cacerolas, rimaba malas palabras y hacía flamear banderas argentinas. Hasta que la policía recibió la orden de reprimir en Plaza de Mayo, y reprimió, de manera indiscriminada y salvaje. Casi treinta muertos, cientos y cientos de heridos, miles de presos. Por la madrugada ya era el caos. Mientras la policía apaleaba y gaseaba a la gente en la Plaza, se desató una ola de vandalismo en distintos lugares de Buenos Aires: a una cuadra de casa, sin ir más lejos. Fueron quemados bancos, saqueados comercios de cualquier tipo —McDonald's, negocios de computación, de música— y éstos ya no eran los hambrientos de la mañana ni los ahorristas de la Plaza: era cualquiera, por puro placer de destruir, y contra lo que fuera.

Desde hace dos días hay un nuevo gobierno. Se prometió no pagar la deuda externa —locura demasiado buena para que suceda— y crear un millón de puestos de trabajo. Esto último suena a disparate, pero, si realmente NO se pagara la deuda, parecería vagamente posible. En suma, que el primer discurso de Rodríguez Saá fue inteligente en el sentido demagógico de la palabra; fue, por lo menos, el que una parte de los argentinos quería oír. Que pueda o lo dejen hacer lo que se propone (o lo que prometió) es otra cosa.

Con Sylvia pasamos la Navidad, solos, en casa. Segunda Navidad del gato Demetrio.

diciembre 26

Anoche, es decir la noche del 25, leí *Sin rumbo* de Cambaceres. Su mejor libro, sin duda. Mucho mejor de lo que esperaba, después de mi experiencia con *Silbidos de un vago.* Más tarde intenté leer *En la sangre.* Definitivamente insoportable. Prosa rítmica, absurda. Todas esas frases jadeantes y construidas al revés. Un libro cargado de estupidez y xenofobia.

Sin rumbo, en cambio, me impresionó. La escena de la esquila es excelente. El cruce del riacho desbordado y la expectativa que se crea cuando Andrés quiere conocer a su hija también. La descripción del parto en boca de la comadrona tiene una fuerza terrible. Las escenas en Buenos Aires son creíbles y, a veces, hasta tienen sentido del humor. *Questa non è una banda di musica* —dice un italiano en el Colón—*, questa è una banda di assassini.* El final, imposible. Ese haraquiri en cruz y el acto de arrancarse además las tripas, no sé, me dan la impresión de que ahí Cambaceres quería asustarse a sí mismo, y quizá lo consiguió.

De hecho, con todas sus fealdades y su Schopenhauer de club, un libro infinitamente superior a *Silbidos* y a
En la sangre.

No sé por qué le llaman realista a Cambaceres, e incluso: "creador" de la literatura realista argentina. En sus mejores momentos es un discípulo menor del naturalismo de Zola; en los peores, ni siquiera es escritor.

diciembre 30

El 29 a la madrugada, un nuevo y formidable estallido social. En la tarde del 28 la gente indignada por no poder viajar, incendió un tren en la estación del Once. Hacia medianoche —y sin que tuviera que ver con este hecho, que la mayoría ignoraba— toda la clase media de Buenos Aires salió a las calles, golpeando cacerolas, pidiendo la renuncia del asesor de gabinete, Carlos Grosso (un día de éstos, si recupero el humor, voy a tener que hablar de mi ex amigo Carlitos

Grosso: parece mentira pero este personaje perteneció a *El Escarabajo de Oro*, cuando tenía veintidós o veintitrés años), la de Manzano, la de la Suprema Corte. También protestaban contra toda la cúpula sindical —la rebelde y la oficial— y, por supuesto, pedían estúpidamente que se liberaran las cuentas bancarias y los plazos fijos. Mucho me temo que lo que he puesto en último término sea, en esencia, el primero. O que, sin éste, los otros quizá no hubieran bastado para sacar a la gente a la calle. ¿Por qué nadie les dice que ningún banco del mundo puede devolver todo el dinero depositado, que ese dinero nunca existe en la realidad? Más tarde, otro caos como el del día 20. Un grupo de dementes —edad promedio, veinte años— rompió e incendió todo lo que se le puso a tiro. No podían ser más de doscientos. Esta vez, ellos visiblemente provocaron a la policía, que no intervino hasta que las cosas se pusieron realmente alarmantes. Querían la represión: estaban allí para que reprimieran, sabe Dios organizados por quién. No era *la izquierda*, como sugirió al pasar un periodista. Acá no había ninguna izquierda; había masivamente, al principio, clase media ahorrista y, al final, lumpen infiltrado. No pobres: lumpen. Uno llevaba un barroco tatuaje que le abarcaba toda la espalda, y esas decorativas artesanías no se consiguen gratis. Como no se consiguen gratis la droga y el alcohol que más de uno tenía encima. Vi a un grupo de diez o quince atacar a puntapiés y pedradas a un policía caído, *que era defendido por otros manifestantes*. Los mismos que golpeaban al policía, agredían también a la gente de la manifestación. En otras palabras, una locura. Entraron en el Congreso, o peor, alguien les abrió desde dentro las puertas del Congreso, e incendiaron y destrozaron lo que quisieron.

El revés de la moneda: esa misma madrugada, en el barrio de Floresta, un ex policía mató en un bar a tres muchachos que estaban mirando todo esto por televisión. Sencillamente sacó la pistola y los mató a quemarropa a los tres. Resultado: ayer a la tarde, el barrio entero se lanzó contra la comisaría de la zona con palos y piedras. Todavía están.

diciembre 31

Esto es como el cuento de la Buena Pipa. Renunció Rodríguez Saá, es decir, el presidente provisional de la Nación. Según declaró en su renuncia, la interna peronista, o sea, la interna de *su propio* partido le impedía gobernar. Y en parte es verdad. En la tarde del 30 había convocado a una reunión de gobernadores de provincia y sólo lo acompañaron seis de los veinticuatro. Sin contar que la gente organizó, o alguien organizó para la gente, un "cacerolazo" de repudio a *todo* en la misma puerta de la casa de Chapadmalal donde estaban reunidos. También le impidió gobernar, por supuesto, su inconsciencia al nombrar a Grosso, a Manzano y algún otro delincuente del viejo *staff*. Inmediatamente después renunció el presidente del Senado; por lo tanto, ahora deberá asumir provisoriamente un tal Camaño, de diputados. El día primero, a más tardar el dos, nueva reunión de la "honorable" Asamblea Legislativa, para elegir otro presidente, que será el quinto en menos de dos semanas.

La Argentina es una ópera bufa, un mal sainete, un cachivache a escala Brobdignac. Lo que no sería grave si unos 15 millones de personas no estuvieran, literalmente, desesperadas por la pobreza y la miseria.

Este año empezó mal para mí, y termina mal para mí y para todo el país. Me da vergüenza ser argentino.

Otras páginas

DÍAS CON HUELLA

Vuelvo enseguida, dijo Dylan Thomas. Había pasado toda la tarde encerrado con Liz, su amante americana, en un cuarto de hotel, al fin de una borrachera colosal de tres días; la noche anterior ya había tenido la fortuna poética de ver un ratón, tal vez una rata. Salió, entró en un bar, pidió dieciocho whiskys puros y se los bebió; al regresar le dijo a la chica, que si no estaba equivocado, acababa de batir un récord. Murió cinco días más tarde, envuelto en los fulgores y el caos de un *delirium tremens*. Poe, sobrio, salió de Richmond y desembarcó en Baltimore el 2 de octubre de 1849; algo sucedió en ese trayecto y en los días siguientes, nadie sabe qué. El 7 agonizaba como si naufragara en una cama de hospital clamando por su alma y llamando a gritos al explorador Reynolds, el navegante que llegó al Polo. Malcolm Lowry reunió a unos amigos y les comunicó solemnemente que no volvería a beber: alzó un vaso y brindó. Murió en el acto, de un infarto alcohólico. Las dos primeras anécdotas son más o menos verídicas; la última es bellamente falsa. Lowry se suicidó, a solas, después de una pelea con su mujer. En cuanto a Poe, el médico jefe del Washington Medical College dictaminó que había muerto de frío y de hambre. Pero ya se sabe que una anécdota biográfica no tiene por qué ser fiel, basta con que se parezca a su protagonista. La oreja cortada de Van Gogh, el opio de De Quincey, la delincuencia y la homosexualidad de Genet, los alucinógenos de Artaud, son otras formas de una misma leyenda: la enfermedad esencial del gran artista, su fragilidad esencial. Yo creo más bien que hablan de su salud. Si, como seguramente pensaba Nietzsche, la salud y la cordura se miden por la cantidad de enfermedad y locura que podemos soportar, la vida de ciertos hombres asombra por su vigor. Me emborraché por primera vez a los cinco años, confesaba Jack London. Hay que tener el hígado, el corazón, el cerebro y algunos otros órganos muy bien puestos para

sobrevivir a ciertas dietas.

Buscar una explicación al alcoholismo de algunos grandes artistas es psicoanálisis o tautología. Vale tanto como preguntarse por qué estos hombres, antes de ser alcohólicos, ya habían elegido el mundo imaginario de la literatura o el arte en vez de dedicarse a la política o a los negocios. (No descarto el hecho de que estos mundos también son algo irreales y que en ellos se bebe fuerte, paro hago una distinción tal vez aristocrática entre un alcohólico y un mero borracho con poder.) De cualquier modo, existe un problema más importante que el vínculo entre la creación estética y el alcoholismo. El del alcoholismo a secas; el del alcoholismo como problema ético de la sociedad.

Ya lo escribí en otro lugar. En la Argentina existen unos dos millones de alcohólicos. Y no se trata de dos millones de juerguistas, sino de dos millones de enfermos. El alcohol en un país subalimentado como el nuestro, mata e inutiliza más gente que el mal de Chagas, el cáncer o el sida. Sólo que hay enfermedades y enfermedades. El alcoholismo es una enfermedad cultural, adquirida por hábito y, como el hambre, como el analfabetismo, fomentada por el poder. Hace unos años, en los no tan remotos pero cada día más evanescentes tiempos de la dictadura, una psicoanalista amiga imaginó un estudio sobre las adicciones en la Argentina. Habló con un coronel, interventor de una bodega (la analogía inversa surge sola, un bodeguero o un ebrio comandando una división de tanques, y puede darse en nuestra realidad). Mi amiga planteó científicamente el problema. El coronel respondió que no permitía ninguna investigación. También le preguntó si no se daba cuenta de que a la bodega, y tal vez a la economía del país, le convenía que hubiese alcohólicos. No sé qué pensará este patriota de la lepra o la elefantiasis, pero sospecho que puede también encontrarles utilidad nacional, siquiera para ejercitar la puntería.

Llegado a este punto, debo hacer una aclaración. También la he hecho otra vez: mi intención no es moral, es ética, y entiendo por ética la ley que rige a la especie, no al individuo. El alcoholismo o la droga, pensados individualmente, no me conmueven ni me alarman. Cada

hombre tiene la libertad y hasta el deber de elegir su propia vida, y, en todo caso, tiene el derecho de matarse como mejor le parezca. No me gusta repetirme textualmente pero, si quiero ser breve, no veo otro camino. El alcoholismo al que aludo es el de ese doble millón de argentinos cuyo número abruma como la cifra de un campo de concentración. De modo análogo, cuando escribo la palabra droga no pienso en el ajenjo de Baudelaire, en las anfetaminas de Sartre, en la cocaína de Freud o en los melodiosos jeringazos de la Holliday; sino en el chico que mete la cabeza en la bolsita de pegamento, en las muchachas y muchachos imbecilizados y prostituidos por los cafishios de la locura. Es en esta zona donde el alcohol adquiere su exacta dimensión de infierno.

Lo otro, mi experiencia personal del alcoholismo, pertenece al mito, a la leyenda negra del escritor y, en más de un sentido, mal o bien pertenece a la literatura. Lo otro es el mundo agónico y espléndido que conozco como novelista que abrió una puerta vedada y volvió de allá con un libro bajo el brazo. De eso ya he hablado hasta el narcisismo en *El que tiene sed*. Me han dicho que esa novela justifica el infierno privado que le dio origen. Cuando yo tenía veinte años me hubiera gustado creer ese tipo de estupidez. Hoy sé que nada, y mucho menos una obra estética, justifica el haber vivido o vivir como un animal. No creo en las leyendas del artista loco o sonámbulo. Sé, y lo sé positivamente, que nadie escribe borracho de veras, como nadie escribe si está haciendo el amor o cualquier otra cosa. En ciertos seres privilegiados, el alcohol, la droga, la locura, son ocasionalmente el precio de una obra que, como todas las obras del hombre, es perecedera y no valía tanta pena; pero aun para escribir sobre estos temas hace falta lucidez y sobriedad. Lo que quiero decir, en suma, es que en la Argentina hay dos millones de enfermos alcohólicos, no dos millones de poetas malditos.

1 Cfr. “La Cosa”, *El espejo que tiembla*, 2005. [N. de E.]

2 Herbert Read, *Anarquía y orden*, p. 18. [N. de E.]

3 Adolfo Bioy Casares, *Descanso de caminantes.* [N. de E.]

2002

enero 2

No me gustaría que estas anotaciones casi demasiado políticas estuvieran inconscientemente influidas por mi comentario al Diario de Bioy Casares, cuando me pregunté en qué mundo vivía Bioy durante la dictadura.

Como sea, el caso es que, anoche, Duhalde fue elegido Presidente por la Asamblea Legislativa. A la tarde, hubo un enfrentamiento brutal entre una mínima manifestación de la izquierda y un grupo, algo más considerable, de peronistas de La Matanza. Los insultos a la izquierda, desoladores. “Zurdos hijos de puta”, “zurdos putos”, eran las consignas. Después, una salvajada. Piedras y palos. Una guerra civil en miniatura. Hacia medianoche, cuando Duhalde todavía no había terminado su discurso, es decir, sin saber nadie siquiera qué se proponía, empezó un nuevo cacerolazo de la clase media. Fueron acercándose al Congreso repudiando a toda la dirigencia política, a la Corte Suprema, pidiendo a gritos, absurdamente, elecciones inmediatas. Una mujer enloquecida proponía que se votara el domingo que viene; el expediente: poner en las urnas una fotocopia del documento de identidad, la firma, y el nombre del candidato. Para entonces la policía había cercado y rodeado el Congreso y no hubo incidentes. O eso creo. Si alguien no consigue aplacar los ánimos de la gente —o si no pasa pronto el verano— Buenos Aires va a ser el Ágora de los locos. Sin dinero, sin posibilidades de tomar vacaciones, enferma de calor y de miedo a perder sus ahorros, la clase media porteña ha descubierto la democracia directa. Un hombre, con bastante lógica, debo admitirlo, proponía lo siguiente: Que los

políticos vinieran a juntarse con ellos y el que se salvara de la paliza asumiera la presidencia del país...

Los dirigentes sindicales, por supuesto, mudos. Hace unos días se abrazaban con Rodríguez Saá y cantaban la Marcha Peronista; ahora, ya no saben dónde están parados. Ni siquiera tienen motivos (suponiendo que tuvieran fuerza moral) para movilizar a los trabajadores. Si lo hicieran, nadie les haría caso. La clase media, por su parte, se moviliza sola, antes de que ellos terminen de pensar. Los obreros es como si no existieran. Esto no es una "patriada" ni una "pueblada", como sueñan los trotskistas: es un carnaval siniestro. Sin una organización de trabajadores con peso real, sin líderes, sin ningún propósito social claro, todo es sencillamente gritos y cacerolazos. Lo que no comprenden los repentinos patriotas de las cacerolas y los plazos fijos es que, tal como están las cosas, detrás pueden venir otra vez los muertos.

Nota Bene. Digo trotskistas porque los comunistas argentinos ya no sueñan, ya ni siquiera existen, si es que alguna vez existieron. Se han desvanecido en el aire, como vaticinó Marx sin imaginar que hablaba de ellos.

Hace ya un año, murió tía Lilia.

Mientras tanto, yo hago apuntes mentales para *Los ángeles azules.* Apuntes culpables y probablemente inútiles. Por momentos, sobre todo cuando estoy leyendo en la cama, me parece que esa historia es posible, pero quizá sea, también en mi caso, un síntoma de locura, una manera de no querer pensar en la realidad que vivimos.

enero 5

El 2 salió en *Il Manifesto*, de Italia, a toda página, la carta —el largo e-mail— que le escribí a Claudio Cinti para Navidad sobre la situación argentina. Quizá más tarde la intercale en italiano, para no perderla. No me quedó el original.[1]

También me mandaron la traducción de *El Evangelio según Van Hutten*: según Claudio, es bellísima.

El país, igual. Van a devaluar el peso y ya admitieron que se pesifican todas las cuentas bancarias —cuentas corrientes, cajas de ahorro, plazos fijos—, lo que seguramente va a ocasionar un caos.

Releyendo a Camus y a Sartre. Como para saber quién era yo cuando era adolescente.

enero 6

Anoche fue noche de Reyes. Que yo sepa, nadie se acordó. Los diputados se reunieron durante doce horas para aprobar el proyecto de ley que devalúa el peso y congela por dos años los ahorros, *etc.* Hoy se reúnen los senadores y, por supuesto, la ley se aprueba. Mala o buena, no les queda otra opción. Básicamente, todo sigue igual, o sea, sin soluciones inmediatas (por otra parte imposibles) a ninguno de los problemas de los desocupados y los hambrientos.

Llovió de manera descomunal los últimos dos días. Tengo la sospecha de que eso aplacó bastante los ánimos de la clase media y benefició al gobierno.

Los días que faltan hasta el final del mes van a ser decisivos.

Volví a leer, después de tantos años, *La edad de la razón.* Siempre me asombra la belleza de ciertas metáforas y descripciones de Sartre. Ganado por la violencia de los temas y por la fuerza de los personajes, uno no se da cuenta de que esas ráfagas espléndidas están ahí.

Creo que alguna vez ya lo anoté: en mi adolescencia, Ivich me parecía fascinante; estaba casi enamorado de ella. Hoy me resulta insoportable. No como personaje, ya que es muy creíble y yo mismo he conocido a varias histéricas de esa especie, sino como persona. En suma: envejecí. Boris, en cambio, muy cómico. Lo incómodo de este libro, sobre todo al principio, son las demasiadas acotaciones que empastan los diálogos. Daniel, gran personaje.

enero 7

Copio la página que, con la carta de Claudio Cinti y mi respuesta, se publicó en el *Il Manifesto* de Italia:

Ad Abelardo Castillo e Sylvia Iparraguirre, Venezia, 23 dicembre 2001

Caro Abelardo, cara Sylvia,

sono molto dispiaciuto di tornare a scrivervi soltanto ora, in un momento così drammatico per il vostro paese. Peraltro, ciò che sta succedendo in Argentina non può lasciarci indifferenti; ma che cosa sta succedendo veramente? Giudico che l'informazione, in Europa, sia alquanto scarsa e insufficiente; inoltre il livello delle "analisi" che si stanno elaborando ci lascia perplessi e spaventati. Vi sto parlando di "noi" poiché molti amici di varie organizzazioni italiane si stanno interrogando al pari di me. A tale proposito, l'idea di costruire una rete —formata da Ong, istituzioni di finanza etica e forse banche private— per sollecitare il governo italiano a prendere iniziative concrete. Così come ha scritto Abelardo, si tratta della vita del popolo argentino. Bisognerebbe, allora, dare impulso anche a una diffusione di informazioni e opinioni che procedano direttamente dal vostro paese. Vi proporrei di cominciare a scrivere qualcosa. Tenteremmo di farlo pubblicare su quotidiani o riviste che abbiano "ascolto" nazionale. (...).

Rimango in attesa di vostre notizie.

Un abbraccio,

[…]

enero 19

Sigue el caos. Se sospecha, o se sabe casi con seguridad, que cuatro o cinco bancos consiguieron sacar del país, unos días antes de la renuncia de De la Rúa y Cavallo —o lo que es lo mismo, *informados* por ese gobierno—, veinte o treinta mil millones de dólares. La investigación la lleva adelante el juez Oyarbide, el mismo juez que hace un tiempo protagonizó un escándalo grotesco porque lo filmaron en un prostíbulo de hombres. Su sexualidad, por supuesto, no es lo importante, pero reconozcamos que tampoco lo ayuda mucho. Colas en las embajadas de gente que quiere salir de la Argentina: rumbo a España, a Italia y hasta a Polonia. Estallidos de todo tipo y en casi todo el país. El otro día, un enfrentamiento entre desocupados del Movimiento Clasista y Combativo, que iban a pedir comida al Mercado Central, y changarines del mercado. O lo que es igual: entre los que no tienen nada y los que apenas tienen. Palos y pedradas. Un muerto más. Hoy, otra manifestación que terminó en el incendio parcial de dos bancos. No más de diez o veinte encapuchados (¿enviados por quién?, ¿para qué?), con bombas molotov. La policía no intervino. Después, los encapuchados subieron tranquilamente a un colectivo 60 y, tranquilamente, se fueron.

Mientras tanto la clase media sigue hablando maniáticamente de sus plazos fijos y sus ahorros.

Sensación de tristeza, de dolor y de vergüenza. Y algo más, algo quizá mucho peor para mi conciencia: algo parecido a la repulsión.

enero 21

Leo, en un libro de Treviranus, un texto de Máximo Gorki escrito cuando la rebelión rusa de 1905 que, cambiando lo que hay que cambiar...[2] También, en el mismo libro, un fragmento del Diario del zar Nicolás cuando la sublevación del acorazado Potemkin. Habla de una tía que vino a visitarlo. De un paseo por el parque. De lo que comieron. En la línea final dice algo así como: “Me informan que se sublevaron los marineros del Potemkin. ¡Es increíble!”.

Hice por fin los análisis y fui al médico. Tengo, en efecto, un cálculo lo suficientemente considerable, y otros mínimos, en el riñón derecho. Mañana, a otro médico, para confirmar. Me tendrán que hacer, parece, algo que se llama litotricia, y que literalmente puede traducirse como “triturar la piedra”.

más tarde

“El hombre anda huyéndole al pensamiento”. Esta frase de Heidegger es muy impresionante.

febrero 8

Todo más o menos igual, sencillamente porque no puede estar peor. Las manifestaciones, los cacerolazos, las protestas, las declaraciones apocalípticas se han hecho tan frecuentes que, de seguir así, terminarán por no significar nada.

Irene Gruss me llama para contarme que no retirarán las subvenciones a los premios municipales. No puedo menos que sentirme aliviado y culpable al mismo tiempo. Primer problema de conciencia, diría Nietzsche. En este caso: saber lo que se siente y por qué se siente.

febrero 9

Hace un rato, una experiencia entre cómica y demencial. Desde unos días atrás alguien tocaba el timbre de casa a eso de las cinco de la mañana; cuando me asomaba al balcón nunca había nadie. Hoy se repitió, me asomo: dos muchachos y una chica desconocidos. Por suerte, Sylvia y su madre (que está pasando unos días con nosotros) no están en Buenos Aires. Digo por suerte porque eso me permitió hacer, sin alarmar a nadie, lo que hice después. Primero les hablé a gritos desde el balcón. Di por hecho que eran los mismos de días atrás, aunque ahora no estoy tan seguro. Sobre todo, di por hecho que uno de ellos debía ser un tipo que el año pasado me llamó por teléfono varias veces a casa, también a la madrugada. Cosa de la que ahora también dudo, porque el de esta noche se llamaba Javier y el del teléfono, si no me equivoco, tenía otro nombre. Desde el balcón les pregunto qué les pasa. La chica contesta por Javier, como para disculparlo. Dice que como él ha leído que me levanto a las cuatro de la tarde imagina que yo debía de estar despierto. Bueno, sí, estaba despierto pero eso no les daba derecho a tocarme el timbre a las cinco de la mañana. Javier: Sólo querían verme, hablar conmigo. Bueno, ya me vieron, ya hablaron, no me molesten más. Cierro la ventana y de pronto, sin pensarlo, me pongo una camisa y bajo a la calle. Los encuentro a la vuelta, sobre Pichincha. Uno de ellos por lo menos tenía bastante olor a alcohol, era el que (después supe) se llamaba Javier. Le repito que no tiene derecho a tocarme el timbre a la madrugada, etcétera. Me dice que me admira y que yo soy no sé qué cosa estupenda. Le digo que muchas gracias pero que, además, tengo muy mal carácter y que está loco si cree que puede asustar a mi mujer a esta hora, etcétera. Me dice, creo que por orgullo, que él también tiene mal carácter. Debe de tener, calculo, poco más de veinte años. Acá me enojo en serio, le grito unas cuantas cosas, se calma y me voy. Subo a casa. Pienso que los traté mal y, cuatro o cinco minutos después, bajo otra vez. Los veo sentados en un umbral, casi en la esquina de Rivadavia. “Ahí viene Abelardo”, dice la chica: ya somos casi de la misma pandilla. Le digo al chico si está borracho o es loco,

que en ese estado no puede andar tocando timbres y corriendo el riesgo de que lo lleven preso por idiota. La chica y el otro muchacho, muy razonables, dicen que de eso justamente estaban hablando. Le digo a mi lector que además ya estoy harto de que me toque el timbre o me llame. Se levanta de donde está, se sienta en el suelo frente a mí y me dice que es la primera vez que lo hace. Eso me desconcierta. Le pregunto cómo se llama: Javier. Le explico (todas estas conversaciones deben oírse, al menos de mi parte, en voz muy alta) que ya tuve problemas con otro anormal como él. Me dice que él sólo quería hablar conmigo, que una vez le había mandado poemas a no sé quién y que ni siquiera le contestaron. Le digo que yo no tengo nada que ver con eso, por si no se dio cuenta no sólo le contesté sino que bajé de mi casa dos veces. Cuando le repito que corre el riesgo de que lo lleven preso dice, con impúdica sinceridad alcohólica, que soy generoso. Le digo que si me admira lo mejor que puede hacer es dejarme escribir mis libros, y luego comprarlos o robarlos. Dice que eso es lo que hace. Insiste en algo: quiere compartir cosas conmigo, lo hace por cariño. Le pregunto la edad: va a cumplir 22. Le informo que yo voy a cumplir 67, le pregunto qué imagina que podemos compartir a esta altura de las cosas, si cree que podemos ir juntos a un festival de Charly García. Terminamos, a gritos, hablando de Rilke. Esto me llama la atención porque el otro, el que no se llamaba Javier, también hablaba de Rilke. Lo cita mal y le recuerdo el texto: “En la hora más serena de su noche…”. Creo que esta precisión los pone demasiado contentos a los tres y alcanzo a pensar que la cosa va mal, si eso sigue así no me los saco nunca más de encima, sobre todo porque ya he empezado a tenerles yo también un cierto género de cariño. Entonces, con toda la brutalidad que puedo, le recuerdo que Rilke le aconsejaba al joven poeta preguntarse si debía escribir, no ir, en la hora más profunda de su noche, a tocar el timbre de las personas que quería. Les doy la mano a los muchachos, le doy un beso a la chica y le aconsejo: “Vos, que parecés la más sensata, convencelo de que modere su locura o que la ponga en los libros que escriba”. Me vuelvo a casa.

Espero que esto sea el fin, no el principio, de una amistad entre dos seres incompatibles de dos incompatibles generaciones.

más tarde

Muy espectacular, muy teatral, eso de preguntarle a un muchacho de veinte años si no ha pensado que yo podía estar escribiendo. La verdad es que, "en la hora más serena de mi noche", yo estaba mirando una película de terror. *La mosca II*.

febrero 18

La locura argentina amaina, pero ¿cuánto y por cuánto tiempo? Necesito ponerme a escribir ficciones. Lo único que he hecho en estos días es publicar, en la revista *trespuntos*, un texto sobre la responsabilidad de los intelectuales. Trato de eludir los diarios y las noticias por TV. De tanto en tanto, sin embargo, se filtra hasta mí algún dato siniestro de la realidad: el objetivo indudable de los Estados Unidos es ahora atacar a Irak. Mientras tanto, sus aviones sobrevuelan Afganistán *y arrojan dólares*: un sobre con dos billetes de cien dólares y una fotografía de Bush. Dos veces por día. Israel, por su parte, sigue atacando sin piedad a los palestinos.

He releído a Pascal. Leo un libro (sorprendentemente bueno) de teología cristiana, con juicios objetivos sobre el marxismo y el existencialismo. Vuelvo a hojear *Viaje al fin de la noche*. ¿Henry Miller conocía a Céline?[3] Ciertas afinidades de tono son muy llamativas.

Necesito releer con atención *Opiniones de un payaso*. Supongo que todo esto *debería* estar relacionando con lo que intento escribir.

La idea que se me ocurrió el otro día acerca de lo que los creyentes llaman, desde la teología contemporánea, "libros revelados". Tratar de no olvidarla. Ahora estoy muy cansado para escribir sobre eso.

más tarde

De pronto una remota, y frecuente, experiencia. Soñar con una mujer quien, en la vida real, apenas se conoce y que no significa mucho para nosotros. En el sueño, esta mujer es conmovedora y casi perfecta y uno está enamorado de ella. Al despertar se la recupera tal como es, y la sensación del sueño se vuelve inexplicable. Un psicólogo quizá lo llamaría a esto una imagen encubridora: esa mujer se superpone, por alguna razón, a la mujer que realmente se ama. Pero no me convence del todo. Por qué encubrir una verdad agradable. Es más bien como si la del sueño fuera, en efecto, quien es, pero purificada por el sueño, esquematizada, construida sólo con sus virtudes.

Usarlo, tal vez, para Galatea.

Bien mirado, el amor, en la realidad, puede (por no decir suele) funcionar también de ese modo. Perfeccionamos la imagen del otro. Vemos sólo lo que queremos ver: soñamos despiertos.

Hoy, en la cola de un banco. Una mujer le decía a otra que este caos económico ya estaba profetizado por los ocultistas. Se avecinan, además, religiones satánicas. Desaparición de la Iglesia Católica. El Papa actual[4] también es el cumplimiento de una profecía: un Papa que viene del mundo comunista. Lo que falta ahora, decía, es el advenimiento del Papa Negro. Todo esto con absoluta naturalidad de ama de casa, sin ningún rasgo visible de locura, mientras esperaba su turno para hacer un trámite en una ventanilla, donde se comportó con mucha más normalidad y eficacia que yo.

febrero 27

Un sueño. Éste reciente, y no menos raro que el que recuerdo más arriba. Sueño con Sylvia. Es mi amante y viajamos juntos, de incógnito, a Tucumán. En el tren, una especie de camarote a la rusa, está también Demetrio, nuestro gato. Lo pasmoso es que en el sueño

yo también estoy casado con Sylvia, no con la que viaja en ese tren sino con una Sylvia idéntica —o mejor dicho la misma— que naturalmente no está en el tren. Llegamos a Tucumán. Sylvia lleva en todo momento a Demetrio en brazos. Llega un grupo de gente a recibirme. Entonces pienso que no sería nada raro que entre ellos esté David Lagmanovich, quien conoce a Sylvia, mi mujer, lo que podría poner en aprietos a esta Sylvia, que además es muy tímida. Tengo miedo de que Sylvia, incómoda, se vaya sola y yo no pueda encontrarla. Es de noche. Por alguna razón, aparece entre esa gente mi prima Nélida Castillo, tal como era cuando, de adolescentes, vivíamos en San Pedro. La llevo aparte y le digo: "Ponete al lado de esa chica, acompañala todo el tiempo y no te separes de ella: se llama Sylvia". Mi prima me mira con suspicacia, y yo le digo: "Vaya una por tantas", refiriéndome a algún favor de este tipo que yo le he hecho a ella, al menos en el mundo de los sueños. Después estamos alrededor de una gran mesa, cenando. Sylvia y yo debimos sentarnos separados, para disimular. Un tipo desagradable y enorme se sienta junto a ella. Su mero tamaño la molesta y, siempre aferrada a Demetrio, trata de separarse de él lo más posible. Momento en que pierdo la compostura y, sin importarme lo que piense nadie, provoco un pequeño escándalo y le digo al grandote que me deje sentar ahí. El tipo, para irse, pone como condición pulsear conmigo. Es agresivo e irónico. Pulseamos y le gano con sorprendente facilidad. Me despierto.

Con algún temor por su doble rol de amante y engañada le cuento el sueño a Sylvia. Le encanta. O las mujeres son incomprensibles o yo tengo demasiada conciencia culpable. Supongo que si ella me hubiera contado un sueño análogo yo, para empezar, me habría puesto celoso.

marzo 14

Esto sucedió a fines de febrero. Me encuentro con David Viñas en uno de esos bancos donde la gente se agolpa para comprar dólares. Íbamos con Sylvia a cobrar un cheque, a punto de vencer, que me mandaron de Barcelona por los derechos de *Israfel* en Checoslovaquia. Lo veo y, naturalmente, me acerco a saludarlo. Su reacción fue casi paranoica.

Se sintió molesto y puesto en evidencia como si lo hubiera sorprendido robándole a un ciego. Qué perfecto cretino, Dios mío. Seguramente pensó que su imagen de torvo revolucionario se desvanecía en semejante lugar. Como si él estuviera allí por mi culpa, lo que en parte era cierto: si yo no lo hubiera visto, él no habría estado, se habría vuelto inexistente para el mundo y sobre todo invisible para sí mismo. Dicho de otro modo: su ser en el Banco Piano se manifestaba como comprando dólares, a través de mí.

Días muy malos. E-mail de ...: lo que me pide es razonable, pero el tono... Tengo que arreglar este asunto en dos días, antes de irme a Ostende y a Mar del Plata por esas conferencias. Muy cansado otra vez. No he escrito una línea en meses. El país, en un inestable equilibrio que puede desembocar en caos.

marzo 27

Sesenta y siete años. La única ventaja de este cumpleaños es pensar que nunca me imaginé a esta edad.

abril 17

Dos o tres días después de mi cumpleaños, una angina que me tuvo en cama con fiebre más de diez días y me dejó mudo. Ayer me dieron una inyección de cortisona que no me ha hecho casi ningún efecto. Debo reconocer que me preocupa.

Emocional. Puede ser emocional, dijo la señora que me dio la inyección. Sí, también puede ser.

abril 18

El mes pasado, en Ostende. El mar no consigue impresionarme. Creo que, entre tantos opuestos tipos humanos, hay también el de los hombres que aman el mar (mujeres, sobre todo) y el de los que prefieren "la alta serenidad de la montaña".[5] Mi experiencia en cumbres es bastante imperfecta, pero recuerdo lo que sentí hace muchos años, en San Juan. Esto tal vez explique en parte mi fascinación por La Cumbrecita, que es como los Alpes en miniatura. En Ostende paramos en el mismo hotel donde Bioy y Silvina Ocampo escribieron *Los que aman, odian*, novela que leí por primera vez allí, y que ni a Sylvia ni a mí nos pareció en absoluto memorable, ni siquiera como policial. Que el asesino era el chico lo descubrí en cuanto el personaje apareció. Lo mejor de esos días fue el torneo internacional de ajedrez. La charla que di sobre el ajedrez y la literatura me ganó, al menos por una semana, la amistad de varios maestros de ajedrez (Giardelli, tipo encantador, el melancólico García Palermo, el inefable Cámpora), que iban a comprar mis cuentos a Pinamar o los buscaban por Internet. Volví a encontrarme con Bent Larsen, que en un tiempo fue uno de los tres o cuatro mejores ajedrecistas del mundo, pero que ahora parece un poco ajeno, un poco cansado. Tuvo un ataque cerebral, hace unos años, y aunque se recuperó muy bien, nunca ha vuelto a ser el formidable jugador que era. Su memoria permanece intacta. Conversamos mucho, él conversó. Sigue siendo uno de los pocos ajedrecistas con los que se puede hablar de casi todo. Sucedió algo (me sucedió algo) muy hermoso. Estábamos, aparte, los dos solos, analizando en el hall del hotel un final de torres de una de sus partidas y la jugada que le sugerí resultó ser correcta, o, por lo menos, mejor que la hecha por él en la partida, que fue tablas. Por alguna razón, nadie se atrevía a acercarse a nosotros, como es frecuente en estos casos. Nos miraban desde lejos. Supongo que por el inmenso prestigio ajedrecístico de Bent Larsen, que además no parece un hombre muy dado, y por mi condición de escritor. Cuando terminamos, un maestro joven me dijo:

—Era muy lindo verlos a vos y a Larsen, ahí, analizando juntos.

mayo 7

Quiero creer que, por fin, mejoré. Es la primera vez en no sé cuánto tiempo que dormí trece o catorce horas de un tirón. Ayer fue el primer día de todo este miserable último mes, que empezó en abril, en que me sentí bien. Pude ir a la Feria del Libro e, incluso, firmé unos cuantos ejemplares, cosa que siempre me sorprende como una especie de acontecimiento. El jueves pasado di el primer curso de este año, pero después de hablar (de más) unas cuatro horas, quedé mudo. Otra inyección de cortisona que, esta vez, parece haberme hecho algún efecto.

No fumo desde hace más de un mes. Ignoro cuánto puede durar este ascetismo, pero sospecho que, suponiendo que consiga dejar de fumar, va a costarme mucho trabajo.

Leí mucho. Único consuelo o compensación.

Lentamente, siento que me pongo en marcha hacia alguna parte. No sé del todo qué significa esto, pero sé que es así.

mayo 18

Schopenhauer atribuye a Pitágoras la frase: “Lo semejante conoce a su semejante”. ¿De quién es, finalmente?

He vuelto a fumar. Menos, pero... El problema es que escribir sin fumar me resulta imposible. Conseguí pasar en limpio y corregir dos cuentos viejos, “Pava” y “Cita en cualquier lugar”.[6] Intento reconstruir “El baldado”,[7] acercándolo a lo que *debió ser* su idea primitiva. Esa casa, en su origen, era la ruina de un suntuoso caserón. Que consiga o no hacer algo con eso, carece, en algún sentido, de importancia real. El asunto es empezar a escribir, y con los años he comprobado muchas veces que se puede empezar por cualquier parte.

Tu sensación actual es más o menos ésta: *borrón y cuenta nueva.* Lo que también más o menos significaría un cambio total de tu relación con el mundo.

Dormí dieciocho horas seguidas. El jueves, o sea anteayer, me hicieron el famoso análisis de riñón que, mucho me temo, debí haberme hecho hace años. Pensé que iba a ser peor. Sólo resultó largo, alrededor de dos horas: una de esas radiografías seriadas que incluyen una inyección como de yodo y mermelada en la vena del brazo. El resultado lo sabré dentro de una semana, pero, de todas maneras, es un hecho que el cálculo está ahí y que mide algo más de un centímetro. Estoy decidido a que me lo destruyan de cualquier modo.

Sueños extraordinarios, de esos que los demás llaman pesadillas. En uno había una cama con una pareja espantosa de ancianos, una mujer y un hombre, con los ojos muy abiertos y blancos, con los iris plateados. Estaban sentados en esa cama. Eran ciegos. Ocurría en una de las habitaciones de la vieja casa de mis abuelos, en San Pedro. Es todo lo que recuerdo. El otro, sencillamente, sucedía en un lugar extraño, pero no físicamente aterrador, que, según me di cuenta en algún momento, era el infierno.

Ése lo recuerdo perfectamente. Quizá lo anote después. También sucedía en San Pedro.

junio 24

Un mes sin anotar nada.

Supongo que, por lo menos hasta donde era posible, corregí “El baldado”. Tengo problemas con el final, pero lo voy a resolver. Debo considerarlo —me refiero a todo el cuento, tal como quedó— como

una primera versión final.

Leí mucho, gracias a estas dos gripes sucesivas. Entre otras cosas, releí todo el ciclo de la condena y muerte de Sócrates de los *Diálogos* de Platón: *Eutifrón, Apología, Critón, Fedón*, que efectivamente pueden y quizá deberían leerse en ciclo, como una novela o como un gran drama teatral. El mes pasado (primera gripe) había empezado con los trágicos. Me los interrumpió la salud, y, cuando iba a retomarlos, me decidí a leer una vez más *La náusea*, lápiz en mano, con el propósito de hablar de Sartre en los talleres. Esta vez la leí de "mala fe", buscándole todos sus defectos, y, como era lógico, no tuve más remedio que encontrarlos. No obstante, la novela permanece intacta. Después, cuentos argentinos y, al azar, Proust.

Tengo las piernas heladas. Me vuelvo a la cama.

junio 30

Schopenhauer se equivoca. Veo que en mayo anoté que él atribuye a Pitágoras la frase, que casi todo el mundo (yo incluido) suele atribuir a casi todo el mundo, sobre que lo semejante conoce a lo semejante. Por supuesto, es una idea de Empédocles. Debí saberlo y hasta sé que en alguna época lo sabía. Tanto es de Empédocles que su teoría de los símiles se considera, tal vez con algún delirio, como el origen de la homeopatía. Lo anoto para fijarlo de una vez por todas, aunque Poe decía que el mejor método para olvidarse definitivamente de algo es anotarlo.

Stricto sensu: otro mes vacío.

julio 9

Día de la Independencia. Es una broma siniestra celebrar esta fecha en la Argentina actual.

Hace unos diez días me hicieron por fin la litotricia (lito: piedra; tricia: destruir o quizá triturar). Mínima tortura que consiste en una serie de descargas de ondas electromagnéticas sobre mi cálculo renal. Lo peor de todo, el disfraz. Una especie de delantal sobre el cuerpo desnudo, un gorrito, unas pantuflas. Todo de papel blanco, o de algo parecido al papel. El formidable aparato tiene también un nombre formidable: litotrictor. Tic, tic, tic, y una sucesión de puntadas en la espalda. Media hora. Después de eso, lo llevan a uno en un carrito hasta donde lo espera su mujer, quien (... lo que atares en la Tierra...) sonríe como siempre y hace de cuenta que uno llega, a caballo y acorazado en una armadura, de combatir por ella con algún gigante.

julio 10

Siempre me preocupó haberle dicho tan suelto de cuerpo a María Fasce, en *El oficio de mentir*, que la famosa frase de Camus sobre el suicidio es ajena. Estaba seguro de que básicamente es ajena, pero de quién. Tenía tendencia a "recordar" que André Gide, en el Diario, cita algo muy parecido de Paul Claudel. Busqué en el índice de nombres de ese libro todas las referencias a Claudel, que más bien son muchas, y las recorrí maniáticamente, una por una. Claudel —dicho sea de paso: uno de los personajes reales mejor pintados por Gide, y uno de los más cómicos y aplastantes— parece haber pronunciado todo tipo de frases, menos ésa. Entonces pensé en Gabriel Marcel. Menos mal que Gide habla de Marcel sólo dos veces en su diario. Tampoco la encontré. Esto fue hace por lo menos un año. Hasta que anoche, en la cama, leyendo *Et nunc manet in te* tuve una iluminación. Me levanté como sonámbulo y fui derecho a la *Historia general de la filosofía* de García Venturini, que está en la biblioteca del dormitorio. El libro, como suele ocurrir en estos casos, se abrió *solo* en las páginas dedicadas a Gabriel Marcel. Allí estaba. Dice Marcel: "El suicidio es el punto de partida de toda metafísica genuina".

nueve de la mañana

Buscando, desde las cuatro de la madrugada, unos papeles que no necesito demasiado y que naturalmente no aparecieron, encuentro una serie de cosas que no buscaba, pero sobre todo ésta:

Desnuda
en la cocina
acaricio mi gato
mientras me golpea la palabra
eternidad.

Es un poema de Sylvia. Dice “Para Abe”. Lo escribió hace años, tal vez cuando vivíamos en Pueyrredón. El gato es Agustín. Creí que no volvería a encontrarlo. Lo copio acá para que esta vez, si desaparece, desaparezca conmigo.

Cinco de la tarde.

Hasta ayer no había leído *Et nunc manet in te*. Es el texto más conmovedor de André Gide. El único *conmovedor*. O para decir todo lo que siento: es una de las confesiones más implacables que se han escrito nunca. Se puede pensar cualquier cosa de la sinceridad de este hombre, pero no se puede dudar de su dolor ni de su amor terrible por Madeleine, y no escribo esos adjetivos al azar. *Et nunc manet in te* es implacable y el amor de Gide por su mujer era terrible. El mismo Gide fue quizá un monstruo —probablemente nunca se acostó con Madeleine, era homosexual y ella lo sabía, él tuvo sin embargo una hija con otra mujer—, pero ningún hombre puede escribir páginas como ésas si no está padeciendo cada palabra como una agonía.

Leía y me iba reconciliando con Gide a medida que lo sentía un canalla. Por supuesto, quien más sufrió allí, humanamente hablando, fue Madeleine. Pero cuando Gide se quedó sin ella fue como si el infierno se abriera ante él. Ese matrimonio estaba edificado sobre la locura.

julio 15

Los ángeles azules. Encuentros del narrador con Galatea: una hora o dos cada tantos días. Esos días ella puede quedarse más tiempo porque, en la casa, no conocen con exactitud los horarios del Liceo, de ciertas clases. Pensar bien cómo solucionar esto.

Su ropa. Su "mal gusto". Su forma de hablar. Él la va educando sutilmente, con ejemplos casuales, con alusiones, repitiendo correctamente palabras que ella ha utilizado mal, *etc.* Un día ella le dice:

—Me visto mal, ¿no es cierto?

Esto porque él le ha contado algo parecido a lo que hacía yo mismo en la adolescencia: vestir con la imaginación a cierta gente. (Buscar mi cuaderno 1956 o 1957). Él se lo ha contado sin doble intención, por compartir algo, pero ella adivina o presume lo que hay debajo de eso y es entonces cuando le pregunta "me visto mal".

Ella confiesa, con candor, que no se lo imagina joven. Lo cual (tema de la vejez, etcétera) resulta de pronto bastante molesto.

Pese a su condición, ella tiene las arbitrariedades, caprichos y rarezas de todas las mujeres que él ha conocido.

La edad. Él le dice: "Dentro de cinco años vos vas a tener veintisiete" y ella responde más o menos como Ivich en *La edad de la razón*. Buscarlo.

Visita de ella a la casa: el asombro ante sus muchos libros. “¿Los leyó a todos?” La pregunta es conmovedoramente ingenua. Y difícil de responder. Si le decía que no, ella probablemente se decepcionaría. Si le decía que sí, le mentiría. Si le decía la verdad (“casi todos”), la abrumaría.

Encuentro lo que está ahí arriba, anotado a mano, en un bloc que tenía junto a la cama cuando la primera gripe. También hay otros apuntes telegráficos sobre “La chica de la cartera de rafia” y el tema para un relato sobre una anécdota que narra Güiraldes. Ideal (mejorándola) para atribuírsela a Laureano.[8] No, por supuesto, para agregarlo a *Crónica*: para escribir con él un cuento autónomo.

julio 16

“La chica de la cartera de rafia”. Siempre quise escribir un cuento con ese título, sin tener la menor idea sobre cuál sería su tema. Basarlo en aquella experiencia mía de 1994, la noche que perdí la memoria durante quince minutos y me encontré caminando solo por San Telmo, después del golpe que me di al salir de ese sótano literario donde habíamos dado una charla con Liliana y Battista. Está anotado en este diario, creo. Un papel que encontré dice: “Con el tono de *Los ídolos*[9] o de Henry James”. O sea que el protagonista debe ser un escritor. Pero no debe narrarlo él, sino alguien que conoce a medias la historia. Ver “La puerta en el muro”, de Wells. La otra historia, la de Güiraldes, está en sus cuentos breves. El general (Facundo Quiroga) que es desobedecido delante de todos por un soldado porque su mujer, la del soldado, está presente. Que algo así le ocurra a Laureano. Conservar el posterior encuentro a solas entre los dos hombres, pero sin la histérica brutalidad y la poca grandeza de la reacción de Quiroga, sospechosamente tardía para mi gusto. En la anécdota de Güiraldes, que me suena muy apócrifa, Facundo parece no haberse animado a castigar al otro en el mismo momento en que fue desobedecido. Hay que justificar el porqué de esa tardanza. Debe ser el propio Laureano

quien se da cuenta de que ahí está la mujer. Cuando están solos y el viejo lo desafía a que repita ahora lo que ha dicho y lo convida a pelear, el gaucho no acepta. Pero no por cobardía. Le dice algo así como: “Si usted me mata peliando, general, no mata a nadie; pero si yo lo mato a usted, cometo un crimen contra la Confederación. Yo a usted no lo peleo. Fusíleme, si quiere”. Laureano lo nombra su lugarteniente.

julio 21

Como siempre que salto de un estado de casi inerte acidia, por no llamarla idiotez, a la convicción de que todavía puedo escribir algo que valga la pena, las ideas se atropellan en mi cabeza y descubro que no es que me falten, sino que me sobran proyectos, y eso es paralizante. El libro de ensayos, los cuentos, *Los ángeles azules*, hasta el Brand, incluso este mismo diario. Todo me reclama al mismo tiempo. O aprendo a trabajar en todo al mismo tiempo, o aprendo a hacer una sola cosa por vez, y sólo ésa. Lo difícil, lo verdaderamente difícil, es comenzar por admitir que la palabra aprender, a los sesenta y siete años, tiene todavía sentido.

Hasta hace unos minutos estaba leyendo *Otelo*, en la cama. No me levanté para anotar lo anterior sino lo que sigue. La primera escena del segundo acto, cuando Desdémona le pide a Yago que hable sobre las mujeres, es prodigiosamente insensata. ¿Cómo es posible que, mientras todos, y en particular ella, están temiendo que el moro haya naufragado, se produzca semejante diálogo? Desdémona, por supuesto, antes ha dicho que está alarmada y que por eso mismo juega a ser frívola, pero únicamente a Shakespeare se le podía ocurrir semejante excusa. En la obra, Desdémona *lo dice*; pero debería *pensarlo*. El único modo de aceptar eso es imaginarlo como un aparte... Y tal vez lo era.

agosto 5, tres de la mañana

Para *Los ángeles azules*. Ver enero de 2000.

La mínima teoría de que el espacio opera como el tiempo, del doctor Golo, desarrollada por Gulko, el búlgaro.

agosto 15

Leo *Las leyes de la noche*, de Murena. Inmenso, inmenso tedio. Me quedo con sus ensayos. Qué mal escribía novelas ese hombre. Su estilo indirecto es antediluviano y además, ilegible. Los personajes "descienden las escaleras", tienen ojos "cerúleos y húmedos". La novela avanza gracias al giro "un día", que lo inmoviliza todo y lo diluye en la imprecisión. Usa este tipo de construcciones: "Iban a tomar sol y a almorzar a determinados pueblos próximos a Buenos Aires". ¿Qué sentido tiene esta vaguedad? ¿Qué pueblos son ésos, y por qué, sin embargo, son "determinados"? Escribe: "Parecía querer decir que sabía mejor que su hija qué les sucedía, qué podía llegarles a suceder". Ocho verbos en dos líneas. Basta para mí.

agosto 23

Más o menos un mes sin escribir nada: lo último fue el brevísimo capítulo cuatro. Sigo sintiendo que ese libro, si es lícito llamarlo libro, es posible e imposible al mismo tiempo.

agosto 24

"Descubro" en estos días, gracias a Juan Forn, a un escritor notable: Giorgio Pressburger, un judío húngaro que se exilió en Italia después de la invasión soviética en la época de Stalin. No he leído de él otra cosa que este libro de relatos, *La ley de los espacios en blanco.* Hay allí

una historia infernal: “Vera”.

Anoche, muerto de sueño, le pedí a Sylvia que me leyera en voz alta el principio de “Midelienzo” (Josthomer) de Tolstói y que después lo siguiera para ella. Como conozco desde los veinticinco años ese hermoso relato, creí que me dormiría, arrullado por Tolstói, a la primera página, y por otra parte ésa era mi intención. Unos minutos después estaba despierto como si me hubieran resucitado. Nunca hubo un escritor como Tolstói. Más tarde, ya insomne, releí por centésima vez los primeros capítulos de *Guerra y Paz*. Toda esa reunión en los salones de Ana Pavlovna, el diálogo entre Pedro y Andrei, en casa de Andrei, el capítulo posterior del oso, la apuesta en la ventana: quién puede olvidarse de esas páginas. Que Pedro le prometa solemnemente a Andrei no ir a encontrarse con sus amigos y que sea eso, precisamente, lo primero que haga al salir de su casa... Uno tiene la impresión de que sólo un ruso es capaz de actuar así. El Mitia de Dostoievski hubiera hecho exactamente lo mismo, justificándose tal vez con argumentos idénticos. De inmediato, la aparición imborrable de Natascha.

Me despierto hoy a la tarde, abro en cualquier parte el primer tomo de sus *Obras escogidas*, leo de un tirón la escena de la sesión espiritista de una de sus obras de teatro, que no conocía y de la que ni siquiera ahora recuerdo el nombre. Ese acto pudo escribirlo Chéjov. No es una gran escena dramática, es sencillamente *una escena*. Inesperadamente cómica. En ese momento sentí lo que escribo más arriba: nunca hubo un escritor como Tolstói. Hacía bien hasta lo que “no sabía” (el teatro) ni le importaba demasiado hacer.

Tolstói empieza a escribir teatro alrededor de los sesenta años, después de una enfermedad que lo tuvo en cama leyendo a Shakespeare, a Goethe y a no sé quién más. Lo que más le interesaba del género, al parecer, es su utilidad para transmitir ideas.

septiembre 4

Ocho de la mañana. Recordar la frase de Bobby Fischer, sobre Najdorf, que me contó en Ostende Sergio Giardelli.[10] Vale para la literatura.

septiembre 7

Dentro de un rato, a las siete y media, Liliana me hace una entrevista pública en un club no literario. Un club deportivo que tiene una biblioteca. Estoy bastante cansado pero puede resultar interesante. Hasta hace unas horas hubiera preferido quedarme en casa; ahora he recuperado el ánimo y la idea vuelve a gustarme.

septiembre 11, mediodía

Ayer, encuentro con un crítico, ensayista, catedrático universitario, que confunde el concepto de modernidad con el de contemporaneidad. Llegó a decir, más bien misteriosamente, que todos somos modernos respecto de nosotros mismos. Él ataca el "posmodernismo", cosa que me parece razonable, pero lo hace sinónimo de posmodernidad. No puede entender que, se acepte esta noción o no, posmodernidad (no posmodernismo) alude a una época histórica, a algo que viene después de la modernidad, de los Tiempos Modernos. Para él posmodernismo ha sido desplazado por las teorías de la globalización, sin darse cuenta de que estas teorías son justamente un rasgo de esa posmodernidad que él llama posmodernismo.

septiembre 26

Cinco de la mañana. Ayer, o tal vez anteayer, me mandaron de la editorial las pruebas de la nueva edición de *Las panteras y el templo.* Mi primer contacto con algo parecido al trabajo literario desde hace no sé cuánto tiempo, un mes, o dos. Pueda ser que corregirlas me ayude a salir de esta zona de casi parálisis, de casi estupidez, en que deambulo como en sueños.

octubre 17

“No hay que horrorizarse demasiado. En la medida en que una creencia política, filosófica o religiosa, fuera *realmente* la expresión más profunda de una sociedad, el arte tendencioso y aun el llamado ‘arte de partido’ no sólo sería posible, sino, de hecho, el mejor posible. Claro que cosas como ésta es mejor decirlas en voz baja.”

Encuentro, en un papel suelto, ese apunte mío de vaya a saber cuándo, y no sería raro que esté anotado en algún lugar de este mismo cuaderno. No es quizá una idea demasiado sensacional, pero quiero copiarla, o repetirla, tengo la sospecha de que expresa una de esas verdades “peligrosas” que me hubiera gustado defender en los años sesenta, si es que no lo hice.

octubre 25

Ocho de la mañana. Anoche, charla en una biblioteca popular de Pompeya. Gente joven y llena de calidez, entusiasmo y buenas intenciones, pero salí de allí deshecho de cansancio. Harto de oír, desde hace cuarenta años, las mismas preguntas sobre el sentido de la literatura y la función social que debe cumplir el escritor. Harto, sobre todo, de oírme a mí mismo dar las mismas respuestas inútiles. Ya ni siquiera sé si creo realmente lo que digo.

Me encuentro allí con una mujer irreconocible que, cuando yo era adolescente, era una de las chicas más lindas y encantadoras de San Pedro. Estos encuentros fantasmales me destrozan. Ni hablar de lo que pasa si me pongo a pensar qué vio ella de mí.

Durante la charla con los muchachos, hablé hasta darme vuelta del revés. Nadie, ni siquiera Sylvia —que también intervino en la charla y de hecho estuvo mucho mejor que yo—, se dio cuenta del esfuerzo que me costaba esa parodia de vitalidad. Lo que tal vez significa que, en el fondo, la cosa valió la pena.

octubre 29

Hace unos días, o, para ser más exacto, hace como un mes, encontré el original casi ilegible de un viejo cuento mío ("Alma en pena") que hace años se publicó en *Vea y Lea* y que, inexplicablemente, le gustaba a Roa Bastos. Quizá sea útil reescribirlo, como imposición espiritual.

octubre 31

Hoy a mediodía, es decir ayer 30, vino el padre Farinello a almorzar a casa. Si es cierto lo que dice este hombre, es el único cristiano verdadero que conozco. Ha de haber otros, por supuesto; pero éste es el único que conozco yo.

Finalmente, me decidí: borré de esta computadora el programa de ajedrez. Una especie de mutilación. De hoy en adelante, uso esta máquina para escribir o no hago absolutamente nada, pero sin excusas.

noviembre 2

Releo *El padre Serguei* y *La sonata a Kreutzer*, de Tolstói. Es impresionante cómo toda la obra de este hombre está atravesada, sin pudor, hasta con ferocidad, por referencias autobiográficas directas. Antes de terminar la sonata, voy a *Amor y odio*, el libro de William L. Shirer sobre el casi infernal (o sin casi) amor de Tolstói y su mujer, Sofía. En los últimos años, por períodos, ella prácticamente enloqueció, y uno se siente tentado a pensar "no era para menos". Hay algo en lo que yo no sé si alguien ha reparado del todo; Shirer, por lo menos, parece no notarlo. Toda la primera parte de *La sonata a Kreutzer* es autobiográfica: juventud tormentosa del protagonista, sexualidad gigantesca y culpable, lectura de su diario íntimo a la esposa —escena que también estaba en *Ana Karénina*, entre Levin y Kitty—, imposibilidad de la mujer de amamantar al hijo, etcétera; lo que Tolstói inventa en esa historia es el amor de la esposa de Pozdnyshev por el músico y, naturalmente, el asesinato. Sin embargo,

unos ocho años *después* de escrito este libro, que humilló y desesperó a la mujer de Tolstói —pero por el que ella intercedió personalmente ante el Zar para que se publicara— la propia Sofía repite, en la realidad, de manera demencial, una relación casi idéntica. También con un músico: Tanéiev. El paralelo es tan evidente que no puede ser un descubrimiento sólo mío.

Esa mujer, que en más de un sentido debió de ser excepcional, parecía hechizada no sólo por Tolstói, sino por su obra, que íntegramente pasaba en limpio a mano, desesperándose si Tolstói, por cualquier razón, no le permitía hacerlo. Cuando, más de una vez, Sofía intenta matarse, quiere tirarse bajo un tren, como Ana Karénina, o sale casi sin ropas a la nieve, con 16 grados bajo cero, para dejarse morir de frío, como el personaje de *Amo y criado*: Sofía misma confiesa la fascinación que ejercían sobre ella estas muertes. No eran meras poses histéricas o adolescentes: esa mujer tenía como cincuenta años e intentaba matarse de verdad. En cuanto a su amistad amorosa con Tanéiev, no puede ser que ni ella, ni Tolstói, ni sus hijos, ignoraran que estaba repitiendo, como una poseída, lo que Tolstói ya había escrito en *La sonata*. Esa delirante relación con el músico, más que seguramente platónica —a la que ella llama indistintamente amistad o amor en su diario, diario que por otra parte estuvo siempre al alcance de Tolstói— no duró unos días o unos meses, duró años, y casi volvió loco de celos a Tolstói. Una noche, tuvieron una escena tan irracional que ella le ofreció el cuello para que él se lo cortara. Tolstói ha anotado, *palabra por palabra*, el interrogatorio a que la sometió y las respuestas de Sofía.

Mientras más lo pienso, más impresionante me parece la figura de esta mujer, pese a (o incluso con) su paranoia e histeria de los últimos años de matrimonio. No por azar *sobrevivió* casi medio siglo al lado de Tolstói: en muchos sentidos tenía una fuerza espiritual análoga a la de su marido, lo amaba exactamente como una loca, y hasta sabía como doblegarlo. Él, por supuesto, también la amaba como un loco, y la deseaba (no sólo de joven, sino hasta los setenta años) mucho más de

lo que ella lo deseó a él nunca, y, por supuesto, no sabía qué hacer con todo eso. Conociendo lo que pasaba en esa casa y bajo esas sábanas, es explicable que, para Tolstói, la novela *Ana Karénina* fuera una especie de chirle estupidez.

noviembre 4

Cinco de la mañana.

El odio que Sofía sentía por Chertkov, discípulo predilecto de Tolstói, no era, por lo visto, infundado. Chertkov, sin duda, quería mucho a Tolstói, pero era un intrigante y, acaso, no del todo una buena persona.

noviembre 5

Diez de la mañana; sin dormir. Dejo un rato Yásnaia Poliana y leo por fin *Viaje a Oriente*, de Hesse. Sensaciones contradictorias. Esa mezcla inicial de sus propios personajes (Klingsor, Siddhartha) con Novalis, con el Quijote y Sancho... con el Gato con Botas (!), me da la impresión de que pertenecen a esa zona indisciplinada y pueril de cierta "fantasía" alemana que siempre me molestó. Lo mejor es la idea de la peregrinación por el tiempo, y ése debió ser el viaje. En la segunda parte, justamente cuando ya no intenta explicar nada, la Orden se vuelve real y me impresionó. Me recordó, por el tema de la expulsión, por su tono de velada tristeza, al final de *El lobo estepario*.

noviembre 7

Estoy contestándole un innecesario e-mail a Florencia Arenaza, que se ha ido a vivir a España, cuando entra Sylvia en mi escritorio con una revista italiana en la mano. En la contraportada veo, en colores, un aviso que dice Novitá, y ahí la reproducción de la tapa de *Il Vangelo secondo Van Hutten*. Sylvia, radiante, y yo no pude sentir nada. Hasta me excusé de mi falta de entusiasmo diciéndole que estaba

escribiendo un e-mail. El umbral de mis sentimientos está situado a mil metros de mí. O en otro planeta.

No quiero decir que debí alegrarme por mi libro. Quiero decir que debí compartir su alegría.

cuatro y media de la mañana

Lo que voy a anotar no supone una crítica moral. Forma parte más bien de mi admiración, aunque no sé por qué... Tolstói predicaba la castidad matrimonial y, al mismo tiempo, se ofendía de muerte porque Sofía rehusó acostarse con él a un mes de un parto que, además, había sido bastante complicado. Es fácil pensar que era un monstruo o un farsante, pero para juzgarlo —no siendo Sofía, claro— sería necesario estar a su altura en TODO lo demás. Otra. Tolstói en su estudio. Ve entrar un día a una de sus hijas, que era más bien hombruna y nada agraciada. Levanta la cabeza y le dice: "Qué fea eres".

Sin haber escuchado *el tono* de su voz, sin saber qué sentía en su corazón cuándo lo dijo, tampoco es posible juzgarlo. Lo que sé es que esa hija (que fue quien contó el hecho) lo amaba y lo siguió amando incondicionalmente; aquel día, ella le contestó con naturalidad: "No importa, total no pienso casarme nunca".

Esta respuesta instala la complicidad, la sonrisa, en el diálogo. Nos habla de algo que desconocemos, de una suerte de juego entre los dos.

No debía ser fácil convivir con Tolstói. Pese a todo, basta leer su formidable *Carta al Zar, La verdadera vida, El gran crimen, A los trabajadores, No puedo callarme*, sus libros sobre el cristianismo —ni hablemos de su obra de ficción— para sentir que era inmenso, tal vez el más grande escritor que haya existido.

Si no fuera porque mi cuaderno está lleno de estos propósitos y ahora sé de antemano que nunca voy a cumplirlos, diría que quisiera escribir

sobre ese matrimonio.

Lo bueno que tiene enterarse de ciertas intimidades (Gide-Madeleine; Tolstói-Sofía) es que uno, por un rato, puede llegar a sentirse casi un santo. Lástima que ya es un poco más difícil sentirse Gide, no digamos Tolstói.

Debo dejar de fumar.

noviembre 11

Me he desentendido en tal forma de lo que pasa en la Argentina que más bien parece una defensa contra la realidad. Lo que es exactamente así. La gente sigue sin trabajo, sin comida y da la impresión de que hasta han perdido la cólera. Los que más tienen, siguen robando y haciendo negociados. El Fondo Monetario, para prestarnos dinero, impone como nueva condición (ya impuso y le aceptaron cien) un aumento general de tarifas, que sólo puede beneficiar a las grandes empresas extranjeras, que son todas. En medio de este encanallamiento general, acaba de empezar el carnaval siniestro de las campañas electorales. En dos palabras: da asco.

Mirar televisión es degradante. La porquería, la mentira, se llama ahora libertad de informar.

No hago más que leer. Escribir era lo que había comenzado a hacer unos meses atrás, hasta que me desentendí de todo.

noviembre 14

Cuando esté menos cansado y más tranquilo tengo que escribir lo que vi hoy en televisión. Una nena, de siete u ocho años, llorando de

hambre. Ahora sólo puedo anotarlo así.

noviembre 25

Tres y media de la mañana: basta que me acueste a dormir, o con la intención de dormir, y me ponga a hojear un libro en la cama, para despertarme completamente —aunque haya tomado un diazepán o cualquier otra de esas porquerías autocomplacientes— y sentir la necesidad irreprimible de levantarme a escribir mi libro. Cosa que luego, por supuesto, consigo postergar con cualquier excusa.

Lo de la nena. Siete u ocho años, o por lo menos parecía de esa edad. Flaquita como un alambre. Lo primero que me conmovió fueron sus ojos enormes, magnificados por la delgadez, y sus grandes dientes desparejos de nena. Le preguntaron qué almorzaba: Mate cocido, dijo. Le preguntaron si a la noche comía algo; dijo que no. Le preguntaron si en el colegio le daban algo para comer. Entonces, inesperadamente, se echó a llorar. Levantó el puñito para frotarse los ojos, como hacen los chicos cuando lloran, y volvió a decir que no. Un "no" largo, desconsolado. No parecía una nena desesperada que llora de hambre, sino un chico al que no le han cumplido una promesa o le han negado un juguete. Eso, la inocencia de ese gesto, fue lo más terrible.

Matar es lícito: eso es lo que sentí. Matar a los responsables de un llanto así es perfectamente lícito.

diciembre 4

Conseguí escribir un nuevo capítulo. Claro que la palabra capítulo da una idea magnificada del espacio real que abarcan estos textos. Cuando lo terminé, sentí que había encontrado algo, una especie de camino hacia el centro de la historia. Ahora, tal vez por efectos del

cansancio, ya no estoy tan seguro.

diciembre 9

Intento escribir, con resultados ambiguos. Lo que esto significa no es fácil de explicar, suponiendo que tuviera ganas o necesidad de explicarlo.

Releo Henry Miller. Lo que hoy pienso de él es esto: escribió dos libros memorables, *Trópico de Cáncer* y *Trópico de Capricornio*, y otro notable, *Noches de amor y de alegría*. El resto… Demasiada "elocuencia", demasiadas palabras. Lo que parece espontaneidad pura es meramente un sistema. Sale a pasear por Francia en bicicleta, digamos, recuerda su pasado norteamericano vinculado a otras bicicletas, pasa por un mingitorio público, ahí recuerda algún otro mingitorio en el que estuvo alguna vez y donde pensó en algo, en los libros para leer en los retretes, por ejemplo, esto lo lleva a Virgilio o a Dostoievski o, más probablemente, a Petronio, ve un culo o un botín viejo o una escolopendra, habla de los culos, los botines y las escolopendras que en el pasado lo hicieron pensar en etcétera, etcétera. Una especie de Proust enardecido. Su literatura parece más bien grafomanía, sólo que muchas veces es una grafomanía casi genial. Lo que ya no soporto —me corrijo, lo que *nunca* soporté— son sus ideas sobre cómo cambiar el mundo, sus revoluciones del corazón, sus apelaciones a la libertad. Le creo mucho más cuando odia todo, desprecia todo y se ríe o se avergüenza de todo. Miller, por lo demás, no sabe narrar: sabe denostar y opinar y verborrear sobre todo lo que ve pero no tiene la menor idea de lo que es una estructura narrativa. Cuando se propone contar, como en los tres últimos tomos de *La crucifixión rosada* (el mejor es el primero, *Sexus*), se vuelve insoportablemente *convencional*, es curioso esto; y, sobre todo, aburrido. Uno le cree cuando elude o describe o metaforiza, no cuando se pone a contar.

diciembre 25

Cuatro de la mañana. Navidad. Ayer vino a casa, con su marido Federico, Antonella Ciabatti, la traductora italiana del Van Hutten. Un encanto de persona. Me trajo un ejemplar del libro, el primero que veo. La edición es muy cuidada. He estado leyendo la traducción: parece muy buena. Extremadamente fiel. Por supuesto no puedo saber cómo "suena" en italiano, ya que no tengo más remedio que juzgarla desde mi propio texto, desde el sentido, lo que me impide considerar matices estilísticos, etcétera. Pero también he leído una crítica muy elogiosa sobre la novela, que apareció en Milán, por lo tanto supongo que también se deja leer en italiano.

diciembre 30

Se va acercando el final de este año nefasto para la Argentina y para el mundo. Final en un sentido puramente cronológico, final en términos de almanaque, porque en términos históricos todo lo malo, todo lo peor, parece siempre a punto de empezar. La situación ha mejorado un poco en el país, quizá porque no podía empeorar. En cuanto al mundo... Estados Unidos, hasta hace unos días, estaba dispuesto a iniciar otra guerra, ahora contra Corea. Declararon con frialdad que tienen poder suficiente como para combatir en dos frentes simultáneos (el otro frente es por supuesto Irak), lo que es cierto: tienen ese poder. La arrogancia de esta gente es criminal, sólo lamento que no sea también suicida. Porque no son acciones desesperadas de un imperio que se derrumba, como le gustaba creer al comunismo ingenuo de los años sesenta. Son demostraciones de fuerza de un imperio que todavía crece, que se consolida. ¿Hasta cuándo?

diciembre 31

En realidad, madrugada del primero. Acá debería escribir el resumen del año, pero, en algún sentido, ya lo hice en la última anotación. En lo personal, unos "capítulos" de *Los ángeles* y, quizá, un cuento. La

despedida del 2002 fue infinitamente más ruidosa y alegre que la del año anterior. Leo en un diario que los hoteleros de los lugares turísticos están contentos. La clase media parece menos aterrada: creo que tienen la impresión de que lo peor ya pasó. En algún sentido, para algunos de ellos, ya pasó. Los desocupados siguen desocupados y los hambrientos, hambrientos; pero esto venía siendo así desde hace muchos años. No les preocupaba antes y, naturalmente, no les preocupa ahora.

Uno de los datos positivos de esta crisis es la solidaridad de los más pobres. Los comedores populares hechos de la nada. Esas mujeres increíbles de barrio o de pueblo que les dan de comer a cientos de chicos. También, algo que, si no sonara demasiado grandioso, podría llamarse la resistencia cultural. Se montó un espectáculo de algún tipo por semana, se filmaron películas independientes, se publicaron libros. Hace unos días me llamó desde Italia uno de los mejores jugadores argentinos de fútbol, Sorín: planea publicar una antología para jóvenes, libros muy baratos cuyos derechos y beneficios irían a parar a los chicos. Cuando suceden cosas así, casi podría rezar para que la crisis dure.

Tal vez tenía razón Kropotkin nomás, tal vez hay una ley natural llamada *apoyo mutuo* que es tan poderosa como la de la lucha por la vida y la supervivencia del más apto, de Darwin. Si es que estas dos leyes no son, en el fondo, una misma ley natural.

Otras páginas

CARTA ARGENTINA A UN AMIGO ITALIANO[11]

2 de enero de 2002

A Claudio Cinti

Querido Claudio, deseamos agradecerte por tu conmovedora preocupación. Describirte, en un e-mail, la situación actual de la Argentina excede mi capacidad de síntesis. Pero fundamentalmente es ésta. Al menos desde veinticinco años a esta parte, no sólo los militares sino también los dirigentes políticos "democráticos" y sus economistas, que en los momentos de crisis eran los que invocaban la intervención de los militares, han trabajado para conducir a la Argentina a la actual situación de caos, que pudo ser prevista a tiempo y que la estupidez (estupidez real, no metafórica) de De la Rúa y la locura de Cavallo han hecho explotar.

Todo esto agravado, naturalmente, por la presión financiera norteamericana y los propios grandes capitales argentinos que tienen sus cuentas en el exterior y que, junto al Fondo Monetario Internacional, forman parte de la comitiva de acreedores que ha endeudado a nuestro país. En otras palabras: son argentinos a quienes les conviene que la Argentina siga empobreciéndose.

La semana anterior a la caída del gobierno esta gente empezó a retirar de los bancos millones y millones de dólares, obligando a Cavallo a bloquear los depósitos. Pero ya era demasiado tarde. La cosa, naturalmente, ha terminado por perjudicar a los pequeños ahorristas, porque todos los otros habían ya puesto a seguro su dinero. Dado que a partir de aquel momento no se pudieron pagar las

jubilaciones y los sueldos atrasados, el país quedó literalmente privado de moneda real. Se pueden retirar del banco (suponiendo que se posea todavía dinero depositado) sólo $ 250 a la semana. Quizá no parezca poco: pero es necesario considerar que la llamada "canasta familiar", en la Argentina, uno de los países más caros del mundo, supera holgadamente los mil dólares al mes. El problema más grave es que una inmensa cantidad de personas —los pobres, los desocupados, el servicio doméstico, los trabajadores que se dedican al pequeño comercio, los artesanos, los trabajadores del campo, los vendedores callejeros, etcétera— no operan con el banco, no saben qué es una cuenta corriente o un crédito bancario: toda esta gente se quedó sin dinero y sin la posibilidad de conseguirlo. Y son millones de personas en un país que cuenta apenas con 35 millones de habitantes. Concretamente, hay en la Argentina alrededor de 14 millones de personas reducidas a estas condiciones. Y por esto, en primer lugar, el asalto a los supermercados, por hambre; y por esto, la formidable manifestación espontánea de la clase media que, por miedo a perderlo todo (y no solo por "patriotismo"), ha salido a la calle para protestar a golpes de cacerolas. El resto ha sido, como siempre, vandalismo y saqueo sin ningún signo político; vandalismo que es la consecuencia inevitable de este tipo de estallido social. De la represión indiscriminada, de los muertos y heridos y de los arrestados ya te habrás puesto al tanto por los diarios.

Es esto, en síntesis, lo que está sucediendo en la Argentina. Los europeos y, sobre todo, los europeos de hoy, tal vez no puedan comprenderlo. Y digo los europeos de hoy porque para comprenderlo bien es suficiente pensar qué sucedía en Italia, en Alemania y en España entre los años 30 y 40. En Latinoamérica es perfectamente comprensible. Ecuador, por ejemplo, casi ha desaparecido como nación a causa de la embestida del capitalismo salvaje y de la teoría neoliberal. Perú es otro buen ejemplo. Países como Bolivia, de hecho, subsisten a duras penas. Los argentinos nos resistimos a aceptar que somos latinoamericanos. Buenos Aires es, al menos en apariencia, una de las capitales más grandes del mundo. En este mismo momento, aunque la gente no puede permitirse pagar la entrada, hay más

espectáculos teatrales que en Broadway, y se supone que las riquezas naturales del país son inmensas. Pero ahora resulta que nada nos pertenece. Ni las compañías aéreas, ni las compañías telefónicas, ni los ferrocarriles, ni las editoriales, ni el gas, ni el petróleo argentino son argentinos. El sistema educativo está en pedazos, la asistencia médica básica no existe. No queda nada para vender o para hipotecar. Aunque se había pensado, brillantemente, privatizar (vender) la universidad nacional y el Banco Nación. Y, de paso, el Teatro Colón, que para nosotros es como decir *La Scala*, el último símbolo de la cultura nacional. Por no perder del todo el sentido del humor: más o menos como si ustedes remataran el Coliseo o la Fontana di Trevi para poder seguir pagando los intereses de una deuda que, como italianos, no hubieran aceptado nunca contraer, ni les hubiera servido para vivir.

En cuanto a lo que podrá hacer el actual presidente interino, todo depende de la sinceridad de sus intenciones y de las posibilidades de lo que le dejen hacer. Por ahora sólo ha dado un discurso inteligente: aquel que los argentinos teníamos necesidad de escuchar. La deuda no se pagará, el dinero destinado a pagar la deuda se utilizará para reactivar la economía interna, se crearán un millón de puestos de trabajo, se reducirán los sueldos de todos los empleados del Estado y nadie que trabaje dentro del Estado podrá ganar más que el presidente, que ha fijado su propio sueldo en 3.000 pesos. Aparte de que se venderán el parque industrial oficial y el aéreo y que se privará a los diputados y senadores de sus privilegios. Aunque imagino que esto lo habrás leído en los diarios.

Lo que sucederá de ahora en adelante depende de innumerables factores. Entre otros, las próximas elecciones y la posibilidad de asegurar algún proyecto que parezca factible. Pero en un país como el nuestro, es mejor no arriesgar vaticinios.

En este momento, la situación es esencialmente idéntica a la que produjo el caos; sacar adelante el país costará muchísimo. Pero esta vez, los militares no pueden volver, ni lo queremos.

Yo no creo que la Argentina desaparecerá como país. Cuando nuestra gente se enoja en masa, se enoja en serio. De un caos similar a éste surgió Perón, que no fue en absoluto un apóstol social pero que,

lo haya querido verdaderamente o no, llevó la clase trabajadora a un primer plano del escenario político. No sé cómo nos verán afuera, pero te aseguro que nada podrá ser peor de lo que nos ha tocado hasta ahora.

Te voy a repetir las mismas cosas que diría para responder, cualquier día, a las preguntas de los diarios argentinos. En nuestro país mueren hoy, se dice, alrededor de 100 chicos por día. En total, en un año, 36.000, vale decir un número de muertos superior, entre hombres y mujeres, al que produjo en siete años la dictadura militar homicida. Ésta es la situación. Mientras los economistas no comprendan que detrás de sus frías ecuaciones matemáticas hay un chico que se muere de hambre, y mientras los políticos no se den cuenta de que detrás de sus miserables cálculos electorales hay una mujer que no le puede dar de comer a su hijo o no puede mandarlo a la escuela, ésta continuará siendo la situación.

Gracias otra vez, querido amigo Claudio, por preocuparte por nosotros. Lo estás haciendo también en nombre de la vasta comunidad de descendientes de italianos que forma parte de nuestro país. Sylvia, conmovida por tu mensaje, te manda un fuerte abrazo al que uno el mío. Te agradecemos también el no habernos augurado el tradicional "Feliz Navidad". En la Argentina, ésta no ha sido una Navidad feliz para ningún hombre ni ninguna mujer decente. Esperamos, de todo corazón, que la tuya lo haya sido.

Abelardo Castillo

P. S. No sabría qué otra cosa agregar si debiera escribir para un diario italiano. Pero se me ocurre algo: te autorizo a publicar esta carta donde quieras y titularla, por ejemplo, "Carta argentina a un amigo italiano".

La traducción castellana de esta obra "desconocida" de Chéjov, *Platónov o la pieza sin nombre*, propone varias sorpresas, que paso a enumerar. No es en absoluto una pieza desconocida: es el vasto original de *Pieza inconclusa para piano mecánico* que, hace unos años, filmara Nikita Mijalkov; lo que de hecho la convierte, para quienes nunca han leído a Chéjov ni han visto otra obra suya, en la pieza más conocida del autor ruso, e, incluso, en la única conocida. *Platónov*, además, siempre tuvo nombre: Galina Tolmacheva la cita al pasar en su prólogo al *Teatro completo* de Antón Chéjov como *Sin padres*, y Olga Ulánova, su reciente traductora, afirma que en sus orígenes se llamaba *Orfandad.* Y aún otras dos sorpresas, para quienes la leemos por primera vez. Es, quizá, la obra más notable del autor de *El jardín de los cerezos*, y, por si fuera poco, fue escrita cuando Chéjov tenía entre *dieciocho* y veintiún años. Esta pieza monstruosa, irrepresentable por su complejidad y extensión (aunque ha sido puesta en escena, en Rusia, seguramente con inevitables cortes) abarca más de doscientas páginas y no es en absoluto un texto inconcluso. Está perfectamente terminada en sus cuatro actos. Sus veintitantos personajes, además, cifran todos los temas que obsesionarían a Chéjov como dramaturgo y nos hacen sospechar que, de no haber sido *Platónov* vehementemente incomprendida por los directores y actores de su tiempo, habría bastado para revolucionar el teatro contemporáneo con unos cincuenta años de anticipación. También es lícito pensar que sin este desdén por *Platónov* y sin el fracaso abrumador que tuvo la puesta en escena de *La gaviota*, Antón Chéjov sólo se habría dedicado a escribir teatro. Lo que de algún modo nos hace agradecer las virtudes paradojales del fracaso: de haber triunfado el Chéjov dramaturgo, a los veinte años, tal vez hoy no tendríamos narraciones como "La dama del perrito", "El fósforo sueco", "La estepa", "La sala número seis" o *Retrato de un desconocido.*

Para León Tolstói sólo existían tres escritores en la literatura francesa: Stendhal, Balzac y Flaubert. "Agreguemos a Maupassant", concedía a desgano. Y agregaba: "Pero Chéjov es mejor". Desde

entonces no es raro que se considere a Chéjov como uno de los de los mayores escritores de Rusia e, incluso, como el primer cuentista en cualquier lengua. Lo que suele ignorarse es que este hombre nunca se vio a sí mismo como un buen escritor sino como un buen médico y, ya que no tenía más remedio que escribir, sólo deseaba ser autor de teatro. La relación de Chéjov con el teatro es un malentendido perpetuo, una tragicomedia chejoviana. El propio Tolstói, que lo admiraba por encima de Dostoievski y del resto de los escritores rusos, decía de *Tres hermanas*: "No comprendo las piezas de Chéjov, a quien aprecio mucho como narrador. ¿Qué necesidad de presentar en el escenario cómo se aburren tres señoritas...? De eso mismo resultaría una linda novela corta y, seguramente, él lo haría muy bien". Stanislavski, semidiós inapelable de la escena rusa, al leer una de sus obras se limitó a enfurecerse: "¡Esto es imposible de representar!". Chéjov mismo se disculpaba de su teatro con mansa perplejidad: "Me salen no sé qué cosas raras", palabras que también hubiera podido escribir Kafka. Su pieza *Ivanov* fue bautizada en Rusia: "Estupidov", y el clamoroso fracaso de *La gaviota* lo llevó a decir, en una carta: "He aquí la moraleja: no hay que escribir obras teatrales. Nunca jamás las escribiré ni las haré representar, así viva setecientos años". También solía afirmar que, dada su mala suerte con el teatro, si se casara con una actriz seguramente ella pariría un puerco espín. Por supuesto, Chéjov era tan imprevisible como sus personajes y se casó con una actriz. Escribió para ella *El jardín de los cerezos*, puercoespín de representación obligada desde hace cien años en todos los grandes teatros del mundo. Fue su gran éxito, pero le llegó unos meses antes de la muerte.

La última obra literaria que escribió Chéjov fue una obra teatral, la más conocida. La primera, también fue una pieza de teatro: la más olvidada y secreta. Entre ésta y aquélla hay enormes similitudes formales y temáticas. Los mismos hacendados al borde de la ruina, las mismas conversaciones disparatadas, igual tristeza y pesimismo y humor, la misma aparente incoherencia de los diálogos, la misma ambigüedad de género. Chéjov, ya al borde de la muerte, aún insistía en que *El jardín de los cerezos* era una comedia, incluso una farsa.

Stanislavski, que lloró al leerla, sostenía que era un drama y hasta una tragedia. La explicación de esta discordia, que todavía hoy gravita sobre su teatro, me parece muy sencilla. Toda la obra de Chéjov es simultáneamente las dos cosas. Chéjov estaba inventando, sin saberlo, algo que hasta él no podía existir: un teatro absurdo, a fuerza de ser real, un teatro patético, irresistiblemente cómico. Su única teoría estética era que sus personajes no debían ser actuados, sino vividos, sencillamente porque la verdadera vida es así. Lo que más hace la gente es comer y hablar tonterías: no anda declarando su amor todo el tiempo o degollando a su madre. Dicho con sus palabras: "Es preciso hacer una obra donde la gente entre y salga, coma y hable del tiempo, juegue a los naipes, que todo sea tan complicado y a la vez tan sencillo como en la vida. La gente come, no hace otra cosa que comer, *pero mientras tanto va forjando su destino dichoso o destruyendo su vida*".

Para comprender el sentido de este teatro hay que pensar, acaso, en ciertas situaciones cinematográficas de David Lynch o de Fassbinder, en ciertas obras de Beckett o de Pinter. Toda la primera escena realista de *Platónov* —una partida de ajedrez en la que mayormente se habla, en efecto, de comida— es teatro del absurdo, sólo que imaginado cuando nadie podía comprenderlo.

Si la pieza que Mijalkov adaptó bellamente para el cine se llama "inconclusa" no es porque el texto original esté incompleto, sino porque, esencialmente, falta allí el desenlace que escribió Chéjov. La culminación de *Platónov* es tan sorprendente que, para tener una idea aproximada de su dificultad estética, habría que imaginar una obra empezada a escribir por Ionesco y acabada por O'Neill o Dostoievski. Platónov es baleado en escena por Sofía, una de sus amantes (tiene por lo menos cuatro: es una especie de Don Juan a pesar suyo, él no termina nunca de explicarse por qué lo aman las mujeres, tampoco lo saben ellas ni los demás personajes, ni siquiera se lo explica uno mismo; como más o menos pasa en la vida, las cosas sencillamente son así), el primer tiro no le acierta, el segundo sí. Gritos, llanto. Entra su cuñado, que es médico. Lo ausculta en el suelo. Pide desesperadamente agua, y se la traen. Uno espera que se la dé al agonizante, quien por otra parte estaba enfebrecido y sediento desde

la escena anterior. No. El médico se toma el agua y tira el jarro. Platónov muere. ¿Cómo se monta esto? ¿Es trágico, es cómico? Es así.

Ésas son justamente las cosas que hace la gente en la vida real, diría Chéjov.

Antón Chéjov aprendió la irresistible fuerza de la vida humana, y su absurdo, entre sus enfermos terminales. Escribe en una carta: "Me acostumbré a ver gente que pronto moriría y... siempre me sentía algo raro cuando en mi presencia hablaban, sonreían o lloraban personas cuya muerte estaba cerca". Llevó esta rareza a sus cuentos y a su teatro. ¿Qué es, por otra parte, cualquier hombre, sino eso? Una persona que va a morir, pero que sigue sonriendo, hablando de comida, jugando a las cartas, mientras forja en agonía su destino de dicha o destrucción.

1 Ver "Otras páginas". [N. de E.]

2 "Muchos creen que los revolucionarios han comenzado a levantar barricadas; esto es halagador, pero no es cierto. Las barricadas fueron levantadas por gentes del pueblo que no tenían nada que ver con ninguno de los partidos revolucionarios. Ésta es la característica más importante de la época. Las primeras barricadas fueron erigidas con gran júbilo y grandes risas; en este divertido trabajo, tomó parte la más abigarrada muchedumbre; el respetable caballero vestido con abrigos de pieles, los cocineros y los empleados de poca monta, que hasta ayer fueron los pilares del 'poder establecido'... Los dragones hicieron una descarga, resultando uno o tres muertos y unos cuanto heridos... un grito de indignación, un grito unánime de venganza y... de golpe... cambió toda la escena. Ya no hubo más risas; los ciudadanos comenzaron a levantar barricadas en serio, de mal talante, inspirados por el deseo de salvarse de Gospodin Dubassov y sus dragones...". En Máximo Gorki, citado en *Las revoluciones rusas*, de G. R. Treviranus, 1946, p. 45. [A.C.]

3 Henry Miller había leído muy bien a Céline. [A.C.]

4 Juan Pablo II. [N. de E.]

5 Edgar Poe, "La durmiente". [A.C.]

6 Cfr. "Pava" y "Cita en cualquier lugar", *El espejo que tiembla*, 2005. [N. de E.]

7 Cuento publicado en la primera edición de *Las otras puertas*, 1961; no incluido en las siguientes. [N. de E.]

8 Personaje de la novela *Crónica de un iniciado*, 1991. [N. de E.]

9 Novela de Manuel Mujica Lainez. [N. de E.]

10 Miguel Najdorf fue uno de los más grandes ajedrecistas de nuestro tiempo. Trabajaba vendiendo seguros; Fischer declaró sin ninguna ironía: "Qué gran jugador, lástima que no se dedicaba al ajedrez". [A.C.]

11 La carta fue publicada en *Il Manifesto* de Italia con el título “Il tempo delle pentole. L’Argentina via e-mail” (El tiempo de las cacerolas. La Argentina vía e-mail) y con la siguiente bajada: “El escritor Abelardo Castillo nos explica la crisis de su país. Un relato crudo y cruel, no de realismo fantástico. La fotografía amarga de un país que ha privatizado todo, desde las comunicaciones al transporte y que estaba por vender la universidad y el Banco Nación”. [N. de E.]

12 Publicado originalmente en el suplemento *Radar* de *Página/12* (24/2/2002). [N. de E.]

2003

enero 2

Encuentro con Juan Forn, Flora y Matilda, la hija de los dos, en la nueva casa de Paula Grandío. Juan me regala una novela norteamericana de inmenso tamaño que difícilmente me atreva a leer: *Las correcciones,* de Jonathan Franzen. Lo mejor de la noche, Matilda, que tiene tres años y está convencida de que las únicas fiestas y reuniones dignas de realizarse se llaman cumpleaños. Paula le regaló una larga velita de color, la encendió y le dijo que, antes de soplar, tenía que pedir un deseo. Expectativa general. Matilda pensó un segundo y dijo, con tono de estar rodeada de tarados:

—Una torta, para la velita.

enero 5

Leo que según Harold Bloom, Jonathan Franzen sólo es comparable a Don DeLillo, a Philip Roth, a Thomas Pynchon. No me impresiona mucho. Nada de lo que diga Bloom me impresiona mucho. Como sea, reconozco que Philip Roth tiene un respetable talento; de Pynchon me gusta sobre todo su arisca relación con la cultura oficial norteamericana. Don DeLillo... En cuanto a Franzen, el tamaño de este libro me anonada.

enero 8

En San Pedro. Cuatro de la tarde. Traje algunos papeles, aunque sin

mucha convicción. Cuando salía de Buenos Aires, bajando por las escaleras con unas alpargatas de soga, resbalé y me di uno de esos golpes estúpidos y formidables que pueden dejar tullida a la gente o desnucarla, uno de esos golpes que, además de cortarnos el aliento durante diez minutos, nos hacen considerar que la vida es un estado demasiado frágil. No me golpeé la columna con el filo de uno de los escalones de mármol por milímetros. La mañana anterior, la mañana de Reyes, a Sylvia le habían robado en plena calle una cadenita de oro que había sido de su abuela, especie de talismán personal al que le tenía inmenso cariño. El tirón le dejó una marca roja en el cuello; llegó a casa tan desolada que, cuando pudo contarme que sólo había sido eso, casi me pareció una buena noticia. Esa misma mañana lo habíamos encontrado en el centro a Onofre Lovero: no lo reconocí. Enorme como siempre, pero caminaba lentamente, con dificultad, con envarados pasitos de anciano. Si a todo esto se le agrega el viento norte, tal vez mi malhumor no sea del todo arbitrario.

Debo pensar en el prólogo a *Residencia en la Tierra*, que me pidió Luis Chitarroni para Sudamericana.[1] Es quizá el libro decisivo de Neruda; debería alegrarme que hayan pensado en mí para prologar este libro. Cómo olvidar la impresión devastadora que me causó “Walking around” cuando lo leí en la adolescencia.

enero 12

San Pedro. Ayer, me despierta una pesadilla, uno de esos sueños infames que contaminan la realidad, que dañan, que obligan a repensar nuestro mundo diurno. Nunca he podido sustraerme a la idea de que somos responsables de nuestros peores sueños. Desayuno y salgo a caminar al sol. Me dolía la base de la espalda, un dolor apagado y nauseoso que no es el de los riñones, cierto dolor más allá de lo físico que, según he visto en una vieja anotación de este cuaderno, está, para mí, vinculado paranoicamente al de Iván Ilich. Cuando vuelvo, una náusea incontenible y vomito largamente,

apoyado en un árbol, no sé si a causa de la pesadilla o del dolor, o de las dos cosas. Vomitar hasta el alma no es, quizá, una mera frase. La sensación de la pesadilla me dura horas, muchas horas, hasta la noche. Hojeo al azar *La interpretación de los sueños* y una frase de Freud, tal vez fuera de contexto, me cura casi completamente.

En San Pedro hay un faraónico festival de rock. Duró tres días y termina hoy. El pueblo, me dicen, es una fiesta. Chicos y chicas por todas partes. Ningún escándalo, ningún salvajismo. Buen ámbito para situar a un personaje de ficción catastrófico que, por alguna razón, comprende en un festival de rock dos o tres cosas acerca de la vida.

enero 13, siete de la mañana

Josefina, la sobrina de Sylvia de diecisiete años, que está parando en casa, vuelve del recital a eso de las cuatro de la madrugada, encendida, agotada y festiva. Cuenta, mientras con grandes ademanes trata de matar un mosquito, que esta madrugada sí hubo un poco de salvajismo y escándalo.

La realidad siempre es imperfecta, no hay nada que hacerle.

enero 20

En Buenos Aires. Ayer, domingo, murió Pedro Orgambide. Como casi siempre en estos casos, me enteré porque me llamaron de un diario para pedirme que hablara de él. No sé si dije exactamente lo que sentía, pero lo que siento es esto: con Pedro muere de algún modo una parte esencial de mi juventud.

El hallazgo casual de *Gaceta literaria* en un quiosco de diarios, cuando yo tenía 22 o 23 años, decidió mi vida. Sin esa revista, que Pedro dirigía, yo quizá no habría terminado *El otro Judas* ni, esto es seguro, habría fundado nunca *El grillo de papel*. Todavía recuerdo el lugar donde estaba ese quiosco: la esquina de Garay y Boedo. Él

escribió una vez: “Con Castillo nos conocimos discutiendo, lo que quiere decir que nos conocimos jóvenes”. Cuando pasaron los años y nuestras diferencias políticas, que ni siquiera eran diferencias, empezaron a perder sentido, me fui dando cuenta de que íntimamente le tenía cariño, mucho cariño. No sé. Como si siempre hubiera sabido que le debía algo importante, de lo que ni él ni yo éramos conscientes. Yo, por lo menos, no; yo acabo de comprenderlo en este mismo momento.

febrero 9

Domingo. Sylvia en San Pedro. En las últimas dos semanas no he hecho otra cosa que leer y leer a Neruda: casi toda su obra. Excepto las *Odas*, que siempre me parecieron artificiales. Ya empecé, a mano, el borrador del prólogo a *Residencia en la Tierra*; tengo muy claro lo que quiero decir, pero mucho me temo que ponerlo en palabras, en sólo diez páginas, va a resultar tan complicado como imaginaba. Poeta inmenso, desparejo, copioso. Podría haber tirado a la basura la mitad de su obra, y, con la otra mitad, seguiría siendo uno de los mayores poetas del siglo XX. Por fortuna, ahora sólo debo pensar en *Residencia*, ese libro hipnótico.

El mismo deslumbramiento de cuando yo tenía diecisiete o dieciocho años.

En algún momento de estos días, interrumpo de pronto a Neruda e intercalo un capítulo a *Los ángeles*. No lo releo.

febrero 17

Neruda bien, casi terminado. La semana anterior, algunas interrupciones. El premio a *La hermana*, la novela de Paola,[2] me llevó a organizar en casa un encuentro festivo, muy merecido por Pao, pero más bien ajeno a la atmósfera de *Residencia*. El jueves vino Claudio

Cinti, de Italia. Con un poeta rarísimo que, encima, no hablaba español. Como ese día se había cortado la luz, la reunión transcurrió prácticamente a oscuras. Las velas le daban a la casa un vago aspecto decadente e ilusorio. Menos mal que ya estaba Sylvia, quien, como siempre, cargó con todo el peso de la amabilidad argentina. Cinti, desolado y casi aterrado por la inminente guerra en Irak y la posición pro norteamericana de Italia. No puede creer que haya italianos dispuestos a que su país participe en esta locura. Y tiene razón. Hablar de esto a la luz de las velas acentuaba la atmósfera funeral. En un momento propuse salir de casa e ir a un café iluminado.

Si uno no supiera que el poema "Enfermedades en mi casa", de *Residencia en la Tierra,* habla de Malva Marina, la hija hidrocefálica de Neruda, que estaba muriéndose, no podría adivinarlo. ¿Por qué esa intencionada oscuridad, esa distancia? La única explicación es que Neruda no podía dejar de escribir en verso, sobre lo que fuera, una vez que eso aparecía ante su mirada. Pero, ¿y ese título? La emoción no admite el hermetismo en ciertos temas: no admite nada que suene a proeza verbal. Sabiendo de qué se trata, claro, la cosa cambia.

Tal vez, pese a todo, sea un hermoso poema; pero hay uno de García Lorca ("Malva Marina"), hallado cincuenta años después de su muerte, infinitamente más doloroso. Por supuesto, nada de esto tiene que ver con mi prólogo, donde menciono el poema al pasar. Si analizara "Enfermedades en mi casa" sólo podría justificarlo como una especie de exorcismo: no se nombra directamente aquello que se teme. Y acaso sea así, acaso esos versos sean un exorcismo.

marzo 7

Los Estados Unidos, apoyados por Gran Bretaña, le han dado el ultimátum al gobierno de Irak: si en diez días Saddam Hussein no se desarma por completo, atacan. No les importa que Hussein ya haya empezado a desarmarse ni que (a desgano o no, un poco tarde o no) haya aceptado por fin todas las investigaciones de los inspectores de la

ONU, ni les importa que el mundo entero esté en contra de esta guerra. Cualquiera se da cuenta de que, aun admitiendo que existieran en Irak esas famosas armas de destrucción masiva, cosa que nadie ha podido comprobar, no hay tiempo para desmantelarlas en diez días. Lo que sencillamente quieren es la guerra, y con mucha más energía ahora, ya que al haberse destruido buena parte del armamento iraquí no se arriesgan a una contraofensiva demasiado costosa. Hussein es un sinuoso dictador, de acuerdo; pero lo que ellos quieren, con la excusa del satanismo de Hussein, es a Irak, el petróleo de Irak y el control absoluto de toda la región. Están empeñados en atacar y sobre todo en *invadir*. La negativa de Francia, Rusia, Alemania, no les mueve un pelo, ni se los movería aun cuando de esta oposición resultara la destrucción de la ONU y la división de Europa.

Que España, el ridículo y obsecuente gobierno de España, sea hasta ahora el único aliado fervoroso de Estados Unidos y de Inglaterra, sería cómico, si la situación general no fuera siniestra.

Miro las noticias. Me llama la atención el entusiasmo bélico de Blair, casi sobreactuado. Propone reducir el tiempo del desarme de Irak a seis días. No sé por qué, pero es como si estuviera empujando a los norteamericanos a la guerra. Gran Bretaña sabe que la responsabilidad última de esta guerra para la opinión pública del mundo, recaerá totalmente sobre los Estados Unidos, y sabe que el desprestigio norteamericano será una de las consecuencias de lo que ocurra. Tengo la recóndita sospecha de que ese desprestigio, políticamente hablando, beneficia a los ingleses casi tanto como la derrota de Irak. Lo que fue EL Imperio no se resigna así nomás a ser un mero lacayo de un nuevo imperio.

No es el caso del apoyo de Aznar, por supuesto. La imbecilidad de Aznar no admite el menor espacio para cálculos. Tiene, sencillamente, el apellido que se merece.

marzo 9

Cinco de la mañana.

Hace unas horas, releyendo en la cama “El Congreso”, de Borges,

doy con una frase que me hizo pensar, súbitamente, en *Los ángeles azules.* El narrador, Ferri, dice descreer de las técnicas (de los hábitos, escribe con mejor prosa) del realismo, de modo que no piensa contar los hechos en forma sucesiva, como en la realidad, sino que va a enunciarlos de una sola vez. Esto es lo que yo debo hacer cuando retome los Ángeles para superar el obstáculo de introducir a Luciana. Contarla ya presente, de un golpe. Aludir a cuatro o cinco cosas que, previamente, debieron de haber pasado. Miradas, medias palabras, el roce de una mano al tomar un cuaderno, quizá el famoso estornudo, y de pronto ella ya está ahí, plenamente en la historia. Esto, a continuación del apunte ya a medio escribir donde Teodora se la señala.

Lo curioso es que yo ya había usado ese procedimiento dos veces, e incluso lo había enunciado. En "El decurión" ("cuento esto como si hubiera sucedido en una sola noche" etcétera) y en *El Evangelio según Van Hutten.* Muy significativo que uno (que yo) vea lo que debe hacer mirando lo que ha hecho otro, y se me pase por alto que ya lo hice yo mismo. Pensar que eso lo explico a otros cincuenta veces por año.

Nota: Buscar todas las notas sobre los Ángeles que he desperdigado en este cuaderno y abrir un archivo tipo libreta de apuntes, y, todavía mejor, inaugurar una libreta de apuntes.

más tarde

Me propongo, sin culpa, olvidarme todo lo que pueda del innoble mundo en que vivo. O sea, escribir. Lo estaba haciendo, pero después del prólogo sobre Neruda no hice nada en toda la semana anterior. Repentinamente, anoche, sentí que necesitaba y podía seguir con *Los ángeles*, que incluso era posible incorporar allí lo que está pasando. El narrador escribe hoy, en este presente, esa historia que ocurrió hace quince años. Y hoy, para él como para mí, es todo esto: en lo que llevo hecho ya está abierta esa posibilidad desde la primera página, y sobre todo en el capítulo cinco. Las ideas, en la cama, anoche caían sobre mí desde todas partes. Muy cansado ahora para seguir pensando en esa posibilidad.

Olvidarme del mundo en que vivo no es la expresión justa. Quiero decir olvidarme del mundo sin olvidarlo.

marzo 13

Dos de la tarde. No leí diarios ni quise oír ni ver noticias sobre la guerra. Sylvia, de pronto, llega ayer o anteayer de la calle y me cuenta algo sorprendente: la oposición de la opinión pública de Gran Bretaña es tan fuerte, ha dicho Blair, que las tropas inglesas podrían no intervenir directamente en el ataque para evitar el riesgo de un caos interno en su país. De otro modo: apoya incondicionalmente la guerra, y la fomenta, pero intenta dejar los muertos en manos de los yanquis. Bush declaró que, con el apoyo militar británico o sin él, atacará. Y, por otra parte, con oposición interna o sin ella, el ejército inglés ya no tiene más remedio que intervenir.

Sylvia, el otro día, dijo algo así: “Es raro, pero no pude leer a Borges cuando estaba sola en San Pedro”. Quiso decir que es como si la realidad lo frivolizara, le quitara sentido.

Creo que tiene razón. Poe, en cambio, se puede leer. Me pongo a hojear “La caída de la Casa Usher” y no puedo dejarlo. Con guerra o no, tal vez sea el cuento que más me ha impresionado en mi vida.

Leo un libro sobre Foucault.[3] El libro es bueno, Foucault no me impresiona.

marzo 17

Hoy, más o menos a las dos de la tarde, vence el plazo del ultimátum. Hay esperanzas de que pueda alargarse. Sólo no habría guerra si Hussein acepta desarmarse, hacer un mea culpa público (propuesta inglesa) y, por supuesto, renunciar. Como esto último implica un juicio por crímenes a la humanidad, no creo que sea muy viable. La presión mundial —me refiero a la gente, no a los gobiernos— en contra de la guerra es inmensa. De todas maneras, es un hecho que

pese a todo Gran Bretaña también atacará.

Mientras tanto, en una semana, yo he recibido en casa más gente de la que suelo ver en un año.

Vino a casa María Claudia, la chica que escribió la tesina y está haciendo su tesis doctoral sobre mis cuentos en la Universidad de Salamanca. Me parece una persona muy inteligente, espero que no sea porque está escribiendo sobre mí. Vino Juan, que proyecta irse a vivir definitivamente con Flora y su hija a Villa Gesell. Me hicieron entrevistas, me sacaron fotografías. Vino Hernán Isnardi, para que yo grabara unos textos y unos poemas que publicará en un CD. Desalentado y casi asqueado por la frivolidad del Diario de Bioy Casares. Vino María Fasce (que estaba en España) para que eligiera entre dos pruebas de tapa para una nueva edición de *Cuentos completos* y finalmente, el sábado, estuvo en casa Gonzalo Garcés. Había llegado de Francia unos días atrás y vino a presentar su última novela. Esa noche, es decir la del sábado, que terminó a las cuatro y media de la madrugada para todos y a las diez de la mañana para mí, estuvieron también Fernanda, y Gastón un muchacho santafecino que dirige una revista o suplemento cultural en Rafaela. Después de todo eso, imposible dormir. Tres detalles no meramente descriptivos: María Fasce está encinta y parece, espiritualmente hablando, otra mujer: en Barcelona se enamoró de un colombiano y tiene proyectado volver a la Argentina. Otro: la novela de Gonzalo se llama: *El futuro*. Quiero decir algo así como que, a pesar de todo, la vida sigue.

Lo más extraordinario de todo esto, en lo que me atañe, es que en esta misma semana caótica y agotadora seguí escribiendo. No *Los ángeles*, como creía, sino un cuento. “Las larvas”. Tenía unos diez renglones anotados por ahí desde hace años, muchos años, y repentinamente me puse a escribirlo como al dictado. Ahora está en ese punto exacto donde es fatal que algún día lo termine.

Muy cansado y distante; mejor me acuesto un rato. Hoy viene por

última vez María Claudia, antes de regresar a Salamanca. Una especie de remota felicidad por el solo hecho de pensar que, a partir de mañana, no veo más a nadie.

¿Qué estará sintiendo la gente, en Irak, a esta hora? ¿Qué hora será allá? Casi que uno, si no puede hacer otra cosa por ellos, debería velar pensando en eso.

marzo 19

El ultimátum del lunes se postergó, pero sólo por otras 48 horas, y definitivamente vence hoy. Bush exige que Hussein y sus hijos abandonen el país, que los militares iraquíes no combatan, etcétera. Lo primero, naturalmente, *no podrá ocurrir*, aunque sí es probable que una parte del ejército regular de Irak, nunca demasiado leal a Hussein, tienda a rendirse en cuanto pueda. Sólo resistirán de verdad los más cercanos a Hussein. O sea que dentro de unas horas empiezan los bombardeos y la masacre. Todo esto ya le costó cuatro ministros al parlamento británico y es el comienzo de la futura división de las Naciones Unidas. Lo que viene ahora es: unas cuantas semanas de carnicería, y, después de eso, años de una posguerra que puede cambiar por completo las relaciones de fuerza en Oriente Medio y en el mundo.

Los aviones norteamericanos han arrojado cientos de miles de panfletos en los que se le recomienda a la gente no cavar trincheras, irse a sus casas: consejo interesante, teniendo en cuenta que ya han amenazado arrojar sobre las ciudades *tres mil bombas y misiles por día*. Ellos les ayudarán luego a reconstruir el país (a los sobrevivientes) y les prometen comida, medicinas y regalos. Después de diez años de bloqueo económico en los que no dejaban entrar alimentos, ni remedios, ni siquiera lápices para los chicos (pues el grafito, según leí, podía ser utilizado para no sé qué fines demoníacos), imaginan entrar en la ciudad de *Las mil y una noches* como Papá Noel.

¿Serán conscientes, quiero decir, enteramente conscientes, del

mundo que quieren destruir? Ellos piensan en el petróleo, pero ¿se dan cuenta de que están en la cuna de la humanidad? En ese mundo nació la escritura, es el mundo del Código de Hammurabi, del rey Asurbanipal, de lo que fue Babilonia...

Escribía lo anterior cuando oigo por la radio, al pasar, un dato aleatorio que, unido a todo eso, es escalofriante. Visto desde el espacio, el punto más iluminado de la Tierra es la ciudad de Las Vegas.

Me temo que el buen Dios, uno de estos días, va a tener que hacer algo si no quiere terminar, junto al ratón Mickey, en Disneylandia.

marzo 20

Foucault declaró por ahí: "Si acostarme con un niño me da placer, ¿por qué no hacerlo?". A este género de estupideces se le llamaba, en Francia, audacia de pensamiento. Dejo de lado el problema moral, me limito a señalar su idiotez. ¿Por qué no hacerlo, por qué no acostarse con un niño? Para saber eso bastaría con preguntarle al niño. O a su padre. Releo después *Las palabras y las cosas*. Insoportable, confuso, retórico. Todo lo que los foucaultianos recuerdan de ese libro plúmbeo y desordenado es la descripción inicial de *Las meninas* y esas dos o tres líneas del final sobre que el hombre es una noción que no tiene más de dos siglos, y la metáfora de la arena. ¿Y la famosa episteme? Lo que él llama episteme es más o menos lo mismo que Bajtín llamaba ideología: algo así como la atmósfera cultural de una época dada.

marzo 22

El veinte se cumplió otro aniversario de nuestro casamiento. Alcanzamos a festejarlo antes de que Sylvia viajara a Junín. Lo mejor que hice en mi vida fue casarme con Sylvia. Lo peor, no cabe en este diario. Y sin embargo...

marzo 23

Cinco de la mañana. Norteamericanos e ingleses, a cien millas de Bagdad. Miles y miles de bombas y misiles sobre la ciudad, lanzados desde el aire, la tierra y el mar. No hubo ninguna respuesta iraquí de armas de destrucción masiva ni de armas biológicas. Lo que acaso significa, sencillamente, que los iraquíes ya no las tienen. No hubo siquiera la temida voladura de los pozos de petróleo por parte de Hussein: son *veinte mil* pozos, pero los iraquíes (se supone que ellos) sólo destruyeron una docena. ¿Hussein es un estratega estúpido, o ni siquiera tenía medios para volar sus propios pozos y regalarles a los invasores un país inútil, como hicieron los rusos con Napoleón y con Hitler? Si esto es así, ¿cómo van a justificar los norteamericanos esta matanza? ¿No se hizo esta guerra para *desarmar* a Irak?, ¿se le puede llamar "guerra" a una invasión gigantesca e impune que arrasa a un país como si desfilara por él y que intenta entrar, sin haber arriesgado nada, en una ciudad de cinco millones de habitantes?

Si hay resistencia, *empieza ahora*. En las casas y en las calles de Bagdad. Y por supuesto, si hay resistencia, lo que harán los norteamericanos y los ingleses, cómo se llama si no se llama genocidio.

He leído que el setenta por ciento del pueblo norteamericano apoya la guerra. Después no se explican por qué el mundo los odia.

Por paradoja, una formidable sensación íntima de paz y libertad. Dios me perdone.

marzo 25

Cada vez que alguien muy joven, refiriéndose a su relación conmigo, pronuncia la palabra discípulo, o admiración, me alarmo. No quiero tener discípulos, ni los busco. Mi carácter, mi manía pedagógica, es lo que crea ciertos malentendidos. No me doy cuenta de que a veces peso demasiado sobre algunos (no tantos, la verdad) que me quieren o me

admiran: lo que ellos ignoran es que yo detesto la admiración hacia mí. O mejor, me inquieta. Toda admiración "pasional", cuando se es muy joven, se basa en un error: el que admira construye con fragmentos del otro un personaje irreal que en el fondo lo deja muy cómodo, que lo autojustifica a él y que además le impide pensar por sí mismo. Por eso se admiran más ciertos defectos espectaculares, teatrales, que algunas escasísimas virtudes invisibles y de hecho intransferibles. De ahí a la desilusión, en el mejor de los casos, o al rencor y al resentimiento, en el peor, hay un paso. Por mi parte, siempre preferí admirar, y hasta querer, muy *críticamente*, como aprendizaje necesario, sin ilusiones, y quizá por eso nunca me pesaron mis maestros. Todavía hoy sigo admirando, a mi modo, a personas que quise y con las que ya no puedo compartir casi nada.

Nietzsche tenía razón: hay que predisponer a los demás en contra de nuestras verdades. "Enseñar" es un error: salvo, quizá, cuando se enseña a aprender.

marzo 28

Cinco de la mañana. Anoche, hasta hace un rato, pequeña reunión en casa, por mi cumpleaños. Tenía, y tengo, un cansancio gigantesco, pero creo que nadie lo notó. Todos, a excepción de Alejandro, insensatamente jóvenes.

Leo, o mejor, sobrevuelo el libro sobre la locura en la época clásica, de Foucault. Decepción total. O tuve mucha mala suerte o no hay en toda esa vasta monografía universitaria una sola *idea* que merezca ese nombre.

marzo 31

Empiezan los “errores” y los muertos civiles. Conflicto con Siria y con Turquía: primeros datos, quizá, de algo que se extenderá en el futuro. Cuatro mil árabes se ofrecen a defender Irak como bombas humanas. Ya ha habido ataques suicidas y comienzan a morir también yanquis e ingleses. Discusión entre los mandos militares norteamericanos que operan en la zona y quienes dan las órdenes desde Washington: necesitan más tropas. No anoto esto con alegría. Como la coalición no puede perder esta guerra, ni permitir que se extienda indefinidamente, van a intentar terminarla de cualquier manera.

abril 5

Hoy, es decir ayer, durante la tarde, una larga y agotadora entrevista en casa para la TV española, sobre Borges. Me lo venían pidiendo desde hace una semana. Es un grupo de muchachos muy jóvenes. Pusieron tanto empeño, que me convencieron. O mejor, me dejé convencer, y hasta quería, por vanidad, dejarme convencer. Cuando terminó, tenía la sensación de que había estado bien: después me enteré de que la edición final se hace en España, y la cosa me entusiasmó menos; sólo Dios sabe qué es lo que les interesa allá de lo que dije. Pero ya era un poco tarde para arrepentirme.

Acabo de abrir un mensaje que me mandaron a las tres de la mañana del diario *La Nación*. Es el adelanto de una noticia que dentro de unas horas recorrerá el mundo: los yanquis acaban de entrar en Bagdad. Siento desolación, y repugnancia: no puedo evitarlo.

más tarde

The power of words. El ministro de información iraquí aseguró por televisión que han rechazado a los yanquis del aeropuerto internacional, que queda a unos veinte kilómetros de Bagdad. Los norteamericanos afirman estar en el centro de Bagdad. Los dos bandos

creen más que yo en el poder de las palabras, más que el propio Poe. Es fantástica la relación que se establece entre imágenes, lenguaje y hechos reales. Los militares le llaman a esto "guerra psicológica": no se dan cuenta de que, en el fondo, son conjuros mágicos.

abril 9

Ahora sí parece cierto: tanques norteamericanos entraron en Bagdad. Los ingleses tomaron Basora. La resistencia, sin embargo, no cede: lo que humanamente hablando es todavía peor. Ya hay miles de muertos civiles. La semana pasada "los aliados" habían bombardeado, por error, una maternidad iraquí. Ahora, además de esos errores criminales, se exterminan entre ellos. Murieron periodistas e incluso oficiales de su propia coalición.

¡Los aliados!: otra prueba de la fe en la magia secreta del lenguaje. Se llaman "aliados", como en la Segunda Guerra, cuando esa palabra, que abarcaba también a la Rusia comunista, terminó significando "lucha contra el nazismo" y para el mundo era sinónimo de "guerra justa".

abril 10

La desinformación es casi total. Lo que sólo puede significar caos y masacre.

Una misma imagen repetida durante todo el día: una estatua de Hussein, arrancada de su pedestal con un aparejo de sogas o cadenas y un puñado de iraquíes festejando. Debe de haber miles de hombres y mujeres que, con razón, odian a Hussein y a su régimen, de eso no me cabe la menor duda; sin embargo, ese puñado de iraquíes saltado y gritando tiene algo de ridículo, de mala puesta en escena. La incesante repetición del mismo hecho lo vuelve aún más grotesco. ¿Con eso imaginan contrarrestar las imágenes de los millones de personas que,

en todo el mundo, han salido a la calle para repudiar la invasión? ¿Los norteamericanos piensan de verdad que alguien cree en que derrocar la dictadura de Hussein es *el motivo* de esta guerra? Bueno, sí, tal vez lo piensan, y algo todavía peor: hay, no sólo en Estados Unidos, gente que efectivamente lo cree. El otro día, en casa, discutí con Paula. Ella, en el fondo, necesita convencerse de que la invasión es una especie de cruzada civilizadora contra la barbarie musulmana. Y hablaba en serio. Ni todo mi cariño por ella pudo disimular mi sensación de fastidio, y ella lo notó y quizá la herí.

Querría no pensar más en esta guerra. Lo malo es que desde hace semanas no puedo pensar en otra cosa. Leo, pero no escribo. Me refugio de a ratos en este cuaderno como para no perder del todo mi relación con las palabras.

abril 13

Bueno, ya tienen a Irak, su petróleo y el odio del mundo entero.

Leo *Crítica de las ideas políticas argentinas*, de Juan José Sebreli. Lo mejor, unas formidables citas de Sarmiento, al principio del libro. Lo peor es casi todo el resto. Estoy hasta la coronilla de estos potajes de marxismo de *shopping* y neoliberalismo a la Bernardo Neustadt. Desde hace cuarenta años, Sebreli escribe banalidades para la derecha, haciéndose el francotirador de izquierda. Esto es lo que se llama "sociología" en nuestro país. Es asombroso cómo se puede mentir diciendo verdades parciales, eligiendo, de mala fe, ejemplos aparentemente irrecusables. Lo incómodo es que para criticar bien este libro habría que escribir otro de, por lo menos, igual tamaño.

Para desentumecerme el cerebro, releo cuentos de Borges. "El Sur",

“El fin”, “El muerto”, “Las ruinas circulares”, “El acercamiento a Almotásim”, “La busca de Averroes”, vuelven a dejarme estupefacto y conmovido. Hay momentos de esta prosa que valen por toda una literatura. Siguen irritándome las recargadas pedanterías de “Tlön...”, de “El inmortal”, de “Abenjacán el Bojarí...” Hay un Borges verbalmente genial y otro verbalmente estúpido: este último es el que deslumbra a las personas llamadas cultas.

Prueba para lectores de Borges: que me cuenten, sin releer los textos, los argumentos incordiosos de “Abenjacán...” y de “El inmortal”. La he hecho, por otra parte. No encontré a nadie que la superara.

Y sin embargo, de pronto escribe: “Hay una hora de la tarde en que la llanura está por decir algo; nunca lo dice o quizá lo dice infinitamente y no lo entendemos, o lo entendemos pero es intraducible como una música...”, y basta para reconciliarse con él. El efecto de este párrafo no depende sólo de las palabras sino del lugar del cuento donde aparecen: la acción se interrumpe y, sin que lo esperemos, irrumpe la voz del narrador. Esto es lo que yo llamo una lección. Lástima que no se puede explicar: hay que descubrirla, hay que sentirla.

La cantidad de erratas, que a veces son casi brutalidades, de la edición española de sus obras en prosa,[4] es alarmante, sobre todo pensando que fue un castizo corrector español el que corrigió ese libro.

abril 17

Son las cuatro y media pasadas de la madrugada. Dentro de unas horas, viajamos a San Pedro. Me duelen la cintura y la espalda. Humor espantoso, que debo controlar para no arruinarle un viaje que Sylvia está esperando desde hace tiempo. Para ella siempre es muy importante ir allá, y Dios sabe cuánto me gustaría sentirme bien, para que esté alegre.

No puedo encontrar un anillo que recogí en la calle hace años,

plateado, sin valor alguno, pero que para mí era una especie de objeto sagrado. Con mi ánimo actual, esto asume características de desastre. Lo escribo para calmarme. Y, en parte, supongo que lo conseguí. Es insensato que este tipo de cosas pueda causar semejante efecto sobre mí. Sólo quisiera poder dormir unas horas. “Dormir como una piedra y despertarme como un campo en flor”, decía Tolstói. O decía algo parecido; está anotado, si no me equivoco, en algún lugar de estos cuadernos.

abril 23, once de la mañana

Encontré el anillo.

En San Pedro, todo más o menos bien. Estamos de vuelta en Buenos Aires. En toda la semana no ha dejado de dolerme la cintura; hoy, un poco menos. Estoy firmemente decidido a sentirme bien. Hoy, a las seis de la tarde, una entrevista con un periodista que viene de Mar del Plata.

Tengo que pensar bien los términos de mi adhesión a Cuba. Por supuesto que rechazo el criminal bloqueo económico y cualquier tipo de agresión norteamericana, en Cuba y en el mundo, pero éste es sólo un aspecto del problema, el más claro y ético. Lo malo es que Fidel Castro ha ordenado fusilar, supongo que por traición a la patria, a tres militantes contrarrevolucionarios que seguramente merecían algún tipo de castigo, y yo no me caso con la pena de muerte.

El mensaje que me mandan de Cuba se llama “Para los amigos que están lejos”, y dice así:

“En los últimos días, hemos visto con sorpresa y dolor que al pie de manifiestos calumniosos contra Cuba se han mezclado consabidas firmas de la maquinaria de propaganda anticubana con los nombres entrañables de algunos amigos. Al propio tiempo, se han difundido

declaraciones de otros, no menos entrañables para Cuba y los cubanos, que creemos nacidas de la distancia, la desinformación y los traumas de experiencias socialistas fallidas. Lamentablemente, y aunque ésa no era la intención de estos amigos, son textos que están siendo utilizados en la gran campaña que pretende aislarnos y preparar el terreno para una agresión militar de los Estados Unidos contra Cuba.

”Nuestro pequeño país está hoy más amenazado que nunca antes por la superpotencia que pretende imponer una dictadura fascista a escala planetaria. Para defenderse, Cuba se ha visto obligada a tomar medidas enérgicas que naturalmente no deseaba. No se le debe juzgar por esas medidas arrancándolas de su contexto.

”Resulta elocuente que la única manifestación en el mundo que apoyó el reciente genocidio haya tenido lugar en Miami, bajo la consigna ‘Irak ahora, Cuba después’, a lo que se suman amenazas explícitas de miembros de la cúpula fascista gobernante en los Estados Unidos.

”Son momentos de nuevas pruebas para la Revolución Cubana y para la humanidad toda, y no basta combatir las agresiones cuando son inminentes o están ya en marcha.

”Hoy, 19 de abril de 2003, a cuarenta y dos años de la derrota en Playa Girón de la invasión mercenaria, no nos estamos dirigiendo a los que han hecho del tema de Cuba un negocio o una obsesión, sino a amigos que de buena fe puedan estar confundidos y que tantas veces nos han brindado su solidaridad.

”Alicia Alonso, Roberto Fernández Retamar, Miguel Barnet, Julio García Espinosa, Leo Brouwer, Fina García Marruz, Abelardo Estorino, Harold Gramatges, Roberto Fabelo, Alfredo Guevara, Pablo Armando Fernández, Eusebio Leal, Octavio Cortázar, José Loyola, Carlos Martí, Raquel Revuelta, Nancy Morejón, Silvio Rodríguez, Senel Paz, Humberto Solás, Amaury Pérez, Marta Valdés, Graziella Pogolotti, Chucho Valdés, César Portillo de la Luz, Cintio Vitier, Omara Portuondo”.

De acuerdo. Pero el giro eufemístico “medidas enérgicas”, debo

confesarlo, no me gusta. Los fusilamientos se llaman fusilamientos, y cuando no ocurren en los primeros días caóticos de una revolución —donde acaso los explica, si los explica, la brutalidad inherente a toda guerra— son siempre injustificables. No creo equivocarme en esto.

No sé cuáles son los amigos entrañables que han firmado esos manifiestos y que son utilizados ahora contra Cuba, tal vez Saramago, pero sé, al menos, que mi nombre no puede figurar entre ellos. No he firmado nada, ni tampoco habría firmado nada que pudiera ser utilizado contra el socialismo cubano.

Todo esto es muy lamentable. Si mando algún tipo de adhesión, será algo muy parecido a eso que acabo de escribir.

abril 28

Hoy, o tal vez mañana (nunca supe bien la fecha exacta) se cumple un nuevo aniversario de la fundación de *El Escarabajo de Oro*. Esto fue hace cuarenta y un años...

Recibo otra carta de Cuba, ésta de mi amigo Heras León, el Chino. Mucho más clara y elocuente, mucho menos eufemística, que la anterior. Le mando mi adhesión. La carta del Chino dice:

Abelardo y Sylvia, queridos:

Sé que deben estar al tanto de los últimos acontecimientos de Cuba: las condenas, los fusilamientos, y la terrible campaña que se ha desatado en contra de la Revolución. Yo sé que estos sucesos han sorprendido a mucha gente, e incluso muchos amigos de siempre han expresado durísimas críticas, hasta llegar, como en el caso de Saramago, a declarar: “Hasta aquí llegué”. Sobre todo, en el caso de la pena de muerte, el rechazo ha sido visceral. Se ha producido también

la insólita conducta de muchos intelectuales que nunca levantaron la voz para denunciar los centenares de ejecuciones en las cárceles norteamericanas, que siguen produciéndose a diario, como tampoco protestaron por la agresión contra Irak, por los miles de muertos que provocaron los bombardeos yanquis, y ahora han armado un escándalo mayúsculo por las tres condenas a muerte en Cuba, que pudieron haber sido un error (no voy a discutir eso ahora), pero que también fue una medida extrema de defensa contra las más peligrosas amenazas que está enfrentando la Revolución desde la Crisis de Octubre de 1962. Son amenazas reales, hermanos, verdaderas: estamos en el punto de mira de los locos fascistas que gobiernan EE.UU., que se creen ahora los dueños del mundo, y no creen ni en la ONU, ni en fronteras morales o geográficas. Sé que muchos amigos lejanos no tienen la misma perspectiva que nosotros, y no se percatan de la inminencia del peligro que corremos, y por eso me parece necesario explicarles estos pormenores, a la vez que pedimos su solidaridad. Y como dice Mempo en un artículo reciente, esa solidaridad debe darse *ahora*, no después, cuando desaparezcamos. Todo esto se lo explico, queridos Abelardo y Sylvia, a propósito de un Mensaje que un grupo de escritores mexicanos: Leopoldo Zea, Pablo González Casanova, Jaime Labastida, Víctor Flores Olea, Adolfo Sánchez Vázquez, María Rojo, Federico Álvarez, entre otros, van a dar a conocer la próxima semana, y para el cual están solicitando firmas. El Mensaje es el siguiente:

A LA CONCIENCIA DEL MUNDO

La invasión a Irak ha tenido como consecuencia el quebranto del orden internacional. Una sola potencia agravia hoy las normas de entendimiento entre los pueblos. Esa potencia invocó una serie de causas para justificar su intromisión y sin embargo no encontró una sola de las armas de destrucción masiva que supuestamente buscaba; toleró, en cambio, la devastación de uno de los patrimonios culturales de la humanidad. Nosotros sólo poseemos nuestra autoridad moral y desde ella hacemos un llamado a la conciencia del mundo para evitar

un nuevo atropello a los principios que nos rigen. Hoy existe una dura campaña en contra de una nación de América Latina. El acoso de que es objeto Cuba puede ser el pretexto para una invasión. Frente a esto, oponemos los principios universales de soberanía nacional, de respeto a la integridad territorial y el derecho a la autodeterminación, imprescindibles para la justa convivencia de las naciones. Si les parece bien el texto, ¿tendrían objeciones en ofrecernos nuevamente su solidaridad a través de su nombre? No es éste un llamado retórico: lo hago desde mi corazón sabiendo que le escribo a dos hermanos, a quienes tanto queremos, y a nombre de Cuba. Si tienen la posibilidad, les ruego me respondan a la mayor brevedad, para conocer su opinión a esta solicitud.

Los abraza, como siempre,

Eduardo (el Chino) Heras

Le contesto:

Querido Chino, acabamos de llegar de San Pedro, y por eso no te contesté antes. Por supuesto que contás con mi adhesión al mensaje de los intelectuales mexicanos, como contás y contarás siempre, con mi solidaridad para con el pueblo de Cuba. Quiero empezar dejando bien claro esto, para poder escribirte, sin equívocos, lo que sigue. Los fusilamientos fueron algo más grave que un error. La palabra error, cuando se habla de la pena de muerte, nunca es adecuada. Lo que debieron hacer es ponerlos presos de por vida y mostrarle al mundo que la verdadera justicia socialista es esencialmente distinta de las conductas criminales del imperialismo. Incluso pudieron meterlos, vivitos y coleando, en una gran caja de colores, con un moño, y mandárselos de regalo al paranoico de Bush.

Somos muchos, hermano Chino, los que sabemos que Cuba está en peligro, y que el imperialismo querrá ir ahora por ella, como irá por Venezuela y Colombia, como intentará venir por nuestra triple frontera, si se lo permitimos. No es únicamente Cuba: es el planeta lo que quieren. Por eso, justamente, y aunque no fuera por eso, no podemos darles nosotros mismos, estúpidamente, excusas "morales" para que justifiquen su locura.

Me duele la declaración a que aludís (y que no he leído) del querido viejo Saramago, porque es un hombre ejemplar al que respeto y admiro. Me duele, sí, pero te mentiría si dijera que, humanamente hablando, no la comprendo.

De cualquier modo, te lo repito: va mi adhesión y la de Sylvia. Va nuestra solidaridad con el pueblo cubano y nuestro inalterable cariño para todos nuestros amigos. Y para vos, como siempre, un abrazo.

mayo 6

Anoche, en casa, una visita literaria que me dejó demolido. Estas conversaciones inútiles sobre literatura me quitan las pocas ganas que tengo de hacer algo.

La nueva edición de los cuentos completos, por alguna razón, se complica o por lo menos se dilata. En buena medida, la culpa es mía, por mi tendencia a despreocuparme de todo lo que tiene que ver con mis libros. En fin, espero que esta semana se arregle. O no se arregle, pero que sea pronto.

Leo las opiniones de Saramago. Hay algo que no me convence en su "hasta aquí llegué". No veo ningún conflicto ético entre repudiar los fusilamientos y apoyar a Cuba frente a la amenaza explícita de una invasión. ¿O no es consciente del prestigio que el Premio Nobel le da ante las almas bellas? Mañana me encuentro con él, en el MALBA. Da

una charla, le hacen una especie de agasajo y nos han invitado “muy especialmente” a Sylvia y a mí. Para la gente del MALBA yo soy “la izquierda”: una sutil cortesía clase alta hacia Saramago. Si es posible, me gustaría hablar con él a solas.

Seamos sinceros: también vas a ir para conversar de tu propio libro con tu editor. Y acá debería venir un interminable capítulo analítico sobre la mala fe de la sinceridad.

Cada día que pasa me aguanto menos.

Releyendo, o más bien hojeando a saltos *El idiota*. Hay algo precursoramente kafkiano, y muy cómico, en esos primeros capítulos. No me asombra que Kafka admirara tanto a Dostoievski. Releo *La peste*. Descubro, por fin, lo que me molesta de esta novela. Es un problema formal: leído el libro, esa tercera persona en que está escrito suena innecesaria y retórica. Camus ve a Rieux, es decir al personaje que al final resulta ser el narrador, desde una óptica muy poco creíble cuando uno reflexiona que Rieux ha estado hablando de sí mismo todo el tiempo. Es un mero problema de verosimilitud. Uno termina pensando que *La peste*, escrita en primera persona o en tercera —en este caso sin necesidad de esa acrobacia final, que la remite al narrador— sería mucho menos “literaria”. Tal vez, en otro momento, con menos sueño, me lo explico mejor.

mayo 7

Cuatro de la mañana. Hoy, es decir anoche, vinieron las chicas y el diagramador de *Lanzallamas*. Cundía la alegría y el fervor y el disparate. Imposible no recordar los tiempos de *El grillo de papel*, nuestras visitas tumultuosas a Santos Lugares, hace demasiados años.

Sólo que esta vez el *Pater familias* venía a ser yo, cambio de roles en el que prefiero no pensar mucho.

mayo 8

Tres de la madrugada. Dentro de ciertos límites, previsible por otra parte, la charla de Saramago no estuvo mal. Habló exclusivamente de su obra para un auditorio de burgueses semicultos que habían pagado cien pesos por oírlo. Al terminar, apenas pudimos conversar unos minutos, se alegró de volver a verme. Casi no pude hablar con él a solas, y, de todos modos, era imposible tocar allí el tema de Cuba. Cuando, durante la charla, alguien rozó el problema, Saramago lo eludió con elegancia de Premio Nobel a los ochenta años. Repitió aquello de "hasta aquí llegué", pero, por fortuna, no entró en detalles y se puso a criticar a la democracia burguesa y a las corporaciones. Este nieto de campesinos analfabetos, hay que reconocerlo, es un caballero inmensamente agradable y astuto, una especie de aristócrata comunista.

Inesperadamente me encontré con Sabato. Volvió a saludarme con una remota emoción, dos veces, como aquella noche de Planeta. Ernesto está muy viejo, muy frágil. Casi conmovedoramente frágil y viejo.

Cuando salí, la famosa puntada en la cintura, que casi me hace vomitar contra un árbol de la plazoleta que está junto al Museo. Duró unos diez minutos. Hacía una semana que no me dolía, y, de pronto, la náusea me tomó por sorpresa.

Quién sabe. Tal vez el joven Jean-Paul Sartre le haya conferido atributos metafísicos a lo que no era más que un problema renal o del nervio ciático.

Me he sentado a la máquina por testarudez, por disciplina. No debo dejar que ningún dolor me impida escribir.

mayo 25

Me he pasado casi todo el tiempo en cama, leyendo a Kafka y, en los intervalos, corrigiendo aquella vieja entrevista sobre la vida y la muerte que me hizo Liliana hace 23 años. Un texto de inmenso tamaño que reduje a 26 páginas. No modifiqué nada, salvo imprecisiones. Para bien o para mal, sigo pensando lo mismo.

mayo 26

Cinco de la tarde. Hace unas horas, en el hotel Hyatt, algo así como mi primer encuentro personal con Fidel Castro. Digo "algo así" porque ni Sylvia ni yo pudimos llegar a darle la mano, tal era la cantidad de periodistas, fotógrafos que se interponían. Me encontré con León Gieco, Tito Cossa, Susú Pecoraro, Patricio Contreras, Víctor Heredia, Santo Biasatti, etcétera, y a todos les pasó más o menos lo mismo. Caos bochornoso y típicamente argentino. Renuncié a abrirme paso por entre tanta locura colectiva. De todos modos, Fidel hizo buenamente lo que pudo. Pese a su edad, terminó trepado a algún lugar y desde allí, sin micrófono, intentó hablar con todos. Tiene una voz pequeña y algo cortada por los años y los discursos, pero igual valió la pena escucharlo, o por lo menos intentar escucharlo, ya que las conversaciones que venían desde el fondo del salón transformaron la cosa en una elegante y caótica romería. Habló de los programas literarios y culturales de Cuba, habló de cómo funciona el sistema del voto en una democracia socialista. Antes, como todas las señoras querían fotografiarse con él (una le llevaba de regalo una edición del *Martín Fierro*, es de no creer, pero afortunadamente no llegó a dárselo, otra le pedía, a gritos, que dijera algo contra los Estados Unidos, otra le llevaba una bandera de Santa Fe), Fidel hizo algo bastante cómico. Les dijo a los fotógrafos que se colocaran detrás de él y le sacaran fotografías de perfil, con toda la gente de fondo. Una solución digna de Sancho en la ínsula Barataria. Después, él mismo tomó una cámara y se puso a tomar fotos. Contado así parece un gesto demagógico, pero no lo era. Fue más bien un rasgo de humor y de ironía.

Esta noche, en el mismo elegantísimo hotel, unas veinte o treinta "personalidades de la cultura" estamos invitadas a charlar con el presidente venezolano Hugo Chávez. No sé si ahí tengo ganas de ir.

Dicho al pasar, es lamentable ver cómo comen y beben, en esas reuniones, los políticos e intelectuales progresistas.

mayo 28

No fui, muy cansado. Lo lamento un poco. Sylvia, que sí fue, me contó que estuvo muy bien, con algunos momentos cómicos, a "la latinoamericana". Sobre todo uno: la llegada inesperada de Fidel, que venía de la facultad de Derecho, y que no dejó hablar más a Chávez.

Vi, por televisión, el discurso de Fidel Castro en la facultad de Derecho, a la tarde. Esperaban a unos ochocientos alumnos y se reunieron, espontáneamente, cerca de treinta mil personas. Habló dos horas y media, en las escalinatas que dan a Libertador. Oírlo decir "Hasta la victoria, siempre", en pleno Buenos Aires, era para conmover a las piedras.

junio 6

Taller. Hablo nuevamente del existencialismo. Es increíble cómo, sin darse cuenta, se resisten a la idea de la responsabilidad, de la libertad. Comprometerse les parece mucho más tranquilizador que ser libres, libres todo el tiempo y a cada paso. Nada hay que asuste más que la sensación de soledad absoluta con que elegimos ser lo que somos.

Mediodía. Idea para una adaptación teatral de *El proceso*, de Kafka. No empezaría, como hizo Gide, con la primera escena de la novela, sino

con el encuentro entre K. y la señorita B. Cuando él le "teatraliza" a la chica lo que ocurrió esa mañana, irían apareciendo, ante ella y ante el público, los personajes que vinieron a informarle de su detención. K., mientras habla, los va trayendo de algún lugar en sombras del escenario, los coloca en el sitio que estuvieron, habla y discute con ellos y allí, entonces, se arma la primera escena del libro. Al final de la pieza, antes de su muerte, otro encuentro con ella (el que evidente falta en la novela), donde se vería que la muchacha es, de alguna manera, parte del misterioso mecanismo de la justicia, que ella es la única que pudo salvarlo pero que ahora ya es tarde, o inútil: vale decir, teatralizar, de otro modo (a mi modo), el texto de "Ante la ley", que no pudo resolver Gide.

Todo esto, naturalmente, es una de esas ideas sonámbulas que nunca llevaré a la práctica.

En esta versión se deberían incorporar textos y situaciones de Kafka que no pertenecen a *El proceso*. Y, sobre todo, inventar. Uno de los insalvables inconvenientes que tiene la versión de Gide es que no es en absoluto kafkiana.

junio 12

Varios días sin dolor: espero que esto no se transforme en una anotación excepcional. Mañana a mediodía voy a verlo a Montenegro con todos los análisis. Dentro de un rato, el curso. Antes viene Juan. Esta misma madrugada busco y ordeno los borradores a lápiz y me pongo a escribir.

junio 17

No sé si anoté antes en alguna parte, pero debería haberlo hecho, que he descubierto hace poco tiempo a un escritor extraordinario: Sándor Márai. Húngaro. Nació en 1900 y se mató en 1989. Lo primero que leí

de él, *El último encuentro*, me pareció (y es) una novela inolvidable. Con dos personajes de 75 años, una vieja ama de leche y la "presencia" de una mujer muerta, construye una historia de casi milagrosa belleza. Lo mismo, en *La herencia de Eszter*. Acabo de leer *Divorcio en Buda*: tan fascinante como cualquiera de las otras dos. Yo prefiero *El último encuentro*, pero es quizá porque fue la primera que leí; si antes hubiera leído *Divorcio en Buda*, lo estaría diciendo de ésta.

Necesito dormir y no quiero desvelarme. Salté de la cama sólo para escribir esto.

Lo que Nietzsche decía de la música, que la vida sería un error sin ella, yo a veces lo siento con los libros.

junio 21

Lo del cálculo renal no va a ser tan sencillo. El martes voy al Durand para cotejar, con otro especialista, la solución que propone Montenegro. Odio estas dilaciones. No me dejan pensar, ni leer, ni mucho menos escribir, aunque para esto último no necesito de ningún cálculo. Malhumor constante. Por lo menos, hasta ahora no me ha dolido.

Anoche o la noche anterior, en cama, pensé de pronto que el libro de cuentos podría llamarse *El espejo que tiembla*, en alusión a aquella frase de los cuadernos azules, de Kafka. Cuando se me ocurrió me pareció perfecto, hasta que recordé *El espejo que huye*, de Papini.

junio 23

Madrugada. Trabajando con bastante seriedad. Tendría que ver cuál es la vinculación real entre ciertos malestares físicos que me dejan parcialmente inutilizado, y mi relación con el mundo. Cuando *lo*

demás está bien o no me angustia, suele no dolerme nada. Casualidad, de acuerdo; el cálculo renal existe, de acuerdo. Pero un cierto grado de locura personal, también.

junio 25

Ayer, a mediodía, fui al Hospital Durand. En cuanto a mi cálculo, bastante bien, pero no pienso volver allí. Por dos razones, y no sé cuál de las dos es la más importante. Los hospitales públicos son espantosos, ésa es una de las razones. La otra, que debería ser la más importante, no fue la primera en que pensé. Quería irme de ese lugar, quería irme por razones personales, por desagrado, y de pronto me encontré diciéndole a Sylvia que era inmoral, pudiendo pagar un visita privada con ese mismo médico, ser atendido como un privilegiado, y estar quitándole el turno a pobre gente que tal vez esperaba allí desde las siete de la mañana. No sé si lo sentía; sencillamente lo dije, y seguramente era una excusa para volverme a casa. Pero en cuanto lo dije, incluso antes de terminar, supe la verdad de lo que estaba diciendo.

En resumen, no vi al especialista, un tal doctor De la Torre, pero conversé unos minutos con su ayudante. Él se empeñó en mostrarle de todos modos las radiografías a De la Torre y me trajo una especie de diagnóstico provisorio, algo diferente del de Montenegro. El lunes a la mañana voy al Instituto donde también atiende ese especialista y pago lo que haya que pagar. Por razones confesables o inconfesables, no vuelvo a pisar ese hospital.

Lo anterior se puede escribir de otro modo. Es muy cierto que la mala fe se desliza, quiérase o no, en cualquier tipo de enunciado o reflexión moral, y quizás en cualquier tipo de conducta. Se es de mala fe, aun en la buena fe. Estamos condenados a la mala fe, salvo que seamos estúpidos. No sé cómo pensaba Sartre solucionar esto con la “autenticidad”, y no sólo porque se haya muerto sin escribir su Moral. Me parece que la autenticidad, si existe, es secreta, excluye la palabra.

Y sobre todo excluye la palabra “yo”. En cuanto reconozco verbalmente mi propia mala fe, ya no soy de buena fe ni accedo a ninguna autenticidad. Las *Confesiones* de san Agustín, por ejemplo. O la admiración, atravesada de malestar, que causa la sinceridad de Rousseau.

El yo confesional de ciertos escritos como *Memorias del subsuelo*, en cambio, no es de mala fe. Pero porque sabemos de antemano que se trata de una ficción.

julio 6

Me consuela bastante algo que leí una de estas noches. Samuel Pepys, parece, tenía un cálculo renal del tamaño de una pelota de tenis (!), lo que probablemente sea cierto, dada la probidad con que este inglés llevaba su Diario. El caso es que debió operarse, en una época donde, naturalmente, no existía la anestesia. Esto no lo leí en su Diario, sino en mi libro de cabecera en estos casos, *La cultura del dolor*. Todos los años festejaba la fecha de esa carnicería. Lo mío, en la peor de las hipótesis, no será tan dramático (ninguna operación, sólo una sonda metida por el pene, con anestesia total, lo que por supuesto no me gusta nada) y el cálculo, que destruirán, sólo es del tamaño de un carozo de aceituna.

Lo veo escrito y lo sé: nunca permitiré semejante cosa.

julio 8

Leo, con entusiasmo y por primera vez con atención, dos o tres libros sobre la historia de los albigenses y los cátaros, que en rigor son la misma cosa. La destrucción del castillo de Montsègur tiene una evidente grandeza épica, por parte de los vencidos, claro, que recuerda un poco la historia de Masada.

El águila, la esvástica y el pentágono (el castillo de Montsègur era pentagonal) son símbolos que, desde hace siglos, repiten ciertas órdenes militares más o menos demenciales. El águila imperial romana. El águila nazi con la esvástica y la SS, que es una runa. Y hoy, el águila norteamericana y su Pentágono. El saludo del Temple consistía en llevarse la mano a la frente, como una visera que simulaba cubrir los ojos de la luz solar. La venia que aún hoy hacen los soldados, ¿alude a eso?

julio 13

Hoy a la tarde me pongo a buscar y ordenar de una vez los papeles para el nuevo libro de cuentos, que se llamará, si no encuentro un título mejor, *El espejo que tiembla.* Lo primero es el viejo borrador de uno de los relatos de la serie de Esteban, no incluidos en *El que tiene sed*; después, sigo con "Las larvas". Lo anoto sencillamente para comprometerme, para ver qué pasa cuando vuelva a "abrir" este cuaderno y me encuentre con tan enérgica declaración de propósitos.[5]

Me quedé pensando en algo que, con toda naturalidad, dijo Sylvia esta mañana, al despertarse. Dijo que se sentía rara, culpable, por haber dejado pasar tanto tiempo sin escribir nada. Y esto a sólo un mes de haber entregado a la editorial *El país del viento*, su último libro. Yo ya no siento ninguna culpa si no escribo, suponiendo que alguna vez la haya sentido. No hago más que leer y dormir.

La linda historia de que un escritor es esencialmente un gran lector, puede, para los tipos como yo, resultar una excusa perfecta.

agosto 21

Nada del otro mundo, pero me siento bastante mejor en todo sentido. Unos párrafos agregados al capítulo siete; algunas ideas posibles.

octubre 20

Me levanté a las tres de la mañana y pasé casi todo el tiempo buscando *Paso a la India*, de Forster. No aparece. Son las once. Por cosas como ésta, mandé hacer una nueva biblioteca, que me entregan en quince días. Y en cuanto me la entreguen, hago otra, aunque tenga que colgarla del techo. El desorden y el caos son mi ámbito natural, pero ya no los tolero con la naturalidad de antes.

El otro día, el viernes, una grabación de tres horas con el joven integrante de una publicación más o menos trotskista. Y otras tres horas de charla. Es impresionante ver cómo, cada tantos años, vuelven a la superficie las mismas impaciencias y locuras, producto de lecturas apresuradas, de segunda mano, y de la facilidad mecanicista. Producto también, hay que reconocerlo, de una auténtica indignación ante la realidad. El problema es que si sólo se sabe lo que *no* se quiere, se hace muy difícil después saber lo que se puede.

Si no fuera porque ya a los veinticinco años yo no estaba de acuerdo con estos énfasis "revolucionarios", pensaría que me estoy poniendo demasiado viejo.

noviembre 8

Sueño con Ruth, mi gran amor de los diecisiete años. Es curioso, creo haber soñado más veces con Ruth que con Bettina, pero reflexionar sobre esto, sobre su verdadero significado, me llevaría demasiado lejos. En los sueños me impresiona su belleza, lo que no tiene nada de raro, ya que en la realidad también me impresionaba. No son ni remotamente sueños eróticos, sólo está ella, por ahí, deslumbrante e intacta, y yo sé que todavía nos une algo muy profundo, algo que misteriosamente instala un cierto orden, una tenue felicidad retrospectiva.

Ver, en el cuaderno de 2002, las anotaciones referidas a *Los ángeles*, a

la chica de la cartera de rafia, etcétera.

noviembre 12

Hice hacer la nueva biblioteca y súbitamente empecé a ordenar el nuevo libro de cuentos. Tal vez, sólo tal vez, haya empezado a salir de un letargo que ya lleva más de dos años. Como debí cambiar la disposición de algunas cosas, tengo la impresora sobre el escritorio. Me molesta bastante pero eso me llevó a imprimir los cuentos. No sería mala idea empezar a hacer lo mismo con los diarios.

noviembre 13

Cinco de la mañana. Corregí, por última vez, "Pava". Debo de haber escrito el primer borrador de este cuento hacia los veinte años, no sé si antes o después del servicio militar, probablemente después. Una primera versión, pésima, se publicó en la revista *Ficción.* No me atreví a incluirlo en *Las otras puertas*, pero sí, para mi desdicha, en la primera edición de *Cuentos crueles*, ya algo modificado. Después lo saqué de allí, creí que para siempre, y lo confiné al infierno de los incorregibles, cuyo demonio principal es "El baldado", ese engendro del que no voy a terminar de avergonzarme nunca. Hace un tiempo, por fin, exhumé un borrador lleno de tachaduras que se estaba deshaciendo de viejo y me decidí a echarle mano definitivamente con la idea rarísima de publicarlo en *El espejo que tiembla*.[6] Lo pasé en limpio y lo abandoné. Ayer a la madrugada, muerto de sueño, me levanté de la cama y le hice de golpe unas últimas correcciones casi sonámbulas. Esta noche se lo di a leer a Sylvia, con una mezcla de vergüenza y de terror. Me dijo que debía publicarlo. La conozco lo suficiente como para creer en su sinceridad, ya que cuando algo no la convence (y este cuento en particular nunca la convenció) me lo dice sin piedad. El hecho es que le gustó, y el hecho es que a mí me gusta creerle. Casi diría yo también que el cuento, ahora, es decorosamente publicable. En algún sentido, se lee bastante mejor que algunos que sí me atreví a publicar sin tantos escrúpulos.

noviembre 16

Sin dormir. Ordenando finalmente los libros en la nueva biblioteca. Si sólo pudiera escribir en estos días uno de los dos cuentos que empecé este año, quizá me convencería de que algo realmente se está recomponiendo en mí. Es domingo. Deben de ser la siete de la mañana. Tengo que dormir un poco.

noviembre 23

Otra vez domingo y otra vez sin dormir. Llueve. Leo, por milésima vez, la historia del doctor Jekyll. Stevenson nunca me convenció del todo, tal vez prejuiciosamente, pero debo reconocer que este pequeño libro es, a su manera, perfecto. Hojeo también los capítulos sobre la temporalidad, de *El ser y la nada*. Releo una vez más *La piel*, de Malaparte. Cuando tenía dieciocho o veinte años me pareció un libro innecesario y casi detestable; desde hace mucho tiempo pienso algo bien distinto. Hay momentos sobrecogedores. Lo artificial son sus diálogos, pero tiene descripciones terribles: los niños de Nápoles, la virgen de Nápoles. Creo que lo dije alguna otra vez: cuando leí ese libro el mentiroso era yo, no Malaparte.[7]

diciembre 23

Siete de la mañana. Me acosté hace un rato, hojeé un poco de Thomas Mann y, por supuesto, no pude dormir. Vuelvo a levantarme para anotar esto, es decir, cualquier cosa. Este año sólo escribí, en los primeros meses, esas páginas sobre Neruda, corregí (creo que más o menos bien) un relato viejísimo, y empecé dos cuentos que no puedo, ni intento, terminar. En suma, nada. Un año muy malo, plagado de dolores físicos y de una terrible sensación de parálisis espiritual. Cuando me siento bien, como hoy, sólo quisiera estar despierto, y hasta me acomete un cierto optimismo. En el fondo de mí, bajo capas y capas de desinterés, dolor e impotencia, hay como un pequeño núcleo fosforescente, algo que no sé cómo llamar. Entreveo a veces un

orden, una posibilidad. Mientras tanto, casi contra mí mismo, empiezo a contestar una larga entrevista que me hace un periodista uruguayo, y corrijo las pruebas de la nueva edición de *Las maquinarias*. Me las dieron hace semanas, y recién anoche me puse a mirarlas. Sigo haciendo las cosas como si fuera eterno, conducta que a mi edad es simplemente un rasgo de locura. Digo "mi edad" y no creo en lo que digo. Hoy, por lo menos, mi edad es un mero giro patético: no tiene nada que ver con lo que siento.

Voy a tener que acostumbrarme a vivir así, en los huecos, a escribir en los huecos.

Dejo de escribir y hojeo lo que anoté durante el año en este cuaderno. Todo lo que hice, se reduce a los dos o tres primeros meses. Dolores aparte, no sé hasta qué punto la guerra en Irak contribuyó a descentrarme... Tampoco sé hasta qué punto anotar algo como esto no es una excusa de mala fe.

diciembre 30

El sábado pasado, mientras Sylvia estaba en Junín, un *verdadero* cólico renal. Solo en casa, creo que fue la noche más espantosa y larga de mi vida. Hasta el gato estaba alarmado. El domingo a la mañana tuve que llamar a Sylvia para que volviera a Buenos Aires. Creo que el mero acto de atreverme a esa llamada empezó a hacerme sentir bien; cuando por fin llegó (y este *cuando* es quizá un *porque*) ya casi había pasado todo. Después dormí como piedra unas veinte horas y hasta pude terminar y corregir, no sé bien cómo, la entrevista para el diario de Uruguay. El 28, Marina vino a la noche para ayudarme con las pruebas de *Las maquinarias*.

diciembre 31

En plena cohetería. Hace dos días terminé, finalmente,

“El desertor”,[8] lo que me llena de un tal vez exagerado optimismo. No son más de ocho páginas, pero allí están, haciéndome sentir que no perdí del todo este año.

Solos con Sylvia en casa. El prudente gato Demetrio, refugiado bajo la cama. Todo en orden.

1 “El habitante de sí mismo”, en *Desconsideraciones*, 2010. [N. de E.]
2 Paola Kaufmann. Su novela *La hermana*, cuya protagonista es Lavinia Dickinson, hermana de Emily Dickinson, ganó en 2003 el Primer Premio del Concurso Hispanoamericano de Casa de las Américas, Cuba. [N. de E.]
3 James Miller, *La pasión de Michel Foucault.* [A.C.]
4 Jorge Luis Borges, *Prosa*, Círculo de lectores, España, 1975. [A.C.]
5 Ninguno de los dos cuentos se publicó en *El espejo que tiembla.* [A.C.]
6 Tampoco ocurrió. [A.C.]
7 Ver *Diarios 1954-1991*, año 1957, pág. 74. [N. de E.]
8 “El desertor”, *El espejo que tiembla*, 2005. [N. de E.]

2004

enero 1

Hace un rato, en la cama, se me ocurrió que el cuento del hombre mayor que, en una librería de viejo, encuentra un libro subrayado y anotado, sin recordar que esas anotaciones fueron hechas de muy joven por él mismo, podría articularse con la visita que aquel compañero de conscripción, Baratti, hoy ingeniero en los Estados Unidos, me hizo hace uno o dos meses. Baratti lo contaría. Pensarlo bien. Hace un rato, al menos, lo sentí todo muy claro.

Releyendo a Kipling. Completamente asombroso que hacia 1888, a los 23 años, haya escrito *Cuentos llanos de las montañas*. Sobre todo porque ese mismo año publicó por lo menos otros cuatro libros.

enero 8

En San Pedro, desde el lunes. Lo *único* que hice desde que llegué fue lidiar con esta computadora, que, por alguna razón, se negaba a entrar en Windows. Finalmente conseguí hacerla funcionar, no sin antes desarmarla, quitarle la tarjeta del módem y reconfigurarla casi por completo. Lo malo de estas mínimas proezas cibernéticas es que, pasado el malhumor, me hacen sentir orgulloso de mi habilidad técnica —que en rigor sólo es empecinamiento paranoico— y, por supuesto, con muchas más ganas de acostarme satisfecho a meditar en las musarañas. Por si fuera poco, olvidé los anteojos de leer en Buenos

Aires. También solucionado, a mi manera. Compré dos pares de lentes descartables que, montados uno sobre el otro, me permiten ver perfectamente.

Leyendo a Sartre: *El escritor y su lenguaje*, y un libro de no sé quién sobre la Gestapo.[1]

Visita a Fernando García Curten. Rosaura, su hija menor, está de vuelta en la Argentina. Lo bueno de los García Curten es que son siempre idénticos a sí mismos, de modo que, estando con ellos, el tiempo se enrosca hacia atrás y allá se detiene.

enero 9

Esta mañana, visita de Fernando. El 24 de este mes damos juntos una especie de charla, en el Salón Dorado de la Municipalidad de San Pedro. El objeto es conseguir dinero para La Casa Museo de Fernando, cuyos techos se están viniendo abajo. Contra toda lógica —la cosa tiene cierto aspecto casual e improvisado, y sobre todo cierto matiz político oficial que no va muy bien conmigo— la idea me gusta.

enero 27

Madrugada. De vuelta en Buenos Aires, desde hace una semana. No pude ir a ese acto. Otro cólico. No puedo dejar de pensar que estos dolores son parte de mi karma: algo que estoy pagando con el cuerpo por tanta vileza, estupidez, maldad y *pérdidas de tiempo* cometidas en vida. Parece una idiotez, pero pensar eso me ayuda a soportar el dolor.

Sylvia tuvo que volver a San Pedro y estoy solo en casa. Ya no sé si me gusta tanto estar solo.

Ya hace unos días, Colin Powell declaró por fin lo que todo el mundo sabía desde hace un año: nunca hubo armas de destrucción masiva en Irak.

Ocho de la mañana. *Nulle* tregua *sine linea*: mi nueva divisa.

enero 30

No olvidar, durante el día, ciertos propósitos clarividentes que me hago cada noche, antes de dormir.

enero 31

Una mosca, hace un momento. Una de esas grandes y horrorosas moscas de verano. Revolotean como ciegas alrededor de uno y se siente asco de sólo pensar que puedan tocarnos. De pronto se quedó quieta, sobre la tulipa verde de la lámpara del escritorio. Estaba a unos treinta centímetros de mí, inmóvil, y yo tenía en la mano *El ABC de la lectura*, de Ezra Pound. En el momento en que iba a matarla, la mosca se restregó las patitas delanteras, una contra otra, y se las pasó por la cabeza con ese movimiento tan parecido al que hacen los gatos. Se la podía ver tan perfectamente bien, tan perfectamente inerme... Resultado: la mosca sigue viva por ahí. Tiendo a pensar que algo comprendió de lo que estuvo por pasarle, porque, tal vez agradecida, no ha vuelto a molestarme.

Hasta hoy, días de un calor injurioso y casi humillante. Por fin, llovió. Estuvo lloviendo hasta hace unos minutos. Inmensa y egoísta sensación de bienestar. Iba a escribir: de paz.

febrero 14

No voy a dar los cursos en marzo, y, si me es posible, tampoco en abril. O en todo caso empezaré en abril sólo con un grupo limitado, los más nuevos y tal vez Natalia, a los que iré agregando el resto más adelante. Emplear todo el tiempo en escribir.

febrero 18, madrugada

Sólo la fecha. Lo raro es que, en este caso, "sólo la fecha" significa exactamente eso.

febrero 27

Milagrosamente, desde hace más de un mes, los riñones me dejaron en paz. No sé por cuánto tiempo pero en paz. Desde hace diez u once días, no fumo. El problema, por supuesto, no es no fumar: es escribir sin fumar. El mero hecho de acercarme a la máquina me lleva, como un reflejo de Pavlov, a buscar una pipa. Fue mucho más sencillo dejar de beber. Me bastó cortar con los hábitos que me llevaban a beber, y como no necesitaba el alcohol para escribir, el esfuerzo, esencialmente, era mínimo: sólo ponía en juego mi voluntad cuando *no* escribía. Esto es completamente distinto. Primero porque fumar me gusta, y tomar nunca me gustó (bebía por el efecto, no por placer), y segundo porque sentarme a escribir y fumar son para mí, desde hace más de *cincuenta* años, casi el mismo acto. Emborracharme y escribir, en cambio, no sólo eran cosas distintas sino antagónicas. Una excluía la otra, de modo que me bastaba con encerrarme a escribir para que la otra desapareciera.

El problema, exactamente, se presenta en ciertos momentos. Al buscar una palabra, por ejemplo, o al detenerme para confirmar la grafía de un nombre en la biblioteca. O ante cualquier dificultad, no ya literaria, sino meramente mecánica: un programa que hace cosas raras, la máquina que se planta. No sé todavía si quiero realmente dejar de fumar, me da tanta lástima. Por mis pipas, por el olor del tabaco. Lo que sé es que si decido no fumar más —hasta ahora no decidí nada: sencillamente no fumo— lo más terrible, cuando escriba,

van a ser las pausas, las esperas.

Hoy vinieron a casa Paola, Vicente y Gloria, y Alejandro. Llegaron a las nueve de la noche y se fueron a eso de las cuatro de la mañana. No sólo no fumé sino que ni siquiera me di cuenta de que no fumé. Lo curioso es que, hasta que no se lo hice notar, ellos tampoco se dieron cuenta.

Tengo, por fin, desde hace varios días, el primer tomo de los *Diarios* de Tolstói.

El escritor Tolstói es perfectamente comprensible; por genial que sea, es diáfano como ciertos mediodías o como ciertas medianoches estrelladas. El hombre Tolstói, en cambio, está más allá de toda comprensión, y creo que él lo sabía. Sobre todo, creo que *eso* era precisamente lo que le pasaba consigo mismo. No podía entender sus propias conductas ni, en algún sentido, sus propias ideas; no podía saber por qué, si esas ideas eran verdaderas y buenas, él mismo no podía seguirlas. Debió de vivir al borde de la desesperación y de la locura, y si no enloqueció fue porque, dotado en exceso en todo sentido, tenía también una gigantesca capacidad de negación, que le permitía la cordura. No sé si esto se entiende bien.

marzo 5

Sigo sin fumar. Lo recordé, de golpe, al mirar una de las anotaciones del mes pasado. O sea que puedo sentarme a escribir, por lo menos en el cuaderno, sin pensar en la pipa. Sólo me faltaría una prueba: terminar “Las larvas” o seguir con *Los ángeles* sin recurrir al tabaco.

¿Qué he hecho en estos días? Releer novelas policiales. Chandler. Está muy lejos de ser el “gran” escritor que quieren ver los defensores

algo culposos del género (entre nosotros, mis amigos Battista, Piglia y Martini, por ejemplo), pero es mucho mejor que unos cuantos literatos "serios", incluidos varios que lo exaltan o lo ignoran. Consigue, a veces, metáforas y diálogos sorprendentes, pero cuando exagera el procedimiento se nota demasiado su esfuerzo por ser siempre ingenioso. Lo mejor, sin duda, ciertos personajes: la chica con que se abre *La hermana menor*, estupenda. Lo mismo, la vieja oligarca que contrata a Marlowe en *La ventana siniestra* (que debería llamarse *La ventana alta*). El comienzo de sus novelas siempre es espléndido. Los argumentos, en cambio, se vuelven demasiado barrocos: en el fondo, y si se los mira bien, no son menos forzados que los de la novela de enigma. Sólo son distintos, sólo parecen estar más cerca de la realidad.

Su fuerte, él tenía razón, es la novela. Los relatos son alargados y más bien resultan novelas policiales frustradas. Salvo un caso, "Te estaré esperando". Ese cuento, a su modo, es perfecto. Lo que voy a decir parece un disparate, pero la sutileza de ciertas ambigüedades, de ciertas informaciones a medias, hacen pensar en un Henry James negro.

Resumen abrupto: como sea, entre la literatura policial de Chandler y la supuesta nueva literatura "literaria" tipo McEwan, me quedo tranquilamente con el viejo Chandler.

SSCV. Tolstói escribía estas iniciales, en caracteres cirílicos, naturalmente, a continuación de la fecha del día siguiente al que acababa de cerrar en su *Diario*. Las iniciales significan: *Si sigo con vida.* Muchas entradas de su *Diario* comienzan con la constatación, no siempre triunfal: Sigo con vida.

marzo 7

Por la tarde, contesto una entrevista telefónica sobre literatura y filosofía sin necesidad de fumar, o mejor, sin recordar que por el momento no fumo. Nada me garantiza, claro, que no volveré a hacerlo mañana. Ayer leí en este mismo cuaderno un apunte de 2002 en que

digo con toda naturalidad: hace dos meses que no fumo. Tiene que ser una mentira o una exageración.

A veces me sorprendo a mí mismo, casi con horror, en mitad de un pensamiento rencoroso o mezquino. No soy, o creo que no soy, capaz de odiar, pero hay momentos en que puedo desearle mucho mal a gente que detesto o que me ha herido, o yo imagino que me ha herido. También creo, y suelo decirlo, que no soy vanidoso. Mentira. Quizá no sea vanidoso como escritor, y no sé; pero en todo lo demás estoy lleno de falso orgullo, de vanidad, de amor propio, y eso es lo que produce en mí el despecho, la mezquindad, la tentación, aunque sea momentánea, de herir, de dañar. Digo tentación y digo mal. Ninguna tentación. Sencillamente sucede: me encuentro, sin previo aviso, metido con el pensamiento en lo peor de mí mismo, imaginando que a alguien le suceden cosas que lo lastiman. Soy capaz de pensar que se las hago yo mismo. Que eso dure unos segundos es lo de menos: el hecho es que sucede.

marzo 8

Sigo con vida, diría Tolstói.

marzo 12

Ayer, un atentado terrorista brutal, en España, voló simultáneamente tres trenes en distintas estaciones de Madrid, a la hora en que la gente va al trabajo. Más de doscientos muertos y miles de heridos. El gobierno español insiste en que fue la ETA; es muy probable, sin embargo, que se trate de una respuesta de Al Qaeda por la colaboración española con Estados Unidos en Irak. Ayer hablé por teléfono a España: Félix Grande también cree o quiere creer que fue la ETA, y teme que esto beneficie al partido derechista de Aznar en las elecciones del sábado. Yo no estoy tan seguro. Hoy, en una reunión,

conversé con el embajador de España. No se atrevió a culpar a la ETA, pero era evidente que quería creerlo, o que yo lo creyera. Supongo que en ese mismo instante me convencí de que el atentado proviene de Al Qaeda, no de los vascos. Esto no lo hace ni mejor ni peor, por supuesto, y, sobre todo, no resucita un solo muerto, pero cambia por completo el futuro político de España.

Hace un rato, un repudio masivo de los españoles al gobierno de Aznar.

marzo 15

Fue Al Qaeda y media Europa está aterrorizada. En España, ganaron los socialistas. Van a retirar las tropas españolas de Irak. En algún sentido, todo esto es lo de menos. Si era necesario ver volar tres estaciones de trenes, a la hora del trabajo, para deshacerse de Aznar y retirar las tropas, algo sigue muy mal en España. Si hacen falta brutalidades de este calibre para que los gobiernos empiecen a meditar que el apoyo a los Estados Unidos en Medio Oriente fue una infamia, algo anda muy mal en el mundo.

La paradoja es ésta: Si Al Qaeda, con sus atentados, ha conseguido el repudio de los españoles a Aznar, el triunfo del socialismo español, el descrédito de Bush, eso significa que *políticamente* los actos terroristas cumplieron sus fines, y eso es como decir que, de algún modo, se justifican. Y cuando los fines empiezan a justificar los medios...

marzo 17 o 18

Intento escribir a mano. Copio esto de un papel. Me pregunto por qué, en los años setenta, no había anotaciones políticas como las anteriores en mi Diario. La única respuesta más o menos decorosa que se me

ocurre es que entonces tenía una revista: el mundo social, histórico, iba, de algún modo, a parar a ella, y el mundo personal y subjetivo al cuaderno.

Otra respuesta, menos agradable para mí, es que mi mundo subjetivo sea cada día menos problemático, más estúpido, más viejo. Otra, todavía: que el mundo se haya puesto de verdad invivible.

marzo 23

Los ángeles. Entre otras anotaciones, que ya veré: qué pasa si Otálora (o Lotito, o Lomuto, o como finalmente se llame) tiene una especie de hobby demente. Lleva un cuaderno, muy minucioso, secreto, exclusivamente dedicado a señalar los errores de Borges. La imposibilidad arquitectónica de la biblioteca de Babel (la imposibilidad de trasladarse a los hexágonos laterales, ya que dos puertas sólo permiten recorrerla en una dirección, etc.), la cita errónea de Shakespeare, la confusión entre Florencia y Venecia (en *Siete noches*), la atribución de "Onorate l'altisimo poeta" a Virgilio, en la *Divina Comedia*...

marzo 25

Tres y media de la mañana. La cabeza vacía. No fumar me hace sentir físicamente bien, o eso creo, pero me impide escribir y hasta pensar en escribir. Sólo puedo leer. Estoy hojeando un libro de Benda sobre el problema de la llamada literatura pura. Me interesa. Claro que su primera propuesta es alarmante, por no decir delirante. Dice que su esfuerzo es "hablar de la literatura de nuestro tiempo, olvidando que es el nuestro, como lo haría un historiador de las letras francesas del siglo xxx, o tal como nosotros hablamos de los escritores de la época de san Luis". Parece no darse cuenta de que para hacer esto debería saber cómo será el siglo xxx, cuáles sus criterios (y hasta prejuicios)

estéticos, filosóficos, *etc.* Lo que Benda quiere decir, claro, es que conviene olvidar las modas y opiniones dominantes actuales, las vanguardias, etc., y juzgar a los escritores de nuestro tiempo (él sólo se refiere a Francia, por supuesto) según ciertos valores perdurables o universales, cosa que también es un poco presuntuosa, pero que no deja de ser saludable en medio de tanta bambolla, originalidad al uso y hermetismo aristocrático. Lo que me gusta es la tesis, que es más o menos así: los escritores más "representativos" de una época no son necesariamente los que, con el tiempo, serán juzgados los más grandes. (Y que, por lo tanto, podría agregarse, serán también los más representativos en un sentido esencial.)

siete y media de la tarde

Estuvieron en casa "el Goma", o sea Juan Carlos Gómez (ensayista, witoldiano y maestro de ajedrez, según dijo), y un escritor polaco, muy simpático y muy culto que habla perfectamente el castellano. Se llama Rajmund. El tema de la visita, la mesa redonda del 16 de abril, organizada por la embajada polaca, como uno de los homenajes por el año Gombrowicz. Seríamos dos argentinos y dos polacos, y quizá Sergio Pitol, si es que puede viajar. Al polaco le fascinó mi teoría de que el duelo de *Ferdydurke* entre Filimor y Filifor puede ser leído como una parodia del de Naphta y Settembrini, en *La montaña mágica.* Duelo que a su vez es un eco del de *Demonios.* Me pide que escriba sobre eso para publicarlo en Polonia, cosa que, naturalmente, no estoy muy dispuesto a hacer. Aunque tal vez, si se me organizan las ideas por virtud de la mesa redonda, anoto algo sobre el tema y algún día se lo mando. Podría agregarse a eso la similitud entre la teoría de "los dos mundos", de Hesse, en *Demian*, y la de aquel cuento de Gombrowicz que, si no me equivoco, se llama "La virginidad".

Para mi sorpresa, Rajmund me muestra una antología polaca de 1980 en la que figuran dos cuentos míos,
"La madre de Ernesto" y "Volvedor".

marzo 27

Dos de la mañana. Sesenta y nueve años. SCV.

Gómez me dio ayer un original suyo sobre Gombrowicz, que se va a publicar en Polonia, con la sugerencia, algo imperiosa, de que “si me gusta mucho” se lo presente cuando se edite en la Argentina. Lo empiezo a leer con infinita desconfianza. No obstante, o quizá por eso, me gusta bastante. Esto suele ocurrir: los prejuicios adversos tienden a mejorar un texto ajeno. Debo leerlo ahora sin prejuicios de ninguna clase, para saber cuáles son realmente sus méritos, aunque creo que efectivamente los tiene. El problema es él, Gómez. Un poco demasiado bromista para mi gusto, un poco demasiado invasor. Uno de esos personajes que lo ven a uno por primera vez y actúan como si hubieran pasado su vida comiendo asado con nosotros. Es un poco mayor que yo. Pertenecía, con Di Paola Levin, a aquel grupo de muchachos que en los cincuenta o sesenta cortejaba a Witold Gombrowicz. Es aquel al que Gombrowicz llamaba el *Goma*.

Sin embargo, el Goma es, a su modo, un tipo bastante interesante. Estudió ciencias exactas. Problema: habla de más. No es que hable mucho, lo que no sería grave: habla de más.

mayo 12

En abril, nada. Nada de nada. Salvo quizá el discurso de apertura de la Feria del Libro,[2] que tuvo una repercusión inexplicable. Nunca había hablado delante de tanta gente: había, según los diarios, mil quinientas personas. En realidad, no hablé: leí. Parece que la ovación fue muy larga y muy cálida, y digo “parece” porque la verdad es que yo no me di mucha cuenta: estaba como ausente, y no me sentía demasiado bien. Apenas había dormido en los últimos tres días. A la

tarde siguiente era la mesa polaca en homenaje a Gombrowicz, pero estaba tan cansado que no pude moverme de la cama. Cosa rara. Había estado preparando mi intervención sobre Gombrowicz durante casi dos semanas, sin pensar en absoluto que, el día anterior, me tocaba inaugurar la Feria, y finalmente terminé escribiendo ese discurso inaugural, semidormido, sin darle mucha importancia, la última madrugada —unas horas antes de la lectura todavía lo estaba escribiendo—, pero no pude ir al acto de Gombrowicz, que sí me importaba.
Supongo que hace unos años podría haber hecho las dos cosas. Para decir la verdad, esta vez también podría haberlas hecho. Pero me sucedió algo fácil de contar pero difícil de explicar: me dio miedo. Miedo de no soportar el esfuerzo.

Hay un cuento de Horacio Quiroga, no muy bueno, una especie de alegoría, que leí hace muchísimos años y que se adecua perfectamente a lo que sentí. El cuento es sobre un caballo.[3] Siempre temí que me pasara eso. O mejor, siempre pensé que si algún día llegaba a pasarme...

mayo 13

“Nada de nada en abril”, dice ahí arriba. Lo que prueba mi gigantesco egoísmo. En abril le dieron a Sylvia en la Feria del Libro un premio por *El país del viento*, y además sale la reedición, y además se vuelve a publicar *El Parque.*

mayo 15

Soñé que escribía. Escribía a mano, con enorme dificultad, con un esfuerzo inmenso. Mi letra era pequeñísima; debía apretar mucho la lapicera, un bolígrafo, para dibujar penosamente cada palabra. Era un apunte que tenía que ver con “Las larvas”, un apunte muy breve.

Sentía, sin embargo, una especie de satisfacción, de alegría, por haberlo hecho.

No se trató meramente de un deseo; ésa es la interpretación más trivial, tan evidente que resulta imbécil. Fue ese tipo de sueños donde nos marcamos un camino, sueños que nos dicen cómo debemos obrar.

mayo 18

Me gustaría saber qué me pasó, exactamente, anoche en la Biblioteca de Berazategui.

Es una modesta biblioteca casi "de pueblo", que se mantiene gracias a la cuota (¡cuatro pesos!) que pagan sus socios. Celebraban su libro cuarenta mil y eligieron *El que tiene sed* para darle ese número. En esa biblioteca todos me estiman y he estado por lo menos tres veces allí, en los años sesenta. Sylvia no pudo acompañarme porque su madre está parando en casa. Fui con Josefina y Hernán, los dos sobrinos menores de Sylvia, y con Marina Porcelli, que apareció a último momento. En Berazategui me encontré además con Ricardo Maneiro y con Graciela. Digamos, el ámbito propicio, y hasta el humor propicio. Sin embargo, todo muy mal. Por supuesto a ellos pareció gustarles y a la gente también. Pero yo sé que no estuve a la altura de la situación. Habría hecho bien en callarme unas cuantas cosas que dije, por más que esas cosas fueran las que a la mayoría les gustaron. Yo mismo propuse que me hicieran preguntas y, sin embargo, las preguntas me irritaban. La gente creía que yo estaba hablando con ellos o para ellos y yo hablaba con nadie, remoto y helado como un visitante de otro planeta. Doblemente helado, porque además tenía frío en las piernas. Lo que no sé es si los demás se dan cuenta de estas cosas.

Son las nueve de la mañana y todavía no pude dormir. Hoy mismo llamo a la Biblioteca para agradecerles lo del libro, cosa que no hice, o

que hice tan mal que es como si no lo hubiera hecho.

mayo 20

Cinco y media de la mañana. Hoy sería el cumpleaños de tía Lilia.

Esta tarde, es decir, ayer a la tarde, un ataque de malhumor, aunque mejor sería decir de furia, por encima de toda proporción. Causa: no encontrar unos documentos. Pero pudo haber sido cualquier otra cosa. Ninguna pose. Estaba solo, tenía, además, perfecta conciencia de que todo era una exageración. Hay días en que el menor obstáculo, la menor dificultad, puede ponerme al borde de la locura. Las soluciones que se me ocurren en esos momentos son grotescas, ridículas, desmesuradas, y —aunque lo sé, lo sé durante todo el tiempo— no puedo controlarlas. Cuando el problema desaparece, es como si nunca hubiera sucedido.

Es casi aterradora la violencia que puedo sentir en ciertos sueños. Despertar, en esos casos, produce una especie de serena felicidad: *No soy ése*, pienso. Pero cómo saber que *no* soy ése, cómo no pensar que tal vez soy exactamente ése. Cuando dejé de tomar llegué a creer que el monstruo que a veces era yo estando borracho no era realmente yo, era el alcohol, era "la enfermedad". Tal vez haya sido útil imaginar eso al principio, pero mucho me temo que ésas son excusas tan enfermas como la famosa enfermedad. Yo era totalmente yo cuando bebía, como soy totalmente yo cuando sueño, como soy enteramente yo cuando me enfurezco como un criminal por una estupidez.

Prometí ponerme a escribir cuando la madre de Sylvia vuelva a Junín y la casa se normalice un poco.

mayo 22

SCV. Sigo con vida y sin fumar. Cinco y media de la mañana: acabo de levantarme. Mis horarios de los últimos tiempos (tal vez podría escribir de los últimos sesenta años) han entrado en la anarquía total. Ésta es la hora en que, en mis mejores épocas, suelo o solía acostarme. No habría nada malo en esta nueva inversión de horarios si no fuera que, durante el día, o al menos en las primeras horas de la tarde, soy una absoluta nulidad.

julio 11

Hoy es el primer día más o menos normal después de una gripe que va durando dos semanas. Los primeros siete u ocho o días con picos de 40º de fiebre. Ideas rarísimas, ninguna utilizable. No podía leer. Me pasaba los días y las noches buscando figuras en las sombras de las paredes. La reproducción de *La silla de Van Gogh*, que tengo en el dormitorio, podía transformarse en una especie de gobelino móvil, donde se veían la cabeza de un gato, idéntico a Demetrio, y hasta mi propia cara. Hace tres días pude empezar a hojear algún libro y la (ritual, en estos casos) colección de la revista *Más Allá*, que, es casi arqueológico constatarlo, aparecía hace medio siglo. Finalmente, pude leer en esa revista una novela de ciencia ficción que me adeudaba hace cincuenta años: *El hombre aniquilado*, de Alfred Bester. Disparate total. Me gustaría saber qué hubiera pensado cuando tenía diecinueve años.

Leí también una nueva y pésima traducción española de *El sonido y la furia.* El traductor no intenta reproducir, en el monólogo de Benji, la divertida jerga de los muchachos negros, con lo que consigue sin ninguna dificultad agravar el caos faulkneriano hasta lo absolutamente incomprensible. Como en esta versión, hecha seguramente sobre alguna corrección de Faulkner, el censo de personajes está al final de la novela (y espero que esto sea idea de Faulkner, no del traductor) es imposible saber quién habla. En resumen: se tiene la idea de que el traductor no entendía una palabra

de lo que estaba escribiendo.

julio 15

Mejorando, parece. Las dos últimas semanas no di el curso: hoy tengo planeado darlo. Son las nueve y media de la mañana; estoy despierto desde las dos, y levantado desde la siete. Si consigo dormir un rato a la tarde, todo irá bien. Le he hecho pasar a Sylvia unos días atroces. Lo peor de todo es ese dolor de cintura, o que empieza en la cadera y sólo me permite estar acostado.

En este momento, todo bien.

julio 20

Me despierto a las siete de la mañana, me levanto a eso de las nueve, salgo a hacer unos trámites con Sylvia. Estos días volví a leer *Demonios*. Con mucha atención y sin saltear nada. La misma impresión penosa de la primavera vez. No se puede soportar un libro donde *todos* los personajes están locos: el único carácter creíble de este libro es Varvara Petrovna, aunque a veces ella también... Con todo, las mujeres de *Demonios* son más verosímiles que los hombres. El problema es el siguiente: Dostoievski se propone parodiar a los nihilistas y a los intelectuales progresistas como Stepán, pero la parodia es precisamente un género que a Dostoievski no le está permitido, sin contar que, en gran medida, los nihilistas rusos ya eran en sí mismos su propia parodia.

Stavroguin, por supuesto, es un gran personaje, pero no estoy nada seguro de que Dostoievski supiera qué quiso hacer con él.

julio 22

Ayer, por primera vez en más de veinte días salí a la calle. Fuimos al centro con Sylvia y aproveché para meterme en la librería Losada, de Corrientes. Tenía pensado comprar *El cuarteto de Alejandría* para

regalárselo a Josefina, pero no lo encontré y terminé gastándome seiscientos pesos (doscientos dólares) en libros. Entre ellos, la *Obra completa* de Goethe, en cinco tomos, sólo para leer la "Elegía de Marienbad", que no conozco. También compré los relatos y novelas de Sartre y su teatro completo, en dos tomos encuadernados. Supongo que se trata de un conjuro contra la idea de la muerte, que me venía molestando bastante en los últimos tiempos.

Busco en mi nuevo Goethe la "Elegía de Marienbad": no la encuentro. En el tomo de las poesías no está, y tampoco en los otros, aunque Cansinos Assens, en el prólogo, dice, con misteriosa y lacónica vaguedad, que "se la hallará en el lugar correspondiente de este libro". ¿Cuál es el lugar correspondiente? Dicho sea de paso, la traducción es insoportable. Por si esto fuera poco, todos los nombres propios están españolizados: Guillermo Meister, etcétera. ¿Por qué entonces le dejó el Johann a Goethe?

Hay que poner mucho de uno mismo para que Goethe, por lo menos el viejo Goethe consejero secreto, resulte una *persona* agradable, o tal vez Cansinos, con la excusa de defenderlo, lo desmoronó para siempre. Habla de la biografía maligna de Lewis, desacredita sus anécdotas probablemente apócrifas, pero termina contándolas él también. Hace lo mismo al citar a Bettina Brentano. Aclara que la anécdota es dudosa, "viniendo de quien viene", y ahí nomás nos sirve la dudosa historia…

Cosa que yo no voy a hacer.

Hoy es jueves. El curso. Antes, a las cinco, vienen a hacerme una entrevista para la televisión sobre mi relación con el ajedrez.

La acepté para salir de la abulia, de la cama, de la inercia.

Festejamos, hace unos días, el cumpleaños atrasado de Sylvia. Una reunión divertida como aquellas de Pueyrredón. Salvo Alberto Díaz y María José, de Seix Barral, todos los demás habían pasado por mi taller en algún momento de los últimos 25 años. Atmósfera festiva y ruidosa. Sylvia se vistió de noche y yo me puse traje azul y corbata.

julio 24

Encuentro un poema que Goethe mandó, desde Marienbad, en 1823, a sus amigos de Weimar, pero esa tontería no puede ser la "Elegía", aunque allí se aluda de algún modo a Ulrike. En resumen: no encuentro la "Elegía de Marienbad". Leo, con bastante decepción, la célebre despedida a Friederike, de su juventud, que pasa por ser uno de los momentos más altos de la lírica germánica. Por supuesto, todos esos poemas habría que leerlos en alemán. O traducidos por un gran poeta, cosa que Cansinos Assens dista mucho de ser.

Día malo. Me levanto y, de golpe, ese repentino dolor en la cadera o en la cintura: lo único seguro es que *no es* un cólico renal. Me obligo a salir a la calle, doy una vuelta con Sylvia y, de pronto, en plena Rivadavia, el dolor. Alcanzo a volver hasta Pichincha y, en pleno día, vomito contra un árbol delante de más o menos casi todo el mundo. Se me pasa casi de inmediato. Vuelvo a casa, me siento un momento y, por puro empecinamiento, vuelvo a salir. Eso fue alrededor del mediodía. Ahora son las cuatro y media de la tarde y, relativamente, estoy bien.

agosto 2

Todo parece haber entrado en una cierta normalidad. Cierta o incierta, según se lo mire.

Para Teodora: “Vos, de jovencito, debías ser de los que creían que las mujeres no roncan”.

agosto 3

¡Encuentro por fin la “Elegía”! *No está* en el anunciado “lugar correspondiente del libro” sino más bien en cualquier lugar del libro, y no figura como “de Marienbad” sino simplemente como “Elegía”, lo que dificulta su hallazgo y más bien la oculta, ya que elegías hay unas cuantas. En alemán debe ser muy impresionante; algo, como un eco muy remoto, queda en la traducción. La encuentro así:

De golpe, a la madrugada, me levanto para buscar un libro cualquiera, uno que no fuera de los que tuve todo este tiempo sobre la mesa de noche. Tomo al azar los *Momentos estelares de la humanidad*, de Stefan Zweig, donde doy (sin buscarlo, sin siquiera recordar que estaba allí) con un hermoso capítulo dedicado a la “Elegía”, en que Zweig cita varios versos. Con esos versos de mapa, los rastreo en el primer tomo de Goethe, y allí están.

Cosas de este tipo son como hilachas, muy tenues, casi transparentes, de felicidad.

agosto 6

Ordenando, con la inapreciable y serena ayuda de Josefina, carpetas y papeles. Y sobre todo tirándolos a la basura. Un pálido sustituto de trabajo, pero, al fin, algo. Encuentro las cartas de Cortázar, de Sabato, dos o tres de Carlos Fuentes, hasta una de Victoria Ocampo. No encuentro la de Mujica Lainez, que era muy generosa, y la única que tenía de él. Es increíble la cantidad de traductores a los que nunca les contesté.

Ayer, taller un poco borrascoso. Espero haber sido, a los 23 o 24 años, menos insoportable que alguno de estos ejemplares a quienes les

gusta discutir sin pensar y que ya me tienen un poco harto. Paola me dijo la otra vez que, casi por principio, me llevo mal con los varones. Perfectamente cierto, pero también puede verse al revés: ellos necesitan llevarse un poco mal conmigo, sobre todo si hay mujeres presentes. Un resabio zoológico de la lucha por ser el macho dominante. Algo así como reafirmar la virilidad por la vía del espíritu.

Hay ciertas estupideces ante las que no puedo ser paciente, aunque quiera. Y no sé si eso está bien o mal.

Mañana, viajamos con Sylvia a San Pedro. Me parece muy bien, me parece, además, muy necesario.

agosto 20

Hernán me trajo esta noche el segundo tomo de los *Diarios* de Tolstói.

agosto 23

El otro día, un sábado (no este que pasó sino el anterior), más o menos a las seis y media de la mañana. Oigo ruidos en la calle, me asomo al balcón. Es casi de día y además todavía están encendidas todas las luces de la calle y los farolones de las veredas. Veo, enfrente, a una pareja. Están haciendo el amor, aunque quizá el verbo sea fornicar, de pie, a la vista y paciencia de cualquiera que pase. Y lo formidable es que algunos pasan, no sólo en autos y colectivos, sino hasta caminando. Ellos están contra una puerta que da casi frente a mi balcón. La chica se ha bajado los pantalones y él intenta (si es que lo intenta) taparla un poco con una especie de gabán, que se ha quitado. Por lo menos dos personas pasaron por esa vereda, junto a ellos. Yo los miraba, hipnotizado, y no del todo ajeno a mi propia pornografía. Lo repito: ya era de mañana. Terminaron, o por lo menos él terminó,

ella se subió los pantalones, y a seguir caminando por Balvanera.

No me permito sacar ninguna conclusión de lo anterior: simplemente lo anoto.

septiembre 2

La semana pasada, el 28 de agosto, murió Isidoro Blaisten, uno de los pocos amigos que me quedaban de la época de *El Escarabajo*. Yo lo quería mucho, y él a mí. Era una de esas personas, tan raras en este mundo, con las que se podía seguir siendo amigo por encima de las diferencias ideológicas. Escribió algunos libros de cuentos admirables, y esos cuentos, estoy seguro, van a quedar. Cuántas veces nos emborrachamos juntos, cuántas veces nos reímos juntos, qué pocas veces hablamos de literatura. Bueno, hermano Ike, chau.

septiembre 4

La pregunta es: Si en todo este año no he hecho otra cosa que pensar en la vejez y en la muerte, ¿por qué no lo anoto?, ¿por qué no hablo *nunca* de eso en mi diario?

septiembre 16

Cuatro de la mañana. Treinta y tantas horas sin dormir. ¿Desde hace cuánto tiempo *mi cuerpo* no podía hacer esto? Si mañana, es decir hoy, no me levanto deshecho o semiinutilizado tal vez haya encontrado una cierta solución al problema del dolor. Hoy he conseguido hacer como si el dolor no existiera, y desapareció. Toda la semana pasada fue bastante mala, y el domingo, cuando estaba solo (Sylvia había viajado a Junín) me dejé sorprender y llegó un momento en que ya no pude detenerlo. De cualquier manera pude, por fin, hacer una serie de cosas pendientes. Pasar, con Josefina, todas las correcciones de los cuentos que había hecho para la edición de Alfaguara, ordenar la biblioteca, etcétera.

Otro día sigo con esto. Quiero irme a la cama porque estoy muy cansado, pero no me resisto a anotar algo más. Volví a leer todo el formidable y demencial *Cuarteto de Alejandría*, o mejor, es la primera vez que leo los dos últimos libros con la debida atención. Se me ocurrió un título en broma para una crítica que, por descontado, no escribiré nunca: "*El cuarteto de Alejandría* o como arruinar *Justine*, novela de amor perfecta". Josefina, que ama a Justine pero sobre todo a Darley, se rio mucho cuando se lo comenté. Ella *siente* exactamente eso, claro. Estoy releyendo *La piel de zapa.* Por supuesto, mi maestro Van Hutten se equivoca cuando dice que el personaje siente temblar la piel en su mano.[4] Es peor. El personaje de Balzac *no* siente, no se da cuenta de que la piel cambia de textura, se suaviza y *le envuelve* la mano. Mi madre.

¿Por qué no verificaré mis citas antes de deslumbrarme a mí mismo con mi "prodigiosa" memoria?

septiembre 24

La madre de Sylvia en casa. Una buena ocasión para demostrarme que, si realmente tengo ganas o necesidad de hacerlo, puedo escribir en cualquier condición, y para rectificar, de paso, aquello que anoté hace unos meses.

Sueño a menudo con mi casa de la calle Pueyrredón. Suelen ocurrir desastres en esos sueños. Anoche fue un terremoto. Veía cómo se agrietaban y estallaban las paredes del edificio, la gente, Sylvia y yo entre ellos, corría escaleras abajo pero, por alguna razón, yo sabía que a nosotros no nos amenazaba ningún peligro. Era, al menos para mí, una suerte de juego o de deporte delirante. Cuando todo pasaba, Sylvia y yo volvíamos a subir y nuestro departamento estaba relativamente intacto. En el sueño también existía *esta* casa; sin embargo, sentía que, antes de volver acá, yo debía reparar aquélla.

También soñé con papá. Ese sueño saltaba otra vez a Pueyrredón. La risa de Sylvia, en el sueño.

septiembre 25

Ocho de la mañana. El correo electrónico es una invención diabólica. Por un mensaje cuerdo que recibo, me llegan diez de locos. O de locas. Porque parece que, por alguna razón que no me detengo a investigar, este invento es utilizado, sobre todo, por las mujeres.

Hablando de mujeres. El otro día, en el taller, hice una encendida defensa de la mujer *en general.* Sólo por hablar o para hacerme el simpático con mis alumnas. Mi mala fe es increíble.

octubre 1

Cuatro de la mañana. El dolor siempre ahí, agazapado en mi cintura o en mi cadera, estalla de golpe y luego desaparece. O lo hago desaparecer, acostándome de espaldas un rato.

Sigo, lentamente, ordenando mis libros. Formidable y cómico hallazgo de Lawrence Durrell. Dice, más o menos, que la famosa sonrisa de la Gioconda, para Darley, es la de una mujer que acaba de comerse a su marido. (En *Balthazar.*)

octubre 3

Cinco y media de la mañana, después de pasar en la cama, sin ningún motivo, unas 24 horas. Leí.

...Y he aquí que el Doxtrán Flex, o sea el analgésico que me había recetado el doctor Larguía con entusiasmo, acaba de ser retirado de circulación por su propio laboratorio a causa de sus efectos adversos. El viernes llegó Sylvia con el diario y me mostró la noticia. Otra curiosidad: que ella se haya detenido a leerla, ya que en el título no se mencionaba para nada el nombre de las pastillas. No tan curioso;

significa que he conseguido preocuparla, lo que no me enorgullece en absoluto.

Releo por tercera o cuarta vez *El extranjero.* Como en mi adolescencia, sigue sin impresionarme y siempre me resulta inconexo ese demasiado elocuente alegato final. Uno tiene la impresión de que el protagonista no puede sentir eso. Incluso, contra mis propias viejas opiniones, *La peste* es infinitamente mejor. Vuelvo a leer *Calígula:* estupenda.

Estoy escuchando *Melodía desencadenada*, que, en esta versión, se llama *Melodía encadenada.*

octubre 14

Cinco y media de la tarde. Días casi normales. Sólo que no he escrito una línea. O sea, días *absolutamente normales*.

Mi último cuento, "El desertor", lo escribí hace meses. Debo sacarme de encima esta sensación de haber terminado para siempre de escribir.

Cuando tenía 20 años no hacía más que hablar de la muerte. Ahora, que ya podría y acaso debería mirarla como un adulto, cara a cara, me hago el distraído. Hasta hace unos años, por lo menos me hacía el inmortal, ahora le ando huyendo al pensamiento, como más o menos decía Heidegger. Pero no, en el fondo es otra cosa. O es también otra cosa. Me da miedo que Sylvia lea algún día lo que pienso o temo de la muerte, y se entristezca. Lo que significa que tengo a la muerte muy presente, ya que sólo la imagino leyendo este diario después de mi muerte.

Contra todo lo que podrían hacer sospechar estas palabras, hoy me siento bien. Me siento casi alegre, no me duele nada. Estoy libre de ideas catastróficas. Me levanté a una hora razonable (dos de la tarde) y hace un día espléndido de primavera. Un día convencionalmente espléndido, para decir la verdad. Es, que yo recuerde, la única primavera en muchos años, el único octubre, en que no llueve.

Leo las *Memorias de un burgués*, de Sándor Márai. Encuentro esta frase, que parece escucharse: *El que tiene miedo grita. Así es que, por miedo, yo empecé a escribir.*

octubre 15

Sylvia hablando con Josefina de *La orfandad*, la novela que está escribiendo. Intervengo yo en la conversación, de manera abrupta, bromista y perfectamente estúpida y desconsiderada. Sylvia, aunque no lo dice, se molesta con toda razón. ¿Cómo es posible que a esta altura de mi vida yo haga este tipo de cosas? ¿Qué aprendí acerca de la sensibilidad de los otros?

octubre 19

Terminado *El espejo que tiembla.* Le mando una copia a Alberto Díaz (esto fue el jueves de la semana pasada) y esta mañana, es decir, ayer lunes, me llama entusiasmado. Me comenta los once cuentos, uno por uno. Por supuesto, Alberto es amigo mío, pero siendo además mi editor y el responsable de la Biblioteca Breve, por qué no creerle. Sí, ya sé, a esto podría llamársele la *Sancta Simplicitas* de los autores.

noviembre 1

Durante todo este tiempo, los dolores, igual. Van, vienen, pero sobre todo están ahí. Ya estoy olvidando, y tengo miedo de olvidar por

completo, cómo era sentirse bien; tengo miedo de conformarme con esto, con que no me duela demasiado.

Hoy van a venir a casa Paola, Ernestina, Alejandro y alguno más. Especie de *revival* con la excusa de despedir a Paola que viaja a Hungría.

Me despierto a media tarde y tengo la ilusión de que todo irá bien.

Leo. Leo mucho.

noviembre 2

La reunión en casa, perfecta.

Nos reímos como en las mejores épocas del taller. Hice el payaso y me sentí bien.

Lo importante, ahora, es lo siguiente. Son las cuatro menos veinte de la mañana y estoy corrigiendo un cuento.

noviembre 5

¿Por qué no volver a escribir a mano, en un cuaderno de verdad?

Esto lo pensé hace un momento. Me levanté, fui al escritorio, y acá estoy, inaugurando en la cama este cuaderno. Es bastante curioso que hoy, que no me duele (casi) nada, haya tomado esta determinación. Pero escribir, qué. Desde que tomé conciencia (a principios de 2004) de que el año que viene cumplo setenta años no he estado absolutamente sano un día completo. ¿Es psicológico? ¿O es sencillamente la edad? Una vez escribí, en un cuento, que un día yo iba a envejecer de golpe. ¿Estoy en eso?

noviembre 15

Seis de la tarde. Es el primer día, en muchos, que estoy despierto a la tarde.

noviembre 18

Sé perfectamente que hay un gran componente psicológico negativo en mi estado anímico actual, pero la parte física tiene demasiado que ver. Me siento un lisiado. Ayer, es decir el martes (ahora son las cuatro y media de la mañana del jueves, de modo que sigo en miércoles) no pude ir a hacerme los análisis que le había prometido a Sylvia. Ayuné doce horas, me levanté a las seis de la mañana, pero cuando llegó la hora de salir no pude. No era tanto el dolor como la sensación de impotencia, de ruina, de deshecho. Desde entonces tengo una depresión mortal. He estado leyendo los diarios de los últimos años de Tolstói, lo que, naturalmente, no me sirvió para nada, quiero decir: me hizo peor. No sé cómo voy a remontar esto, pero *debo* remontarlo, debo sacarme yo mismo de los pelos, como el barón famoso. Hace un rato estaba en cama. Me levanté sólo para encender la máquina y ver si tenía algún correo, sencillamente por hacer algo que no fuera estar tirado en la cama. Había un mensaje de Sandra, desde Alemania, y me forcé a contestarlo simulando un buen humor que no siento. También, antes, releí "La borrasca" (o "La ventisca", según la traducción de Galina Tolmacheva) y "El Diablo". El primero es sencillamente milagroso. ¿Cómo se hace para escribir así?

Dentro de unas horas, me hago por fin algunos análisis, y la radiografía de las caderas. Sólo he cambiado el lugar adonde debo ir; es acá a la vuelta, y ni siquiera sale tan caro como temía. Esto, por lo menos, debo de ser capaz de hacerlo. No puedo permitir que me pase lo del martes.

Lo único que ahora quiero escribir es esto: cuidado con la autocompasión.

noviembre 20

Siete de la mañana. Fui, el jueves, a hacerme el análisis y las radiografías. Lo que significa que salí de casa después de dos o tres semanas de enclaustramiento. Durante todos estos días, bien. Sólo empezó a dolerme anoche, pero creo que en gran parte era hambre: Sylvia no está, viajó a Junín con Hernán y Josefina, por el cumpleaños de la hermana, y por supuesto no fui capaz, en todo el día, de levantarme a comer. A las dos y media de la mañana tomé un calmante fuerte, y acá estoy.

Mi negativa a asistir al Congreso de la Lengua (fundada al principio en razones ideológicas o éticas, y luego agudizada, o empalidecida, por una mera imposibilidad física) ha causado un pequeño revuelo. Muy pequeño, naturalmente. Pero me demostró que hay alguna gente joven que hubiera desaprobado esa asistencia y que se siente contenta al ver que no he ido.

noviembre 21

Madrugada del domingo. En términos generales, un sábado excelente. Salí a caminar a la mañana. Sofía di Scala, una chica marplatense, me escribe para decirme que está perturbada y dolorida por lo que me hicieron los organizadores del Congreso de la Lengua. Lo leyó en un diario de Mar del Plata. La verdad, no sé qué me hicieron. Espero que no sea alguna versión disparatada de mi conversación con Maximiliano Tomas en la que hayan omitido mi indignación por lo que *pensaban hacerle* a García Márquez (no invitarlo) o lo que efectivamente le hicieron (no invitarlo) a Fernández Retamar. Lo que yo dije fue que si no se lo invitaba a García Márquez por sus proposiciones (disparatadas, la verdad sea dicha) sobre la simplificación de la ortografía, etc., entonces, de estar vivo Sarmiento, tampoco se lo habría invitado, ni a Andrés Bello, ni tampoco al Premio Nobel español de poesía, Juan Ramón Jiménez, que como todo el mundo sabe escribía jota por ge y ese por equis.

Son ahora las cinco de la mañana. Terminé de apuntar lo de arriba y

le contesté largamente a Sofía. Lo hice, para decir la verdad, como una doble obligación: demostrarme que, aun sin ganas, puedo escribir si me lo propongo; contestarle de la mejor manera posible a una chica de veinte años que, sabrá Dios por qué, me tiene cariño: sólo una o dos veces le contesté. Su mensaje dice: "Aunque usted no me escriba, yo le seguiré escribiendo de vez en cuando. Yo ya sé que usted me lee y eso es lo importante".

diciembre 9

Dos y media de la tarde. Desde hace unas semanas he conseguido invertir mi ciclo del sueño: me despierto a la mañana y me duermo, a más tardar, a las tres de la madrugada. Con alguna posta de sueño, de dos o tres horas, en cualquier momento. Algo así como una siesta. No tengo la menor idea de para qué puede servirme, ni de cuánto va a durar; pero, aunque no escribo (sólo cartas electrónicas, sólo este cuaderno a veces), me siento bastante humano. Los análisis, según Larguía, perfectamente y casi asombrosamente normales. La cosa es nomás el problema de la cadera, incurable, por lo visto. Parece que todo el secreto reside en conseguir que no duela. Cuando esto ocurre, cuando no duele, el mundo real marcha muy bien.

Escucho maniáticamente las nueve sinfonías, dirigidas por Toscanini. Ese hombre me impresiona. Podría, de paso, seguir el formidable ejemplo de su vejez.

Volver a oír música, bien mirado, está muy bien. Como encontrarme a mí mismo, un mí mismo abandonado hace meses *o años.* De esto me di cuenta hoy, al poner en condiciones el aparato de audio: estaba tan sucio que el sonido era imposible. ¿Cuánto hace que no lo usaba? ¿Por qué? ¿Qué me pasaba? Retórica pura, por supuesto. Sé perfectamente qué me pasaba. He mandado a arreglar el reloj de pared, he hecho retapizar, de color pardo, el sillón negro, que secretamente siempre detesté. He comprado algunas cosas inútiles y simbólicas.

diciembre 12

Día muy bueno. Fuimos con Sylvia, en el auto, a mi viejo barrio de la Plaza Irlanda, algo que hacía mucho queríamos hacer. Una hermosa tarde. La casa de Terrero 983 todavía existe, o todavía existe el frente: la puerta, la ventana balcón que da a la vereda. La puerta, desvencijada, está cruzada por una cadena, con un candado. Como si hubiera permanecido allí para ser vista por mí una vez más. Dentro, están demoliendo todo: es probable que en poco tiempo derrumben también el frente. Me sorprendió, porque yo estaba seguro de haber estado una noche detenido frente a esa numeración y la casa no estaba; por lo visto, esa vez estuve en la cuadra anterior. Pasé por el colegio de la calle Trelles. El colegio de Adán Buenosayres, donde fue maestro Leopoldo Marechal, antes de nacer yo. Por fin vuelvo a saber su nombre: Juan B. Peña. Tengo que averiguar quién fue Juan B. Peña. Fuimos a la iglesia de la Asunción. Entramos. Me pareció casi de juguete. Hay un nicho con una estatua yacente de María, que hubiera debido recordar, pero que no recordaba. Sin embargo, me pareció reconocer las molduras de los reclinatorios. O lo imagino ahora. Creo haber situado la manzana de mi niñez anterior a los cinco años, en la calle Boyacá. Me guié por el recuerdo de La Martona, que estaba a la vuelta de casa: en ese lugar hay ahora un inmenso baldío tapiado por chapas, que no puede ser otra cosa que el terreno donde estaba la fábrica. Después anduvimos por Plaza Irlanda: la calesita sigue exactamente en el mismo lugar donde la ubican *Crónica* y mi memoria de hace sesenta y cuatro años. No es imposible que sea la misma, dado su aspecto de cosa antigua; no es imposible que esa calesita sea mayor que yo. Dimos una vuelta por Fragata Sarmiento, por la vieja casa de Bettina, donde ocurre aquel cuento que nunca escribí. O que todavía no escribí.

Sylvia prometió hacerme un mapa de nuestro recorrido de hoy.

¿Cómo se intercala un dibujo en este cuaderno de computadora? La pregunta es retórica. Se escanea. Qué feo parece, sin embargo.

diciembre 21

Los últimos diez días, ninguna molestia. Puede bastar que lo anote para que todo se desmorone otra vez, pero por qué no confiar en mi hada madrina. Vuevo a leer *Megafón*: hay algo en ese libro, siempre hubo algo que me lo hace vagamente hostil, y me cuesta pasar del principio.

diciembre 25

Vaticinio cumplido, hada madrina en ruinas. Bastó anotar "ninguna molestia" para que empezaran los dolores. El jueves después del taller, y hoy, hace un rato. ¿Cómo decirlo con palabra alada?: me importa un reverendo carajo. Vuelvo a *Megafón*: el problema es ideológico, al menos en esas primeras páginas. Demasiado "el General" escrito con mayúscula, para referirse al general Valle —tal vez una hermosa persona y, como dice Marechal, un patriota—, que así platonizado suena patriotero y filomilitar. Es eso, justamente, el componente militarista del peronismo, lo que nunca entendí que entendiera Marechal. Este tipo de literatura "comprometida" estaba muy por debajo de él. Cuando el libro se acerca al humor del *Adán*, todo mejora. Lástima que aquí, en *Megafón*, aparecen muy señalados los niveles terrestres y celestes, que en el *Adán* sencillamente "estaban ahí", se dejaban encontrar sin violencia.

más tarde

Los ángeles. El narrador piensa (al principio nomás) que aunque se ha terminado lo que él llamó "el tiempo de la Peste" —o precisamente por eso, porque se ha terminado— su visión del mundo es negra. Nada le gusta. Si antes, en los años anteriores, no pensó en eso (no lo sintió, no pudo sentirlo) fue, precisamente, porque la realidad era políticamente espantosa. Ahora, en la calma, sin la muerte vestida de militar en cada esquina, acechaba la otra eterna muerte, la otra, eterna, penalidad del hombre. Antes había *un enemigo*, lo que también creaba o simulaba compañeros, camaradas; ahora no tenía un solo semejante. (Ver *El lobo estepario*, lo subrayado por mí en la edición de

El Ateneo.)

diciembre 26

Son las doce de la mañana. No me acosté.

fin de año

Desastroso por donde se lo mire. Un maremoto en Malasia que dejó no sé cuántos cientos de miles de muertos. El incendio de un lugar bailable, a unas cuadras de casa, en el que murieron quemados o asfixiados casi doscientos adolescentes, entre ellos chicos y bebes; los padres (muy jóvenes, muy locos o muy irresponsables, por qué no decirlo) habían improvisado una especie de guardería en uno de los baños de mujeres. Las puertas de emergencia estaban cerradas con candado. En el lugar cabían mil personas y había más de tres mil, otros dicen seis mil. Duelo nacional de tres días. Las autoridades de Buenos Aires (si se le puede llamar autoridad a personajes como Ibarra) han pedido que no se festeje con cohetería, petardos y cañitas voladoras el fin de año. El lugar que se quemó pertenece a un sujeto nefasto, Chabán, idiota por naturaleza y dueño de otros locales parecidos. El galpón bailable se llamaba República de Cromañón. El nombre implica una definición de la mentalidad del dueño, ya que está dedicado a muchachos más bien de las clases pobres, pero no deja de ser una metáfora, muy profunda, de la Argentina.

Al menos en el perímetro de nuestra casa, solos y en paz con Sylvia y el gato Demetrio.

1 Jacques Delarue, *La Gestapo*, 1974. [A.C.]
2 “Ningún lugar”, en *Desconsideraciones*, 2010. [N. de E.]

3 Cfr. Horacio Quiroga, “El potro salvaje”, *Todos los cuentos*. [N. de E.]

4 Cfr. *El Evangelio según Van Hutten*, Segunda Parte, Capítulo II. [N. de E.]

2005

enero 3

Salgo, a eso de las cinco de la mañana, a dar una vuelta a la manzana. En camiseta y con los zapatos sin cordones. Especie de felicidad. Nadie en la calle. Frente al Shopping del Spinetto, un borracho me saluda y me desea lo mejor. Se lo agradezco mientras camino. Él, ahora, quiere darme la mano, dice que con todo respeto. Lo saludo con un ademán, le digo buen día y sigo caminando. La dicha del amanecer no alcanza para superar mi reticencia ante ciertos contactos físicos, aunque debo admitir que, por un segundo, estuve a punto de estirar el brazo.

enero 5

No sé si ya lo hice, pero no debo olvidarme de escribir en este cuaderno lo que sentí (supe) tan fuertemente hace un tiempo, al pensar en el carácter imprevisible y a veces insoportable de tía Lilia. ¿Cómo no pude darme cuenta nunca de que era el dolor? ¿Cómo pude ser tan enteramente bruto? Tenía que pasarme *a mí* para comprenderlo.

enero 8

Desapareció el cálculo renal. Se fue o se diluyó o se volvió invisible. Hasta julio o agosto del año pasado ahí estaba, inmóvil, cerca del uréter, con propensión a oscilar entre el centímetro y siete milímetros a los dos centímetros y medio. En este momento —en *este* momento,

siento la supersticiosa necesidad de aclararlo—, no aparece ningún tipo de cálculos en ninguno de los dos riñones. Como esta historia empezó bajo la forma de una "litiasis múltiple", debería estar curado, cosa que naturalmente no sucede. El dolor de la cadera sigue, y ese otro algo que (para mí) tiene que ver con el estómago sigue.

siete de la mañana

Nunca leí *La madre*, de Gorki. Debo leerla, y tal vez empiece ahora mismo. Ese libro no le gustaba para nada a Tolstói. Necesito saber por qué, si porque la novela no es buena o porque a Tolstói le asustaba o molestaba el tema.

Epifanía. Estoy sentado de espaldas al balcón. Detrás de mí, casi sobre mi hombro, un gorrión ha gritado ¡pi!, tres veces. Probablemente como una aprobación a no sé cuál sonata de Beethoven, en la que ahora pongo atención como si la oyera por primera vez. Es la número 25 en sol mayor. Acaba de terminar el presto a la tedesca. Ahora empieza el andante, inédito para mí: ese gorrión sabía, sin duda, cómo son las cosas.

enero 19

Tolstói tenía razón. La novela de Gorki no es buena, aunque quizá colabore a afearla la traducción española. Esos caracteres son inventados, son "literatura". Es una lástima. Hay un Gorki infinitamente superior al de *La madre*: el de los cuentos, el de *Tres rusos.*

febrero 2

Desde el 26 hasta el 29 enero, en Mar del Plata. Charla en Villa Victoria. El miedo a que me doliera algo me causaba una sensación de

inquietud e inseguridad que me tuvo paranoico hasta que volvimos a Buenos Aires. Por fortuna, no pasó casi nada.

febrero 4

Escucho la versión "del escándalo" de la sonata opus 57 de Beethoven tocada por Glenn Gould. La primera vez es insoportable, casi indignante, después uno empieza a tomarle cierta simpatía. Eso es lo que pasa con Gould, uno tiende a dejarse encantar por el "sonido" Gould, por su *feeling*, aunque creo que en la opus 57 se le fue un poco la mano con la lentitud del primer movimiento. También es notable como se "pega" al oído el tempo aceleradísimo del último movimiento de *La tempestad*, aunque si se escucha inmediatamente a Kempff o a Richter, se nota, en Gould, algo como una encantadora falta de patetismo. Como sea, Gould no era para Beethoven: era para el barroco. Ver videos de Gould en el piano es una experiencia curiosa: uno lo mira y le toma cariño.

febrero 9

Desde la última anotación hasta hoy, dolor, aunque tolerable. Me hicieron una endoscopia: todo bien. El dolor tiene que ver entonces con la columna o con la cadera. Según una resonancia magnética, más probable parece lo primero. Estoy harto de mi cuerpo.

Depender de mi cuerpo me impide no sólo viajar sino caminar libremente por la calle, pensar, escribir, trabajar en los detalles últimos del libro. Hasta me quita las ganas de hablar por teléfono, de modo que todavía no hablé con Alberto Díaz para saber si ya se comunicó con Balcells o cuándo va a salir *El espejo que tiembla*.

Estos días Sylvia no está en Buenos Aires. Viajó a Junín por el cumpleaños de la madre. Cumple 90. Está mucho mejor que yo, y que la mayoría de las personas que conozco. El cumpleaños fue hoy (es

decir, ayer) pero se lo festejan casi toda la semana. La fiesta oficial es el 12. Ese día me esperaban también a mí, pero ya decidí no ir. Tal vez hubiera podido, pero tengo encima una inseguridad que podría, sencillamente, llamar miedo. Sylvia lo entendió; no fue fácil. Tampoco fue agradable para ninguno de los dos.

Tengo que resolver esto de alguna manera. Me siento, sin exagerar, una especie de flagelado. Me senté a la máquina por empecinamiento.

febrero 23

Todo más o menos igual.

En el siglo XIX, el siglo de los grandes proyectos emancipadores como el anarquismo y el socialismo, sentir que el mundo debía y podía cambiarse, era, por decirlo así, más fácil. O mejor, el cambio del mundo podía concebirse como posible. Y esto pudo ser así hasta los años sesenta del siglo XX, aunque ya en ese tiempo se trataba más bien de una expresión de deseos que dio una sola revolución: la cubana. En rigor, después de la Primera Guerra Mundial, "cambiar el mundo" empezó a querer decir: cambiar este país. El internacionalismo revolucionario podía ser una consigna, nunca más un proyecto. Después de la Guerra Fría y de su inevitable consecuencia, la hegemonía universal de los Estados Unidos, el mundo empezó a ser lo que es hoy: un imperio casi absoluto. Y este imperio tiene, por si fuera poco, el apoyo o por lo menos la anuencia de otros imperios menores (ciertos países de Europa), que por ahora, como lo demuestra la guerra contra Irak —que nunca terminó, que parece más bien un comienzo—, hacen o permiten hacer lo que la nueva Roma quiere. Imaginemos que un pequeño país latinoamericano —El Salvador, Bolivia— hiciera hoy una revolución social y que esos revolucionarios tomaran el poder. ¿Cuánto tiempo duraría el nuevo estado de cosas? Y aunque nominalmente durara (caso Venezuela, suponiendo que en Venezuela haya habido una revolución), ¿qué conseguiría cambiar?, ¿con la ayuda exterior de quién?

Entonces, qué. Entonces nada.

Voy a cumplir 70 años. Quiero creer que lo escrito más arriba no es una mera consecuencia de la edad. Por otra parte, todo eso ya lo sabía cuando tenía 25 años. Siempre sentí que la última revolución social era la cubana. Los norteamericanos no la previeron y los tomó por sorpresa, cuando decidieron aplastarla ya era tarde, y existía además la Unión Soviética. Hoy podrían. Pero si Estados Unidos permite que Cuba siga sobreviviendo como país socialista es porque Cuba ya no puede servir de modelo social al mundo.

Sólo, a veces, como remoto modelo espiritual. O eso quiero creer.

febrero 25

Mientras tanto, leo a los poetas chinos. Hace un rato, en la cama, le leí a Sylvia unos cuantos poemas de la dinastía T'ang. De pronto, en Li Po, encontré el origen de los versos que le hago decir a Bender en "La fornicación…". Yo creía que eran un invento mío: son una parodia. En Li Po la colina es del "arroz cocido", lo que no parece muy memorable, y, en efecto, Tu Fu tiene un sombrero de bambú; pero no lo lleva puesto sino en la mano. El poema original tiene de hecho, por sí mismo, un sonriente tono paródico.

marzo 8

Siete y veinte de la mañana. Todavía no me acosté. Es la primera vez en meses que me siento a la máquina y sigo de largo. Empecé antes de medianoche. Estuve poniendo en orden los diarios.

marzo 18

Todo bastante bien.

No sé si anoté en alguna parte que leí a John Berger, la novela *Un*

pintor de nuestro tiempo. No me parece que sea su mejor libro. Es una variedad de literatura política que, hoy, carece de significación real. Fue uno de sus primeros libros, quizá el primero. Lo perjudicó para siempre el tiempo que tardaron en traducirlo. En los sesenta, tal vez —sólo tal vez—, su impacto pudo ser distinto; pero tengo la sospecha de que a mí no me habría gustado tampoco entonces.

marzo 21

Salgo con Sylvia a comprar libros. Consigo una muy manejable edición de *Ulises* para releer en la cama, y los dos tomos de Sartre que les había regalado a Josefina y a Hernán. Consigo, por fin, el *Viaje a Oriente*, de Hesse: viene con las poesías completas, las *Consideraciones* y una serie de cartas. Hojeando el libro, me llama la atención una, a Surhkamp. Me pregunto prejuiciosamente de qué puede hablar un escritor con su editor y la leo. Como decíamos cuando éramos chicos, Dios me castigó. Hesse no estaba de muy buen humor. Dice que cada día se le hace más difícil escribir, en parte por los achaques de la edad, en parte porque ha perdido el interés en algo que creía… y habla de "lo dudoso y discutible de este quehacer".

Cuando escribió esto tenía setenta y tres años.

Como sea, Hesse viene enseñándome cosas desde que lo leí por primera vez en la adolescencia. Lo importante no es *lo que dice* la carta, sino el hecho de que, pensando así, ese hombre haya seguido escribiendo hasta los ochenta y cinco años.

marzo 24

Bastó escribir "todo bastante bien" para que todo empezara a ir bastante mal. De cualquier modo, hace un rato me levanté de la cama (cinco de la mañana) para ver hasta qué punto es posible intentar escribir algo cuando todo anda bastante mal. Hasta qué punto, no sé,

pero hasta cierto punto es posible. El problema es moverme de casa. Casi no salgo a la calle. Si tengo que hacer algún trámite, como hoy, debo tomar un taxi y, después, conseguir un lugar donde sentarme. No parece muy distinto de lo que he hecho durante toda mi vida, pero *es* distinto. Nunca es lo mismo no querer que no poder. Lo malo no es el dolor, sino —cuando estoy fuera de casa— el miedo a la sensación de náusea inatajable. En casa, no me preocupa; pero en la calle o en un lugar público no es lo mejor que puede pasarme.

En la cama, leyendo a Goethe, el libro se me resbala de la mano, se abre en otra página y mi mirada cae de pronto en una frase que dice: "El hombre no debe prestar atención a las enfermedades: debe ignorarlas; sólo la salud merece ser atendida".

Vuelvo a leer, con verdadera alegría, *La rebelión de los ángeles* de Anatole France. Siempre amé ese libro.

Dos noticias agradables, una de España y otra de Italia. María Claudia González y Valentina Volpato han escrito dos tesis universitarias sobre mis cuentos. María Claudia ya me había mandado hace tiempo una tesina, y ahora defendió la grande en la Universidad de Salamanca. Me escribe lo siguiente:

"Sobresaliente *cum laude* y las felicitaciones de los cinco doctores que integraron el tribunal. Lo bueno es que las críticas que me hicieron fueron muy respetuosas y apuntando a la publicación de un libro con los resultados de la investigación. Al principio hablé durante 20 minutos, después intervino cada uno y al final respondí. Fue una ceremonia hermosa porque estuvieron presentes muchos amigos de diversos países: Noruega, Croacia, México, Brasil, y un largo *etc.* así que les quedó la inquietud para leer más sobre tu obra. Te mando las fotos en archivo, ojalá se puedan ver. En mi exposición dije que era no

sólo una investigación sino también un homenaje. Es mi pequeño regalo de cumpleaños adelantado."

A María Claudia la vi una tarde en Buenos Aires, en casa. Es argentina. De Valentina Volpato no conozco nada. Me escribe, con mucha timidez y cortesía, para pedirme la dirección y enviarme su trabajo.

marzo 25

Ciertos sueños o deseos, los únicos por los que vale la pena vivir, son sólo horizontes: se alejan y se alejan en la misma medida en que nos acercamos a ellos.

abril 14

Veo que marzo se interrumpe dos días antes de mi cumpleaños. Por algo será.

abril 21

Hoy, de pronto, desaforada conversación telefónica con uno de los muchachos de *Razón y Revolución*. No sé si me conmueven, me hartan o me asustan. Están (por lo menos éste lo está) convencidos de que el 20 de diciembre de 2001 se inició un proceso *revolucionario*. Creen, lo creen de verdad, lo dicen, que fue algo así como la rebelión rusa de 1905. Creen que están en el camino de la toma del poder. Hablan de revolución socialista, que advendría gracias al movimiento piquetero. Consecuencias negativas: un fuerte dolor de garganta y, como remate, un tirón lumbar que me obligó a acostarme. Consecuencias positivas: durante cuarenta y cinco minutos o una hora, mientras hablábamos a gritos, me sentí de veintisiete años, que es exactamente la edad que él tiene. Finalmente le hice notar que el mes pasado cumplí setenta, y

todo se normalizó, derivando hacia el respeto y la cortesía. Mi relación con ellos viene de una entrevista que me hicieron hace un año y de mi aceptación a ser jurado del concurso de cuentos que organizó *El Aromo*, periódico "piquetero". Piqueterismo más bien relativo, ya que todos estos muchachos son estudiantes universitarios de la carrera de Historia.

abril 27

Ayer, en Paraguay, murió Roa Bastos, el último gran escritor latinoamericano de la generación dorada. Un par de Asturias, de Carpentier, de Arguedas, de Rulfo. Muchos recuerdos. Su generosidad. Su relación con las mujeres. Su sencillez. Las reuniones en el Chambery, la apuesta aquella de la que salieron su cuento "Encuentro con el traidor" y el mío: "Hombre fuerte".[1] Él me invitó, en 1961, a aquel misterioso congreso de cuentistas en Córdoba, cuando yo ni siquiera había publicado mi primer libro. En ese viaje conocí a Graciela, y allí nació *Crónica.* Murió a los 88 años. La última vez que lo vi, ya había cumplido 80 y era el mismo de siempre. Estaba perfectamente lúcido y parecía bastante impresionado por una llamativa señorita rubia, que a su vez parecía bastante impresionada por Roa.

abril 29

No hay más que hojear la mayor cantidad de los artículos y ensayos que se escribían en los años sesenta y setenta, y que aún hoy se escriben, en la izquierda argentina, para notar de qué modo, y a propósito de cualquier cosa, sus autores necesitan apoyar sus opiniones, teorías o conjeturas —cuando las tienen, lo que no siempre pasa— en citas canónicas de Marx. Lo mismo que hacían los católicos escolásticos con Aristóteles o con los Padres de la Iglesia. La mayoría de los intelectuales ortodoxos argentinos da la impresión, más bien penosa, de estar rindiendo examen de marxismo, tratando de demostrar (¿a quién?) que sus novedades no se apartan de lo ya

pensado hace un siglo y medio. Lo que equivale a reconocer que sus novedades son momias.

Quizá valdría la pena reflexionar que si yo escribo: “tal cosa es así porque, como dijeron Marx o santo Tomás, es así”, en realidad no escribí ni pensé nada. Marx y santo Tomás pensaron, no yo.

abril 30

Con gran malestar y tedio releo en estos días buena parte de la obra de Bioy Casares. Se salvan *La invención de Morel* y media docena de cuentos: “En memoria de Paulina”, “Los milagros no se recuperan”, “El atajo”, “El perjurio de la nieve”, “La trama celeste”, “El lado de la sombra”, “La pasajera de primera clase” y algún otro. Leo su último libro de entrevistas: ideas inteligentes, rasgos queribles, casi aniquilados por una frivolidad aplastante. Da la impresión de no haber entendido nunca qué es la literatura.

mayo 5

Tengo para mí que hay algo de lo que ya no se vuelve: la pérdida de las ilusiones. La pregunta es: ¿qué ilusiones es permitido tener después de los setenta años?

mayo 6

Yo también creía, como Gide, que todos los libros iban a estar siempre. Cuando uno es joven no compra ciertos libros, porque no puede o porque lo deja para más tarde, creyendo que por más tiempo que pase esos libros van a estar allí, hasta que un día se da cuenta de que ya han muerto, como la gente. Hace poco le pedí a Hernán, el sobrino de Sylvia, que en sus recorridas por las librerías de viejo (es experto en eso) preguntara por el *Mijail* de Panait Istrati, por *La isla del doctor Moreau* o los cuentos de Wells, y por un libro relativamente cercano, *Un asunto personal*, de Kenzaburo Oé. Sobre Panait Istrati no

me hacía muchas ilusiones, pero los otros me parecían posibles. Ninguno estaba más. Me dice que cuando pronunció el nombre de Istrati lo miraron como si les hablara de un escritor de la Luna. Lo peor de todo es que *Mijail* lo tiré a la basura yo mismo, porque estaba tan destartalado que se deshacía con solo tocarlo, y me parecía muy razonable conseguir otra edición. Y de esto no hace tanto. *La isla del doctor Moreau* nunca me gustó mucho, es cierto, y tal vez lo regalé o lo presté; ahora lo quiero imperiosamente. La novela de Oé la leí en los años sesenta, cuando nadie conocía al autor, y siempre me pareció un libro notable. Cómo desapareció de casa, lo ignoro. Lo cómico es que Oé llegó a ser Premio Nobel y ese libro, uno de los mejores que escribió, ya no se reedita...

A partir de esos tres puntos, sobrentiéndase una vasta denostación a la cultura de nuestro tiempo, etcétera. Yo estoy muy cansado y me voy a la cama a seguir leyendo libros viejos.

Antes de acostarme, constato, en la base de datos, que *La isla del doctor Moreau* está en San Pedro. Lo que en parte me levanta el ánimo. En casa, encuentro, de Istrati, *Mi cruzada, El pescador de esponjas* y *Mi tío Anghel.*

mayo 7

Después de tres meses sin salir de casa —mi última gran aventura pública fue el viaje a Mar del Plata, en enero—, anoche fuimos a Puerto Madero, a la entrega del premio *La Nación* de novela. La sensación, casi olvidada, de estar perfectamente bien (iba a escribir: sano) todo el tiempo. El premiado[2] resultó ser un escritor chileno, Carlos Franz, que había dado *La tierra del fuego*, el libro de Sylvia, en Cambridge, y que conocía *El que tiene sed* desde hace veinte años, cuando lo leyó en tres días de una estada en Buenos Aires. También ha leído mis cuentos y estaba encantado de poder hablar, al mismo tiempo, con ella y conmigo.

Me encontré con unos cuantos escritores que parecían contentos de verme. Ésa, al menos, es la idea que tiene Sylvia, quien sostiene que la gente me quiere. La verdad es que, como no salgo nunca, me he ido convirtiendo en una suerte de rareza de circo.

mayo 9

Releyendo a Borges. Lo que me lleva a Carriego y a Whitman. Encuentro, de paso, un prólogo de Stephen King a sus propios cuentos, mejor que buena parte de su literatura. Gracias al *Banquete*, de Platón, acabo de agregar una (1) palabra a *Los ángeles*... Diotima.

La impavidez con que Stefan Zweig encara lo melodramático sería ejemplar, si no diera resultados generalmente espantosos. El final de *Amok*, con ese médico arrojándose desde no sé dónde sobre el féretro que suben al barco, para hundirse, con él y su secreto, en el mar, arruina sin apelación una historia que, pese a sus exageraciones y locuras, conseguía ser muy legible, si uno la ayudaba un poco. Después de esto, por ascesis, fue cuando recurrí a Platón.

No permitir el dolor físico. Negarlo.

mayo 14

Madrugada. El jueves di la primera clase del año, con mucho esfuerzo al principio, pero la di. Dolores y molestias aparte, creo que ya no tengo, desde hace mucho, interés intelectual en dar estos cursos o talleres, sólo me gusta, a ratos, que alguna gente joven —sólo alguna, muy poca— esté unas horas en casa, y eso, claro, no me consuela de sentirme un simulador, alguien que les ha hecho creer que les enseña

algo.

Durante algún tiempo, preocupación por ciertos molestos inconvenientes con los contratos vencidos de mis libros y por la demora que eso implica para la publicación de *El espejo que tiembla*, que idealmente iba a salir en marzo. Llamadas a España, llamadas desde España. Ahora parece que, bien o regular, el problema se resuelve. Tuve, ayer, una larga conversación con Alberto Díaz, que es mi amigo y (o: pero también) mi editor en Seix. Me pareció sincero y alentador. Le creí.

mayo 15

Con lo sensible que era Virgilio para con sus defectos, qué nervioso lo habría puesto darse cuenta de que, en el canto quinto de la *Eneida*, habla de trirremes y de aquella nave a la que le habían destruido una fila entera de remeros. En los tiempos de la *Eneida* no existían trirremes, ni siquiera birremes.

Pregunta: A su vida, señor Castillo, ¿no le pasan más que libros?

Respuesta: Por supuesto que sí, pero, últimamente, me niego al patetismo.

En este momento, por ejemplo, me voy a lavar los dientes y me meto en la cama a leer. El abuelo de un amigo mío, de Jorge Vázquez Santamaría, no toleraba que le hablaran mientras comía: “Estoy peleando con la muerte”, decía. Cuando leo me pasa algo así.

mayo 25

Cuatro de la mañana. Ordenando, la noche del martes, papeles y

cartas con Josefina, aparece mi respuesta a Viñas. Josefina me pregunta qué pasó con la carta original de Viñas. Le cuento lo que pasó, que fue así. Ricardo Piglia, a mediados de los sesenta, me pidió esa carta, según dijo, para leerla con atención. Me molestó un poco, pero se la di. En esa época no existían las fotocopias, de modo que le encarecí que la cuidara mucho. Pasado un tiempo, cuando le hablé de la carta, me dijo, compungido, que ya no la tenía. Se la había dado a Viñas, quien le pidió leerla, ya que él, Viñas, no tenía copia… Esto sucedió en el Chambery, Piglia hablaba sin mirarme, no sé si lo recuerdo muy bien o me parece recordarlo demasiado vívidamente, concentrado en la superficie de la mesa del café, en sus manos, en sonarse la nariz con un pañuelo. Iba a reclamársela, iba a tratar de conseguirla, etcétera, y mientras Ricardo me decía estas cosas yo ya sabía que no me la devolvería nunca, y hasta sospeché que el propio Viñas le había sugerido que me la pidiera. Bastante típico de los dos, dicho sea de golpe. Fin de la historia, que no la recuperé y para decir toda la verdad *sabía de antemano* que iba a pasar eso.

Recordar esto me está poniendo de mal humor. Siempre fui un poco crédulo con cierta gente, un poco imbécil. Una vez hablamos de esto con Sylvia. Soy un desconfiado casi maniático al que es muy fácil engañar cuando se lo toma por sorpresa y se apela a su buena fe.

Busco un texto sobre el cuento, que por supuesto no encuentro. Esto me lleva, ahora, a solas, a mirar viejas carpetas. Sería bueno ponerme seriamente a trabajar en cualquier cosa y de cualquier modo. Ya no se trata de escribir; se trata de ponerme en movimiento, de lo contrario me voy a convertir en piedra, que es en lo que ya me habría convertido, si no fuera por el ánimo irreductible de Sylvia.

Hoy a la tarde viene un director de teatro de La Plata para hablar de *Salomé*. El jueves a mediodía, pasa a buscarme Horacio Salas para filmar una entrevista por televisión. Hace unos días, Silvia Hopenhayn me entrevistó en casa para *La Nación*. Me preparo para estos encuentros como si se tratara de empresas colosales.

mayo 28

Cuatro y media de la mañana. Salvo el miércoles de la última anotación, días inesperadamente buenos. El jueves me levanto temprano, salgo de casa para ir a la entrevista, la hago, vuelvo a las tres de la tarde y lo paso muy bien, pese a no haber casi dormido.

Leo, esa misma noche, la *Epístola a los Pisones*, de Horacio. Me hace sentir bien: parece que desde hace dos mil años los grandes escritores opinan del mismo modo acerca de las mismas cosas. Lo que nunca me gustó es el famoso *Beatus ille*. Es una broma, un chiste al que los profesores suelen tomar en serio. Me quedo con nuestro hispánico "Qué descansada vida"; acá, las cosas están dichas de verdad, propuestas por el poeta, son el programa espiritual de Fray Luis. En Horacio, en cambio, la innecesaria y súbita aparición final del prestamista transforma todo en una estupidez.

junio 4

Cuatro o cinco de la mañana. Escuchando a los Beatles y disponiéndome a ir a la cama. O a volver, para decirlo con exactitud. Tengo que escribir, antes del 11, un prólogo para una selección de cuentistas jóvenes. No tenía ni tengo en absoluto ganas de hacerlo —no leí los cuentos, no conozco a casi ninguno de los autores, no habrá en ese libro unos cuantos nombres de inéditos que deberían estar—, pero Sylvia me convenció de que lo hiciera porque, según ella, todas esas razones que acabo de incluir dentro de los guiones son sencillamente una excusa de mi gigantesca haraganería. Lo cual, bien mirado, tal vez sea cierto.

La primera parte de *Bajo el sol de Satán*, de Bernanos, siempre me resultó muy impresionante. Si se pudiera escribir una obra de teatro con ese comienzo y terminarla cuando ella sale del manicomio... Claro que para eso yo debería tener unos cuantos años menos.

¿Estoy diciendo la verdad? Quiero decir, ¿se trata de una cuestión

de años o de indiferencia? Ahora y aquí, o por lo menos hoy, hoy mismo, esta noche, ¿qué es para mí la literatura? Otra pregunta como ésa y me tengo que tirar por la ventana.

junio 13

Murió Juan José Saer, en París. No era mi amigo pero nos estimábamos. Por lo menos, las pocas veces que nos veíamos nos poníamos contentos de vernos. Murió ayer, o ayer me dieron la noticia. Como en el caso de Blaisten, me enteré por el llamado de un diario. Los periodistas nunca parecen pensar (no alcanzan a pensar) que uno puede impresionarse cuando nos dan ciertas primicias sobre las que, además, pretenden que opinemos de inmediato. No les contesté, por supuesto. No sé todavía lo que pienso de la muerte de Saer: *tengo* que pensarlo. Nos conocimos en Santa Fe, cuando teníamos veinticuatro o veinticinco años. Tengo que sentir su muerte. Y, sobre todo, tengo que leer mejor sus libros: sólo conozco alguno de los primeros y, entre los últimos, *Las nubes*, que me gustó mucho, y algún cuento. Era un excelente escritor y, según dicen quienes lo conocieron bien, un gran tipo. Lo que yo sé es que en los últimos años lo usaron a mansalva, exaltándolo, ciertos críticos universitarios y ciertos amigos interesados, para negar al resto de la literatura argentina: claro que él no tenía la culpa de eso.

Escribí y mandé el prólogo. Es curioso. En un párrafo hablo de aquellos "muertos irrefutables" que ya son nuestra literatura de ficción. Ahora debo incluir a Saer, y sacar de allí a Manauta, que gracias a Dios está perfectamente vivo pero que me quedó en esa enumeración porque, en la primera versión, nombraba también a escritores vivos. Vaya a saber qué pasará de acá a que se publique.

julio 4

Cumpleaños de Sylvia. Nos preparábamos a pasar un día en paz cuando avisan desde Junín que murió la hermana de la madre. Por supuesto, viaje de Sylvia a Junín. Lo peor es que ella acababa de llegar, ayer, de San Pedro, adonde había viajado el sábado. Vuelve esta madrugada. Yo no sé de dónde saca semejante capacidad de estar en todo. Tampoco sé si esto es, en todos los casos, una virtud. Quiero decir, no sé si le hace bien.

Hojeando a Hegel. Su oscuridad es por momentos superior a todas mis buenas intenciones. Por demasiados momentos.

Los grandes filósofos parecen haber pensado y resuelto, por lo visto, todos los grandes problemas metafísicos. Tal vez no queda más remedio que pensarlos y resolverlos otra vez.

julio 10

Oh consolación. Leo que Marechal confiesa haberse pasado hasta cinco años sin escribir.

Creía, y todavía creo, que los famosos dolores son controlables, pero el miércoles pasado, a la noche, me tomó por sorpresa uno de los verdaderamente fuertes. Náuseas, vómitos. El día anterior había tomado Tamilán. De pronto tengo la sospecha de que existe una relación entre esa misteriosa pemolina magnésica y una de las manifestaciones del dolor: la que se extiende hacia adelante, hacia la zona del hígado y me provoca náuseas.

Solucionados, parece, los problemas de contrato por *El espejo que tiembla* y los libros anteriores. Nada extraordinario, pero, aunque yo lo

negara, me sacó un buen malestar de encima.

julio 12

Tres de la madrugada. Hoy, es decir, para mí, mañana a eso de las cuatro de la tarde, vienen de *La Nación* a sacarme unas fotografías para la entrevista "a los setenta años" que me hizo Silvia Hopenhayn hace un tiempo; y el miércoles a la mañana pasan a buscar de la editorial los originales de *El espejo*.

Todo va a ser un poco a destiempo, porque hoy me desperté a eso de las diez de la noche y dudo que ahora o dentro de unas horas pueda dormir, con lo cual mi cara para las fotos va a ser de entierro prematuro, y, como después *sí* me voy a quedar dormido, no le podré echar una última mirada al libro.

Dicho al pasar, este libro tiene un problema: es, para mi gusto, demasiado corto. Suena a libro de viejo escritor cansado. Pero, contra la opinión de Sylvia, me niego a terminar y a agregarle un cuento ("Las larvas") por una mera superstición o cábala. No quiero quedarme con las manos vacías cuando salga *El espejo*: siempre he tenido más de un relato terminado o a medio terminar cuando publiqué un libro de cuentos. Un proyecto de otro libro, un juego encantatorio contra la parálisis o la muerte. Podría, por supuesto, aferrarme a *Los ángeles azules*, pero esa novelita, o lo que sea que resulte, sigue siendo para mí algo tan remoto que prácticamente carece de existencia.

Leo, de pronto, en Goethe que hasta un ínfimo pelito hace sombra. Dice José Hernández: "Hasta el pelo más delgao / hace su sombra en el suelo". ¿Hernández habrá leído a Goethe? ¿O los dos a alguien? No sería raro que una frase así tuviera su origen en algún libro sagrado.

julio 13

No duermo, me acuesto a leer y me levanto para hacerle dos o tres correcciones al libro.

Tiene razón Goethe. Los hombres excepcionales no tienen nada que ver con su propia generación. Son un producto contradictorio de ella, que tiende a destruirlos. No me acuerdo cuáles son los ejemplos que da, pero podría agregarse el de Jesús: a Jesús lo crucifica su generación y lo resucita la siguiente.

agosto 3

Desde la última anotación hasta ahora, demasiado tiempo. Qué hice, mientras tanto. Dormir. Tengo la angustiosa impresión de que no hice otra cosa que dormir. En este mismo momento, a las seis de la mañana, aunque acabo de levantarme de la cama después de unas catorce horas, estoy casi dormido.

Cerrado el contrato, debo terminar de corregir, en dos horas (esto fue la semana pasada), las pruebas de *El espejo que tiembla*, y elegir la tapa en unos minutos. Repentinamente decidieron sacarlo a la venta en agosto, cosa que, como era lógico, no pudo suceder por falta de tiempo. Saldrá en septiembre. Lo que me molesta, lo que me irrita de todo esto es que la tapa no me gusta: tal vez es buena, pero no para este libro. Había otra, excelente —dos personajes, quizá mujeres, con máscaras—, que resultaba perfecta. Lo que me consuela es que, también en septiembre, en la misma colección donde están mis *Cuentos completos*, salen los tres libros de cuentos de Sylvia, con algunos inéditos. El libro es de un decoroso grosor, y ella está muy contenta. También está muy contenta con su viaje a Inglaterra, a Manchester, a fin de este mes. Esa alegría ya no la puedo compartir del todo.

La *Fenomenología del espíritu*. Yo creo que la fama de Hegel no tiene nada que ver con sus ideas sino con las de sus discípulos y sus grandes adversarios. Su pensamiento es propiamente el espíritu de pesadez, de que hablaba Nietzsche. De ahí, quizá, que libros como *Estética*, que no redactó él, sean mucho más legibles que los propios. Debía de ser, sospecho, un gran profesor oral, algo así como Lacan, que escribiendo suele ser inescrutable, pero fascinaba a sus alumnos.

agosto 22

Cinco y media de la mañana. Busco maniáticamente, hasta encontrarlas, una serie de cosas inútiles y, fuera de eso, no hago ni quiero ni quizá puedo hacer absolutamente nada. El viaje de Sylvia a Manchester me tiene descentrado. Básicamente es esto: el absurdo miedo a quedarme solo en casa durante diez días, a merced de mi dolor de cintura que, si soy sincero, no me ha molestado mucho en los últimos tiempos; pero que siempre sigue allí, esperando tomarme por sorpresa como la otra noche, durante el taller. Basta que me ponga tenso o nervioso por cualquier insignificancia para que reaparezca. Tengo los nervios de una señorita o de un neurótico. O de una señorita neurótica, para hablar con propiedad. Hará más o menos un mes fuimos con Sylvia hasta las oficinas del teatro San Martín para hacer uno de esos trámites que detesto (pero, ¿qué es lo que *no* detesto hacer fuera de casa, desde hace más o menos dos años?) y, al terminar, debí meterme en un baño del café La Paz acometido por un ataque de náusea al mejor estilo existencial de posguerra.

Durante un año y ocho meses he conseguido dejar de fumar, aunque no del todo. De tanto en tanto, como esta misma noche, enciendo una pipa, le doy tres o cuatro pitadas y me siento relativamente en paz. Suele sucederme también algunos jueves, cuando doy el taller. De cualquier manera, no creo haberlo hecho más de diez veces desde febrero del año pasado. Sé que esto sí puedo controlarlo, porque depende exclusivamente de mí. He corregido *El espejo que tiembla* y he

escrito un prólogo para un libro ajeno, sin la menor necesidad de fumar. El problema es cuando busco algo o quiero ordenar el escritorio, que, dicho sea de paso, es nuevamente un perfecto caos. Vamos a ver qué pasa con el tabaco cuando decida ponerme a escribir en serio.

agosto 30

Tres de la mañana. A eso de las nueve, Sylvia sale para Inglaterra. Es decir, a esa hora sale de casa; el avión lo toma, creo, alrededor de las diez. No voy a acompañarla a Ezeiza, por temor de arruinarle la partida con alguno de mis dolores o con mi sola presencia; eso en parte, porque la verdad es que, aunque me siento perfectamente, ella no quiere que vaya. No es que lo dice: sé que no quiere. Las despedidas en los aeropuertos no son nada agradables. Ni siquiera quiso que la acompañara Josefina. Creo que se siente bien yendo sola: siente la aventura y la libertad. Le hubiera gustado, por supuesto, viajar alguna vez a Europa conmigo, pero ir juntos sólo hasta el aeropuerto sería una tortura. Ella está contenta, se le nota. Yo deambulo en una especie de aturdimiento que no me deja pensar. Ni sentir.

Mañana, para colmo, vienen del diario *Clarín* a hacerme una entrevista, por la salida del libro. Se les ocurrió la genial idea de reportearme a la madrugada, no sé para qué, para contribuir a mi propia mitología nocturna. No se les ocurrió que podrían hacerme la nota a cualquier hora y decir que era de noche. Misterioso respeto por la realidad. Aceptar fue una mala idea. Lo que debería hacer, cuando se vaya Sylvia, es dormir, dormir todo lo posible.

septiembre 19

El primero de septiembre me pesqué una neumonía que, hasta ayer,

me tuvo en cama. Todo por culpa de unas fotografías que, con toda buena intención, un periodista del diario *Página/12* se empeñó en sacarme al aire libre, con luz de sol. En la calle la temperatura era de dos o tres grados. No salí; me limité a abrir uno de los balcones y sacármelas ahí. Fue suficiente. Esa misma noche durante el taller empecé a sentirme mal. A medianoche, tenía casi cuarenta grados de fiebre. Sylvia ya estaba en Inglaterra, desde dos días atrás. Josefina se quedó hasta la madrugada y llamó al médico, al día siguiente vinieron Liliana y Paola (que de paso se contagió) y, el sábado, una doctora dictaminó pulmonía. El caso es que Sylvia debió adelantar su regreso en tres o cuatro días y no pudo ir a París, que era lo que tanto había planeado. Ahora estoy relativamente bien, o, por lo menos, mejorando, pero durante la primera semana, fue muy feo. Imposible leer, además.

Salió el libro. Tengo la impresión de que ha caído de pie.

septiembre 21

Paola es una vulgar hipocondríaca peor que yo. La neumonía no es contagiosa.

septiembre 22

Publicaron los tres libros de cuentos de Sylvia, y unos relatos inéditos, en la misma colección de Alfaguara donde están Cortázar, Onetti, Bryce Echenique y mis *Cuentos completos*. En la tapa, una fotografía de Sylvia, tan serena y hermosa que me conmueve.

septiembre 28

Recomponiéndome, muy lentamente. Por lo menos, en los últimos diez o doce días, he podido leer a destajo. Baudelaire, cotejando *Las*

flores del mal en francés y castellano; el discutible ensayo de Sartre sobre Baudelaire; casi todo el teatro de Sartre, y, a grandes saltos, una historia de la filosofía más bien monumental, escrita por un inglés bastante inesperado. Pedí y ya la tengo conmigo, la novela de Márai *La amante de Bolzano*: sólo la hojeé, lo primero que me llamó la atención es su tono enérgico, tan distinto del de la hermosa y crepuscular *El último encuentro.* Sospecho que va a gustarme.

octubre 8

Esta tarde, por primera vez en cuarenta días, salí de casa a caminar con Sylvia.

Releyendo a Darío, anoche.

Cada tanto vuelvo a leer a Darío e, indefectiblemente, me desilusiono. Más de una vez declaré que hay unos cien poemas de Darío que hacen de él un gran poeta. No estoy nada seguro de que eso sea cierto. No debe haber más de 20. Cuando era adolescente, Darío me hartaba. Dejé de leerlo y creció dentro de mí un Darío ilusorio, hecho menos de sus poemas que de las opiniones ajenas. Lugones, Borges. Cuando vuelvo a él, me encuentro con el de mi adolescencia. Mucha princesa, mucha Pomona, mucho pensil, añil y sutil, demasiado verso de abanico, demasiada cortesana cortesía. Por supuesto, el poema a Roosevelt sigue siendo ejemplar, lo mismo el de Verlaine, lo mismo "Lo fatal" o la "Sinfonía en gris mayor". O aquel, inevitable, que empieza: "Yo soy aquel que ayer nomás decía…", pero ¿cuántos más?

Las calles arboladas, el brillo del empedrado húmedo. Salir a caminar de noche por algún barrio. Sin hacer eso, Buenos Aires no tiene sentido.

octubre 14

Hace unas horas, el taller; anoche, es decir la noche del miércoles y la madrugada del jueves, leyendo a los estoicos. Por nada esencial o personal, sencillamente buscaba un dato. A la tarde yo había declarado en una entrevista que, según Marco Aurelio, lo que gustaba de Séneca eran sus defectos, y me asaltó la duda de si en efecto había sido Marco Aurelio. No fue él, fue Quintiliano.

Tengo incluso la sospecha de que en algún lugar de este mismo cuaderno ya lo había citado bien.

Y a propósito de entrevistas: hace mucho tiempo que un libro mío no provocaba tantos reportajes y conversaciones con periodistas. Y sin necesidad de salir de casa. Mañana vienen de la televisión. Bien considerado, *El espejo que tiembla* no tiene mucho que justifique tanto barullo. Yo lo atribuyo al hecho de que hacía demasiado tiempo (trece años) que no publicaba un libro de cuentos. O a que ya casi no van quedando escritores de mi generación, ni, desde la muerte de Cortázar, Borges y Bioy, cuentistas argentinos. En este sentido, vengo a ser algo así como una reliquia, como el último mohicano. Cuando era muy joven, sin embargo, soñaba con ocupar algún día este lugar: *el* cuentista. Sin entrar en detalles, imaginemos que lo conseguí. ¿Y qué? Para no hablar de que, si lo conseguí, debería ponerme a escribir cuentos. Y ahora viene una buena pregunta: escribir qué cuentos, cuáles cuentos. Tengo dos o tres para terminar y están otros dos (si son dos, porque de uno creo no haber anotado ni una línea) del ciclo de Esteban Espósito, los que no incluí en *El que tiene sed*, y quizá, si encuentro el tono, “La chica de la cartera de rafia”.

Me voy a leer a los estoicos, ahora sí por razones íntimas.

Los estoicos y el existencialismo. No podemos cambiar las circunstancias adversas, decía Séneca, pero podemos darle otro sentido, y esto hace a nuestra libertad. Lo leí en alguna parte, al pasar. La cita no es exacta, pero las palabras de Séneca significaban exactamente lo que he escrito y allí estaba la palabra libertad.

octubre 16

Por lo visto, el estrés y las depresiones ya eran antiguos en los siglos dieciséis y diecisiete. Galeno y Paracelso los llamaban, sencillamente, melancolía. Anoche estuvo en casa Josefina, vimos películas y hablamos disparates hasta las cinco de la mañana. Cuando se fue, me puse a hojear *Anatomía de la melancolía*, el libro de Robert Burton que me debo desde la adolescencia. Mucho más profundo y mucho menos tedioso de lo que me pareció hace tantos años. Las lecturas de Burton son abrumadoras. El libro está lleno de locuras y desatinos, por supuesto, pero hay que recordar que fue escrito hace cuatrocientos años. Tiene, por lo demás, observaciones psicológicas que valen perfectamente para el neurótico y freudiano hombre contemporáneo. Incluido yo, naturalmente.

octubre 18

Crítica favorable, pero bastante tonta, en *La Nación.* Hasta ahora, todas han sido favorables. Las más serias, la de *Ñ* y la de Claudio Zeiger, en *Página/12*. Claudio sólo se equivoca cuando dice que "El tiempo de Milena" está en la mejor tradición cortazariana. Ese cuento no tiene nada que ver con Cortázar: su verdadero antepasado remoto es un autor norteamericano, casi desconocido para nosotros, del que ni recuerdo el nombre pese a tener el libro en casa: el autor de *El retrato de Jennie.*[3] Con la diferencia de que en esa novela la que crecía en cada encuentro era Jennie, y en mi cuento Milena permanece idéntica mientras él envejece.

Nuestro nuevo milenio tiene cierta manifiesta atmósfera de Fin del Mundo. Tsunamis, terremotos, huracanes que devastan ciudades enteras, la guerra en Irak, y ahora, por si faltara algo, la llamada fiebre o gripe aviar. Un virus comparable al de la gripe española en 1918, que, si se propaga, puede provocar una pandemia con millones de muertos. No puede dejarse de pensar que, esta vez, Dios tomó la

cosa en sus manos.

octubre 23

SCV. Siete de la mañana. Sin dormir. El asunto de poner orden va a ser difícil, pero no imposible. Estoy, lentamente, en eso, mientras escucho la Sinfonía 40. En realidad sólo empecé a organizar (y tirar) casetes de música. La cuestión de los papeles y las carpetas va a ser más duro.

El jueves, larga entrevista, grabada en casa, para la televisión. Ya me habían hecho otra, también muy larga, unos días atrás. Me parece que salieron bien, o, por lo menos, sinceras y naturales. Ayer —para mí todavía hoy—, entrevista telefónica con Osvaldo Quiroga, para no sé qué radio. Y con ésta creo que se terminó, por fin, el misterioso idilio "mediático" con *El espejo*.

octubre 25

Reunión en casa, anoche. Paola, Ernestina, Silvia Arias y Alejandro. Hasta las dos de la madrugada hablamos disparates y, por momentos, nos reímos a más no poder.

octubre 31

Dormí casi 24 horas. En los entreactos, leo a Kafka.

noviembre (?)

La fuerte sensación de no comprender ya las reglas del mundo en que vivo. Suponiendo que lo haya comprendido alguna vez. Claro que, en la juventud, esta sensación es casi de orgullo: cuando se es joven, uno consigue invertir los términos y sentir que *el mundo* no lo comprende,

lo que equivale a una especie de aristocracia. Ahora no, ahora es una forma del destierro o de la soledad.

Paola ganó el Premio Planeta de novela. Todo el mundo, es decir, todos los cercanos, todos nosotros, e incluso también algunos no tan cercanos, medio enloquecidos de alegría. Esa misma noche me dieron el Premio a la Trayectoria. Lapsus al agradecer: lapsus muy vinculado con la sensación de que hablo más arriba. Divertido diálogo con Battista, en La Biela. Algo así como nuestro *sketch* del sesenta clásico, para estupefacción de los presentes y, sobre todo, de los sobrinos de Sylvia, siempre propensos a la risa. Una buena noche. Sylvia, radiante, al verme allí, casi absolutamente sano.

noviembre 20

Un día poco menos que perfecto. Un día a la antigua. No importa si dura o no: estoy aprendiendo a gozar de los buenos momentos, a poner en práctica el consejo de Goethe que anoté hace un tiempo. Cinco de la mañana.

noviembre 21

Desde hace días, leyendo, una vez más, a Kierkegaard. Imposible entenderse con él, si se lo intenta tomar a la letra; imposible *no* entenderse con él, si uno consigue apropiarse de su pensamiento y usarlo a mansalva.

noviembre 27

Lo que quería era explicar mejor eso que llamé al empezar noviembre sensación de destierro. Pero me haría falta una lucidez voluntaria de que carezco esta noche. Ni siquiera tengo ganas de explicar que quiere decir, para mí, lucidez voluntaria.

Ayer, pensando en *Los ángeles*... Una o dos correcciones de tono, que tal vez... También la idea de invertir un capítulo, es decir: la primera aparición de Luciana (todavía no escrita) antes que el capítulo (ya escrito) donde se explica qué era el libro chino. Ese "tal vez" significa: seguir corrigiendo, tal vez, en esa dirección.

diciembre 7

...

diciembre 25

Los tres puntos suspensivos de ahí arriba acabo de ponerlos ahora. Figuraba sólo la fecha, lo que significa que ese día escribí algo a mano en un papel que no encuentro, o que ese día no encontré nada digno de ser escrito, que es lo mismo que está por pasarme en este momento.

Hace unas horas, Nochebuena. Una Nochebuena como las que me gustan a mí. Solos en casa, Sylvia, yo y el sobresaltado Demetrio, que parece haberse ido resignando al estruendo de la pirotecnia, incluso parece preverlo.

1 Cfr. "Hombre fuerte", *Cuentos crueles*, 1966. [N. de E.]
2 Carlos Franz, *El desierto*. [N. de E.]
3 Robert Nathan. [A.C.]

2006

enero 2

Todo lo que escribí en los últimos meses, fuera de este cuaderno, es el borrador de un cuento y cuarenta líneas (muy malas) acerca de la relectura, para publicar en el suplemento de un diario, y esto último muy a desgano y sólo porque el muchacho que me las pedía me "sobornó" diciéndome que su futuro en el diario dependía o poco menos de mi intervención. Cosa enteramente falsa, por supuesto.

Nota Bene. En ese artículo cometí tres errores: escribí Roquetin, como tengo costumbre de pronunciarlo, sin la "n" intermedia; Amy, como también suelo hacerlo, en lugar de Anny; y Orson Wells, en vez de Welles. El único error que corrigieron fue el de Welles. Se ve que ni el chico que me pidió la nota, ni el corrector, ni nadie en ese suplemento *literario* tenía muy presente la novela de Sartre, y eso que el 2005 fue precisamente el año Sartre. Así va el mundo, Valmont.

En una época abría un libro al azar y encontraba o creía encontrar una cita adecuada al nuevo año. Otras veces buscaba y elegía con toda intención esas palabras. Tengo ganas de hacer eso.

enero 19

En San Pedro, desde hace una semana. Días de una paz y un bienestar

asombrosos. Hacía años que no me sentía tan tranquilo, tan sano, tan "normal", palabra que pongo entre comillas porque sentirme así es, en mí, todo lo contrario de la normalidad.

Hoy fue el cumpleaños de Fernando García Curten. Fuimos a la casa. Fernando se ha puesto a trabajar otra vez. Me mostró unos *collages* realmente muy buenos, de lo mejor que ha hecho. Estaban Fernanda y Rosaura. Yo hice el payaso. Chistes sampedrinos hasta la madrugada. Susana dice que San Pedro es "un caballo desbocado".

Mirando la noche sampedrina por una de las ventanas de casa. Las tres palmeras del parque mueven suavemente sus pequeñas cabezas, como si el viento les encrespara la melena. Una noche casi inescrupulosamente hermosa.

enero 29

Hay que estar orgullosos del dolor, decía Novalis: el dolor nos recuerda nuestra naturaleza superior. Lo subrayé en Hesse, y, al margen, anoté, con altisonante estupidez, que Novalis habla, naturalmente, del dolor espiritual. Pero como se trata de un subrayado reciente, he tenido que pensar también *en ese momento* en el dolor físico. Es cierto que, en algún sentido remoto, el dolor físico afecta lo espiritual, pero la verdad es que todo dolor físico sólo nos recuerda nuestra naturaleza animal.

Releo, hasta más o menos la mitad, *Contrapunto*, de Huxley. Por momentos, con admiración; algunas veces, con fastidio. Qué multitud. Cómo piensan, un poco de más, todos. La pareja de los Rampion, inesperadamente cursi. No la recordaba así. La historia de Walter y su esposa, muy buena, lo mismo la de su amor (en San Pedro lo

llamaríamos de otro modo, lo llamaríamos calentura) por Lucy Tantamount, sobre todo cuanto el hombre se harta y decide echársele encima a esta señorita. Sigo sin creerle una palabra al "comunismo" de Illidge, el ayudante del viejo lord Tantamount: Dice verdades, pero Huxley lo hace panfletariamente resentido y estúpido. El viejo lord, sin embargo, me cae muy bien. Creo que a Huxley le pasaba lo mismo.

Más que releyendo *Contrapunto* lo estoy leyendo: no recordaba lo más importante, y lo que recordaba, aunque ya voy por la mitad, no lo encuentro.

Conseguí, por fin, el inhallable ensayo de Álvaro Yunque sobre Rafael Barrett. Es poco más que un folleto y está hecho una ruina. Hasta hace un rato, estuve leyéndolo. No es bueno, pero no me importa. Su valor es emocional, está en mí, no en el texto.

Cada vez que leo algo de Barrett o sobre Barrett, recuerdo San Pedro; aquellas caminatas nocturnas con Aníbal de Antón. La calle La Laguna. Mi propia calle, a la noche, con todas las estrellas sobre mi cabeza, y la casa en silencio de papá. Siempre siento lo mismo: una suerte de recóndita culpa, la idea de que *debería* leer más seguido a Barrett y escribir algo sobre él.

Subrayo "debería" para no olvidar que hubo un tiempo en que detestaba ciertos potenciales. La verdad, todavía los detesto.

Ayer, charla telefónica con Guille Saccomanno; siempre le tuve simpatía. Conversamos largo. Coincidencias, pero yo hablé de más.

En algún otro momento de estos veinte días, un sábado, largo paseo con Sylvia por mi viejo barrio de Plaza Irlanda. Yo manejé de ida. El colegio. La iglesia. Volvimos por la cortada Amberes. Sylvia dice que le gustaría escribir una carta a alguien que viviera en la cortada Amberes, sólo por poner el nombre en el sobre. Coincidimos en que ya

nadie escribe esas cartas.

febrero 2

Cuatro de la mañana. Una confesión de Kierkegaard que me tomó por sorpresa. Dice en su *Diario* que, a la inversa de casi todos los escritores, quienes suelen renegar de sus primeros libros, él siente que esos libros son lo mejor que ha escrito. Yo acababa de hojear *La casa de ceniza* y estaba pensando que acaso ese relato y *El otro Judas* son, en algún sentido muy personal, más auténticos que el resto de mis libros.

Enero fue un mes bastante bueno.

Quiero decir que me sentí bien. Por eso, tal vez, no anoté nada en este cuaderno. Hubo días en que candorosamente creí que había vuelto a la normalidad, aunque sólo Dios sepa qué quiero decir con eso.

En algún momento de este mes cometí el error imperdonable de leerle a Sylvia lo que llevo escrito de *Los ángeles*. Nunca debí hacerlo; las razones no importan.

febrero 10

Anoche pude hacer, hasta que salió el sol, algo que me había sido vedado durante mucho tiempo: arreglar papeles, ordenar carpetas, cambiar de lugar cosas bastante pesadas, computadoras, por ejemplo, caminar por la casa yendo y viniendo a lo maniático, como suele ocurrirme en estos casos, y sigo con vida.

Tengo, por fin, la edición completa de *El mundo como voluntad y representación*, es decir: con el apéndice al primer volumen sobre la filosofía de Kant, con los complementos que forman el segundo

volumen y con las correcciones y agregados que hizo Schopenhauer a la edición definitiva. Thomas Mann, muy autobiográficamente, en *Los Buddenbrook*, habla de lo que significó para él la lectura del capítulo sobre la muerte (donde aparece el texto sobre "ese gato que juega ahí en el patio...")[1] que es, sin duda, lo más deslumbrante de todo el libro.

Curioso lo que pasa con Schopenhauer. Se hizo célebre por lo que para él, esencialmente, debía ser secundario: sus reflexiones generales sobre el hombre, sus *Parerga*, los escritos ocasionales y esa segunda parte de *El mundo*... Lo que él se jactaba de haber descubierto, el secreto de la cosa-en-sí, es, bien mirado, una especie de elocuente tontería, y, si no me equivoco mucho, no pertenece a la filosofía ni la entiende bien nadie.

Es un gran pensador; de hecho, es quizá lo que llamamos "un hombre genial"; pero no es del todo un filósofo. De ahí, como pasa con Nietzsche, la enorme influencia que ha tenido sobre los escritores. Thomas Mann, Borges. Leerlo, por supuesto, es fascinante.

más tarde

Abro en cualquier parte a Diderot y caigo en la página 37: "…se dirigían hacia un inmenso castillo, en cuya fachada puede leerse: 'A nadie pertenezco y soy de todo el mundo. Antes de entrar ya estabais, y seguiréis cuando salgáis'". De paso y en voz baja: ¿Borges habrá leído *Jacques le fataliste*, o tomó esa hermosa cita casi kafkiana sobre el castillo de *El mundo como voluntad y representación*?

Si uno pone atención, resulta impresionante la influencia *literaria* que Schopenhauer ha tenido sobre Borges. Digo literaria, no filosófica, porque para aceptar la filosofía de Schopenhauer, hay, previamente, que aceptar los postulados esenciales sobre el tiempo y el espacio de Kant, que a Borges no le importaban en absoluto, y luego, claro, aceptar la voluntad como cosa-en-sí, que es una intuición más bien brumosa, aunque esto a Borges podía resultarle más cercano, ya que puede entendérselo como que cada cosa quiere perseverar en su ser —y este "quiere" supone una voluntad—, tantas veces citado por él.

febrero 12

Ciertas observaciones de “buen tono” del diario de Bioy Casares suenan a mera tilinguería, y, lo que es peor —aunque parece increíble — a un recóndito pésimo gusto. Le encanta hacer notar que él dice “fonógrafo”, “cinematógrafo”, que a la ciudad de Rosario él la llama “el Rosario”. En el diario sobre Borges, observa que Borges, desde hace no sé cuántos años, después de comer, deja los cubiertos sobre el mantel y no en el plato. ¿Qué sentido tiene señalar esto? ¿Fineza de espíritu en Bioy? ¿Plebeyez de Borges? La verdad, yo creo que Borges lo hacía de ciego. Tal vez, mientras comía y conversaba sobre, digamos, Skil Skilgrimsson, le resultaba más fácil volver a encontrar los cubiertos junto al plato que correr el riesgo de ensuciarse las manos al tratar de palparlos *dentro* del plato, y, cuando dejaba de comer, ya se había habituado a dejarlos sobre el mantel.

Ya en el otro diario, en el breve, a Bioy le molestaba que alguien dijera “cena” y no “comida”. De acuerdo. Tal vez “cena” sea, en el mundo de los dueños de La Martona, una leve incivilidad, tal vez, incluso académicamente, sea una palabra inexacta, pero, ¿cómo le llamaría Bioy a la Última Cena de Jesús, o a la pintura de Leonardo? ¿La Última Comida?

febrero 21

Entre los muchos libros que volví a leer en estos últimos meses (*Contrapunto*, *El revés de la trama*, el pésimo *La noche bengalí*, los cuentos de Borges, hasta el saludable empacho, *Las revoluciones rusas*, de Treviranus) está también la *Amalia* de Mármol. Estuve pensando en la interpretación que David Viñas ha hecho de esta novela: básicamente es simplista. Todo lo que ve en Amalia está, efectivamente, allí, pero se le pasan por alto pormenores e incidentes esenciales; lo grave es que esa interpretación ha hecho escuela, y muchos la repiten sin pudor, sin novedad y, por supuesto, sin el menor esfuerzo intelectual. Descubren lo que todo el mundo sabe de antemano sin necesidad de leer el libro: que Mármol era unitario,

parcial, tendencioso. Que una de las chicas se lleve con disimulo el pañuelo perfumado a la nariz cuando cruza el patio de los esclavos les parece reprensible, y a mí me gustaría saber cómo se comportarían sus mujeres (o ellos mismos) al recorrer hoy una villa miseria. No leo casi nunca ensayos sobre literatura, de modo que no sé si alguien reparó en algunas características de *Amalia*. Por momentos, se lee casi como una novela de capa y espada, lo que no es por supuesto un elogio pero tampoco una censura. Hay, además, un componente cómico que, por lo que sé, no suele tomarse en cuenta: ese profesor, con su lenguaje y sus vaivenes ideológicos, es realmente inolvidable. En mi opinión, lo que menos importa de *Amalia* es el personaje de Amalia y su amor por ese muchacho Belgrano. Tampoco importa Belgrano. Se ve mucho mejor a la francesita, y ni hablemos de la cuñada de Rosas. El primo de Amalia es interesante y complejo. Lo haya querido o no Mármol (no creo que lo haya querido, claro), encierra en sí mismo una mirada crítica sobre ciertos rasgos unitarios; no es un emblema del Bien: es una especie de doble agente, lo que en criollo significa una modalidad mitigada, o disimulada, del traidor. Me gustaría escribir sobre todo esto.

marzo 18

Después de más o menos dos meses de relativa normalidad, hoy, día pésimo. Escribo justamente por dolor físico, para combatirlo de algún modo, para que no me invalide la cabeza.

Eso me pone ante un problema: como en los últimos tiempos sólo escribo este cuaderno cuando me duele la cintura o me siento físicamente mal, al releerlo me doy la impresión de estar siempre enfermo, lo que no es cierto. Pasé días muy buenos y hasta muy vitales. Viajé con Sylvia a San Pedro, manejando el auto yo, tuve un problema en la ruta (literalmente se destruyó una cubierta) y, con ayuda de un providencial buen hombre, solucioné el asunto como para llegar de buen humor a casa (me refiero a la casa de allá), pasé en San Pedro diez días seguidos, cosa que no había hecho desde hace años, y, a mi modo, hasta tomé sol. Volvimos de allá, manejando yo, sin más

inconvenientes que algunas lluvias en el camino, contesté una larga entrevista sobre la dictadura militar. Ayer mismo pasé varias horas muy divertidas gracias a la visita de Florencia Arenaza, que vino de Indonesia y habló hasta por los codos.

De pronto, esta mañana, un estallido de dolor que todavía me tiene medio inutilizado, y al que trato de ignorar escribiendo estas palabras.

En cuanto a la literatura, no he escrito casi nada nuevo desde "El desertor". Dos años sin fumar. Pero una cosa no tiene nada que ver con la otra: sé que puedo escribir sin fumar, a condición, claro, de tener algo que decir.

marzo 28

Anoche, hasta hace unas horas, pequeña fiesta de cumpleaños organizada por Sylvia. Todo bien. Lástima que le di *Ser escritor* a Alberto Díaz, para su posible publicación en Seix Barral, y no me gustaría que pensara que lo invité por eso. Estoy tan desacostumbrado a las reuniones más o menos sociales que ya no sé bien cómo comportarme. Pero, en fin, todo bastante bien. Nos reímos mucho. Paola, desopilante como siempre; Florencia, gran atracción.

más tarde

Solo en casa. Seis y media de la tarde. Un sol brutal. Releo las *Cartas a Milena*: no encuentro la cita. Pero da casi lo mismo; la palabra *miedo* aparece a cada paso. Sí encuentro la de Márai. Textualmente, dice: *Quien tiene miedo grita. Así que yo, por miedo, por puro terror, empecé a escribir.*

abril 28

Seis y media de la mañana. Hace cerca de un mes que no anoto una

palabra en este cuaderno, en parte porque no sucedió nada (miento, sucedieron cosas; sólo que yo no las *sentí*), en parte, en muy buena parte, porque en los últimos tiempos el acto de escribir me resulta casi ajeno. Estaba leyendo en la cama, vestido, cuando me levanté para escribir esto. Antes me había pasado unas cuantas horas frente a la máquina, idiotizándome, sólo para probarme que podía estar despierto, para probarme que si quisiera escribir podría hacerlo, con o sin dolor. En este tiempo, no sé si lo anoté, estuve leyendo a Étienne Gilson, su libro sobre filosofía de la Edad Media. Me impresionó menos de lo que creía; supuse que iba a encontrarme con una vindicación del pensamiento medieval y me encontré con la Iglesia.

mayo 23

Medianoche. Lo que sigue no va a ser fácil de escribir.

Operación de Paola. Empezó a sentirse mal hace un tiempo, mareos, confusión, problemas con el espacio. Yo creí, todos creímos y le hicimos bromas al respecto, que era estrés, o una especie de benigna locura por el Premio Planeta y sus consecuencias (la responsabilidad de sentirse bruscamente escritora, dar conferencias, contestar entrevistas), pero no era eso sino un problema neurológico, un pequeño tumor en la zona del parietal izquierdo. La operaron el viernes pasado y, al parecer, todo salió bien. Días de tensión agotadora e ideas espantosas. Increíble el cariño que le tengo a esta mujer. No sólo yo, todos los que la conocen la quieren. Mínima historia de terror: acaba de aparecer una antología donde hay un cuento de ella. Tema: una mujer que cree tener, o tiene, un tumor en el cerebro. Nadie lo conocía. Yo no lo he leído: me lo contó Fernanda. ¿Cuándo lo escribió?

Esperar que todo termine bien, y no pensar más en esto.

En la Feria del Libro me dieron, el 7 de mayo, el premio a la creación literaria por *El espejo que tiembla.* No fui a recibirlo por varias razones. Una de ellas es que habría preferido que me lo dieran cuando lo merecía. Casi no me he movido de casa. O sí, una noche, hará dos semanas. Una entrevista pública con Silvia Hopenhayn, en la Casa de la Cultura, donde era la casa de Victoria Ocampo. Parece que salió muy bien. Hernán y Josefina vinieron con nosotros. Me sorprendió, al final, el aplauso tan cálido y tan largo.

Ayer, en la cama, una serie de ideas quizá no demasiado peregrinas para el cada día más remoto *Los ángeles azules*. Leyendo *La invitada.* Una especie de Javiera, o de Ivich, pero de los suburbios: eso sería mi Galatea, es decir, Luciana. En algún lugar de este cuaderno había anotado, hace mucho, algo referido a esto, algo que, me parece, tenía que ver con la edad. Buscarlo.

Lo de anoche: ella, Luciana, emplea una palabra imposible para su condición, la palabra “obsceno” o “abyecto”. Eso llama la atención del narrador. Ella es desdeñosa, violenta. Imaginé entre sueños un diálogo del que sólo recuerdo el final. Ella le está hablando, probablemente, de sus proyectos: lo hace con ironía pero él no se da cuenta. Enumera dos o tres y finalmente dice: “O un taxi”. ¿Manejar un taxi?, pregunta él con distraída estupidez. “Subirme a uno”, dice ella, secamente, refiriéndose a lo que hacen las otras chicas del nocturno.

mayo 24

Lo que anoté más arriba acerca de la edad lo encuentro en el cuaderno de 2002, el 15 de julio.

más tarde

A propósito de *La invitada.* Me aburre, infinitamente me aburre. Ese libro me había gustado cuando lo leí, cerca de los veinte años; ahora me resulta plúmbeo, conversado hasta el tedio, inverosímil. Pierre es cualquier cosa menos un director de teatro y un actor. Javiera, insoportable. Todos tan intelectuales burgueses, tan intelectuales franceses... Me pregunto si es el libro o soy yo, que a los 71 años ya no soporto esas glosolalias psico-filosóficas. Ya me había pasado, hará diez años, con otras ficciones de Simone de Beauvoir: *Los mandarines*, *Cuando predomina lo espiritual.* Puede ser que los franceses más o menos cultos hablen todo el tiempo así, piensen todo el tiempo así y actúen así todo el tiempo, pero entonces deben de ser intratables. La única creíble es Françoise. De a ratos. El problema es que todas sus acciones están tan centradas en "la invitada", que uno no se imagina a Françoise a solas; por ejemplo: escribiendo. Un detalle, que es más que un detalle. Simone de Beauvoir escribe en tercera persona y se sitúa en la conciencia de casi todos los personajes. No lo hace así con Pierre, sin embargo: Pierre siempre está mirado desde afuera. Uno no puede saber qué piensa ni qué siente. ¿Por qué? Respuesta: porque Simone de Beauvoir tampoco lo sabe.

Digo que hacia los veinte años *lo leí*. No es del todo cierto. La verdad es que lo leí muy mal, a saltos, pasando de largo muchas páginas. Tal vez, eso lo mejoró.

Hagamos justicia. Simone de Beauvoir también, y sobre todo, es la autora de *El segundo sexo*, *Para una moral de la ambigüedad* y de *Memorias de una joven formal* y *La plenitud de la vida*, que son libros extraordinarios.

junio 2

Muchas noches, desde que Sylvia está terminando su novela, dormimos separados. Quiero decir que ella duerme en su cama del escritorio. A veces, en plena noche, me levantaría de la cama y la iría a buscar para despertarla y decirle todo lo que la quiero. No me ha

pasado una o dos veces, me ha pasado muchas. Dura un segundo, pero lo vivo tan intensamente que es como estar haciéndolo.

junio 11

Una y media de la mañana. Hasta hace un rato, dolor, y dolor casi todo el día de ayer. Finalmente resolví tomar un Supragesic con el solo propósito de ver si podía pasar un rato en la máquina. No digo escribir. Esto es algo así como un ensayo, puramente físico. Puramente mecánico.

Paola, si no me equivoco, va superando toda esta primera parte de su enfermedad. Conversé por teléfono con ella, y ya se parece a la Paola de siempre. Es la mujer peor hablada del mundo, y, de las que conozco, la que tiene el sentido del humor más patibulario. Me da miedo escribir sobre ella, pero yo confío en que todo va a salir bien. Tal vez la vea mañana.

Tema de cuento. Personaje literario (¿L?) que viene a ajustar cuentas.

Hace diez días, hace trece años, murió papá.

julio 5

Anoche, hace unas horas, festejamos en la intimidad, casi en secreto, el cumpleaños de Sylvia. Sólo estaban Josefina y Hernán. Muchísimas llamadas. Detrás de las bromas y las risas, la enfermedad de Paola.

Todo se complicó, súbita y brutalmente, pocos días después de la

anotación del veintitrés del mes pasado. Volvieron a internarla. El tumor reapareció, o apareció otro, en el mismo lugar donde estaba el que habían operado. No podían, ni pueden operarla de nuevo. Finalmente, dejaron de hacerle la terapia de rayos y comenzaron a darle morfina, sólo para evitar los dolores, lo que de hecho significaba dar por terminada cualquier esperanza. De pronto, tan imprevistamente como había empeorado, mejoró. Un día, dos días, tres días. Hoy mismo seguía estando bien. Yo la vi el domingo, y sólo parecía cansada. Estuvimos todo el tiempo tomados de la mano. Estaba lúcida y había recuperado una especie de melancólico sentido del humor, si es que lo perdió alguna vez. Decidieron recomenzar la terapia de rayos. Nadie, ni los médicos, parecen saber bien qué va a pasar: los médicos, menos que nadie. O tal vez sí, y el que no sabe ni quiere saber nada soy yo. Tengo una confianza irracional en que algo bueno tiene que suceder.

No voy a escribir una sola palabra más sobre esto hasta que *algo* me dé la razón o me la quite.

Leo *Los cuadernos de Malte.* Leo poesía. Necesito encontrarme conmigo mismo y lo intento por cualquier camino: todos conducen a mí, sólo tengo que tener los ojos muy abiertos.

julio 6

Hacer como Tolstói, perdonando la desmesura. Hacer como él: no esperar a estar frente a mi diario para anotar las cosas, sino pensarlas, o apuntarlas en cualquier papel y escribirlas después. Como, por otra parte, yo mismo hacía a los veinte años con los cuadernos manuscritos. De noche, en la cama, escribo mentalmente párrafos completos, muy largos, sobre algo que ocurre (o que se me ocurre, para retomar aquella vieja decisión de la adolescencia), pero como no

siempre, *como casi nunca* tengo voluntad para venir a anotarlo en ese momento, termino por olvidarlo, o me queda al otro día un recuerdo tan vago y esquemático que ya no vale la pena escribirlo.

Mañana, para complacer a Sylvia, voy a ver a un médico hindú, quiero decir indio y de religión hindú. No un gurú ni un iluminado de cualquier especie: un médico, un doctor en medicina. Naturista, signifique eso lo que signifique. Lo que me va a hacer bien no es el médico ni sus presumibles hierbas, sino el mero acto de salir de casa. Por la misma razón acepté, o casi, ir a dar una charla a Morón, un sábado de fines de agosto. Este tipo de cosas, lo decidí anoche, son las que van a ayudar a ponerme en movimiento.

julio 9

Siete de la mañana. El viernes no fui al hindú, y apenas me arrepiento. Estaba muy cansado pero hubiera podido hacer el esfuerzo e ir. Me consuela un poco el hecho de que Sylvia, que había tenido una semana devastadora, había ido a ver a Pao dos o tres veces al hospital, y parecía también muy cansada, me propuso postergarlo hasta el miércoles.

Desde la mitad hacia adelante, *Los cuadernos de Malte* pierde el tono sobrecogedor que es lo inolvidable, y lo mejor, del libro. Sigue siendo, por supuesto, una obra hermosa y sin paralelo en la literatura de cualquier época. Pero son justamente esas cien páginas primeras las que se clavan en la memoria y hacen que la atmósfera del libro permanezca en nosotros, aunque, conscientemente, no lo recordemos. Volvió a tomarme por sorpresa la descripción de aquellas fiebres de la niñez en que el protagonista habla de “lo grande”. Es lo mismo que me ocurría a mí, de chico, y está descrito casi con mis palabras de entonces. “Ver grande”, lo llamaba yo. “Mamá, papá, veo grande”: me

recuerdo diciéndolo. Recuerdo mi terror cuando lo decía. De eso los hago hablar a Santiago y Esteban en *Crónica* (estuve a punto de escribir "en la novela", lo que significa que todavía, en cuanto me descuido, pienso en ella como en *la* novela, lo que no deja de ser una forma de locura), sólo que cuando escribí ese capítulo, no pensaba en absoluto en Rilke. Siempre sentí tan mío aquel "ver grande", tan íntimo y horriblemente mío que nunca me atreví a preguntarle a nadie si en su infancia le había pasado algo análogo, justamente por eso lo compartí sólo con Santiago...

La escena del pobre tipo que tiene un tic y da saltitos incontrolados por la calle hasta que lo arrasa ese vendaval de movimientos demenciales (una especie de "El hombre de la multitud", pero contado por Kafka), observaciones como la de las mujeres encintas que llevan en su vientre un niño y una muerte, o esas cuatro o cinco líneas prodigiosas sobre las mujeres que dan de comer a los pájaros... Cómo se consigue eso, en qué mundo vive un hombre que *ve así*. Siempre estuve convencido de que toda la primera parte de este libro influyó al Sartre de *La náusea*. Por momentos, sólo basta cambiar la palabra "miedo" por la palabra "náusea" y tenemos a Roquentin.

La historia de Cristina Brahe, la mano que sale de la pared, debajo de la mesa, el perro que le hace fiestas al fantasma, eso ya empiezan a ser el otro Rilke, el que no puede imitar ni compartir nadie. Bien pensado, tal vez Proust le debe bastante, también.

julio 16

Domingo, dos de la mañana. Solo en Buenos Aires; Sylvia viajó a Junín, para visitar a la madre.

Finalmente, fui al médico indio. Puse toda mi buena voluntad, pero de pronto siento que no me va a servir de nada. Como sea, hablar con él, o mejor, escucharlo hablar, fue una hermosa experiencia. Yo estaba tan bien predispuesto que, una o dos veces, durante la charla, me conmoví. O, por lo menos, estuve a punto de conmoverme. ¿Por qué, entonces, escribo que no me va a servir de nada?

No me siento capaz de *razonar* sobre esto: no quiero. Daría una

impresión falsa. Tal vez lo haga otro día; tal vez debería convertirlo en una ficción, y entonces empezaría a servirme.

Leo, en este orden, *Prometeo encadenado*, *Los siete contra Tebas*, *Los persas*, *Las suplicantes* y las tres de *La Orestíada.* Me encuentro con subrayados míos de cuando tenía alrededor de veinte años, todos referidos a la muerte de Clitemnestra. Vistos de golpe, podrían dar una idea rara de mis sentimientos filiales, sin embargo, yo sé que están ahí porque pensaba en la teoría de Bachofen, en el advenimiento de los dioses nuevos y el patriarcado. El *Prometeo* y *Las suplicantes* dan una fuerte sensación de antigüedad, de estar presenciando casi el origen mismo de la tragedia, sobre todo *Prometeo*, aunque por ahí he leído que no es la más antigua. *La Orestíada* es algo inmenso. La discutida (desde los tiempos de Eurípides) escena del mechón de pelo de Orestes encontrado por Electra no resulta tan absurda como parece. Para justificarla *escénicamente* sólo habría que dirigir la obra pensando que Electra, algo loca, intenta forzar de cualquier modo la presencia de Orestes en Argos. Casi lo mismo, la de la huella del pie. Montada en un escenario actual, con actores sin máscara, bastaría con un piadoso e incrédulo gesto de algún otro personaje para, de algún modo, justificarlas.

Por supuesto, no ha de haber sido ésa la intención de Esquilo, pero como tampoco tenemos muchas certezas acerca del resto de sus intenciones...

julio 22

Ayer, o tal vez anteayer, murió Héctor Lastra. Lo conocí poco, pero siempre me pareció buena persona. Y además escribió una primera novela muy recordable, *La boca de la ballena.* El diario decía que, en algún momento, la Municipalidad de Buenos Aires había prohibido ese libro y que luego, con incoherencia, le había dado un premio municipal. Quién lo prohibió, no sé; pero no fue la Municipalidad quien *lo premió.* Lo premiamos Mastronardi y yo. Fue hace muchos

años. Me eligieron como uno de los jurados del Premio Municipal, y yo —recuerdo que llegué tarde a esa reunión— insistí en que el único libro premiable era esa novela. Se me dijo, con evidente hostilidad, que el premio ya había sido otorgado, en mi ausencia. Discutí y discutí: el único que me apoyó fue el poeta Carlos Mastronardi, que ya era un hombre muy mayor en esa época, o a mí me lo parecía. Finalmente, le concedieron —el verbo usual esta vez es exacto— el tercer premio. Sólo después de esto nos conocimos. Tuvo una posición muy digna durante la dictadura.

Fue esa tarde de la Municipalidad, en que Carlos Mastronardi, hablando de Jitrik, dijo aquello de "Noé, Noé, vuélvete al arca".

Esta misma noche, después de semanas de bombardeos a Jordania, el ejército israelí se aprestaba a invadir por tierra ese país. Ya hay cientos y cientos de muertos, donde, por lo menos al principio, la mitad eran niños jordanos. Hezbollah ha contraatacado a Israel con misiles, pero los daños mayores fueron en Jordania, en Beirut. Estados Unidos, por boca de la siniestra Condoleezza Rice —que tiene, dicho sea al pasar, un inquietante aspecto de mujer vampiro—, ha declarado que Israel está en su derecho al invadir Jordania y justifica la guerra.

julio 28

Ya lo sentí hace muchos años, cuando las primeras invasiones, el Estado de Israel parece empeñado en hacerle perder a los judíos lo mejor que tenían como *pueblo:* su fuerza moral. Hoy, Israel sólo se ve como un Estado imperialista, invasor y, por qué no escribirlo de una vez, injustificable. Los ataques siguen y siguen, sin proporción. Naciones Unidas no puede detener esto y Estados Unidos no quiere. Le están dando al ejército israelí lo que necesita: tiempo. Tiro, declarada alguna vez Patrimonio de la Humanidad, está en escombros. Los israelíes atacan al Hezbollah —que por otra parte es el único brazo armado de un país *sin* ejército que está combatiendo contra el quinto o sexto ejército más poderoso del mundo— y devastan y aniquilan todo

lo que encuentran alrededor. Son el instrumento de Estados Unidos en Oriente Medio: van a seguir actuando así hasta que le convenga a Estados Unidos.

agosto 12

Por supuesto, mi monótona y demoledora gripe de todos los años. Una semana acostado. Aprovecho la cama para releer *El día de los trífidos*, que había leído, antes de los veinte años, en la revista *Más Allá*. Dentro de sus límites, todavía es muy legible; John Wyndham tal vez influyó en Ballard, que es superior.

Con "el lápiz en la mano" leo *Justine*, *Balthazar* y *Mountolive*.

Un médico que vino a casa me dijo algo inquietante, o mejor, molesto. Según él, no debería tener, como tengo, una biblioteca en el dormitorio, ni, por lo visto, en ninguna parte. El polvo de los libros, pésimo para los pulmones si se tiene, como también tengo, un enfisema y tendencia al broncoespasmo. Lo peor es que parece ser verdad: los libros viejos me causan, a veces, un fastidioso malestar en la garganta. Lo lamento por mí y por mis pulmones, pero no pienso renunciar a los libros viejos.

agosto 21

Para romper de inmediato cualquier maleficio, me he puesto a leer una vez más, en mi venerable edición de 1947, *El siglo era joven* (*Les voyageurs de L'impériale*), de Aragón. Sigo pensando que la infancia de Pascal en el castillo de Sainteville está entre lo más hermoso que se ha escrito en Francia.

agosto 28

Eludo escribir sobre Paola, pero no hay un solo día que deje de pensar en ella. El hombre que reza dentro de mí, reza por ella todas las noches.

Veo por televisión una entrevista a una amiga escritora. Dice que lleva un diario, pero un diario de lecturas, porque, "como todo el mundo sabe, los diarios íntimos son aburridos". ¿Leyó esta muy buena amiga mía y a veces muy buena prosista los diarios de Kakfa, de Amiel, de Gide, de María Bashkirsev, de Cheever, de Virginia Woolf, de Tolstói? Yo recuerdo, además, una larga charla conmigo en la que elogió como si fuera la *Ilíada* el diario de Pepys. Por supuesto, el diario de Pepys está escrito en inglés, es inhallable, apenas existe una edición fragmentaria de 1954 en castellano, que no ha leído casi nadie y, por supuesto, era muy admirado por Bioy. De acuerdo, sí, el diario de Pepys es una tontería tan monumental que, como el libro de Boswell sobre el doctor Johnson, pega toda la vuelta y se transforma en una forma de la genialidad: uno puede ver a la Inglaterra de su época a través de sus chismes, pero está un poquito lejos de ser menos "aburrido" que el de Kafka, por no volver a citar todos los que nombré antes.

No sé por qué me enojo. Yo también cargo sobre mi conciencia algunos pecados de esta misma especie. Goethe decía algo benévolo al respecto. Decía, más o menos, que cuando envejecemos nos volvemos más comprensivos con los errores ajenos; que él solía encontrar en los demás los propios defectos que había tenido de joven. Tenía razón. El malestar sobreviene cuando los vemos en aquellos que no son tan jóvenes.

Leo de un tirón *sólo* los capítulos ensayísticos sobre la guerra, de *Guerra y Paz*. En mis lecturas de esa novela, tuve siempre tendencia a sobrevolarlos, para no interrumpir la acción del libro. Me agradezco a mí mismo haber hecho eso: los leo, palabra por palabra, con un deslumbramiento adolescente. Dicho al pasar, la ferocidad lacónica con que informa la muerte de Kutuzov ("Y se murió") tiene un solo paralelo en la literatura: el modo casi casual con que Cervantes nos cuenta la del Quijote, aquel "quiero decir que se murió", que tanto

impresionaba a Borges.

agosto 30

Hace unos días, creo que fue el martes pasado, gran excursión a la Biblioteca Nacional. Me daban el premio, el que no fui a recibir en mayo. Un día de sol, espléndido. Fui más bien para salir con Sylvia. Cada día que pasa me siento peor entre la gente. Menos mal que nos esperaban Mercedes Güiraldes y Alberto Díaz. Ya dije, creo, que me hubiera gustado recibir este premio cuando me lo merecía.

Bastante raro que Étienne Gilson no le dedique un apartado a Nicolás de Cusa. ¿Le parecerá menor? ¿Demasiado rigor de sabio, por parte de Gilson, o demasiado catolicismo?

Después de dejarlo descansar un tiempo bastante largo, retomo *Contrapunto.*[2] Encuentro, por fin, aquello que recordaba.

Más de un vez me costó trabajo —o tal vez me cuesta trabajo ahora, a mi edad— entender las razones que hicieron famosa esta novela memorable entre los intelectuales argentinos (¡y sampedrinos!) de los años cincuenta. O tal vez no cuesta tanto trabajo; es suficiente leer peyorativamente esa palabra que puse ahí arriba, “intelectuales”, y se aclara el enigma. Como sea, es una gran novela y hay en ella muchos momentos de primer orden.

Las reflexiones sobre Philip Quarles, el escritor, hechas por su mujer cuando atropellan al perro son notables. Notables, sobre todo, porque recaen sobre la cabeza del propio Huxley, quien, naturalmente, es el inventor de esta mujer y de sus reflexiones, cosa que lo redime para siempre.

septiembre 6

Le habían sido dadas todas las cosas. La bondad, cierta forma de gentileza que sólo podíamos entrever los que la conocíamos, la hermosura, la inteligencia, el amor por los libros y la facilidad para escribirlos, y ahora está ahí, en un cuarto del Hospital Italiano, agonizando, con la cara deformada por los medicamentos y por la inflamación de los ganglios, con la cabeza rapada. Y lúcida, eso es lo peor, casi tan lúcida como siempre. Cuando fui una noche a su casa, hace alrededor de un mes, se veía, por lo que me dicen, físicamente mejor que ahora, y sin embargo me causó miedo.

septiembre 12

Siete de la mañana. Me levanto para cerrar las persianas de los balcones y veo, de pronto, un pedazo de la Luna. Ni vestigios de estrellas ni Sol. Sólo la Luna, en un cielo más gris que celeste. Un pedazo de la Luna, o más bien una Luna despedazada en la mitad de un cielo de plomo. Como venida de otra parte, como si la hubieran traído hasta mi balcón y se hubiera perdido un fragmento por el camino.

No discutir más. No contradecir más a nadie. Si es necesario, *no oír*. Dejar mis opiniones para cuando escribo; y si no escribo, tanto peor.

septiembre 24

Y anoche, a las once y media, murió Paola.

octubre 17

Si esto fuera escrito sobre papel, debería empezar un cuaderno nuevo, para dejar atrás la muerte de Paola. Me da la impresión de que ninguna cosa que escriba, después de la entrada anterior, es del todo legítima. Ha pasado casi un mes, pero estas palabras son contiguas de

aquéllas. Esto me ha impedido anotar nada en muchos días. Anoche, mirando televisión, di con una película en la que actuaba Cate Blanchett. Por momentos, me parecía idéntica a Paola. En una de las últimas escenas, cuando entra en el cuarto de sus hijos con el pelo recogido, me sobresalté.

Lo pienso desde hace mucho. Sólo me voy a poder sacar de encima esta muerte escribiendo una ficción. Es ridículo, es hasta un poco cruel pensar así, pero es la más pura verdad.

Publican, en Cuba, una selección de cuentos de Sylvia y *El que tiene sed.* Esto, para mí, es la mayor alegría que he tenido en los últimos dos años.

octubre 19

"No discutir más. No contradecir más a nadie. Si es necesario, no oír. Dejar mis opiniones para cuando escribo..." Esto lo apunté el mes pasado. Debería repetírmelo todos los días, hasta que fuera cierto, hasta que se transformara en un hábito.

Hoy, jueves, taller a la noche. Son las nueve y media de la mañana. No he dormido. La *Fenomenología del espíritu* es, definitivamente, un libro intratable, casi no puedo con él. Me pasa siempre lo mismo: cuando entiendo lo que quiere decir, no me importa en absoluto, y ya que empleé esta palabra: ¿qué diferencia hay entre el Absoluto de Hegel y el Dios de Aristóteles que se piensa a sí mismo? Y además, cuánta palabra, cuánta bruma, cuánta nebulosa semioscuridad. Como caminar por una casa iluminada por velas, sobrecargada de muebles inútiles. Y feos. Esto por no hablar de su famosa filosofía de la Historia. La idea que Hegel tiene del sentido histórico de la guerra y del espíritu

imperial en el que se encarnaría, según él, el cristianismo ya mejorado por su contacto con el nacionalismo germánico, está mucho más cerca del nazismo alemán que cualquier locura que haya escrito Nietzsche.

Kojève dice, lo leí en alguna parte, que si no se hubiera escrito *El ser y el tiempo*, de Heidegger, no podríamos entender la *Fenomenología del espíritu.* Bueno, menos mal. Qué gran noticia. Pero ni así es posible entenderlo. Sin contar la asombrosa comprobación de que Heidegger *es más claro*, y escribe mucho mejor, que Hegel.

octubre 20

Entro en Internet para buscar un dato. Veo que hay unos cuantos miles de entradas referidas a mí. Nada extraordinario pero me parece bien. Leo después una crítica negativa y eso me deprime, me enoja y lo vivo casi como una injusticia o una incomprensión universal. ¿Y yo proclamo detestar la vanidad literaria? Dios mío. Hasta dónde puede llegar mi mala fe, mi estupidez espiritual, mi resentimiento. La pregunta, la verdadera y comprometedora pregunta, sería: ¿qué le pasó a mi orgullo, el que me hacía casi invulnerable, el que tenía cuando era joven pero sobre todo antes, cuando era adolescente? No quiero envejecer mal. No voy a envejecer mal.

Si en mi interior me jacto de no hacer nada para que se me conozca, ¿por qué me enojo si no me conocen o me conocen mal? Yo sé por qué. Porque querría ser admirado sin hacerme *cómplice* de eso. Yo no quiero ser una persona, quiero ser una especie de cometa, de crepúsculo.

octubre 22

Los ángeles azules. Para hacer poesía en nuestro tiempo, dirá Gulko, no hay que escribirla. Esto lo encontré anotado por mí, a lápiz, en un margen de *Livia*, de Lawrence Durrell. Y la verdad es que si se lo hago

decir, el búlgaro tendrá razón. La poesía es en acto.

octubre 30

Hay algo así como eternidades fugaces. Son las que amé toda la vida. Mirar y mirar, de chico, una estampilla hermosa, sin poder apartar los ojos; observar un animal, mi gato, un pájaro, sin que él lo advierta. Me ha ocurrido también con algunas mujeres, muy pocas; me ha ocurrido muchas veces con Sylvia dormida. Todavía hoy me ocurre.

noviembre 5

En los últimos días, sobre todo ayer, dolores casi insoportables. Durante mucho tiempo, sin embargo, había venido sintiéndome bien, aunque con una propensión ya casi autodestructiva a la inmovilidad. Hoy, de pronto, ningún dolor. Debo confesarme que este vaivén, a veces, me alarma un poco.

noviembre 6

Por supuesto que lo no dicho, o lo no dicho enteramente, es el mérito rarísimo de ciertos estilos (el témpano de Hemingway, los puntos suspensivos en el teatro de Chéjov); pero mejor no exagerar. Leo, no recuerdo dónde, un elogio más menos así: "lo importante es siempre lo que *no* dice". Habría que tener cuidado con cierto tipo de vaguedades. Llevada al extremo, esta virtud de decir lo importante siempre *por omisión* daría libros perfectos, en blanco.

Solo en casa. Llueve, o llovía. Por televisión pasaban una cinta de mi adolescencia: *El gran Caruso.* La vi, naturalmente. Hasta me emocioné una o dos veces. Quizá ya no me gusta tanto la voz de Mario Lanza, y la película es muy mala. Pero me emocioné.

Lo estéticamente malo puede hacer reír y también hacer llorar. ¿Qué lo diferencia entonces de lo estéticamente bueno? Quiero decir, ¿hasta dónde la emoción que algo nos produce es un criterio legítimo para juzgar una obra cualquiera? Como decía Agustín, del tiempo: Si no me lo preguntan, lo sé.

noviembre 8

Viene a casa Florencia. Llegó de Nigeria el domingo. Conversación disparatada, o más bien disparatado monólogo de su parte. Me divertí, aunque creo que me pasó a mí solo. Sylvia, muy cansada; lo mismo Josefina, que también estaba en casa. En algún momento, se intentó hablar de Paola: les pedí con naturalidad que cambiaran de tema. No quiero que la muerte de Pao se transforme en tema de conversación.

Para el cuento. El chimpancé que opera Litvak, el que enloquece, es quien mata a un médico joven (pueden incluso ser dos) del equipo de oftalmólogos. Esto soluciona el problema del "legado científico" de Litvak: muertos ellos, y muerto Litvak, no quedan rastros de sus investigaciones, etcétera. El cuento, enteramente escrito de usted. No olvidar la paradoja: el terror a la claridad, no a la oscuridad. Se invierten los términos tradicionales. El horror es el día, la luz.

noviembre 18

Cinco o seis de la mañana. Sábado. Me levanté a las tres de la tarde y ahora no puedo dormir. Anteayer, presentación de *El candelabro de plata y otros cuentos*, una antología que publicó Alfaguara. Diálogo con Silvia Hopenhayn, en Galerías Pacífico. Hace meses les había prometido ir. Y fui. Dolorido. Y estuve a punto de no poder terminar. Hacia el final, un dolor fuertísimo y un poco neurótico. Había tomado un Supragesic que no me hizo ningún efecto. Literalmente, salí huyendo de allí. No había demasiada gente. Cien a lo sumo,

seguramente menos. Pero al llegar el momento de firmar libros los viví como si fueran una horda. Lo lamento por un chico que se quedó con un libro en la mano, mirándome con estupor y decepción cuando le dije que me perdonara pero que debía irme. De todos modos agregué que estoy en la guía, que me llamara a casa y viniera y le firmaba lo que quisiera. Creo que no me creyó. Como ahora están de moda los llamados "ataques de pánico", a todo esto podría llamárselo así, y hasta yo mismo tuve la sospecha de que era eso. Pero por alguna razón siento que es una solución fácil, y, en todo caso, es la mitad del problema. Para saberlo no me hace falta más que leer la anotación del día cinco. Esos días estaba en casa, no me hostigaba nadie.

Nota Bene. Los ataques de pánico están de moda en la burguesía y en la clase media. Me gustaría saber qué piensa un cartonero de los ataques de pánico.

diciembre 9

Sábado, mediodía. Un perfecto día de verano en primavera.

Miro la noche de San Pedro a través de la ventana.

Estoy por cerrar la computadora cuando le echo una mirada al reloj de la máquina. Las tres y catorce. Pienso en el número Pi, le doy un clic al reloj y entro en Propiedades de fecha y hora. Son las tres y catorce y veinte segundos; por lo tanto, cuando pensé en Pi pudieron ser exactamente las tres, catorce, dieciséis.

Pausa. Se ve que soy un escritor muy ocupado.

diciembre 18

Hará una semana leí, casi íntegramente (en una sesión que duró más o menos cinco días), las mil seiscientas páginas del *Borges*, de Bioy

Casares. Primero con malestar, después con tedio y finalmente con indignación. Se trata del diario de Bioy, de las páginas no publicadas hasta ahora, donde se habla de Borges. Su tono es el mismo del diario anterior: una masiva frivolidad, un gigantesco mal gusto, y, sobre todo, un menosprecio inmenso por la gente. Por momentos, todo es un poco infame, un poco miserable, un poco innoble; y no sé si esta forma adverbial (un poco) es la justa. Por ejemplo, sobre los asesinatos del 56, Borges llega a decir que hay quien se queja ahora *por el fusilamiento de unos malevos.* Él y Bioy, lamentándose del rápido fin de la revolución "libertadora", *firman un petitorio* para que los militares continúen en el poder, para que no se le entregue el gobierno a Frondizi. Con lo que, de hecho, resultan *menos* democráticos que el almirante Rojas y que Aramburu. Indignidades como éstas, cien. La más increíble es así: Bioy Casares cuenta, con naturalidad, que un periodista le ha preguntado a Borges si él, Borges, cree realmente que los negros son una raza inferior. Borges responde preguntándose a su vez si ese periodista no ha visto nunca a un negro.

Íntimamente, siempre tuve un fuerte rechazo por ciertas zonas estúpidas e inexplicables de Bioy Casares. Cuando lo conocí, me dejé ganar por lo que creí su gentileza. Habiendo leído su diario sobre Borges empiezo a temer que esa gentileza fuera hipocresía pura. Borges podía ser un poco mezquino: eso también lo sabía. Pero a Borges conseguían enmascararlo o atenuarlo sus libros, la belleza de su prosa. Después de este diario de Bioy, me va a costar mucho trabajo volver a leer a Borges con la debida distancia, y no ya por razones morales o ideológicas; por razones *literarias*. Dicen, los dos, tantas estupideces sobre ciertos escritores, como para que uno se pregunte seriamente si sabían de qué estaban hablando cuando hablaban de literatura. "Se puede tener talento", decía Unamuno, "lo que se dice un gran talento y ser un imbécil moral". Esto es cierto, y vale sobre todo para Borges, ya que nunca estuve nada convencido del gran talento de Bioy. Y se puede escribir bien, lo que se dice muy bien, y no tener la menor idea de lo que es la verdadera literatura. Esto vale sólo para Borges; ya que tampoco estoy muy convencido de que Bioy escribiera demasiado bien.

diciembre 19

Todo me preocupa, todo me causa aprensión y a veces hasta miedo. La muerte, la soledad, los dolores y los innumerables (o lo que yo siento como innumerables, ya que no son tantos, si voy a hablar seriamente) achaques de mis setenta y un años. Lo escribo para avergonzarme. En los últimos días, tal vez en los últimos meses, no he hecho más que pensar en eso. Creo que esta sensación de milenarismo personal, privado, secreto, tiene, en gran medida, un responsable: el dolor. No el dolor en sí, tal vez, sino su consecuencia: la casi inmovilidad, el estar permanentemente en casa, sentado, o leyendo en la cama.

diciembre 20

Hará más o menos una semana terminé de corregir, vía e-mail, la edición cubana de *El que tiene sed.*

diciembre 24

Cuatro de la mañana. Hasta hace un rato, llovía. Ahora, bajo mi balcón, voces y risas en la calle. El jueves, Natalia Calzón Flores vino de visita, al curso. Como todos los años, tiró el *I Ching*. Una de las cosas que me alegran es este tipo de apariciones. O mejor, no este tipo, sino las de Natalia en particular. Natalia va a cumplir 28 años, parece de veinte y tiene un hijo de ocho, Félix. Cuando yo tenía la edad de Félix, mi madre era un año *menor* que Natalia. Tiendo a pensar en eso cuando intento comprender a mi madre.

Hace apenas tres meses murió Paola. Sólo el cuerpo de los vivos se enfría y se corrompe, o, en el caso de Pao, sólo sus cenizas se dispersan para siempre; ellos, los muertos, tardan mucho tiempo en morirse.

¿Cuánto va a tardar en morirse Pao? ¿Y por qué tendría que morirse

del todo?

nueve de la noche

Afuera, ya se oyen los estúpidos cohetes, bombas de estruendo y bengalas de la Nochebuena. Qué raro que a la gente le guste festejar con explosiones y fuegos artificiales, y que, sin embargo, le tema a las tormentas. En mi caso, viene a ser al revés, odio el ruido de las fiestas pero las tormentas eléctricas siempre me fascinaron. Probablemente la excitación que producen las batallas, para los que participan en ellas, no para los que las padecen pasivamente, tenga que ver con esto de los cohetes y las bombas de estruendo. El sentir que son ellos los que producen el ruido, el fuego, el miedo.

una de la mañana

Demetrio, todavía debajo de la cama. El escándalo fue mucho mayor que otros años. Hasta hubo sirenas.

No recordaba sirenas en Navidad desde la época de *El candelabro de plata*, si es que esa vez las hubo y no las inventé.

diciembre 30

Desde el 29 estamos sin teléfono y no hay perspectiva de que esto cambie hasta el dos.

Decir que en algún momento de este mismo mes estuve escribiendo es una exageración, pero no es del todo una mentira.

Leo el cuaderno de 2002. Tenerlo muy en cuenta, si me propongo terminar algo.

Bush reconoció, por fin, hace unos días, que estaban perdiendo la guerra en Medio Oriente. No lo dijo así, claro. Encontró una solución típica de él: mandar más tropas. Lo que significa hacer matar más

gente. Más iraquíes y, de hecho, más norteamericanos.

Oigo por TV que hoy ahorcan a Saddam Hussein. No me alegra, pero me resulta bastante complicado conciliar la aversión casi física que me inspiran los personajes como Hussein y mi repugnancia intelectual por la pena de muerte. O incluso por la muerte a secas. Por ejemplo, hará un mes murió Pinochet, uno de los hombres más miserables y viles de Latinoamérica, bastaba mirarle la cara para sentir repulsión; vi chilenos bailando, brindando, celebrando su muerte. Yo no comprendo *esa forma* de la alegría. Hay algo un poco miserable en ella, un poco cobarde. Me parece mejor aceptar, sin festejo alguno, que hayan ajusticiado a Hussein. En el caso de Pinochet, además, su muerte fue históricamente inoportuna. Pinochet, aunque tenía noventa años, debió vivir más tiempo: debió vivir hasta que lo juzgaran por *todos* los crímenes que cometió.

diciembre 31

Sueños extraños. Sobre todo uno, que es una variante de algo que soñaba en Pueyrredón, que tal vez lo haya soñado también acá, pero con el decorado de Pueyrredón. La casa se destruía. En Pueyrredón era el patiecito que se desmoronaba, mejor dicho, ya se había desmoronado cuando yo lo advertía, y el departamento quedaba literalmente en el aire, sobre el patio de los de la planta baja. Este sueño, hace años, se repitió varias veces, y en rigor era una pesadilla algo apocalíptica: yo estaba, o me parece ahora, en medio de un desastre inarreglable y angustiante. El sueño de ayer tenía por escenario esta casa. Había habido una furiosa tormenta y, cuando yo entraba en el living, me daba cuenta de que los dos balcones se habían desplomado sobre la calle, pero eso no comportaba un verdadero peligro para la casa. Ya había, además, una cantidad de hombres intentando recomponer todo: traían dos nuevos balcones de material y parecían dispuestos a colocarlos de inmediato en el lugar de los otros. El problema, por decirlo así, era más bien estético: no me gustaba mucho la forma de esos balcones; se notaba demasiado que no eran los originales. Sin embargo, había en toda esa gente un cierto clima

festivo, optimista, que yo trataba de compartir.

fin de año

Solos y en paz con Sylvia, en casa. Demetrio, bajo la cama. Saldrá más tarde, cuando haya amainado el estruendo. Buscamos una película para ver. El teléfono descompuesto: permitía oír el timbre y los mensajes pero no hablar, lo que viene a ser una especie de perfección. Muchos llamados, toda la tarde y hasta muy de madrugada.

madrugada

¿Y si la solución fuera sencilla? ¿Si todo consistiera, realmente, en el *nulla dies sine linea*? Aunque esa línea fuera literalmente una. Hace un momento hice exactamente eso: escribí una línea, una única línea del cuento y, en cierto modo, resolví un problema que me venía paralizando hace días o semanas.

CRONOLOGÍA[3]

"No creo en las Memorias. Oscar Wilde decía que las escriben personas que han perdido completamente la memoria. Nadie puede ver claramente su propia vida. Se dice que el hombre es el animal que ríe, el animal que llora, el animal que piensa, yo digo que es el animal que cuenta. Todo lo que llamamos conocimiento, filosofía, historia, literatura, es un contar. Cuando Platón escribe *La República*, nos está contando lo que anhela del mundo en general; cuando Heidegger escribe *El ser y el tiempo*, nos está contando lo que piensa del ser. De la misma manera, la madre le cuenta al hijo 'este señor es tu papá' o la historia de Caperucita. Nuestra propia historia es el cuento que nos hicimos a nosotros mismos sobre el cuento que nos han hecho los demás. Nuestra memoria está poblada de historias que nos han contado sobre nosotros y que suponemos ciertas; nuestros recuerdos reales están hechos de cosas mínimas, que, muchas veces, para los demás no sucedieron. Los verdaderos recuerdos son muy pocos y es difícil compartirlos, y hasta expresarlos. Yo por la calle Gaona manejando un autito que me había comprado mi padre, olores que tenía la Plaza Irlanda, colores, fogonazos, cosas que no son recuerdos, pero que forman parte del aura de la niñez. Hablar de uno mismo es un modo de la ficción, porque ¿quién es uno mismo?, ¿el que vieron los demás?, ¿el que uno cree ser? Nietzsche dice que a los siete años comprendió que ninguna voz humana iba a llegar hasta él. Hay un momento de la infancia en donde se pierde la infancia; ese momento fue para mí la separación de mis padres. Pero hasta entonces, y aún después, como todos los chicos, yo fui insensatamente feliz."

1935. Abelardo Castillo nace el 27 de marzo. "Pongamos que elegí nacer en San Pedro, un pueblo de la provincia de Buenos Aires, junto al río Paraná." Vive con sus padres en Buenos Aires, en el barrio de Flores, en la calle Terrero, a unas cuadras de la Plaza Irlanda y de

donde vivió Roberto Arlt. “Me gusta imaginar que, cuando era chico, Arlt pasó por la puerta de mi casa y me tocó la cabeza.” Cosa bastante improbable porque Roberto Arlt se mudó de allí unos veinte años antes.

1940/41. Aprende a leer antes de entrar al colegio. “Los libros me gustaban antes de saber leer. Éramos muy pobres, de modo que no podía estar influido por vastas bibliotecas de familia, pero me fascinaban los libros como objeto y quería tener un lugar donde esas cosas estuvieran de pie.” En marzo de 1941, entra en primero inferior. Todos los veranos, vacaciones en San Pedro.

1942. Primeras lecturas en la colección Pequeños Grandes Libros. *Charlie Chan, Mickey y el bandido del Rancho Dude. Tarzán*. “La llegada de *El Pato Donald* los martes era el suceso de la semana. Iba a comprar la revista pero no la abría, la llevaba hasta la Plaza Irlanda sin hojearla; ese espacio y ese tiempo entre la librería de López y Livolsi y la plaza se parecían a la eternidad.”

1943. Pulmonía y pleuresía. Estudia el Catecismo en cama y se levanta para tomar la Comunión. En esas vacaciones, primer viaje a Córdoba, con su tía. “Nunca olvidé esa ciudad. Tal vez sea un recuerdo falso, pero siempre recordé una gran plaza rodeada de verjas, tal como, leí más tarde, Sarmiento describe el Paseo Sobremonte en el *Facundo.*” Separación de sus padres.

1944. Vive durante un tiempo con su tía Lilia (“mi madre sustituta, mi verdadera madre”), en la calle Talcahuano 860, y cursa el tercer grado en el Colegio Roca. Vuelve con su padre. Enferma de meningitis y es prácticamente desahuciado. “Cuando me curé, de golpe, me había vuelto inteligente.” *Sandokán*, *Los tres mosqueteros*, *El conde de Montecristo*, “muy poco Verne, no le creía”, *El llamado de la selva. Colmillo Blanco*. Comienza a leer *Robinson Crusoe*. “Sé, porque mi padre conservó mis cuadernos de la primaria, que tenía cierta predisposición para la matemática y el dibujo. Carecía por completo de imaginación. Mi estilo era geométrico, naturalista y lacónico hasta la brutalidad. Un estilo del tipo: *La vaca es un animal cuadrúpedo, o sea que tiene cuatro patas. Es herbívoro porque se alimenta de hierbas; a saber, pasto, alfalfa y otras. Tiene cuernos. Así es la vaca.”*

1945. Entra como pupilo en el Colegio Wilfrid Baron de los Santos Ángeles, de la orden de Don Bosco, en Ramos Mejía. “Haroldo Conti había pasado por ese colegio diez años antes que yo. Acabo de leer que Fidel Castro también estudió con los salesianos. Tal vez hemos vivido equivocados y lo único que hace falta para promover el socialismo es una buena educación religiosa. No tener madre, estar en un colegio por encima de las posibilidades económicas de mi padre, fueron mi privilegio. Quería ser sacerdote, misionero, y morir leproso por salvar almas en la isla Molokaki, como el padre Damián.” El padre Rector le prohíbe la lectura de *Robinson Crusoe*. “También nos prohibieron ver durante las vacaciones la película *Dillinger, el enemigo público número uno.* Naturalmente, lo primero que hicimos, todos, ese verano fue ir a ver *Dillinger*. A partir de ese momento ya quería menos ser sacerdote y más el enemigo público número uno.” (...) “Si algún día no supiera quién soy y quisiera encontrarme en alguna parte, iría a buscar al chico que fui en ese colegio.”

1946. Vuelve a San Pedro, donde vive con abuelos y tíos. Realiza experimentos de tipo científico: “Me habían dicho que un tío político mío sufría del corazón y que un susto podía matarlo. Vivía en la calle transversal a la de la casa de mis abuelos. Era un señor muy desagradable, y, en mi opinión, no existía ninguna razón ética ni estética para no experimentar. A la hora de la siesta, salía de la casa de mis abuelos por la puerta de atrás con un palo (que era una gran tranca), cruzaba la calle y golpeaba con toda mi alma la puerta de mi tío, quien, si no me equivoco, era también mi padrino de bautismo. Después volvía corriendo a esperar que me trajeran la noticia de que había sufrido un ataque al corazón. No resultó”. Su padre compra una pequeña casa en el Barrio de las Quintas y lo lleva definitivamente a vivir con él. Termina de leer *Robinson.*

1947. Sexto grado. En las vacaciones, descubrimiento de Dostoievski (*El jugador*) y de Edgar Poe (*Historias extraordinarias*, *El cuervo* y *Las campanas*, en traducción de Pérez Bonalde). Lee a Chéjov sin entenderlo: “Me parecía que sus cuentos no tenían final”. Todavía quiere ser sacerdote.

1948. Inicia el secundario en el Colegio Fray Cayetano Rodríguez de

San Pedro. Primer amor, platónico. “Se llamaba María de las Mercedes, le decían Nenetta. Yo iba a estudiar el bachillerato, en el Nacional, ya había llenado la solicitud cuando vi bajar de un automóvil a una chica rubia vestida de negro. Me pareció angelical y me enamoré de inmediato. Volví a entrar en el colegio, pregunté dónde se inscribía, me dijeron que en el Comercial. Rompí mi solicitud y me anoté en el Comercial. Lo que estuvo a punto de arruinar mi vida porque mi disposición para las ciencias económicas era nula.” Escribe los primeros versos. *Memorias de la casa muerta*, de Dostoievski. *Resurrección*, de Tolstói. “Nunca me olvidé de Katiuschka, la Máslova. Se dedicó a la prostitución por culpa del protagonista, que la abandonó. Me acuerdo de que bizqueaba, eso me impresionó terriblemente: la prostitución la había vuelto un poco bizca.” Es un recuerdo falso. Katiuschka siempre bizqueó. Juega al ajedrez, nada y boxea. Los primeros poetas: Bécquer, Nervo, Darío. Un hito en su vida, ese año o el siguiente: su profesor de Castellano, Rodolfo Constantín. Otro hito: la lectura de la *Ilíada*, “en la vieja, quizá insoportable pero para mí inolvidable, traducción en verso de Hermosilla”.

1949. Lee el *Discurso del método*. Pierde súbitamente la fe. “Las pruebas ontológicas de la existencia de Dios destruyeron mi fe: un Dios que necesitaba ser demostrado no era el Dios en el que yo había creído. El sentido religioso de la existencia es algo que puede prescindir de Dios, es una relación con el universo, con la naturaleza y con los hombres en general. Por otra parte, sigo pensando como aquel día: puede ser que yo no crea en Dios, pero si Dios existe no tiene más remedio que creer en mí.” *Los miserables.* El Capdevila de *Melpómene* y *El libro de la noche.* Asunción Silva. Los poetas negros y malditos: Emilio Carrere, Claudio de Alas.

1950. Descubrimiento de Borges y de Sabato. “El jardín de senderos que se bifurcan” y *Uno y el Universo*. Faltando cuatro días para terminar las clases, es suspendido por amonestaciones. No se le permite rendir libre. Primer amor no platónico. Traduce del francés “algo libremente, claro”, parte del *Cyrano de Bergerac*, de Edmond Rostand, en verso. Nietzsche, Baudelaire. Revelación: Walt Whitman y Neruda.

1951. Vuelve a cursar tercer año. Primera lectura de Dante. El "Infierno", en la traducción de la *Divina Comedia* hecha por Mitre. Saca los tres tomos de la biblioteca del colegio: nunca los devolvió, aún los tiene. "Digan lo que digan, es la mejor traducción castellana en verso que se ha hecho de ese poema." Segundo amor, platónico. Otros, "de orden variado". Más versos. *El lobo estepario*: "Sentí, y a veces todavía lo siento, que era el libro más hermoso que se había escrito". *Los cuadernos y las poesías de André Walter*, de André Gide. "Tal vez lo leí antes que al *Lobo estepario*: fue el otro libro más hermoso de mi adolescencia." Decide estudiar Física y Filosofía al terminar el secundario. Escribe sus dos primeros cuentos: "El salón de los espejos" y "El último poeta". Ninguno de los dos existe. Rafael Barrett, los anarquistas.

1952. Expulsión del colegio. "Sin ningún designio político", tira contra la pared un frasco de tinta roja que va a dar entre los retratos de Perón y Eva Perón, en el aula de francés. "Nada que ver con la ideología: estábamos practicando golf con el corcho y le pegué al frasco." El primer *Fausto* de Goethe, en las ediciones de un peso que publicaba Thor.

1953. Regala sus libros de ajedrez y deja de jugar. Vuelve a Buenos Aires, a vivir con su tía Lilia. Calle Maza 1511, en Boedo. Lecturas innumerables y desordenadas. Shakespeare, los trágicos griegos. Los románticos alemanes: Novalis, Hördelin, Von Kleist. "Entre los dieciocho y los veinte años leí, creo, casi todos los libros que actualmente son mi biblioteca: los compraba, los pedía prestados, los robaba." Proyecta su primer libro de versos "malditos": *Quinto evangelio*, que no sobrevive al proyecto. Lectura de Sartre y Camus. Primeros cuentos "vagamente legibles". Comienza a escribir *La casa de ceniza.* Comienza a escribir un Diario.

1954/55. Primer amor "en serio". La Beatriz de *Crónica de un iniciado*, la Bettina a quien está dedicado *Las otras puertas*, quizá la Laura de las primeras páginas de "Crear una pequeña flor es trabajo de siglos". "Sólo de las primeras páginas: todo lo que en ese cuento sigue al rompimiento de los protagonistas, su reencuentro, el final de la historia, es perfectamente imaginario." Viaja a visitar a unos primos,

en Jeppener, y sin avisar a nadie se queda a vivir con ellos casi un año: allí trabaja como operario en una fábrica italiana de motocicletas. La aparición de *Más Allá* —primera revista argentina de ciencia ficción — le descubre a Bradbury, a Sturgeon, a Philip Dick, a Wyndham. "En Jeppener no había cines, no había bares, no había nada más que esa fábrica. Sólo se podía trabajar y leer. Vivíamos haciendo horas extras y leyendo. Nunca tuve tanta plata, comí ni leí tanto." Discusión con un jefe llamado Guareschi. Renuncia o expulsión. Regresa a Buenos Aires. Primera versión de "Triste le Ville" y de "El hacha pequeña de los indios". Kafka: *El castillo, La condena.* Primer intento, fallido, de leer *Crítica de la razón pura.*

1956. Servicio militar, en Olavarría. En la conscripción termina de escribir *La casa de ceniza.* Lectura de los diarios de Kafka, robados en una librería de Olavarría. *El ser y la nada*. Escribe "El baldado", cuento que apareció, más tarde, en las primeras ediciones de *Las otras puertas* y luego "desapareció de los lugares que solía frecuentar". Escribe "El candelabro de plata": "El 24 de diciembre yo estaba de franco, en Buenos Aires. Mi tía había viajado a Córdoba y, por alguna razón, yo no quería pasar la Nochebuena en casa de mi novia. Ella estaba triste porque iba a quedarme solo. Le dije: No te preocupes, voy al Café Dante, busco al viejo más zaparrastroso que encuentre y lo invito a festejar conmigo. Después lo tiro por el balcón. Pensé: qué cuento. Lo escribí esa madrugada". Los filósofos griegos. *Retrato del artista cachorro*. Descubre a Julio Cortázar, sin saber de quién se trata, en la traducción y prólogo a las *Obras en prosa* de Poe, editadas por la Universidad de Puerto Rico. Pär Lagerkvist.

1957. Primera versión de *El otro Judas*. Entra a trabajar en IGAMM. Esa oficina, y algún personaje, van a parar a "Also Sprach el señor Núñez". En un viaje a San Pedro, quema sus poemas de adolescencia. Lee *Ulises*. "La leí en tres o cuatro días, mayormente en el tranvía 72, mientras iba desde Boedo a Palermo a visitar a Beatriz, y en el viaje de vuelta."

1958. Lo echan de IGGAM. Escribe "Mis vecinos golpean" y "La casa del largo pasillo": el primero aparecerá en *Las otras puertas*; el segundo, treinta y cuatro años más tarde, en *Las maquinarias de la noche.*

Conoce personalmente a Nicolás Guillén: “Guillén vivía en un hotel de Once. Lo fui a ver con un amigo para que diera un recital en San Pedro, cosa que nunca se realizó, por razones políticas. Lo que sigue lo conté tantas veces que pronto será mentira. Le dije a Guillén que si quería saber algo de mí le podía contar una obra de teatro que estaba escribiendo y que pensaba mandar a un concurso. Le conté de memoria *El otro Judas*, del principio al fin. Guillén me escuchó durante una hora y me dijo: Bueno, chico, si la escribes como me la cuentas, no tienes más remedio que ganar ese concurso. Guillén, aquella tarde, me dedicó *Sóngoro Cosongo*: ‘Al joven poeta argentino Abelardo Castillo de su amigo cubano Nicolás Guillén’. Qué me importa si Guillén escribió cientos de dedicatorias idénticas. Ésta me la hizo a mí, fue el primer libro que me dedicaron y yo tenía poco más de veinte años”. Escribe “El hombre que nunca había visto atardecer” —cuento publicado, dos años más tarde, “en una antología casi secreta”—, que tampoco incluirá en sus libros. Termina *El otro Judas* y la envía al concurso de *Gaceta literaria*.

1959. El 12 de marzo se entera, por un llamado telefónico de su padre, que ha ganado el primer premio de *Gaceta literaria* “por una novela”. Se trata de *El otro Judas*. Conoce a Arnoldo Liberman, a Humberto Costantini y a Pedro Orgambide, quienes lo invitan a colaborar en *Gaceta literaria*. Escribe en un mismo día sus dos primeros cuentos “realistas”: “El marica” y “Fermín”. Polémica política en *Gaceta literaria* por el caso Pasternak. Con Liberman y Costantini, funda *El grillo de papel*, en cuyo primer número (29 de septiembre) aparece “El marica”. Escribe “Conejo” y “La madre de Ernesto”. Conoce personalmente a Ernesto Sabato: “Con Sabato me pasaron muchas cosas raras, pero la más rara fue, quizá, la hora y las circunstancias en que lo conocí. Fue en una función cinematográfica que hacía *El grillo de papel* en el cine Dilecto a las diez de la mañana. De pronto se acercó un señor, que a mí me pareció centenario pero tenía unos diez años *menos* de los que yo tengo ahora. Llevaba un trajecito llovido, de verano, arrugado, como se usaban en esa época, y me preguntó: ¿Usted es Castillo, el de *El grillo de papel*? Le dije que sí. ‘Leí su cuento, me pareció muy espantoso’, y agregó que después iba a

hacerme algunas observaciones. Yo pensé ¿pero quién es este hombre tan terrorífico que, además de decirme que mi cuento es espantoso, me amenaza con hacerme unas observaciones? Ese mismo día descubrí que el adjetivo 'espantoso', en Sabato, no comporta necesariamente una crítica". Publica una nota sobre *Las armas secretas* y recibe una carta de Julio Cortázar, quien, a partir de entonces, colaborará con *El grillo de papel* y luego con *El Escarabajo de Oro*. En diciembre, termina *Israfel*, comenzada unos meses antes.

1960. Liliana Heker se incorpora a la redacción de *El grillo de papel.* Castillo entra a trabajar en el Banco de la Provincia, sucursal Parque Patricios. Renuncia 14 días más tarde. Escribe "Macabeo". Envía *Las otras puertas* al concurso de una conocida editorial argentina. "No recuerdo quién ganó ese año, pero de algo estoy seguro: yo no fui." Comienza a escribir el drama *Sobre las piedras de Jericó.* Lectura fervorosa de *Adán Buenosayres.* Conoce a Borges en la vieja Biblioteca Nacional. "Esa tarde, Borges habló de Pablo Neruda, dijo algo notable: 'Neruda debe ser un gran poeta, porque todo el mundo dice que es un gran poeta y a la larga uno se da cuenta de que la mayoría tiene razón'. Claro que Borges se refería a la literatura, o tal vez estaba pensando el prólogo de Rubén Darío a *Cantos de vida y esperanza*; yo pensé que era una tomadura pelo. Parece inventado, pero nos preguntó si recordábamos 'Canto de amor a Stalingrado' y se puso a recitarlo de memoria. Muchos años después, en una entrevista que le hicieron con Mujica Lainez en *La Nación*, también recordó ese poema." Por decreto del Poder Ejecutivo se prohíbe *El grillo de papel*, en su sexto número.

1961. Funda la revista literaria *El Escarabajo de Oro,* cuyo primer número aparece el 28 de abril. En junio se estrena *El otro Judas*, en el teatro de Los Independientes, y ese mismo mes aparece la primera edición: es su primer libro publicado y su primera obra estrenada. Conoce a Lelia Varsi, joven actriz para la que rehace el personaje femenino de *Sobre las piedras de Jericó*, obra que más tarde le dedica. Agosto: ruptura con Beatriz. En octubre, en un hotel de Córdoba, escribe, como principio de un cuento, las primeras páginas de *Crónica de un iniciado*, novela publicada treinta años después. *Las otras puertas*

gana el Premio Publicación de Casa de las Américas y se edita simultáneamente en Buenos Aires y en Cuba. “Mi biografía sobria, para mí, termina por acá. Lo demás son los años 60 y 70. Para la ‘leyenda negra’ y más detalles, hojear *El que tiene sed*.”

1962/63/64. Vicente Battista se incorpora a *El Escarabajo de Oro*. Castillo escribe “Patrón”, “Negro Ortega”, “Los ritos” y otros relatos de *Cuentos crueles*. *Israfel* obtiene, en París (1963), el Primer Premio Internacional de Autores Dramáticos Latinoamericanos Contemporáneos del Institute International du Théâtre, Unesco. Polémica con el Partido Comunista: publica *Discusión crítica a “La crisis del marxismo”*. Primera edición de *Israfel* (Losada, 1964).

1965. Conoce a Leopoldo Marechal. “Uno de los escritores que más quise, y, tal vez por eso, sobre el que menos he podido escribir.”

1966. Publica *Cuentos crueles*. Estreno de *Israfel*, dirigida por Inda Ledesma y protagonizada por Alfredo Alcón. Deja de vivir con su tía. Compra un departamento en la calle Pueyrredón, que se transformará en el lugar mítico de las reuniones de la revista *El Escarabajo de Oro*, las fiestas del 60 y los talleres literarios del 70.

1968. Ve por primera vez a Sylvia Iparraguirre. “Venía por la calle con José Antonio Barzac, un amigo poeta. Él la llevó después a una reunión del *Escarabajo*. Durante un año no volví a verla.” Se publica *La casa de ceniza.*

1969. Escribe “Crear una pequeña flor es trabajo de siglos” y “Vivir es fácil, el pez está saltado”. En noviembre, vuelve a encontrarse, por casualidad, con Sylvia. “El azar no existe; el azar”, decía Léon Bloy, “es la Providencia de los imbéciles”. Desde entonces viven juntos.

1970. En diciembre muere Leopoldo Marechal: “Lo único que me consoló de esa muerte es que Sylvia alcanzó a conocerlo”. *Crónica de un iniciado* es ya un manuscrito de casi quinientas páginas. Decide abandonarlo.

1972. Conoce personalmente a Julio Cortázar, en Buenos Aires. Se encuentran en el departamento de la calle Pueyrredón. En los días siguientes, caminatas y conversaciones por el Bajo, por los “piringundines” de la calle 25 de Mayo. Después de casi veinte años, vuelve a jugar un torneo de ajedrez.

1974. Octubre 13, deja de beber. Primeros bocetos de *El que tiene sed.*
1976. *Las panteras y el templo*. El 21 de marzo, pocos días antes de cumplir 41 años, se casa con Sylvia Iparraguirre. Su amigo, el escritor Bernardo Jobson, sufre un preinfarto. Tres días más tarde estalla el golpe de Estado con que se inicia la dictadura militar. "Jobson aseguraba que los tres hechos estaban misteriosamente vinculados."
1977. Con Liliana Heker y Sylvia Iparraguirre, funda la revista literaria *El ornitorrinco.* "Eso, tomar apuntes para *El que tiene sed*, mirar con desaliento el manuscrito de *Crónica* y, sobre todo, estudiar maniáticamente ajedrez y leer a Kant, fue casi todo lo que hice durante la dictadura militar."
1978/79. Compra un automóvil Citroën 11 Ligero, 1947. "Uno de los acontecimientos decisivos de mi vida. Para contar las cosas que nos pasaron con Sylvia en ese auto debería ser Mark Twain." Termina "Por los servicios prestados", cuento comenzado en la década del 60. Gana el Torneo Mayor de ajedrez de San Pedro, pero no el match por el título. Empata. "Empatar me gusta menos que perder."
1981. Gana el Torneo Mayor y el match por el campeonato de San Pedro y deja de jugar torneos. "Probablemente —anota en su Diario— no tenga más remedio que dedicarme de una vez por todas a la literatura." Escribe *El señor Brecht en el Salón Dorado*, estrenada en el Teatro Colón, con música de Alicia Terzián, y más tarde en Teatro Abierto.
1982. Después de seis años sin publicar, edita *El cruce del Aqueronte*, selección de cuentos donde aparece el texto que da título al libro (hoy capítulo segundo de *El que tiene sed*) y "La fornicación es un pájaro lúgubre".
1983. Último encuentro con Borges en la casa de Ester de Izaguirre, donde "por alguna razón anómala los dos dábamos clases de literatura. Ese día había bastante gente, y yo tuve que recibirlo y acompañarlo hasta la mesa. Borges me preguntó: '¿Dónde está el público?'. Le dije: Ahí adelante, Borges (se suponía que no iba a ponerlo de espaldas, pero era un hombre muy desconfiado). El acto consistía en una especie de diálogo entre Borges y yo, en el que el público podía intervenir y hacerle preguntas. En algún momento

Borges estaba hablando de cine, y alguien, con mucha falta de tino, le preguntó: ¿Cómo opina usted sobre cine, siendo ciego? Borges respondió: 'Bueno, caramba, además de ver muy mal, últimamente estoy oyendo muy poco', y siguió hablando".

1984. Escribe "El hombre de los ojos de plata" y "De cómo vino el miedo" (capítulos 4 y 5 de *El que tiene sed*). Comienza a escribir "El ruiseñor que canta en la tiniebla", última parte de esa novela.

1985. Se publica *El que tiene sed* (Emecé).

1986. Primer Premio Municipal de Novela por *El que tiene sed.*

1987/88. *Las palabras y los días* (Emecé). Escribe "Carpe Diem". Retoma *Crónica de un iniciado.* Comienza por el capítulo XIII de la segunda parte. Mueren Humberto Costantini y Bernardo Jobson.

1989. Escribe "Muchacha de otra parte" y "El decurión". *El que tiene sed* se publica en Mondadori, España.

1990. Anota en su Diario que renuncia a publicar *Crónica de un iniciado.* Sylvia Iparraguirre pasa en limpio el manuscrito. "Un hecho prodigioso: nos hacemos con Sylvia una casa en San Pedro."

1991. Emecé publica *Crónica de un iniciado.* Escribe el cuento "La cuestión de la Dama en el Max Lange".

1992. Comienza a escribir "un texto largo, del que prefiero no hablar". Publica su cuarto libro de cuentos, *Las maquinarias de la noche* (Emecé).

1993. Décima edición de *Las otras puertas*, su primer libro de cuentos. Premio Nacional Esteban Echeverría a la totalidad de su obra. Muere su padre, a los 85 años.

1994. Termina la pieza teatral *Salomé*, empezada en los años 70. Escribe "La mujer de otro". En diciembre Castillo y Sylvia se mudan a su casa actual de la calle Hipólito Yrigoyen, en el barrio de Balvanera.

1995. *Teatro completo* (Emecé). Plaza y Janés publica *El que tiene sed* en España. Escribe "La que espera".

1996. Premio de Honor de la Provincia de Buenos Aires, compartido con Ernesto Sabato y Marco Denevi. Se publica en Chile y la Argentina *El que tiene sed* (Editorial Andrés Bello).

1997. Escribe "La calle Victoria". Publica *Ser escritor* (Editorial Perfil) y *Cuentos completos* en un volumen (Editorial Alfaguara).

1998. Retoma el texto “del que prefiere no hablar”, que ya se ha convertido definitivamente en una novela.

1999. Aparece, en abril, *El Evangelio según Van Hutten*, de la que se hacen cuatro ediciones en el año y es premiada como la mejor novela del 99. Seix Barral comienza a reeditar todos sus libros. Recibe el Premio a la Trayectoria, otorgado por la Asociación de Libreros Argentinos, por el conjunto de su obra. Premio de la Asociación de Arquitectos de Buenos Aires, compartido con Héctor Tizón y Andrés Rivera, a “los tres escritores más destacados de la última década del siglo xx”. Premio Lobo de Mar, de la ciudad de Mar del Plata. Premio Cholo Peco, a la trayectoria, de la Asociación de Distribuidores de Diarios y Revistas de Buenos Aires. “Demasiados premios: tuve la siniestra impresión de que en vez de despedir el siglo me estaban despidiendo a mí.”

1 “Bien sé que si le asegurase a alguien, con toda seriedad, que el gato que ahora juega en el patio es idéntico al que hace trescientos años daba allí los mismos brincos, me tomarían por loco, pero también sé que es mucho más insensato creer que el gato de hoy es radicalmente distintos al de hace trescientos años.” Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, tomo II, capítulo 41, 2003. [A.C.]

2 Aldous Huxley, *Contrapunto*, 1928. [N. de E.]

3 Texto incluido en *El oficio de mentir*, 1998.

Índice de nombres y de obras

A
Aguinis, Marcos
La gesta del marrano Aira, César
Akutagawa, Ryūnosuke
Alcón, Alfredo
Aldazábal, Benito
Alfonsín, Raúl Ricardo
Alighieri, Dante
Divina Comedia La vita nuova Allen, Hervey
Alonso, Alicia
Alonso, Carlos
Altamirano, Carlos
Álvarez, Carlos "Chacho"
Álvarez, Federico
Amiel, Henri-Frédéric
Amigo, Manuel
Andreas-Salomé, Lou
Aquiles
Arafat, Yasser
Aragón, Louis
El siglo era joven (*Les voyageurs de L'impériale*) Aramburu, Pedro Eugenio
Arenas, Reynaldo
Arenaza, Florencia
Arguedas, José María
Arias, Silvia
Aristóteles

Arlt, Roberto
Los lanzallamas Los siete locos Aron, Raymond
Aronovich, Beatriz
Artaud, Antonin
Ascasubi, Hilario
Asturias, Miguel Ángel
Astrada, Carlos
Asunción Silva, José
Attenborough, Richard
Grito de libertad Aulicino, Jorge
Aznar, José María

B

Bacon, Francis
Bajtín, Mijaíl
Balcells, Carmen
Baldini, Marco
Ballard, James G.
Balza, Martín
Balzac, Honoré de
César Birotteau Eugenia Grandet Ferragus La búsqueda de lo absoluto La comedia humana La obra maestra desconocida La piel de zapa (*La Peau de Chagrin*) *Las ilusiones perdidas Obras completas Papá Goriot* Barcia, Pedro Luis
Barnet, Miguel
Barrès, Maurice
Barrett, Rafael
Bashkirsev, María
Bassi, Valentina
Battista, Vicente
Baudelaire, Charles
"A la una de la madrugada"
Las flores del mal Bayer, Osvaldo
Beach, Sylvia
Beatriz / Bettina

Beauvoir, Simone de
Cuando predomina lo espiritual El segundo sexo La invitada La plenitud de la vida Los mandarines Memorias de una joven formal Para una moral de la ambigüedad Beckett, Samuel
Esperando a Godot Bécquer, Gustavo Adolfo
Beethoven, Ludwig van
Concierto para piano Nº 4
Emperador La tempestad Sonata para piano Nº 23. Opus 57
Sonata para piano Nº 25
Belgrano, Manuel
Bell, Daniel
Bello, Andrés
Benda, Julien
Benjamin, Walter
Berdaxagar, Alicia
Berdiaev, Nikolái
Libertad y servidumbre Berger, John
Un pintor de nuestro tiempo Bergua, Juan Bautista
Bernanos, Georges
Bajo el sol de Satán Bernárdez, Aurora
Bernhard, Thomas
Berni, Antonio
Bester, Alfred
El hombre aniquilado Biasatti, Santo
Biblia
Bierce, Ambrose
"El puente sobre el río del búho"
Bignami, Ariel
Bin Laden, Osama
Bioy Casares, Adolfo
Borges
Descanso de caminantes "El atajo"
"El lado de la sombra"
"El perjurio de la nieve"
"En memoria de Paulina"

La invención de Morel “La pasajera de primera clase”
“La trama celeste”
“Los milagros no se recuperan”
y Silvina Ocampo: *Los que aman, odian* Blanchett, Cate
Blanchot, Maurice
Blanqui, Auguste
Blair, Tony
Blaisten, Isidoro “Ike”
Blavatsky, Helena (Madame)
Blech, Simón
Bloom, Harold
“El canon latinoamericano”
Bloy, Léon
Bolívar, Simón
Böll, Heinrich
Opiniones de un payaso Bonaparte, Napoleón
Borges, Jorge Luis
“Abenjacán el Bojarí, muerto en su laberinto”
Biblioteca personal “El acercamiento a Almotásim”
El Aleph “El Congreso”
“El fin”
El informe de Brodie “El inmortal”
“El jardín de senderos que se bifurcan”
“El milagro secreto”
“El muerto”
“El Sur”
Ficciones “La busca de Averroes”
“La intrusa”
“Las ruinas circulares”
Otras inquisiciones Prosa
Siete noches “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”
Bosco, María Angélica
Boswell, James
La vida de Samuel Johnson Bradbury, Ray
Brahms, Johannes

Deutsches Requiem Brambilla, Raúl
Brando, Marlon
Brecht, Bertolt
Galileo Brega, Jorge
Brendel, Alfred
Brentano, Bettina
Briante, Miguel
Brod, Max
Brontë, Emily
Cumbres borrascosas Brouwer, Leo
Bruckner, Anton
Bryce Echenique, Alfredo
"Tiempo y contratiempo"
Brzezinski, Zbigniew
El gran fracaso Buber, Martin
¿Qué es el hombre?
Buda
Bullock, Alan
Hitler. Estudio de una tiranía Bullrich, Silvina
Burman, Mario
Burroughs, Edgar Rice
Tarzán
Burton, Robert
Anatomía de la melancolía Bush, George W.
Bussi, Antonio
Buzzati, Dino

C

Cadalso, José
Calvino, Italo
Calvo, Estela
Calzón Flores, Natalia
Camaño, Eduardo
Cambaceres, Eugenio
En la sangre Silbidos de un vago Sin rumbo Cámpora, Daniel

Camus, Albert
Calígula El extranjero La peste Cané, Miguel
Cansinos Assens, Rafael
Cantor, Georg
Capdevila, Arturo
El libro de la noche Melpómene Capote, Truman
Answered Prayers Cardella, Vanesa
Carlyle, Thomas
Carpentier, Alejo
Carrere, Emilio
Carriego, Evaristo
Caruso, Marcelo
Carver, Raymond
Castellani, Leonardo
Castillo, Nélida
Castillo, Patín
Castro, Fidel
Catulo
Cavallo, Domingo
Céline, Louis-Ferdinand
Viaje al fin de la noche Cervantes, Miguel de
Don Quijote de la Mancha Chabán, Omar
Chandler, Raymond
La hermana menor La ventana siniestra Chaplin, Charles
Chávez, Hugo
Cheever, John
Diario
Chéjov, Antón
"El fósforo sueco"
El jardín de los cerezos Ivanov
"La dama del perrito"
"La estepa"
La gaviota "La sala número seis"
Platónov o la pieza sin nombre (*Orfandad* o *Sin padres*) *Retrato de un desconocido Teatro completo Tres hermanas* Chesterton, Gilbert K.

La cruz azul y otros cuentos “Los tres jinetes del Apocalipsis”
Chertkov, Vladimir
Chestov, León
La filosofía de la tragedia Revelaciones de la muerte Chitarroni, Luis
Chopin, Frédéric
Sonata opus 65
Ciabatti, Antonella
Cinti, Claudio
Cioran, Emil
Clarín, diario Claudel, Paul
Clemenceau, Georges
Clinton, Bill
Cocteau, Jean
Coder
Cohn-Bendit, Daniel
Colautti
Coleridge, Samuel Taylor
Collins, William Wilkie
La piedra lunar Conrad, Joseph
Constantín, Rodolfo
Contexto, revista Conti, Haroldo
Contreras, Patricio
Cooper, David
Copérnico, Nicolás
Corelli, Arcangelo
La Follia Corneille, Pierre
El Cid
Corot, Camille
Cortázar, Julio
Apocalipsis en Solentiname Bestiario “Casa tomada”
Final del juego Las armas secretas Libro de Manuel “Notas sobre lo gótico en el Río de la Plata”
Rayuela Cortázar, Octavio
Cossa, Tito
Costantini, Humberto

Cross, Esther
Cuadernos Hispanoamericanos, revista
D
Da Vinci, Leonardo
La Virgen de las rocas La última cena Dal Masetto, Antonio
Darío, Rubén
"A Roosevelt"
Cantos de vida y esperanza "Lo fatal"
"Responso a Verlaine"
"Sinfonía en gris mayor"
"Yo soy aquel que ayer nomás decía"
Darwin, Charles
Davis, Miles
Porgy and Bess De Alas, Claudio
El cansancio De Antón, Aníbal
De Cusa, Nicolás
De la Rúa, Fernando
De Lellis, Mario
De León, fray Luis
Beatus ille De Miguel, María Esther
De Quincey, Thomas
De Vaux, Roland
Debray, Régis
La guerrilla del Che Defoe, Daniel
Robinson Crusoe Degas, Edgar
Del Campo, Estanislao
Delarue, Jacques
La Gestapo DeLillo, Don
Della Francesca, Piero
Denevi, Marco
"Argentina, país del silencio"
Rosaura a las diez Derr Biggers, Earl
Charlie Chan Descartes, René
Discurso del método Dhammapada Di Paola Levin, Jorge
Di Scala, Sofía

Diana de Inglaterra
Díaz, Alberto
Diccionario Larousse
Dick, Philip
Dickinson, Emily
Dickinson, Lavinia
Diderot, Denis
Jacques le fataliste La religiosa Dietrich, Marlene
Discépolo, Enrique Santos
Fangal
Donantuoni, Lucio
Dos Passos, John
Dostoievski, Fiódor
Crimen y castigo Demonios El idiota El jugador La mansa Los hermanos Karamázov Memorias de la casa muerta Memorias del subsuelo Dubatti, Jorge
Duhalde, Eduardo
Duhamel, Georges
Dumas, Alexandre
El conde de Montecristo Los tres mosqueteros Dunlop, Carol
Durrell, Lawrence
Balthazar El cuarteto de Alejandría El quinteto de Avignon Justine Livia Monsieur Mountolive
E
Echeverría, Esteban
Einstein, Albert
Einlen, Hans
El misterio bíblico El Aromo, periódico *El Escarabajo de Oro*, revista literaria *El grillo de papel*, revista literaria *El Imparcial*, diario *El ornitorrinco*, revista literaria *El Pato Donald*, revista Eliade, Mircea
La noche bengalí Eliot, T. S.
Empédocles
Enciclopedia Espasa
Engels, Friedrich
Equiza, Graciela

Espartaco
Espósito, Esteban
Esquilo
La Orestíada Las suplicantes Los persas Los siete contra Tebas Prometeo encadenado Esteves, Fernando
Estorino, Abelardo
Estrázulas, Enrique
Eurípides

F

Fabelo, Roberto
Fanon, Frantz
Farabollini, César
Farías Gómez, Chango
Farinello, Luis
Fasce, María
Fassbinder, Rainer
Faulkner, William
El sonido y la furia Favaloro, René
Feiling, C. E.
Feinmann, José Pablo
Fernández, Pablo Armando
Fernández Retamar, Roberto
Ficción, revista Figueroa, Jorge
Fijman, Jacobo
Fischer, Bobby
Fiskler, Mariana
Fitzgerald, Scott
Flaubert, Gustave
Madame Bovary Flores Olea, Víctor
Foffani, Enrique
Forn, Juan
Forn, Matilda
Forster, Edward
Paso a la India Foucault, Michel

Las palabras y las cosas France, Anatole
La rebelión de los ángeles Frank, César
Sinfonía en re menor Franz, Carlos
Franzen, Jonathan
Freidemberg, Daniel
Freud, Sigmund
La interpretación de los sueños Frisch, Max
Homo faber Frondizi, Arturo
Frost, Robert
Fuentes, Carlos

G

Gaceta Literaria, revista Galeano, Eduardo
Galeno
Gallegos, Rómulo
Garbo, Greta
Garcés, Gonzalo
El futuro García, Charly
García, Rosaura
García Curten, Fernando
García Curten, Susana
García Espinosa, Julio
García Lorca, Federico
"Malva Marina"
García Márquez, Gabriel
García Marruz, Fina
García Palermo, Carlos
García Robles, Víctor
García Venturini, Jorge
Historia general de la filosofía Gelman, Juan
Geminiani, Francesco
Genet, Jean
Gente, revista Giardelli, Sergio
Giardinelli, Mempo
Gibbons, Stella

Gide, André
Diario
Et nunc manet in te La puerta estrecha Los cuadernos y las poesías de André Walter Gide, Madeleine de
Gieco, León
Giglio, María Esther
Gilbert, Isidoro
El oro de Moscú Gilson, Étienne
La filosofía en la Edad Media Ginzburg, Natalia
Giussani, Pablo
Montoneros, la soberbia armada Goethe, Johann W. von
"Elegía de Marienbad"
Fausto
Obra completa Werther Gógol, Nikolái
Goloboff, Mario
Gombrowicz, Witold
Ferdydurke La virginidad Gómez, Juan Carlos "Goma"
Gómez, Nini
Gómez Hermosilla, José
González, María Claudia
González Amer, Edgardo
Danza de los torturados González Casanova, Pablo
Gorki, Máximo
La madre Tres rusos Gorodischer, Angélica
Gougnon, traductora
Gould, Glenn
Goya, Francisco de
Gramatges, Harold
Gramsci, Antonio
Grande, Félix
Grandío, Paula
Greene, Graham
El americano impasible El revés de la trama Grieg, Edvard
Grondona, Mariano
Grosso, Carlos

Groussac, Paul
Grünewald, Matthias
Gruss, Irene
Guebel, Daniel
Guevara, Alfredo
Guevara, Ernesto “Che”
Guido, Beatriz
Guillén, Nicolás
Sóngoro Cosongo Güiraldes, Mercedes
Güiraldes, Ricardo
Don Segundo Sombra
H
Habermas, Jürgen
Haendel, Georg
El Mesías Hamsun, Knut
Harrison, George
Harte, Bret
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich *Estética Fenomenología del espíritu* Heidegger, Martin
Construir, habitar, pensar El ser y el tiempo Heker, Liliana
El fin de la historia Hellmann, Lilian
Hemingway, Ernest
Adiós a las armas Las verdes colinas de África Muerte en la tarde París era una fiesta Por quién doblan las campanas Heras León, Eduardo “Chino”
Heredia, Víctor
Hernández, José
Martín Fierro Hesse, Hermann
Demián
El lobo estepario Viaje a Oriente Historia de la humanidad Historia de la Iglesia Historia de Roma Hitler, Adolf
Hölderlin, Friedrich
Homero
Ilíada
Odisea

Hopenhayn, Silvia
Horacio Flaco, Quinto
Epístola a los Pisones Hudson, Guillermo E.
Hugo, Victor
Los miserables Hussein, Saddam
Huxley, Aldous
Contrapunto
I
I Ching Ibarra, Aníbal
Ibsen, Henrik
Il Manifesto, diario Ionesco, Eugène
Iparraguirre, José María de
Iparraguirre, Sylvia
El país del viento El Parque La orfandad La tierra del fuego Probables lluvias por la noche Isnardi, Hernán
Istrati, Panait
El pescador de esponjas Mi cruzada Mi tío Anghel Mijail
Izaguirre, Ester de

J
Jackson, Charles
The Lost Week-end Jacobsen, Peter Jens
María Grubbe James, Henry
Jaspers, Karl
Jesús
Jiménez, Juan Ramón
Jitrik, Noé
Jobson, Bernardo
Johnson, Paul
Intelectuales Josefo, Flavio
Obras completas Josué
Joyce, James
Ulises
Juan Marcos, el evangelista
Juan Pablo II

Judas

K

Kafka, Franz

Cartas a Milena El castillo El proceso La condena La metamorfosis Kalatozov, Mikhail

Pasaron las grullas Kalicki, Rajmund

Kalidasa

Ritusamhara Kant, Immanuel

Crítica de la razón pura Kaufmann, Paola

La hermana Kawabata, Yasunari

País de nieve El sonido de la montaña Kelly, Patricio

Kempff, Wilhelm

Kepler, Johannes

Kierkegaard, Søren

Diario de un seductor La repetición Mi punto de vista King, Stephen

Mientras escribo Kipling, Rudyard

Cuentos llanos de las montañas El libro de las tierras vírgenes El milagro de Purun Bhagat The Jungle Book Kociancich, Vlady

Kodama, María

Koffman, Teo

Kojève, Alexandre

Kropotkin, Piotr

L

La Aurora, diario *La Maga*, revista *La Nación*, diario *La Opinión*, revista *La Voz del Interior*, diario Labastida, Jaime

Lacan, Jacques

Lagerkvist, Pär

Lagmanovich, David

Lagrange, traductora

Laing, Ronald

Lampedusa, Giuseppe T. de

El Gatopardo Landero, Luis

Juegos de la edad tardía Lanza, Mario

El gran Caruso Lao Tsé
Tao Te King Larsen, Bent
Las mil y una noches Lastra, Héctor
La boca de la ballena Lautréamont, Conde de
Le Figaro, diario *Le Monde*, diario Leal, Eusebio
Leclerc, Philippe
Ledesma, Inda
Leibniz, Gottfried
Teodicea Lennon, John
Lezama Lima, José
Li Po
Liberman, Arnoldo "Noldo"
Licurgo
Ligeti, Gyorgy
Litvak, Anatole
London, Jack
Colmillo Blanco El llamado de la selva Jerry de las islas López, Aldo
López Murphy, Ricardo
Lorente, Iker
Loreti, Miguel
Loti, Pierre
Lovero, Onofre
Lowry, Malcolm
Under the Volcano (*Bajo el volcán*) *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo* Loyola, José
Lublin, Lea
Ludwig, Emil
Goethe. Historia de un hombre Lugones, Leopoldo
Lunario Lukács, Georg
Lutero, Martín
Lynch, Benito
Lynch, David
Lynch, Martha
Lyotard, Jean-François

M
Mac Nally, Laura
Madre Teresa de Calcuta
Maeterlinck, Maurice
Los senderos de la montaña “Macro y microcosmos”
Mahoma
Mailer, Norman
Los ejércitos de la noche Malaparte, Curzio
La piel Mallarmé, Stéphane
Mallea, Eduardo
Historia de una pasión argentina Malraux, André
Manauta, Juan José
Manchen, Arthur
Los tres impostores Maneiro, Ricardo
Mann, Thomas
Carlota en Weimar El elegido La montaña mágica La muerte en Venecia Los Buddenbrook Manso, Leonor
Manual del perfecto idiota latinoamericano Manzano, José Luis
Maradona, Diego
Marái, Sándor
Divorcio en Buda El último encuentro La amante de Bolzano La herencia de Eszter Memorias de un burgués Marcel, Gabriel
Marco Aurelio
Marcuse, Herbert
Marechal, Elbia Rosbaco de
“Mis dos Marías”
Marechal, Leopoldo
Adán Buenosayres Megafón, o la guerra Obras completas El banquete de Severo Arcángelo Marechal, María de los Ángeles Margulis, Alejandro
Los libros de los argentinos Mármol, José
Amalia
Martel, Julián
La Bolsa Martí, Carlos
Martí, José

Martin, Egle
Martínez, Tomás Eloy
"El canon argentino"
Martínez Estrada, Ezequiel
Martini, Juan
Marx, Karl
Más Allá, revista de ciencia ficción Mastronardi, Carlos
Maugham, W. Somerset
El filo de la navaja Maupassant, Guy de
McCartney, Paul
McEwan, Ian
Melnick, Claudia
Melville, Herman
Menem, Carlos
Michelet, Jules
La bruja Mickey y el bandido del Rancho Dude Miguel Ángel (Michelangelo Buonarrotti) *La piedad* Mijalkov, Nikita
Pieza inconclusa para piano mecánico Milhaud, Darius
Miller, Henry
La crucifixión rosada Noches de amor y de alegría Sexus
Trópico de Cáncer Trópico de Capricornio Miller, James
La pasión de Michel Foucault Mirlás, León
El teatro de O'Neill Mishima, Yukio
Confesiones de una máscara El pabellón de oro Mitre, Bartolomé
Moebius, Paul
Inferioridad mental de la mujer Moisés
Molina, Enrique
Molinari, Ricardo
Montaigne, Michel de
Monteleone, Jorge
Morejón, Nancy
Morello Frosch, Marta
Moretti, Federico
Morris, David
La cultura del dolor Mounier, Emmanuel

Moyano, Daniel
Mozart, Wolfgang Amadeus
Sinfonía Nº 40
Mujica Lainez, Manuel
Bomarzo La casa Los ídolos Murena, Héctor A.
Las leyes de la noche Murúa, Lautaro
Musset, Alfred de
Las confesiones de un hijo del siglo
N
Nabokov, Vladimir
Najdorf, Miguel
Natale, Rubén
Nathan, Robert
El retrato de Jennie Neruda, Pablo
"Canto de amor a Stalingrado"
"Enfermedades en mi casa"
Odas
Residencia en la Tierra "Suculenta como una panadería"
"Walking around"
Nervo, Amado
La amada inmóvil Neustadt, Bernardo
Nietzsche, Friedrich
Así habló Zarathustra Ecce Homo El Anticristo El caso Wagner El ocaso El origen de la tragedia Homero y la filología clásica Humano, demasiado humano La filosofía en la época trágica La voluntad de poder Mi hermana y yo Nietzsche contra Wagner Schopenhauer como educador Noé, Luis Felipe "Yuyo"
Noticias, revista *Nova-Arte*, revista Novalis
Heinrich von Ofterdingen Himnos a la noche North, Alex
Melodía desencadenada
Ñ
Ñ, revista
O
Ocampo, Silvina
Ocampo, Victoria

Oé, Kenzaburo
Un asunto personal Olivera, Francisco
O'Neill, Eugene
El mono velludo Onetti, Juan Carlos
Oliveri, juez
Orgambide, Pedro
Orozco, Olga
Ovalle, Juan José "Pepe"
Oyarbide, Norberto

P

Página/12, diario Palacios, Alejandra
Palacios Costa, Eduardo "Lalo"
Pampillo, Gloria
Papini, Giovanni
Dante vivo El Diablo El espejo que huye El libro negro Figuras humanas. Retratos Historia de Cristo San Agustín Paracelso
Pascal, Blaise
Pasternak, Boris
Pavese, Cesare
Il compagno Dialoghi Diálogos con Leucó El oficio de vivir Entre mujeres solas La luna y las fogatas Lavorare stanca Paesi tuoi Protágoras Vendrá la muerte y tendrá tus ojos Pavlovna, Ana
Paz, Senel
Pecoraro, Susú
Peña, Juan B.
Pepys, Samuel
Diario
Pérez, Amaury
Pérez Alonso, Paula
Pérez Bonalde, Juan
Pérez-Reverte, Arturo
Perón, Eva Duarte de
Perón, Juan Domingo
Perrault, Charles

El gato con botas Petronio
Piazzolla, Astor
Piglia, Ricardo
Crítica y ficción Plata quemada Pilatos, Poncio
Píndaro
Odas y fragmentos Pinochet, Augusto
Pinter, Harold
Piña, Cristina
Piovano, Fernanda
Pirandello, Luigi
Pitágoras
Pitol, Sergio
Pizzi, Ana María
Platón
Apología de Sócrates Critón
Diálogos El banquete Eutifrón Fedón
Fedro
La República Poe, Edgar Allan
"Annabel Lee"
El cuervo El faro "El hombre de la multitud"
Eureka
Historias extraordinarias "La caída de la Casa Usher"
"La ciudad en el mar"
"La durmiente"
La filosofía de la composición Las campanas "Ligeia"
Marginalia Obras en prosa "Silencio"
"Ulalume"
Pogolotti, Graziella
Pointis, Daniel
Pomeraniec, Hinde
Pons, Carina
Pontecorvo, Gillo
Queimada Porcelli, Marina
Porrúa, Francisco
Portantiero, Juan Carlos

Portillo de la Luz, César
Portuondo, Omara
Posta de Arte y Literatura, revista Pound, Ezra
El ABC de la lectura Powell, Colin
Pozzi, Edna
Prego Gadea, Omar
La fascinación de las palabras Pressburger, Giorgio
La ley de los espacios en blanco Príncipe Kalender
El vals del recuerdo Proust, Marcel
En busca del tiempo perdido Puig, Manuel
El beso de la mujer araña Punto de Vista, revista Pynchon, Thomas

Q

Quarles, Philip
Quevedo, Francisco de
Quintiliano, Marco Fabio
Quiroga, Facundo
Quiroga, Horacio
"Anaconda"
Cuentos de la selva "Decálogo del perfecto cuentista"
"El almohadón de plumas"
"El hijo"
"El potro salvaje"
"La gallina degollada"
"Los desterrados"
"Los mensú"
Todos los cuentos "Un peón"
"Una bofetada"
Quiroga, Osvaldo

R

Rabanal, Rodolfo
Rabelais, François
Gargantúa y Pantagruel Racine, Jean
Radar, suplemento de *Página/12*

Ratti, Horacio
Ravel, Maurice
Razón y Revolución, revista Read, Herbert
Anarquía y orden Rego, Cristina
Reinach, Salomón
Renan, Ernest
La vida de Jesús "Reuter", poema
Revista de Occidente Revista de Petroquímica General Mosconi Revuelta, Raquel
Rey Asurbanipal
Rey de España Juan Carlos
Reyno, Walter
Reynolds, Jeremiah
Rice, Condoleezza
Richter, Sviatoslav
Rilke, Rainer Maria
Cartas a Rodin El rey Bohusch Los cuadernos de Malte Laurids Brigge Poemas de la pobreza y de la muerte Rimbaud, Arthur
Rinaldi, Susana
Rivera, Andrés
Roa Bastos, Augusto
"Encuentro con el traidor"
Rocca, Jorge
Patrón
Rod, Jorge
Rodin, Auguste
Rodríguez, Silvio
Rodríguez Saá, Adolfo
Rojas, Isaac
Rojo, María
Ronsard, Pierre
Rosas, Juan Manuel de
Rosas, Manuelita
Rosca, Alina
Rostand, Edmond

Cyrano de Bergerac Roth, Philip
Rousseau, Jean-Jacques
Rulfo, Juan
Pedro Páramo Russell, Bertrand

S
Sabanes, Ricardo
Sabato, Ernesto
Abaddón el exterminador Antes del fin El escritor y sus fantasmas El túnel Heterodoxia Hombres y engranajes Informe sobre ciegos Sobre héroes y tumbas Uno y el Universo Sabato, Jorge
Sabato, Matilde
Saccomanno, Guillermo
Sade, Marqués de
Las 120 jornadas de Sodoma Sáenz, Dalmiro
Saer, Juan José
Las nubes Salas, Horacio
Salgari, Emilio
Sandokán Salinger, Jerome David
Samperio, Guillermo
San Agustín
Confesiones San Esteban
San Francisco de Asís
San Joaquín
San José
San Juan
San Juan Bautista
San Juan de la Cruz
San Juan Marcos
San Longinos
San Lucas
San Marcos
San Mateo
San Martín, José de
San Martín, Rafael

San Pablo
Epístolas Sánchez, Florencio
Sánchez Vázquez, Adolfo
Sandburg, Carl
Santa Ana
Santayana, George
La idea de Jesús en los Evangelios Santo Tomás de Aquino
Saramago, José
Sarandon, Flora
Sarlo, Beatriz
Sarmiento, Domingo F.
Facundo Sartre, Jean-Paul
Crítica de la razón dialéctica El escritor y su lenguaje El ser y la nada La edad de la razón La náusea La República del Silencio Las palabras Qué es la literatura Savonarola, Girolamo
Scheler, Max
Schönberg, Arnold
Schopenhauer, Arthur
El mundo como voluntad y representación Eudemonología Fragmentos para una historia de la filosofía Parerga Schubert, Franz
La grande Schumann, Robert
Sonata para piano
Schussheim, Renata
Sebreli, Juan José
Crítica de las ideas políticas argentinas Séneca, Lucio Anneo
Shakespeare, William
Hamlet
Otelo
Shaw, George Bernard
Shelley, Percy B.
Shirer, William L.
Amor y odio Sierra, Lilia (tía)
Silvestre, Susana
Simón el Zelote
Skármeta, Antonio

Socas, Isabel
Sócrates
Sófocles
Sola, Marcela
Solá, Miguel Ángel
Solanas, Fernando “Pino”
Solás, Humberto
Sor Juana Inés de la Cruz
Soriano, Osvaldo
Triste, solitario y final Sorín, Juan Pablo
Soto, Máximo
Spinoza, Baruch
Ética
Stalin, Iósif
Stanislavski, Konstantín
Stein, Gertrude
Steinbeck, John
Stendhal (Henri Beyle)
Sterne, Laurence
Tristram Shandy Stevenson, Robert Louis
El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde Strauss, David
Sturgeon, Theodore
Suñer, Pedro
Swedenborg, Emanuel

T
Tales de Mileto
Tanéiev, Serguéi
Tarcus, Horacio
Terzián, Alicia
The New York Times, diario Thomas, Dylan
Retrato del artista cachorro Thorpe, Richard
El gran Caruso Tiziano, Vecellio
Tizón, Héctor
Tolmacheva, Galina

Tolstói, León
A los trabajadores Amo y criado Ana Karénina Carta al Zar Diarios "El Diablo"
El gran crimen El padre Serguei Guerra y Paz "La borrasca" o "La ventisca"
La sonata a Kreutzer La verdadera vida "Midelienzo"
No puedo callarme Obras escogidas Qué es el arte Resurrección Tolstói, Sofía de
Tomas, Maximiliano
Toscanini, Arturo
trespuntos, revista Treviranus, Gottfried
Las revoluciones rusas Trotski, León
El testamento de Lenin Tsunetomo, Yamamoto
Hagakure Tu Fu
Turaine, Alain
Twain, Mark

U

Ulánova, Olga
Ulyses, revista Unamuno, Miguel de

V

Valdés, Chucho
Valdés, Marta
Valenzuela, Luisa
Valéry, Paul
El cementerio marino Monsieur Teste Valle, Juan José
Vallejo, César
Valmiki
El Ramayana Van Dyke, W. S.
Dillinger. El enemigo público Nº 1
Van Eyck, Jan
Van Gogh, Vincent
La silla de Van Gogh Varela, Alfredo
El río oscuro Varela, Florencio

Vargas Llosa, Mario
Varsi, Lelia
Vázquez, María Esther
Vázquez Rial, Horacio
Vázquez Santamaría, Jorge
Vea y Lea, revista Velázquez, Diego
Las meninas Verdi, Giuseppe
La Traviata Verne, Julio
Videla, Jorge Rafael
Villier, Gérard
Viñao, Mónica
Viñas, David
Virgen María
Virgilio Marón, Publio
Égloga IV
Eneida
Vitier, Cintio
Volpato, Valentina
Voltaire, François-Marie Arouet Von Kleist, Heinrich

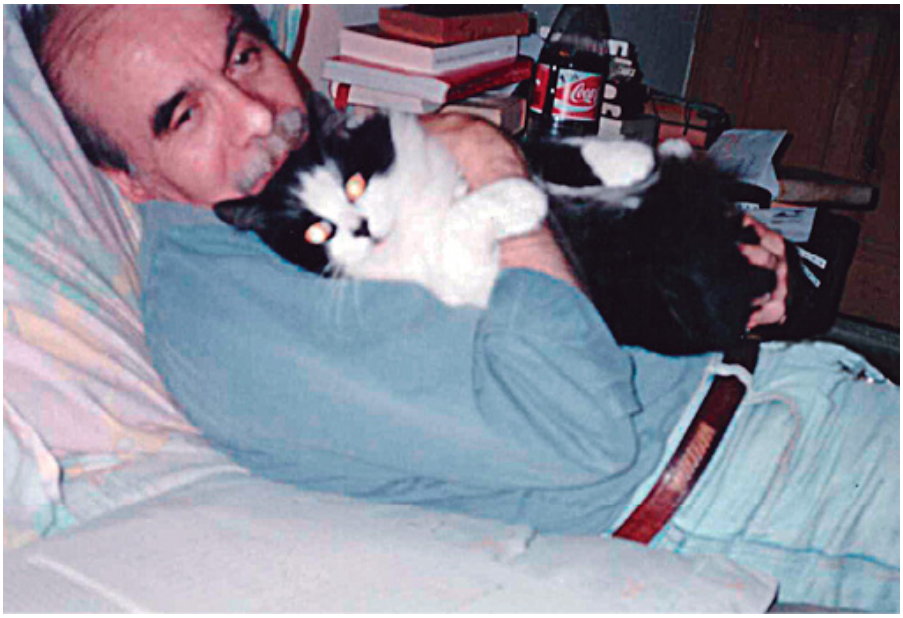
W
Wagner, Richard
Waismann, Andrés
Walas, Chris
La mosca II Walsh, María Elena
"Argentina, país Jardín de Infantes"
Walsh, Rodolfo
Ward, Mike
Webern, Anton
Weininger, Otto
Diario íntimo Sexo y carácter Welles, Orson
Wells, H. G.
El hombre invisible La isla del doctor Moreau "La puerta en el muro"
Whitman, Walt
Wilde, Oscar

Wilson, Edmund
Wittgenstein, Ludwig
Wolfe, Thomas
Woolf, Virginia
Wyndham, John
El día de los trífidos
Y
Yourcenar, Marguerite
Yunque, Álvaro
Barrett. Su vida y su obra
Z
Záttara, Enrique
Zea, Leopoldo
Zeiger, Claudio
Zenón de Elea
Zito Lema, Vicente
Zola, Émile
La taberna Zweig, Stefan
Amok
La lucha contra el demonio Momentos estelares de la humanidad

En el departamento de Pueyrredón, 1992.

Con Félix Grande, el poeta español, en Buenos Aires, 1993.

El Citroën 11 Ligero, 1947.



Con Agustín.

En Pueyrredón: Tatiana y Agustín.

“Encuentro del Bosque” (Pinamar, 1991), organizado por Editorial Sudamericana. Entre otros, abajo: Juan Martini, Silvia Hopenhayn, Marcelo Pichon Rivière, Ricardo Piglia, Daniel Guebel, más a la derecha Matilde Sánchez y Sylvia Iparraguirre, abajo Sergio Bizzio. Arriba: Eduardo Belgrano Rawson, más a la derecha Martín Caparrós, A.C., Luis Gusmán.

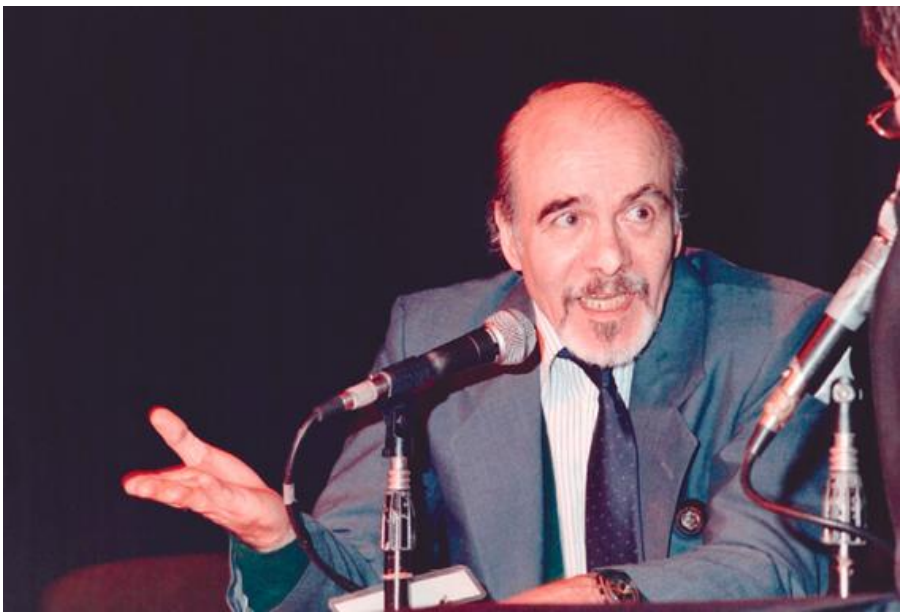
Revista *Acción*, "Personalidades de la cultura, 1993". Entre otros: Litto Nebbia, Lalo Mir, Carlos *Chacho* Álvarez, Roberto Fontanarrosa, Jorge Navarro, A.C., Osvaldo Bayer, Cecilia Rossetto, Hilda Lizarazu.

En el departamento de Pueyrredón con Egle Martin, Lalo Palacios y sus hijas, Barbarita y Alejandra Palacios, 1992.

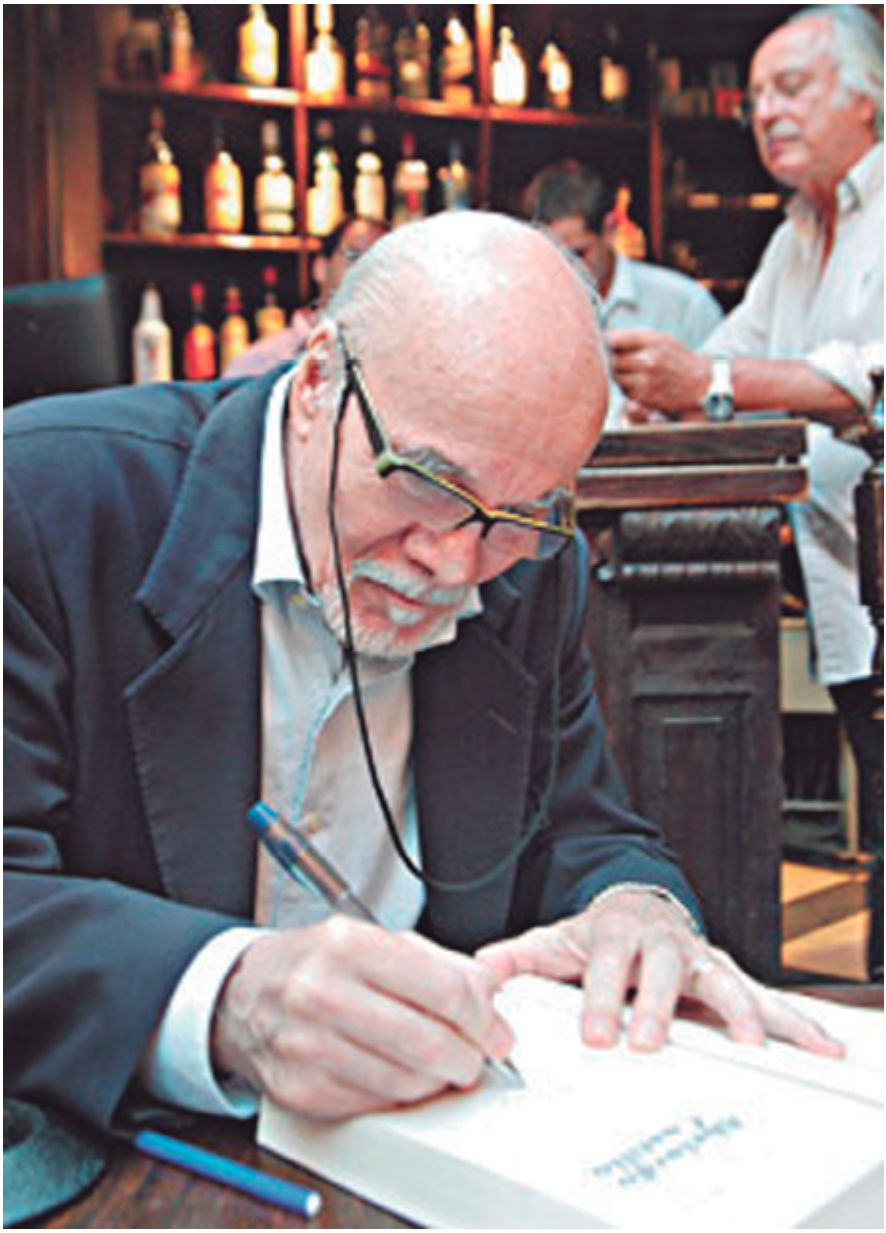
Entrega de los Premios Konex, con Sylvia, Adolfo Bioy Casares, Vlady Kociancich y Marcelo Pichon Rivière, 1994.

Israfel, en el Teatro Real de Córdoba.

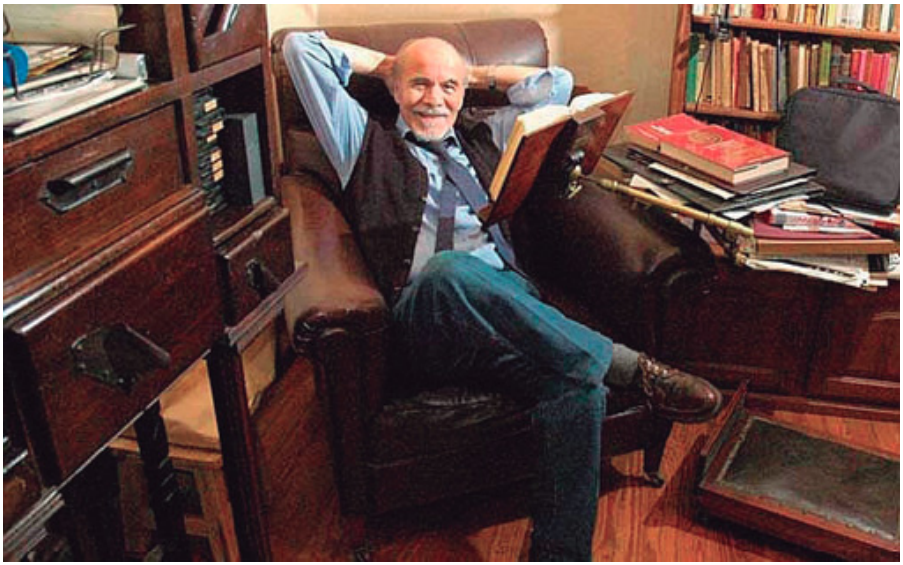
Grupo de taller de los años ochenta: Marcelo Caruso, Martha Berlin, Edgardo González Amer, Sylvia.



Conferencia en la Feria del Libro de Buenos Aires.



Firmando libros en Eterna Cadencia.

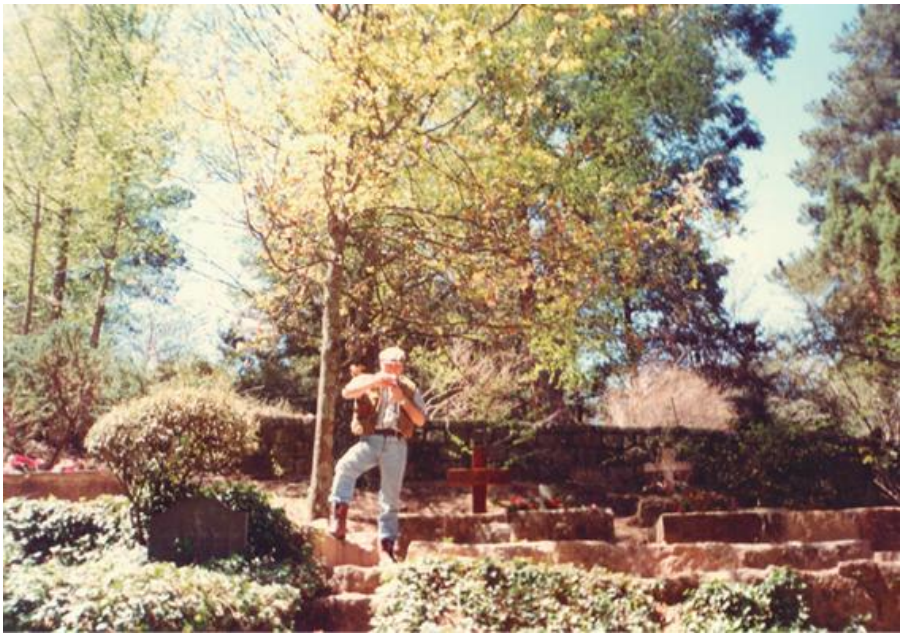


Mudanza al departamento de Hipólito Yrigoyen. Probando la ubicación de su sillón Voltaire, diciembre de 1995.

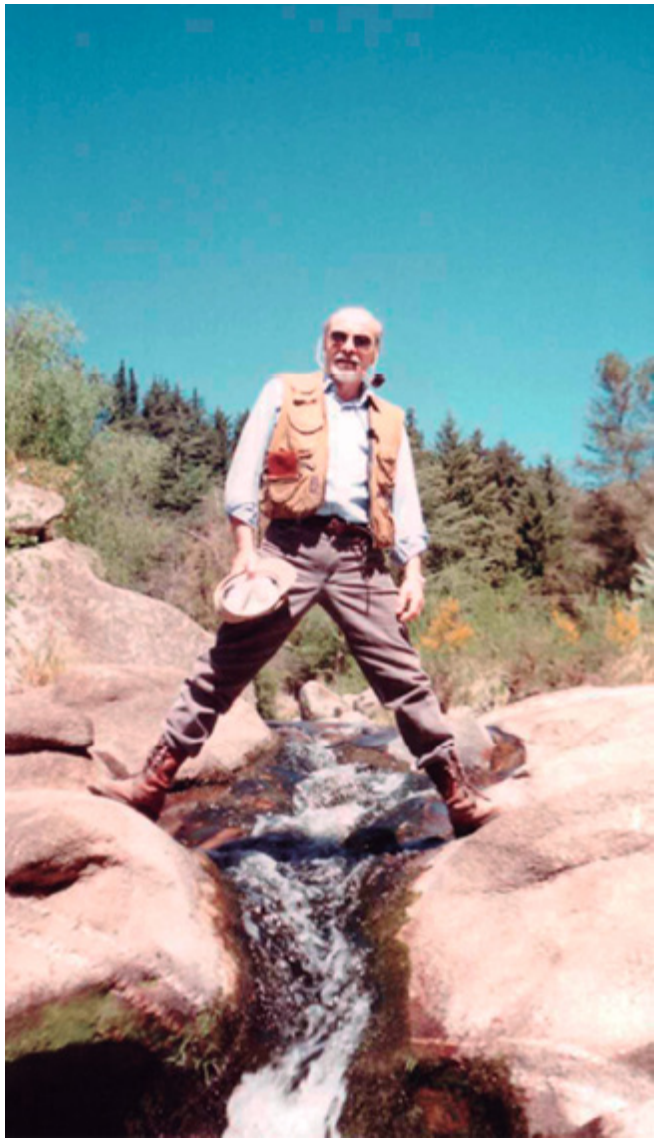
La Nación

Su nuevo escritorio.

“Sylvia llegando a casa”, foto y título de Abelardo.

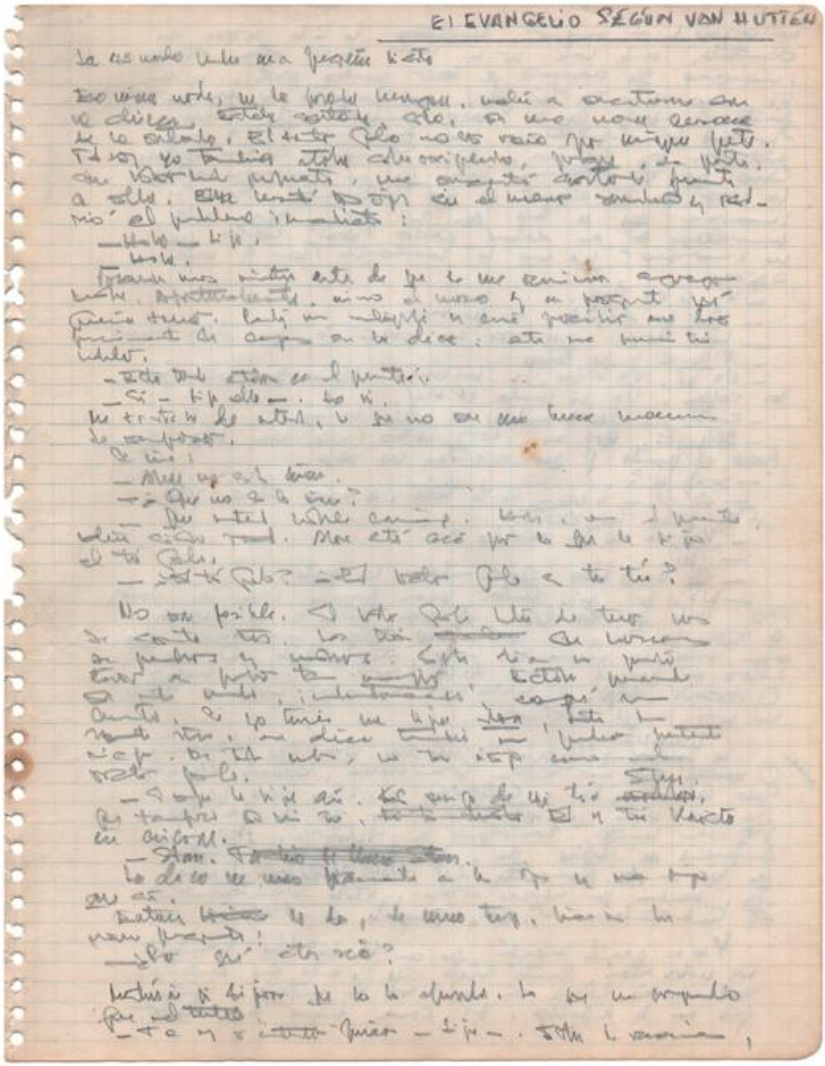


En La Cumbrecita, Córdoba. Cementerio.



En el río.

A Sylvia, un atardecer, en el puente de los gansos. Dedicatoria de *El Evangelio según Van Hutten.*

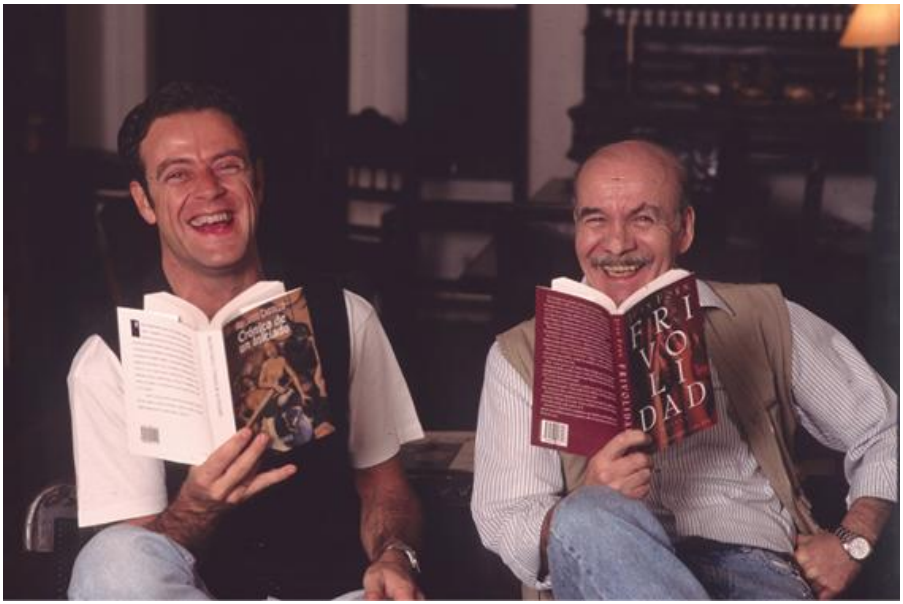


Facsimilar de un borrador a lápiz de *El Evangelio*…

Taller de los años noventa: Paola Kaufmann, A.C., Claudia Solans y Silvia Arazi.

Cena a la madrugada, después del taller. Con Alejandro Frascara y Paola Kaufmann.

En Yrigoyen con el pintor y escultor Fernando García Curten; su mujer, Susana Tosso, y sus hijas, Fernanda y Rosaura, 1996.



Con Juan Forn, 1996.

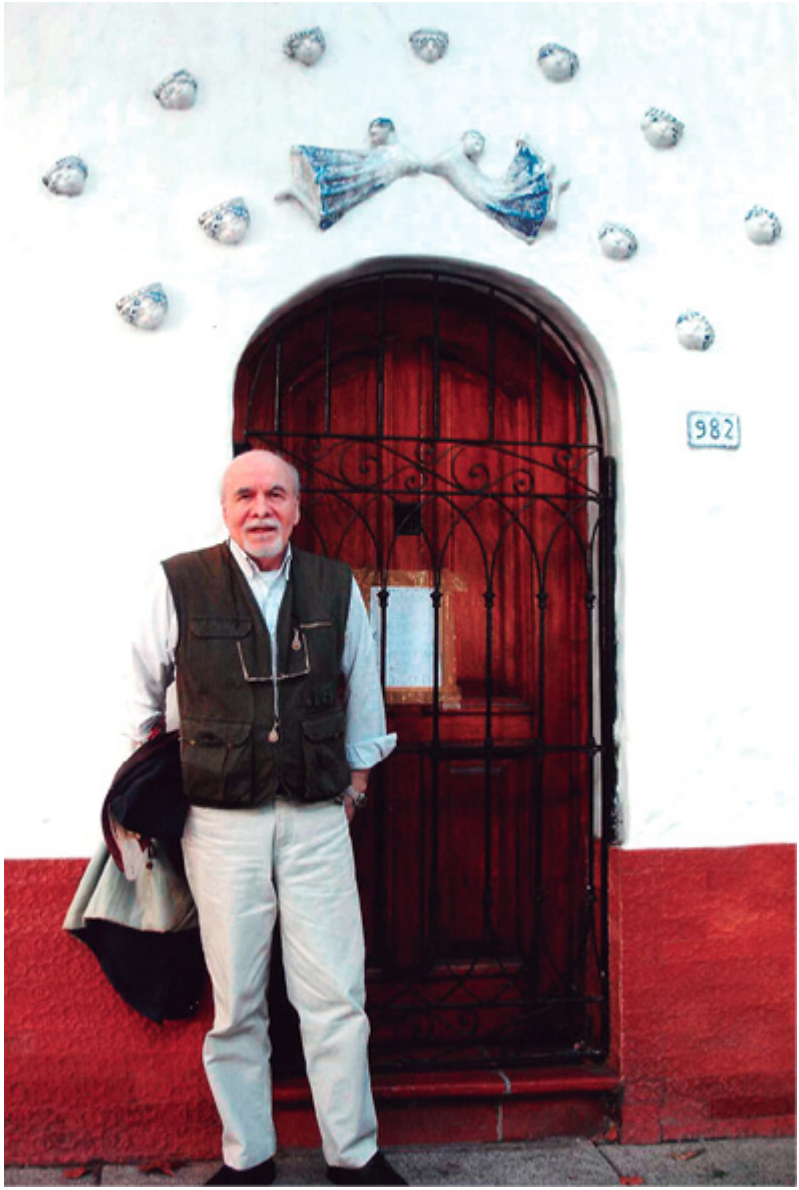
Con Anne Chapman, Paola Kaufmann, Sylvia y Dimitri (alias Mitia).

Grupos de taller de los años 2005-2014. Entre otros, arriba: Sandra De Falco, Dalmiro García, Romina Basualdo, Alejandra Kamiya, Celeste Galikas. Abajo: Federico Bianchini, Nati Calzón Flores, Sofía DiScala, Ariel Pérez Guzmán, Moyi Schwartzer.

Plaza Irlanda, en Flores, Buenos Aires.

Caminando por la calle Terrero.

Volviendo a la escuela Juan Bautista Peña, en el barrio de Flores, donde hizo parte de la escuela primaria.



Frente de la casa de un amigo de infancia, en Terrero al 900.

Colegio salesiano Wilfrid Baron de los Santos Ángeles, donde A.C. estuvo pupilo. Entrada.

Una de las galerías.

Desde el parque.

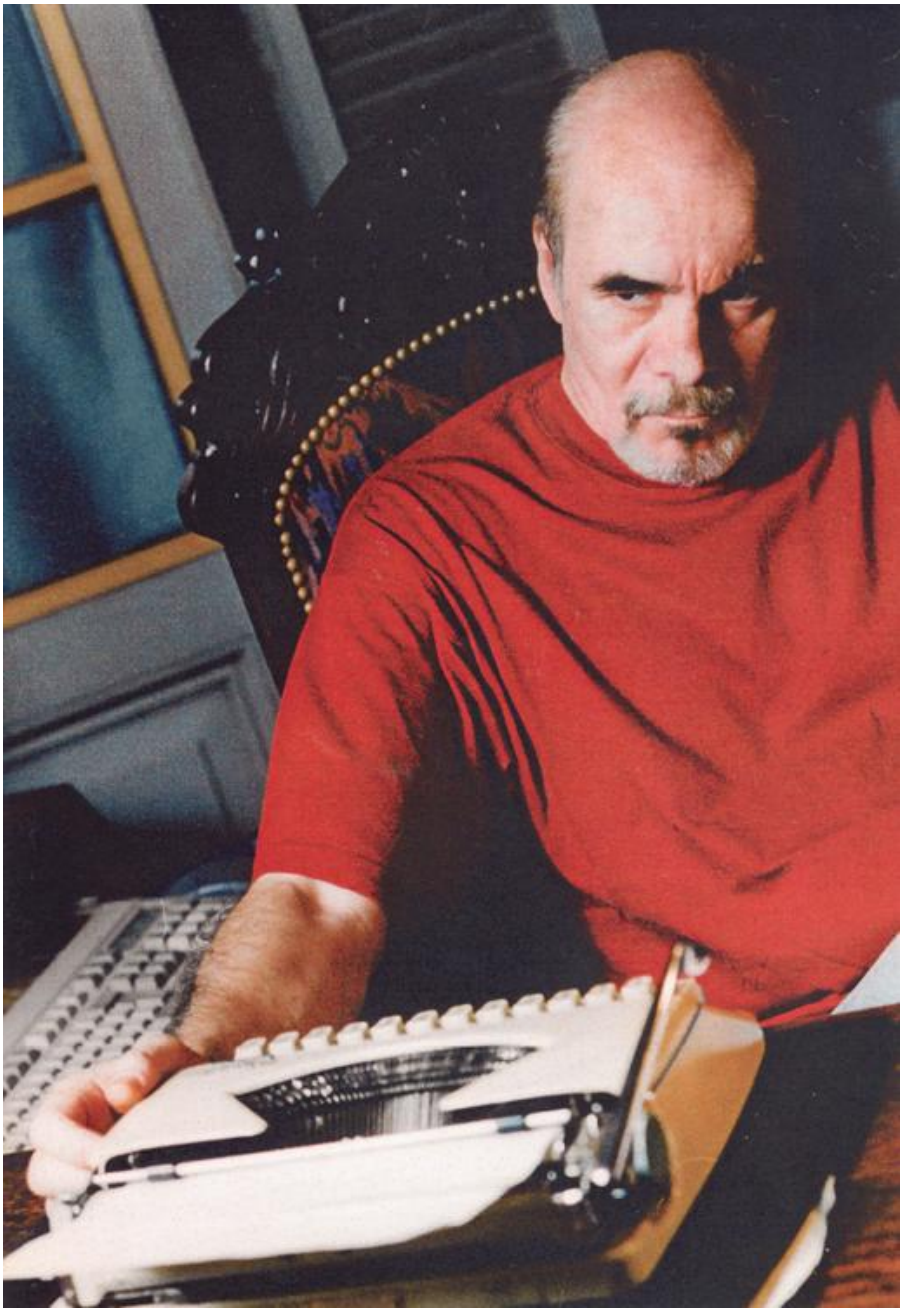
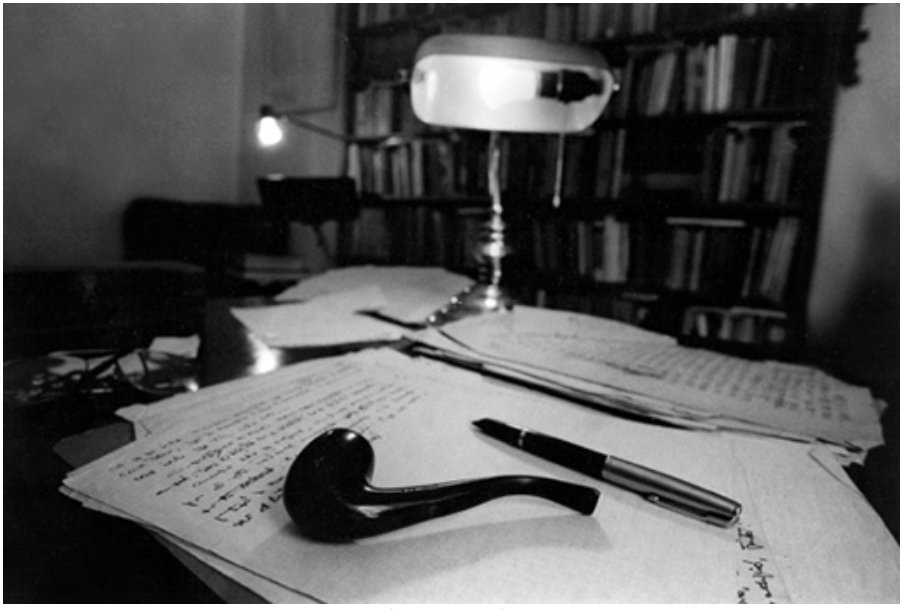


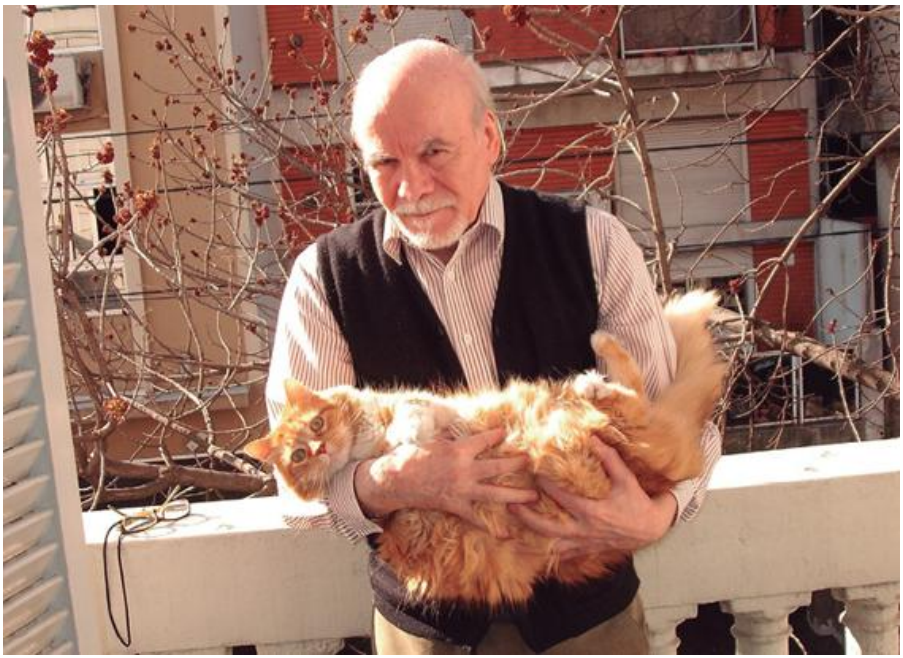
Foto de Alejandra López.

“Manos”, foto de Wlrike Altekruse, 1996.



Objetos rituales.

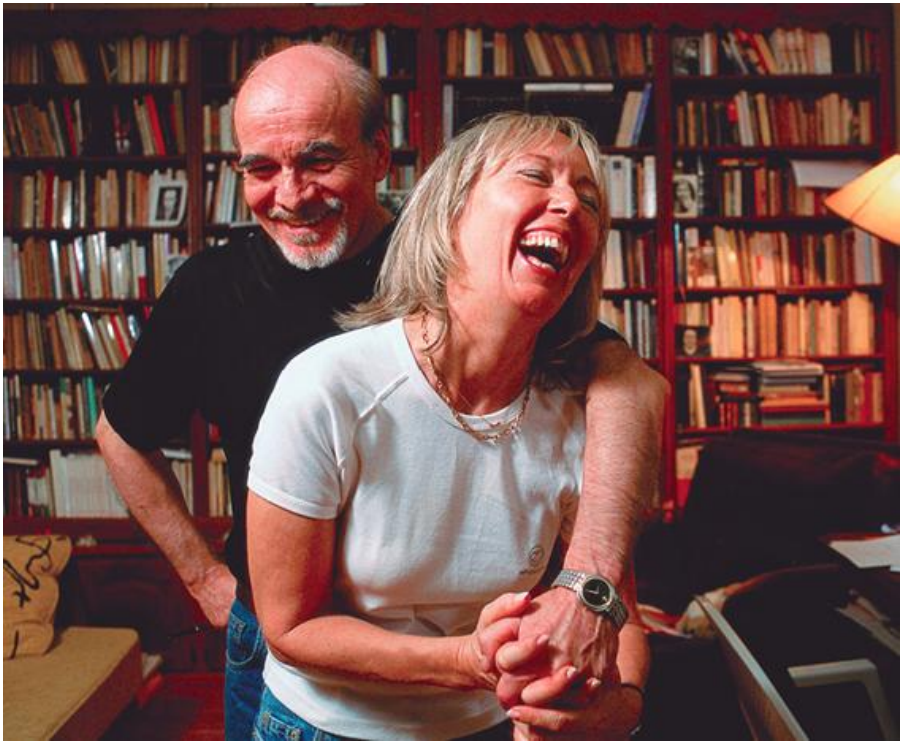
Buscando un libro.



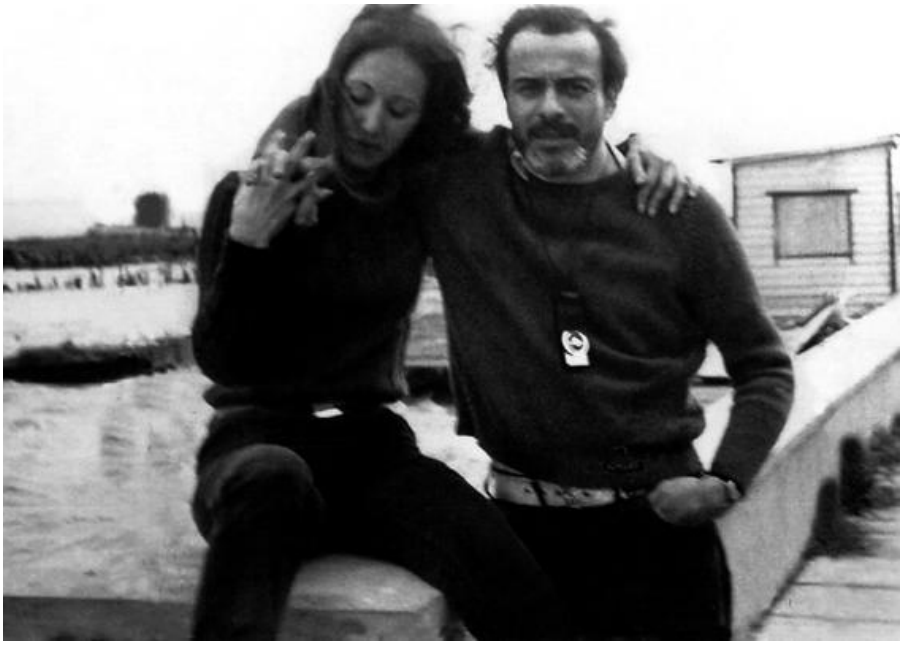
Con Mitia, en el balcón de Yrigoyen.

“Por favor, nada de visitas”, cartel en la entrada de la casa de Hermann Hesse, en Montagnola, Suiza, que A.C. reprodujo para su biblioteca.

Bitte
Keine
Besüche

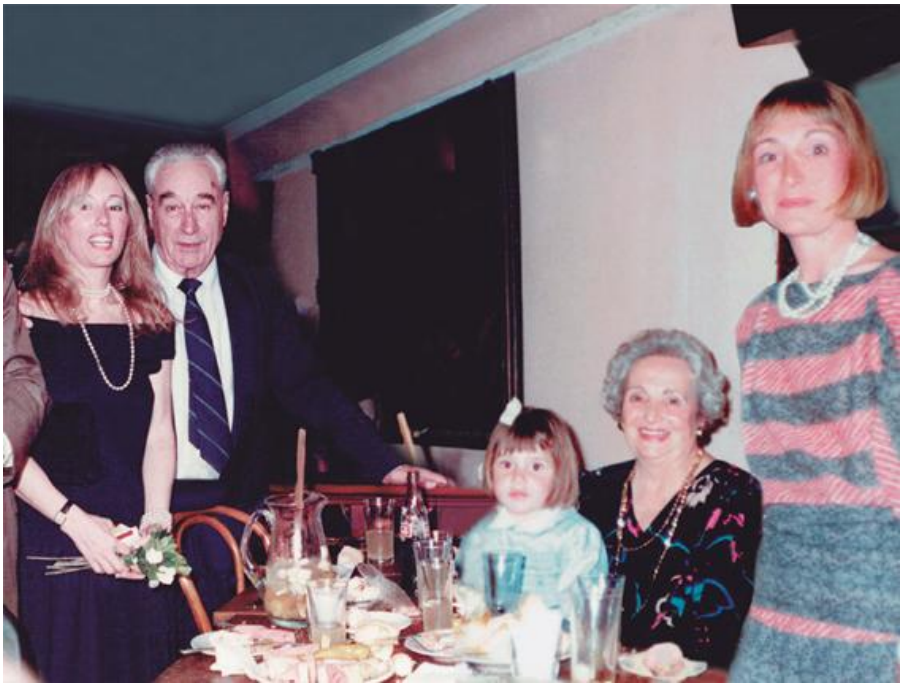


Sylvia y Abelardo.



1972, una de las primeras visitas de Abelardo a Junín.

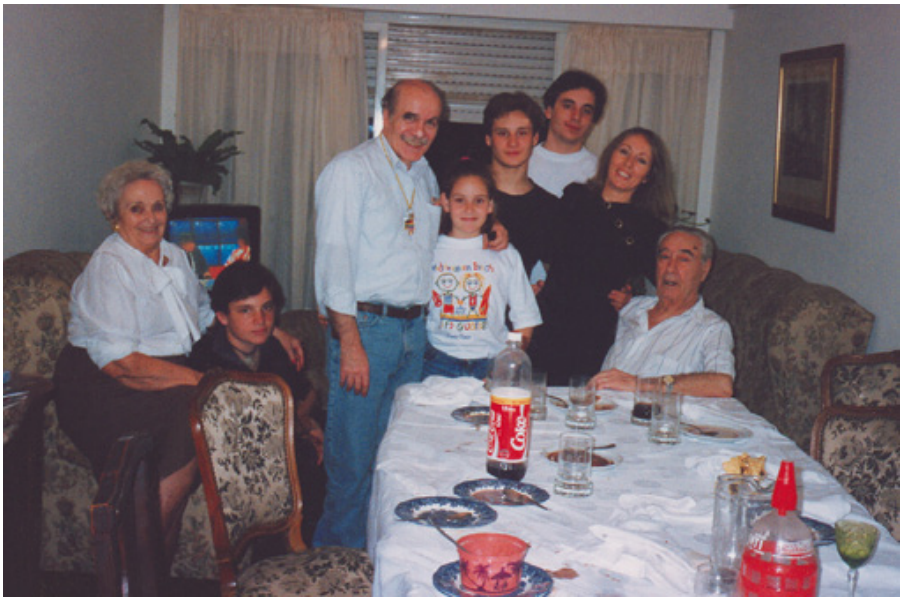
Con Josefina.



La familia de Sylvia: su padre Pablo, su madre Elsa, Josefina y su hermana Elsita, en la presentación de *En el invierno de las ciudades*, 1988.

Con Hernán Itoiz.

Elsa, suegra de A.C., en el departamento de Yrigoyen con sus nietos Damián, José Luis y Juan Pablo Itoiz.

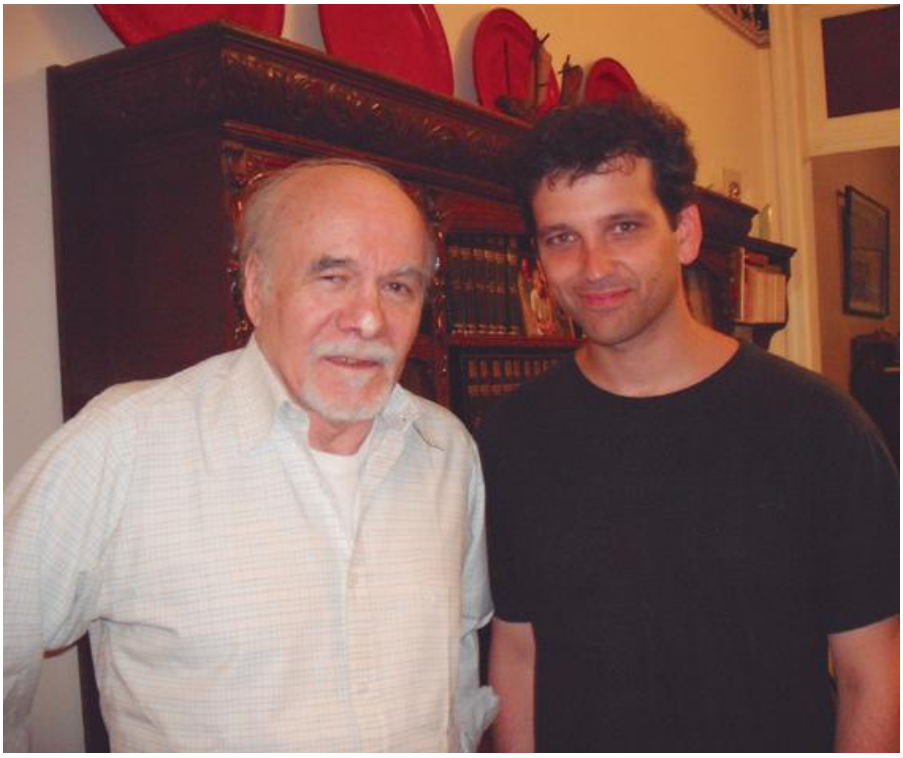


En Junín, Abelardo en casa de los padres de Sylvia, con cuatro de los cinco sobrinos Itoiz. Damián saca la foto.

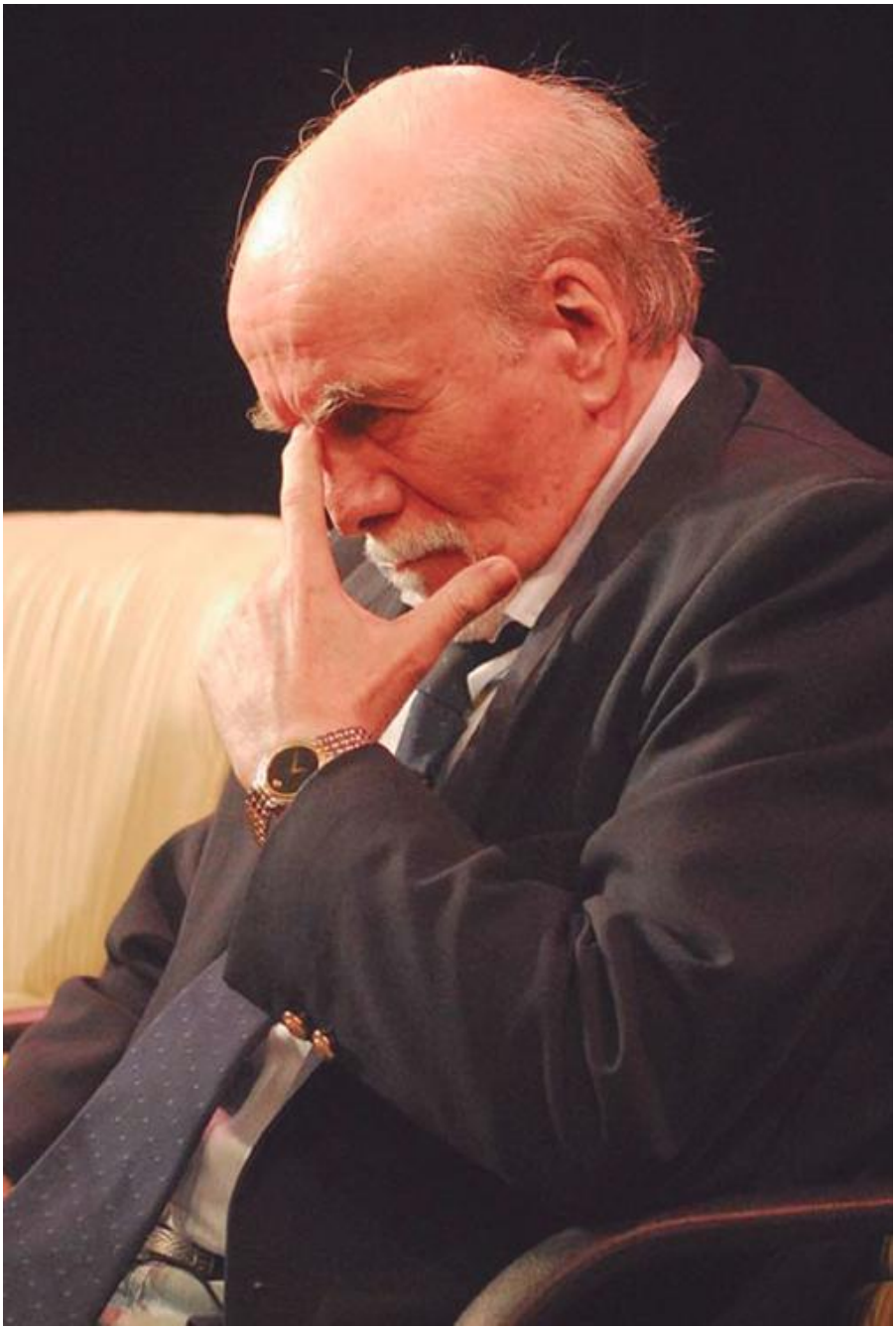
Con su editor Alberto Díaz, en la entrega del Premio de los Libreros Argentinos a la Trayectoria en la Narrativa Argentina, 1999.

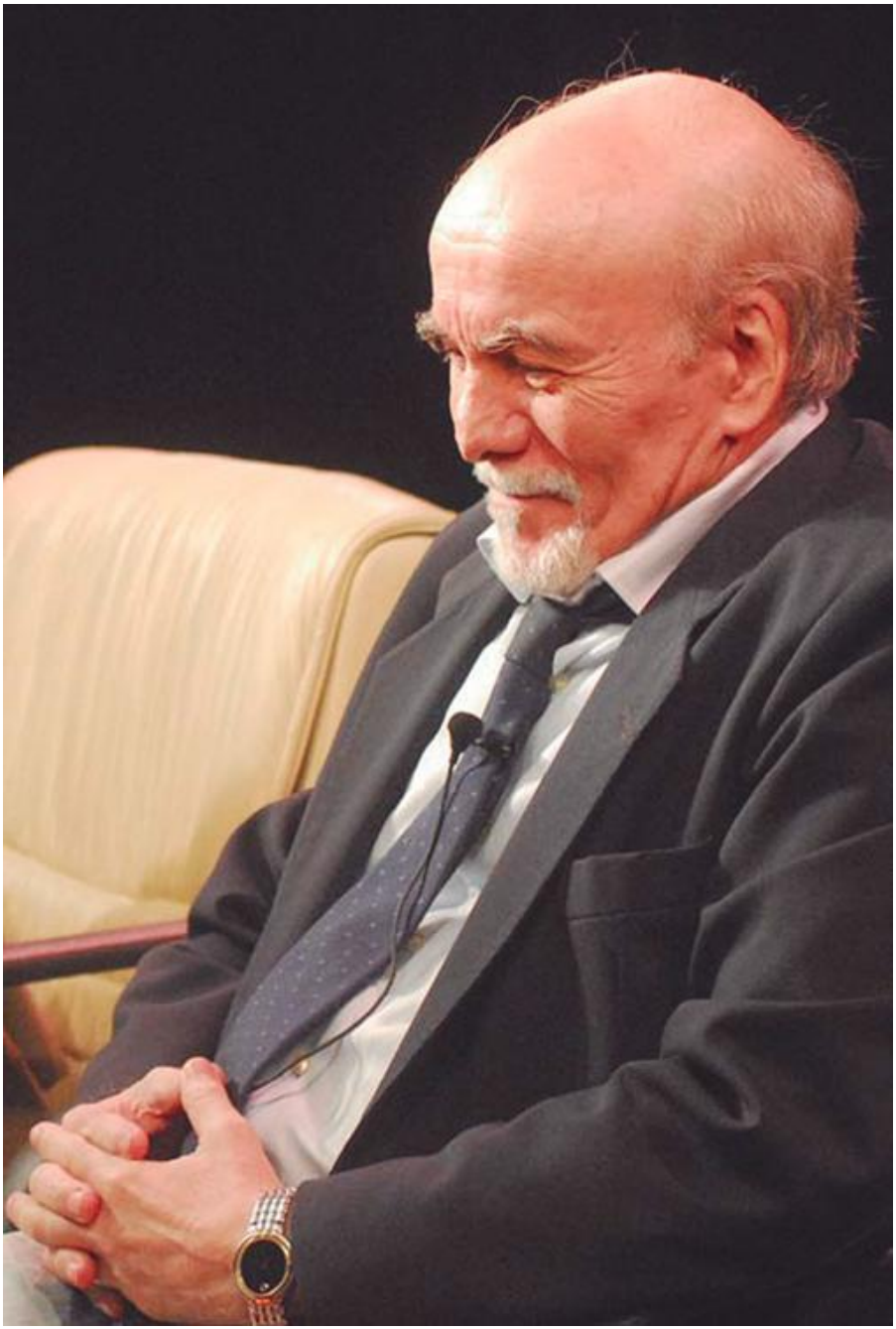
Con Mercedes Güiraldes y Paola Kaufmann. A.C. recibió el Premio a la Trayectoria de la editorial Planeta y Paola Kaufmann el Premio Planeta por su novela *El lago*, 2005.

El amigo fiel.



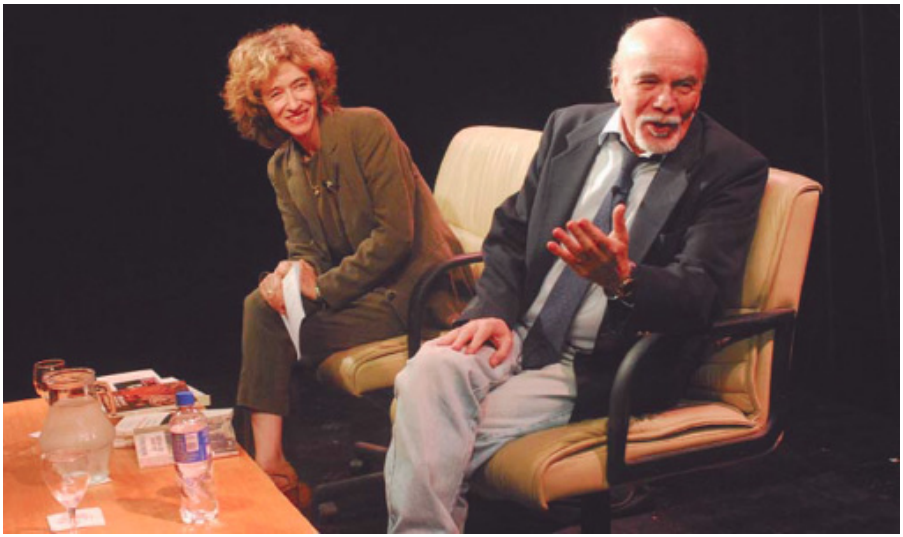
Con Gonzalo Garcés.



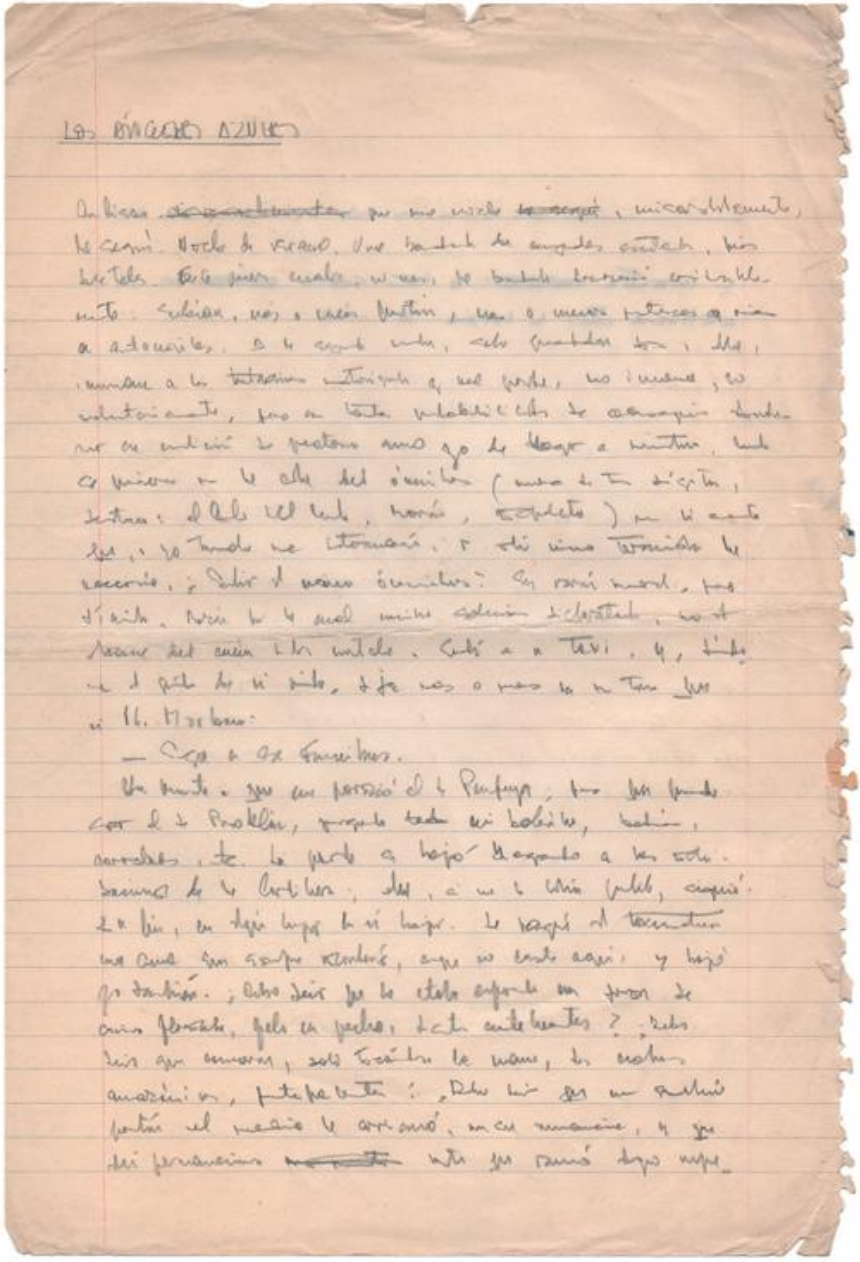


Con Sylvia, Paula Grandío y Liliana Paolinelli.

En la filmación del documental (inconcluso) de Liliana y Paula.



Entrevista con Silvia Hopenhayn, en la Casa de la Cultura.



Facsimilar de un borrador de *Los ángeles azules.*

Con Ezequiel Martínez en la entrega del Premio Clarín a la Trayectoria, 2013.

En la entrega de la Medalla del Bicentenario. Entre otros, Alberto Díaz, Horacio González, Ricardo Piglia, Natu Poblet, Juan Sasturain, Cristina Mucci, Daniel Divinsky y Jorge Fernández Díaz. Sentado, tercero desde la izquierda, A.C.

Con Roberto Fernández Retamar y Adelaida de Juan.

Con Liliana Heker en una reunión en Hipólito Yrigoyen; detrás, Natu Poblet y Alicia Toker.

Mitia.

En San Pedro: las tres palmeras.

Olivia, la Negra y Bartolo: “Vida de perros”.

En el parque de la casa de San Pedro.

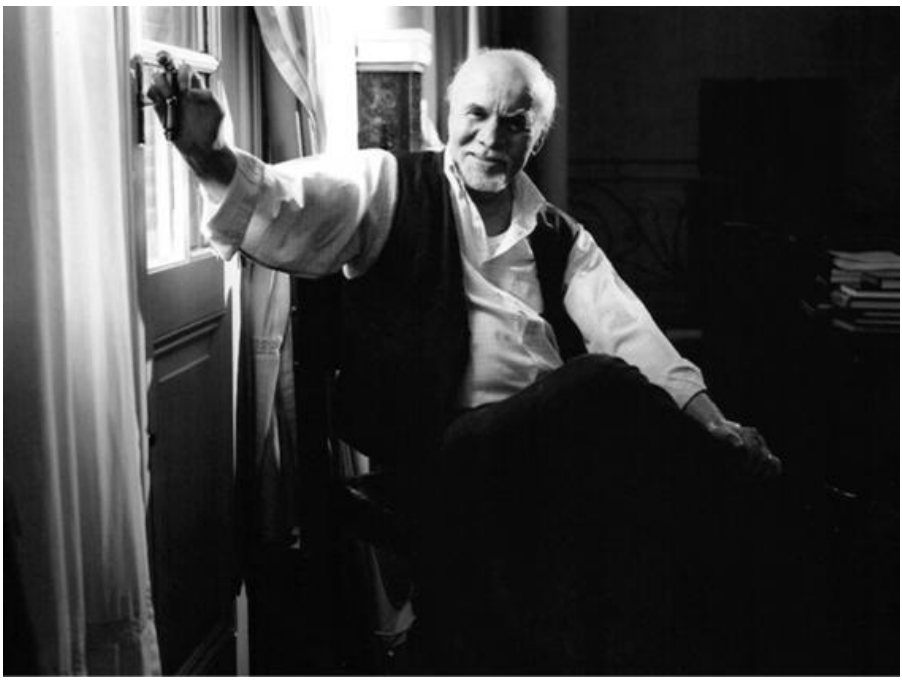
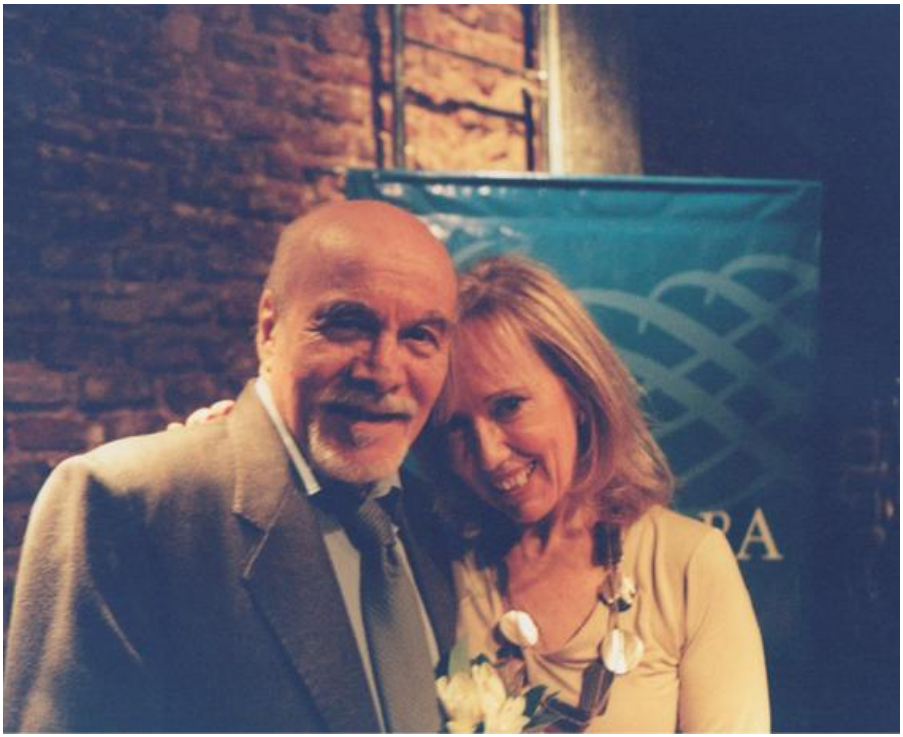
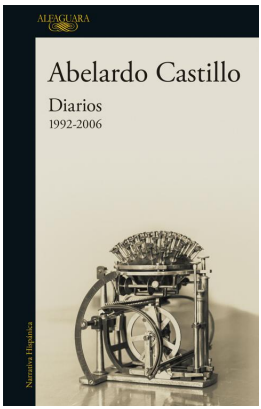


Foto de Nora Lezano.



Abelardo y Sylvia en la presentación de *El muchacho de los senos de goma*, 2007.

Foto de Alejandro Guyot.



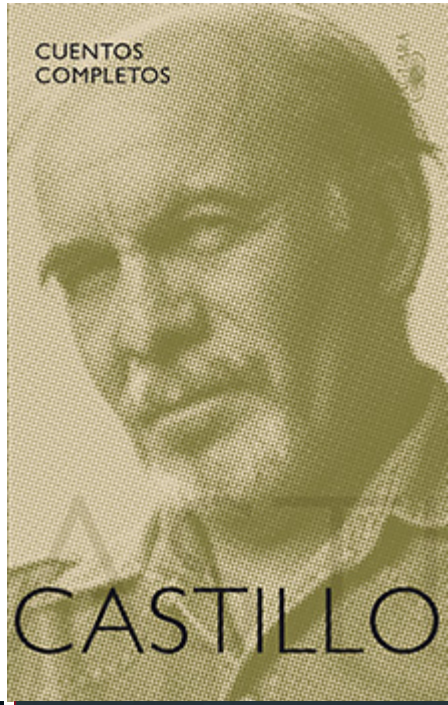
En 1954 Abelardo Castillo comenzó a llevar un diario en cuadernos manuscritos, continuándolo a lo largo de toda su vida. A partir de 1992 lo escribió directamente en la computadora. La imagen del creador de ficciones termina de completarse en estos diarios en los que conviven, con intensidad pareja, vida y literatura. El escritor atento al oficio y las ideas; y el hombre en su introspección íntima, con su sufrimiento, amor y conciencia de finitud. Castillo esgrime una honestidad a ultranza para verse a sí mismo y para registrar juicios y convicciones.

Diarios 1992-2006 abarca los años de su madurez como escritor, del reconocimiento público, de sus lecturas y relecturas múltiples. Incluye referencias literarias y políticas, anécdotas y sueños; su pasión por la música, por el ajedrez; las estancias en San Pedro, su vida junto a Sylvia Iparraguirre. Testigo crítico de la realidad, reflexiona sobre la situación del país y del mundo, especialmente durante la fuerte crisis de 2001, el atentado a las Torres Gemelas, las guerras en Medio Oriente.

La publicación de este segundo volumen completa la edición, por parte de Alfaguara, de los *Diarios* privados de un escritor fundamental para las letras en español y termina de conformar la personalidad y el talento de un creador de primera línea, cuya influencia no deja de crecer.

ABELARDO CASTILLO

(1935-2017) es uno de los escritores fundamentales de la literatura argentina. Fundó y dirigió las legendarias revistas *El Escarabajo de Oro*, la más prestigiosa publicación literaria de los años sesenta, y *El ornitorrinco*, la primera revista de resistencia cultural durante los años de la dictadura. Novelista, cuentista, dramaturgo y ensayista, ha publicado, entre otros títulos, *El otro Judas*, *Las otras puertas*, *Israfel*, *Cuentos crueles*, *Las panteras y el templo*, *El que tiene sed*, *Las palabras y los días*, *Crónica de un iniciado*, *Las maquinarias de la noche*, *Ser escritor*, *El oficio de mentir*, *El evangelio según Van Hutten*, *El espejo que tiembla*, *Desconsideraciones* y *Del mundo que conocimos*. Su obra, intensa y perturbadora, ejerce una clara influencia en autores de promociones más tardías. Recibió el Premio de Autores Contemporáneos de la Unesco por su pieza *Israfel*, el Primer Premio Municipal por su novela *El que tiene sed* y el Segundo Premio Nacional por Crónica de un iniciado. Sus cuentos fueron galardonados con el premio Konex de Platino y su trayectoria con el Premio Nacional Esteban Echeverría. El espejo que tiembla obtuvo el premio hispanoamericano José María Arguedas (La Habana, 2007). En 2011, le fue otorgado el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores y en 2014 recibió el Konex de Brillante de las Letras Argentinas, en reconocimiento a toda su obra.



Otros títulos del autor en megustaleer.com.ar

Castillo, Abelardo
Diarios: 1992-2006 / Abelardo Castillo. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfagura, 2019.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-987-738-584-7
1. Literatura Argentina. 2. Diarios Personales. I. Título.
CDD A860

La editorial no ha podido contactar con el autor o propietario de algunas de las imágenes incluidas en el presente libro, pero reconoce su titularidad de los derechos de reproducción y su derecho a percibir los royalties que pudieran corresponderle.

En cubierta: *La máquina de escribir de Nietzsche* de Hans Rasmus Johann Malling Hansen. © Creative Commons Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Sylvia Iparraguirre © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires www.megustaleer.com.ar
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-584-7

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Diarios: 1992-2006
Nota, por Sylvia Iparraguirre
1992

Otras páginas
1993

Otras páginas
1994

Otras páginas
1995

Otras páginas
1996

Otras páginas
1998

Otras páginas

1999

Otras páginas
2000

2001

Otras páginas
2002

Otras páginas
2003

2004

2005

2006

Otras páginas
Índice de nombres y de obras
Álbum de imágenes
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos